CLARICE

LISPECTOR

Cuentos reunidos

«Los cuentos de Clarice Lispector aquí reunidos constituyen la parte más rica y variada de su obra, y revelan por completo el trazo incandescente que dejó la escritora brasileña en la literatura iberoamericana contemporánea. En todo cuanto escribió está la misma angustia existencial, similar búsqueda de la identidad femenina y, más adentro, de su condición de ser humano. En sus cuentos hay, ciertamente, el vuelo ensayístico, la fulguración poética, el golpe chato de la realidad cotidiana, la historia interrumpida que podría continuar, como la vida, más allá de la anécdota. Leer a Clarice es identificarse con ella, desnudar su palabra, compartir una sensualidad casi física, entrar en el cuerpo de una obra que vibra y chispea, traducir a nuestro propio horizonte cultural su haz de preguntas lanzadas al viento, saber que, más allá de las letras, del espacio y el tiempo, hubo alguien, una mujer, que estuvo cerca del corazón salvaje y nos dejó, en su escritura y definitivamente, su soplo de vida».

MIGUEL COSSÍO WOODWARD

Clarice Lispector

Cuentos reunidos

ePub r1.0
jugaor 23.04.15

Clarice Lispector, 1960-1979
Traducción: Cristina Peri Rossi, Juan García Gayo, Marcelo Cohen y Mario Morales

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2

2
aniversario
más libros, más libres
edición conmemorativa

Laços de família (1960): Devaneio e embriaguez duma rapariga, Amor, Uma galinha, A imitação da rosa, Feliz aniversário, A menor mulher do mundo, O jantar, Preciosidade, Os laços de família, Começos de uma fortuna, Mistério em São Cristóvão, O crime do professor de Matemática, O búfalo.

A Legião Estrangeira (1964): Os desastres de Sofia, A repartição dos pães, A mensagem, Macacos, O ovo e a galinha, Tentação, Viagem a Petrópolis, A solução, Evolução de uma miopia, A quinta história, Uma amizade sincera, Os obedientes, A Legião Estrangeira.

Felicidade clandestina (1971): Felicidade clandestina, Miopia progressiva, Restos do carnaval, O grande passeio, Come, meu filho, Perdoando Deus, Cem anos de perdão, Uma esperança, A criada, Menino a bico de pena, Uma história de tanto amor, As águas do mundo, Encarnação involuntária, Duas histórias a meu modo, O primeiro beijo.

A via crucis do corpo (1974): Miss Algrave, O corpo, Via crucis, O homem que apareceu, Ele me bebeu, Por enquanto, Dia após dia, Ruido de passos, Antes da ponte Rio-Niterói, Praça Mauá, A língua do ‘p’, Melhor do que arder, Mais vai chover.

Onde estivestes de noite (1974): A procura de uma dignidade, A partida do trem, Seco estudo de cavalos, Onde estivestes de noite, O relatório da coisa, O manifesto da cidade, As maniganças de Dona Frozina, É para lá que eu vou, O morto no mar da Urca, Silêncio, Esvaziamento, Uma tarde plena, Um caso complicado, Tanta mansidão, As águas do mar, Tempestade de almas, Vida ao natural.

A Bela e a Fera (1979): História interrompida, Gertrudes pede um conselho, Obsessão, O delírio, A fuga, Mais dois bêbados, Um dia a menos, A bela e a fera ou a ferida grande demais.

De Clarice

Érase una vez

Los cuentos de Clarice Lispector aquí reunidos constituyen la parte más rica y variada de su obra, y revelan por completo el trazo incandescente que dejó la escritora brasileña en la literatura iberoamericana contemporánea. Debe advertirse, sin embargo, que no están completos. No lo están debido a que Clarice no los reunió por sí misma, y porque tampoco tuvo tiempo —acaso interés— para organizar la compilación de los numerosos textos en los que imprimió la huella de su sensitiva visión del mundo. Desde muy temprano y a lo largo de los años, escribió unos textos poco ortodoxos que no contaban historias felices de hadas y príncipes, sino sensaciones intensas en atmósferas cotidianas, impresiones fulminantes de la realidad, trozos de vida, ardientes como carbones. Pero sus primeros relatos nunca se publicaron y muchos probablemente se perdieron en la aventura del tiempo, mientras otros andan quizás dispersos todavía en periódicos y revistas, o en ese lugar reservado que ella justamente bautizó como «fondo de gaveta», amorosamente rescatados en *Para no olvidar, Crónicas y otros textos* (Siruela, 2007). No están completos estos *Cuentos reunidos*, además, porque en su caso no es posible deslindar con precisión la arbitraria frontera que separa los géneros literarios: lo que para algunos caería en el campo de la prosa poética, o del ensayo, el artículo, la autobiografía, o la crónica periodística, para otros se apegaría más a una amplia y válida definición del término cuento.

En mi opinión, la obra toda de Clarice es de una admirable unidad y coherencia, desde lo primero que publicó, hasta lo que se ha editado póstumamente. El texto, de cualquier género, es siempre para ella pre-texto y pretexto que le permite indagar en el proteico universo de las sensaciones. Su literatura es antesala y motivo de encuentro consigo misma y con la alteridad; es

imagen y posibilidad de diálogo con el enigma recóndito del otro extraño e inaccesible y, quizás, con el misterio sin nombre que se ignora e intuye. En todo cuanto escribió está la misma angustia existencial, similar búsqueda de la identidad femenina y, más adentro, de su condición de ser humano. En sus cuentos hay, ciertamente, el vuelo ensayístico, la fulguración poética, el golpe chato de la realidad cotidiana, la historia interrumpida que podría continuar, como la vida, más allá de la anécdota. Pero éstas son igualmente las marcas profundas de sus novelas, que se detienen en la visión sorprendida de un momento o una situación aparentemente sencilla, donde se desencadenan en tropel las voces de una fuga infinita. Son asimismo el trasfondo de sus crónicas, libremente inscritas en el canon periodístico, que dejan flotando una interrogación no dicha sobre un algo escondido, apenas entrevisto, detrás de lo circunstancial. Son, en uno y otro caso, signos y manifestaciones no sólo de un estilo, de una voluntad artística, sino fundamentalmente y por encima de todo, de un único impulso creativo, de una pasión, de una vida que se cuenta y encuentra.

Leer a Clarice es, por lo tanto, identificarse con ella, con el ser pleno detrás de la autora. Desnudar su palabra, compartir una sensualidad casi física, entrar en el cuerpo de una obra que vibra y chispea, algo así como hacer el amor, que es deseo, sexo y deceso. Traducir a nuestro propio horizonte cultural su haz de preguntas lanzadas al viento; entender su necesidad de entendernos; hablar en silencio, aunque haya palabras; saber que, más allá de las letras, del espacio y el tiempo, hubo alguien, una mujer, que estuvo cerca del corazón salvaje y nos dejó, en su escritura y definitivamente, su soplo de vida. ¿Y quién fue, en su realidad, Clarice Lispector?

Origen y destino

Nació en Ucrania, pero no se consideró ucraniana y nunca pisó la tierra donde vino al mundo. En 1920 la familia judía Lispector, en medio de la guerra civil y el desasosiego desatados por la revolución bolchevique de 1917, huyendo de los *pogroms*, la violencia y el hambre, decidió emigrar a América. En su penoso y largo recorrido por la estepa, la pequeña comitiva tuvo que detenerse en Chechelnik —una aldea perdida que, de tan pequeña, no figuraba en el mapa—, para el nacimiento el 10 de diciembre de 1920 de una niña a quien llamaron Chaya, nombre hebraico que significa *vida* y fonéticamente se acerca a «Clara»,

Clarice. Mientras tanto, acaso por una de esas misteriosas casualidades de la historia, por aquellas mismas tierras otro judío, Isaak Bábel, estaba enrolado en el Primer Ejército de Caballería y, a lomos de caballo, escribía los primeros borradores de su famosa *Caballería roja*. ¿Qué une y a la vez separa a dos escritores de origen similar, tan extraordinarios y dispares, coincidentes por un instante en el ojo del huracán?, me pregunto al contemplar la foto de una tropa de cosacos que, en el duro camino del éxodo, le robaron a los Lispector los pocos bienes que llevaban.

La familia llegó a Maceió, Brasil, en 1922, y más tarde se trasladó a Recife. De modo que Clarice pudo afirmar, con cierto orgullo, que ella era nordestina, de esa región que describe crudamente Graciliano Ramos en *Vidas secas* y de la que luego procede, ausente de cualidades, la Macabea que nuestra autora retrató en *La hora de la estrella*. En el hogar de los Lispector se respetaban las reglas de la Torah y las enseñanzas del Antiguo Testamento, pero ella nunca se refirió a su religión, aunque en el trasfondo de sus textos se percibe la huella mística de la cábala. El padre hablaba y leía yidis, pero la lengua materna de Clarice, en la que amó y escribió, fue el portugués del Brasil. Desde la infancia y la adolescencia, su vocación fue la literatura, aunque escogió y cursó la carrera de derecho, que después no ejerció. En 1935 se trasladó a Río de Janeiro, donde a la par de los estudios leyó todo cuanto cayó en sus manos, como la edición brasileña de *El lobo estepario*, de Hermann Hesse, una obra que probablemente influyó en el descubrimiento de la ruta interior que también recorrería: «después de este libro adquirí confianza de aquello que debería ser, cómo quería ser y lo que debería hacer…». A los veintitrés años publicó su primera novela, *Cerca del corazón salvaje*, reconocida de inmediato por la crítica; pero Clarice nunca aspiró al éxito ni a la gloria efímera. Casi toda su obra se afinca en los ambientes y en las ciudades brasileñas, particularmente en Río de Janeiro, aunque vivió mucho tiempo en el extranjero con su esposo, un diplomático brasileño. Una parte importante de su vida transcurrió en la Europa de la posguerra y en los Estados Unidos de los años cincuenta del siglo XX, pero estuvo siempre enferma de nostalgia, pendiente del Brasil, donde cultivó con amor su raíz verdadera. Fue escritora de pura cepa, de pies a cabeza, de cuerpo y alma entera, no obstante lo cual se autodefinía como una mujer sencilla que se dedicaba a cuidar y educar a sus hijos. A su muerte, ocurrida en 1977, cuando iba a cumplir cincuenta y siete años, dejó una importante obra que es actualmente objeto de admiración, de

estudio y hasta de merecido culto.

Y uno se pregunta hasta dónde habría llegado, todavía más lejos, esa mujer que al final quería hacer literatura sin literatura, que rompió las rígidas formas para cifrar, como en un clavicordio, el signo musical de sus pulsaciones.

Todo en ella es contrapunto, combinación simultánea de fuentes diversas que, no obstante, le dan a su obra y su vida una textura uniforme de persona y autora excepcional. Como se dijo, vino a América recién nacida, en la dura circunstancia de la emigración judía, y fue siempre un pájaro errante en busca perenne de su mundo interior. Se casó y tuvo dos hijos de un matrimonio que duró los casi dieciséis años de su estancia en el extranjero, pero tal vez el amor para ella fue también destierro, soledad en el acompañamiento, distancia en la cercanía, al igual que la Joana de su primera novela. Exiliada de sí misma, sobrellevó la rutina de la vida diplomática, con su carga de fingimientos, cenas de compromiso y sonrisas forzadas, mientras su yo creador, preso de angustia, se empeñaba en transgredir la palabra elegante y el falso discurso de mujer pasiva. Conoció y fue amiga de las grandes figuras de la moderna literatura brasileña, entre ellas poetas como Manuel Bandeira, Carlos Drummond de Andrade y João Cabral de Melo Neto, pero su obra no siguió corriente alguna, ni tuvo más bandera que la suya, como la flor extraña que de repente brota y perfuma el ambiente. Parejamente a João Guimarães Rosa, aunque en otra dirección, renovó la literatura brasileña, abriendo fronteras a la indagación filosófica, al retrato psicológico y al problema de ser en el tiempo y el mundo, más allá del relato sobre el suceso y el dibujo puntual de paisaje y costumbres. Y no cesó de explorar los caminos posibles de la creación literaria, como si quisiera desarmar hasta la última pieza de su propio artificio de palabras hecho, para encontrar, bajo el texto, la cuerda que impulsa la flecha de Eros y la disciplina de Tanatos.

Confluencias

Desde que en 1943 apareció la primera obra de Clarice Lispector, escrita con anterioridad, cuando sólo tenía diecisiete años, la crítica quiso encontrarle influencias, modelos, patrones que explicaran el surgimiento de esa luminosa sorpresa en el escenario de las letras brasileñas. Enseguida se refirieron a James Joyce, partiendo de la relación entre el título de su novela, *Cerca del corazón salvaje*, y una frase del célebre escritor irlandés. En realidad, según declaró la

propia Clarice, le había dicho a su amigo Lúcio Cardoso «que respiraría mejor si él le escribiese una frase» del Retrato del artista adolescente, como epígrafe y título de su libro. Pero ella, según dijo, no había leído antes a Joyce, ni a otros importantes autores con los que la identificaron. De modo que, aceptando la afirmación de la escritora, aquí nos encontramos con la magia del arte y la literatura, que produce a veces arcanos encuentros, coincidencias que trascienden el espacio, la lengua y el tiempo; convergencias de voces diferentes en marcha subterránea hacia similares expresiones de voluntad creadora. La muy joven Clarice, a través de su personaje Joana, habría podido escribir también las últimas palabras de Stephen: «Salgo a buscar por millonésima vez la realidad de la experiencia y a forjar en la fragua de mi espíritu la conciencia increada de mi raza».

Hay, en efecto, una consonancia literaria de Clarice con Joyce, en especial con el Retrato… y, en algunos casos, con los recursos poéticos y la epifanía de sus narraciones en Dublineses. Pero, en lugar de influencias, que nadie rechaza y mucho menos cuando llevan el nombre sagrado de Joyce, habría que hablar también de confluencias de visiones artísticas, como ocurre con esas partículas que, según la física moderna, se comunican y atraen aún a grandes distancias, vulnerando las leyes que la ciencia inventó. La esencia del arte, pensaba Heidegger, está en la verdad del ser y en su revelación en la obra bella. Clarice, como Joyce, se propuso desentrañar dicha verdad, alumbrarla, hacerla patente e instalarla en la escritura, en la obra que sería su auténtica realización personal y donde nosotros, lectores, tenemos la posibilidad de una operación inversa, pero asimismo esclarecedora de nuestra esencia humana. Por otra parte, ¿no es maravilloso hallar un eco joyceano en un texto de Clarice, como quien descubre el rastro de una melodía familiar en el primer movimiento de una sinfonía? El lector registra e integra diversas experiencias estéticas y no faltará quien, en sentido contrario, lea primero un texto de la autora brasileña y crea encontrarla después en alguno de Joyce.

También se le adjudicó la influencia de Virginia Woolf, pero a Clarice no le gustó la comparación que, de nuevo, presenta interesantes puntos de coincidencia, así como aspectos donde divergen. Ambas son autoras que exploran y escriben desde la identidad femenina, mostrando la complejidad psicológica, la profunda sensibilidad y la finísima percepción de la circunstancia que posee el «segundo sexo» del que habló Simone de Beauvoir. Hay en ellas, sin embargo, matices distintos y experiencias artísticas y vitales diversas que, probablemente, quiso

subrayar nuestra escritora. Así, el feminismo militante de la Woolf tiene en Clarice una expresión más objetiva y ponderada, en la línea del actual postfeminismo. Es cierto que en la brasileña podemos sentir resonancias, por ejemplo, de la woolfiana Mrs. Dalloway, pero las muchachas y mujeres de Clarice están encuadradas en otra realidad, tienen vivencias diferentes y buscan su definición personal en un contexto propio. Lo importante, sin embargo, es comprobar que su obra es cada vez más reconocida a nivel internacional, al extremo de colocarla en sintonía con la de Virginia Woolf, en el concierto de relevantes mujeres que, con la literatura y el arte, empezaron a cambiar una visión maniquea de la especie humana en la que un género impone sus paradigmas al otro. Clarice Lispector, desde su realidad brasileña, tercermundista e iberoamericana, habla de un yo femenino en el universo de seres humanos que están condenados a la soledad de sí mismos y necesitan mirarse, escucharse y hablarse los unos a las otras, y entre ellos y ellas, para comprender finalmente cuanto son en verdad, simples seres humanos, macho y hembra a un tiempo, como Dios los creó.

Hay lecturas, desde luego, que influyen y dejan su huella, evidente o velada, en la creación clariceana. Ella leyó, entre otros, a Machado de Assis, el primer escritor universal del Brasil, y a Monteiro Lobato, fundador allí de la literatura para niños; también a Dostoievski, con esa insuperable penetración psicológica sobre el crimen y el castigo, la culpa y el dolor. Conoció a la Emma Bovary que Flaubert pintó con los colores del pesimismo y el amor a la verdad, siempre dura y transgresora. Con el primer dinero que ganó trabajando, compró la edición brasileña de Felicidad, de Katherine Mansfield, con quien se identificó plenamente, una admiración que confirmó, estando en Roma, a su amigo Lúcio Cardoso tras leer la edición italiana de las Cartas de la autora neozalandesa. Reconoció también su aprecio por Julien Green, en cuyas obras predominan escenarios sombríos, donde la Gracia divina no suele evitar trágicos desenlaces. A pesar de todo, en alguna ocasión dijo no tener una amplia formación literaria, tal vez confundiendo la vastedad con la intensidad de las lecturas y su reelaboración individual. Bastó quizás un chispazo de Machado, de Dostoievski, Hesse o Mansfield, para despertar el tigre interior, de esoterismo y amor, al que cantó William Blake. ¿Qué forma, en verdad, a una escritora como Clarice Lispector? No basta con hurgar en su entorno y desarrollo individual, ni en sus posibles influencias, ni en sus lecturas declaradas, ni en las circunstancias históricas o personales. El genio, como ella lo fue, está en y tiene eso, pero

además fluye, busca una realización independiente en cuyo proceso se encuentra, confluye, con quienes ayer y hoy, y también mañana, persiguen el imposible de la realización humana. De todo se nutre el escritor y todo lo reelabora y renueva en sí mismo y en su obra. Como decía Unamuno, don Quijote y Sancho no son exclusivos de Cervantes, «ni de ningún soñador que los sueñe, sino que cada uno los hace revivir».

Lazos abiertos

El primer libro de cuentos de Clarice Lispector se llamó *Alguns contos* y fue publicado en 1952 por el Servicio de Documentación, del Ministerio de Educación y Salud, en tirada limitada y de escasa divulgación. Estaba formado por seis aparentemente modestos relatos que, sin embargo, le han dado la vuelta al mundo y son piezas claves para la interpretación del conjunto de su obra. En esos textos de diversa extensión la autora presenta anécdotas sencillas de la vida cotidiana, como miniaturas hechas sobre papel vitela transparente para iluminar un códice que debemos descifrar. Bajo la simplicidad de los acontecimientos narrados, se advierte la tensión secreta de los personajes, que parecen aceptar pasivamente el curso de la realidad familiar, mientras tratan de impedir el vuelo fastidioso de una mosca interior y el inquietante temblor de una flama secreta. Tras una narración fluida, con una secuencia ordenada, se percibe la sombra refrenada del caos que puede desequilibrar las costumbres y las perspectivas mediocres de las personas comunes y corrientes. En el fondo, Clarice desdramatiza para dramatizar sus historias; soslaya al héroe o la heroína tradicional, para mostrar la heroicidad de existir, a secas; reduce la acción, para resaltar la pasión; detiene el tiempo y concentra el instante, que es efímero y eterno a la vez. Nádia Battella Gótlib, su biógrafa, apunta que en ese mismo año Clarice reinició su colaboración en la prensa, con una página titulada «Entre mujeres», en el periódico *Comido*, bajo el seudónimo de Teresa Quadros. Ahí publicó, en agosto, una «receta para matar cucarachas», que sería tal vez el embrión de uno de sus cuentos y, quizás, ¿por qué no?, de su famosa novela *La pasión según G. H.* Del artículo o la crónica al cuento, y de ahí a la novela, y de todo ello a la indagación existencial, cucarachas y seres en universos paralelos.

En 1960 Clarice publicó *Lazos de familia*, su segundo libro de cuentos que, como su nombre indica, profundiza y amplía el ya explorado tema de la vida

familiar, pero va más allá. En ese volumen se incluyen los seis relatos antes publicados en libro, agregándose otros siete para un simbólico total de trece con los que definitivamente se consagra como narradora. Aquí, como en otros puntos, no se debe pasar por alto el significado cabalístico de un número o una referencia lispectoriana, directa o indirecta, que se nutre y repercute, mejor aún reinventa, su trascendencia sobre lo narrado. *Lazos de familia* es, como bien se lo dijo Érico Veríssimo, «la más importante colección de historias publicadas en este país [Brasil] en la era posmachadiana». A lo que podría agregarse, sin exagerar, que es la más relevante en el ámbito de lo que Martí llamó nuestra América, al menos en esa década de los sesenta y más adelante, cuando, a pesar de la presencia de notables escritoras, era todavía limitado el reconocimiento al lugar y papel de la mujer en la sociedad, y en los momentos en que comenzaba a fraguar el empuje radical del movimiento feminista en Estados Unidos y otros países. Con su obra, Clarice Lispector se colocó no sólo a la vanguardia de una renovación general en la literatura hecha en esta parte del mundo, sino también con respecto al problema último de la mujer, es decir, el problema de la diferencia que confirma la unicidad compartida del ser humano.

Estos Lazos… no siempre son de familia, pero en ellos se destaca el tema de la mujer que es madre y esposa, en sus relaciones sutilmente peligrosas con parientes y amigos, pero sobre todo consigo misma, en una especie de serena evaluación de la forma en que se manifiestan y operan dichas relaciones. Un ejemplo brillante es el cuento «Amor», donde se desmitifica primero la idea del matrimonio perfecto, dedicado a cumplir la sagrada función de crecer y reproducirse, con hijos sanos y atisbos de falsa dicha. Clarice reafirma la crítica al papel asignado al ama de casa, sujeta a un mecanismo familiar que la cosifica y despoja de proyección fuera del círculo estrecho y de los invisibles lazos que la asfixian y matan. Y no se queda ahí, le da otra vuelta a la tuerca, penetra en los pensamientos y las sensaciones de Ana, la mujer que sabe todo eso y, sin embargo, valora su situación y es capaz de manejarla con una clarividencia que el hombre, su marido, ni siquiera sospecha:

> … Por caminos torcidos había venido a caer en un destino de mujer, con la sorpresa de caber en él como si ella lo hubiera inventado. El hombre con el que se casó era un hombre de verdad, los hijos que habían tenido eran hijos de verdad. Su juventud anterior le parecía tan extraña como una enfermedad de vida. Había emergido de ella muy pronto para descubrir que también sin felicidad se vivía: aboliéndola, había encontrado una legión de personas, antes invisibles, que vivían como quien trabaja con persistencia, continuidad, alegría…

Esa mujer de Clarice no es un personaje atrofiado, abúlico, irremediablemente alienado de su propia naturaleza. Ana tiene que tomar precauciones, «cuidarse en la hora peligrosa de la tarde», sofocar la ternura del espanto, controlar su corazón y alimentar anónimamente la vida. La pueden asaltar sentimientos extraños, una oscura ansiedad por lanzarse al vacío, a ese pozo sin fondo de ser en la nada, solitaria y final. Así, busca siempre tener las manos ocupadas, ir al mercado, hacer la compra y regresar al hogar con un bolso de huevos, en tortuoso tranvía. Y es aquí donde la escritora le da otro giro a la historia: en una parada Ana ve a un ciego masticando chicle, una escena que le resulta inquietante. Ella mira y el ciego no la ve; ella quiere comunicarse, al menos visualmente, pero el *Otro* ni siquiera se da cuenta de su intención, y esa ignorancia es insulto, rechazo; ella quiere otorgarle simpatía, amor, pero el invidente no está atento, se distrae en rumiar su ausencia. El problema, pues, no radica solamente en la condición social de la mujer, o en la estructura de la vida familiar. Hay algo más abajo, un asunto mucho más difícil de resolver, *la incomunicación* humana.

Lo extraordinario de Clarice es que, después de plantearnos problemas y puntos de vista tan fuertes y decisivos, cuando parece difícil —por no decir imposible— agregar algo más, ella continúa excavando, como una espiral invertida, para sacar a la luz la complejidad de ser. Es lo que ocurre también en «Amor». Sin darse cuenta, Ana llega al Jardín Botánico, aquí una metáfora del perdido Jardín donde florece el Bien y en silencio trabaja la raíz del Mal. Sentada en una banca del Jardín siente, como en un sueño, la náusea y la iluminación de la naturaleza y el mundo, una experiencia típica de los personajes clariceanos. Percibe la actividad callada de la vegetación, la fina estatura de las palmeras salvajes, la vibración del reino de los insectos, el rumor de la brisa entre las flores y, sumergida en un éxtasis, pasa una prueba similar a la mística vía unitiva de identificación con Dios, y tiene miedo del Infierno. Clarice Lispector, sin mucho aparato, ha llevado a esta mujer sencilla, con su bolsa de huevos rotos y pegajosa sustancia, a un momento excepcional del espíritu, a la noche oscura de Juan de la Cruz, «con ansias en amores inflamada, / ¡oh, dichosa ventura!, / salí sin ser notada, / estando ya mi casa sosegada».

De repente, Ana recuerda a los niños y regresa corriendo al hogar. Abraza al hijo que la recibe, se protege, «porque la vida era peligrosa» (eso dice también el Riobaldo de Guimarães Rosa), y ama con repugnancia el mundo que recupera. Prepara la cena, recibe al marido, come en familia y, después, se peina frente al

espejo. Ha vuelto a su vida normal, terminó «el vértigo de la bondad» y, «Antes de acostarse, como si apagara una vela, sopló la pequeña llama del día». Clarice cierra el círculo de la historia. Mañana será otro día, que también tendrá su pequeña flama, su luz efímera bajo la cual, sin embargo, se podrá vislumbrar lo Prohibido. La mujer sin atributos, aparentemente ordinaria, vacía o domesticada, es capaz de mitigar el fuego fatuo de las circunstancias, y de encender otra vez el ritmo de la vida, un día tras otro día.

Este cuento paradigmático muestra los trazos principales de la estrategia narrativa de la escritora brasileña, los mismos que, con necesarias variantes, podemos apreciar en el resto de su obra. Primero, hay una estampa casi objetiva de la situación del personaje: la muchacha ligeramente embriagada; Laura que imita la rosa; Preciosidad de quince años; Arturo al comienzo de su fortuna; el profesor con su saco al hombro, y los demás. Después, la indagación en la conciencia de sí, que a veces se oculta bajo una apariencia plana. Enseguida, el afán de comunicarse con los otros y la abrupta constatación de su imposibilidad. Luego, la revelación instantánea, el *darse cuenta*, la epifanía fulminante, a partir de lo cual se puede, finalmente, regresar a la normalidad, asumir la tragedia de seguir viviendo en otra noche cualquiera de mayo, un somnoliento domingo en San Cristovão. Y casi todo enredado en unos lazos familiares que parecen unir y sin embargo impiden la expresión genuina de las ilusiones y sentimientos de esos seres congregados por la biología y la norma social.

Felicidad narrativa

En 1964 Clarice publicó *La Legión Extranjera*, un heterodoxo libro que reúne, otra vez, trece cuentos en el sentido tradicional de la palabra, así como una segunda parte con escritos más propiamente ubicados en el género de la crónica. En esta poco convencional agrupación se podría encontrar una intención transgresora, implícita en muchos de los textos de una u otra sección del libro, que ilustra una *poética*, una concepción de la literatura como vehículo verbal de imágenes, sentimientos e ideas, independientemente de las reglas formales de su manifestación. Para Clarice Lispector la creación literaria no es solamente arte, técnica, y tampoco se limita a la creación misma: es el sentido que anima y explica a la palabra, como propondría Ricoeur; es la esencia del acto, que se manifiesta unas veces como testimonio, otras en el magnesio de la poesía, y aún

otras más en todas las formas posibles de la simbolización escrita. No es ahora cuento, allá crónica, después novela y aquí tragedia, sino todo eso revuelto, como la experiencia misma, y todo eso reconvertido a su expresión más ambigua, donde cabe lo cierto, lo específico y duro, junto a lo nunca concreto, lo imaginado, irreal.

El cuento que cierra la primera parte del volumen presenta otra vertiente de la obra de Clarice, al narrar prácticamente dos historias distintas, aunque conectadas, desde un mismo punto de vista. Ante todo, es conveniente subrayar la importancia que la autora le da a los nombres, o a su ausencia, tanto en los textos y libros como de los personajes, lugares y cosas. Hay en ello un toque esotérico, en la línea de la tradición judía, que podemos encontrar aquí en la Sofía de los desastres; la anónima muchacha del mensaje; la Margarita que llevan a Petrópolis, y así sucesivamente. En consecuencia, ¿por qué el cuento, este libro todo, se llama «La Legión Extranjera», apelativo propio de la conocida unidad de combate francesa? Se podría especular en torno a la evacuación del cuartel general de dichas tropas, en 1962, lo que simbólicamente ocurre con la niña Ofelia, que al cabo se retira del departamento. Pero las palabras también pueden retomar el asunto de la diferencia, el tema de los Otros, que son legión y, en su distanciamiento, extranjeros. Los padres de Ofelia, y la misma niña, son trigueños, acaso indios, y la madre rechaza a la narradora del cuento. No hay comunicación posible, salvo por medio de la pequeña —que finalmente se marcha a cumplir su destino de princesa en medio del desierto— y de un frágil pollito, a quien la mano infantil mató por amor.

El polluelo forma parte del zoológico emblemático, y asimismo real, que puebla la cuentística de la escritora brasileña, por donde corren las gallinas, saltan los macacos, relinchan caballos y nos miran los ojos de odio y amor del búfalo salvaje, hablándonos quizás de ese otro en lo otro, pero igualmente existente, que es el mundo animal. Ya en *Lazos de familia* había «Una gallina», simpático cuento en que el ave «de domingo» se escapa de su destino alimentario volando por el muro de la terraza y los tejados vecinos, hasta que el dueño de la casa la alcanza y la regresa al piso de la cocina, vencida para el almuerzo. Entonces, «de puros nervios, la gallina puso un huevo», un acto sorpresivo e involuntario mediante el cual logra el perdón familiar y se transforma en la reina de la casa. El breve relato es toda una alegoría de la condición femenina, la maternidad, la libertad y la salvación por medio de la creación, temas que reaparecen bajo una óptica más oscura, casi como en un ensayo de filosofía

ocultista, en «El huevo y la gallina». Pero no es el único «bicho» en las historias de Clarice. Están también el perro abandonado por «el profesor de matemáticas»; la mona Lisette, de «Macacos»; las cucarachas de «La quinta historia» (y en su ya citada novela *La pasión según G. H.*); el «Seco estudio de caballos»; el saguino o monito de «Una tarde plena»; las vacas en «Viacrucis», y otros. En su variedad, ellos son evidencias de la inquieta mirada de la escritora que, para humanizar, se dirige también a lo no humano; a fin de indagar sobre la engañosa inteligencia, presenta el contraste de lo supuestamente irracional; junto a la dificultad de la comunicación humana, retrata la incapacidad para comprender otras formas de vida; fuera de la palabra y el habla, encuentra el sonido inaccesible, la mudez, silencio.

Clarice y sus personajes también buscan la felicidad, ese estado del ánimo que se complace en la posesión de un bien, la satisfacción en medio de las frustraciones que a diario impone la realidad mezquina. Pero ella no habla de la felicidad platónica en la virtud, o de la beatitud del sabio, sino más bien de aquella que procede de la vida misma, según Plotino, y se realiza en la propia persona, en este caso como un placer secreto, clandestino, que sólo reconoce quien lo disfruta. A partir de un episodio de su infancia, Clarice cuenta en «Felicidad clandestina» su encuentro con «esa cosa» que le produciría «un éxtasis purísimo» y sería para siempre «su amante»: un libro. En la realidad, se trató de un texto de Monteiro Lobato al que más tarde se agregaría *Bliss* de la Mansfield como pieza fundamental para su formación artística,

> un libro que contenía frases tan diferentes que me quedé leyendo, presa, allí mismo. Emocionada, yo pensaba: ¡pero ese libro soy yo! Sólo después vine a saber que la autora era considerada uno de los mejores escritores de su época: Katherine Mansfield.

El cuento, que en su primera versión se llamó «Tortura y gloria», es también un pequeño homenaje a la célebre escritora neozelandesa. Aunque son dos historias totalmente distintas, el placer estético que experimenta la Bertha de Mansfield al contemplar desde su ventana un peral en pleno florecimiento, es igualmente íntimo, imposible de compartir. Así lo comprende, en otro contexto, la Clarice narradora que, al sentarse sobre la hamaca y balancearse con el libro abierto sobre el regazo, se convierte «en una mujer con su amante». Hermosa metáfora del acto de leer que es, como dice Gloria Prado, «hacer el amor con el texto», una cópula que Clarice Lispector va a sostener, infinita, ardiente y libremente, con el ser genérico que está hecho, vive y perdura en las palabras.

De cuerpo entero

A lo largo prácticamente de toda su obra se puede apreciar el juego constante de Clarice con lo que Georges Bataille definió como las tres formas del erotismo: el de los cuerpos; el de los corazones, y el sagrado, que en ella aparecen unas veces mezclados, como en «La mujer más pequeña del mundo», y otras centrados en una experiencia casi mística, como en «Las aguas del mar», que por cierto es un fragmento de su novela *Aprendizaje o El libro de los placeres*. El «erotismo de los cuerpos» se manifiesta más directamente en su libro de cuentos *El viacrucis del cuerpo*, publicado en 1974, el mismo año de otro volumen, *Dónde estuviste de noche*, también conocido como *Silencio*. Allí, Clarice se siente obligada a introducir una «explicación» acerca del origen de los relatos, hechos a petición de su editor, y varios de los cuales escribió un Día de las Madres, algo que la inquietaba: «no quería que mis hijos (los) leyesen porque me daría vergüenza».

El viacrucis del cuerpo es un libro compuesto, de nuevo, por trece historias, un volumen precedido por epígrafes que muestran dos vertientes fundamentales en la narrativa clariceana. Se trata, por una parte, de las referencias bíblicas, en este caso explícitas pero que están impresas de diversas maneras en toda su obra, ya sea como alusión al Antiguo o el Nuevo Testamento, o en la marca indeleble de su escritura, donde encontramos, entre otros recursos, la feliz reelaboración de la advocación lírica, el tono reflexivo y sentencioso, y la reiteración de las voces que elevan la experiencia humana, como humo de incienso, a un sentido más alto, de mayor trascendencia. En ese mismo contexto, Clarice introduce dos citas de su propia mano, transgrediendo y al mismo tiempo integrando las letras divinas a su mundo de ficción y lenguaje coloquial:

> Yo, que entiendo el cuerpo. Y sus crueles exigencias. Siempre conocí el cuerpo. Su torbellino atolondrante. El cuerpo grave. (Personaje mío todavía sin nombre).

Y para cerrar, otro epígrafe cuya fuente Clarice explica así: «No sé de quién es». A tres años de su lamentable deceso, la escritora ya había subvertido hasta la cita ortodoxa. Pero no sólo eso. Hay en este libro de madurez artística una ruptura general con las convenciones sociales, un corte con las formas aceptadas de las relaciones amorosas y sexuales; con la técnica narrativa (ahora más apegada a la concisión periodística) y la compartimentación de los géneros, en una interesante evolución hacia el plano fantástico. Por ejemplo, en «Miss Algrave» que, a diferencia de otros textos, se desarrolla en Londres, donde esta señorita, «soltera,

y claro, virgen, es claro. Vivía en un cobertizo en Soho…». Cuando pasaba por Picadilly Centre y veía a las mujeres esperando a los hombres, sólo le faltaba vomitar. A ella nunca le habían tocado los senos. Se bañaba todos los sábados, sin mirarse el cuerpo desnudo, hasta que una noche entró por la ventana un ente fantástico, venido de Saturno, y despertó su sexualidad. Descubrió que «Ser mujer era una cosa soberbia. Sólo quien era mujer lo sabía». Y ya no pudo, ni quiso controlar el deseo; renunció al empleo burocrático, se hizo prostituta y comenzó a ganar mucho dinero, esperando la próxima luna llena, la vuelta del saturniano. Miss Algrave se llama Ruth, nombre bíblico, y es una parábola del extraño proceso en que, a veces, una mujer reconoce su sexualidad y aprende a valorar las posibilidades de su cuerpo, ese instrumento fundamental de la existencia que, a juicio de Merleau-Ponty, establece la percepción y condiciona la relación entre el ser y el aquello que está fuera del ser.

A primera vista, los cuentos de este libro parecen sencillos, incluso superficiales, y hasta hubo quien, según la misma Clarice, le dijo que «no eran literatura, era basura». De acuerdo, respondió la escritora, pero «hay hora para todo. Hay también la hora de la basura». Décadas después, es evidente que ambos estaban equivocados. Con esas historias eróticas, de trazo seguro, Clarice abrió una ventana hasta entonces poco destapada en la literatura iberoamericana, y mucho menos por mujeres. ¿Quién, en esta región, a mitad de los años setenta del siglo XX, abordaba con tanto desenfado la relación sexual entre tres personas, como en «El cuerpo», donde Xavier, Carmen y Beatriz se meten juntos a la cama, y las dos mujeres mantienen por su parte encuentros homosexuales? Con detalle de la violencia, el crimen, pero sin pornografía. La solución de ese cuento, como de nota roja en un diario de pueblo chico, apunta hacia el descubrimiento de la identidad de género. Clarice devela los complejos sentimientos de las preferencias sexuales, por ejemplo, en «Él me bebió», donde el maquillista Serjoca «no quería nada con mujeres. Quería hombres», y a contrapelo hace que Aurélia se mire al espejo y vea su «rostro humano, triste, delicado»; que se identifique y nazca como persona. Algo similar le pasa a Luisa, cuyo nombre de guerra es Carla, una bailarina del tugurio «Erótica» que rompe el estereotipo de prostituta frívola y se da cuenta de que ella, mujer, no sabe siquiera freír un huevo. O a la madre Clara, que rezaba y rezaba, hasta que se cansó de vivir entre mujeres, abandonó el convento, se decidió por arder, casarse, y tuvo cuatro hijos, todos hombres. En estos casos el cuerpo es, primero, objeto de manipulación,

medio de vida o castigo; y de improviso, cuando se toma conciencia de su naturaleza y fines, un medio eficaz para la realización femenina.

Hay todavía algo más. Para Clarice Lispector el cuerpo es fuente y sustento del mito. Toda su literatura nace y transita por los cinco sentidos, está firmemente anclada y va del cuerpo —cabeza y sexo, mirar, oír— a la fantasía y la imaginación, en un movimiento que, de paso, subvierte el dogma para sacralizar la vida. Es lo que ocurre en su relato «Viacrucis», cuando María de los Dolores recrea el milagro de la divina Encarnación. El cuerpo de la mujer es matriz de la leyenda, órgano reproductor de la quimera y, al mismo tiempo, origen del viacrucis que, dice la escritora, todos pasan, todos sufrimos en la carne viva.

La bella y la letra

Según su amiga Olga Borelli, Clarice jamás salía de casa sin estar arreglada, con collares al cuello, bien vestida, casi siempre de blanco, negro o rojo. «El rímel negro, colocado con sutileza, aumentaba la oblicuidad y hacía resaltar el verde marítimo de los ojos…». Basta contemplar su retrato para admirar la belleza física de aquella mujer misteriosa, distante, inalcanzable, con un toque de ironía en la mirada, como quien reta y a la vez promete; dueña de sí, aunque de íntima porcelana; ajena pero abierta a la pertenencia plena; de noble porte y refinado gesto, terrenal, etérea, con mármol hecha en la fina sustancia de los sueños. La imagen plasmada por las cámaras fotográficas, o por el pincel de los pintores (De Chirico, Scliar), revela líneas de erotismo, fantasía y seductor hermetismo que se entrecruzan y marcan de igual modo su escritura. En la mujer fascinante está el genio perturbador; en la belleza, un salto mortal hacia lo humano, y en toda Clarice Lispector una sola emulsión sensible, una sobreimpresión intencional de persona y palabra, de figura y ensueño, para ser una estampa de pugnante simbiosis entre el arte y la vida.

Recluida en sí misma, bajo su cuidada apariencia no dejó de advertir la injusticia, con niños muertos de hambre, víctimas de un destino que ella sola no podría cambiar. En el mundo hay dolor, miseria y tristeza cuyo golpe es tan fuerte —tal diría Vallejo— como la ira de Dios. Y la comprensión de esa realidad, otra iluminación, la plasmó claramente en un cuento revelador de una crítica y aguda visión social: «La bella y la fiera, o una herida grande además». Ése fue el título escogido por su hijo Paulo para el volumen *La bella y la fiera*, publicación

póstuma, en 1979, que reúne los primeros y últimos relatos de la escritora. Y «La bella…» es, en cierto modo, un último intento de Clarice por explicarse, a través de sus personajes, la condición de la mujer, de cualquier ser humano, en una sociedad absurda donde prevalece el dinero y, mucho peor, la incapacidad para el diálogo. La elegante señora Carla de Sousa e Santos se encuentra con un mendigo al que le falta una pierna. Es el mismo tipo de choque que experimenta Ana, la del cuento «Amor», cuando ve a un ciego mascando chicle; un flechazo a la conciencia, una piedra lanzada a un lago hasta entonces tranquilo. Y después del terremoto interior, al regresar en su coche a la casa, la dama piensa: «ni me acordé de preguntarle el nombre (al mendigo)». Todo sigue su agitado curso. Es peligroso vivir.

Una enfermedad terminal se llevó rápida y finalmente a Clarice el 9 de diciembre de 1977, víspera de su cumpleaños. El sepelio no fue el 10, por ser Shabat, día sagrado en que se encienden dos velas para que reine el amor, la armonía y la paz, sino hasta el 11, en el Cementerio Israelita de Río de Janeiro, poco después que su cuerpo, de acuerdo al ritual judío, fue lavado de angustias por tres mujeres vestidas de negro y entregado a la gloria pasajera del mundo, al eterno misterio del que nada se sabe. «Muero y renazco —escribió en el mismo hospital, poco antes de irse—. Incluso yo ya morí la muerte de otros. Pero ahora muero de embriaguez de vida… […] Mi futuro es la noche oscura. Pero vibrando en electrones, neutrones, mesones —y para más no sé, sin embargo, qué es el perdón que yo me invento…».

Al acercarnos a su obra, en silencioso homenaje, comprobamos que en verdad Clarice no se ha ido, vibra en estas páginas, para siempre incompletas como soplo de vida, renace en sus personajes, está hecha letra, nombre secreto, palabra disuelta en distante estrella. Y sobre su pecho ponemos trece veces trece estos lirios blancos, nuestra devota lectura.

MIGUEL COSSÍO WOODWARD
Ciudad de México, verano del 2001

Nota sobre los criterios editoriales

Esta compilación, estamos seguros, no tiene precedente en lengua española. Para ordenarla se optó por presentar los cuentos en estricta secuencia cronológica de publicación, eliminando, en su caso, los textos que de un volumen a otro se repetían, a veces con distinto título. Aprovechamos las excelentes traducciones de Cristina Peri Rossi (*Lazos de familia* y *Silencio*, aquí publicado como *¿Dónde estuviste de noche?* para recuperar su título original), Juan García Gayo (*La Legión Extranjera*) y Marcelo Cohen (*Felicidad clandestina*). Mario Morales tradujo *El viacrucis del cuerpo* y *La bella y la bestia*; además, cotejó las traducciones y revisó minuciosamente las pruebas, a la caza de posibles gazapos e inconsistencias. El resultado es este volumen, más que una muestra de la cuentística de Clarice Lispector, una feliz reunión de criaturas dispersas en un arca de papel que habrá de acercarlas a quienes las aprecian.

LAZOS DE FAMILIA

(Traducción de Cristina Peri Rossi)

Devaneo y embriaguez de una muchacha

Le parecía que por la habitación se cruzaban los autobuses eléctricos, estremeciendo su imagen reflejada. Estaba peinándose lentamente frente al tocador de tres espejos, los brazos blancos y fuertes se erizaban en el frescor de la tarde. Los ojos no se abandonaban, los espejos vibraban ora oscuros, ora luminosos. Allá afuera, desde una ventana más alta, cayó a la calle una cosa pesada y fofa. Si los niños y el marido estuvieran en casa, se le habría ocurrido la idea de que se debía a un descuido de ellos. Los ojos no se despegaban de la imagen, el peine trabajaba meditativo, la bata abierta dejaba asomar en los espejos los senos entrecortados de varias muchachas.

«¡La Noche!», gritó el voceador al viento blando de la calle del Riachuelo, y algo presagiado se estremeció. Dejó el peine en el tocador, cantó absorta: «¡Quién vio al gorrioncito… pasó por la ventana… voló más allá del Miño!», pero, colérica, se cerró en sí misma dura como un abanico.

Se acostó; se abanicaba impaciente con el diario que susurraba en la habitación. Tomó el pañuelo, trató de estrujar el bordado áspero con los dedos enrojecidos. Comenzó a abanicarse nuevamente, casi sonriendo. Ay, ay, suspiró riendo. Tuvo la imagen de su sonrisa clara de muchacha todavía joven, y sonrió aún más cerrando los ojos, abanicándose más profundamente. Ay, ay, venía de la calle como una mariposa.

«Buenos días, ¿sabes quién me vino a buscar a casa?», pensó como tema posible e interesante de conversación. «Pues no sé, ¿quién?», le preguntaron con una sonrisa galanteadora unos ojos tristes en una de esas caras pálidas que a cierta gente le hacen tanto mal. «María Quiteria, ¡hombre!», respondió alegremente, con la mano en el costado. «Si me lo permites, ¿quién es esa muchacha?», insistió galante, pero ahora sin rostro. «Tú», cortó ella con leve rencor la conversación, qué aburrimiento.

Ay, qué cuarto agradable, ella se abanicaba en el Brasil. El sol, preso de las

persianas, temblaba en la pared como una guitarra. La calle del Riachuelo se sacudía bajo el peso cansado de los autobuses eléctricos que venían de la calle Mem de Sá. Ella escuchaba curiosa y aburrida el estremecimiento de la vitrina en la sala de visitas. De impaciencia, se dio el cuerpo de bruces, y mientras tironeaba con amor los dedos de los pies pequeñitos, esperaba su próximo pensamiento con los ojos abiertos. «Quien encontró, buscó», dijo en forma de refrán rimado, lo que siempre le parecía una verdad. Hasta que se durmió con la boca abierta, la baba humedeciéndole la almohada.

Despertó cuando el marido ya había vuelto del trabajo y entró en la habitación. No quiso comer ni salir de sus ensoñaciones, y se durmió de nuevo: el hombre que se las arreglara con las sobras del almuerzo.

Y ya que los hijos estaban en la finca de las tías, en Jacarepaguá, ella aprovechó para amanecer rara: confusa y leve en la cama, uno de esos caprichos, ¡no se sabe por qué! El marido apareció ya vestido y ella no sabía qué había hecho para su desayuno; ni siquiera le miró el traje, si había o no que cepillarlo, poco le importaba si hoy era el día en que se ocupaba de negocios en la ciudad. Pero cuando él se inclinó para besarla, su levedad crepitó como una hoja seca.

—¡Vete!

—¿Qué tienes? —le preguntó el hombre, atónito, ensayando inmediatamente una caricia más eficaz.

Obstinada, ella no sabía responder, estaba tan tonta y principesca que no había siquiera dónde buscarle una respuesta.

—¡Cuidado con molestarme! ¡No vengas a rondarme como un gato viejo!

Él pareció pensarlo mejor y aclaró:

—Muchacha, estás enferma.

Ella lo aceptó, sorprendida, lisonjeada. Durante todo el día se quedó en la cama, escuchando la casa tan silenciosa, sin el bullicio de los niños, sin el hombre que hoy comería su cocido en la ciudad. Durante todo el día se quedó en la cama. Su cólera era tenue, ardiente. Sólo se levantaba para ir al baño, de donde volvía noble, ofendida.

La mañana se volvió una larga tarde inflada que se volvió noche sin fin, amaneciendo inocente por toda la casa.

Ella todavía estaba en la cama, tranquila, improvisada. Ella amaba… Estaba amando previamente al hombre que un día iba a amar. Quién sabe, eso a veces sucedía, y sin culpas ni dolores para ninguno de los dos. Allí estaba en la cama, pensando, pensando, casi riendo como ante un folletín. Pensando, pensando. ¿En

qué? No lo sabía. Y así se dejó estar.

De un momento a otro, con rabia, se puso de pie. Pero en la flaqueza del primer instante parecía loca y delicada en la habitación que daba vueltas, daba vueltas hasta que ella consiguió a ciegas acostarse otra vez en la cama, sorprendida de que tal vez fuera verdad. «¡Oh, mujer, mira que si de veras te enfermas!», se dijo, desconfiada. Se llevó la mano a la frente para ver si tenía fiebre.

Esa noche, hasta que se durmió, fantaseó, fantaseó: ¿cuánto tiempo?, hasta que cayó: adormecida, roncando con el marido.

Despertó con el día atrasado, las papas por pelar, los niños que regresarían por la tarde de casa de las tías, ¡ay, me he faltado al respeto!, día de lavar ropa y zurcir calcetines, ¡ay, qué haragana me saliste!, se censuró curiosa y satisfecha, ir de compras, no olvidar el pescado, el día atrasado, la mañana presurosa de sol.

Pero el sábado por la noche fueron a la tasca de la plaza Tiradentes, atendiendo a la invitación de un comerciante muy próspero, ella con el vestidito nuevo que aunque no demasiado adornado era de muy buena tela, de esas que iban a durar toda la vida. El sábado por la noche, embriagada en la plaza Tiradentes, embriagada pero con el marido a su lado para protegerla, y ella ceremoniosa frente al otro hombre mucho más fino y rico, procurando darle conversación, porque ella no era ninguna charlatana de aldea y había vivido en la capital. Pero borracha a más no poder.

Y si su marido no estaba borracho era porque no quería faltarle al respeto al comerciante y, lleno de empeño y humildad, le dejaba al otro el cantar del gallo. Lo que quedaba bien para esa ocasión tan distinguida, pero le daba, al mismo tiempo, muchos deseos de reír. ¡Y desprecio! ¡Miraba al marido con su traje nuevo y le hacía una gracia! Borracha a más no poder, pero sin perder el brío de muchachita. Y el vino verde se le derramaba por el cuerpo.

Y cuando estaba embriagada, como en una abundante comida de domingo, todo lo que por la propia naturaleza está separado —olor a aceite en un lado, hombre en otro, sopa en un lado, camarero en el otro— se unía raramente por la propia naturaleza, y todo no pasaba de ser una sinvergüenzada solamente, una bellaquería.

Y si estaban brillantes y duros los ojos, si sus gestos eran etapas difíciles hasta conseguir finalmente alcanzar el palillero, en verdad por dentro estaba hasta muy bien, era una nube plena trasladándose sin esfuerzo. Los labios ensanchados y los dientes blancos, y el vino hinchándola. Y aquella vanidad de estar

embriagada facilitándole un gran desdén por todo, tornándola madura y redonda como una gran vaca.

Naturalmente que ella conversaba. Porque no le faltaban temas ni habilidad. Pero las palabras que una persona pronunciaba cuando estaba embriagada eran como si estuvieran preñadas; palabras sólo en la boca, que poco tenían que ver con el centro secreto que era como una gravidez. Ay, qué rara estaba. El sábado por la noche el alma diaria estaba perdida, y qué bueno era perderla, y como recuerdo de los otros días apenas quedaban las manos pequeñas tan maltratadas, y ahora ella con los codos sobre el mantel de la mesa a cuadros rojos y blancos, como sobre una mesa de juego, profundamente lanzada a una vida baja y convulsionante. ¿Y esta carcajada? Esa carcajada que le estaba saliendo misteriosamente de una garganta llena y blanca, en respuesta a la delicadeza del comerciante, carcajada venida de las profundidades de aquel sueño, y de la profundidad de aquella seguridad de quien tiene un cuerpo. Su carne blanca estaba dulce como la de una langosta, las piernas de una langosta viva moviéndose lentamente en el aire. Y aquella pequeña maldad de quien tiene un cuerpo.

Conversaba, y escuchaba con curiosidad lo que ella misma estaba respondiendo al comerciante próspero que en tan buena hora los invitaba y pagaba la comida. Escuchaba intrigada y deslumbrada lo que ella misma estaba respondiendo: lo que dijera en ese estado valdría para el futuro como augurio (ahora ya no era una langosta, era un duro signo: escorpión. Porque había nacido en noviembre).

Un reflector que mientras se duerme recorre la madrugada: tal era su embriaguez errando por las alturas.

Al mismo tiempo, ¡qué sensibilidad!, ¡pero qué sensibilidad!, cuando miraba el cuadro tan bien pintado del restaurante, de inmediato le nacía la sensibilidad artística. Nadie podría sacarle la idea de que había nacido para otras cosas. A ella siempre le gustaron las obras de arte.

¡Pero qué sensibilidad!, ahora ya no a causa del cuadro de uvas y peras y pescado muerto brillando en las escamas. Su sensibilidad la molestaba sin serle dolorosa, como una uña rota. Y siquiera podría permitirse el lujo de volverse aún más sensible, podría ir más adelante todavía: porque estaba protegida por una situación, protegida como toda la gente que había alcanzado una posición en la vida. Como una persona a quien le impiden tener su propia desgracia. Ay, qué infeliz soy, madre mía. Si quisiera aún podría echar más vino en su cuerpo y,

protegida por la posición que había alcanzado en la vida, emborracharse todavía más, siempre y cuando no perdiera la fuerza. Y así, más borracha aún, recorría con los ojos el restaurante, y qué desprecio sentía por las personas secas del restaurante, ningún hombre que fuese un hombre de verdad, que fuese realmente triste. Qué desprecio por las personas secas del restaurante, mientras ella estaba gorda y pesada, generosa a más no poder. Y todos tan distantes en el restaurante, separados uno del otro como si jamás uno pudiera hablar con el otro. Cada uno para sí, y Dios para todos.

Sus ojos se fijaron de nuevo en aquella muchacha que ya, de entrada, le hiciera subir la mostaza a la nariz. De entrada la había visto, sentada a una mesa con su hombre, toda llena de sombreros y adornos, rubia como un escudo falso, toda santurrona y fina —¡qué lindo sombrero tenía!—, seguro que ni siquiera era casada, y ponía esa cara de santa. Y con su lindo sombrero bien puesto. ¡Pues que le aprovechara bien la santidad!, ¡y que no se le cayera la aristocracia en la sopa! Las más santitas eran las que estaban más llenas de desvergüenza. Y el camarero, el gran estúpido, sirviéndola lleno de atenciones, el ladino: y el hombre amarillo que la acompañaba haciendo la vista gorda. Y la santurrona muy envanecida de su sombrero, muy modesta por su cinturita pequeña, seguro que ni siquiera era capaz de parirle un hijo a su hombre. Claro que ella no tenía nada que ver con eso, por cierto: pero de entrada le habían dado ganas de llenarle esa cara de santa rubia de unos buenos sopapos, junto con la aristocracia del sombrero. Que ni siquiera era rolliza, porque era plana de pecho. Van a ver que, con todos sus sombreros, no dejaba de ser una verdulera haciéndose pasar por gran dama.

Oh, estaba muy humillada por haber ido a la tasca sin sombrero, ahora la cabeza le parecía desnuda. Y la otra, con sus aires de señora, haciéndose pasar por delicada. ¡Bien sé lo que te falta, damisela, y a tu hombre amarillo! Y si piensas que te envidio tu pecho plano, puedes ir sabiendo que no me importa nada, que me río de tus sombreros. A desvergonzadas como tú, haciéndose las importantes, yo las lleno de sopapos.

En su sagrada cólera, extendió con dificultad la mano y tomó un palillo.

Pero finalmente la dificultad de llegar a casa desapareció: se movía ahora dentro de la realidad familiar de su habitación, sentada en el borde de la cama con la chinela balanceándose en el pie.

Y cuando entrecerró los ojos nublados, todo quedó de carne, el pie de la cama de carne, la ventana de carne, en la silla el traje de carne que el marido había arrojado, y todo, casi, le producía dolor. Y ella cada vez más grande, vacilante,

temblorosa, gigantesca. Si consiguiera llegar más cerca de sí misma se vería más grande. Cada brazo podría ser recorrido por una persona, en la ignorancia de que se trataba de un brazo, y en cada ojo podría sumergirse y nadar sin saber que era un ojo. Y alrededor doliendo todo, un poco. Las cosas estaban hechas de carne con neuralgia. Había sido el frío que pescó al salir del restaurante.

Estaba sentada en la cama, tranquila, escéptica.

Y eso todavía no era nada. Que en ese momento le estaban sucediendo cosas que sólo más tarde le irían realmente a doler mucho: cuando ella volviera a su tamaño corriente, el cuerpo anestesiado estaría despertándose, latiendo, y ella iba a pagar por las comilonas y los vinos.

Entonces, ya que eso terminaría por suceder, tanto se me hace abrir ahora mismo los ojos, lo hizo, y todo quedó más pequeño y más nítido, pero sin ningún dolor. Todo, en el fondo, estaba igual, sólo que menor y familiar. Estaba sentada, bien tiesa, en su cama, el estómago muy lleno, absorta, resignada, con la delicadeza de quien espera sentado que otro despierte. «Te atiborraste de comida, ahora a pagar el pato», se dijo melancólica, mirándose los deditos blancos del pie. Miraba alrededor, paciente, obediente. Ay, palabras, palabras, objetos de habitación alineados en orden de palabras formando aquellas frases turbias y aburridas, que quien sepa leer, leerá. Aburrimiento, aburrimiento, ay, qué fastidio. Qué pesadez. En fin, que sea lo que Dios quiera. Qué es lo que se habría de hacer. Ay, me da una cosa tan rara que ni sé siquiera cómo explicarla. En fin, que sea lo que Dios quiera. ¡Y decir que se había divertido tanto esta noche!, ¡y decir que había sido tan lindo todo, tan a su gusto el restaurante, ella sentada tan fina a la mesa! ¡Mesa!, le gritó el mundo. Pero ella ni siquiera respondió, alzando los hombros en un gesto de disgusto, importunada, ¡que no me vengan a fastidiar con cariños!, desilusionada, resignada, harta de comida, casada, contenta, con una vaga náusea.

Fue en aquel instante cuando quedó sorda: le faltó un sentido. Envió a la oreja una palmada con la mano abierta, con lo que sólo consiguió un mayor trastorno: el oído se le llenó de un rumor de ascensor, la vida de repente se hizo sonora y aumentaba en los menores movimientos. Una de dos: estaba sorda o escuchaba demasiado (reaccionó a esta nueva solicitud con una sensación maliciosa e incómoda, con un suspiro de saciedad). Que los parta un rayo, dijo suavemente, aniquilada.

«Y cuando en el restaurante…», recordó de repente. Cuando estuvo en el restaurante, el protector de su marido le había arrimado un pie al suyo debajo de

la mesa, y por encima de la mesa estaba la cara de él. ¿Porque se había callado, o había sido a propósito? El diablo. Una persona que, para decir la verdad, era muy interesante. Se encogió de hombros.

¿Y cuando en su escote redondo, en plena plaza Tiradentes —pensó ella moviendo la cabeza con incredulidad—, se había posado una mosca sobre su piel desnuda? Ay, qué malicia.

Había ciertas cosas buenas porque eran casi nauseabundas: el ruido como el de un ascensor en la sangre, mientras el hombre roncaba a su lado, los hijos gorditos durmiendo amontonados en la otra habitación, los pobres. ¡Ay, qué cosa me viene!, pensó desesperada. ¿Habría comido demasiado? ¡Ay, qué cosa me viene, santa madre mía!

Era la tristeza.

Los dedos del pie jugaron con la chinela. El piso no estaba demasiado limpio. Qué descuidada y perezosa me saliste. Mañana no, porque no estaría muy bien de las piernas. Pero pasado mañana habría que ver cómo estaría su casa: la restregaría con agua y jabón hasta arrancarle toda la suciedad, ¡toda!, ¡habría que ver su casa!, amenazó colérica. Ay, qué bien se sentía, qué áspera, como si todavía tuviese leche en las mamas, tan fuerte. Cuando el amigo del marido la vio tan bonita y gorda, de inmediato sintió respeto por ella. Y cuando ella se sentía avergonzada no sabía dónde tenía que fijar los ojos. Ay, qué tristeza. Qué habría de hacer. Sentada en el borde de la cama, pestañeaba con resignación. Qué bien se veía la luna en esas noches de verano. Se inclinó un poquito, desinteresada, resignada. La luna. Qué bien se veía. La luna alta y amarilla deslizándose por el cielo, pobrecita. Deslizándose, deslizándose… Alta, alta. La luna. Entonces la grosería explotó en súbito amor; perra, dijo riéndose.

Amor

Un poco cansada, con las compras deformando la nueva bolsa de malla, Ana subió al tranvía. Depositó la bolsa sobre las rodillas y el tranvía comenzó a andar. Entonces se recostó en el asiento en busca de comodidad, con un suspiro casi de satisfacción. Los hijos de Ana eran buenos, una cosa verdadera y jugosa. Crecían, se bañaban, exigían, malcriados, momentos cada vez más completos. La cocina era espaciosa, la estufa descompuesta lanzaba explosiones. El calor era fuerte en el apartamento que estaban pagando poco a poco. Pero el viento golpeando las cortinas que ella misma había cortado recordaba que si quería podía enjugarse la frente, mirando el calmo horizonte. Como un labrador. Ella había plantado las simientes que tenía en la mano, no las otras, sino esas mismas. Y los árboles crecían. Crecía su rápida conversación con el cobrador de la luz, crecía el agua llenando el lavabo, crecían sus hijos, crecía la mesa con comidas, el marido llegando con los diarios y sonriendo de hambre, el canto inoportuno de las sirvientas del edificio. Ana prestaba a todo, tranquilamente, su mano pequeña y fuerte, su corriente de vida.

Cierta hora de la tarde era la más peligrosa. A cierta hora de la tarde los árboles que ella había plantado se reían de ella. Cuando ya nada precisaba de su fuerza, se inquietaba. Sin embargo, se sentía más sólida que nunca, su cuerpo había engordado un poco, y había que ver la forma en que cortaba blusas para los chicos, la gran tijera restallando sobre el género. Todo su deseo vagamente artístico hacía mucho que se había encaminado a volver los días bien realizados y hermosos; con el tiempo su gusto por lo decorativo se había desarrollado suplantando su íntimo desorden. Parecía haber descubierto que todo era susceptible de perfeccionamiento, que a cada cosa se prestaría una apariencia armoniosa; la vida podría ser hecha por la mano del hombre.

En el fondo, Ana siempre había tenido necesidad de sentir la raíz firme de las cosas. Y eso le había dado un hogar sorprendente. Por caminos torcidos había

venido a caer en un destino de mujer, con la sorpresa de caber en él como si ella lo hubiera inventado. El hombre con el que se casó era un hombre de verdad, los hijos que habían tenido eran hijos de verdad. Su juventud anterior le parecía tan extraña como una enfermedad de vida. Había emergido de ella muy pronto para descubrir que también sin felicidad se vivía: aboliéndola, había encontrado una legión de personas, antes invisibles, que vivían como quien trabaja: con persistencia, continuidad, alegría. Lo que le había sucedido a Ana antes de tener su hogar ya estaba para siempre fuera de su alcance: era una exaltación perturbada que muchas veces había confundido con una insoportable felicidad. A cambio de eso, había creado algo al fin comprensible, una vida de adulto. Así lo quiso ella y así lo había escogido.

Su precaución se reducía a cuidarse en la hora peligrosa de la tarde, cuando la casa estaba vacía y ya no necesitaba de ella, el sol alto, y cada miembro de la familia distribuido en sus ocupaciones. Mirando los muebles limpios, su corazón se oprimía un poco con espanto. Pero en su vida no había lugar para sentir ternura por su espanto: ella lo sofocaba con la misma habilidad que le habían transmitido los trabajos de la casa. Entonces salía para hacer las compras o llevar objetos para arreglar, cuidando del hogar y de la familia y en rebeldía con ellos. Cuando volvía ya era el final de la tarde y los niños, de regreso del colegio, la exigían. Así llegaría la noche, con su tranquila vibración. Por la mañana despertaría aureolada por los tranquilos deberes. Encontraba otra vez los muebles sucios y llenos de polvo, como si regresaran arrepentidos. En cuanto a ella misma, formaba oscuramente parte de las raíces negras y suaves del mundo. Y alimentaba anónimamente la vida. Y eso estaba bien. Así lo había querido y escogido.

El tranvía vacilaba sobre las vías, entraba en calles anchas. Enseguida soplaba un viento más húmedo anunciando, mucho más que el fin de la tarde, el final de la hora inestable. Ana respiró profundamente y una gran aceptación dio a su rostro un aire de mujer.

El tranvía se arrastraba, enseguida se detenía. Hasta la calle Humaitá tenía tiempo de descansar. Fue entonces cuando miró hacia el hombre detenido en la parada. La diferencia entre él y los otros era que él estaba realmente detenido. De pie, sus manos se mantenían extendidas. Era un ciego.

¿Qué otra cosa había hecho que Ana se fijase, erizada de desconfianza? Algo inquietante estaba pasando. Entonces se dio cuenta: el ciego masticaba chicle… Un hombre ciego masticaba chicle.

Ana todavía tuvo tiempo de pensar por un segundo que los hermanos irían a

comer; el corazón le latía con violencia, espaciadamente. Inclinada, miraba al ciego profundamente, como se mira lo que no nos ve. Él masticaba goma en la oscuridad. Sin sufrimiento, con los ojos abiertos. El movimiento de masticar hacía que pareciera sonreír y de pronto dejar de sonreír, sonreír y dejar de sonreír. Como si él la hubiera insultado, Ana lo miraba. Y quien la viese tendría la impresión de una mujer con odio. Pero continuaba mirándolo, cada vez más inclinada. El tranvía arrancó súbitamente arrojándola desprevenida hacia atrás; la pesada bolsa de malla rodó de su regazo y cayó al suelo; Ana dio un grito y el conductor impartió la orden de parar antes de saber de qué se trataba. El tranvía se detuvo, los pasajeros miraron asustados. Incapaz de moverse para recoger sus compras, Ana se puso de pie, pálida. Una expresión desde hacía tiempo no usada en el rostro resurgía con dificultad, todavía incierta, incomprensible. El muchacho de los diarios reía entregándole sus paquetes. Pero los huevos se habían roto en el envoltorio de papel periódico. Yemas amarillas y viscosas se pegoteaban entre los hilos de la malla. El ciego había interrumpido su tarea de masticar y extendía las manos inseguras, intentando inútilmente percibir lo que sucedía. El paquete de los huevos fue arrojado fuera de la bolsa y, entre las sonrisas de los pasajeros y la señal del conductor, el tranvía reinició nuevamente la marcha.

Pocos instantes después ya nadie la miraba. El tranvía se sacudía sobre los rieles y el ciego masticando chicle había quedado atrás para siempre. Pero el mal ya estaba hecho.

La bolsa de malla era áspera entre sus dedos, no íntima como cuando la tejiera. La bolsa había perdido el sentido y estar en un tranvía era un hilo roto; no sabía qué hacer con las compras en el regazo. Y como una extraña música, el mundo recomenzaba a su alrededor. El mal estaba hecho. ¿Por qué? ¿Acaso se había olvidado de que había ciegos? La piedad la sofocaba, y Ana respiraba pesadamente. Aun las cosas que existían antes de lo sucedido ahora estaban cautelosas, tenían un aire hostil, perecedero… El mundo nuevamente se había transformado en un malestar. Varios años se desmoronaban, las yemas amarillas se escurrían. Expulsada de sus propios días, le parecía que las personas en la calle corrían peligro, que se mantenían por un mínimo equilibrio, por azar, en la oscuridad, y por un momento la falta de sentido las dejaba tan libres que ellas no sabían hacia dónde ir. Notar una ausencia de ley fue tan repentino que Ana se aferró al asiento de enfrente, como si se pudiera caer del tranvía, como si las cosas pudieran ser revertidas con la misma calma con que no lo eran. Lo que llamaba crisis había venido, finalmente. Y su marca era el placer intenso con que

ahora miraba las cosas, sufriendo espantada.

El calor se volvía más sofocante, todo había ganado una fuerza y unas voces más altas. En la calle Voluntarios de la Patria parecía que estaba a punto de estallar una revolución. Las rejas de las cloacas estaban secas, y el aire cargado de polvo. Un ciego mascando chicle había sumergido el mundo en oscura impaciencia. En cada persona fuerte estaba ausente la piedad por el ciego, y las personas la asustaban con el vigor que poseían. Junto a ella había una señora de azul, ¡con un rostro! Desvió la mirada rápidamente. ¡En la acera, una mujer dio un empujón a su hijo! Dos novios entrelazaban los dedos sonriendo… ¿Y el ciego? Ana se había deslizado hacia una bondad extremadamente dolorosa.

Ella había apaciguado tan bien a la vida, había cuidado tanto que no explotara. Mantenía todo en serena comprensión, separaba una persona de las otras, las ropas estaban claramente hechas para ser usadas y se podía elegir en el diario la película de la noche, todo hecho de tal modo que un día sucediera al otro. Y un ciego masticando chicle lo había destrozado todo. A través de la piedad, a Ana le parecía una vida llena de náusea dulce, hasta la boca.

Sólo entonces advirtió que hacía mucho que había pasado la parada para bajar. En la debilidad en que estaba, todo la alcanzaba con un susto; descendió del tranvía con piernas vacilantes, miró a su alrededor, sosteniendo la bolsa de malla sucia de huevo. Por un momento no consiguió orientarse. Le parecía haber descendido en medio de la noche.

Era una calle larga, con muros altos, amarillos. Su corazón latía con miedo, ella buscaba inútilmente reconocer los alrededores, mientras la vida que había descubierto continuaba latiendo y un viento más tibio y más misterioso le rodeaba el rostro. Se quedó parada mirando el muro. Al fin pudo ubicarse. Caminando un poco más a lo largo de la tapia, cruzó los portones del Jardín Botánico.

Caminaba pesadamente por la alameda central, entre los cocoteros. No había nadie en el Jardín. Dejó los paquetes en el suelo, se sentó en el banco de un sendero y allí se quedó por algún tiempo.

La vastedad parecía calmarla, el silencio regulaba su respiración. Se adormecía dentro de sí.

De lejos se veía la hilera de árboles donde la tarde era clara y redonda. Pero la penumbra de las ramas cubría el sendero.

A su alrededor se escuchaban ruidos serenos, olor a árboles, pequeñas

sorpresas entre los «cipós». Todo el Jardín era triturado por los instantes ya más apresurados de la tarde. ¿De dónde venía el medio sueño que la rodeaba? Como un zumbar de abejas y de aves. Todo era extraño, demasiado suave, demasiado grande.

Un movimiento leve e íntimo la sobresaltó; se volvió con rapidez. Nada parecía haberse movido. Pero en la alameda central estaba inmóvil un poderoso gato. Su pelambre era suave. En una nueva marcha silenciosa, desapareció.

Inquieta, miró en torno. Las ramas se balanceaban, las sombras vacilaban sobre el suelo. Un gorrión escarbaba en la tierra. Y de pronto, con malestar, le pareció haber caído en una emboscada. En el Jardín se hacía un trabajo secreto que ella empezaba a advertir.

En los árboles las frutas eran negras, dulces como la miel. En el suelo había carozos llenos de orificios, como pequeños cerebros podridos. El banco estaba manchado de jugos violetas. En el tronco del árbol se pegaban las lujosas patas de una araña. La crudeza del mundo era tranquila. El asesinato era profundo. Y la muerte no era aquello que pensábamos.

Al mismo tiempo que imaginario, era un mundo para comérselo con los dientes, un mundo de grandes dalias y tulipanes. Los troncos eran recorridos por parásitos con hojas, y el abrazo era suave, apretado. Como el rechazo que precedía a una entrega, era fascinante, la mujer sentía asco, y al mismo tiempo se sentía fascinada.

Los árboles estaban cargados, el mundo era tan rico que se pudría. Cuando Ana pensó que había niños y hombres grandes con hambre, la náusea le subió a la garganta, como si ella estuviera grávida y abandonada. La moral del Jardín era otra. Ahora que el ciego la había guiado hasta él, se estremecía en los primeros pasos de un mundo brillante, sombrío, donde las victorias regias flotaban, monstruosas. Las pequeñas flores esparcidas por el césped no le parecían amarillas o rosadas, sino del color de oro bajo y escarlatas. La descomposición era profunda, perfumada… Pero ella veía todas las pesadas cosas como con la cabeza rodeada de un enjambre de insectos, enviados por la vida más delicada del mundo. La brisa se insinuaba entre las flores. Ana adivinaba que sentía su olor dulzón… El Jardín era tan bonito que ella tuvo miedo del Infierno.

Ahora era casi de noche y todo parecía lleno, pesado, una ardilla voló en la sombra. Bajo los pies la tierra estaba fofa, Ana la aspiraba con delicia. Era fascinante, y ella se sentía mareada.

Pero cuando recordó a los niños, frente a los cuales se sentía culpable, se

irguió con una exclamación de dolor. Tomó el paquete, avanzó por el sendero oscuro y alcanzó la alameda. Casi corría, y vio el Jardín en torno suyo, con su soberbia impersonalidad. Sacudió los portones cerrados, los sacudió apretando la madera áspera. El guardián apareció asustado por no haberla visto.

Hasta que no llegó a la puerta del edificio, le pareció estar al borde del desastre. Corrió con la bolsa hasta el ascensor, su alma golpeaba en el pecho, ¿qué ocurría? La piedad por el ciego era tan violenta como una ansiedad, pero el mundo le parecía suyo, suyo, perecedero, suyo. Abrió la puerta de su casa. La sala era grande, cuadrada, los picaportes brillaban limpios, los vidrios de la ventana brillaban, la lámpara brillaba. ¿Qué nueva tierra era ésta? Y por un instante la vida sana que hasta entonces había llevado le pareció una manera moralmente loca de vivir. El niño que se acercó corriendo era un ser de piernas largas y rostro igual al suyo, que corría y la abrazaba. Lo apretó con fuerza, con espanto. Se protegía, trémula. Porque la vida era peligrosa. Ella amaba el mundo, amaba cuanto fuera creado, amaba con repugnancia. Del mismo modo en que siempre se había sentido fascinada por las ostras, con aquel vago sentimiento de asco que la proximidad de la verdad le provocaba, advirtiéndola. Abrazó al hijo, casi hasta estrujarlo. Como si supiera de un mal —¿el ciego o el hermoso Jardín Botánico?— se prendía a él, a quien quería por encima de todo. Había sido alcanzada por el demonio de la fe. La vida era horrible, dijo muy bajo, hambrienta. ¿Qué haría en el caso de seguir la llamada del ciego? Iría sola… Había lugares pobres y ricos que necesitaban de ella. Ella precisaba de ellos… Tengo miedo, dijo. Sentía las costillas delicadas de la criatura entre los brazos, escuchó su llanto asustado. Mamá, llamó el niño. Lo apartó de sí, miró aquel rostro, su corazón se crispó. No dejes que mamá te olvide, le dijo. El niño, apenas sintió que el brazo se aflojaba, escapó y corrió hasta la puerta de la habitación, desde donde la miró más seguro. Era la peor mirada que jamás recibiera. La sangre le subió al rostro, afiebrándolo.

Se dejó caer en una silla, con los dedos todavía presos en la bolsa de malla. ¿De qué tenía vergüenza? No había cómo huir. Y los días que ella forjara se habían roto en su costra y el agua se escapaba. Estaba delante de la ostra. Y no sabía cómo mirarla. ¿De qué tenía vergüenza? Porque ya no se trataba de piedad, no era sólo piedad: su corazón se llenaba con el peor deseo de vivir.

Ya no sabía si estaba del otro lado del ciego o de las espesas plantas. El hombre poco a poco se había distanciado y, torturada, ella parecía haber pasado para el lado de los que le habían herido los ojos. El Jardín Botánico, tranquilo y

alto, la revelaba. Con horror descubría que pertenecía a la parte fuerte del mundo, y ¿qué nombre se debería dar a su misericordia violenta? Se vería obligada a besar al leproso, pues nunca sería sólo su hermana. Un ciego me llevó hasta lo peor de mí misma, pensó espantada. Se sentía expulsada porque ningún pobre bebería agua en sus manos ardientes. ¡Ah!, ¡era más fácil ser un santo que una persona! Por Dios, ¿no había sido verdadera la piedad que sondeara en su corazón las aguas más profundas? Pero era una piedad de león.

Humillada, sabía que el ciego prefería un amor más pobre. Y, entristeciéndose, también sabía por qué. La vida del Jardín Botánico la llamaba como el hombre lobo es llamado por la luna. ¡Oh, pero ella amaba al ciego!, pensó con los ojos mojados. Sin embargo, no era con ese sentimiento con el que se va a la iglesia. Estoy con miedo, se dijo, sola en la sala. Se levantó y fue a la cocina a ayudar a la sirvienta a preparar la comida.

Pero la vida la estremecía, como un frío. Oía la campana de la escuela, lejana y constante. El pequeño horror del polvo ligando en hilos la parte interior de la estufa, donde descubrió la pequeña araña. Llevando el florero para cambiar el agua sintió el horror de la flor entregándose lánguida y asquerosa en sus manos. El mismo trabajo secreto se hacía en la cocina. Cerca del cubo de la basura, aplastó con el pie una hormiga. El pequeño asesinato de la hormiga. El minúsculo cuerpo temblaba. Las gotas de agua caían en el agua quieta del lavabo. Los abejorros de verano. El horror de los abejorros inexpresivos. Alrededor había una vida silenciosa, lenta, insistente. Horror, horror. Caminaba de un lado a otro en la cocina, cortando los filetes, batiendo la crema. En torno a su cabeza, en ronda, en torno a la luz, los mosquitos de una noche cálida. Una noche en que la piedad era tan cruda como el mal amor. Entre los dos senos corría el sudor. La fe se quebrantaba, el calor del homo ardía en sus ojos.

Después llegó el marido, vinieron los hermanos y sus mujeres, vinieron los hijos de los hermanos.

Comieron con las ventanas completamente abiertas, en el noveno piso. Un avión se estremecía, amenazador, en el calor del cielo. A pesar de haber usado pocos huevos, la comida estaba buena. También sus chicos permanecieron despiertos, jugando en la alfombra con los otros. Era verano, sería inútil obligarlos a dormir. Ana estaba un poco pálida y reía suavemente con los otros.

Finalmente, después de la comida, la primera brisa más fresca entró por las ventanas. Ellos rodeaban la mesa, en familia. Cansados del día, felices al no discutir, bien dispuestos a no ver defectos. Se reían de todo, con el corazón

bondadoso y humano. Los chicos crecían admirablemente alrededor de ellos. Y, como una mariposa, Ana sujetó el instante entre los dedos antes de que desapareciera para siempre.

Después, cuando todos se fueron y los chicos estaban acostados, se convirtió en una mujer tosca que miraba por la ventana. La ciudad estaba adormecida y caliente. Y lo que el ciego había desencadenado, ¿cabría en sus días? ¿Cuántos años le llevaría envejecer de nuevo? Cualquier movimiento de ella, y pisaría a uno de los chicos. Pero, con una maldad de amante, parecía aceptar que de la flor saliera el mosquito, que las victorias regias flotasen en la oscuridad del lago. El ciego pendía entre los frutos del Jardín Botánico.

¡Si ella fuera un abejorro de la estufa, el fuego ya habría abrasado toda la casa!, pensó corriendo hacia la cocina y tropezando con su marido frente al café derramado.

—¿Qué fue? —gritó vibrando toda ella.

Él se asustó con el miedo de la mujer. Y de repente rió entendiendo:

—No fue nada —dijo—, soy un descuidado.

Él parecía cansado, con ojeras.

Pero, ante el extraño rostro de Ana, la observó con mayor atención. Después la atrajo hacia sí, en rápido abrazo.

—¡No quiero que te suceda nada, nunca! —dijo ella.

—Deja que por lo menos me suceda que la estufa explote —respondió él, sonriendo.

Ella continuó sin fuerza en sus brazos. Ese día, en la tarde, algo tranquilo había estallado, y en toda la casa había un clima humorístico, triste.

—Es hora de dormir —dijo él—, es tarde.

En un gesto que no era suyo, pero que le pareció natural, tomó la mano de la mujer llevándola consigo sin mirar hacia atrás, alejándola del peligro de vivir.

Había terminado el vértigo de la bondad.

Y, si había atravesado el amor y su infierno, ahora se peinaba frente al espejo, por un momento sin ningún mundo en el corazón. Antes de acostarse, como si apagara una vela, sopló la pequeña llama del día.

Una gallina

Era una gallina de domingo. Todavía viva porque no pasaba de las nueve de la mañana. Parecía calma. Desde el sábado se había encogido en un rincón de la cocina. No miraba a nadie, nadie la miraba a ella. Aun cuando la eligieron, palpando su intimidad con indiferencia, no supieron decir si era gorda o flaca. Nunca se adivinaría en ella un anhelo.

Por eso fue una sorpresa cuando la vieron abrir las alas de vuelo corto, hinchar el pecho y, en dos o tres intentos, alcanzar el muro de la terraza. Todavía vaciló un instante —el tiempo para que la cocinera diera un grito— y en breve estaba en la terraza del vecino, de donde, en otro vuelo desordenado, alcanzó un tejado. Allá quedó como un adorno mal colocado, dudando ora en uno, ora en otro pie. La familia fue llamada con urgencia y consternada vio el almuerzo junto a una chimenea. El dueño de la casa, recordando la doble necesidad de hacer esporádicamente algún deporte y almorzar, vistió radiante un traje de baño y decidió seguir el itinerario de la gallina: con saltos cautelosos alcanzó el tejado donde ésta, vacilante y trémula, escogía con premura otro rumbo. La persecución se tornó más intensa. De tejado en tejado recorrió más de una manzana de la calle. Poco afecta a una lucha más salvaje por la vida, la gallina debía decidir por sí misma los caminos a tomar, sin ningún auxilio de su raza. El muchacho, sin embargo, era un cazador adormecido. Y por ínfima que fuese la presa había sonado para él el grito de conquista.

Sola en el mundo, sin padre ni madre, ella corría, respiraba agitada, muda, concentrada. A veces, en la fuga, sobrevolaba ansiosa un mundo de tejados y, mientras el chico trepaba a otros dificultosamente, ella tenía tiempo de recuperarse por un momento. ¡Y entonces parecía tan libre!

Estúpida, tímida y libre. No victoriosa como sería un gallo en fuga. ¿Qué es lo que había en sus vísceras para hacer de ella un ser? La gallina es un ser. Aunque es cierto que no se podría contar con ella para nada. Ni ella misma contaba

consigo, de la manera en que el gallo cree en su cresta. Su única ventaja era que había tantas gallinas que aunque muriera una surgiría en ese mismo instante otra tan igual como si fuese ella misma.

Finalmente, una de las veces que se detuvo para gozar su fuga, el muchacho la alcanzó. Entre gritos y plumas, fue apresada. Y enseguida cargada en triunfo por un ala a través de las tejas, y depositada en el piso de la cocina con cierta violencia. Todavía atontada, se sacudió un poco, entre cacareos roncos e indecisos.

Fue entonces cuando sucedió. De puros nervios la gallina puso un huevo. Sorprendida, exhausta. Quizás fue prematuro. Pero después de que naciera a la maternidad parecía una vieja madre acostumbrada a ella. Sentada sobre el huevo quedó respirando mientras abría y cerraba los ojos. Su corazón tan pequeño en un plato, ahora elevaba y bajaba las plumas llenando de tibieza aquello que nunca pasaría de ser un huevo. Solamente la niña estaba cerca y observaba todo, aterrorizada. Apenas consiguió desprenderse del acontecimiento, se despegó del suelo y escapó a los gritos:

—¡Mamá, mamá, no mates a la gallina, ha puesto un huevo!, ¡ella quiere nuestro bien!

Todos corrieron de nuevo a la cocina y enmudecidos rodearon a la joven parturienta. Entibiando a su hijo, no estaba ni suave ni arisca, ni alegre ni triste, no era nada, solamente una gallina. Lo que no sugería ningún sentimiento especial. El padre, la madre, la hija, hacía ya bastante tiempo que la miraban, sin experimentar ningún sentimiento determinado. Nunca nadie acarició la cabeza de la gallina. El padre, por fin, decidió con cierta brusquedad:

—¡Si mandas matar a esta gallina, nunca más volveré a comer gallina en mi vida!

—¡Y yo tampoco! —juró la niña con ardor.

La madre, cansada, se encogió de hombros.

Inconsciente de la vida que le fue entregada, la gallina empezó a vivir con la familia. La niña, de regreso del colegio, arrojaba el portafolios lejos sin interrumpir sus carreras hacia la cocina. El padre todavía recordaba, de vez en cuando: «¡Y pensar que yo la obligué a correr en ese estado!». La gallina se transformó en la reina de la casa. Todos, menos ella, lo sabían. Continuó su existencia entre la cocina y los fondos de la casa, usando de sus dos capacidades: la apatía y el sobresalto.

Pero cuando todos estaban quietos en la casa y parecían haberla olvidado, se

llenaba de un pequeño valor, restos de la gran fuga, y circulaba por los ladrillos, levantando el cuerpo por detrás de la cabeza pausadamente, como en un campo, aunque la pequeña cabeza la traicionara: moviéndose ya rápida y vibrátil, con el viejo susto de su especie mecanizado.

Una que otra vez, al final más raramente, la gallina recordaba que se había recortado contra el aire al borde del tejado, pronta a renunciar. En esos momentos llenaba los pulmones con el aire impuro de la cocina y, si les hubiese sido dado cantar a las hembras, ella, si bien no cantaría, por lo menos quedaría más contenta. Aunque ni siquiera en esos instantes la expresión de su vacía cabeza se alteraba. En la fuga, en el descanso, cuando dio a luz, o mordisqueando maíz, la suya continuaba siendo una cabeza de gallina, la misma que fuera desdeñada en los comienzos de los siglos.

Hasta que un día la mataron, la comieron, y pasaron los años.

La imitación de la rosa

Antes de que Armando volviera del trabajo la casa debería estar arreglada, y ella con su vestido marrón para atender al marido mientras él se vestía, y entonces saldrían tranquilamente, tomados del brazo como antaño. ¿Desde cuándo no hacían eso?

Pero ahora que ella estaba nuevamente «bien», tomarían el autobús, ella miraría por la ventanilla como una esposa, su brazo en el de él, y después cenarían con Carlota y Juan, recostados en la silla con intimidad. ¿Desde hacía cuánto tiempo no veía a Armando recostarse con confianza y conversar con un hombre? La paz de un hombre era, olvidado de su mujer, conversar con otro hombre sobre lo que aparecía en los diarios. Mientras tanto, ella hablaría con Carlota sobre cosas de mujeres, sumisa a la voluntad autoritaria y práctica de Carlota, recibiendo de nuevo la desatención y el vago desprecio de la amiga, su rudeza natural, y no más aquel cariño perplejo y lleno de curiosidad, viendo, en fin, a Armando olvidado de la propia mujer. Y ella misma regresando reconocida a su insignificancia. Como el gato que pasa la noche fuera y, como si nada hubiera sucedido, encuentra, sin ningún reproche, un plato de leche esperándolo. Felizmente, las personas la ayudaban a sentir que ahora estaba «bien». Sin mirarla, la ayudaban activamente a olvidar, fingiendo ellas el olvido, como si hubiesen leído las mismas indicaciones del mismo frasco de remedio. O habían olvidado realmente, quién sabe. ¿Desde hacía cuánto tiempo no veía a Armando recostarse con abandono, olvidado de ella? ¿Y ella misma?

Interrumpiendo el arreglo del tocador, Laura se miró al espejo: ¿ella misma, desde hacía cuánto tiempo? Su rostro tenía una gracia doméstica, los cabellos estaban sujetos con horquillas detrás de las orejas grandes y pálidas. Los ojos marrones, los cabellos marrones, la piel morena y suave, todo daba a su rostro ya no muy joven un aire modesto de mujer. ¿Acaso alguien vería, en esa mínima punta de sorpresa que había en el fondo de sus ojos, alguien vería, en ese mínimo

punto ofendido, la falta de los hijos que nunca había tenido?

Con su gusto minucioso por el método —el mismo que cuando niña la hacía copiar con letra perfecta los apuntes de clase, sin comprenderlos—, con su gusto por el método, ahora, reasumido, planeaba arreglar la casa antes de que la sirvienta saliese de paseo para que, una vez que María estuviera en la calle, ella no necesitara hacer nada más que: 1) vestirse tranquilamente; 2) esperar a Armando, ya lista; 3) ¿qué era lo tercero? ¡Eso es! Era eso mismo lo que haría. Se pondría el vestido marrón con cuello de encaje color crema. Después de tomar su baño. Ya en los tiempos del Sacré-Coeur ella había sido muy arregladita y limpia, con mucho gusto por la higiene personal y un cierto horror al desorden. Lo que no había logrado nunca que Carlota, ya en aquel tiempo un poco original, la admirase. La reacción de las dos siempre había sido diferente. Carlota, ambiciosa, siempre riéndose fuerte; ella, Laura, un poco lenta y, por así decir, cuidando de mantenerse siempre lenta; Carlota, sin ver nunca peligro en nada. Y ella cuidadosa. Cuando le dieron para leer la Imitación de Cristo, con un ardor de burra ella lo leyó sin entender pero, que Dios la perdonara, había sentido que quien imitase a Cristo estaría perdido; perdido en la luz, pero peligrosamente perdido. Cristo era la peor tentación. Y Carlota ni siquiera lo había querido leer, mintiéndole a la monja que sí lo había leído. Eso mismo. Se pondría el vestido marrón con cuello de encaje verdadero.

Pero cuando vio la hora recordó, con un sobresalto que le hizo llevarse la mano al pecho, que había olvidado tomar su vaso de leche.

Se encaminó a la cocina y, como si hubiera traicionado culpablemente a Armando y a los amigos devotos, junto al refrigerador bebió los primeros sorbos con una ansiosa lentitud, concentrándose en cada trago con fe, como si estuviera indemnizando a todos y castigándose ella. Como el médico había dicho: «Tome leche entre las comidas, no esté nunca con el estómago vacío, porque eso provoca ansiedad», ella, entonces, aunque sin amenaza de ansiedad, tomaba sin discutir trago por trago, día por día, sin fallar nunca, obedeciendo con los ojos cerrados, con un ligero ardor para que no pudiera encontrar en sí la menor incredulidad. Lo incómodo era que el médico parecía contradecirse cuando, al mismo tiempo que daba una orden precisa que ella quería seguir con el celo de una conversa, también le había dicho: «Abandónese, intente todo suavemente, no se esfuerce por conseguirlo, olvide completamente lo que sucedió y todo volverá con naturalidad». Y le había dado una palmada en la espalda, lo que la había lisonjeado haciéndola enrojecer de placer. Pero en su humilde opinión una orden

parecía anular a la otra, como si le pidieran comer harina y al mismo tiempo silbar. Para fundirlas en una sola, empezó a usar una estratagema: aquel vaso de leche que había terminado por ganar un secreto poder, y tenía dentro de cada trago el gusto de una palabra renovando la fuerte palmada en la espalda, aquel vaso de leche era llevado por ella a la sala, donde se sentaba «con mucha naturalidad», fingiendo falta de interés, «sin esforzarse», cumpliendo de esta manera la segunda orden. «No importa que yo engorde», pensó, lo principal nunca había sido la belleza.

Se sentó en el sofá como si fuera una visita en su propia casa que, recientemente recuperada, arreglada y fría, recordaba la tranquilidad de una casa ajena. Lo que era muy satisfactorio: al contrario de Carlota, que hiciera de su hogar algo parecido a ella misma, Laura sentía el placer de hacer de su casa algo impersonal; en cierto modo perfecto por ser impersonal.

Oh, qué bueno era estar de vuelta, realmente de vuelta, sonrió ella satisfecha. Tomando el vaso casi vacío, cerró los ojos con un suspiro de dulce cansancio. Había planchado las camisas de Armando, había hecho listas metódicas para el día siguiente, calculando minuciosamente lo que iba a gastar por la mañana en el mercado, realmente no había parado un solo instante. Oh, qué bueno era estar de nuevo cansada.

Si un ser perfecto del planeta Marte descendiera y se enterara de que los seres de la Tierra se cansaban y envejecían, sentiría pena y espanto. Sin entender jamás lo que había de bueno en ser gente, en sentirse cansada, en fallar diariamente; sólo los iniciados comprenderían ese matiz de vicio y ese refinamiento de vida.

Y ella retornaba al fin de la perfección del planeta Marte. Ella, que nunca había deseado otra cosa que ser la mujer de un hombre, reencontraba, grata, su parte diariamente falible. Con los ojos cerrados suspiró agradecida. ¿Cuánto tiempo hacía que no se cansaba? Pero ahora se sentía todos los días casi exhausta y planchaba, por ejemplo, las camisas de Armando, siempre le había gustado planchar y sin modestia podía decir que era una planchadora excelente. Y después, en recompensa, quedaba exhausta. No más aquella atenta falta de cansancio, no más aquel punto vacío y despierto y horriblemente maravilloso dentro de sí. No más aquella terrible independencia. No más la facilidad monstruosa y simple de no dormir ni de día ni de noche —que en su discreción la hiciera súbitamente sobrehumana en relación con un marido cansado y perplejo—. Él, con aquel aire que tenía cuando estaba mudo de preocupación (lo que le daba a ella una piedad dolorida, sí, aun dentro de su despierta perfección, la

piedad y el amor), ella sobrehumana y tranquila en su brillante aislamiento, y él, cuando tímido venía a visitarla llevando manzanas y uvas que la enfermera con un encogerse de hombros comía, él haciendo visitas ceremoniosas, como un novio, con un aire infeliz y una sonrisa fija, esforzándose en su heroísmo por comprender, él que la recibiera de un padre y de un sacerdote, que inesperadamente, como un barco tranquilo que se adorna en las aguas, se había tornado sobrehumana.

Ahora, ya nada de eso. Nunca más. Oh, apenas si había sido una debilidad; el genio era la peor tentación. Pero después ella se había recuperado tan completamente que ya hasta comenzaba otra vez a cuidarse para no incomodar a los otros con su viejo gusto por el detalle. Ella recordaba bien a las compañeras del Sacré-Coeur diciéndole: «¡Ya contaste eso mil veces!»; recordaba eso con una sonrisa tímida. Se había recuperado tan completamente; ahora todos los días ella se cansaba, todos los días su rostro decaía al atardecer, y entonces la noche tenía su vieja finalidad, no sólo era la perfecta noche estrellada. Y como a todo el mundo, cada día la fatigaba; como todo el mundo, humana y perecedera. No más aquella perfección. No más aquella cosa que un día se desparramara clara, como un cáncer, en su alma.

Abrió los ojos pesados de sueño, sintiendo el buen vaso, sólido, en las manos, pero los cerró de nuevo con una confortada sonrisa de cansancio, bañándose como un nuevo rico, en todas sus partículas, en esa agua familiar y ligeramente nauseabunda. Sí, ligeramente nauseabunda; qué importancia tenía, si ella también era un poco fastidiosa, bien lo sabía. Pero al marido no le parecía, entonces qué importancia tenía, si gracias a Dios ella no vivía en un ambiente que exigiera que fuese ingeniosa e interesante, y hasta de la escuela secundaria, que tan embarazosamente exigiera que fuese despierta, se había librado. Qué importancia tenía. En el cansancio —había planchado las camisas de Armando sin contar que también había ido al mercado por la mañana demorándose tanto allí, por ese gusto que tenía de hacer que las cosas rindieran—, en el cansancio había un lugar bueno para ella, un lugar discreto y apagado del que, con bastante embarazo para sí misma y para los otros, una vez saliera. Pero, como iba diciendo, gracias a Dios se había recuperado.

Y si buscara con mayor fe y amor encontraría dentro del cansancio un lugar todavía mejor, que sería el sueño. Suspiró con placer, tentada por un momento de maliciosa travesura a ir al encuentro del aire tibio que era su respiración ya somnolienta, por un instante tentada a dormitar. «¡Un instante sólo, sólo un

momentito!», se pidió, lisonjeada por haber tenido tanto sueño, y lo pedía llena de maña como si pidiera un hombre, lo que siempre le gustaba mucho a Armando.

Pero realmente no tenía tiempo para dormir ahora, ni siquiera para echarse un sueñito, pensó vanidosa y con falsa modestia; ¡ella era una persona tan ocupada!, siempre había envidiado a las personas que decían «No tuve tiempo»; y ahora ella era nuevamente una persona tan ocupada; iría a comer con Carlota y todo tenía que estar ordenadamente listo, era la primera comida fuera desde que regresara y ella no quería llegar tarde, tenía que estar lista cuando… bien, ya dije eso mil veces, pensó avergonzada. Bastaría decir una sola vez: «No quería llegar tarde»; eso era motivo suficiente: si nunca había soportado sin enorme humillación ser un trastorno para alguien, ahora más que nunca no debería… No, no habrá la menor duda: no tenía tiempo para dormir. Lo que debía hacer moviéndose con familiaridad en aquella íntima riqueza de la rutina —y le mortificaba que Carlota despreciara su gusto por la rutina—, lo que debía hacer era: 1) esperar que la sirvienta estuviera lista; 2) darle dinero para que trajera la carne para mañana; cómo explicar que hasta la dificultad para encontrar buena carne era una cosa buena; 3) comenzar minuciosamente a lavarse y a vestirse, entregándose sin reserva al placer de hacer que el tiempo rindiera. El vestido marrón combinaba con sus ojos y el cuellito de encaje color crema le daba un cierto aire infantil, como de niño antiguo. Y, de regreso a la paz nocturna de Tijuca —no más aquella luz ciega de las enfermeras peinadas y alegres saliendo de fiesta, después de haberla arrojado como a una gallina indefensa en el abismo de la insulina—, de regreso a la paz nocturna de Tijuca, de regreso a su verdadera vida: ella iría tomada del brazo de Armando, caminando lentamente hacia la parada del autobús, con aquellos muslos duros y gruesos que la faja empaquetaba en uno solo transformándola en una «señora distinguida», pero cuando, confundida, ella le decía a Armando que eso provenía de una insuficiencia ovárica, él, que se sentía lisonjeado por los muslos de su mujer, respondía con mucha audacia: «¿Para qué habría querido casarme con una bailarina?», eso era lo que él respondía. Nadie lo diría, pero Armando a veces podía ser muy malicioso, aunque nadie lo diría. De vez en cuando los dos decían lo mismo. Ella explicaba que era a causa de la insuficiencia ovárica. Entonces él decía: «¿Para qué me habría servido estar casado con un bailarina?». A veces él era muy atrevido aunque nadie lo diría. Carlota se habría espantado de haber sabido que ellos también tenían una vida íntima y cosas que no se contaban, pero ella no las diría aunque era una pena no poder contarlas, seguramente Carlota pensaba que

ella era sólo una mujer ordenada y común y un poco aburrida, y si ella a veces estaba obligada a cuidarse para no molestar a los otros con detalles, a veces con Armando se descuidaba y era un poco aburrida, cosa que no tenía importancia porque él fingía que escuchaba aunque no oía todo lo que ella contaba, y eso no la amargaba, comprendía perfectamente bien que sus conversaciones cansaban un poco a la gente, pero era bueno poder contarle que no había encontrado carne buena aunque Armando moviera la cabeza y no escuchase, la sirvienta y ella conversaban mucho, en verdad más ella que la sirvienta que a veces contenía su impaciencia y se ponía un poco atrevida. La culpa era suya que no siempre se hacía respetar.

Pero, como ella iba diciendo, tomados del brazo, bajita y castaña ella y alto y delgado él, gracias a Dios tenía salud. Ella castaña, como oscuramente pensaba que debía ser una esposa. Tener cabellos negros o rubios era un exceso que, en su deseo de acertar, ella nunca había ambicionado. Y en materia de ojos verdes, bueno, le parecía que si tuviera ojos verdes sería como no contarle todo a su marido. No es que Carlota diera propiamente de qué hablar, pero ella, Laura —que si tuviera oportunidad la defendería ardientemente, pero nunca había tenido ocasión—, ella, Laura, estaba obligada contra su gusto a estar de acuerdo en que la amiga tenía una manera extraña y cómica de tratar al marido; oh, no por ser «de igual a igual», pues ahora eso se usaba, pero usted ya sabe lo que quiero decir. Carlos era un poco original, eso ya lo había comentado una vez con Armando y Armando había estado de acuerdo pero sin darle demasiada importancia. Pero, como ella iba diciendo, de marrón con el cuellito…, el devaneo la llenaba con el mismo gusto que le daba al arreglar cajones, hasta llegaba a desarreglarlos para poder acomodarlos de nuevo.

Abrió los ojos y, como si fuera la sala la que hubiera dormitado y no ella, la sala aparecía renovada y reposada con sus sillones cepillados y las cortinas que habían encogido en el último lavado, como pantalones demasiado cortos y la persona mirara cómicamente sus propias piernas. ¡Oh!, qué bueno era ver todo arreglado y sin polvo, todo limpio por sus propias manos diestras, y tan silencioso, con un jarrón de flores, como una sala de espera, tan respetuosa, tan impersonal. Qué linda era la vida común para ella, que finalmente había regresado de la extravagancia. Hasta un florero. Lo miró.

—¡Ah!, qué lindas son —exclamó su corazón, de pronto un poco infantil. Eran menudas rosas silvestres que había comprado por la mañana en el mercado, en parte porque el hombre había insistido mucho, en parte por osadía. Las había

arreglado en el florero esa misma mañana, mientras tomaba el sagrado vaso de leche de las diez.

Pero, a la luz de la sala, las rosas estaban en toda su completa y tranquila belleza.

Nunca vi rosas tan bonitas, pensó con curiosidad. Y como si no acabara de pensar justamente eso, vagamente consciente de que acababa de pensar justamente eso y pasando rápidamente por encima de la confusión de reconocerse un poco fastidiosa, pensó en una etapa más nueva de la sorpresa: «Sinceramente, nunca vi rosas tan bonitas». Las miró con atención. Pero la atención no podía mantenerse mucho tiempo como simple atención, enseguida se transformaba en suave placer, y ella no conseguía ya analizar las rosas, estaba obligada a interrumpirse con la misma exclamación de curiosidad sumisa: ¡Qué lindas son!

Eran varias rosas perfectas, algunas en el mismo tallo. En cierto momento habían trepado con ligera avidez unas sobre otras, pero después, hecho el juego, tranquilas se habían inmovilizado. Eran algunas rosas perfectas en su pequeñez, no del todo abiertas, y el tono rosado era casi blanco. ¡Hasta parecían artificiales!, dijo sorprendida. Podrían dar la impresión de blancas si estuvieran completamente abiertas, pero con los pétalos centrales envueltos en botón, el color se concentraba y, como el lóbulo de una oreja, se sentía el rubor circular dentro de ellas. ¡Qué lindas son!, pensó Laura sorprendida.

Pero sin saber por qué estaba un poco tímida, un poco perturbada. ¡Oh!, no demasiado, pero sucedía que la belleza extrema la molestaba.

Oyó los pasos de la criada sobre el mosaico de la cocina y por el sonido hueco reconoció que llevaba tacones altos; por lo tanto, debía de estar a punto de salir. Entonces Laura tuvo una idea en cierta manera original: ¿por qué no pedirle a María que pasara por la casa de Carlota y le dejase las rosas de regalo?

Porque aquella extrema belleza la molestaba. ¿La molestaba? Era un riesgo. ¡Oh!, no, ¿por qué un riesgo?, apenas molestaban, era una advertencia, ¡oh!, no, ¿por qué advertencia? María le daría las rosas a Carlota:

—Las manda la señora Laura —diría María.

Sonrió pensativa. Carlota se extrañaría de que Laura, pudiendo traer personalmente las rosas, ya que deseaba regalárselas, las mandara antes de la cena con la sirvienta. Sin hablar de que encontraría gracioso recibir las rosas, le parecería «refinado»…

—¡Esas cosas no son necesarias entre nosotras, Laura! —diría la otra con aquella franqueza un poco brutal, y Laura diría con un sofocado gritito de

arrebatamiento:

—¡Oh no, no!, ¡no es por la invitación a cenar!, ¡es que las rosas eran tan lindas que sentí el impulso de ofrecértelas!

Sí, si en ese momento tuviera valor, sería eso lo que diría. ¿Cómo diría?, necesitaba no olvidarse: diría:

—¡Oh, no!, etcétera —y Carlota se sorprendería con la delicadeza de sentimientos de Laura, nadie imaginaría que Laura tuviera también esas ideas. En esa escena imaginaria y apacible que la hacía sonreír beatíficamente, ella se llamaba a sí misma «Laura», como si se tratara de una tercera persona. Una tercera persona llena de aquella fe suya y crepitante y grata y tranquila, Laura, la del cuellito de encaje auténtico, vestida discretamente, esposa de Armando, en fin, un Armando que ya no necesitaba esforzarse en prestar atención a todas sus conversaciones sobre la sirvienta y la carne, que ya no necesitaba pensar en su mujer, como un hombre que es feliz, como un hombre que no está casado con una bailarina.

—No pude dejar de mandarte las rosas —diría Laura, esa tercera persona tan, pero tan… Y regalar las rosas era casi tan lindo como las propias rosas.

Y ella quedaría libre de las flores.

Y, entonces, ¿qué es lo que sucedería? Ah, sí: como iba diciendo, Carlota quedaría sorprendida con aquella Laura que no era inteligente ni buena pero también tenía sus sentimientos secretos. ¿Y Armando? Armando la miraría un poco asustado —¡pues es esencial no olvidar que de ninguna manera él está enterado de que la sirvienta llevó por la tarde las rosas!—, Armando encararía con benevolencia los impulsos de su pequeña mujer, y de noche ellos dormirían juntos.

Y ella habría olvidado las rosas y su belleza.

No, pensó de repente, vagamente advertida. Era necesario tener cuidado con la mirada asustada de los otros. Era necesario no dar nunca más motivo de miedo, sobre todo con eso tan reciente. Y, en particular, ahorrarles cualquier sufrimiento de duda. Y que nunca más tuviera necesidad de la atención de los otros, nunca más esa cosa horrible de que todos la miraran mudos, y ella frente a todos. Nada de impulsos.

Pero al mismo tiempo vio el vaso vacío en la mano y también pensó: «él» dijo que yo no me esfuerce por conseguirlo, que no piense en tomar actitudes solamente para probar que ya estoy…

—María —dijo entonces al escuchar de nuevo los pasos de la empleada. Y

cuando ésta se acercó, le dijo temeraria y desafiante—: ¿Podrías pasar por la casa de la señora Carlota y dejarle estas rosas? Diga así: «Señora Carlota, la señora Laura se las manda». Solamente eso: «Señora Carlota…».

—Sí, sí… —dijo la sirvienta, paciente. Laura fue a buscar una vieja hoja de papel de China. Después sacó con cuidado las rosas del florero, tan lindas y tranquilas, con las delicadas y mortales espinas. Quería hacer un ramo muy artístico. Y al mismo tiempo se libraría de ellas. Y podría vestirse y continuar su día. Cuando reunió las rositas húmedas en un ramo, alejó la mano que las sostenía, las miró a distancia torciendo la cabeza y entrecerrando los ojos para un juicio imparcial y severo.

Y, cuando las miró, vio las rosas.

Y entonces, irreprimible, suave, ella insinuó para sí: no lleves las flores, son muy lindas.

Un segundo después, muy suave todavía, el pensamiento fue levemente más intenso, casi tentador: no las regales, son tuyas. Laura se asustó un poco: porque las cosas nunca eran suyas.

Pero esas rosas lo eran. Rosadas, pequeñas, perfectas: lo eran. Las miró con incredulidad: eran lindas y eran suyas. Si consiguiera pensar algo más, pensaría: suyas como hasta entonces nada lo había sido.

Y podía quedarse con ellas, pues ya había pasado aquella primera molestia que hiciera que vagamente ella hubiese evitado mirar demasiado las rosas.

¿Por qué regalarlas, entonces?, ¿lindas y darlas? Entonces, cuando descubres una cosa bella, ¿entonces vas y la regalas? Si eran suyas, se insinuaba ella persuasiva sin encontrar otro argumento además del simple y repetido, que le parecía cada vez más convincente y simple. No iban a durar mucho, ¿por qué darlas entonces mientras estaban vivas? ¿Dar el placer de tenerlas mientras estaban vivas? El placer de tenerlas no significa gran riesgo —se engañó— pues, lo quisiera o no, en breve sería forzada a privarse de ellas, y entonces nunca más pensaría en ellas, pues ellas habrían muerto; no iban a durar mucho, entonces, ¿por qué regalarlas? El hecho de que no duraran mucho le parecía quitarle la culpa de quedarse con ellas, en una oscura lógica de mujer que peca. Pues se veía que iban a durar poco (iba a ser rápido, sin peligro). Y aunque —argumentó en un último y victorioso rechazo de culpa— no fuera de modo alguno ella quien había querido comprarlas, el vendedor había insistido mucho y ella se tornaba siempre muy tímida cuando la forzaban a algo, no había sido ella quien quiso comprar, ella no tenía culpa ninguna. Las miró encantada, pensativa, profunda.

Y, sinceramente, nunca vi en mi vida cosa más perfecta.

Bien, pero ella ahora había hablado con María y no tendría sentido volver atrás. ¿Era entonces demasiado tarde?, se asustó viendo las rosas que aguardaban impasibles en su mano. Si quisiera, no sería demasiado tarde… Podría decirle a María: «¡María, resolví que yo misma llevaré las rosas cuando vaya a cenar!». Y, claro, no las llevaría… María no tendría por qué saberlo. Antes de cambiarse de ropa ella se sentaría en el sofá por un momento, sólo por un momento, para mirarlas. Mirar aquel tranquilo desprendimiento de las rosas. Sí, porque ya estaba hecha la cosa, valía más aprovechar, no sería tan tonta de quedarse con la fama y sin el provecho. Eso mismo es lo que haría.

Pero con las rosas desenvueltas en la mano ella esperaba. No las ponía en el florero, no llamaba a María. Ella sabía por qué. Porque debía darlas. Oh, ella sabía por qué.

Y también que una cosa hermosa era para ser dada o recibida, no sólo para tenerla. Y, sobre todo, nunca para «ser». Sobre todo nunca se tenía que ser una cosa hermosa. Porque a una cosa hermosa le faltaba el gesto de dar. Nunca se debía quedar con una cosa hermosa, así como guardada dentro del silencio perfecto del corazón. (Aunque si ella no regalaba las rosas, ¿alguien lo descubriría alguna vez?, era horriblemente fácil y al alcance de la mano quedarse con ellas, ¿pues quién iría a descubrirlo? Y serían suyas, y por eso mismo las cosas quedarían así y no se hablaría más de eso…).

¿Entonces?, ¿y entonces?, se preguntó algo inquieta. Entonces, no. Lo que debía hacer era envolverlas y mandarlas, ahora sin ningún placer; envolverlas y, decepcionada, enviarlas; y asustada, quedar libre de ellas. Porque una persona debía tener coherencia, los pensamientos debían tener congruencia: si espontáneamente resolviera cederlas a Carlota, debería mantener la resolución y regalárselas. Porque nadie cambiaba de idea de un momento a otro.

Pero ¡cualquier persona se puede arrepentir!, se rebeló de pronto. Porque sólo en el momento en que tomó las rosas notó qué lindas eran. ¿O un poco antes? (Y éstas eran suyas). El propio médico le había dado una palmada en la espalda diciéndole: «No se esfuerce por fingir, usted sabe que *está* bien», y después de eso la palmada fuerte en la espalda. Así, pues, ella no estaba obligada a tener coherencia, no tenía que probar nada a nadie y se quedaría con las rosas. (Eso mismo, eso mismo ya que éstas eran suyas).

—¿Están listas?

—Sí, ya están —dijo Laura sorprendida.

Las miró mudas en su mano. Impersonales en su extrema belleza. En su extrema tranquilidad perfecta de rosas. Aquella última instancia: la flor. Aquella última perfección: la luminosa tranquilidad.

Como viciosa, ella miraba ligeramente ávida la perfección tentadora de las rosas, con la boca un poco seca las miraba.

Hasta que, lentamente austera, envolvió los tallos y las espinas en el papel de China. Tan absorta había estado que sólo al extender el ramo preparado notó que ya María no estaba en la sala y se quedó sola con su heroico sacrificio. Vagamente, dolorosamente, las miró, así distantes como estaban en la punta del brazo extendido, y la boca quedó aún más apretada, aquella envidia, aquel deseo, pero ellas son mías, exclamó con gran timidez.

Cuando María regresó y cogió el ramo, por un pequeño instante de avaricia Laura encogió la mano reteniendo las rosas un segundo más… ¡ellas son tan lindas y son mías, es la primera cosa linda que es mía!, ¡y fue el hombre quien insistió, no fui yo quien las busqué!, ¡fue el destino quien lo quiso!, ¡oh, sólo esta vez!, ¡sólo esta vez y juro que nunca más! (Ella podría, por lo menos, sacar para sí una rosa, nada más que eso: una rosa para sí. Solamente ella lo sabría, y después nunca más, ¡oh, ella se comprometía a no dejarse tentar más por la perfección, nunca más!).

Y en el minuto siguiente, sin ninguna transición, sin ningún obstáculo, las rosas estaban en manos de la sirvienta, ¡no en las suyas, como una carta que ya se ha echado en el correo!, ¡no se puede recuperar más ni arriesgar las palabras!, no sirve de nada gritar: ¡no fue eso lo que quise decir! Quedó con las manos vacías pero su corazón obstinado y rencoroso aún decía: «¡Todavía puedes alcanzar a María en las escaleras, bien sabes que puedes arrebatarle las rosas de las manos y robarlas!». Porque quitárselas ahora sería robarlas. ¿Robar lo que era suyo? Eso mismo es lo que haría cualquier persona que no tuviera lástima de las otras: ¡robaría lo que era de ella por derecho propio! ¡Oh, ten piedad, Dios mío! Puedes recuperarlas, insistía con rabia. Y entonces la puerta de la calle golpeó.

En ese momento la puerta de la calle golpeó.

Entonces lentamente ella se sentó con tranquilidad en el sofá. Sin apoyar la espalda. Sólo para descansar. No, no estaba enojada, oh, ni siquiera un poco. Pero el punto ofendido en el fondo de los ojos se había agrandado y estaba pensativo. Miró el florero. «Dónde están mis rosas», se dijo entonces muy sosegada.

Y las rosas le hacían falta. Habían dejado un lugar claro dentro de ella. Si se

retira de una mesa limpia un objeto, por la marca más limpia que éste deja, se ve que alrededor había polvo. Las rosas habían dejado un lugar sin polvo y sin sueño dentro de ella. En su corazón, aquella rosa que por lo menos habría podido quedarse sin perjudicar a nadie en el mundo, faltaba. Como una ausencia muy grande. En verdad, como una falta. Una ausencia que entraba en ella como una claridad. Y, también alrededor de la huella de las rosas, el polvo iba desapareciendo. El centro de la fatiga se abría en un círculo que se ensanchaba. Como si ella no hubiera planchado ninguna camisa de Armando. Y en la claridad de las rosas, éstas hacían falta. «Dónde están mis rosas», se quejó sin dolor, alisando los pliegues de la falda.

Como cuando se exprime un limón en el té oscuro y éste se va aclarando, su cansancio iba aclarándose gradualmente. Sin cansancio alguno, por otra parte. Así como se encienden las luciérnagas. Ya que no estaba cansada, iba a levantarse y vestirse. Era la hora de comenzar.

Pero, con los labios secos, por un instante trató de imitar por dentro a las rosas. Ni siquiera era difícil.

Por suerte no estaba cansada. Así podría ir más fresca a la cena. ¿Por qué no poner sobre el cuellito de encaje auténtico el camafeo? Ese que el mayor trajera de la guerra en Italia. Embellecería más el escote. Cuando estuviera lista escucharía el ruido de la llave de Armando en la puerta. Debía vestirse. Pero todavía era temprano. Él se retrasaba por las dificultades del transporte. Todavía era de tarde. Una tarde muy linda.

Ya no era más de tarde.

Era de noche. Desde la calle subían los primeros ruidos de la oscuridad y las primeras luces.

En ese momento la llave entró con facilidad en el agujero de la cerradura.

Armando abriría la puerta. Apretaría el botón de la luz. Y de pronto en el marco de la puerta se recortaría aquel rostro expectante que él trataba de disfrazar pero que no podía contener. Después su respiración ansiosa se transformaría en una sonrisa de gran alivio. Aquella sonrisa embarazada de alivio que él jamás sospechaba que ella advertía. Aquella libido que probablemente, con una palmada en la espalda, le habían aconsejado a su pobre marido que ocultara. Pero que para el corazón tan lleno de culpa de la mujer había sido cada día la recompensa por haber dado de nuevo a aquel hombre la alegría posible y la paz, consagrada por la mano de un sacerdote austero que apenas permitía a los seres la alegría humilde, y no la imitación de Cristo.

La llave giró en la cerradura, la figura oscura y precipitada entró, la luz inundó con violencia la sala.

Y en la misma puerta se destacó él con aquel aire ansioso y de súbito paralizado, como si hubiera corrido leguas para no llegar demasiado tarde. Ella iba a sonreír. Para que él borrara la ansiosa expectativa del rostro, que siempre venía mezclada con la infantil victoria de haber llegado a tiempo para encontrarla aburrida, buena y diligente, a ella, su mujer. Ella iba a sonreír para que de nuevo él supiera que nunca más correría el peligro de llegar tarde. Había sido inútil recomendarles que nunca hablaran de aquello: ellos no hablaban pero habían logrado un lenguaje del rostro donde el miedo y la desconfianza se comunicaban, y pregunta y respuesta se telegrafiaban, mudas. Ella iba a sonreír. Se estaba demorando un poco, sin embargo, iba a sonreír.

Calma y suave, dijo:

—Volviste, Armando. Volviste.

Como si nunca fuera a entender, él mostró un rostro sonriente, desconfiado. Su principal trabajo era retener el aliento ansioso por su carrera en las escaleras, ya que ella estaba allí, sonriéndole. Como si nunca fuera a entender.

—Volví, y qué —dijo finalmente en tono expresivo.

Pero, mientras trataba de no entender jamás, el rostro cada vez más vacilante del hombre ya había entendido sin que se le hubiera alterado un rasgo. Su trabajo principal era ganar tiempo y concentrarse en retener la respiración. Lo que, de pronto, ya no era difícil. Pues inesperadamente él percibía con horror que la sala y la mujer estaban tranquilas y sin prisa. Pero desconfiando todavía, como quien fuese a terminar por dar una carcajada al comprobar el absurdo, él se obstinaba, sin embargo, en mantener el rostro torcido, mirándola en guardia, casi enemigo. De donde comenzaba a no poder impedir verla sentada con las manos cruzadas en el regazo, con la serenidad de la luciérnaga que tiene luz.

En la mirada castaña e inocente el embarazo vanidoso de no haber podido resistir.

—Volví, y qué —dijo él de repente, con dureza.

—No pude impedirlo —dijo ella, y en su voz había la última piedad por el hombre, la última petición de perdón que ya venía mezclada a la altivez de una soledad casi perfecta—. No pude impedirlo —repitió entregándole con alivio la piedad que ella consiguiera con esfuerzo guardar hasta que él llegara—. Fue por las rosas —dijo con modestia.

Como si fuese para retratar aquel instante, él mantuvo aún el mismo rostro

ausente, como si el fotógrafo le pidiera solamente un rostro y no un alma. Abrió la boca e involuntariamente por un instante la cara tomó la expresión de cómico desprendimiento que él había usado para esconder la vergüenza cuando le pidiera un aumento al jefe. Al instante siguiente, desvió los ojos con vergüenza por la falta de pudor de su mujer que, suelta y serena, allí estaba.

Pero de pronto la tensión cayó. Sus hombros se bajaron, los rasgos del rostro cedieron y una gran pesadez lo relajó. Él la observó, envejecido, curioso.

Ella estaba sentada con su vestido de casa. Él sabía que ella había hecho lo posible para no tornarse luminosa e inalcanzable. Con timidez y respeto, él la miraba. Envejecido, cansado, curioso. Pero no tenía nada que decir. Desde la puerta abierta veía a su mujer que estaba sentada en el sofá, sin apoyar las espaldas, nuevamente alerta y tranquila como en un tren. Que ya partiera.

Feliz cumpleaños

La familia fue llegando poco a poco. Los que vinieron de Olaria estaban muy bien vestidos porque la visita significaba al mismo tiempo un paseo a Copacabana. La nuera de Olaria apareció vestida de azul marino, con adornos de chaquira y unos pliegues que disimulaban la barriga sin faja. El marido no vino por razones obvias: no quería ver a los hermanos. Pero mandó a la mujer para que no parecieran rotos todos los lazos, y ella vino con su mejor vestido para demostrar que no precisaba de ninguno de ellos, acompañada de sus tres hijos: dos niñas a las que ya les estaba naciendo el pecho, infantilizadas con olanes color rosa y enaguas almidonadas, y el chico acobardado por el traje nuevo y la corbata.

Zilda —la hija con la que vivía quien cumplía años— había dispuesto sillas unidas a lo largo de las paredes, como en una fiesta en la que se va a bailar, y la nuera de Olaria, después de saludar con la cara adusta a los de la casa, se apoltronó en una de las sillas y enmudeció, la boca apretada, manteniendo su posición de ultrajada. «Vine por no dejar de venir», le dijo a Zilda, sentándose enseguida, ofendida. Las dos chiquillas de color rosa y el chico, amarillos y muy peinados, no sabían muy bien qué actitud tomar y se quedaron de pie al lado de la madre, impresionados con su vestido azul marino y las chaquiras.

Después vino la nuera de Ipanema con dos nietos y la niñera. El marido llegaría después. Y como Zilda —la única mujer entre los seis hermanos y la única que, como estaba decidido desde hacía años, tenía espacio y tiempo para alojar a la del cumpleaños—, como Zilda estaba en la cocina ultimando con la sirvienta las croquetas y los sándwiches, quedaron: la nuera de Olaria muy dura, con sus hijos de corazón inquieto a su lado; la nuera de Ipanema en la hilera opuesta de las sillas, fingiendo ocuparse del bebé para no encarar a la concuñada de Olaria; la niñera, ociosa y uniformada, con la boca abierta.

Y a la cabecera de la mesa grande, la del aniversario, que ese día festejaba sus ochenta y nueve años.

Zilda, la dueña de la casa, había arreglado la mesa temprano, llenándola de servilletas de papel de colores y vasos de cartón alusivos a la fecha, esparciendo globos colgados del techo en algunos de los cuales estaba escrito «¡Happy Birthday!», en otros: «¡Feliz cumpleaños!». En el centro había dispuesto el enorme pastel. Para adelantar el expediente, había arreglado la mesa después del almuerzo, apoyando las sillas contra la pared, y mandó a los chicos a jugar en la casa del vecino para que no la desarreglaran.

Y, para ganar tiempo, había vestido a la festejada después del almuerzo. Desde ese momento le había puesto la presilla con el broche alrededor del cuello, esparciendo por arriba un poco de colonia para disfrazarle aquel olor a encierro, y la había sentado a la mesa. Y desde las dos de la tarde quien cumplía años estaba sentada a la cabecera de la ancha mesa vacía, tiesa, en la sala silenciosa.

De vez en cuando era consciente de las servilletas de colores. Miró curiosa a uno u otro globo que los coches que pasaban hacían estremecer. Y de vez en cuando aquella angustia muda: cuando seguía, fascinada e impotente, el vuelo de la mosca en torno al pastel.

Hasta que a las cuatro horas había entrado la nuera de Olaria y después la de Ipanema.

Cuando la nuera de Ipanema pensó que no soportaría ni un minuto más la situación de estar sentada enfrente de la concuñada de Olaria —que harta de las ofensas pasadas no veía motivos para apartar los ojos desafiantes de la nuera de Ipanema— entraron finalmente José y la familia. Y apenas ellos se besaban cuando ya la sala comenzó a llenarse de gente, que ruidosamente se saludaba como si todos hubiesen esperado abajo el momento de, sofocados por el retraso, subir los tres escalones, hablando, arrastrando criaturas sorprendidas, llenando la sala e inaugurando la fiesta.

Los músculos del rostro de la agasajada ya no la interpretaban, de modo que nadie podía saber si se sentía alegre. Estaba puesta a la cabecera. Se trataba de una anciana grande y delgada, imponente y morena. Parecía hueca.

—Ochenta y nueve años, ¡sí, señor! —dijo José, el hijo mayor, ahora que había fallecido Jonga—. ¡Ochenta y nueve años, sí, señora! —dijo restregándose las manos en pública admiración y como imperceptible señal para los demás.

Todos interrumpieron atentos, y miraron a la del cumpleaños de un modo más oficial. Algunos movieron la cabeza en señal de admiración, como si se tratara de un récord. Cada año que la anciana vencía era una vaga etapa de toda la familia. ¡Sí, señor!, dijeron algunos sonriendo tímidamente.

—¡Ochenta y nueve años! —repitió Manuel, que era socio de José—. ¡Es una florecita! —agregó espiritual y nervioso, y todos rieron menos su esposa.

La vieja no daba señales.

Algunos no le habían traído ningún regalo. Otros le habían llevado una jabonera, un conjunto de jerséis, un broche de fantasía, una plantita de cactus, nada, nada que la dueña de casa pudiese aprovechar para sí misma o para sus hijos, nada que la propia agasajada pudiese realmente aprovechar, haciendo de esta manera algún ahorro: la dueña de la casa guardaba los regalos, amarga, irónica.

—¡Ochenta y nueve años! —repitió Manuel afligido, mirando a la esposa.

La vieja no daba señales.

Entonces, como si todos hubiesen tenido la prueba final de que no servía para nada esforzarse, con el encogimiento de hombros de quien estuviera junto a una sorda, continuaron haciendo solos su fiesta, comiendo los primeros sándwiches de jamón, más como prueba de animación que por apetito, jugando a que todos estaban muertos de hambre. Se sirvió el ponche, Zilda transpiraba, ninguna cuñada la había ayudado en realidad, la grasa caliente de las croquetas esparcía un olor a pícnic; y de espaldas a la agasajada, que no podía comer frituras, ellos reían inquietos. ¿Y Cordelia? Cordelia, la nuera más joven, sentada, sonreía.

—¡No, señor! —respondió José con falsa severidad—, ¡hoy no se habla de negocios!

—¡Está bien, está bien! —retrocedió Manuel de inmediato, mirando rápidamente a su mujer, que de lejos extendía su oído atento.

—Nada de negocios —gritó José—, ¡hoy es el Día de la Madre!

A la cabecera de la mesa ya sucia, los vasos manchados, sólo permanecía el pastel entero; ella era la madre. La agasajada pestañeó.

Y cuando ya la mesa estaba inmunda, las madres enervadas con el barullo que los hijos hacían, mientras las abuelas se recostaban complacientes en las sillas, entonces apagaron la inútil luz del corredor para encender la vela del pastel, una vela grande con un papel en el que estaba escrito «89». Pero nadie elogió la idea de Zilda, y ella se preguntó angustiada si ellos no estarían pensando que había sido por economizar en las velas sin que nadie recordara que ninguno había contribuido ni siquiera con una caja de fósforos a la comida de la agasajada, que ella, Zilda, trabajaba como una esclava, con los pies exhaustos y el corazón sublevado. Entonces encendieron las velas. Y entonces José, el líder, cantó con más fuerza, entusiasmando con una mirada autoritaria a los más vacilantes o

sorprendidos, «¡Vamos!», «¡Todos a la vez!» —y de repente todos comenzaron a cantar en voz alta como soldados—. Despertada por las voces, Cordelia miró despavorida. Como no habían ensayado, unos cantaron en portugués, y otros en inglés. Entonces intentaron corregirlo: y los que habían cantado en inglés se pusieron a cantar en portugués, y los que lo habían hecho en portugués cantaron en voz baja en inglés.

Mientras cantaban, la agasajada, a la luz de la vela, meditaba como si estuviera junto a una chimenea.

Eligieron al bisnieto menor, que, de bruces sobre el regazo de la madre animosa, ¡apagó la llama con un único soplido lleno de saliva! Por un instante aplaudieron la inesperada potencia del chico, que, espantado y jubiloso, miraba a todos encantado. La dueña de la casa esperaba con el dedo listo en el apagador del corredor, y encendió el foco.

—¡Viva mamá!

—¡Viva la abuela!

—¡Viva doña Anita! —dijo la vecina que había aparecido.

—¡Happy birthday! —gritaron los nietos del colegio Bennett.

Aplaudieron todavía con algunos aplausos espaciados.

—¡Parta el pastel, abuela! —dijo la madre de los cuatro hijos—. ¡Ella es quien debe partirlo! —aseguró incierta a todos, con aire íntimo e intrigante. Y, como todos aprobaron satisfechos y curiosos, ella de repente se tornó impetuosa —: ¡Parta el pastel, abuela!

Y de pronto la anciana cogió el cuchillo. Y sin vacilar, como si vacilando un momento toda ella cayera al frente, dio la primera tajada con puño de asesina.

—¡Qué fuerza! —secreteó la cuñada de Ipanema, y no se sabía si estaba escandalizada o agradablemente sorprendida. Estaba un poco horrorizada.

—Hasta hace un año ella era capaz de subir esas escaleras con más aliento que yo —dijo Zilda, amarga.

Una vez dado el primer tajo, como si la primera pala de tierra hubiese sido lanzada, todos se acercaron con el plato en la mano, insinuándose con fingidos codazos de animación, cada uno con su cuchara.

En poco tiempo las rebanadas fueron distribuidas en los platos, en un silencio lleno de confusión. Los hijos menores, con la boca escondida por la mesa y los ojos al nivel de ésta, seguían la distribución con muda intensidad. Las pasas rodaban del pastel entre migajas secas. Los chicos asustados veían cómo se desperdiciaban las pasas, y seguían con la mirada atenta la caída.

Y cuando fueron a mirar, ¿no se encontraron con que la agasajada ya estaba devorando su último bocado?

Y, por así decir, la fiesta había terminado.

Cordelia miraba a todos ausente, sonreía.

—¡Ya lo dije: hoy no se habla de negocios! —respondió José, radiante.

—¡Está bien, está bien! —retrocedió Manuel conciliador, sin mirar a la esposa que no le perdía de vista—. Está bien. —Manuel intentó sonreír y una contracción le pasó rápida por los músculos de la cara.

—¡Hoy es el día de mamá! —dijo José.

En la cabecera de la mesa, el mantel manchado de Coca-Cola, el pastel deshecho, ella era la madre. La agasajada pestañeó.

Ellos se movían agitados, riendo a su familia. Y ella era madre de todos. Y si bien ella no se irguió, como un muerto que se levanta lentamente obligando a la mudez y al terror a los vivos, la agasajada se puso más tiesa en su silla, y más alta. Ella era la madre de todos. Y como la presilla la sofocaba, y ella era la madre de todos, impotente desde la silla, los despreciaba. Y los miraba pestañeando. Todos aquellos hijos suyos y nietos y bisnietos que no pasaban de carne de su rodilla, pensó de pronto como si escupiera. Rodrigo, el nieto de siete años, era el único que era carne de su corazón, Rodrigo, esa carita dura, viril, despeinada. ¿Dónde estaba Rodrigo con la mirada somnolienta y entumecida, con su cabecita ardiente, confundida? Aquél sería un hombre. Pero, parpadeando, ella miraba a los otros, ella, la agasajada. ¡Oh, el desprecio por la vida que fallaba! ¿Cómo?, ¿cómo habiendo sido tan fuerte había podido dar a luz a aquellos seres opacos, con brazos blandos y rostros ansiosos? Ella, la fuerte, que se había casado en la hora y el tiempo debidos con un buen hombre a quien, obediente e independiente, ella respetó y que le hizo hijos y le pagó los partos y le honró las abstinencias. El tronco había sido bueno. Pero había dado aquellos ácidos e infelices frutos, sin capacidad siquiera para una buena alegría. ¿Cómo había podido ella dar a luz a aquellos seres risueños, débiles, sin austeridad? El rencor rugía en su pecho vacío. Unos comunistas, eso es lo que eran; unos comunistas. Los miró con su cólera de vieja. Parecían ratones acodándose, eso parecía su familia.

Irrefrenable, dio vuelta a la cabeza y con fuerza insospechada escupió en el suelo.

—¡Mamá! —gritó mortificada la dueña de la casa—. ¡Qué es eso, mamá! —gritó traspasada de vergüenza, sin querer mirar siquiera a los demás, sabía que

los desgraciados se miraban entre sí victoriosamente, como si le correspondiera a ella educar a la vieja, y no faltaría mucho para que dijeran que ella ya no bañaba más a su madre, jamás comprenderían el sacrificio que ella hacía—. ¡Mamá, qué es eso! —dijo en voz baja, angustiada—. ¡Usted nunca hizo eso! —agregó bien alto para que todos escucharan, quería sumarse al escándalo de los otros, cuando el gallo cante por tercera vez renegarás de tu madre. Pero su enorme vergüenza se suavizó cuando ella percibió que los demás bajaban la cabeza como si estuvieran de acuerdo en que la vieja ahora no era más que una criatura.

—Últimamente le ha dado por escupir —terminó entonces confesando afligida ante todos.

Ellos miraron a la agasajada, compungidos, respetuosos, en silencio.

Parecían ratones amontonados esa familia suya. Los chicos, aunque crecidos —probablemente ya habían pasado los cincuenta años, ¡qué sé yo!—, los chicos todavía conservaban bonitos rasgos. Pero ¡qué mujeres habían elegido! ¡Y qué mujeres las que los nietos —todavía más débiles y agrios— habían escogido! Todas vanidosas y de piernas flacas, con aquellos collares falsificados de mujeres que a la hora no aguantan la mano, aquellas mujercitas que casaban mal a sus hijos, que no sabían poner en su lugar a una sirvienta, y todas ellas con las orejas llenas de aretes, ¡ninguno, ninguno de oro! La rabia la sofocaba.

—¡Denme un vaso de vino! —exigió.

De pronto se hizo el silencio, cada uno con un vaso inmovilizado en la mano.

—Abuelita, ¿no le va a hacer mal? —insinuó cautelosamente la nieta rolliza y bajita.

—¡Qué abuelita ni qué nada! —explotó ácidamente la agasajada—. ¡Que el diablo se los lleve, banda de maricas, cornudos y vagabundos!, ¡quiero un vaso de vino, Dorothy! —ordenó.

Dorothy no sabía qué hacer, miró a todos en una cómica llamada de auxilio. Pero como máscaras eximidas e inapelables, ningún rostro se manifestaba. La fiesta interrumpida, los sándwiches mordidos en la mano, algún pedazo que estuviera en la boca hinchando hacia fuera las mejillas. Todos se habían quedado ciegos, sordos y mudos, con las croquetas en las manos. Y miraban impasibles.

Desamparada, divertida, Dorothy le dio el vino: astutamente, apenas dos dedos en el vaso. Inexpresivos, preparados, todos esperaban la tempestad.

Pero la agasajada no explotó con la miseria del vino que Dorothy le había dado, que no se movió en el vaso. Su mirada estaba fija, silenciosa. Como si nada hubiera pasado.

Todos miraron corteses, sonriendo ciegamente, abstractos como si un perro hubiese hecho pis en la sala. Con estoicismo, recomenzaron las bocas y las risas. La nuera de Olaria, que había tenido su primer momento de unión con los demás cuando la tragedia victoriosamente parecía próxima a desencadenarse, tuvo que retornar solitaria a su severidad, sin contar siquiera con el apoyo de los tres hijos que ahora se mezclaban traidoramente con los otros. Desde su silla monacal, ella analizaba críticamente esos vestidos sin ningún modelo determinado, sin un pliegue, qué manía tenían de usar vestido negro con collar de perlas, eso no era de moda ni cosa que se le pareciera, no pasaba de maniobra de tacañería. Examinaba distante los sándwiches que casi no tenían mantequilla. Ella no se había servido nada, ¡nada! Solamente había comido una sola cosa de cada plato, para probar.

Por así decir, la fiesta había terminado.

Todos se quedaron sentados, benevolentes. Algunos con la atención vuelta hacia dentro de sí, a la espera de algo que decir. Otros vacíos y expectantes, con una sonrisa amable, el estómago lleno de aquellas porquerías que no alimentaban pero quitaban el hambre. Los chicos, incontrolables ya, gritaban llenos de vigor. Algunos tenían la cara mugrienta; otros, los más pequeños, estaban mojados; la tarde había caído rápidamente. ¿Y Cordelia? Cordelia miraba ausente, con una sonrisa atontada, soportando sola su secreto. ¿Qué tenía ella?, preguntó alguien con curiosidad negligente, señalándola de lejos con la cabeza, pero nadie respondió. Encendieron el resto de las luces para precipitar la tranquilidad de la noche, los chicos comenzaban a pelearse. Pero las luces eran más pálidas que la tensión pálida de la tarde. Y el crepúsculo de Copacabana, sin ceder, mientras tanto se ensanchaba cada vez más y penetraba por las ventanas como un peso.

—Tengo que irme —dijo perturbada una de las nueras, levantándose y sacudiéndose las migas de la falda. Varios se levantaron sonriendo.

La agasajada recibió un beso cauteloso de cada uno como si su piel tan poco familiar fuese una trampa. E, impasible, parpadeando, recibió aquellas palabras voluntariamente atropelladas que le decían intentando dar un ímpetu final de efusión a lo que no era otra cosa que pasado; la noche ya había caído casi por completo. La luz de la sala parecía entonces más amarilla y más rica, las personas envejecidas. Los chicos ya estaban histéricos.

—Ella debe pensar que el pastel sustituye a la cena —se preguntaba la vieja, allá en sus profundidades.

Pero nadie podría adivinar lo que ella pensaba. Y para aquellos que junto a la

puerta todavía la miraron una vez más, la agasajada era sólo lo que parecía ser: sentada a la cabecera de la mesa sucia, con la mano cerrada sobre el mantel como sujetando un cetro, y con aquella mudez que era su última palabra. Con un puño cerrado sobre la mesa, nunca más sería únicamente lo que ella pensara. Su apariencia final la había sobrepasado y, superándola, se agigantaba serena. Cordelia la miró espantada. El puño mudo y severo sobre la mesa decía a la infeliz nuera que sin remedio amaba quizás por última vez: Es necesario que se sepa. Es necesario que se sepa. Que la vida es corta. Que la vida es corta.

Sin embargo, ninguna vez más lo repitió. Porque la verdad es un relámpago. Cordelia la miró espantada. Y, nunca más, ni una sola vez lo repitió mientras Rodrigo, el nieto de la agasajada, empujaba la mano de aquella madre culpable, perpleja y desesperada que una vez más miró hacia atrás implorando a la vejez todavía una señal de que una mujer debe, en su ímpetu afligido, finalmente aferrar su última oportunidad y vivir. Una vez más Cordelia quiso mirar.

Pero para esa nueva mirada, la agasajada era una vieja a la cabecera de la mesa.

Había pasado el relámpago. Y arrastrada por la mano paciente e insistente de Rodrigo, la nuera lo siguió, aterrada.

—No todos tienen el privilegio y el orgullo de reunirse alrededor de la madre —carraspeó José recordando que era Jonga el que hacía los discursos.

—De la madre, ¡al diablo! —rió bajito la sobrina, y la prima más lenta rió sin ver la gracia.

—Nosotros lo tenemos —dijo Manuel, tímido, sin volver a mirar a su mujer —. Nosotros tenemos ese gran privilegio —dijo distraído, enjugándose la palma húmeda de las manos.

Pero no era nada de eso, sólo el malestar de la despedida, sin saber nunca lo que debía decirse, José esperaba de sí mismo con perseverancia y con fe la próxima frase del discurso. Que no venía. Que no venía. Que no venía. Los otros aguardaban. ¡Qué falta hacía Jonga en esos momentos! —José se enjugó la frente con el pañuelo—, ¡qué falta hacía Jonga en esos momentos! Claro que también había sido el único al que la vieja siempre aprobaba y respetaba, y era eso lo que dio a Jonga tanta seguridad. Y cuando él murió, nunca más la vieja volvió a hablar de él, poniendo una pared entre su muerte y los otros. Tal vez lo había olvidado. Pero no había olvidado aquella mirada firme y directa con que siempre miraba a los otros hijos, haciéndoles cada vez desviar los ojos. El amor de madre es duro de soportar: José se enjugó la frente, heroico, risueño.

Y de repente llegó la frase:

—¡Hasta el año que viene! —dijo José súbitamente malicioso, encontrando, de esta manera, sin más ni menos, la frase adecuada: ¡una indirecta feliz!—. Hasta el año que viene, ¿eh? —repitió con miedo de no haber sido comprendido.

La miró, orgulloso de la artimaña de la vieja que astutamente siempre vivía un año más.

—¡El año que viene nos veremos frente al pastel encendido! —aclaró mejor el otro hijo, Manuel, perfeccionando el espíritu del socio—. ¡Hasta el año que viene, mamá!, ¡y frente al pastel encendido! —dijo él explicando todo mejor, cerca de su oreja, mientras miraba obsequioso a José. Y de pronto la vieja lanzó una carcajada, una risa floja, comprendiendo la alusión.

Entonces ella abrió la boca y dijo:

—Así es.

Estimulado porque su frase hubiera dado tan buenos resultados, José le gritó emocionado, agradecido, con los ojos húmedos:

—¡El año que viene nos veremos, mamá!

—¡No soy sorda! —dijo la agasajada ruda, afectuosa.

Los hijos se miraron riendo, vejados, felices. La cosa había dado en el blanco. Los chicos fueron saliendo alegres, con el apetito arruinado. La nuera de Olaria dio una palmada de venganza a su hijo, demasiado alegre y ya sin corbata. Las escaleras eran tan difíciles, oscuras, increíble insistir en vivir en un edificio que fatalmente sería demolido un día de éstos, y en el juicio de desalojo Zilda todavía iba a dar trabajo y querer empujar a la vieja hacia las nueras. Pisando el último escalón, con alivio, los invitados se encontraron en la tranquilidad fresca de la calle. Era noche, sí. Con su primer escalofrío.

Adiós, hasta otro día, tenemos que vernos. Vengan a vernos, se dijeron rápidamente. Algunos consiguieron mirar los ojos de los otros con una cordialidad sin recelo. Algunos abotonaban los abrigos de los chicos, mirando al cielo en busca de una señal del tiempo. Todos sentían oscuramente que en la despedida tal vez se hubiera podido —y ahora sin peligro de compromisos— ser más bondadosos y decir una palabra de más —¿qué palabra?—. Ellos no lo sabían bien, y se miraban sonrientes, mudos. Era un instante que podía ser vivo. Pero que estaba muerto. Comenzaron a separarse, caminando medio de costado, sin saber cómo desligarse de los parientes sin brusquedad.

—¡Hasta el año que viene! —repitió José la feliz indirecta, saludando con la mano con efusivo vigor, los escasos cabellos blancos volando. Estaba gordo,

pensaron, necesita cuidar el corazón—. ¡Hasta el año que viene! —gritó José elocuente y grande, y su altura parecía desmoronable. Pero las personas que ya se habían alejado no sabían si debían reír alto para que él escuchara o si bastaría con sonreír en la oscuridad. Aunque algunos pensaron que felizmente había algo más que una broma en la indirecta y que sólo en el próximo año estarían obligados a encontrarse delante del pastel encendido; mientras que otros, ya en la oscuridad de la calle, pensaron si la vieja resistiría un año más a los nervios y a la impaciencia de Zilda, pero ellos sinceramente nada podían hacer al respecto. «Por lo menos noventa años», pensó melancólica la nuera de Ipanema. «Para completar una fecha linda», pensó soñadora.

Mientras tanto, allá arriba, por encima de escaleras y contingencias, la agasajada estaba sentada a la cabecera de la mesa, erecta, definitiva, más grande que ella misma. ¿Es que hoy no habrá cena?, meditaba ella. La muerte era su misterio.

La mujer más pequeña del mundo

En las profundidades del África Ecuatorial, el explorador francés Marcel Pretre, cazador y hombre de mundo, se topó con una tribu de pigmeos de una pequeñez sorprendente. Más sorprendido quedó al ser informado de que existía un pueblo todavía más diminuto allende florestas y distancias. Entonces, más hacia las profundidades, él fue.

En el Congo Central descubrió realmente a los pigmeos más pequeños del mundo. Y —como una caja dentro de una caja dentro de una caja— entre los menores pigmeos del mundo estaba el menor de los menores pigmeos del mundo, obedeciendo tal vez a la necesidad que a veces tiene la naturaleza de excederse a sí misma.

Entre mosquitos y árboles tibios de humedad, entre las hojas ricas del verde más perezoso, Marcel Pretre se enfrentó con una mujer de cuarenta y cinco centímetros, madura, negra, callada. «Oscura como un mono», informaría él a la prensa, y que vivía en lo alto de un árbol con su pequeño concubino. En los cálidos humores silvestres, que tempranamente maduran las frutas y les dan una casi intolerable dulzura al paladar, ella estaba grávida.

Allí en pie estaba, por lo tanto, la mujer más pequeña del mundo. Por un instante, en el zumbido del calor, fue como si el francés hubiese llegado inesperadamente a una última conclusión. Seguramente, por no tratarse de un loco, su alma no desvarió ni perdió los límites. Sintiendo una inmediata necesidad de orden, y de dar nombre a lo que existe, le dio el apodo de Pequeña Flor. Y para conseguir clasificarla entre las realidades reconocibles, de inmediato comenzó a recoger datos sobre ella.

Su raza estaba siendo exterminada paulatinamente. Pocos ejemplares humanos restan de esa especie que, de no ser por el disimulado peligro del África, sería un pueblo difundido. Fuera de la enfermedad, infectado hálito de aguas, la comida deficiente y las fieras que rondaban, el gran peligro para los escasos likuoalas

está en los salvajes bantúes, amenaza que los rodea en el aire silencioso como en madrugada de batalla. Los bantúes los cazan con redes, como hacen con los monos. Y los comen. Así: los cazan con redes y los comen. La pequeña raza, siempre retrocediendo y retrocediendo, terminó acuartelándose en el corazón de África, donde el afortunado explorador la descubriría. Por defensa estratégica, viven en los árboles más altos. De donde descienden las mujeres para cocinar maíz, moler mandioca y recoger verduras; los hombres, para cazar. Cuando nace un hijo, casi inmediatamente le es dada la libertad. Es verdad que muchas veces la criatura no usufructúa mucho tiempo esa libertad entre fieras. Pero también es verdad que, por lo menos, no lamentará que, para tan corta vida, largo haya sido el trabajo. Pues hasta el lenguaje que la criatura aprende es breve y simple, apenas lo esencial. Los likoualas usan pocos nombres, llaman a las cosas por gestos y sonidos animales. Como avance espiritual, tienen un tambor. Mientras bailan al son del tambor, un macho pequeño queda de guardia contra los bantúes, que quién sabe de dónde vendrán.

Fue así, pues, como el explorador descubrió, de pie y a sus pies, la cosa humana más pequeña que existe. Su corazón latió porque ni siquiera una esmeralda es cosa tan rara. Ni las enseñanzas de los sabios de la India son tan raras. Ni el hombre más rico de la tierra ha puesto los ojos sobre tan extraña gracia. Allí estaba una mujer que ni la glotonería del más fino sueño jamás habría podido imaginar. Fue entonces cuando el explorador dijo tímidamente y con una delicadeza de sentimientos de los que su esposa jamás lo hubiera creído capaz:

—Tú eres Pequeña Flor.

En ese instante, Pequeña Flor se rascó donde una persona no se rasca. El explorador —como si estuviera recibiendo el más alto premio de castidad a que un hombre siempre muy idealista osa aspirar—, el explorador, tan experimentado, desvió los ojos.

La fotografía de Pequeña Flor fue publicada en el suplemento a color de los diarios del domingo, donde cupo a tamaño natural. Envuelta en un paño, con la barriga en estado adelantado. La nariz chata, la cara negra, los ojos hondos, los pies planos. Parecía un perrito.

Ese domingo, en un apartamento, una mujer, al mirar en el diario abierto el retrato de Pequeña Flor, no quiso mirarlo por segunda vez «porque me da pena».

En otro apartamento, una señora tuvo tal perversa ternura por la pequeñez de la mujercita africana que —siendo mucho mejor prevenir que curar— jamás se debería dejar a Pequeña Flor a solas con la ternura de la tal señora. ¡Quién sabe a

qué oscuridades de amor puede llegar el cariño! La señora pasó todo el día perturbada, se diría que presa de la nostalgia. Además, era primavera y una bondad peligrosa estaba en el aire.

En otra casa una nena de cinco años de edad, viendo el retrato y escuchando los comentarios, quedó muy asustada. En aquella casa de adultos, hasta ahora esa niña había sido el más pequeño de los seres humanos. Y, si bien eso era la fuente de las mejores caricias, también era la fuente de este primer miedo al amor tirano. La existencia de Pequeña Flor llevó a la niña a sentir —con una vaguedad que sólo muchos años después, por motivos muy diferentes, habría de concretarse en pensamiento—, llevó a sentir, en una primera sabiduría, que «la desgracia no tiene límites».

En otra casa, en la consagración de la primavera, una joven novia tuvo un éxtasis de piedad:

—¡Mamá, mira la fotografía de ella, pobrecita!, ¡mira qué triste está!

—Pero —dijo la madre, dura, derrotada y orgullosa—, pero es una tristeza animal, no es una tristeza humana.

—¡Oh, mamá! —dijo la muchacha muy desanimada.

Fue en otra casa donde un chico despierto tuvo una idea astuta:

—Mamá, ¿si yo pusiera a esa mujercita africana en la cama de Pablito, mientras él está durmiendo?, cuando él se despertara, qué susto, ¿eh?, ¡qué griterío viéndola sentada en la cama! ¡Y uno podría jugar tanto con ella, uno la tendría de juguete, no!

La madre de él estaba en ese instante poniéndose tubos en el cabello frente al espejo del baño, y recordó lo que una cocinera le había contado de su tiempo de orfanato. No teniendo muñeca para jugar, y con la maternidad ya latiendo fuerte en el corazón de las huérfanas, las niñas más astutas habían escondido de las monjas el cadáver de una de las chicas. Guardaron el cadáver en un armario hasta que la monja salió, y jugaron con la niña muerta, la bañaron, le dieron de comer, la pusieron en penitencia solamente para después poder besarla, consolándola. De todo eso se acordó la madre en el baño, y bajó las manos levantadas, llenas de horquillas. Y consideró la crueldad de la necesidad de amar. Consideró la malignidad de nuestro deseo de ser feliz. Consideró la ferocidad con que queremos jugar. Y el número de veces en que mataremos por amor. Entonces miró al hijo astuto como si mirase a un extraño peligroso. Y sintió horror de su propia alma que, más que su cuerpo, había engendrado a aquel ser apto para la vida y la felicidad. Así miró ella, con mucha atención y un orgullo incómodo, a aquel niño

que ya estaba sin los dientes de delante, ¡la evolución, la evolución haciéndose, un diente cayendo para que nazca otro que muerda mejor! «Voy a comprarle un traje nuevo», resolvió, mirándolo absorto. Obstinadamente adornaba al hijo desdentado con ropas finas, obstinadamente lo quería limpio, como si la limpieza diera énfasis a una superficialidad tranquilizadora, perfeccionando obstinadamente el lado amable de la belleza. Obstinadamente alejándose, alejándolo, de algo que debía ser «oscuro como un mono». Entonces, mirando al espejo del baño, la madre sonrió intencionadamente fina y delicada, colocando entre su rostro de líneas abstractas y la cara desnuda de Pequeña Flor la distancia insuperable de milenios. Pero, con años de práctica, sabía que ése sería un domingo en el que tendría que disfrazar consigo misma la ansiedad, el sueño y los milenios perdidos.

En otra casa, junto a una pared, se dieron al trabajo alborozado de calcular con una cinta métrica los cuarenta y cinco centímetros de Pequeña Flor. Y fue ahí mismo donde, encantados, se asustaron al descubrir que ella era todavía más pequeña de lo que la más aguda imaginación inventara. En el corazón de cada miembro de la familia nació, nostálgico, el deseo de tener para sí aquella cosa menuda e indomable, aquella cosa salvada de ser comida, aquella fuente permanente de caridad. El alma ávida de la familia quería volcarse en devoción. Y, quién sabe, ¿quién no deseó alguna vez poseer a un ser humano solamente para sí? Lo que, en verdad, no siempre sería cómodo, porque hay horas en que no se quiere tener sentimientos.

—Apuesto a que si ella viviera aquí terminábamos en una pelea —dijo el padre sentado en el sillón, dándole la vuelta definitivamente a la página del diario—. En esta casa todo termina en pelea.

—Tú, José, siempre pesimista —dijo la madre.

—¿Ya has pensado, mamá, qué tamaño tendría su bebé? —dijo ardiente la hija mayor, de trece años.

El padre se movió detrás del diario.

—Debe de ser el bebé negro más pequeño del mundo —respondió la madre, derritiéndose de gusto—. ¡Imagínense, ella sirviendo la mesa aquí, en casa!, ¡y con la barriguita grande!

—¡Basta de esas conversaciones! —tronó el padre.

—Tendrás que convenir en que se trata de una cosa rara —dijo la madre, inesperadamente ofendida—; lo que pasa es que eres un insensible.

¿Y la propia cosa rara?

Mientras tanto, en África, la propia cosa rara tenía en el corazón (quién sabe si también negro, pues en una naturaleza que se equivocó una vez ya no se puede confiar más), mientras tanto la propia cosa rara tenía en el corazón algo más raro todavía, algo así como el secreto del mismo secreto: un hijo mínimo. Metódicamente, el explorador examinó con la mirada la barriguita más pequeña de un ser humano maduro. Fue en ese instante en que el explorador, por primera vez desde que la conociera, en vez de sentir curiosidad o exaltación o triunfo o espíritu científico, el explorador sintió malestar.

Es que la mujer más pequeña del mundo se estaba riendo.

Estaba riéndose cálida, cálida. Pequeña Flor estaba gozando de la vida. La propia cosa rara estaba sintiendo la inefable sensación de no haber sido comida todavía.

No haber sido comida era algo que, en otros momentos, le inspiraba el ágil impulso de saltar de rama en rama. Pero, en este momento de tranquilidad, entre las espesas hojas del Congo Central, ella no estaba aplicando ese impulso a una acción, y el impulso se había concentrado todo en la propia pequeñez de la propia cosa rara. Y entonces ella se reía. Era una risa como sólo quien no habla ríe. Esa risa, el explorador, incómodo, no consiguió clasificarla. Y ella continuó disfrutando de su propia risa suave, ella, que no estaba siendo devorada.

No ser devorado es el sentimiento más perfecto. No ser devorado es el objetivo secreto de toda una vida. Mientras ella no estaba siendo comida, su risa bestial era tan delicada como es delicada la alegría. El explorador estaba atrapado.

En segundo lugar, si la propia cosa rara estaba riendo era porque, dentro de su pequeñez, una gran oscuridad se había puesto en movimiento.

Porque la propia cosa rara sentía el pecho tibio de lo que se podía llamar Amor. Ella amaba a aquel explorador amarillo. Si hubiese sabido hablar para decirle que lo amaba, él se hincharía de vanidad. Vanidad que disminuiría cuando ella agregara que también amaba mucho el anillo del explorador y que amaba mucho la bota del explorador. Y cuando él se deshinchara avergonzado, Pequeña Flor no comprendería por qué. Porque, ni de lejos, su amor por el explorador —hasta puede decirse «profundo amor», ya que, no teniendo otros recursos, ella estaba reducida a la profundidad—, pues ni de lejos su amor profundo por el explorador quedaría desvalorizado por el hecho de que ella también amaba su bota. Existe un viejo equívoco sobre la palabra amor, y si muchos hijos nacen de esa equivocación, tantos otros perdieron el único instante de nacer solamente por

causa de una susceptibilidad que exige que sea, ¡de mí, para mí!, que se guste, no de mi dinero. Pero en la humedad de la selva no existen esos refinamientos crueles, el amor es no ser comido, amor es encontrar hermosa una bota, amor es gustar del color raro de un hombre que no es negro, amor es reír de amor a un anillo que brilla. Pequeña Flor parpadeaba de amor, y rió cálida, pequeña, grávida, cálida.

El explorador intentó sonreír nuevamente, sin saber exactamente a qué abismo respondía su sonrisa, y entonces se perturbó como solamente un hombre de semejante tamaño se perturba. Disimuló, acomodándose mejor su sombrero de explorador, y enrojeció púdicamente. Tomó un lindo color, un rosa verdoso, como el de un limón de madrugada. Él debía de ser ácido.

Fue probablemente al acomodar mejor su casco simbólico cuando el explorador se llamó al orden, recuperó con severidad la disciplina de trabajo, y recomenzó a anotar. Había aprendido a comprender algunas de las pocas palabras articuladas de la tribu, y a interpretar las señales. Ya conseguía hacer preguntas.

Pequeña Flor respondió que sí. Que era muy lindo tener un árbol para vivir, suyo, de ella. Pues —y eso ella no lo dijo, pero sus ojos se tornaron tan oscuros que lo dijeron—, pues era bueno poseer, era bueno poseer, era bueno poseer. El explorador pestañeó varias veces.

Marcel Pretre tuvo varios momentos difíciles consigo mismo. Pero por lo menos se ocupó de tomar notas. Quien no tomó notas tuvo que arreglárselas como pudo:

—Pues mire —declaró de repente la vieja cerrando el diario con decisión—, pues mire, yo sólo le digo una cosa: Dios sabe lo que hace.

Lazos de familia

La mujer y la madre se acomodaron finalmente en el taxi que las llevaría a la estación. La madre contaba y recontaba las dos maletas intentando convencerse de que ambas estaban en el taxi. La hija, con sus ojos oscuros a los que un ligero estrabismo daba un continuado brillo de burla y frialdad, la observaba.

—¿No me he olvidado de nada? —preguntaba la madre, por tercera vez.

—No, no te has olvidado de nada —repetía la hija divertida, con paciencia.

Todavía estaba bajo la impresión de la escena medio cómica entre su madre y su marido en la hora de la despedida. Durante las dos semanas de visita de la anciana, los dos apenas si se habían soportado; los buenos días y las buenas tardes sonaban en cada oportunidad con una delicadeza cautelosa que le provocaba risa. Pero he ahí que en la hora de la despedida, antes de entrar en el taxi, la madre se había transformado en suegra ejemplar y el marido se tornaba en buen yerno. «Perdone alguna palabra mal dicha», había dicho la anciana señora, y Catalina, con algo de alegría, vio a Antonio, sin saber qué hacer con las maletas en las manos, tartamudear preocupado por ser el buen yerno. «Si me río, ellos van a pensar que estoy loca», había pensado Catalina frunciendo las cejas. «Quien casa a un hijo pierde un hijo, quien casa a una hija gana otro hijo», aseguró la madre, y Antonio había aprovechado la gripe para toser. Catalina, de pie, observaba maliciosamente al marido, cuya serenidad se había desvanecido para dar paso a un hombre moreno y menudo, forzado a ser el hijo de aquella mujercita grisácea… Fue entonces cuando el deseo de reír se tomó más fuerte. Felizmente, nunca necesitaba de verdad reírse cuando tenía deseos de hacerlo: sus ojos tomaban una expresión astuta y contenida, se tomaban más estrábicos, y la risa salía por los ojos, siempre dolía un poco ser capaz de reír. Pero no podía impedirlo: desde pequeña había reído por los ojos, desde siempre había sido estrábica.

—Vuelvo a decirte que el niño está delgado —dijo la madre resistiendo los

saltos del automóvil. Y a pesar de que Antonio no estaba presente, ella usaba el mismo tono de desafío y acusación que empleaba delante de él. Tanto que una noche Antonio se había agitado: ¡No es por culpa mía, Severina! Él llamaba Severina a su suegra, ya que antes del casamiento habían proyectado ser suegra y yerno modernos. Enseguida de la primera visita de la madre al matrimonio, la palabra Severina se había tornado difícil en la boca del marido, y ahora, entonces, el hecho de llamarla por su nombre impedía que… Catalina los miraba y reía.

—El chico siempre fue delgado, mamá —le respondió.

El taxi avanzaba, monótono.

—Delgado y nervioso —agregó la señora con decisión.

—Delgado y nervioso —asintió Catalina con paciencia.

Era un niño nervioso, distraído. Durante la visita de la abuela se tomaba aún más distante, durmiendo mal, perturbado por las caricias excesivas y por los pellizcos de amor de la abuela. Antonio, que nunca se preocupaba especialmente por la sensibilidad del hijo, había pasado a hacer indirectas a la suegra, «a proteger a una criatura»…

—No me olvidé de nada… —recomenzó la madre, cuando una súbita frenada del auto las arrojó una contra la otra e hizo caer las maletas—. ¡Ay! ¡Ay! —exclamó la madre como ante un desastre irremediable, ¡ay!, decía meneando la cabeza sorprendida, de repente envejecida y pobre. ¿Y Catalina?

Catalina miraba a la madre, y la madre miraba a la hija, ¿y también a Catalina le había sucedido un desastre? Sus ojos parpadearon sorprendidos, ella acomodaba deprisa las maletas, la bolsa, procurando remediar el desastre lo más rápidamente posible. Porque, de hecho, había sucedido algo, sería inútil esconderlo: Catalina había sido lanzada contra Severina, en una intimidad física hace mucho tiempo olvidada, y venida del tiempo en que se tiene padre y madre. A pesar de que realmente nunca se habían abrazado o besado. Con el padre sí, porque Catalina siempre había sido amiga de él. Cuando la madre les llenaba los platos obligándolos a comer demasiado, los dos se miraban guiñándose el ojo en complicidad y la madre ni lo notaba. Pero después del choque en el taxi y después de acomodarse, no tenían de qué hablar, ¿por qué no llegarían enseguida a la estación?

—¿No me olvidé de nada? —preguntó la madre con voz resignada.

Catalina ya no quería mirarla ni responderle.

—¡Toma tus guantes! —le dijo, recogiéndolos del suelo.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡mis guantes! —exclamaba la madre, perpleja.

Sólo se miraron realmente cuando las maletas fueron dispuestas en el tren, después del intercambio de besos: la cabeza de la madre apareció en la ventanilla.

Entonces Catalina vio que su madre estaba envejecida y que tenía los ojos brillantes.

El tren no partía y ambas esperaban sin tener nada que decirse. La madre sacó el espejo de la bolsa y se miró el sombrero nuevo, comprado en el mismo sombrerero de la hija. Se miraba adoptando un aire excesivamente severo en el que no faltaba una pizca de admiración por sí misma. La hija la miraba divertida. Nadie más puede amarte sino yo, pensó la mujer riendo por los ojos; y el peso de la responsabilidad llevó a su boca un gusto a sangre. Como si «madre e hija» fuesen vida y repugnancia. Su madre le dolía, eso sí. La anciana había guardado el espejo en su bolsa, y la miraba sonriendo. El rostro desgastado y todavía bastante astuto parecía esforzarse por dar a los otros alguna impresión de la que el sombrero formaba parte. La campanilla de la estación sonó de repente, hubo un movimiento general de ansiedad, varias personas corrieron pensando que el tren partía ya: ¡Mamá!, dijo la mujer. ¡Catalina!, dijo la anciana. Ambas se miraban asustadas, la maleta sobre la cabeza del maletero les interrumpió la visión y un joven que iba corriendo al pasar se tomó del brazo de Catalina, torciéndole el cuello del vestido. Cuando pudieron verse de nuevo, Catalina estaba bajo la inminencia de tener que escuchar la pregunta sobre si no había olvidado nada…

—¿No me olvidé de nada? —preguntó la madre.

También a Catalina le parecía que habían olvidado algo, y ambas se miraron atónitas, porque si realmente algo habían olvidado, ahora ya era demasiado tarde. Una mujer arrastraba a una criatura, y la criatura lloraba; nuevamente sonó la campanilla de la estación… Mamá, dijo la mujer. ¿Qué cosa habían olvidado decirse una a la otra?, y ahora ya era demasiado tarde. Le parecía que un día debían haberse dicho así: Soy tu madre, Catalina. Y ella debería haber respondido: Y yo soy tu hija.

—¡No vayas a pescar una corriente de aire! —gritó Catalina.

—¡Pero, muchacha, no soy una criatura! —dijo su madre sin por eso dejar de preocuparse de su propia apariencia. La mano pecosa, un poco trémula, acomodaba con delicadeza el ala del sombrero, y Catalina tuvo súbitamente el deseo de preguntarle si había sido feliz con su padre:

—¡Dale recuerdos a la tía! —gritó.

—¡Sí, sí!

—Mamá —dijo Catalina, porque un largo silbato se había escuchado, y en medio del humo las ruedas ya se ponían en movimiento.

—¡Catalina! —dijo la madre con la boca abierta y los ojos espantados, y a la primera sacudida la hija vio que se llevaba las manos al sombrero: éste se le había caído hasta la nariz, dejando fuera apenas la nueva dentadura. El tren ya marchaba y Catalina hacía señas. El rostro de la madre desapareció un instante y reapareció ya sin sombrero, el moño deshecho cayendo en mechas blancas sobre los hombros como los de una doncella —el rostro estaba inclinado sin sonreír, tal vez sin mirar siquiera a la hija distante.

En medio del humo Catalina comenzó a caminar de regreso, las cejas fruncidas, y en los ojos la malicia de los estrábicos. Sin la compañía de la madre, había recuperado el modo de caminar: sola, le era más fácil. Algunos hombres la miraban, ella era dulce, un poco pesada de cuerpo. Caminaba serena, moderna en el vestir, los cabellos cortos teñidos de color caoba. Y de tal manera estaban dispuestas las cosas que el amor doloroso le pareció la felicidad: todo estaba tan vivo y tierno a su alrededor, la calle sucia, los viejos tranvías, las cáscaras de naranja, la fuerza fluía y refluía en su corazón con pesada riqueza. Estaba muy bonita en ese momento, tan elegante; integrada en su época y en la ciudad en donde nació como si la hubiese elegido. En los ojos bizcos cualquier persona adivinaría el gusto que tenía esa mujer por las cosas del mundo. Miraba a las personas con insistencia, procurando fijar en aquellas figuras mutables su placer todavía húmedo de lágrimas por la madre. Se desvió de los coches, consiguió aproximarse al autobús burlando la fila, mirando irónicamente; nada impediría que esa pequeña mujer que andaba bamboleando los muslos subiese otro peldaño misterioso en sus días.

El ascensor zumbaba en el calor de la playa. Abrió la puerta del apartamento mientras se liberaba del pequeño sombrero con la otra mano; parecía dispuesta a usufructuar la amplitud del mundo entero, camino abierto por su madre que le ardía en el pecho. Antonio apenas levantó los ojos del libro. La tarde del sábado siempre había sido «suya» y, enseguida tras la partida de Severina, él la retomaba con placer, junto al pequeño escritorio.

—¿«Ella» se fue?

—Se fue, sí —respondió Catalina empujando la puerta de la habitación del hijo. ¡Ah, sí!, allí estaba el niño, pensó con súbito alivio. Su hijo. Delgado y nervioso. Desde que se pusiera de pie había caminado con firmeza; pero casi a

los cuatro años hablaba como si desconociera los verbos: verificaba las cosas con frialdad, sin ligarlas entre sí. La mujer sentía un calorcillo agradable y le gustaría poder sujetar al niño para siempre a este momento; le quitó la toalla de las manos en un acto de censura, ¡este chico! Pero el niño miraba hacia el aire, indiferente, comunicándose consigo mismo. Siempre estaba distraído. Nadie había conseguido todavía llamarle verdaderamente la atención. La madre sacudía la toalla en el aire y de esta manera impedía la visión de la habitación: Mamá, dijo el chico. Catalina se volvió rápida. Era la primera vez que él decía «mamá» en ese tono y sin pedir nada. Había algo más que una comprobación: ¡mamá! La mujer continuó sacudiendo la toalla con violencia y se preguntó a quién podría contarle lo que había sucedido, pero no encontró a nadie que entendiera lo que ella no podía explicar. Desarrugó la toalla vigorosamente antes de colgarla a secar. Tal vez pudiese contarlo, si cambiaba de forma al hecho. Contaría que el hijo había dicho: Mamá, ¿quién es Dios? No, tal vez: Mamá, ¿niño quiere decir Dios? Tal vez. La verdad sólo cabría en símbolos, sólo en símbolos la recibirían. Con los ojos sonriendo por su necesaria mentira, y sobre todo de la próxima tontería, huyendo de Severina, inesperadamente la mujer rió francamente para el niño, no sólo con los ojos: todo el cuerpo rió, quebrado, quebrado, quebrado el caparazón, apareciendo una aspereza casi como una ronquera. Fea, dijo entonces el niño, examinándola.

—¡Vamos a pasear! —respondió ruborizándose y tomándolo de la mano.

Pasó por la sala, sin detenerse avisó al marido: ¡Vamos a salir! Y golpeó la puerta del apartamento.

Antonio apenas tuvo tiempo de elevar los ojos del libro, y con sorpresa vio la sala vacía. ¡Catalina!, llamó, pero ya se escuchaba el ruido del ascensor descendiendo. ¿Adónde han ido?, se preguntó inquieto, tosiendo y sonándose la nariz. Porque el sábado era suyo, pero él quería que su mujer y su hijo estuvieran en casa mientras él se tomaba su sábado. ¡Catalina!, llamó fastidiado aunque supiera que ella ya no podría escucharlo. Se levantó, fue hasta la ventana y un segundo después vio a su mujer y a su hijo en la calle.

Los dos se habían detenido, la mujer decidiendo quizás el camino a seguir. Y de súbito poniéndose en marcha.

¿Por qué ella caminaba tan fuerte, llevando al niño de la mano?, por la ventana veía a su mujer agarrando con fuerza la mano del pequeño y caminando rápido, con los ojos fijos adelante; y aun sin verlo, el hombre adivinaba su boca endurecida. El niño, no se sabía por qué oscura comprensión, también miraba fijo

hacia delante, sorprendido e ingenuo. Vistas desde arriba, las dos figuras perdían la perspectiva familiar, parecían achatadas en el suelo y más oscuras a la luz del mar. Los cabellos del chico volaban…

El marido se repitió la pregunta que, aun bajo su inocencia de frase cotidiana, lo inquietó: ¿adónde van? Preocupado veía a su mujer guiando a la criatura y temía que en ese momento en que ambos estaban fuera de su alcance ella transmitiese a su hijo… pero ¿qué? «Catalina», pensó, «Catalina, ¡esta criatura aún es inocente!». En qué momento la madre, apretando a su criatura, le daba esta prisión de amor que se abatiría para siempre sobre el futuro hombre. Más tarde su hijo, ya hombre, solo, estaría de pie frente a esta misma ventana, golpeando los dedos sobre los vidrios; preso. Obligado a responder a un muerto. Quién sabría jamás en qué momento la madre transferiría al hijo la herencia. Y con qué sombrío placer. Ahora madre e hijo comprendiéndose dentro del misterio compartido. Después nadie podría saber de qué negras raíces se alimentaba la libertad de un hombre, «¡Catalina!», pensó colérico, «¡el niño es inocente!». Pero ya habían desaparecido en la playa. El misterio compartido.

«Pero ¿y yo?, ¿y yo?», se preguntó asustado. Los dos se habían ido, solos. Y él se había quedado. «Con su sábado». Y su gripe. En el apartamento ordenado, donde «todo marchaba bien…». ¿Quién sabría si su mujer estaba huyendo con el hijo de la sala de la luz bien regulada, de los muebles bien elegidos, y de las cortinas y de los cuadros? Eso es lo que él le había dado. Apartamento de un ingeniero. Y sabía que, si la mujer se aprovechaba de la situación de un marido joven y lleno de futuro, también lo despreciaba, con aquellos ojos atontados, huyendo con su hijo nervioso y delgado. El hombre se inquietó. Porque no podría continuar dándole sino un éxito mayor. Y porque sabía que ella lo ayudaría a conseguirlo y odiaría lo que consiguieran. Así era esa tranquila mujer de treinta y dos años que nunca hablaba verdaderamente, como si hubiese vivido siempre. Las relaciones entre ambos eran muy tranquilas. A veces él procuraba humillarla, y entraba en la habitación mientras ella se cambiaba de ropa porque sabía que ella detestaba que la vieran desnuda. ¿Por qué necesitaba humillarla?; sin embargo, él sabía bien que ella sólo sería de un hombre mientras fuese orgullosa. Pero se había habituado a tomarla femenina de esta manera; la humillaba con ternura, y ya ella sonreía, ¿sin rencor? Tal vez de todo eso hubiesen nacido sus relaciones pacíficas, y aquellas conversaciones en voz tranquila que formaban la atmósfera de hogar para la criatura. ¿O ésta se irritaba a veces? A veces el niño se irritaba, pataleaba, gritaba bajo el efecto de las pesadillas. ¿De dónde había nacido esta

criaturita vibrante, sino de lo que su mujer y él habían cortado de la vida diaria? Vivían tan tranquilos que, si se aproximaba un momento de alegría, ellos se miraban rápidamente, casi irónicos, y los ojos de ambos decían: no vamos a gastarlo, no vamos a usarlo ridículamente. Como si hubiesen vivido desde siempre.

Pero él la había visto desde la ventana, la vio caminar deprisa, de la mano del hijo, y se había dicho: Ella está tomando el momento de alegría sola. Se había sentido frustrado porque desde hacía mucho no podía vivir sino con ella. Y ella conseguía tomar sus momentos, sola. Por ejemplo, ¿qué había hecho su mujer entre la salida del tren y su llegada al apartamento?, no sospechaba de ella, pero se inquietaba.

La última luz de la tarde estaba pesada y se abatía con gravedad sobre los objetos. Las arenas restallaban secas. Todo el día había estado bajo la amenaza de irradiación. Que en ese momento, aunque sin restallar, se ensordecía cada vez más y zumbaba en el ascensor ininterrumpido del edificio. Cuando Catalina regresara, ellos cenarían alejando a las mariposas. El niño gritaría en su primer sueño, Catalina interrumpiría un momento la cena… ¡Y el ascensor no se detendría ni siquiera un instante! No, el ascensor no pararía ni un instante.

—Después de cenar iremos al cine —resolvió el hombre. Porque después del cine sería finalmente la noche, y este día se quebraría con las olas en las rocas de Arpoador.

La cena

Él entró tarde en el restaurante. Por cierto, hasta entonces se había ocupado de grandes negocios. Podría tener unos sesenta años, era alto, corpulento, de cabellos blancos, cejas espesas y manos potentes. En un dedo el anillo de su fuerza. Se sentó amplio y firme.

Lo perdí de vista y mientras comía observé de nuevo a la mujer delgada, la del sombrero. Ella reía con la boca llena y le brillaban los ojos oscuros.

En el momento en que yo llevaba el tenedor a la boca, lo miré. Ahí estaba, con los ojos cerrados masticando pan con vigor, mecánicamente, los dos puños cerrados sobre la mesa. Continué comiendo y mirando. El camarero disponía los platos sobre el mantel. Pero el viejo mantenía los ojos cerrados. A un gesto más vivo del camarero, él los abrió tan bruscamente que ese mismo movimiento se comunicó a las grandes manos y un tenedor cayó. El camarero susurró palabras amables, inclinándose para recogerlo; él no respondió. Porque, ahora despierto, sorpresivamente daba vueltas a la carne de un lado para otro, la examinaba con vehemencia, mostrando la punta de la lengua —palpaba el bistec con un costado del tenedor, casi lo olía, moviendo la boca de antemano—. Y comenzaba a cortarlo con un movimiento inútilmente vigoroso de todo el cuerpo. En breve llevaba un trozo a cierta altura del rostro y, como si tuviera que cogerlo en el aire, lo cobró con un impulso de la cabeza. Miré mi plato. Cuando lo observé de nuevo, él estaba en plena gloria de la comida, masticando con la boca abierta, pasando la lengua por los dientes, con la mirada fija en la luz del techo. Yo iba a cortar la carne nuevamente, cuando lo vi detenerse por completo.

Y exactamente como si no soportara más —¿qué cosa?— cogió rápido la servilleta y se apretó las órbitas de los ojos con las dos manos peludas. Me detuve, en guardia. Su cuerpo respiraba con dificultad, crecía. Retira finalmente la servilleta de los ojos y observa atontado desde muy lejos. Respira abriendo y cerrando desmesuradamente los párpados, se limpia los ojos con cuidado y

mastica lentamente el resto de comida que todavía tiene en la boca.

Un segundo después, sin embargo, está repuesto y duro, toma una porción de ensalada con el cuerpo todo inclinado y come, el mentón altivo, el aceite humedeciéndole los labios. Se interrumpe un momento, enjuga de nuevo los ojos, balancea brevemente la cabeza —y nuevo bocado de lechuga con carne engullido en el aire—. Le dice al camarero que pasa:

—Éste no es el vino que le pedí.

La voz que esperaba de él: voz sin posibles réplicas, por lo que yo veía que jamás se podría hacer algo por él. Nada, sino obedecerlo.

El camarero se alejó, cortés, con la botella en la mano.

Pero he ahí que el viejo se inmoviliza de nuevo como si tuviera el pecho contraído y enfermo. Su violento vigor se sacude preso. Él espera. Hasta que el hambre parece asaltarlo y comienza a masticar con apetito, las cejas fruncidas. Yo sí comencé a comer lentamente, un poco asqueado sin saber por qué, participando también no sabía de qué. De pronto se estremece, llevándose la servilleta a los ojos y apretándolos con una brutalidad que me extasía… Abandono con cierta decisión el tenedor en el plato, con un ahogo insoportable en la garganta, furioso, lleno de sumisión. Pero el viejo se demora con la servilleta sobre los ojos. Esta vez, cuando la retira sin prisa, las pupilas están extremadamente dulces y cansadas, y, antes de que él se las enjugara, vi. Vi la lágrima.

Me inclino sobre la carne, perdido. Cuando finalmente consigo encararlo desde el fondo de mi rostro pálido, veo que también él se ha inclinado con los codos apoyados sobre la mesa, la cabeza entre las manos. Realmente él ya no soportaba más. Las gruesas cejas estaban juntas. La comida debía de haberse detenido un poco más abajo de la garganta bajo la dureza de la emoción, pues cuando él estuvo en condiciones de continuar hizo un terrible gesto de esfuerzo para engullir y se pasó la servilleta por la frente. Yo no podía más, la carne en mi plato estaba cruda, y yo era quien no podía continuar más. Sin embargo, él comía.

El camarero trajo la botella dentro de una vasija con hielo. Yo observaba todo, ya sin discriminar: la botella era otra, el camarero de chaqueta, la luz aureolaba la cabeza gruesa de Plutón que ahora se movía con curiosidad, goloso y atento. Por un momento el camarero me tapa la visión del viejo y apenas veo las alas negras de una chaqueta: sobrevolando la mesa, vertía vino tinto en la copa y aguardaba con los ojos ardientes —porque ahí estaba seguramente un señor de buenas propinas, uno de esos viejos que todavía están en el centro del mundo y de la fuerza—. El viejo, engrandecido, tomó un trago, con seguridad, dejó la copa y

consultó con amargura el sabor en la boca. Restregaba un labio con otro, restallaba la lengua con disgusto como si lo que era bueno fuera intolerable. Yo esperaba, el camarero esperaba, ambos nos inclinábamos, en suspenso. Finalmente, él hizo una mueca de aprobación. El camarero agachó la cabeza reluciente con sometimiento y gratitud, salió inclinado, y yo respiré con alivio.

Ahora él mezclaba la carne y los tragos de vino en la gran boca, y los dientes postizos masticaban pesadamente mientras yo espiaba en vano. Nada más sucedía. El restaurante parecía centellear con doble fuerza bajo el titilar de los cristales y cubiertos; en la dura corona brillante de la sala los murmullos crecían y se apaciguaban en una dulce ola, la mujer del sombrero grande sonreía con los ojos entrecerrados, tan delgada y hermosa, el camarero servía con lentitud el vino en el vaso. Pero en ese momento él hizo un gesto.

Con la mano pesada y velluda, en cuya palma las líneas se clavaban con fatalismo, hizo el gesto de un pensamiento. Dijo con mímica lo más que pudo, y yo, yo sin comprender. Y como si no soportara más, dejó el tenedor en el plato. Esta vez te agarraron bien, viejo. Quedó respirando, agotado, ruidoso. Entonces sujeta el vaso de vino y bebe, los ojos cerrados, en rumorosa resurrección. Mis ojos arden y la claridad es alta, persistente.

Estoy prisionero del éxtasis, palpitante de náusea. Todo me parece grande y peligroso. La mujer delgada, cada vez más bella, se estremece seria en las luces.

Él ha terminado. Su rostro se vacía de expresión. Cierra los ojos, distiende los maxilares. Trato de aprovechar ese momento, en que él ya no posee su propio rostro, para finalmente ver. Pero es inútil. La gran forma que veo es desconocida, majestuosa, cruel y ciega. Lo que yo quiero mirar directamente, por la fuerza extraordinaria del anciano, en ese momento no existe. Él no quiere.

Llega el postre, una crema fundida, y yo me sorprendo por la decadencia de la elección. Él come lentamente, toma una cucharada y observa correr el líquido pastoso. Lo toma todo; sin embargo, hace una mueca y, agrandado, alimentado, aleja el plato. Entonces, ya sin hambre, el gran caballo apoya la cabeza en la mano. La primera señal más clara aparece. El viejo devorador de criaturas piensa en sus profundidades. Pálido, lo veo llevarse la servilleta a la boca. Imagino escuchar un sollozo. Ambos permanecemos en silencio en el centro del salón. Quizás él hubiera comido demasiado aprisa. ¡Porque, a pesar de todo, no perdiste el hambre, eh!, lo instigaba yo con ironía, cólera y agotamiento. Pero él se desmoronaba a ojos vista. Ahora los rasgos parecían caídos y dementes, él balanceaba la cabeza de un lado para otro, sin contenerse más, con la boca

apretada, los ojos cerrados, balanceándose, el patriarca estaba llorando por dentro. La ira me asfixiaba. Lo vi ponerse los anteojos y envejecer muchos años. Mientras contaba el cambio, hacía sonar los dientes, proyectando el mentón hacia adelante, entregándose un instante a la dulzura de la vejez. Yo mismo, tan atento había estado a él que no lo vi sacar el dinero para pagar, ni examinar la cuenta, y no había notado el regreso del camarero con el cambio.

Por fin se quitó las gafas, castañeteó los dientes, se enjugó los ojos haciendo muecas inútiles y penosas. Pasó la mano cuadrada por los cabellos blancos alisándolos con fuerza. Se levantó, asegurándose al borde de la mesa con las manos vigorosas. Y he ahí que, después de liberado de un apoyo, él parecía más débil, aunque todavía era enorme y todavía capaz de apuñalar a cualquiera de nosotros. Sin que yo pudiera hacer nada, se puso el sombrero acariciando la corbata en el espejo. Cruzó el ángulo luminoso del salón, desapareció.

Pero yo todavía soy un hombre.

Cuando me traicionaron o me asesinaron, cuando alguien se fue para siempre, cuando perdí lo mejor que me quedaba, o cuando supe que iba a morir… yo no como. No soy todavía esta potencia, esta construcción, esta ruina. Empujo el plato, rechazo la carne y su sangre.

Preciosidad

Por la mañana, temprano, siempre era la misma cosa renovada: despertar. Lo que era lento, extendido, vasto. Ampliamente abría los ojos.

Tenía quince años y no era bonita. Pero por dentro de su delgadez existía la amplitud casi majestuosa en que se movía como dentro de una meditación. Y dentro de la nebulosidad, algo precioso. Que no se desperezaba, que no se comprometía, no se contaminaba. Que era inmenso como una joya. Ella.

Despertaba antes que todos, ya que para ir a la escuela tendría que tomar un autobús y un tranvía, lo que le llevaría una hora. De devaneo agudo como un crimen. El viento de la mañana violentando la ventana y el rostro hasta que los labios se ponían duros, helados. Entonces ella sonreía. Como si sonreír fuese en sí un objetivo. Todo eso sucedería si tuviese la suerte de que «nadie mirara, la mirara».

Cuando se levantaba de madrugada —ya superado el momento dilatado en que se desenredaba toda— se vestía corriendo, se mentía a sí misma que no tenía tiempo de bañarse y la familia adormecida jamás adivinó qué pocos baños tomaba. Bajo la luz encendida del comedor bebía el café que la doncella, rascándose en la oscuridad de la cocina, había recalentado. Apenas si tocó el pan que la mantequilla no conseguía ablandar. Con la boca fresca por el desayuno, los libros debajo del brazo, por fin abría la puerta, trasponía la tibieza insulsa de la casa escurriéndose hacia la helada fruición de la mañana. Después ya no se apresuraba más.

Tenía que atravesar la ancha calle desierta hasta alcanzar la avenida, al final de la cual un autobús emergería vacilando dentro de la niebla, con las luces de la noche todavía encendidas en el farol. Al viento de junio, el acto misterioso, autoritario y perfecto de erguir el brazo —y ya de lejos el autobús trémulo comenzaba a deformarse obedeciendo a la arrogancia de su cuerpo, representante de un poder supremo, de lejos el autobús comenzaba a tornarse incierto y lento,

lento y avanzando, cada vez más concreto— hasta detener su rostro en humo y calor, en calor y humo. Entonces subía, seria como una misionera a causa de los obreros del autobús que «podrían decirle alguna cosa». Aquellos hombres que ya no eran jóvenes. Aunque también de los jóvenes tenía miedo, miedo también de los chicos. Miedo de que «le dijesen alguna cosa», de que la mirasen mucho. En la gravedad de la boca cerrada había una gran súplica: que la respetaran. Más que eso. Como si hubiese prestado voto, estaba obligada a ser venerada y, mientras por dentro el corazón golpeaba con miedo, también ella se veneraba, ella era la depositaría de un ritmo. Si la miraban se quedaba rígida y dolorosa. Lo que la salvaba era que los hombres no la veían. Aunque alguna cosa en ella, a medida que dieciséis años se aproximaban en humo y calor, alguna cosa estuviera intensamente sorprendida, y eso sorprendiera a algunos hombres. Como si alguien les hubiese tocado el hombro. Una sombra tal vez. En el suelo la enorme sombra de una muchacha sin hombre, elemento cristalizable e incierto que formaba parte de la monótona geometría de las grandes ceremonias públicas. Como si les hubieran tocado el hombro. Ellos miraban y no la veían. Ella hacía más sombra que lo que existía.

En el autobús los obreros se comportaban silenciosamente con la tartera en la mano, el sueño todavía en el rostro. Ella sentía vergüenza de no confiar en ellos, que estaban cansados. Pero hasta que conseguía olvidarlos existía la incomodidad. Es que ellos «sabían». Y como también ella sabía, de ahí la incomodidad. Todos sabían lo mismo. También su padre sabía. Un viejo pidiendo limosna sabía. La riqueza distribuida, y el silencio.

Después, con paso de soldado, cruzaba —incólume— el Largo de Lapa, donde ya era de día. En ese momento, la batalla estaba casi ganada. Escogía en el tranvía un asiento, vacío si era posible, o, si tenía suerte, se sentaba al lado de alguna segura mujer con un atado de ropa sobre su regazo, por ejemplo, y era la primera tregua. Todavía tendría que enfrentar en la escuela el ancho corredor donde los compañeros estarían de pie conversando, y donde los tacones de sus zapatos hacían un ruido que las piernas tensas no podían contener, como si ella quisiera inútilmente hacer que se detuviera un corazón, eran zapatos con baile propio. Se hacía un vago silencio entre los muchachos que quizá sintieran, bajo su disfraz, que ella era una de las devotas. Pasaba entre las filas de los compañeros creciendo, y ellos no sabían qué pensar ni cómo comentarla. Era feo el ruido de sus zapatos. Con tacones de madera rompía su propio secreto. Si el corredor se hubiese extendido un poco más, ella olvidaría su destino y correría tapándose los

oídos con las manos. Solamente usaba zapatos duraderos. Como si todavía fueran los mismos que le habían calzado con solemnidad el día que naciera. Cruzaba el corredor interminable como el silencio de una trinchera, y había algo tan feroz en su rostro —y también soberbio a causa de su sombra— que nadie le decía nada. Prohibitiva, ella les impedía pensar.

Hasta que llegaba finalmente al aula. Donde repentinamente todo se tornaba sin importancia y más rápido y leve, donde su rostro tenía algunas pecas, los cabellos caían sobre los ojos, y donde ella era tratada como un muchacho. Donde era inteligente. La astuta profesión. Parecía haber estudiado en casa. Su curiosidad le informaba algo más que de respuestas. Adivinaba, sintiendo en la boca el gusto cítrico de los dolores heroicos, adivinaba la repulsión fascinante que su cabeza pensante creaba en los compañeros, que, de nuevo, no sabían cómo comentarla. Cada vez más la gran simuladora se tornaba inteligente. Había aprendido a pensar. El sacrificio necesario: así «nadie tendría coraje».

A veces, mientras el profesor hablaba, ella, intensa, nebulosa, dibujaba trazos simétricos en el cuaderno. Si un trazo, que tenía que ser fuerte y delicado al mismo tiempo, salía fuera del círculo imaginario en que debería caber, todo se desmoronaría: ella se encontraba ausente, guiada por la avidez de lo ideal. A veces, en lugar de trazos, dibujaba estrellas, estrellas, tantas y tan altas que de ese trabajo anunciador salía exhausta, levantando una cabeza apenas despierta.

El regreso a casa estaba tan lleno de hambre que la impaciencia y el odio roían su corazón. A la vuelta parecía otra ciudad: en el Largo de Lapa cientos de personas reverberadas por el hambre parecían haber olvidado, y si se les recordara, mostrarían los dientes. El sol delineaba a cada hombre con carbón negro. A esa hora en que el cuidado tenía que ser mayor, ella estaba protegida por esa especie de fealdad que el hambre acentuaba, sus rasgos oscurecidos por la adrenalina que oscurecía la carne de los animales de caza. En la casa vacía, toda la familia en el trabajo, gritaba a la sirvienta que ni siquiera le respondía. Comía como un centauro. El rostro cerca del plato, los cabellos casi en la comida.

—Flaquita, pero hay que ver cómo devora —decía la empleada con picardía.

—Vete al diablo —le gritaba, sombría.

En la casa vacía, sola con la sirvienta, ya no caminaba como un soldado, ya no precisaba cuidarse. Pero sentía la falta de la batalla en las calles. Melancolía de la libertad, con el horizonte todavía lejos. Se había entregado al horizonte. Pero estaba la nostalgia del presente. El aprendizaje de la paciencia, el juramento de la espera. De lo que tal vez jamás supiera librarse. La tarde transformándose

en interminable y, hasta que todos regresaran para la comida y ella pudiera volver a transformarse con alivio en una hija, era el calor, el libro abierto y después cerrado, una intuición, el calor: se sentaba con la cabeza entre las manos, desesperada. Cuando tenía diez años, recordó, un chico que la quería le había arrojado un ratón muerto. ¡Porquería!, había gritado pálida por la ofensa. Fue una experiencia. Jamás se lo había contado a nadie. Con la cabeza entre las manos, sentada. Decía quince veces: soy fuerte, soy fuerte, soy fuerte, después advertía que apenas había prestado atención al conteo. Preocupada con la cantidad, dijo una vez más: soy fuerte, dieciséis. Y ya no estaba más a merced de nadie. Desesperada porque, fuerte, libre, ya no estaba más a merced de nadie. Había perdido la fe. Fue a conversar con la sirvienta, antigua sacerdotisa. Ellas se reconocían. Las dos descalzas, de pie en la cocina, la estufa envuelta en la humareda. Había perdido la fe, pero, a orillas de la gracia, buscaba en la sirvienta apenas lo que ella perdiera, no lo que ganara. Entonces se hacía la distraída y, conversando, evitaba la conversación. «Ella imagina que a mi edad debo saber más de lo que sé y es capaz de enseñarme algo», pensó, la cabeza entre las manos, defendiendo la ignorancia como si se tratara de un cuerpo. Le faltaban los elementos, pero no los quería de quien ya los había olvidado. La gran espera formaba parte. Dentro de la inmensidad, maquinando.

Todo eso, sí. Luego, cansada, la exasperación. Pero en la madrugada siguiente, así como se abre un avestruz grande, ella despertaba. Despertó en el mismo misterio intacto, abriendo los ojos, ella era la princesa del misterio intacto.

Como si la fábrica ya hubiera hecho sonar la sirena, se vistió corriendo, bebió el café de un trago. Abrió la puerta de la casa.

Y entonces ya no se apresuró más. Fue a la gran inmolación de las calles. Atontada, atenta, mujer de apache. Parte del rudo ritmo de un ritual.

Era una mañana aún más fría y oscura que las otras, ella se estremeció dentro del suéter. La blanca nebulosidad dejaba invisible el final de la calle. Todo estaba algodonado, ni siquiera se escuchaba el ruido de un autobús que pasase por la avenida. Fue caminando hacia lo imprevisible de la calle. Las casas dormían en las puertas cerradas. Los jardines estaban endurecidos de frío. En el aire oscuro, más que en el cielo, en medio de la calle una estrella. Una gran estrella de hielo que todavía no había vuelto, incierta en el aire, húmeda, deforme. Sorprendida con su retraso, se redondeaba en la vacilación. Ella miró la estrella próxima. Caminaba solita en la ciudad bombardeada.

No, ella no estaba sola. Con los ojos fruncidos por la incredulidad, en la lejanía de su calle, desde dentro del vapor, vio a dos hombres. Dos muchachos viniendo. Miró en torno como si pudiese haberse equivocado de calle o de ciudad. Sólo había equivocado los minutos: había salido de casa antes de que la estrella y los dos hombres hubiesen tenido tiempo de desaparecer. Su corazón se asustó.

El primer impulso, frente al error, fue rehacer para atrás los pasos dados y entrar en su casa hasta que ellos pasaran: «¡Ellos van a mirarme, lo sé, no hay nadie más a quien ellos puedan mirar y ellos me van a mirar mucho!». Pero cómo volver y huir si había nacido la dificultad. Si toda su lenta preparación tenía el destino ignorado al que ella, por culto, tenía que adherirse. ¿Cómo retroceder, y después nunca más olvidar la vergüenza de haber esperado miserablemente detrás de una puerta?

Y quizás hasta no habría peligro. Ellos no tendrían el valor de decirle nada porque ella pasaría con el andar duro, la boca cerrada, en su ritmo español.

Con las piernas heroicas, continuó la marcha. Cada vez que se aproximaba, ellos también se aproximaban —entonces todos se aproximaban, la calle quedó cada vez un poco más corta—. Los zapatos de los dos muchachos mezclaban su ruido con el de sus propios zapatos, era horrible escuchar. Era insistente escuchar. Los zapatos eran huecos o la acera era hueca. La piedra del suelo avisaba. Todo era un eco y ella escuchaba, sin poder impedirlo, el silencio del cerco comunicándose por las calles del barrio, y veía, sin poder impedirlo, que las puertas habían permanecido muy cerradas. Hasta la estrella se retiraba ahora. En la nueva palidez de la oscuridad, la calle quedaba entregada a los tres. Ella caminaba, escuchaba a los hombres, ya que no podía verlos y ya que necesitaba saberlos. Ella los oía y se sorprendía con el propio coraje de continuar. Pero no era coraje. Era un don. Y la gran vocación para un destino. Ella avanzaba, sufriendo al obedecer. Si consiguiera pensar en otra cosa no oiría los zapatos. Ni lo que ellos pudieran decir. Ni el silencio con que cruzarían.

Con brusca rigidez los miró. Cuando menos lo esperaba, traicionando el voto de secreto, rápidamente los miró. ¿Ellos sonreían? No, estaban serios.

No debería haberlos visto. Porque, viéndolos, por un instante ella arriesgaba tornarse individual, y ellos también. Era de lo que parecía haber sido avisada: mientras ejecutase un mundo clásico, mientras fuera impersonal, sería hija de los dioses, y asistida por lo que tiene que ser hecho. Pero, habiendo visto lo que los ojos, al ver, disminuyen, se había arriesgado a ser ella misma, lo que la tradición

no amparaba. Por un instante vaciló, perdido el rumbo. Pero era demasiado tarde para retroceder. Sólo no sería muy tarde si corriera. Pero correr sería como errar todos los pasos, y perder el ritmo que todavía la sostenía, el ritmo que era su único talismán, el que le fuera entregado a la parte del mundo donde se habían apagado todos los recuerdos, y como incomprensible reminiscencia había quedado el ciego talismán, ritmo que era de su destino copiar, ejecutándolo, para la consumación del mundo. No la suya. Si ella corriera, el orden se alteraría. Y nunca le sería perdonado lo peor: la prisa. Aun cuando se huye, corren detrás de uno, son cosas que se saben.

Rígida, catequista, sin alterar por un segundo la lentitud con que avanzaba, ella avanzaba. ¡Ellos van a mirarme, lo sé! Pero intentaba, por instinto de una vida interior, no transmitirles susto. Adivinaba lo que el miedo desencadena. Iba a ser rápido, sin dolor. Sólo por una fracción de segundo se cruzarían, rápido, instantáneo, por causa de la ventaja a su favor al estar ella en movimiento y venir ellos en movimiento contrario, lo que haría que el instante se redujera a lo esencialmente necesario —a la caída del primero de los siete misterios que eran tan secretos que de ellos apenas quedara una sabiduría: el número siete—. Haced que ellos no digan nada, haced que ellos sólo piensen, que pensar yo los dejo. Iba a ser rápido, y un segundo después de la trasposición ella diría maravillada, caminando por otras y otras calles: casi no dolió. Pero lo que siguió no tuvo explicación.

Lo que siguió fueron cuatro manos difíciles, fueron cuatro manos que no sabían lo que querían, cuatro manos equivocadas de quien no tenía la vocación, cuatro manos que la tocaron tan inesperadamente que ella hizo la cosa más acertada que podría haber hecho en el mundo de los movimientos: quedó paralizada. Ellos, cuyo papel predeterminado era solamente el de pasar junto a la oscuridad de su miedo, y entonces el primero de los siete misterios caería; ellos, que tan sólo representarían el horizonte de un solo paso aproximado, ellos no comprendieron la función que tenían y, con la individualidad de los que tenían miedo, habían atacado. Fue menos de una fracción de segundo en la calle tranquila. En una fracción de segundo la tocaron como si a ellos les correspondieran todos los siete misterios. Que ella conservó, todos, y se tornó más larva, y siete años más de atraso.

Ella no volvió los ojos porque su cara quedó vuelta serenamente hacia la nada. Pero por la prisa con que la ofendieron supo que ellos tenían más miedo que ella. Tan asustados estaban que ya no se hallaban más allí. Corrían. «Tenían

miedo de que ella gritara y las puertas de las casas se abrieran una por una», razonó, ellos no sabían que no se grita.

Se quedó de pie, escuchando con tranquila dulzura los zapatos de ellos en fuga. La acera era hueca o los zapatos eran huecos o ella misma era hueca. En el hueco de los zapatos de ellos oía atenta el miedo de los dos. El sonido golpeaba nítido sobre las baldosas como si golpearan a la puerta sin parar y ella esperase que desistieran. Tan nítida en la desnudez de la piedra que el zapateado no parecía distanciarse: estaba allí a sus pies, como un zapateado victorioso. De pie, ella no tenía por dónde sostenerse sino por los oídos.

La sonoridad no la desalentaba, el alejamiento le era transmitido por una celeridad cada vez más precisa de los tacones. Los tacones no sonaban más sobre la piedra, sonaban en el aire como castañuelas cada vez más delicadas. Después advirtió que hacía mucho que no escuchaba ningún sonido.

Y, traído de nuevo por la brisa, el silencio era una calle vacía.

Hasta ese momento se había mantenido quieta, de pie en medio de la acera. Entonces, como si hubiese varias etapas de la misma inmovilidad, quedó detenida. Poco después suspiró. Y en nueva etapa se quedó parada. Después movió la cabeza, y entonces quedó más profundamente parada.

Después retrocedió lentamente hasta un muro, jorobada, bien lentamente, como si tuviese un brazo fracturado, hasta que se recostó toda en el muro, donde quedó apoyada. Y entonces se mantuvo parada. No moverse es lo que importa, pensó de lejos, no moverse. Después de un tiempo probablemente se habría dicho así: ahora mueve un poco las piernas. Después de lo cual, suspiró y se quedó quieta, mirando. Aún estaba oscuro.

Después amaneció.

Lentamente reunió los libros desparramados por el suelo. Más adelante estaba el cuaderno abierto. Cuando se inclinó para recogerlo, vio la letra menuda y destacada que hasta esa mañana era suya.

Entonces salió. Sin saber con qué había llenado el tiempo, sino con pasos y pasos, llegó a la escuela con más de dos horas de retraso. Como no había pensado en nada, no sabía que el tiempo había transcurrido. Por la presencia del profesor de latín comprobó con una delicada sorpresa que en la clase ya habían comenzado la tercera hora.

—¿Qué te ha pasado? —murmuró la chica del pupitre vecino.

—¿Por qué?

—Estás pálida. ¿Te pasa algo?

—No —y lo dijo tan claramente que muchos compañeros la miraron. Se levantó y dijo en voz bien alta:

—Con permiso.

Fue hasta el baño. Y allí, ante el gran silencio de los azulejos gritó, aguda, supersónica: ¡Estoy sola en el mundo! ¡Nadie me va a ayudar nunca, nadie me va a amar nunca! ¡Estoy sola en el mundo!

Allí estaba, perdiendo también la tercera clase, en la ancha banca del baño, frente a varios lavabos. «No importa, después copio los apuntes, pido prestados los cuadernos para copiarlos en casa, ¡estoy sola en el mundo!», se interrumpió golpeando varias veces el banco con el puño cerrado. El ruido de los cuatro zapatos comenzó de pronto como una lluvia menuda y fina. Ruido ciego, no reflejaba nada en los azulejos brillantes. Sólo la nitidez de cada zapato que no se enmarañó ninguna vez con otro zapato. Como nueces que caían. Sólo era esperar que dejaran de golpear la puerta. Entonces se detuvieron.

Cuando fue a mojarse el pelo frente al espejo, ¡estaba tan fea!

Era tan poco lo que ella poseía, y ellos lo habían tocado.

Ella era tan fea y preciosa.

Estaba pálida, los trazos afinados. Las manos humedecían los cabellos, sucias de tinta todavía del día anterior. «Debo cuidar más de mí», pensó. No sabía cómo. Y en verdad, cada vez sabía menos cómo. La expresión de la nariz era la de un hocico señalando la cerca.

Volvió a la banca y se quedó quieta, con su hocico. «Una persona no es nada». «No», retrucó en débil protesta, «no digas eso», pensó con bondad y melancolía. «Una persona siempre es algo», dijo por gentileza.

Pero durante la cena la vida tomó un sentido inmediato e histórico.

—¡Necesito zapatos nuevos! ¡Los míos hacen mucho ruido, una mujer no puede caminar con tacones de madera, llama mucho la atención! ¡Nadie me da nada! ¡Nadie me da nada! —Y estaba tan frenética y agónica que nadie tuvo valor para decirle que no los tendría. Solamente dijeron:

—Tú aún no eres una mujer y los tacones son siempre de madera.

Hasta que, así como una persona engorda, ella dejó de ser mujer, sin saber por qué proceso. Existe una oscura ley que hace que se proteja al huevo hasta que nace el pollo, pájaro de fuego.

Y ella obtuvo sus zapatos nuevos.

Comienzos de una fortuna

Era una de aquellas mañanas que parecen suspendidas en el aire. Y qué otra cosa se asemejaba a la idea que nos hacemos del tiempo.

El balcón estaba abierto pero el fresco se había congelado allá afuera y no entraba en el jardín, como si cualquier transbordo fuese una quiebra de la armonía. Sólo algunas moscas brillantes habían penetrado en el comedor y sobrevolaban la azucarera. A esa hora, Tijuca no había despertado del todo. «Si yo tuviera dinero…», pensaba Arturo, y un deseo de atesorar, de poseer con tranquilidad, daba a su rostro un aire desprendido y contemplativo.

—No soy un jugador.

—Déjate de tonterías —respondió la madre—. No empieces otra vez con historias de dinero.

En realidad él no tenía deseos de iniciar ninguna conversación apremiante que terminase en soluciones. Un poco de la mortificación de la cena de la víspera del día de paga, con el padre mezclando autoridad y comprensión, y la madre mezclando comprensión y principios básicos, un poco de la mortificación de la víspera pedía, sin embargo, continuación. Sólo que era inútil buscar en sí la urgencia de ayer. Cada noche el sueño parecía responder a todas sus necesidades. Y por la mañana, al contrario de los adultos que despiertan oscuros y barbudos, él despertaba cada vez más imberbe. Despeinado, pero con un desorden diferente del de su padre, a quien parecía haberle sucedido cosas durante la noche. También su madre salía del dormitorio un poco deshecha y todavía soñadora, como si la amargura del sueño le hubiese dado satisfacción. Hasta tomar el desayuno, todos estaban irritados o pensativos, inclusive la empleada. Ése no era el momento de pedir cosas. Pero para él era una necesidad pacífica de establecer dominios de mañana: cada vez que despertaba era como si necesitase recuperar los días anteriores.

—No soy un jugador ni un gastador.

—¡Arturo —dijo la madre, irritadísima—, ya me basta con mis preocupaciones!

—¿Qué preocupaciones? —preguntó él, interesado.

La madre lo miró, seca, como a un extraño. Sin embargo, él era mucho más pariente de ella que su propio padre, quien, por así decir, se había incorporado a la familia. Apretó los labios.

—Todo el mundo tiene preocupaciones, hijo mío —corrigió ella entrando en una nueva modalidad de relaciones, entre maternal y educadora.

Y de ahí en adelante su madre había asumido el día. Se había disipado la especie de individualidad con que se despertaba y Arturo ya podía contar con ella. Desde siempre, o lo aceptaban o lo reducían a ser él mismo. De pequeño, jugaban con él, lo levantaban en el aire, lo llenaban de besos, y, de repente, pasaban a ser «individuales», lo dejaban, le decían gentilmente pero ya intangibles «Ahora se acabó», y él quedaba todo vibrante de caricias, con tantas carcajadas aún para dar. Se ponía caprichoso, empujaba a unos y otros con el pie, lleno de cólera que, sin embargo, en el mismo instante se transformaría en delicia, apenas ellos quisieran.

—Come, Arturo —concluyó la madre y de nuevo él ya podía contar con ella. Así, inmediatamente se volvió más pequeño y más malcriado:

—Yo también tengo mis preocupaciones pero nadie repara en ellas. ¡Cuando digo que necesito dinero parece como si lo estuviera pidiendo para jugar o para beber!

—¿Desde cuándo el señor admite que podría ser para jugar o para beber? —dijo el padre entrando en la sala y encaminándose a la cabecera de la mesa—. ¡Vaya con ésa! ¡Qué pretensión!

Él no había contado con la llegada del padre. Desorientado, pero acostumbrado, comenzó:

—¡Pero, papá! —Su voz desafinó en una rebelión que no llegaba a ser indignada. Como contrapeso la madre ya estaba dominada, revolviendo tranquilamente el café con leche, indiferente a la conversación que parecía no pasar de algunas moscas más. Las alejaba de la azucarera con mano blanda.

—Vete ya, que es tu hora —cortó el padre. Arturo se volvió hacia su madre. Pero ésta estaba poniéndole mantequilla al pan, absorta y placentera. De nuevo había huido. A todo diría que sí, sin concederle ninguna importancia.

Cerrando la puerta, él tenía nuevamente la impresión de que a cada momento entregaba su vida. Por eso la calle parecía que lo recibiera. «Cuando yo tenga mi

mujer y mis hijos tocaré el timbre de aquí, haré visitas, y todo será diferente», pensó.

La vida fuera de casa era totalmente otra. Además de la diferencia de luz —como si solamente saliendo él viese qué tiempo hacía realmente y qué disposiciones habían tomado las circunstancias durante la noche—, además de la diferencia de luz, estaba la diferencia del modo de ser. Cuando era pequeño, la madre decía: «Fuera de casa él es una dulzura; en casa, un demonio». Aun ahora, cruzando el pequeño portón, él se había vuelto visiblemente más joven y al mismo tiempo menos niño, más sensible y sobre todo sin saber de qué hablar. Pero con un dócil interés. No era una persona que buscase conversación, pero si alguien le preguntaba como ahora: «Niño, ¿en qué parte está la iglesia?», él se animaba suavemente, inclinaba el largo cuello, pues todos eran más bajos que él; y daba la información pedida, atraído, como si en eso hubiese un intercambio de cordialidades y un campo abierto a la curiosidad. Quedó atento mirando a la señora doblar la esquina camino a la iglesia, pacientemente responsable de su itinerario.

—El dinero está hecho para gastar y ya sabes en qué —dudó intensamente Carlitos.

—Lo quiero para comprar cosas —respondió un poco vagamente.

—¿Una bicicleta? —rió Carlitos, ofensivo, animoso en la intriga.

Arturo rió con desagrado, sin placer.

Sentado en el banco, esperó que el profesor se irguiese. La carraspera de éste, prologando el comienzo de la clase, fue la señal habitual para que los alumnos se sentaran más atrás, abrieran los ojos con atención y no pensaran en nada. «En nada», fue la perturbada respuesta de Arturo al profesor que lo interpelaba irritado. «En nada» era vagamente en conversaciones anteriores, en decisiones poco definitivas sobre una ida al cine, en dinero. Él necesitaba dinero. Pero durante la clase, obligado a estar inmóvil y sin ninguna responsabilidad, cualquier deseo tenía como base el reposo.

—¿Entonces no te diste cuenta enseguida de que Gloria quería que la invitaran al cine? —dijo Carlitos, y ambos miraron con curiosidad a la chica que allí estaba, sujetando su portafolio. Pensativo, Arturo continuó caminando al lado del amigo, mirando las piedras del suelo.

—Si no tienes dinero para dos entradas, yo te presto, y me pagas después.

Por lo visto, desde el momento en que tuviera dinero estaría obligado a emplearlo en mil cosas.

—Pero después tengo que devolverte ese dinero, y ya le debo al hermano de Antonio —respondió evasivo.

—¿Y entonces?, ¿qué tiene eso de malo? —explicó el otro, práctico y vehemente.

«Y entonces», pensó con una pequeña dosis de cólera, «y entonces, por lo visto, enseguida que alguien tiene dinero aparecen los otros queriendo utilizarlo, explicando cómo hay que hacer para perder dinero».

—Por lo visto —dijo desviando la rabia del amigo—, por lo visto basta que uno tenga unos cruceritos para que de inmediato una mujer los huela y caiga encima.

Los dos rieron. Después de eso él estuvo más alegre, más confiado. Sobre todo menos oprimido por las circunstancias.

Pero después ya fue mediodía y cualquier deseo se tornaba más árido y más duro de soportar. Durante todo el almuerzo él pensó con desagrado en contraer o no deudas, y se sentía un hombre aniquilado.

—¡O él estudia demasiado o no come bastante por la mañana! —dijo la madre —. El hecho es que despierta bien dispuesto, pero luego aparece para el almuerzo con esa cara pálida. Enseguida se le endurecen las facciones, y es la primera señal.

—No es nada, es el desgaste natural del día —dijo el padre con buen humor. Mirándose en el espejo del corredor antes de salir, vio que realmente era la cara de uno de esos muchachos que trabajan, cansados y jóvenes. Sonrió sin mover los labios, satisfecho en el fondo de los ojos. Pero en la puerta del cine no pudo dejar de pedirle prestado el dinero a Carlitos, porque allá estaba Gloria con una amiga.

—¿Ustedes prefieren sentarse adelante o en medio? —preguntaba Gloria.

—Por lo visto, el cine se fue al traste —dijo al pasar Carlitos. Enseguida se arrepintió de haber hablado, pues el compañero ni lo había escuchado, ocupado con la muchacha. No era necesario disminuirse a los ojos del otro, para quien una sesión de cine sólo servía para ganar a una chica.

En realidad el cine sólo se había ido al traste al comienzo. De inmediato él relajó el cuerpo, se olvidó de la otra presencia, a su lado, y se puso a ver la película. Solamente a la mitad de la función tuvo conciencia de la presencia de Gloria y sobresaltado la miró con disimulo. Con un poco de sorpresa comprobó que ella no era precisamente la explotadora que él supusiera: allá estaba Gloria inclinada hacia delante, la boca abierta por la atención. Aliviado, se recostó otra vez en la butaca.

Más tarde, sin embargo, se interrogó sobre si había sido explotado o no. Y su angustia fue tan inmensa que él se detuvo ante una vitrina, con terror en la cara. El corazón le golpeaba como un puño. Además del rostro espantado, suelto en el vidrio de la vitrina, había cacerolas y utensilios de cocina que miró con cierta familiaridad. «Por lo visto, fui», concluyó sin conseguir sobreponer su cólera al perfil sin culpa de Gloria. Poco a poco, la propia inocencia de la muchacha se tomó su culpa mayor: «¿Entonces ella me explotaba, me explotaba, y después quedaba satisfecha viendo la película?». Y sus ojos se llenaron de lágrimas. «Ingrata», pensó eligiendo mal una palabra de acusación. Como la palabra era un símbolo de queja más que de rabia, él se confundió un poco y su rabia se calmó. Ahora le parecía, de fuera para dentro y sin ningún deseo, que ella debería haber pagado de aquella manera la entrada al cine.

Pero frente a los libros y cuadernos cerrados, su rostro se fue serenando.

Dejó de escuchar las puertas que se golpeaban, el piano de la vecina, la voz de la madre en el teléfono. Había un gran silencio en su habitación, como en un cofre. Y el final de la tarde parecía una mañana. Estaba lejos, lejos, como un gigante que pudiese estar afuera manteniendo en el aposento apenas los dedos absortos que daban vueltas y vueltas a un lápiz. Había momentos en que respiraba pesadamente como un viejo. La mayor parte del tiempo, sin embargo, su rostro apenas tocaba el aire de la habitación.

—¡Ya he estudiado! —gritó a la madre que lo interrogaba sobre el ruido del agua. Lavándose cuidadosamente los pies en la tina, él pensó que la amiga de Gloria era mejor que Gloria. Ni siquiera había intentado reparar en si Carlitos se había «aprovechado» o no de la otra. A esa idea salió apresuradamente de la tina y se detuvo frente al espejo del lavabo. Hasta que el azulejo enfrió sus pies mojados.

¡No!, no quería explicarse con Carlitos y nadie le iba a decir cómo debería usar el dinero que iba a tener, y Carlitos era dueño de pensar que sería en bicicletas, y si así fuera, ¿qué había con eso?, ¿y si nunca, pero nunca, quisiera gastar su dinero?, ¿y si cada vez se hiciera más rico?… ¿qué hay con eso, tienes ganas de pelear?, piensas que…

—… puede ser que estés muy ocupado con tus pensamientos —lo interrumpió la madre—, pero por lo menos cena y de vez en cuando di una palabra.

Entonces él, en súbito retorno a la casa paterna:

—Dices que en la mesa no se habla, y ahora quieres que hable, dices que no se habla con la boca llena, y ahora…

—Mira cómo hablas con tu madre —dijo el padre severamente.

—Papá —dijo Arturo dócilmente, con las cejas fruncidas—, papá, ¿qué es eso de las notas de crédito?

—Por lo visto, el colegio no sirve para nada —dijo el padre, con placer.

—Come más papas, Arturo —la madre intentó inútilmente arrastrar a los dos hombres hacia sí.

—Bueno —dijo el padre alejando el plato—, es esto: digamos que tú tienes una deuda.

Misterio en São Cristovão

Una noche de mayo —los jacintos rígidos cerca de la ventana— el comedor de una casa estaba iluminado y tranquilo.

Alrededor de la mesa, por un instante inmovilizados, se encontraban el padre, la madre, la abuela, tres niños y una jovencita delgada de diecinueve años. El rocío perfumado de São Cristóvão no era peligroso, pero la manera en que las personas se agrupaban en el interior de la casa tornaba arriesgado lo que no fuese el seno de una familia en una noche fresca de mayo. No había nada de especial en la reunión: se acababa de cenar y se conversaba alrededor de la mesa, los mosquitos en torno a la luz. Lo que hacía particularmente opulenta la cena, y tan abierto el rostro de cada persona, es que después de muchos años finalmente casi se palpaba el progreso en esa familia: pues en una noche de mayo, después de la cena, he aquí que los niños han ido diariamente a la escuela, el padre mantiene los negocios, la madre trabajó durante años en los partos y en la casa, la jovencita se está equilibrando en la delicadeza de su edad, y la abuela alcanzó un modo de estar. Sin darse cuenta, la familia miraba feliz la sala, vigilando el singular momento de mayo y su abundancia.

Después cada uno fue a su habitación. La anciana se tendió en la cama gimiendo con benevolencia. El padre y la madre, cerradas todas las puertas, se acostaron pensativos y se durmieron. Los tres niños, escogiendo las posiciones más difíciles, se durmieron en tres camas como en tres trapecios. La jovencita, con su camisón de algodón, abrió la puerta del cuarto y respiró todo el jardín con insatisfacción y felicidad. Perturbada por la humedad olorosa, se acostó prometiéndose para el día siguiente una actitud enteramente nueva que estremeciera los jacintos e hiciera que las frutas se conmovieran en las ramas, y en medio de sus meditaciones se durmió.

Pasaron las horas. Y cuando el silencio parpadeaba en las luciérnagas —los niños suspendidos en el sueño, la abuela rumiando un sueño difícil, los padres

cansados, la jovencita adormecida en mitad de su meditación—, se abrió la casa de una esquina y de allí salieron tres enmascarados.

Uno era alto y tenía la cabeza de un gallo. Otro era gordo y estaba vestido de toro. Y el tercero, más joven, por falta de imaginación, se había disfrazado de caballero antiguo poniéndose una máscara de demonio, a través de la cual aparecían sus ojos cándidos. Los tres enmascarados cruzaron la calle en silencio.

Cuando pasaron por la casa oscura de la familia, el que era un gallo y era dueño de casi todas las ideas del grupo se detuvo y dijo:

—Miren eso.

Los compañeros, que se habían vuelto pacientes por la tortura de la máscara, miraron y vieron una casa y un jardín. Sintiéndose elegantes y miserables, esperaron resignados que el otro completara su pensamiento. Finalmente el gallo agregó:

—Podemos recoger jacintos.

Los otros dos no respondieron. Aprovecharon la parada para examinarse desolados y buscar un medio de respirar mejor dentro de la máscara.

—Un jacinto para que cada uno lo prenda a su disfraz —concluyó el gallo.

El toro se agitó inquieto ante la idea de un adorno más para tener que protegerlo en la fiesta. Pero, pasado un instante en que los tres parecían pensar profundamente para decidir, sin que en verdad pensaran en nada, el gallo se adelantó, subió ágilmente por la reja y pisó la tierra prohibida del jardín. El toro lo siguió con dificultad. El tercero, a pesar de vacilar, de un salto se encontró en el propio centro de los jacintos, con un golpe débil que hizo que los tres aguardasen asustados: sin respirar, el gallo, el toro y el caballero del diablo escrutaron en la oscuridad. Pero la casa continuaba entre tinieblas y sapos. Y, en el jardín sofocado de perfume, los jacintos se estremecían inmunes.

Entonces el gallo avanzó. Podría agarrar el jacinto que estaba más próximo. Los mayores, no obstante, que se erguían cerca de una ventana —altos, duros, frágiles—, titilaban llamándolo. El gallo se dirigió hacia éstos de puntillas, y el toro y el caballero lo acompañaron. El silencio los vigilaba.

Apenas había quebrado el tallo del jacinto mayor, el gallo se interrumpió, helado. Los otros dos se detuvieron con un suspiro que los sumergió en el ensueño.

Detrás del vidrio oscuro de la ventana había un rostro blanco, mirándolos.

El gallo se inmovilizó en el gesto de quebrar el jacinto. El toro quedó con las manos todavía levantadas. El caballero, exangüe bajo la máscara, había

rejuvenecido hasta encontrar la infancia y su horror. El rostro detrás de la ventana, miraba. Ninguno de los cuatro sabría quién era el castigo del otro. Los jacintos cada vez más blancos en la oscuridad. Paralizados, ellos se miraban.

La simple aproximación de cuatro máscaras en una noche de mayo parecía haber repercutido en huecos recintos, y otros más, y otros más que, sin un instante en el jardín quedarían para siempre en ese perfume que hay en el aire y en la permanencia de cuatro naturalezas que el azar había indicado, señalando lugar y hora: el mismo azar preciso de una estrella candente. Los cuatro, venidos de la realidad, habían caído en las posibilidades que hay en una noche de mayo en São Cristóvão. Cada planta húmeda, cada cascote, los sapos roncos aprovechaban la silenciosa confusión para situarse en mejor lugar…, todo en la oscuridad era muda aproximación. Caídos en la celada, ellos se miraban aterrorizados: había sido saltada la naturaleza de las cosas y las cuatro figuras se miraban con alas abiertas. Un gallo, un toro, el demonio y un rostro de muchacha habían desatado la magia del jardín… Fue cuando la gran luna de mayo apareció.

Era un toque peligroso para las cuatro imágenes. Tan arriesgado que, sin un sonido, cuatro mudas visiones retrocedieron sin desviar la vista, temiendo que en el momento en que no aprisionaran por la mirada nuevos territorios distantes fuesen heridos, y que, después de la silenciosa caída, quedaran los jacintos dueños del tesoro del jardín. Ningún espectro vio desaparecer a otro porque todos se retiraron al mismo tiempo, lentamente, de puntillas. Y apenas se había roto el círculo mágico de los cuatro, libres de la mutua vigilancia, la constelación se deshizo con horror: tres sombras saltaron como gatos las rejas del jardín, y otra, temblorosa y agrandada, se alejó de espaldas hasta el marco de una puerta, de donde con un grito se echó a correr.

Los tres caballeros enmascarados, que por funesta idea del gallo pretendían constituirse en una sorpresa en un baile alejado del carnaval, fueron un éxito en medio de la fiesta ya comenzada. La música se interrumpió y los bailarines todavía enlazados, en medio de las risas, vieron a tres máscaras ansiosas pararse a la puerta como indigentes. Por fin, después de varios intentos, los invitados tuvieron que abandonar el deseo de convertirlos en reyes de la fiesta porque, asustados, los tres no se separaban: un alto, un gordo y un joven, un gordo, un joven y un alto, desequilibrio y unión, los rostros sin palabras debajo de tres máscaras que vacilaban, independientes.

Mientras tanto, la casa de los jacintos se había iluminado toda. La jovencita estaba sentada en la sala. La abuela, con los cabellos blancos trenzados, sujetaba

un vaso de agua, la madre alisaba los cabellos oscuros de la hija, mientras el padre recorría la casa. La jovencita no sabía explicar nada: parecía haberlo dicho todo con su grito. Su rostro se había empequeñecido, claro: toda la construcción laboriosa de su edad se había deshecho, ella era nuevamente una niña. Pero en la imagen rejuvenecida de más de una época, para horror de la familia, había aparecido un hilo blanco entre los cabellos de la frente. Como persistiera en mirar en dirección a la ventana, la dejaron reposar sentada y, con candelabros en la mano, estremeciéndose de frío bajo el camisón, salieron de expedición por el jardín.

En breve las velas derramaban su luz bailando en la oscuridad. Trepadoras aclaradas se encogían, los sapos saltaban iluminados entre los pies, los frutos se desmoronaban por un instante entre las hojas. El jardín, despertando de su sueño, por momentos se engrandecía, por momentos se extinguía; las mariposas volaban sonámbulas. Finalmente la anciana, buena conocedora de los canteros, señaló la única marca visible en el jardín que se rehuía: el jacinto aún vivo, roto por el tallo… Entonces era verdad: algo había sucedido. Volvieron, iluminaron toda la casa y pasaron el resto de la noche esperando.

Solamente los tres niños aún dormían profundamente.

La jovencita poco a poco fue recuperando su edad. Solamente ella vivía sin escrutarlo todo. Pero los otros, que nada habían visto, se volvieron atentos e inquietos. Y como el progreso en aquella familia era frágil producto de muchos cuidados y de algunas mentiras, todo se deshizo y tuvo que rehacerse casi desde el comienzo: la abuela nuevamente pronta a ofenderse, el padre y la madre fatigados, los niños insoportables, toda la casa pareciendo esperar que una vez más la brisa de la opulencia soplase después de una cena. Lo que quizá sucedería en otra noche de mayo.

El crimen del profesor de matemáticas

Cuando el hombre alcanzó la colina más alta, las campanas tocaban en la ciudad, abajo. Apenas se veían los techos irregulares de las casas. Cerca de él estaba el único árbol de la llanura. El hombre estaba de pie con un costal pesado en la mano.

Miró hacia abajo con ojos miopes. Los católicos entraban lenta y delicadamente en la iglesia, y él trataba de escuchar las voces dispersas de los niños derramándose en la plaza. Pero a pesar de la limpidez de la mañana, los sonidos apenas si alcanzaban la llanura. También veía el río que de arriba parecía inmóvil, y pensó: es domingo. Vio a lo lejos la montaña más alta con las laderas secas. No hacía frío pero él se arregló la chaqueta abrigándose mejor. Por fin, puso el costal con cuidado en el suelo. Se quitó las gafas, sus ojos claros parpadearon, casi jóvenes, poco familiares. Se puso nuevamente las gafas, y se transformó en un señor de mediana edad y tomó de nuevo el costal: pesaba como si fuese de piedra, pensó. Forzó la vista para observar la corriente del río, inclinó la cabeza para oír algún ruido: el río estaba detenido y apenas el sonido más duro de una voz alcanzó un instante la altura: sí, él estaba bien solo. El aire fresco era inhóspito para él, que vivía en una ciudad más cálida. El único árbol de la llanura balanceaba sus ramas. Él lo miró. Ganaba tiempo. Hasta que le pareció que no había por qué esperar más.

Y, sin embargo, aguardaba. Por cierto que las gafas le molestaban, porque nuevamente se las quitó, respiró hondo y las guardó en el bolsillo.

Entonces abrió el costal y miró un poco. Después metió dentro una mano delgada y fue extrayendo un perro muerto. Todo él se concentraba solamente en la mano importante y mantenía los ojos profundamente cerrados mientras tironeaba. Cuando los abrió, el aire estaba todavía más claro y las campanas alegres tocaron nuevamente llamando a los fieles para el consuelo de la penitencia.

El perro desconocido estaba a la luz.

Entonces él se puso metódicamente a trabajar. Tomó al perro duro y negro, lo depositó en una bajada del terreno. Pero, como si ya hubiese hecho mucho, se puso las gafas sentándose al lado del perro y comenzó a observar el paisaje.

Vio con mucha claridad, y con cierta inutilidad, la llanura desierta. Pero observó con precisión que estando sentado ya no veía la pequeña ciudad, allá abajo. Respiró de nuevo. Revolvió en el costal y sacó la pala. Y pensó en el lugar que escogería. Quizás debajo del árbol. Se sorprendió reflexionando que debajo del árbol enterraría a este perro. Pero si fuera el otro, el verdadero perro, en verdad no lo enterraría donde él mismo gustaría de ser enterrado si estuviera muerto: en el centro mismo de la llanura, donde los ojos vacíos encarasen al sol. Entonces, ya que el perro desconocido sustituiría al «otro», quiso que él, para mayor perfección del acto, recibiera precisamente lo que el otro recibiría. No había ninguna confusión en la cabeza del hombre. Él se entendía a sí mismo con frialdad, sin ningún hilo suelto.

Poco después, por exceso de escrúpulos, estaba demasiado ocupado en procurar determinar rigurosamente el centro de la llanura. No era fácil, porque el único árbol se levantaba en un lugar y, tendiéndose como falso centro, dividía simétricamente el llano. Frente a esa dificultad el hombre concedió: «No es necesario enterrarlo en el centro, yo también enterraría al otro, digamos, bien, donde yo estuviera en ese mismo instante parado». Porque se trataba de dar al acontecimiento la fatalidad del azar, la marca de un suceso exterior y evidente —en el mismo lugar plano de los niños en la plaza y de los católicos entrando en la iglesia—, se trataba de tornar el hecho lo más visible a la superficie del mundo debajo del cielo. Se trataba de exponerse y de exponer un hecho, y de no permitir la forma íntima e impune de un pensamiento.

A la idea de enterrar al perro donde él estuviera en ese momento de pie, el hombre retrocedió con una agilidad que su cuerpo pequeño y singularmente pesado no permitía. Porque le pareció que bajo los pies se había dibujado el esbozo de la tumba del perro.

Entonces él comenzó a cavar allí mismo con pala rítmica. A veces se interrumpía para quitarse y luego volver a ponerse las gafas. Sudaba penosamente. No cavó mucho más, no porque quisiera ahorrarse cansancio. No cavó mucho porque lúcidamente pensó: «Si fuese para el verdadero perro, yo cavaría poco, lo enterraría muy superficialmente». Él pensaba que si el perro quedaba cerca de la superficie de la Tierra no perdería la sensibilidad.

Por fin abandonó la pala. Tomó con delicadeza al perro desconocido y lo

puso en la tumba.

Qué cara extraña tenía el perro. Cuando por un choque descubriera al perro muerto en una esquina, la idea de enterrarlo había tornado su corazón tan pesado y sorprendido que ni siquiera había tenido ojos para ese hocico duro y de baba seca. Era un perro extraño y objetivo.

El perro era un poco más alto que el agujero cavado y después de cubierto con tierra sería sólo una excrecencia sensible del terreno. Era precisamente lo que él quería. Cubrió al perro con tierra y la aplanó con las manos, sintiendo con atención y placer su forma en las palmas, como si varias veces lo alisara. El perro ahora era apenas una apariencia del terreno.

Entonces el hombre se puso de pie, se sacudió la tierra de las manos, y no miró ni siquiera una vez más la tumba. Pensó con cierto gusto: «Creo que ya lo hice todo». Suspiró hondamente, y tuvo una sonrisa inocente de liberación. Sí, lo había hecho todo. Su crimen había sido castigado y él estaba libre.

Y ahora él podía pensar libremente en el verdadero perro. Entonces se puso a pensar inmediatamente en el verdadero perro, lo que había evitado hasta ahora. El verdadero perro que ahora mismo debería estar vagando perplejo por las calles de otro municipio, husmeando aquella ciudad en la que él ya no tenía dueño.

Entonces se puso a pensar con dificultad en su verdadero perro como si intentase pensar con dificultad en su verdadera vida. El hecho de que el perro estuviera distante, en otra ciudad, dificultaba la tarea, aunque la nostalgia lo aproximara en el recuerdo.

«Mientras yo te hacía a mi imagen, tú me hacías a la tuya», pensó entonces, auxiliado por la nostalgia. «Te di el nombre de José para darte un nombre que te sirviera al mismo tiempo de alma. ¿Y tú?, ¿cómo saber jamás qué nombre me diste? Cuánto me amaste, más de lo que yo te amé», reflexionó, curioso.

«Nosotros nos comprendíamos demasiado, tú con el nombre humano que te di, yo con el nombre que me diste y que nunca pronunciaste sino con tu mirada insistente», pensó el hombre sonriendo con cariño, libre ahora de recordar a su gusto.

«Me acuerdo de cuando eras pequeño», pensó divertido, «tan pequeño, bonitillo y flaco, moviendo el rabo, mirándome, y yo sorprendiendo en ti una nueva manera de tener alma. Pero, desde entonces, ya comenzabas a ser todos los días un perro que podía ser abandonado. Mientras tanto, nuestros juegos se tornaban peligrosos por tanta comprensión», recordó el hombre con satisfacción, «tú terminabas mordiéndome y gruñendo, yo terminaba arrojándote un libro y

riendo. Pero quién sabe qué significaba aquella risa mía, sin ganas. Todos los días eras un perro que se podía abandonar».

«¡Y cómo olías las calles!», pensó el hombre riéndose un poco, «en verdad, no dejaste piedra por oler… Ése era tu lado infantil. ¿O era tu verdadera manera de ser perro: y el resto solamente el juego de ser mío? Porque eras irreductible. Y, abanicando tranquilamente la cola, parecías rechazar en silencio el nombre que yo te había dado. Ah, sí, eras irreductible: yo no quería que comieses carne para que no te volvieras feroz, pero un día saltaste sobre la mesa y, entre los gritos felices de los niños, agarraste la carne y con una ferocidad que no viene de lo que se come, me miraste mudo e irreductible, con la carne en la boca. Porque, aunque mío, nunca me cediste ni un poco de tu pasado ni de tu naturaleza. E, inquieto, yo comenzaba a comprender que no exigías de mí que yo cediera nada de la mía para amarte, y eso comenzaba a importunarme. En el punto de realidad resistente de dos naturalezas, ahí es donde esperabas que nos entendiéramos. Mi ferocidad y la tuya no deberían cambiarse por dulzura: era eso lo que poco a poco me enseñabas, y era también eso lo que se estaba tornando pesado. No pidiéndome nada, me pedías demasiado. De ti mismo, exigías que fueses un perro. De mí, exigías que yo fuera un hombre. Y yo, yo me disfrazaba como podía. A veces sentado sobre tus patas delante de mí, ¡cómo me mirabas! Entonces yo miraba al techo, tosía, disimulaba, me miraba las uñas. Pero nada te conmovía: tú me mirabas. ¿A quién irías a contarlo? Finge —me decía—, finge rápido que eres otro, da una falsa cita, hazle una caricia, arrójale un hueso; pero nada te distraía: tú me mirabas. Qué tonto era yo. Yo, que temblaba de horror, cuando eras tú el inocente: si yo me volviese de pronto y te mostrase mi rostro verdadero y, erizado, alcanzado, te levantarías hacia la puerta herido para siempre. Oh, todos los días eras un perro que podía abandonarse. Podía elegirse. Pero tú, confiado, meneabas la cola».

«A veces, conmovido por tu perspicacia, yo podía ver en ti tu propia angustia. No la angustia de ser perro, que era tu única forma posible. Sino la angustia de existir de un modo tan perfecto que se tornaba una alegría insoportable: entonces dabas un salto y venías a lamer mi rostro con amor enteramente entregado y cierto peligro de odio como si fuese yo quien, por amistad, te hubiese revelado. Ahora estoy muy seguro de que no fui yo quien tuvo un perro. Fuiste tú el que tuviste una persona».

«Pero poseíste una persona tan poderosa que podía elegir: y entonces te abandonó. Con alivio te abandonó. Con alivio, sí, pues exigías —con la

incomprensión serena y simple de quien es un perro heroico— que yo fuese un hombre. Te abandonó con una disculpa que todos en casa aprobaron: porque ¿cómo podría yo hacer un viaje de mudanza, con equipaje y familia, y además un perro, con la adaptación al nuevo colegio y a la nueva ciudad, y además un perro? “Que no cabe en ninguna parte”, dijo Marta, práctica. “Que molestará a los pasajeros”, explicó mi suegra sin saber que previamente me justificaba, y los chicos lloraron, y yo no miraba ni a ellos ni a ti, José. Pero sólo tú y yo sabemos que te abandoné porque eras la posibilidad constante del crimen que yo nunca había cometido. La posibilidad de que yo pecara, el disimulo en mis ojos, ya era pecado. Entonces pequé enseguida para ser culpable enseguida. Y este crimen sustituye el crimen mayor que yo no tendría coraje de cometer», pensó el hombre cada vez más lúcido.

«Hay tantas formas de ser culpable y de perderse para siempre y de traicionarse y de no enfrentarse. Yo elegí la de herir a un perro», pensó el hombre. «Porque yo sabía que ése sería un crimen menor y que nadie va al Infierno por abandonar un perro que confió en un hombre. Porque yo sabía que ese crimen no era punible».

Sentado en la llanura, su cabeza matemática estaba fría e inteligente. Sólo ahora él parecía comprender, en toda su helada plenitud, que había hecho con el perro algo realmente impune y para siempre. Pues todavía no habían inventado castigo para los grandes crímenes disfrazados y para las profundas traiciones.

Un hombre aún conseguía ser más astuto que el Juicio Final. Nadie le condenaba por ese crimen. Ni la Iglesia. «Todos son mis cómplices, José. Yo tendría que golpear de puerta en puerta y mendigar para que me acusaran y me castigasen: todos me cerrarían la puerta con la cara repentinamente enfurecida. Nadie condena este crimen. Ni tú, José, me condenarías. Pues bastaría a esta persona poderosa que soy elegir llamarte, y desde tu abandono en las calles, en un salto me lamerías la cara con alegría y perdón. Yo te daría la otra mejilla para que la besaras».

El hombre se quitó las gafas, respiró, se las puso otra vez.

Miró la tumba abierta. En la que él había enterrado a un perro desconocido en tributo del perro abandonado, tratando de pagar la deuda que inquietamente nadie le cobraba. Procurando castigarse con un acto de bondad y quedar libre de su crimen. Como alguien da una limosna para por fin poder comer el pastel a causa del cual el otro no comió el pan.

Pero como si José, el perro abandonado, exigiese de él mucho más que la

mentira; como si exigiese que él, en un último arranque, fuese un hombre —y como hombre asumiera su crimen—, él miraba la tumba donde había enterrado su debilidad y su condición. Y ahora, más matemático aún, buscaba una manera de no castigarse. Él no debía ser consolado. Procuraba fríamente una manera de destruir el falso entierro del perro desconocido. Descendió entonces, y solemne, calmo, con movimientos simples, desenterró al perro. El perro oscuro finalmente apareció entero, extrañamente, con la tierra en las pestañas, los ojos abiertos y cristalizados. Y así el profesor de matemáticas renovó para siempre su crimen. El hombre miró entonces para todos lados y hacia el cielo pidiendo testigos para lo que había hecho. Y como si aún no bastara, comenzó a descender las laderas en dirección al seno de la familia.

El búfalo

Pero era primavera. Hasta el león lamió la frente lisa de la leona. Los dos animales rubios. La mujer desvió los ojos de la jaula, donde sólo el olor caliente recordaba la matanza que ella viniera a buscar en el Jardín Zoológico. Después el león paseó despacio y tranquilo, y la leona lentamente reconstituyó sobre las patas extendidas la cabeza de una esfinge. «Pero eso es amor, es nuevamente amor», se rebeló la mujer intentando encontrarse con el propio odio, pero era primavera y ya los leones se habían amado. Con los puños en los bolsillos del abrigo, miró a su alrededor, rodeada por las jaulas, enjaulada por las jaulas cerradas. Continuó caminando. Los ojos estaban tan concentrados en la búsqueda que su vista a veces se oscurecía en un ensueño, y entonces ella se rehacía como en la frescura de una tumba.

Pero la jirafa era una virgen de trenzas recién cortadas. Con la tonta inocencia de lo que es grande y leve y sin culpa. La mujer del abrigo marrón desvió los ojos enferma, enferma. Sin conseguir —delante de la aérea jirafa posada, delante de ese silencioso pájaro sin alas—, sin conseguir encontrar dentro de sí el punto peor de su enfermedad, el punto más enfermo, el punto de odio, ella que había ido al Jardín Zoológico para enfermar. Pero no delante de la jirafa, que era más un paisaje que un ente. No delante de aquella carne que se había distraído en altura y distancia, la jirafa casi verde. Buscó otros animales, intentaba aprender con ellos a odiar. El hipopótamo húmedo. El fardo rollizo de carne, carne redonda y muda esperando otra carne rolliza y muda. No. Pues había tal amor humilde en mantenerse apenas carne, tan dulce martirio en no saber pensar.

Pero era primavera y, apretando el puño en el bolsillo del abrigo, ella mataría aquellos monos en levitación por la jaula, monos felices como hierbas, monos saltando suaves, la mona con resignada mirada de amor, y la otra mona dando de mamar. Ella los mataría con quince balas secas: los dientes de la mujer se apretaron hasta hacerle doler el maxilar. La desnudez de los monos. El mundo no

veía ningún peligro en estar desnudo. Ella mataría la desnudez de los monos. Un mono también la miró asido a las rejas, los brazos descarnados abriéndose en crucifijo, el pecho pelado expuesto sin orgullo. Pero no era en el pecho donde ella mataría, era entre los ojos del mono donde ella mataría, era entre aquellos ojos que la miraban sin pestañear. De pronto la mujer desvió el rostro: porque los ojos del mono tenían un velo blanco gelatinoso cubriendo la pupila, en los ojos la dulzura de la enfermedad, era un mono viejo: la mujer desvió el rostro, encerrando entre los dientes un sentimiento que ella no había ido a buscar, apresuró los pasos, aun volvió la cabeza asustada hacia el mono de brazos abiertos: él continuaba mirando al frente: «Oh, no, eso no», pensó. Y mientras huía dijo: «Dios, enséñame solamente a odiar».

«Yo te odio», le dijo a un hombre cuyo solo crimen era el de no amarla. «Yo te odio», dijo muy apresurada. Pero no sabía ni siquiera cómo se hacía. ¿Cómo cavar en la tierra hasta encontrar agua negra, cómo abrir paso en la tierra dura y jamás llegar a sí misma? Caminó por el Jardín Zoológico entre madres y niños. Pero el elefante soportaba el propio peso. Aquel elefante entero a quien le fuera dado aplastar con apenas una sola pata. Pero que no aplastaba. Aquella potencia, sin embargo, se dejaría conducir dócilmente a un circo, elefante de niños. Y los ojos, con una bondad de anciano, presos dentro de la gran carne heredada. El elefante oriental. También la primavera oriental, y todo haciendo, todo escurriéndose por el riacho. Entonces la mujer probó con el camello. El camello en trapos, jorobado, masticándose a sí mismo, entregado al proceso de conocer la comida. Ella se sintió débil y cansada, hacía dos días que apenas comía. Las grandes pestañas empolvadas del camello sobre los ojos que se habían dedicado a la paciencia de una artesanía interna. La paciencia, la paciencia, la paciencia, solamente eso encontraba ella en la primavera al viento. Las lágrimas llenaron los ojos de la mujer, lágrimas que no corrieron, presas dentro de la impaciencia de su carne heredada. Solamente el olor a tierra del camello venía al encuentro de lo que ella había venido: al odio seco, no a las lágrimas. Se aproximó a la entrada del cerco, aspiró el polvo de aquella alfombra vieja donde circulaba sangre cenicienta, procuró la tibieza impura, el placer recorrió sus espaldas hasta el malestar, pero no aún el malestar que ella viniera a buscar. En el estómago se le contrajo en cólico de hambre el deseo de matar. Pero no al camello de estopa. «Oh, Dios, ¿quién será mi pareja en este mundo?».

Entonces fue sola a buscar su violencia. En el pequeño parque de diversiones del Jardín Zoológico esperó meditabunda en la fila de enamorados su turno para

sentarse en el carro de la montaña rusa.

Y allí estaba ahora sentada, quieta dentro de su abrigo marrón. El asiento todavía detenido, la maquinaria de la montaña rusa todavía parada. Separada de todos en su asiento parecía estar sentada en una iglesia. Los ojos bajos veían el suelo entre rieles. El suelo donde simplemente por amor —¡amor, amor, no el amor!—, donde por puro amor nacían entre las vías hierbas de un verde suave tan atontado que la hizo desviar los ojos bajo el suplicio de la tentación. La brisa le erizó los cabellos de la nuca, ella se estremeció rechazando, rechazando en tentación, siendo siempre tanto más fácil amar.

Pero de pronto fue aquel vuelo de vísceras, aquella parada de un corazón que se sorprende en el aire, aquel espanto, la furia victoriosa con que el banco la precipitaba en la nada e irremediablemente la erguía como a una muñeca de falda levantada, el profundo resentimiento con que ella se tornó mecánica, el cuerpo automáticamente alegre —¡el grito de las enamoradas!—, su mirada herida por la gran sorpresa, la ofensa, «hacían de ella lo que querían», la gran ofensa —¡el grito de las enamoradas!—, la enorme perplejidad de estar espasmódicamente jugando hacían de ella lo que querían, de pronto su candor expuesto. ¿Cuántos minutos?, los minutos de un grito prolongado del tren en la curva, y la alegría de un nuevo sumergirse en el aire insultándola con un puntapié, ella bailando desacompasada al viento, bailando apresurada, quisiera o no quisiera el cuerpo, se sacudía como el de quien ríe, aquella sensación de muerte entre carcajadas, muerte sin aviso de quien no rasgó antes los papeles del cajón, no la muerte de los otros, la suya, siempre la suya. Ella que podría haber aprovechado el grito de los otros para dar su alarido de lamento, ella se olvidó, ella sólo tuvo miedo.

Y ahora este silencio también súbito. Estaban de regreso en la tierra, la maquinaria de nuevo enteramente detenida.

Pálida, arrojada fuera de una iglesia, miró la tierra inmóvil de donde había partido y adonde nuevamente fue entregada. Se arregló las faldas con recato. No miraba a nadie. Contrita como el día en que en medio de todo el mundo cuanto tenía en la bolsa cayera en el suelo y todo lo que tenía valor siendo secreto en su bolsa, al ser expuesto en el polvo de la calle, revelara la mezquindad de una vida íntima de precauciones: polvo de arroz, recibo, pluma fuente, ella recogiendo del suelo los andamios de su vida. Se levantó mareada del asiento, como si estuviera sacudiéndose de un atropello. Aunque nadie prestara atención, nuevamente se alisó la falda, hacía lo posible para que no se dieran cuenta de que estaba débil y difamada, protegía con altivez los huesos doloridos. Pero el cielo le rodaba en el

estómago vacío; la tierra, que subía y bajaba a sus ojos, por momentos quedaba distante; la tierra que siempre es tan difícil. Por un momento la mujer quiso, en un cansancio de llanto mudo, extender la mano hacia la tierra difícil: su mano se extendió como la de un lisiado pidiendo limosna. Pero como si hubiese tragado el vacío, el corazón sorprendido.

¿Sólo eso? Solamente eso. De la violencia, sólo eso.

Recomenzó a caminar en dirección a los animales. El desfallecimiento de la montaña rusa la había dejado suave. No consiguió avanzar mucho: tuvo que apoyar la frente en las rejas de una jaula, exhausta, la respiración corta y leve. Desde dentro de la jaula el cuatí[1] la miró. Ella lo miró. Ninguna palabra intercambiable. Nunca podría odiar al cuatí que en el silencio de un cuerpo interrogante la miraba. Perturbada, desvió los ojos de la ingenuidad del cuatí. El cuatí curioso haciéndole una pregunta, así como preguntan los niños. Y ella desviando los ojos, escondiéndole su misión mortal. La frente estaba tan apoyada en las rejas que por un instante le pareció que ella estaba enjaulada y que un cuatí libre la examinaba.

La jaula estaba siempre del lado en el que ella se encontraba: dio un gemido que pareció venir de la suela de sus pies. Después, otro gemido.

Entonces, nacida del vientre, de nuevo subió, implorante, en ola lenta, el deseo de matar (sus ojos se mojaron agradecidos y negros en una casi felicidad —todavía no era el odio, por el momento apenas el deseo atormentado de odio—, con la promesa del florecimiento cruel, un tormento como de amor, el deseo de odio prometiéndose sagrada sangre y triunfo, la hembra rechazada se había espiritualizado en una gran esperanza). Pero ¿dónde, dónde encontrar el animal que le enseñase a tener su propio odio: el odio que le pertenecía por derecho, pero que en su dolor ella no alcanzaba? ¿Dónde aprender a odiar para no morir de amor? ¿Y con quién? El mundo de la primavera, el mundo de los animales que en primavera se cristianizan y sus garras arañan pero sin dolor… ¡oh, no más ese mundo!, no más ese perfume, no ese balanceo cansado, no más ese perdón en todo lo que un día va a morir como si fuera para darse: nunca el perdón, si aquella mujer perdonara una vez más, aunque sólo fuese una vez más, su vida estaría perdida —dejó escapar un gemido áspero y corto, y el cuatí se sobresaltó—, enjaulada miró en torno a sí y, como no era persona a quien prestasen atención, se encogió como una vieja asesina solitaria, un niño pasó corriendo sin verla. Volvió a caminar, ahora empequeñecida, dura, los puños nuevamente fortificados en los

bolsillos, la asesina incógnita, todo estaba prisionero en su pecho. En el pecho que sólo sabía resignarse, que sólo sabía soportar, sólo sabía pedir perdón, sólo sabía perdonar, y sólo había aprendido a amar, amar, amar. Imaginar que tal vez nunca experimentase el odio del que siempre había sido hecho su perdón hizo que su corazón gimiera sin pudor, y ella comenzó a caminar tan rápidamente que parecía haber encontrado un súbito destino. Casi corría, los zapatos la desequilibraban, y le daban una fragilidad de cuerpo que de nuevo la reducía a hembra de presa, los pasos tomaron mecánicamente la desesperación implorante de los delicados, ella que no pasaba de ser una delicada. Pero ¿podría quitarse los zapatos, podría evitar la alegría de andar descalza? ¿Cómo no amar el suelo que se pisa? Gimió de nuevo, se detuvo frente a las barras de un cerco, apoyó el rostro caliente en el oxidado frío del hierro. Con los ojos profundamente cerrados buscaba enterrar la cara entre la dureza de las rejas, la cara intentaba el paso imposible entre las barras estrechas, como anteriormente viera al mono recién nacido que buscaba en la ceguera del hambre el pecho de la mona. Una comodidad pasajera le llegó del mismo modo en que las rejas parecían odiarla, oponiéndole la resistencia de un hierro helado.

Abrió los ojos lentamente. Los ojos venidos de su propia oscuridad nada vieron en la desmayada luz de la tarde. Se quedó respirando fuerte. Poco a poco comenzó a ver, las formas se fueron solidificando, ella cansada, oprimida por la dulzura del cansancio. Su cabeza se elevó como una interrogación a los árboles de brotes que iban naciendo, los ojos vieron las pequeñas nubes blancas. Sin esperanza, escuchó la suavidad del riachuelo. Bajó de nuevo la cabeza y se quedó mirando al búfalo, a lo lejos. Dentro de un abrigo marrón, respirando sin interés, nadie interesado en ella, ella no interesada en nadie.

Cierta paz, en fin. La brisa jugueteando con los cabellos de la frente como en los de una persona recién muerta, con la frente todavía bañada en sudor. Mirando con desinterés aquel gran terreno seco rodeado de altas rejas, el terreno del búfalo. El búfalo negro estaba inmóvil en el fondo del terreno. Después paseó a lo lejos con las caderas estrechas, las caderas concentradas. El pescuezo más grueso que los flancos contraídos. Visto de frente, la gran cabeza más ancha que el cuerpo impedía la visión del resto de ese cuerpo, como una cabeza decapitada. Y en la cabeza los cuernos. De lejos él paseaba lentamente con su tronco. Era un búfalo negro. Tan negro que en la distancia la cara no tenía rasgos. Sobre la negrura, el blanco erguido de los cuernos.

La mujer quizás se hubiese ido, pero era tan bueno el silencio en el caer de la

tarde.

Y en el silencio del cerco, los pasos lentos, el polvo seco bajo los cascos secos. De lejos, en su calmo paseo, el búfalo negro la miró un instante. En el instante siguiente, la mujer nuevamente vio apenas el duro músculo del cuerpo. Tal vez no la hubiese mirado. No podía saberlo, porque de las sombras de la cabeza ella sólo distinguía los contornos. La mujer enderezó un poco la cabeza, retrocedió ligeramente con desconfianza. Manteniendo el cuerpo inmóvil, la cabeza en retroceso, ella esperó.

Y una vez más el búfalo pareció notarla.

Como si ella no hubiese soportado sentir lo que había sentido, desvió súbitamente el rostro y miró un árbol. Su corazón no latió en el pecho, el corazón latía hueco entre el estómago y los intestinos.

El búfalo dio otra vuelta lenta. El polvo. La mujer apretó los dientes, todo el rostro le dolió un poco.

El búfalo con el lomo negro. En el atardecer luminoso era un cuerpo ennegrecido de tranquila rabia, la mujer suspiró lentamente. Una cosa blanca se había esparcido dentro de ella, blanca como un papel, débil como un papel, intensa como la blancura. La muerte zumbaba en sus oídos. Nuevos pasos del búfalo la devolvieron a sí misma, y con un nuevo y largo suspiro, ella regresó a la superficie. No sabía dónde había estado. Estaba de pie, muy débil, emergiendo de aquella cosa blanca y remota en donde había estado.

Y nuevamente miró al búfalo.

El búfalo ahora más grande. El búfalo negro. Ah, dijo de repente, con dolor. El búfalo de espaldas a ella, inmóvil. El rostro blanquecino de la mujer no sabía cómo llamar. ¡Ah!, dijo provocándolo. ¡Ah!, dijo ella. Su rostro estaba cubierto de mortal blancura, el rostro súbitamente enflaquecido era de pureza y veneración. ¡Ah!, lo instigó con los dientes apretados. Pero de espaldas a ella, el búfalo permanecía enteramente inmóvil.

Cogió una piedra del suelo y la arrojó dentro del cerco. La inmovilidad del torso, más negro aún, se aquietó: la piedra rodó, inútil.

¡Ah!, dijo sacudiendo las rejas. Aquella cosa blanca se esparcía dentro de ella, viscosa como la saliva. El búfalo, siempre, de espaldas.

Ah, dijo. Pero esa vez porque dentro de ella se escurría finalmente un primer hilo de sangre negra.

El primer instante fue de dolor. Como si para que corriese esa sangre se hubiese contraído el mundo. Se quedó de pie, escuchando gotear como una gruta

aquel primer aceite amargo, la hembra despreciada. Su fuerza todavía estaba presa entre rejas, pero una cosa incomprensible y caliente, incomprensible, sucedía, una cosa como una alegría sentida en la boca. Entonces el búfalo se volvió hacia ella.

El búfalo se volvió, se inmovilizó, y a distancia la encaró.

Yo te amo, dijo ella entonces con odio hacia el hombre cuyo gran crimen impunible era el de no quererla. Yo te odio, dijo implorando amor al búfalo. Finalmente provocado, el gran búfalo se acercó sin prisa.

Él se aproximaba, el polvo se levantaba. La mujer esperó con los brazos caídos a lo largo del abrigo. Despacio éste se aproximaba. Ella no retrocedió ni un solo paso. Hasta que él llegó a las rejas y allí se detuvo. Allá estaban, el búfalo y la mujer frente a frente. Ella no miró la cara, ni la boca, ni los cuernos. Miró sus ojos.

Y los ojos del búfalo, los ojos miraron sus ojos. Y fue intercambiada una palidez tan honda que la mujer se entorpeció adormecida. De pie, en un sueño profundo. Ojos pequeños y rojos la miraban. Los ojos del búfalo. La mujer cabeceó sorprendida, lentamente meneaba la cabeza. El búfalo estaba tranquilo. Lentamente la mujer negaba con la cabeza, espantada por el odio con que el búfalo, calmo de odio, la miraba. Casi absuelta, meneando una cabeza incrédula, la boca entreabierta. Inocente, curiosa, entrando cada vez más hondo dentro de aquellos ojos que sin prisa la miraban, ingenua, con un suspiro de ensueño, sin querer ni poder huir, presa del mutuo asesinato. Presa como si su mano se hubiese pegado para siempre al puñal que ella misma había clavado. Presa, mientras resbalaba hechizada a lo largo de las rejas. En tan lento vértigo que antes de que el cuerpo golpeara suavemente, la mujer vio el cielo entero y un búfalo.

LA LEGIÓN EXTRANJERA

(Traducción de Juan García Gayo)

A Inés Besouchet

Los desastres de Sofía

Cualquiera que hubiese sido su trabajo anterior, lo había abandonado, había cambiado de profesión y había comenzado pesadamente a enseñar en la escuela primaria: era todo lo que sabíamos de él.

El maestro era gordo, grande y silencioso, de hombros contraídos. En lugar de nudo en la garganta, tenía hombros contraídos. Usaba un abrigo demasiado corto, anteojos sin aro, con un hilo de oro montando sobre la nariz gruesa y romana. Y yo me sentía atraída por él. No amor, sino atraída por su silencio y por la controlada impaciencia que tenía en enseñarnos, y que, ofendida, yo había adivinado. Comencé a portarme mal en el aula. Hablaba muy alto, discutía con los compañeros, interrumpía la lección con chistecitos, hasta que él decía, colorado:

—Cállese o la expulso del aula.

Herida, triunfante, yo respondía con desafío: ¡Puede echarme! No me echaba, pues estaría obedeciéndome. Pero yo lo exasperaba tanto que se me había hecho doloroso ser el objeto del odio de aquel hombre que en cierto modo amaba. No lo amaba como la mujer que sería un día; lo amaba como una criatura que intenta torpemente proteger a un adulto, con la cólera de quien todavía no fue cobarde y ve a un hombre fuerte de hombros tan cargados. Me irritaba. De noche, antes de dormir, me irritaba. Yo tenía poco más de nueve años, dura edad como el tallo no partido de una begonia. Lo provocaba, y al conseguir exacerbarlo, sentía en la boca, con gloria de martirio, la acidez insoportable de la begonia cuando es aplastada entre los dientes; y roía las uñas, exultante. Por la mañana, al cruzar los portones de la escuela, pura como iba con mi café con leche y la cara lavada, era un impacto encontrarme en carne y hueso con el hombre que me había hecho delirar durante un abismal minuto antes de dormir. En superficie de tiempo había sido apenas un minuto, pero en profundidad eran viejos siglos de oscurísima dulzura. Por la mañana —como si no hubiese contado con la existencia real de aquel que desencadenaba mis negros sueños de amor—, por la mañana, delante

del hombre grande con su abrigo corto, era lanzada de golpe a la vergüenza, la perplejidad y la aterradora esperanza. La esperanza era mi mayor pecado.

Cada día se renovaba la mezquina lucha que había iniciado por la salvación de aquel hombre. Quería su bien, y en respuesta él me odiaba. Herida, me había convertido en su demonio y tormento, símbolo del infierno que debía ser para él enseñar a aquel grupo risueño de desentendidos. Ya se había convertido en un placer terrible no dejarlo en paz. El juego, como siempre, me fascinaba. Sin saber que obedecía a viejas tradiciones, pero con una sabiduría con la que los malos ya nacen —aquellos malos que roen las uñas de espanto—, sin saber que obedecía a una de las cosas que más suceden en el mundo, yo estaba siendo la prostituta y él el santo. No, tal vez no sea eso. Las palabras me anteceden y sobrepasan, me tientan y me modifican, y, si no tengo cuidado, será demasiado tarde: las cosas serán dichas sin que yo las haya dicho. O, por lo menos, no era sólo eso. Mi confusión viene de que una alfombra está hecha de tantos hilos que no puedo resignarme a seguir un hilo solo; mi enredo viene de que una historia está hecha de muchas historias. Y no todas puedo contarlas —una palabra más verdadera podría de eco en eco hacer desmoronar por el despeñadero mis altos glaciares—. Así, pues, no hablaré más del torbellino que había en mí mientras fantaseaba antes de dormir. Si no, yo misma terminaré pensando que era tan sólo esa blanda vorágine la que me empujaba hacia él, olvidando mi desesperada abnegación. Me había convertido en su seductora, deber que nadie me había impuesto. Era una lástima que hubiese caído en mis manos equivocadas la tarea de salvarlo por la tentación, pues, de todos los adultos y niños de aquel entonces, yo era probablemente la menos indicada. «Ésa no es flor para oler», como decía nuestra sirvienta. Pero era como si, sola con un alpinista paralizado por el terror del precipicio, yo, por más torpe que fuese, no pudiera sino intentar ayudarlo a bajar. El maestro había tenido la poca suerte de que fuera justamente la más imprudente la que quedara a solas con él en sus yermos. Por más arriesgado que fuese mi lugar, estaba obligada a arrastrarlo hacia mi lado, pues el suyo era mortal. Era lo que yo hacía, como una criatura inoportuna que tira a un adulto del borde del abrigo. Él no miraba para atrás, no preguntaba lo que yo quería, y se libraba de mí con una sacudida. Yo continuaba tirando del abrigo, mi único instrumento era la insistencia. Y de todo eso él sólo advertía que yo le rompía los bolsillos. Es cierto que ni yo misma sabía con seguridad lo que hacía; mi vida con el maestro era invisible. Pero sentía que mi papel era malo y peligroso: me impelía la voracidad por una vida real que tardaba y, más que torpe, también sentía placer

en romperle los bolsillos. Sólo Dios perdonaría lo que yo era, porque solamente Él sabía de qué me había hecho y para qué. Me dejaba, pues, ser materia de Él. Ser materia de Dios era mi única bondad. Y la fuente de un naciente misticismo. No misticismo por Él, sino por la materia de Él, sino por la vida cruda y llena de placeres: yo era una adoradora. Aceptaba la vastedad de lo que no conocía y a ella me confiaba toda, con secretos de confesionario. ¿Sería para las oscuridades de la ignorancia para las que seducía al maestro?, y con el ardor de una monja en la celda. Monja alegre y monstruosa, ¡ay de mí! Y ni de eso me podría vanagloriar en el aula todos éramos igualmente monstruosos y dulces, ávida materia de Dios.

Pero si me conmovían sus hombros gordos contraídos y su abriguito ajustado, mis carcajadas sólo conseguían hacer que él, fingiendo olvidarme con dificultad, quedase más contraído de tanto autocontrol. La antipatía que ese hombre sentía por mí era tan fuerte que yo misma me detestaba. Hasta que mis risas fueron definitivamente sustituyendo mi delicadeza imposible.

Aprender, yo no aprendía en aquellas clases. El juego de hacerlo infeliz ya me había invadido demasiado. Soportando con desenvuelta amargura mis piernas largas y mis zapatos siempre deformados, humillada por no ser una flor, y sobre todo torturada por una infancia enorme que temía que nunca llegara a su fin —más infeliz lo hacía y sacudía con altivez mi única riqueza: los cabellos lacios que yo esperaba que quedaran lindos un día con permanente y que con vistas al futuro ya ejercitaba sacudiéndolos—. Estudiar, no estudiaba, confiaba en mi holganza siempre afortunada, lo que también el maestro tomaba como una provocación más de la chica odiosa. En eso él no tenía razón. La verdad es que no me sobraba tiempo para estudiar. Las alegrías me ocupaban; estar atenta me tomaba días y días; estaban los libros de historia que leía royendo de pasión las uñas hasta la carne, en mis primeros éxtasis de tristeza, refinamiento que ya había descubierto; estaban los chicos que había elegido y que no me habían elegido; perdía horas de sufrimiento porque ellos eran inalcanzables, y otras horas más de sufrimiento aceptándolos con ternura, pues el hombre era mi rey de la Creación; estaba la esperanzada amenaza del pecado, que con miedo me dedicaba a esperar, sin olvidar que estaba permanentemente dedicada a querer y no querer ser lo que era, no me decidía por cuál de mí: toda yo es lo que no podía; haber nacido era algo lleno de errores que corregir. No, no era para irritar al maestro por lo que no estudiaba; sólo tenía tiempo para crecer. Cosa que hacía para todas partes, con una falta de gracia que más parecía el resultado de un error de cálculo: las piernas no combinaban con los ojos, y la boca era emocionada mientras las manos

se desgajaban sucias: en mi apuro crecía sin saber hacia dónde. El hecho de que un retrato de esa época me revelara, por el contrario, como una chica bien plantada, salvaje y suave, con ojos pensativos debajo del pesado flequillo, ese retrato real no me desmiente, lo que hace es revelar a una fantasmagórica extraña que yo no comprendería si fuese su madre. Sólo mucho después, habiéndome finalmente organizado en cuerpo y sintiéndome fundamentalmente más afianzada, pude aventurarme a estudiar un poco; antes, sin embargo, no me podía arriesgar a aprender, no me quería perturbar; tenía intuitivo cuidado con lo que yo era, ya que no sabía lo que era, y con vanidad cultivaba la integridad de la ignorancia. Fue una pena que el maestro no hubiera llegado a ver aquello en lo cual, cuatro años después, inesperadamente me convertiría: a los trece años, con las manos limpias, bañada, bien arreglada y bonita, me habría visto como una tarjeta de Navidad en el balcón de una casa de dos plantas. Pero, en lugar de él, abajo había pasado un ex amiguito mío, había gritado en voz alta mi nombre, sin advertir que yo ya no era una chiquilla y sí una joven digna, cuyo nombre ya no puede ser vociferado por las aceras de una ciudad. «¿Qué pasa?», pregunté al intruso con la mayor frialdad. Recibí entonces como gritada respuesta la noticia de que el maestro había muerto aquella madrugada. Y blanca, con los ojos muy abiertos, había contemplado la calle vertiginosa a mis pies. Mi compostura hecha pedazos como la de una muñeca rota.

Volviendo cuatro años atrás. Fue tal vez por todo lo que he contado, mezclado y en conjunto, por lo que escribí la composición que el maestro había pedido, punto de desenlace de esa historia y comienzo de otras. O fue tan sólo por urgencia de acabar de cualquier modo el deber para poder jugar en el parque.

—Voy a contar una historia —dijo él— y ustedes hagan la composición. Pero usando las palabras de ustedes. Quien vaya terminando, no necesita esperar la campana: se puede ir al recreo.

Lo que contó: un hombre muy pobre soñó que había descubierto un tesoro y se había vuelto muy rico; al despertar, había arreglado sus cosas y salido en busca del tesoro; anduvo por el mundo entero y continuaba sin encontrar el tesoro; cansado, volvió a su pobre, pobre casita, y como no tenía qué comer, había comenzado a plantar en su pobre huerto; había plantado tanto, había recogido tanto, comenzó a vender tanto que terminó volviéndose muy rico.

Oí con aire de desprecio, jugando ostensiblemente con el lápiz, como si quisiese dejar en claro que sus historias no me engañaban y que yo bien sabía quién era él. Había hablado sin mirar una sola vez hacia mí. Es que en la manera

torpe de amarlo y en el gusto de perseguirlo, yo también lo acosaba con la mirada: a todo lo que decía respondía con una simple mirada directa, de la cual nadie en sana conciencia podría acusarme. Era una mirada que yo convertía en bien límpida y angélica, muy abierta, como la de la candidez mirando el crimen. Y conseguía siempre el mismo resultado: con perturbación evitaba mis ojos, comenzaba a tartamudear. Cosa que me llenaba de un poder que me endemoniaba. Y de piedad. Lo que al mismo tiempo me irritaba. Me irritaba que él obligase a una porquería de chica a comprender a un hombre.

Eran casi las diez de la mañana, pronto sonaría la campana del recreo. Aquel colegio mío, alquilado dentro de uno de los parques de la ciudad, tenía el campo de recreo más grande que he visto. Me resultaba tan hermoso como lo sería para una ardilla o un caballo. Tenía árboles desparramados, largas bajadas y subidas y extenso césped. No acababa nunca. Todo allí era lejos y grande, hecho para piernas largas de chica, con lugar para pilas de ladrillos y maderas de origen ignorado, para grupos de agrias begonias que comíamos, para sol y sombra donde las abejas hacían miel. Allí cabía un aire libre inmenso. Y todo había sido vivido por nosotros: ya habíamos rodado desde cada declive, cuchicheado intensamente detrás de cada pila de ladrillos, comido varias flores y en todos los troncos habíamos grabado fechas con cortaplumas, dulces malas palabras y corazones traspasados por flechas; chicos y chicas hacían allí su delicia.

Yo estaba al final de la composición y el olor de las sombras escondidas ya me llamaba. Me apresuré. Como sólo sabía «usar mis propias palabras», escribir era fácil. Me apresuraba también el deseo de ser la primera en atravesar el aula —el maestro había terminado por aislarme en cuarentena en el último banco— y entregarle insolente la composición, demostrándole así mi rapidez, cualidad que me parecía esencial para vivir, y que, estaba segura, sólo el maestro podía admirar.

Le entregué el cuaderno y lo recibió sin siquiera mirarme. Ofendida, sin un elogio por mi velocidad, salí saltando hacia el gran parque.

La historia que había transcrito con mis propias palabras era igual a la que él había contado. Sólo que en esa época yo estaba comenzando a «deducir la moraleja de las historias», lo que, si ahora me santificaba, más tarde amenazaría con sofocarme en rigidez. Con alguna coquetería, pues, había alargado las frases finales. Frases que horas después leía y releía para ver lo que habría en ellas de tan poderoso hasta el punto de haber provocado finalmente al hombre de una manera que ni yo misma lo había conseguido hasta entonces. Con probabilidad lo

que el maestro había querido dejar implícito en su historia triste es que con el trabajo arduo era el único modo de llegar a tener fortuna. Pero alocadamente yo había llegado a la moraleja opuesta: algo sobre el tesoro que se oculta, que está donde menos se espera, que sólo falta descubrir; creo que hablé de huertos sucios con tesoros. Ya no me acuerdo, no sé si fue exactamente eso. No consigo imaginar con qué palabras de chiquilla expuse un sentimiento simple pero que se convierte en pensamiento complicado. Supongo que, contrariando arbitrariamente el sentido real de la historia, de algún modo ya me prometía por escrito que el ocio, más que el trabajo, me daría las grandes recompensas gratuitas, las únicas a las que yo aspiraba. Es posible también que ya entonces mi tema de vida fuese la irrazonable esperanza, y que ya hubiese iniciado mi gran obstinación: daría todo lo que era mío por nada, pero quería que todo me fuese dado por nada. Al contrario del trabajador de la historia, en la composición yo me sacudía de los hombros todos los deberes, y de ella salía libre y pobre, y con un tesoro en la mano.

Fui para el recreo, donde quedé sola con el premio inútil de haber sido la primera, rasguñando la tierra, esperando impaciente a los chicos que poco a poco comenzaron a surgir del aula.

En medio de los violentos juegos, decidí buscar en mi pupitre no recuerdo qué, para mostrarlo al cuidador del parque, mi amigo y protector. Toda mojada de sudor, roja de una felicidad irreprimible que si fuera en casa me valdría unas bofetadas, volé en dirección al salón de clase, lo atravesé corriendo, y tan alocada que no vi al maestro hojeando los cuadernos apilados sobre el escritorio. Ya en la mano la cosa que había ido a buscar, e iniciando otra carrera para volver, sólo entonces mi mirada tropezó con el hombre.

Solo, en el sillón me miraba.

Era la primera vez que estábamos frente a frente, por nuestra cuenta. Me miraba. Mis pasos, de tan lentos, casi cesaron.

Por primera vez estaba sola con él, sin el cuchicheado apoyo de la clase, sin la admiración que mi atrevimiento provocaba. Intenté sonreír, sintiendo que la sangre me huía del rostro. Una gota de sudor me corrió por la frente. Él me miraba. La mirada era una pata tierna y pesada sobre mí. Pero si la pata era suave, me paralizaba por completo como la de un gato que sin apuro sujeta la cola del ratón.

La gota de sudor fue bajando por la nariz y por la boca, cortando mi sonrisa a la mitad. Tan sólo eso: sin una expresión en la mirada, él me miraba. Comencé a bordear la pared con los ojos bajos, prendiéndome toda a mi sonrisa, único trazo

de un rostro que ya había perdido los contornos. Nunca había advertido qué larga era el aula de clase; sólo ahora, al paso lento del miedo, veía su tamaño real. Ni mi falta de tiempo me había dejado advertir hasta entonces qué austeras y altas eran las paredes y duras, yo sentía la pared dura en la palma de la mano. En una pesadilla, de la cual formaba parte sonreír, apenas creía poder alcanzar el espacio de la puerta, desde donde correría, ¡ah, cómo correría!, a refugiarme en medio de mis iguales, los chicos. Además de concentrarme en la sonrisa, mi celo minucioso era el de no hacer ruido con los pies, y así me adhería a la naturaleza íntima de un peligro del cual desconocía todo lo demás. Fue un estremecimiento que me adiviné de repente como en un espejo: una cosa húmeda apoyándose en la pared, avanzando lentamente con la punta de los pies, y con una sonrisa cada vez más intensa. Mi sonrisa había cristalizado el aula en silencio, y hasta los ruidos que venían del parque se deslizaban por el lado de afuera del silencio. Llegué finalmente a la puerta, y el corazón imprudente se puso a palpitar demasiado fuerte bajo el riesgo de despertar al gigantesco mundo que dormía.

Fue cuando oí mi nombre.

De súbito, clavada en el piso, con la boca seca, allí quedé de espaldas a él sin coraje para darme la vuelta. La brisa que venía de la puerta acabó de secar el sudor del cuerpo. Giré despacio, conteniendo dentro de los puños cerrados el impulso de correr.

Al sonido de mi nombre, el salón se había deshipnotizado.

Y muy despacio vi al maestro todo entero. Muy despacio vi que el maestro era muy grande y muy feo, y que él era el hombre de mi vida. El nuevo y gran miedo. Pequeña, sonámbula, sola, frente a aquello a lo cual mi fatal libertad finalmente me había llevado. Mi sonrisa, todo lo que había sobrado de un rostro, también se había apagado. Yo era dos pies endurecidos en el piso y un corazón que de tan vacío parecía morir de sed. Allí quedé, fuera del alcance del hombre. Mi corazón moría de sed, sí. Mi corazón moría de sed.

Calmo como antes de matar fríamente, me dijo:

—Acércate más…

¿Cómo es que se vengaba un hombre?

Iba a recibir de vuelta en pleno rostro la pelota de mundo que yo misma le había arrojado y que no por eso me era conocida. Iba a recibir de vuelta una realidad que no habría existido si no la hubiese temerariamente adivinado y dado vida de esta forma. ¿Hasta qué punto aquel hombre, montaña de compacta tristeza, era también montaña de furia? Pero mi pasado era ahora demasiado tarde. Un

arrepentimiento estoico mantuvo erecta mi cabeza. Por primera vez la ignorancia, que hasta entonces fuera mi gran guía, me desamparaba. Mi padre estaba en el trabajo, mi madre había muerto hacía meses. Yo era el único yo.

—… Tome su cuaderno… —agregó él.

La sorpresa me hizo mirarlo súbitamente. ¿Era sólo eso, entonces? El alivio inesperado fue casi más impactante que mi susto anterior. Avancé un paso, extendí la mano tartamudeante.

Pero el maestro se quedó inmóvil y no entregó el cuaderno.

Para mi súbita tortura, sin desviar los ojos de mí, fue quitándose lentamente las gafas. Y me miró con ojos desnudos que tenían muchas pestañas. Yo nunca había visto sus ojos, que con las innumerables pestañas parecían dos blandas cucarachas. Me miraba. Y no supe cómo existir frente a un hombre. Disimulé mirando el techo, el piso, las paredes, y mantenía la mano todavía extendida, porque no sabía cómo replegarla. Él me miraba manso, curioso, con los ojos despeinados como si se hubiera despertado. ¿Iría a aplastarme con mano inesperada? O exigir que me arrodillase y pidiera perdón. Mi hilo de esperanza era que él no supiese lo que le había hecho, así como yo misma ya no lo sabía, en verdad nunca lo había sabido.

—¿Cómo se le ocurrió la idea del tesoro qué se oculta?

—¿Qué tesoro? —murmuré atontada.

Nos quedamos mirando en silencio.

—¡Ah, el tesoro! —me precipité de golpe incluso sin entender, ansiosa por admitir cualquier falta, implorándole que mi castigo consistiese tan sólo en sufrir para siempre de culpa, que la tortura eterna fuese mi castigo, pero nunca esa vida desconocida.

—El tesoro que está escondido donde menos se espera. Que sólo falta descubrirlo. ¿Quién le dijo eso?

El hombre enloqueció, pensé, pues ¿qué tenía que ver el tesoro con todo aquello? Atónita, sin comprender, y caminando de sorpresa en sorpresa, presentí, sin embargo, un terreno menos peligroso. En mis carreras había aprendido a levantarme de las caídas, incluso cuando renqueaba, y me rehíce enseguida: «¡Fue la composición del tesoro!, ¡ése debe haber sido entonces mi error!». Débil, y no obstante pisando cuidadosa en la nueva y escurridiza seguridad, sin embargo, ya me había levantado lo bastante de mi caída como para poder sacudir, en una imitación de la antigua arrogancia, la futura cabellera ondulada:

—Nadie, pues… —respondí renqueando—. Yo misma lo inventé —dije

trémula, pero volviendo ya a resplandecer.

Si había quedado aliviada por tener finalmente alguna cosa concreta con la cual lidiar, comenzaba, sin embargo, a darme cuenta de algo mucho peor. La súbita ausencia de rabia en él. Lo miré intrigada, de soslayo. Y poco a poco desconfiadísima. Su ausencia de rabia había comenzado a amedrentarme, tenía amenazas nuevas que yo no comprendía. Aquella mirada que no se desviaba de mí, y sin cólera… Perpleja, y a cambio de nada, yo perdía mi enemigo y sustento. Lo miré sorprendida. ¿Qué es lo que quería de mí? Me constreñía. Y su mirada sin rabia había empezado a importunarme más que la brutalidad que había temido.

Un miedo pequeño, todo frío y sudado, me fue dominando. Lentamente, para que él no lo advirtiera, retrocedí la espalda hasta encontrar detrás de ella la pared, y después la cabeza retrocedió hasta no tener más adonde ir. Desde aquella pared en la que me había clavado, furtivamente lo miré.

Y mi estómago se llenó de un agua nauseabunda. No sé cómo contarlo.

Yo era una chica muy curiosa y, en mi palidez, vi. Erizada, pronta a vomitar, aunque hasta hoy no sepa con certeza lo que vi. Pero sé que vi. Vi tan hondo como en una boca, de pronto veía el abismo del mundo. Lo que veía era anónimo como un vientre abierto para una operación de intestinos. Vi una cosa haciéndose en su cara —el malestar ya petrificado subía con esfuerzo hasta su piel, vi la mueca titubeando lentamente y rompiendo una costra—, pero esa cosa que en muda catástrofe se desenraizaba, esa cosa que aún se parecía tan poco a una sonrisa como si un hígado o un pie intentaran sonreír, no sé. Lo que vi, lo vi tan de cerca que no sé lo que vi. Como si mi ojo curioso se hubiera pegado al ojo de la cerradura y de pronto se encontrara del otro lado con otro ojo pegado mirándome. Vi dentro de un ojo. Lo que era tan incomprensible como un ojo. Un ojo abierto con su gelatina móvil. Con sus lágrimas orgánicas. Por sí mismo el ojo llora. Por sí mismo el ojo ríe. Hasta que el esfuerzo del hombre se fue completando bien atento, y en victoria infantil mostró, perla arrancada del vientre abierto, que estaba sonriendo. Vi un hombre con entrañas sonriendo. Veía su aprensión extrema en no equivocarse, su aplicación de alumno lento, la torpeza como si de repente se hubiera vuelto zurdo. Sin entender, yo sabía que pedían de mí que recibiese su entrega y la de su vientre abierto, y que recibiese su peso de hombre. Mis espaldas forzaron desesperadamente la pared; retrocedí, era demasiado temprano para que viera tanto. Era demasiado temprano para ver cómo nace la vida. Vida que nace era mucho más sangriento que morir. Morir es ininterrumpido. Pero ver materia inerte intentar lentamente levantarse como un gran muerto-vivo… Ver la

esperanza me aterrorizaba, ver la vida me revolvía el estómago. Estaban pidiendo demasiado de mi valor sólo porque yo era valiente, pedían mi fuerza sólo porque era fuerte. «Pero ¿y yo?», grité diez años después por razones de amor perdido, «¡quién vendrá jamás hasta mi debilidad!». Lo miraba sorprendida, y para siempre no supe lo que vi, lo que había visto podría cegar a los curiosos.

Entonces él dijo, usando por primera vez la sonrisa que había aprendido:

—Su composición del tesoro está tan linda. El tesoro que sólo falta descubrir. Tú… —Nada agregó él por un momento. Me escrutó suave, indiscreto, tan íntimo como si fuera mi corazón—. Tú eres una chica chistosa —dijo al fin.

Fue la primera vergüenza real de mi vida. Bajé los ojos, sin poder sostener la mirada indefensa de aquel hombre a quien había engañado.

Sí, mi impresión era que, a pesar de su rabia, él de algún modo había confiado en mí, y que entonces yo lo había engañado con el cuento del tesoro. En esa época yo pensaba que todo lo que se inventa es mentira, y solamente la conciencia atormentada del pecado me redimía del vicio. Bajé los ojos con vergüenza. Prefería su cólera antigua, que me había ayudado en mi lucha contra mí misma, pues coronaba de fracaso mis métodos y tal vez terminase un día corrigiéndome: lo que no quería era ese agradecimiento que no sólo era mi peor castigo, por no merecerlo, sino que venía a fortalecer mi vida errada que tanto temía; vivir equivocadamente me atraía. Bien que quise avisarle que no se encuentra un tesoro así sin más. Pero, mirándolo, desistí: me faltaba el coraje de desilusionarlo. Ya me había acostumbrado a proteger la alegría de los otros, la de mi padre, por ejemplo, que era más desprevenido que yo. Pero ¡qué difícil me resultó tragar en seco esa alegría que tan irresponsablemente había causado! Él parecía un mendigo que agradeciera el plato de comida sin advertir que le habían dado carne en mal estado. La sangre me había subido al rostro, ahora tan caliente que pensé estar con los ojos congestionados, mientras él, probablemente engañado de nuevo, debía pensar que yo había enrojecido de placer ante el elogio. Aquella misma noche todo eso se transformaría en irreprimible crisis de vómitos que mantendría encendidas todas las luces de mi casa.

—Tú —repitió entonces despacio, como si poco a poco estuviera admitiendo con encantamiento lo que le había venido por casualidad a la boca—, tú eres una chica muy extraña, ¿sabes? Eres una loquita… —dijo usando otra vez la sonrisa, como un chico que duerme con los zapatos nuevos. Ni siquiera sabía que se veía feo cuando sonreía. Confiado, me dejaba ver su fealdad, que era su parte más inocente.

Tuve que tragar como pude la ofensa que me hacía al creer en mí, tuve que tragar la piedad por él, la vergüenza por mí, «¡Tonto!», si le pudiera gritar, «¡esa historia del tesoro escondido fue inventada, es cosa sólo para una chica!». Yo tenía mucha conciencia de ser una chica, lo que explicaba todos mis graves defectos, y había puesto tanta fe en crecer un día, y aquel hombre grande se había dejado engañar por una chiquilla descarada. Él mataba en mí por primera vez mi fe en los adultos: también él, un hombre, creía como yo en las grandes mentiras…

… Y de repente, con el corazón golpeando de desilusión, no soporté un instante más; sin haber tomado el cuaderno, corrí hacia el parque, la mano en la boca, como si me hubieran roto los dientes. Con la mano en la boca, horrorizada, corría, corría para no detenerme nunca; la oración profunda no es aquella que pide; la oración más profunda es la que ya no pide: corría, corría muy asustada.

En mi impureza había depositado la esperanza de redención en los adultos. La necesidad de creer en mi bondad futura hacía que venerase a los grandes, que los había hecho a mi imagen, pero a una imagen mía purificada al fin por la penitencia del crecimiento, al fin libre de la sucia alma infantil. Y todo eso ahora el maestro lo destruía, y destruía mi amor por él y por mí. Mi salvación sería imposible: aquel hombre también era yo. Mi amargo ídolo que había caído ingenuamente en las artimañas de una criatura confusa y sin candor, y que se había dejado guiar dócilmente por mi diabólica inocencia… Con la mano apretando la boca, corría por la polvareda del parque.

Cuando finalmente me di cuenta de que estaba muy lejos de la órbita del maestro, sofrené exhausta la carrera, y a punto de caer me apoyé con todo mi peso en el tronco de un árbol, respirando fuerte, respirando. Allí permanecí anhelante y con los ojos cerrados, sintiendo en la boca la amargura polvorienta del tronco, pasando y repasando mecánicamente los dedos por el duro grabado de un corazón con flecha. Y de repente, apretando los ojos cerrados, gemí entendiendo un poco más: ¿estaría él queriendo decir que… que yo era un tesoro oculto? El tesoro donde menos se espera… ¡Oh, no!, no, pobrecito de él, pobre de aquel rey de la Creación, de tal modo había necesitado… ¿qué?, ¿qué había necesitado?… que hasta yo me había transformado en tesoro.

Yo aún tenía mucha más carrera dentro de mí; forcé la garganta seca para recuperar el aliento, y empujando con rabia el tronco del árbol, volví a correr en dirección al fin del mundo.

Pero todavía no había divisado el final sombreado del parque, y mis pasos se fueron haciendo más lentos, excesivamente cansados. No podía más. Tal vez por

cansancio, pero sucumbía. Eran pasos cada vez más lentos, y el follaje de los árboles se balanceaba lento. Eran pasos un poco deslumbrados. Fui deteniéndome vacilante, los árboles giraban altos. Es que una dulzura del todo extraña fatigaba mi corazón. Intimidada, vacilaba. Estaba sola en el césped, de pie con dificultad, sin ningún apoyo, la mano en el pecho cansado como la de una virgen anunciada. Y bajando de cansancio, ante aquella suavidad primera, una cabeza al fin humilde que de muy lejos tal vez recordase la de una mujer. La copa de los árboles se balanceaba hacia adelante, hacia atrás. «Eres una chica muy chistosa, una loquita», había dicho él. Era como un amor.

No, yo no era chistosa. Sin siquiera saberlo, era muy seria. No, no era loquita; la realidad era mi destino, y era lo que en mí le dolía a los otros. Y, por Dios, no era un tesoro. Pero si ya antes había descubierto en mí todo el ávido veneno con que se nace y con que se roe la vida, sólo en aquel instante de miel y flores descubría de qué modo curaba yo: al que me amase, a quien sufriese por mí, así lo habría curado. Yo era la oscura ignorancia con sus hambres y risas, con las pequeñas muertes alimentando mi vida inevitable, ¿qué podía hacer? Ya sabía que yo era inevitable. Pero si era mala, había sido todo lo que aquel hombre tuvo en aquel momento. Al menos una vez él tendría que amar, y sin ser a nadie, a través de alguien. Y sólo yo había estado allí. Aunque ésta fuese su única ventaja: teniéndome apenas a mí, y obligado a iniciarse amando lo malo, había comenzado por lo que pocos llegaban a alcanzar. Sería demasiado fácil querer lo limpio; lo inalcanzable por el amor era lo feo, amar lo impuro era nuestra más profunda nostalgia. A través de mí, la difícil de ser amada, él había recibido, con gran caridad por sí mismo, aquello de lo que estamos hechos. ¿Entendía yo todo eso? No. Y no sé lo que entendí entonces. Pero así como por un instante en el maestro había visto, con aterrorizada fascinación, el mundo —y aun ahora no sé lo que vi, sólo que para siempre y en un segundo vi—, así no entendí, y nunca sabré lo que entendí. Nunca sabré lo que entiendo. Sea lo que sea, lo que entendí en el parque fue, con un impacto de dulzura, entendido por mi ignorancia. Ignorancia que allí de pie, en una soledad sin dolor, no menor que la de los árboles, yo recuperaba entera, la ignorancia y su verdad incomprensible. Allí estaba yo, la chica demasiado lista, y he aquí que todo lo que en mí era malo servía a Dios y a los hombres. Todo lo que en mí era malo era mi tesoro.

Como una virgen anunciada, sí. Por haberme permitido él que finalmente lo hiciera sonreír, por eso él me había anunciado. Había terminado de transformarme en algo más que el rey de la Creación: había hecho de mí la mujer del rey de la

Creación. Pues justamente a mí, tan llena de garras y sueños, me había tocado arrancar de su corazón la flecha puntiaguda. De golpe se explicaba para qué había nacido yo con mano dura, y para qué había nacido sin asco del dolor. ¿Para qué te sirven esas uñas largas? Para arañarte mortalmente y para arrancar tus espinas mortales, responde el lobo del hombre. ¿Para qué te sirve esa cruel boca de hambre? Para morderte y para soplar a fin de que yo no te lastime demasiado, mi amor, ya que tengo que lastimarte, yo soy el lobo inevitable, pues me fue dada la vida. ¿Para qué te sirven esas manos que arden y aprisionan? Para quedarnos con las manos juntas, pues necesito tanto, tanto, tanto, aullaron los lobos, y miraron intimidados las propias garras antes de acurrucarse uno con el otro para amar y dormir.

… Y fue así como en el gran parque del colegio, lentamente, comencé a aprender a ser amada, soportando el sacrificio de no merecer, tan sólo para suavizar el dolor de quien no ama. No, ése fue solamente uno de los motivos. Es que los otros pertenecen a otras historias. En algunas de ellas fue de mi corazón de donde otras garras, llenas de duro amor, arrancaron la flecha puntiaguda, sin asco de mi grito.

El reparto de los panes

Era sábado y estábamos invitados para el almuerzo de compromiso. Pero a cada uno de nosotros le gustaba demasiado el sábado como para gastarlo con quien no queríamos. Cada uno había sido alguna vez feliz y había quedado con la marca del deseo. Yo, yo quería todo. Y nosotros allí aprisionados, como si nuestro tren se hubiera descarrilado y estuviésemos obligados a pasar la noche entre desconocidos. Nadie allí me quería, yo no quería a nadie. En cuanto a mi sábado —que fuera de la ventana se agitaba en acacias y sombras—, prefería, a gastarlo mal, encerrarlo en la mano dura, donde lo estrujaba como a un pañuelo. A la espera del almuerzo, bebíamos sin placer, a la salud del resentimiento: mañana ya sería domingo. No es contigo con quien quiero, decía nuestra mirada sin humedad, y soplábamos despacio el humo del cigarrillo seco. La avaricia de no repartir el sábado iba poco a poco royendo y avanzando como herrumbre, hasta que cualquier alegría sería un insulto a la alegría más grande.

Solamente la dueña de la casa no parecía economizar el sábado para usarlo un jueves por la noche. Ella, sin embargo, cuyo corazón ya había conocido otros sábados, ¿cómo había podido olvidar que se quiere más y más? No se impacientaba siquiera con el grupo heterogéneo, soñador y resignado que en su casa sólo esperaba, como a la hora del primer tren que partía, cualquier tren —menos quedarse en aquella estación vacía, menos tener que refrenar el caballo que correría con el corazón latiendo para otros, otros caballos.

Pasamos finalmente a la sala para un almuerzo que no tenía la bendición del hambre. Y fue cuando, sorprendidos, nos encontramos con la mesa. No podía ser para nosotros…

Era una mesa para hombres de buena voluntad. ¿Quién sería el invitado realmente esperado y que no había venido? Pero éramos nosotros mismos. Entonces, ¿aquella mujer daba lo mejor no importaba a quién? Y lavaba contenta los pies del primer extranjero. Constreñidos, mirábamos.

La mesa había sido cubierta por una solemne abundancia. Sobre el mantel blanco se amontonaban espigas de trigo. Y manzanas rojas, enormes zanahorias amarillas, redondos tomates de piel estallante, chayotes de un verde líquido, piñas malignas en su salvajismo, naranjas anaranjadas y calmas, machichas[2] erizadas como puercoespines, pepinos que se cerraban duros sobre su propia carne acuosa, pimentones huecos y rojizos que ardían en los ojos, todo enmarañado en barbas y barbas húmedas de maíz, pelirrojas como junto a una boca. Y los granos de uva. Las más moradas de las uvas negras y que apenas podían esperar el instante de ser aplastadas. Y no les importaba por quién ser aplastadas. Los tomates eran redondos para nadie: para el aire, para el redondo aire. El sábado era de quien viniera. Y la naranja endulzaría la lengua de quien llegase primero. Junto al plato de cada malinvitado, la mujer que lavaba pies de desconocidos había puesto —incluso sin elegirnos, incluso sin amarnos— un ramo de trigo o un manojo de rábanos ardientes o una tajada roja de sandía con sus alegres semillas. Todo cortado por la acidez española que se adivinaba en los limones verdes. En los cántaros estaba la leche, como si hubiese atravesado con las cabras el desierto de los peñascos. El vino, casi negro de tan macerado, se estremecía en vasijas de barro. Todo delante de nosotros. Todo limpio del retorcido deseo humano. Todo como es, no como quisiéramos. Sólo existiendo, y todo. Así como existe un campo. Así como las montañas. Así como hombres y mujeres, y no nosotros, los ávidos. Así como un sábado. Así como tan sólo existe. Existe.

En nombre de nada, era hora de comer. En nombre de nadie, estaba bien. Sin ningún sueño. Y nosotros poco a poco, a la par del día, poco a poco anonimizados, creciendo, más grandes, a la altura de la vida posible. Entonces, como hidalgos campesinos, aceptamos la mesa.

No había holocausto: todo aquello quería tanto ser comido como nosotros queríamos comerlo. No guardando nada para el día siguiente, allí mismo ofrecí lo que sentía a aquello que me hacía sentir. Era un vivir que no había pagado de antemano con el sufrimiento de la espera, hambre que nace cuando la boca ya está cerca de la comida. Porque ahora teníamos hambre, hambre entera que abrigaba el todo y las migajas. Quien bebía vino, con los ojos se encargaba de la leche. Quien lento bebió la leche, sintió el vino que el otro bebía. Allá afuera Dios en las acacias. Que existían. Comíamos. Como quien da agua al caballo. La carne trinchada fue distribuida. La cordialidad era ruda y rural. Nadie habló mal de

nadie porque nadie habló bien de nadie. Era una reunión de cosecha, y se hizo tregua. Comíamos. Como una horda de seres vivos, cubríamos gradualmente la tierra. Ocupados como quien labra la existencia, y planta, y recoge, y mata, y vive, y muere, y come. Comí con la honestidad de quien no engaña a lo que come: comí aquella comida y no su nombre. Nunca Dios fue tan tomado por lo que Él es. La comida decía ruda, feliz, austera: come, come y reparte. Todo aquello me pertenecía, aquélla era la mesa de mi padre. Comí sin ternura, comí sin la pasión de la piedad. Y sin ofrecerme a la esperanza. Comí sin nostalgia alguna. Y yo bien valía aquella comida. Porque no siempre puedo ser el guardián de mi hermano, y ya no puedo ser mi guardián, ah, ya no me quiero. Y no quiero formar la vida, porque la existencia ya existe. Existe como un suelo donde todos nosotros avanzamos. Sin una palabra de amor. Sin una palabra. Pero tu placer entiende al mío. Somos fuertes y comemos. Pan y amor entre desconocidos.

El mensaje

Al principio, cuando la muchacha dijo que sentía angustia, el muchacho se sorprendió tanto que enrojeció y cambió rápidamente de asunto para disimular el aceleramiento del corazón.

Pero hacía mucho tiempo —desde que era joven— que él había dejado atrás audazmente el simplismo infantil de hablar de los acontecimientos en términos de «coincidencia». O mejor dicho —evolucionando mucho y no creyendo nunca más — consideraba la expresión «coincidencia» como un nuevo juego de palabras y un renovado engaño.

Así, engullida emocionalmente la alegría involuntaria que la verdaderamente asombrosa coincidencia de sentir también ella angustia le había provocado, él se vio hablando con ella de su propia angustia, y justo con una muchacha, él que de corazón de mujer sólo había recibido el beso de su madre.

Se vio conversando con ella, escondiendo con sequedad la admiración de poder hablar al fin sobre cosas que realmente importaban; y justo con una muchacha. Conversaban también sobre libros, apenas podían esconder la urgencia que tenían de poner al día todo aquello que nunca habían hablado antes. Incluso así, ciertas palabras jamás eran pronunciadas entre ambos. Esta vez no porque la expresión fuese más una trampa de la que los otros disponen para engañar a los muchachos. Sino por vergüenza. Porque él no tendría el coraje de decirlo todo, aunque ella, por sentir angustia, fuese persona de confianza. Ni de misión hablaría jamás, aun cuando esa expresión tan perfecta, que él, por así decirlo, había creado, le ardiese en la boca, ansiosa por ser dicha.

Naturalmente, el hecho de que ella también sufriera había simplificado la manera de tratar a una muchacha, confiriéndole un carácter masculino. Él empezó a tratarla como camarada.

Ella misma también empezó a ostentar con aureolada modestia la propia angustia, como un nuevo sexo. Híbridos —sin haber elegido todavía un modo

personal de caminar, y sin tener aún una caligrafía definitiva, cada día copiando los apuntes de clase con letra diferente—, híbridos se buscaban, disimulando apenas la gravedad. Una que otra vez, él todavía sentía aquella incrédula aceptación de la coincidencia: él, tan original, haber encontrado a alguien que hablaba su lengua. Poco a poco concordaron. Bastaba que ella dijera, como en una señal, «Pasé ayer una mala tarde», y él sabía con austeridad que ella sufría como él sufría. Había tristeza, orgullo y audacia entre ambos.

Hasta que también la palabra angustia fue secándose, mostrando cómo el lenguaje hablado mentía. (Ellos querían escribir algún día). La palabra angustia comenzó a tomar aquel tono que los otros usaban, y comenzó a ser un motivo de leve hostilidad entre ambos. Cuando él sufría, le parecía una indiscreción que ella hablara de angustia. «Yo ya superé esta palabra», él siempre superaba todo antes que ella, sólo después era cuando la muchacha lo alcanzaba.

Y poco a poco ella se cansó de ser a los ojos de él la única mujer angustiada. A pesar de conferirle eso un carácter intelectual, ella también estaba alerta a esa clase de equívocos. Porque ambos querían, por encima de todo, ser auténticos. Ella, por ejemplo, no quería errores ni siquiera a su favor; quería la verdad, por peor que fuese. Más aún, a veces tanto mejor si fuese «por peor que fuese». Sobre todo la muchacha ya había comenzado a no sentir placer en ser condecorada con el título de hombre a la menor señal que presentaba de… de ser una persona. Al mismo tiempo que eso la halagaba, la ofendía un poco: era como si él se sorprendiese de que ella fuera capaz, precisamente por no juzgarla capaz. Aunque, si ambos no tuvieran cuidado, el hecho de ser ella mujer podría de pronto aflorar. Tenían cuidado.

Pero, naturalmente, estaba la confusión, la falta de posibilidad de explicación, y eso significaba tiempo que iba pasando. Incluso meses.

Y a pesar de que la hostilidad entre ambos se volvía gradualmente más intensa, como manos que están cerca y no se dan, ellos no podían impedir el buscarse. Y eso porque —si en la boca de los otros les resultaba una injuria que los llamaran jóvenes— entre ambos «ser joven» era el mutuo secreto, y la misma desgracia irremediable. No podían dejar de buscarse porque, aunque hostiles —con el repudio que seres de sexo diferente tienen cuando no se desean—, aunque hostiles, creían en la sinceridad que cada uno tenía, versus la gran mentira ajena. El corazón ofendido de ambos no perdonaba la mentira ajena. Eran sinceros. Y, por no ser mezquinos, pasaban por alto el hecho de tener mucha facilidad para mentir, como si lo que realmente importase fuera tan sólo la sinceridad de la

imaginación. Así continuaron buscándose, vagamente orgullosos de ser diferentes de los otros, tan diferentes hasta el punto de ni siquiera amarse. Aquellos otros que nada hacían sino vivir. Vagamente conscientes de que había algo de falso en sus relaciones. Como si fueran homosexuales de sexo opuesto, e imposibilitados de unir, en una sola, la desgracia de cada uno. Tan sólo concordaban en el único punto que los unía: el error que había en el mundo y la tácita certeza de que si ellos no lo salvaran serían traidores. En cuanto al amor, no se amaban, era evidente. Ella hasta le había hablado ya de una pasión que había tenido recientemente por un maestro. Él llegó a decirle —ya que ella era como un hombre para él—, llegó incluso a decirle, con una frialdad que inesperadamente se había roto en un horrible latir de corazón, que un muchacho está obligado a resolver «ciertos problemas» si quiere tener la cabeza libre para pensar. Él tenía dieciséis años, y ella, diecisiete. Que él, con severidad, resolvía de vez en cuando ciertos problemas, ni su padre lo sabía.

El hecho es que, habiéndose encontrado una vez en la parte secreta de ellos mismos, habían desembocado en la tentación y en la esperanza de llegar un día a lo máximo. ¿Qué máximo?

¿Qué es, finalmente, lo que querían? No lo sabían, y se usaban como quien se agarra de rocas menores hasta poder trepar sólo la mayor, la difícil y la imposible; se usaban para ejercitarse en la iniciación; se usaban impacientes, ensayando uno con el otro el modo de agitar las alas para que finalmente —cada uno solo y libre— pudiera dar el gran vuelo solitario que también significaría el adiós de uno al otro. ¿Era eso? Se necesitaban temporalmente, irritados por ser el otro torpe, culpando uno al otro de no tener experiencia. Fracasaban en cada encuentro, como si en una cama se desilusionaran. ¿Qué es lo que, al fin, querían? Querían aprender. ¿Aprender qué? Eran unos torpes. Oh, no podrían decir que eran desgraciados, sin tener vergüenza, porque sabían que existen los que pasan hambre; comían con hambre y vergüenza. ¿Desgraciados? ¿Cómo?, si en verdad tocaban, sin ningún motivo, un extremo tal de felicidad, como si el mundo fuera sacudido y de ese árbol inmenso cayesen mil frutos. ¿Desgraciados?, si eran cuerpos con sangre como una flor al sol. ¿Cómo?, si estaban para siempre sobre las propias piernas débiles, perturbados, libres, milagrosamente de pie, las piernas de ella depiladas, las de él indecisas pero terminadas en zapatos del número 44. ¿Cómo podrían jamás ser desgraciados seres así?

Eran muy desgraciados. Se buscaban cansados, expectantes, forzando una continuación de la comprensión inicial y casual que nunca se había repetido, y sin

siquiera amarse. El ideal los sofocaba, el tiempo pasaba inútil, la urgencia los llamaba; no sabían hacia dónde caminaban, y el camino los llamaba. Uno pedía mucho del otro, pero es que ambos tenían la misma carencia, y jamás buscarían un compañero más viejo que les enseñara, porque no eran locos como para entregarse sin más ni menos al mundo hecho.

Un modo posible de salvarse aún sería lo que ellos nunca llamarían poesía. En verdad, ¿qué sería poesía, esa palabra inquietante? ¿Sería encontrarse cuando, por coincidencia, cayese una lluvia repentina sobre la ciudad? ¿O tal vez, mientras tomaban un refresco, mirasen al mismo tiempo la cara de una mujer que pasa por la calle? ¿O incluso se encontraran por casualidad en la vieja noche de luna y viento? Pero ambos habían nacido con la palabra poesía ya publicada con la mayor impudicia en los suplementos dominicales de los diarios. Poesía era la palabra de los más viejos. Y la desconfianza de ambos era enorme, como de animales, en los que el instinto avisa: que un día serán cazados. Ellos ya habían sido demasiado engañados como para poder ahora creer. Y, para cazarlos, habría sido necesaria una enorme cautela, mucho olfato y mucha labia, y un cariño aún más cauteloso —un cariño que no los ofendiera— para, tomándolos desprevenidos, poder capturarlos en la red. Y, con más cautela aún para no despertarlos, llevarlos astutamente al mundo de los enviciados, al mundo ya creado; pues ése era el papel de los adultos y de los espías. De tan largamente engañados, vanidosos de la propia amargura, sentían repugnancia por las palabras, sobre todo cuando una palabra —como poesía— era tan hábil que casi la expresaba, y ahí entonces es como justamente mostraba qué poco expresaba. Ambos tenían, en verdad, repugnancia por la mayoría de las palabras, lo que distaba de facilitarles una comunicación, ya que ellos todavía no habían inventado palabras mejores: se desentendían constantemente, obstinados rivales. ¿Poesía? ¡Oh, cómo la detestaban! Como si fuese sexo. También les parecía que los otros querían cazarlos no para el sexo, sino para la normalidad. Eran temerosos, científicos, exhaustos de experiencia. De la palabra experiencia, sí, hablaban sin pudor y sin explicarla: incluso la expresión iba variando siempre de significado. Experiencia a veces también se confundía con mensaje. Usaban ambas palabras sin profundizar mucho en su sentido.

Por otra parte, no profundizaban nada, como si no hubiera tiempo, como si existiesen demasiadas cosas sobre las cuales intercambiar ideas. No advertían que no intercambiaban ninguna idea.

Bueno, pero no era tan sólo eso, y ni así, con esa simplicidad. No era tan sólo

eso: en ese ínterin el tiempo iba pasando, confuso, vasto, entrecortado, y el corazón del tiempo era el sobresalto y existía aquel odio contra el mundo que nadie les diría que era amor desesperado y era piedad, y había en ellos la escéptica sabiduría de viejos chinos, sabiduría que de pronto podía romperse denunciando dos rostros que se consternaban porque ellos no sabían cómo sentarse con naturalidad en una heladería: todo se rompía entonces, denunciando de repente a dos impostores. El tiempo iba pasando, no se intercambiaba ninguna idea, y nunca, nunca se comprendían con la perfección de la primera vez en que ella dijo que sentía angustia y, milagrosamente, él también había dicho que la sentía, y se había concertado el pacto horrible. Y nunca, nunca sucedía algo que rematara la ceguera con que extendían las manos y que los preparase para el destino que los esperaba impaciente, y los hiciera al fin decir adiós para siempre.

Tal vez estuvieran tan preparados para soltarse uno del otro como una gota de agua a punto de caer, y tan sólo esperasen algo que simbolizara la plenitud de la angustia para poderse separar. Tal vez, maduros como una gota de agua, hubiesen provocado el acontecimiento del cual hablaré.

El vago acontecimiento en torno de la casa vieja sólo existió porque ellos estaban preparados para eso. Se trataba tan sólo de una casa vieja y vacía. Pero ellos tenían una vida pobre y ansiosa, como si nunca fueran a envejecer, como si nada jamás les fuese a ocurrir, y entonces la casa se convirtió en un acontecimiento. Habían regresado de la última clase del periodo escolar. Habían tomado el autobús, habían bajado, e iban caminando. Como siempre, caminaban entre rápidos y sueltos, y de repente, despacio, sin acertar jamás el paso, inquietos en cuanto a la presencia del otro. Era un mal día para ambos, víspera de vacaciones. La última clase los dejaba sin futuro y sin amarras, cada uno despreciando lo que en cada casa las familias de ambos les aseguraban como futuro y amor e incomprensión. Sin un día siguiente y sin amarras, estaban peor que nunca, mudos, de ojos abiertos.

Esa tarde la muchacha estaba con los dientes apretados, mirando todo con rencor o ardor, como si buscara en el viento, en el polvo y en la propia extrema pobreza de alma una provocación más para la cólera.

Y el muchacho, en aquella calle de la cual ni sabían el nombre, el muchacho poco tenía del hombre de la Creación. El día estaba pálido, y el chico más pálido todavía, involuntariamente muchacho, al viento, obligado a vivir. Estaba, sin embargo, tierno e indeciso, como si cualquier dolor sólo lo hiciera más joven todavía, al contrario de ella, que estaba agresiva. Informes como eran, todo les

era posible, incluso a veces permutaban las cualidades: ella se volvía como un hombre, y él con una dulzura casi despreciable de mujer. Varias veces él casi se había despedido, pero, impreciso y vacío como estaba, no sabría qué hacer cuando volviese a casa, como si el fin de las clases hubiera cortado el último eslabón. Continuó, pues, mudo detrás de ella, siguiéndola con la docilidad del desamparo. Tan sólo un séptimo sentido de mínima atención al mundo lo mantenía, ligándolo en oscura promesa al día siguiente. No, los dos no eran propiamente neuróticos y —a pesar de lo que pensaban uno del otro vengativamente en los momentos de mal contenida hostilidad— parece que el psicoanálisis no lo resolvería totalmente. O tal vez lo resolviese.

Era una de las calles que desembocan frente al cementerio de San Juan Bautista, con polvo seco, piedras sueltas y negros parados a la puerta de los bares.

Los dos caminaban por la acera llena de agujeros que de tan estrecha apenas cabían. Ella hizo un movimiento —él pensó que ella iba a atravesar la calle y dio un paso para seguirla—, ella se volvió sin saber de qué lado estaba él, él retrocedió buscándola. En aquel mínimo instante en que se buscaron inquietos, se dieron vuelta al mismo tiempo de espaldas a los autobuses, y se quedaron de pie frente a la casa, teniendo aún la búsqueda en el rostro.

Tal vez todo hubiese venido de que ellos estaban con la búsqueda en el rostro. O tal vez del hecho de que la casa estuviera directamente apoyada en la acera y quedara tan «cerca». Apenas tenían espacio para mirarla, apretados como estaban en la acera estrecha, entre el movimiento amenazador de los autobuses y la inmovilidad absolutamente serena de la casa. No, no era por bombardeo; pero era una casa destruida, como diría un chico. Era grande, ancha y alta como las casas de dos plantas del Río antiguo. Una gran casa enraizada.

Con una indagación mucho más grande que la pregunta que tenían en el rostro, se habían vuelto incautelosamente[3] al mismo tiempo, y la casa estaba tan cerca como si, saliendo de la nada, les fuese arrojada a los ojos como una súbita pared. Detrás de ellos los autobuses, a su frente la casa, no había manera de cómo no estar allí. Si retrocedieran serían alcanzados por los autobuses, si avanzasen chocarían con la monstruosa casa. Habían sido capturados.

La casa era alta y, de cerca, no podían mirarla sin tener que levantar infantilmente la cabeza, lo que los hizo de pronto muy pequeños y transformó la casa en mansión. Era como si jamás cosa alguna hubiera estado tan cerca de ellos.

La casa debía haber tenido algún color. Y cualquiera que fuese el color primitivo de las ventanas, éstas eran ahora tan sólo viejas y sólidas. Empequeñecidos, abrieron los ojos asombrados: la casa era angustiada.

La casa era angustia y calma. Como ninguna palabra lo había sido. Era una construcción que pesaba en el pecho de los dos jóvenes. Una casa de altos como quien lleva la mano a la garganta. ¿Quién?, ¿quién la había construido, levantando aquella fealdad piedra sobre piedra, aquella catedral del miedo solidificado? ¿O fue el tiempo el que se había pegado en simples paredes y les había dado aquel aire de estrangulamiento, aquel silencio de ahorcado tranquilo? La casa era fuerte como un boxeador sin cuello. Y tener la cabeza directamente ligada a los hombros era la angustia. Miraron la casa como chicos delante de una escalinata.

Al fin ambos habían inesperadamente alcanzado la meta y estaban delante de la esfinge. Boquiabiertos, en la extrema unión del miedo y del respeto y de la palidez, delante de aquella verdad. La desnuda angustia había dado un salto y se había colocado frente a ellos: ni siquiera familiar, como la palabra que ellos se habían acostumbrado a usar. Tan sólo una casa pesada, tosca, sin cuello; sólo aquella potencia antigua.

Yo soy finalmente la cosa que buscabais, dijo la casa enorme.

Y lo más divertido es que no tengo ningún secreto, dijo también la enorme casa.

La muchacha miraba, adormilada. En cuanto al muchacho, su séptimo sentido se había aferrado a la parte más interior de la construcción y sentía en la punta del hilo un mínimo estremecimiento de respuesta. Apenas se movía, con miedo de espantar la propia atención. La muchacha se había anclado en el asombro, con miedo de salir de éste hacia el terror de un descubrimiento. Apenas hablasen, y la casa se derrumbaría. El silencio de ambos dejaba los dos pisos intactos. Pero si antes habían sido forzados a mirarlos, ahora, aunque les avisaran de que el camino estaba libre para huir, se quedarían allí, apresados por la fascinación y por el horror. Mirando aquella cosa erguida tanto tiempo antes de que ellos nacieran, aquella cosa secular y ya vacía de sentido, aquella cosa venida del pasado. Pero ¿y el futuro? ¡Oh, Dios!, dadnos nuestro futuro. La casa sin ojos, con la potencia de un ciego. Y si tenía ojos, eran redondos ojos vacíos de estatua. ¡Oh, Dios!, no nos dejéis ser hijos de ese pasado vacío, entregadnos al futuro. Ellos querían ser hijos. Pero no de ese endurecido armazón fatal, no comprendían su pasado: ¡oh!, libradnos del pasado, dejadnos cumplir nuestro duro deber. Pues no era la libertad lo que los dos querían, más bien querían ser convencidos y

subyugados y conducidos; pero tendría que ser por algo más poderoso que el gran poder que les latía en el pecho.

La muchacha desvió súbitamente el rostro, ¡tan infeliz que soy, tan infeliz que fui siempre, las clases terminaron, todo terminó!, porque en su avidez era ingrata con una infancia que había sido probablemente alegre. La muchacha súbitamente desvió el rostro con una especie de gruñido.

En cuanto al muchacho, rápidamente se sumergía en la vaguedad como si se fuera quedando sin un pensamiento. Eso también era resultado de la luz de la tarde: era una luz lívida y sin hora. El rostro del muchacho estaba verdoso y calmo, y ahora él no tenía ninguna ayuda de las palabras de los otros: exactamente como con temeridad había aspirado un día a conseguirlo. Sólo que no contó con la miseria que había en no poder expresarlo.

Verdes y asqueados, ellos no sabrían expresarlo. La casa simbolizaba algo que jamás podrían alcanzar, incluso con toda una vida de búsqueda de una expresión. Buscar la expresión, aunque fuese una vida entera, sería en sí una diversión, amarga y perpleja, pero diversión, y sería una divergencia que poco a poco los alejaría de la peligrosa verdad, y los salvaría. Justamente a ellos que, en la desesperada destreza para sobrevivir, ya habían inventado para ellos mismos un futuro: ambos iban a ser escritores, y con una determinación tan obstinada como si expresar el alma la suprimiera finalmente. Y si no la suprimía, sería un modo de saber solamente que se miente en la soledad del propio corazón.

Mientras que con la casa del pasado no podrían jugar. Ahora, más pequeños que ella, les parecía que habían tan sólo jugado a ser jóvenes y dolorosos y a dar el mensaje. Ahora, asombrados, al fin, tenían lo que habían peligrosa e imprudentemente pedido: eran dos jóvenes realmente perdidos. Como dirían las personas más viejas: «Estaban teniendo lo que bien se merecían». Y eran tan culpables como chicos culpables, tan culpables como son inocentes los criminales. Ah, si todavía pudieran apaciguar el mundo exacerbado por ellos, asegurándole: «¡Estábamos tan sólo jugando!, ¡somos dos impostores!». Pero era tarde. «Ríndete sin condiciones y haz de ti una parte de mí que soy el pasado», les decía la vida futura. Y, por Dios, ¿en nombre de qué podría alguien exigir que tuviesen esperanza en que el futuro sería de ellos?, ¿quién?, pero ¿quién se interesaba en esclarecerles el misterio, y sin mentir?, ¿había acaso alguien trabajando en ese sentido? Esta vez, enmudecidos como estaban, ni se les ocurriría acusar a la sociedad.

La muchacha súbitamente había vuelto el rostro con un gruñido, una especie

de sollozo o tos.

«Lloriquear en esta hora es muy de mujer», pensó él desde el fondo de su perdición, sin saber lo que quería decir con «esta hora». Pero ésta fue la primera solidez que encontró para sí mismo. Aferrándose a esa primera tabla, pudo volver tambaleante a la superficie, y como siempre antes que la muchacha. Volvió antes que ella, y vio una casa de pie con un cartel de «Se alquila». Oyó el autobús a sus espaldas, vio una casa vacía, y a su lado la muchacha con un rostro enfermizo, tratando de esconderlo del hombre ya despierto: ella trataba por algún motivo de ocultar la cara.

Todavía vacilante, él esperó con delicadeza que ella se recompusiera. Esperó vacilante, sí, pero hombre. Delgado e irremediablemente joven, sí, pero hombre. Un cuerpo de hombre era la solidez que lo recuperaba siempre. Con frecuencia, cuando necesitaba mucho, se volvía un hombre.

Entonces, con mano insegura, encendió sin naturalidad un cigarrillo, como si él fuese los otros, socorriéndose con los gestos que la masonería de los hombres le daba como apoyo y camino. ¿Y ella?

Pero la muchacha salió de todo eso pintada con lápiz de labios, con el colorete medio manchado, y adornada con un collar azul. Plumas que un momento antes habían sido parte de una situación y de un futuro; pero ahora era como si ella no se hubiera lavado el rostro antes de dormir y despertara con las marcas impúdicas de una orgía anterior. Porque ella, frecuentemente, era una mujer.

Con un cinismo reconfortante, el muchacho la miró con curiosidad. Y vio que ella no pasaba de ser una muchacha.

—Me quedo por aquí —le dijo entonces despidiéndose con altivez, él que ni siquiera tenía hora fija para volver a casa y sentía en el bolsillo la llave de la puerta.

Se despidieron, y ellos, que nunca se apretaban las manos porque sería convencional, se apretaron las manos; porque ella, con la torpeza de en tan mala hora tener senos y un collar, ella había extendido infelizmente la suya. El contacto de las dos manos húmedas palpándose sin amor turbó al muchacho como una operación vergonzosa: enrojeció. Y ella, con lápiz de labios y colorete, trató de disimular la propia desnudez adornada. Ella no era nada, y se alejó como si mil ojos la siguieran, esquiva en su humildad de tener una condición.

Viéndola alejarse, él la examinó incrédulo, con un interés divertido: «¿Será posible que la mujer pueda realmente saber qué es angustia?». Y la duda hizo que se sintiera muy fuerte. «No, para lo que la mujer en realidad servía era para otra

cosa, eso no se podía negar». Y era un amigo lo que él necesitaba. Sí, un amigo leal. Se sintió entonces limpio y franco, sin nada que esconder, leal como un hombre. De cualquier temblor de tierra, él salía con un movimiento libre hacia adelante, con la misma orgullosa inconsecuencia que hace al caballo relinchar. Mientras que ella salió bordeando la pared como una intrusa, ya casi madre de los hijos que un día tendría, el cuerpo presintiendo la sumisión, cuerpo sagrado e impuro que cargar. El muchacho la miró, sorprendido de haber sido engañado por la muchacha durante tanto tiempo, y casi sonrió, casi agitaba las alas que acababan de crecer. Soy hombre, le dijo el sexo en oscura victoria. De cada lucha o reposo, él salía más hombre, ser hombre incluso se alimentaba de ese viento que ahora arrastraba por las calles del cementerio de San Juan Bautista. El mismo viento de polvareda que hacía que el otro ser, el femenino, se contrajera herido, como si ningún abrigo fuese jamás a proteger su desnudez, ese viento de las calles.

El muchacho la vio alejarse, acompañándola con ojos pornográficos y curiosos que no evitaron ningún detalle humilde de la muchacha. La muchacha que de pronto se puso a correr desesperadamente para no perder el autobús…

Con un sobresalto, fascinado, el muchacho la vio correr como una loca para no perder el autobús, intrigado la vio subir como un mono de falda corta. El falso cigarrillo se le cayó de la mano…

Algo incómodo lo había desequilibrado. ¿Qué era? Un momento de gran desconfianza lo invadía. Pero ¿qué era? Urgentemente, inquietantemente: ¿qué era? La había visto correr tan ágil aun cuando el corazón de la muchacha, bien lo adivinaba, estuviera pálido. Y la había visto tan llena de impotente amor por la humanidad, subir como un mono al autobús, y después la vio sentarse tranquila y correcta, arreglándose la blusa mientras esperaba que el autobús marchara… ¿Sería eso? Pero ¿qué podría haber en eso que lo henchía de desconfiada atención? Tal vez el hecho de que ella hubiera corrido en vano, pues el autobús aún no iba a partir, tenía tiempo entonces… No necesitaba haber corrido… Pero ¿qué había en todo eso que hacía que él parase las orejas con atenta angustia, en una sordera de quien jamás oirá la explicación?

Acababa de nacer un hombre. Pero apenas había asumido su nacimiento, y estaba también asumiendo aquel peso en el pecho; apenas había asumido su gloria, y una experiencia insondable le daba la primera futura arruga. Ignorante, inquieto, apenas había asumido la masculinidad, y una nueva hambre ávida nacía, una cosa dolorosa como un hombre que nunca llora. ¿Estaría teniendo el primer

miedo de que algo fuera imposible? La muchacha era un cero en aquel autobús parado, y, sin embargo, ahora que era hombre, el muchacho necesitaba de pronto inclinarse hacia aquella nada, hacia aquella muchacha. Y ni siquiera inclinarse de igual a igual, ni al menos inclinarse para conceder… Pero, atascado en su reino de hombre, necesitaba de ella. ¿Para qué? ¿Para acordarse de una cláusula?, ¿para que ella u otra cualquiera no lo dejase ir demasiado lejos y perderse?, ¿para que él sintiera con sobresalto, como estaba sintiendo, que existía la posibilidad de error? Él la necesitaba con hambre para no olvidar que estaban hechos de la misma carne, esa carne pobre de la cual, al subir al autobús como un mono, ella parecía haber hecho un camino fatal. ¿Qué es?; pero a fin de cuentas ¿qué es lo que me está ocurriendo? Se asustó él.

Nada. Nada, y que no se exagere, había sido tan sólo un instante de debilidad y vacilación, nada más que eso, no había peligro.

Tan sólo un instante de debilidad y vacilación. Pero dentro de ese sistema de duro juicio final, que no permite ni un segundo de incredulidad, pues si no el ideal se desmorona, miró atontado la larga calle, y todo ahora estaba arruinado y seco como si él tuviera la boca llena de polvo. Ahora y al fin solo, estaba sin defensa, a merced de la mentira presurosa con la que los otros intentaban enseñarle a ser un hombre. Pero ¿y el mensaje? El mensaje hecho añicos en el polvo que el viento arrastraba hacia las rejillas del desagüe. Mamá, dijo él.

Macacos

La primera vez que tuvimos en casa un mico fue cerca de Año Nuevo. Estábamos sin agua y sin sirvienta, se hacía cola para la carne, el calor había estallado; y fue cuando, muda de perplejidad, vi entrar en casa el regalo, ya comiendo un plátano, ya examinando todo con gran rapidez y una larga cola. Aunque parecía un monazo aún no crecido, sus potencialidades eran tremendas. Subía por la ropa colgada en la soga, desde donde daba gritos de marinero, y tiraba cáscaras de plátano a cualquier parte. Y yo exhausta. Cuando me olvidaba y entraba distraída en el patio de servicio, el gran sobresalto: aquel hombre alegre allí. Mi muchacho menor sabía, antes de saberlo yo, que me desharía del gorila: «¿Y si te prometo que un día el mono se va a enfermar y morir, lo dejas que se quede? ¿Y si supieras que de cualquier forma un día se va a caer de la ventana y morir allá abajo?». Mis sentimientos desviaban la mirada. La inconsciencia feliz e inmunda del monazo pequeño me hacía irresponsable de su destino, ya que él mismo no aceptaba culpas. Una amiga entendió de qué amargura estaba hecha mi aceptación, de qué crímenes se alimentaba mi aire soñador, y rudamente me salvó: muchachos del cerro aparecieron con un barullo feliz, se llevaron al hombre que reía, y, en el desvitalizado Año Nuevo, conseguí al menos una casa sin macaco.

Un año después, acababa yo de tener una alegría, cuando allí, en Copacabana, vi el grupo de gente. Un hombre vendía monitos. Pensé en los chicos, en las alegrías que me daban gratis, sin nada que ver con las preocupaciones que también gratuitamente me daban, imaginé una cadena de alegría: «El que reciba ésta, que se la pase a otro», y el otro al otro, como un ruido en un rastro de pólvora. Y allí mismo compré a la que se llamaría Lisette.

Casi cabía en la mano. Tenía falda, aretes, collar y pulsera de bahiana. Y un aire de inmigrante que aún desembarca con el traje típico de su tierra. De inmigrante eran también los ojos redondos.

En cuanto a ésta, era una mujer en miniatura. Tres días estuvo con nosotros. Era de una tal delicadeza de huesos. De una tal extrema dulzura. Más que los ojos, la mirada era redondeada. Cada movimiento, y los aretes se estremecían; la falda siempre arreglada, el collar rojo brillante. Dormía mucho, pero para comer era sobria y cansada. Sus raros cariños eran sólo mordidas leves que no dejaban marca.

Al tercer día estábamos en el patio de servicio admirando a Lisette y de qué modo era nuestra. «Un poco demasiado suave», pensé con nostalgia de mi gorila. Y de repente mi corazón fue respondiendo con mucha dureza: «Pero eso no es dulzura. Esto es muerte». La frialdad de la comunicación me dejó inmóvil. Después les dije a los chicos: «Lisette se está muriendo». Mirándola, advertí entonces hasta qué grado de amor ya habíamos llegado. Envolví a Lisette en una servilleta, fui con los chicos hasta la primera sala de auxilios, donde el médico no podía atender porque operaba de urgencia a un perro. Otro taxi —Lisette piensa que está paseando, mamá—, otro hospital. Allá le dieron oxígeno.

Y con el soplo de vida, súbitamente se reveló una Lisette que desconocíamos. De ojos mucho menos redondos, más secretos, más risueños y en la cara prognata y burda una cierta altivez irónica; un poco más de oxígeno, y le dieron ganas de decir que apenas soportaba ser mona; pero lo era, y mucho tendría que contar. No obstante, enseguida volvía a sucumbir, exhausta. Más oxígeno y esta vez una inyección de suero a cuyo piquete reaccionó con un golpecito colérico, de pulsera que tintinea. El enfermero sonrió: «Lisette, mi bien, ¡sosiégate!».

El diagnóstico: no iba a vivir, a menos que tuviera oxígeno a la mano y, aun así, era improbable. «No se debe comprar un mono en la calle», me censuró moviendo la cabeza, «a veces ya viene enfermo». No, se tenía que comprar una mona determinada, saber el origen, tener por lo menos cinco años de garantía del amor, saber lo que había hecho o no, como si fuera para casarse. Consulté un instante con los chicos. Y le dije al enfermero: «Le está gustando mucho Lisette. Pues si la deja pasar unos días cerca del oxígeno, en cuanto se cure, es suya». Pero él pensaba. «¡Lisette es bonita!», imploré. «Es linda», concordó él, pensativo. Después suspiró y dijo: «Si curo a Lisette, es suya». Nos fuimos con la servilleta vacía.

Al día siguiente llamaron por teléfono, y yo avisé a los chicos de que Lisette había muerto. El menor me preguntó: «¿Te parece que se murió con los aretes puestos?». Yo dije que sí. Una semana después, el mayor me dijo: «¡Te pareces tanto a Lisette!». «Yo también te quiero», respondí.

El huevo y la gallina

Por la mañana en la cocina, sobre la mesa, veo el huevo.

Miro el huevo con una sola mirada. Inmediatamente advierto que no se puede estar viendo un huevo. Ver un huevo no permanece nunca en el presente: apenas veo un huevo y ya se vuelve haber visto un huevo hace tres milenios. En el preciso instante de verse el huevo este, es el recuerdo de un huevo. Solamente ve el huevo quien ya lo ha visto. Al ver el huevo es demasiado tarde: huevo visto, huevo perdido. Ver el huevo es la promesa de llegar un día a ver el huevo. Mirada corta e indivisible; si es que hay pensamiento; no hay; hay huevo. Mirar es el instrumento necesario que, después de usarlo, tiraré. Me quedaré con el huevo. El huevo no tiene un sí mismo. Individualmente no existe.

Ver el huevo es imposible: el huevo es supervisible como hay sonidos supersónicos. Nadie es capaz de ver el huevo. ¿El perro ve el huevo? Sólo las máquinas ven el huevo. La grúa ve el huevo. Cuando yo era antigua, un huevo se posó en mi hombro. El amor por el huevo tampoco se siente. El amor por el huevo es supersensible. Uno no sabe que ama al huevo. Cuando yo era antigua fui depositaria del huevo y caminé suavemente para no derramar el silencio del huevo. Cuando morí, me sacaron el huevo con cuidado. Todavía estaba vivo. Sólo quien viera el mundo vería el huevo. Como el mundo, el huevo es obvio.

El huevo ya no existe. Como la luz de la estrella ya muerta, el huevo propiamente dicho ya no existe. Eres perfecto, huevo. Eres blanco. A ti te dedico el comienzo. A ti te dedico la primera vez.

Al huevo dedico el país chino.

El huevo es una cosa suspendida. Nunca se posó. Cuando se posa, no fue él quien se posó. Fue una cosa que quedó debajo del huevo. Miro el huevo en la cocina con atención superficial para no romperlo. Tomo el mayor cuidado para no entenderlo. Siendo imposible entenderlo, sé que si lo entiendo es porque estoy equivocándome. Entender es la prueba de la equivocación. Entenderlo no es el

modo de verlo. No pensar jamás en el huevo es un modo de haberlo visto. ¿Será que sé acerca del huevo? Es casi seguro que sé. Así: existo, luego sé. Lo que no sé del huevo es lo que realmente importa. Lo que no sé del huevo me da el huevo propiamente dicho. La Luna está habitada por huevos.

El huevo es una exteriorización. Tener un cascarón es darse. El huevo desnuda la cocina. Hace de la mesa un plano inclinado. El huevo expone. Quien se hunde en un huevo, quien ve más que la superficie del huevo, está deseando otra cosa: tiene hambre.

El huevo es el alma de la gallina. La gallina torpe. El huevo exacto. La gallina asustada. El huevo exacto. Como un proyectil detenido. Pues huevo es huevo en el espacio. Huevo sobre azul. Yo te amo, huevo. Te amo como una cosa que ni siquiera sabe que ama a otra cosa. No lo toco. El aura de mis dedos es la que ve el huevo. No lo toco. Pero dedicarme a la visión del huevo sería morir a la vida mundana, y necesito de la yema y de la clara. El huevo me ve. ¿El huevo me idealiza? ¿El huevo me medita? No, el huevo tan sólo me ve. Está libre de la comprensión que hiere. El huevo nunca luchó. Es un don. El huevo es invisible a simple vista. De huevo en huevo se llega a Dios, que es invisible a simple vista. El huevo tal vez habrá sido un triángulo que rodó tanto por el espacio que se fue ovalando. ¿El huevo es básicamente un jarro? ¿Habrá sido el primer jarro moldeado por los etruscos? No. El huevo es originario de Macedonia. Allá fue calculado, fruto de la más penosa espontaneidad. En las arenas de Macedonia, un hombre con una vara en la mano lo dibujó. Y después lo borró con el pie desnudo.

El huevo es una cosa que necesita cuidarse. Por eso la gallina es el disfraz del huevo. Para que el huevo atraviese los tiempos, la gallina existe. La madre es para eso. El huevo vive como forajido por estar siempre demasiado adelantado para su época. El huevo, por ahora, será siempre revolucionario. Vive dentro de la gallina para que no lo llamen blanco. El huevo es realmente blanco. Pero no puede ser llamado blanco. No porque eso le haga mal, sino que las personas que llaman blanco al huevo, esas personas mueren para la vida. Llamar blanco a aquello que es blanco puede destruir a la humanidad. Una vez un hombre fue acusado de ser lo que era, y fue llamado Aquel Hombre. No habían mentido: Él era. Pero hasta hoy aún no nos recuperamos, unos después de los otros. La ley general para continuar vivos: se puede decir «un bello rostro», pero quien diga «el rostro», muere; por haber agotado el asunto.

Con el tiempo, el huevo se convirtió en un huevo de gallina. No lo es. Pero, adoptado, usa su apellido. Se debe decir «el huevo de la gallina». Si sólo se dice

«el huevo», se agota el asunto, y el mundo queda desnudo. En relación con el huevo, el peligro es que se descubra lo que se podría llamar belleza, es decir, su veracidad. La veracidad del huevo no es verosímil. Si la descubrieran, pueden querer obligarlo a volverse rectangular. El peligro no es para el huevo; él no se volvería rectangular. (Nuestra garantía es que no puede; no puede, es la gran fuerza del huevo; su grandiosidad viene de la grandeza de no poder, que se irradia como un no querer). Pero quien luchase por convertirlo en rectangular, estaría perdiendo la propia vida. El huevo nos pone, por lo tanto, en peligro. Nuestra ventaja es que el huevo es invisible. Y en cuanto a los iniciados, los iniciados disfrazan el huevo.

En cuanto al cuerpo de la gallina, el cuerpo de la gallina es la mayor prueba de que el huevo no existe. Basta mirar a la gallina para que sea obvio que el huevo es imposible.

¿Y la gallina? El huevo es el gran sacrificio de la gallina. El huevo es la cruz que la gallina carga en la vida. El huevo es el sueño inalcanzable de la gallina. La gallina ama al huevo. No sabe que existe el huevo. Si supiese que tiene en sí misma un huevo, ¿se salvaría? Si supiese que tiene en sí misma el huevo, perdería el estado de gallina. Ser una gallina es la supervivencia de la gallina. Sobrevivir es la salvación. Pues parece que vivir no existe. Vivir lleva a la muerte. Entonces lo que la gallina hace es estar permanentemente sobreviviendo. Se llama sobrevivir a mantener la lucha contra la vida que es mortal. Ser una gallina es eso. La gallina tiene el aire forzado.

Es necesario que la gallina no sepa que tiene un huevo. Si no, se salvaría como gallina, lo que tampoco está garantizado, pero perdería el huevo. Entonces no sabe. Para que el huevo use a la gallina es que la gallina existe. Ella estaba sólo para que se cumpliera, pero le gustó. La desorientación de la gallina viene de eso: gustar no formaba parte del nacer. Gustar de estar vivo duele. En cuanto a quién vino antes, fue el huevo el que encontró a la gallina. La gallina ni siquiera fue llamada. La gallina es directamente una elegida. La gallina vive como en sueño. No tiene sentido de la realidad. Todo el susto de la gallina es porque está siempre interrumpiendo su devaneo. La gallina es un gran sueño. La gallina sufre de un mal desconocido. El mal desconocido de la gallina es el huevo. Ella no sabe explicarse: «Sé que el error está en mí misma», llama error a su vida, «Ya no sé lo que siento», etcétera.

«Etcétera, etcétera, etcétera» es lo que cacarea el día entero la gallina. La gallina tiene mucha vida interior. Para decir la verdad, lo que la gallina sólo tiene

realmente es vida interior. Nuestra visión de su vida interior es lo que llamamos «gallina». La vida interior de la gallina consiste en actuar como si entendiera. Cualquier amenaza y ella grita escandalosamente, hecha una loca. Todo eso para que el huevo no se rompa dentro de ella. El huevo que se rompe dentro de la gallina es como sangre.

La gallina mira el horizonte. Como si de la línea del horizonte estuviera viniendo un huevo. Fuera de ser un medio de transporte para el huevo, la gallina es tonta, desocupada y miope. ¿Cómo podría la gallina entenderse si ella es la contradicción de un huevo? El huevo todavía es el mismo que se originó en Macedonia. La gallina es siempre la tragedia más moderna. Está siempre inútilmente al día. Y continúa siendo rediseñada. Aún no se encontró la forma más adecuada para una gallina. Mientras mi vecino atiende el teléfono, vuelve a dibujar con lápiz distraído la gallina. Pero para la gallina no hay solución: está en su condición no servirse a sí misma. Siendo, sin embargo, su destino más importante que ella, y siendo su destino el huevo, su vida personal no nos interesa.

Dentro de sí la gallina no reconoce al huevo, pero fuera de sí tampoco lo reconoce. Cuando la gallina ve el huevo, piensa que está lidiando con una cosa imposible. Y con el corazón latiendo, con el corazón latiendo tanto, no lo reconoce.

De repente miro el huevo en la cocina y sólo veo en él la comida. No lo reconozco, y mi corazón late. La metamorfosis se está realizando en mí: comienzo a no poder ver ya el huevo. Fuera de cada huevo particular, fuera de cada huevo que se come, el huevo no existe. Ya no consigo más creer en un huevo. Estoy cada vez más sin fuerza para creer, estoy muriendo, adiós, miré demasiado a un huevo y éste me fue adormeciendo.

La gallina que no quería sacrificar su vida. La que optó por querer ser «feliz». La que no advertía que, si se pasara la vida dibujando dentro de sí como en una miniatura el huevo, estaría sirviendo. La que sabía perderse a sí misma. La que pensó que tenía plumas de gallina para cubrirse por poseer preciosa piel, sin entender que las plumas eran exclusivamente para suavizar la travesía al cargar el huevo, porque el sufrimiento intenso podría perjudicar al huevo. La que pensó que el placer era un don, sin advertir que era para que ella se distrajera totalmente mientras el huevo se hacía. La que no sabía que «yo» es apenas una de las palabras que se dibujan mientras se atiende el teléfono, mera tentativa de buscar una forma más adecuada. La que pensó que «yo» significa tener un sí mismo. Las

gallinas perjudiciales al huevo son aquellas que son un «yo» sin tregua. En ellas el «yo» es tan constante que ya no pueden pronunciar más la palabra «huevo». Pero, quién sabe, era eso mismo lo que el huevo necesitaba. Pues si no estuvieran tan distraídas, si prestasen atención a la gran vida que se hace dentro de ellas, perjudicarían al huevo.

Comencé a hablar de la gallina y hace mucho ya que no estoy hablando más que de la gallina. Pero aún estoy hablando del huevo.

Y he aquí que no entiendo al huevo. Sólo entiendo al huevo roto: lo rompo en la sartén. Es de este modo indirecto como me ofrezco a la existencia del huevo: mi sacrificio es reducirme a mi vida personal. Hice de mi placer y de mi dolor mi disimulado destino. Y tener tan sólo la propia vida es, para quien ya vio el huevo, un sacrificio. Como aquellos que, en el convento, barren el piso y lavan la ropa, sirviendo sin la gloria de una función mayor, mi trabajo es el de vivir mis placeres y mis dolores. Es necesario que tenga la modestia de vivir.

Tomo otro huevo en la cocina, le rompo el cascarón y la forma. Y a partir de ese instante exacto no existió nunca un huevo. Es absolutamente indispensable que yo sea una ocupada y una distraída. Soy indispensablemente una de los que reniegan. Formo parte de la masonería de los que vieron una vez el huevo y lo reniegan como modo de protegerlo. Somos los que se abstienen de destruir, y en eso se consumen. Nosotros, agentes disfrazados y distribuidos por las funciones menos reveladoras, a veces nos reconocemos.

Ante un cierto modo de mirar, ante una manera de dar la mano, nos reconocemos y a esto lo llamamos amor. Y entonces no es necesario el disfraz: aunque no se hable, tampoco se miente, aunque no se diga la verdad, tampoco es necesario disimular. Amor es cuando es concedido participar un poco más. Pocos quieren el amor, porque el amor es la gran desilusión de todo lo demás. Y pocos soportan perder todas las otras ilusiones. Están los que volverían al amor, pensando que el amor enriquecerá la vida personal. Es lo contrario: el amor es finalmente la pobreza. Amor es no tener. Amor es incluso la desilusión de lo que se pensaba que era amor. Y no es premio, por eso no envanece, el amor no es premio, es una condición concedida exclusivamente a aquellos que, sin él, corromperían el huevo con el dolor personal. Eso no hace del amor una excepción honrosa; es precisamente concedido a malos agentes, a aquellos que dificultarían todo si no les fuera permitido adivinar vagamente.

A todos los agentes les son dadas muchas ventajas para que el huevo se haga. No es cuestión de tener, pues, envidia; incluso algunas de las condiciones, peores que las de los otros, son tan sólo las condiciones ideales para el huevo. En cuanto al placer de los agentes, ellos también lo reciben sin orgullo. Austeramente viven todos los placeres: inclusive es nuestro sacrificio para que el huevo se haga. Ya nos fue impuesta, incluso, una naturaleza completamente adecuada a mucho placer. Cosa que ayuda. Por lo menos hace menos penoso el placer.

Existen casos de agentes que se suicidan: les parecen insuficientes las poquísimas instrucciones recibidas, y se sienten sin apoyo. Existió el caso del agente que reveló públicamente ser agente porque le resultó intolerable no ser comprendido, y no soportaba más no tener el respeto ajeno: murió atropellado cuando salía de un restaurante. Hubo otro que no necesitó ser eliminado: él mismo se consumió lentamente en la rebelión, su rebelión vino cuando descubrió que las dos o tres instrucciones recibidas no incluían ninguna explicación. Hubo otro, también eliminado, porque pensaba que «la verdad debe ser valientemente dicha», y comenzó, en primer lugar, a buscarla; de él se dijo que murió en nombre de la verdad, pero el hecho es que tan sólo estaba dificultando la verdad con su inocencia; su aparente coraje era tontería, y era ingenuo su deseo de lealtad; no había comprendido que ser leal no es cosa limpia; ser leal es ser desleal para con todo lo demás. Esos casos extremos de muerte no son por crueldad. Es que hay un trabajo, digamos cósmico, que realizar, y los casos individuales infelizmente no pueden ser tenidos en cuenta. Para los que sucumben y se vuelven individuales, existen las instituciones, la caridad, la comprensión que no discrimina motivos, en fin, nuestra vida humana.

Los huevos estallan en la sartén, e inmersa en el sueño preparo el desayuno. Sin ningún sentido de la realidad, grito por los chicos que brotan de varias camas, arrastran sillas y comen, y el trabajo del día que amanece comienza, gritado y reído y comido, clara y yema, alegría entre peleas, día que es nuestra sal y nosotros somos la sal del día; vivir es extremadamente tolerable, vivir ocupa y distrae, vivir hace reír.

Y me hace sonreír en mi misterio. Mi misterio es que siendo yo solamente un medio, y no un fin, me ha dado la más maliciosa de las libertades: no soy tonta y aprovecho. Incluso, hago un mal a los otros que, francamente, no esperaban eso. El falso empleo que me dieron para disfrazar mi verdadera función, pues aprovecho el falso empleo y de él hago el verdadero; incluso el dinero que me dan como jornal para facilitar mi vida de manera tal que el huevo se haga, pues

ese dinero lo he usado para otros fines, desvío la partida, últimamente he comprado acciones de Brahma[4] y estoy rica. A todo eso aún lo llamo tener la necesaria modestia de vivir. Y también el tiempo que me dieron, y que nos dan tan sólo para que en el ocio honrado el huevo se haga, pues ese tiempo lo he usado para placeres ilícitos y dolores ilícitos, enteramente olvidada del huevo. Ésta es mi simplicidad.

¿O es eso mismo lo que ellos quieren que me suceda, precisamente para que el huevo se cumpla? ¿Es libertad o estoy siendo mandada? Pues vengo notando que todo lo que es error mío ha sido aprovechado. Mi rebelión es que para ellos yo no soy nada, soy tan sólo valiosa: me cuidan segundo a segundo, con la más absoluta falta de amor; soy tan sólo valiosa. Con el dinero que me dan, últimamente ando bebiendo. ¿Abuso de confianza? Pero es que nadie sabe cómo se siente por dentro aquel cuyo empleo consiste en fingir que está traicionando, y que termina creyendo en la propia traición. Cuyo empleo consiste en olvidar diariamente. Aquel de quien se exige la aparente deshonra. Ni mi espejo refleja ya un rostro que sea mío. O soy un agente o es la traición misma.

Pero duermo el sueño de los justos por saber que mi vida fútil no molesta la marcha del gran tiempo. Por el contrario: parece que se exige de mí que sea extremadamente fútil, se me exige incluso que duerma como un justo. Ellos me quieren ocupada y distraída, y no les importa cómo. Pues con mi atención equivocada y mi grave tontería, yo podría dificultar lo que se está haciendo a través de mí. Es que yo misma, yo propiamente dicha, sólo he servido realmente para dificultar. Lo que me revela que tal vez sea un agente es la idea de que mi destino me rebasa: al menos esto tuvieron realmente que dejármelo adivinar; yo era de los que harían mal el trabajo si al menos no adivinara un poco; me hicieron olvidar lo que me dejaron adivinar, pero vagamente me quedó la noción de que mi destino me rebasa, y de que soy instrumento del trabajo de ellos. Pero de cualquier modo era sólo instrumento lo que yo podría ser, pues el trabajo no podría realmente ser mío. Ya probé establecerme por cuenta propia y no dio resultado; me quedó hasta hoy esta mano trémula. Si hubiera insistido un poco más habría perdido para siempre la salud. Desde entonces, desde esa malograda experiencia, procuro razonar de este modo: que ya mucho me fue dado, que ellos ya me concedieron todo lo que puede ser concedido, y que otros agentes muy superiores a mí también trabajaron tan sólo para los que no sabían. Y con las mismas poquísimas instrucciones. Ya me fue dado mucho; esto, por ejemplo: una

u otra vez, con el corazón latiendo por el privilegio, sé al menos que no estoy reconociendo; con el corazón latiendo de emoción, al menos no comprendo; con el corazón latiendo de confianza, al menos no sé.

Pero ¿y el huevo? Éste es uno de los subterfugios de ellos: mientras yo hablaba sobre el huevo, había olvidado el huevo. «Hablad, hablad», me instruyeron ellos. Y el huevo queda enteramente protegido por tantas palabras. Hablad mucho, es una de las instrucciones, estoy tan cansada.

Por devoción al huevo, lo olvidé. Mi necesario olvido. Mi interesado olvido. Porque el huevo es un esquivo. Ante mi adoración posesiva podría retraerse y nunca más volver. Pero si fuera olvidado. Si yo hiciera el sacrificio de vivir tan sólo mi vida y de olvidarlo. Si el huevo fuera imposible. Entonces libre, delicado, sin ningún mensaje para mí quizá todavía una vez se desplace del espacio hasta esta ventana que siempre dejé abierta. Y de madrugada descienda en nuestro edificio. Sereno hasta la cocina. Iluminándola con mi palidez.

Tentación

Ella tenía hipo. Y como si no bastara la claridad de las dos de la tarde, era pelirroja.

En la calle vacía, las piedras vibraban de calor: la cabeza de la chiquilla llameaba. Sentada en los escalones de su casa, lo soportaba. Nadie en la calle, sólo una persona esperando inútilmente en la parada del tranvía. Y como si no bastara su mirada sumisa y paciente, el hipo la interrumpía a cada momento, sacudiendo el mentón que se apoyaba amoldado en la mano. ¿Qué hacer con una chica pelirroja con hipo? Nos miramos sin palabras, desaliento contra desaliento. En la calle desierta ninguna señal de tranvía. En una tierra de morenos, ser pelirrojo era una involuntaria rebelión. ¿Qué importaba si en un día futuro su marca iba a hacerla erguir insolente una cabeza de mujer? Por ahora estaba sentada en un escalón centelleante de la puerta, a las dos de la tarde. Lo que la salvaba era un monedero viejo de señora, con la cremallera rota. La aseguraba con un amor conyugal ya acostumbrado, apretándola contra las rodillas.

Fue entonces cuando se aproximó a su otra mitad en este mundo, un hermano de Grajaú[5]. La posibilidad de comunicación surgió en el ángulo caliente de la esquina, acompañando a una señora, y encarnada en la figura de un can. Era un basset lindo y miserable, tierno bajo su fatalidad. Era un basset pelirrojo.

Allá venía él trotando, delante de su dueña, arrastrando su largura. Desprevenido, acostumbrado, perro.

La chica abrió los ojos asombrada. Suavemente avisado, el perro se paró delante de ella. Su lengua vibraba. Ambos se miraban.

Entre tantos seres que están preparados para volverse dueños de otro ser, allí estaba la chica que había venido al mundo para tener aquel perro. Él se estremecía con suavidad, sin ladrar. Ella lo miraba bajo los cabellos, fascinada, seria. ¿Cuánto tiempo estaba pasando? Un gran hipo desafinado la sacudió. Él ni siquiera tembló. También ella pasó por encima del hipo y continuó mirándolo

fijamente.

Los pelos de ambos eran cortos, rojizos.

¿Qué fue lo que se dijeron? No se sabe. Tan sólo se sabe que se comunicaron rápidamente, porque no había tiempo. Se sabe también que sin hablar se pedían. Se pedían con urgencia, intrigados, sorprendidos.

En medio de tanta vaga imposibilidad y de tanto sol, allí estaba la solución para la chica pelirroja. Y en medio de tantas calles para ser trotadas, de tantos perros más grandes, de tantos desagües secos, allá estaba una chica, como si fuera carne de su pelirroja carne. Se miraban profundos, entregados, ausentes de Grajaú. Un instante más y el sueño suspendido se rompería, cediendo tal vez a la gravedad con que se pedían.

Pero ambos estaban comprometidos.

Ella, con su infancia imposible, el centro de la inocencia que solamente se abriría cuando fuera una mujer. Él, con su naturaleza aprisionada.

La dueña esperaba impaciente bajo la sombrilla. El basset pelirrojo finalmente se desprendió de la chica y salió sonámbulo. Ella quedó perpleja, con el acontecimiento en las manos, en una mudez que ni su padre ni su madre comprenderían. Lo acompañó con los ojos negros que apenas creían, doblada sobre el monedero y las rodillas, hasta verlo doblar la otra esquina.

Pero él fue más fuerte que ella. Ni una sola vez miró hacia atrás.

Viaje a Petrópolis

Era una vieja flaquita que, dulce y obstinada, no parecía comprender que estaba sola en el mundo. Los ojos lagrimeaban siempre, las manos reposaban sobre el vestido negro y opaco, viejo documento de su vida. En la tela ya endurecida se encontraban pequeñas costras de pan pegadas por la baba que ahora le volvía a aparecer en recuerdo de la cuna. Allá estaba una mancha amarillenta de un huevo que había comido hacía dos semanas. Y las marcas de los lugares donde dormía. Siempre encontraba dónde dormir, en casa de uno, en casa de otro. Cuando le preguntaban el nombre, decía con la voz purificada por la debilidad y por larguísimos años de buena educación:

—Muchachita.

Las personas sonreían. Contenta por el interés despertado, explicaba:

—Mi nombre, el nombre verdadero, es Margarita.

El cuerpo era pequeño, oscuro, aunque ella hubiera sido alta y clara. Tuvo padre, madre, marido, dos hijos. Todos poco a poco habían muerto. Sólo ella había quedado con los ojos sucios y expectantes, casi cubiertos por un tenue terciopelo blanco. Cuando le daban alguna limosna, le daban poca, pues era pequeña y realmente no necesitaba comer mucho. Cuando le daban cama para dormir, se la daban angosta y dura, porque Margarita había ido poco a poco perdiendo volumen. Ella tampoco agradecía mucho: sonreía y meneaba la cabeza.

Dormía ahora, ya no se sabe por qué motivo, en la pieza de los fondos de una casa grande, en una calle ancha, llena de árboles, en Botafogo[6]. La familia encontraba divertida a Muchachita, pero se olvidaba de ella la mayor parte del tiempo. Es que también se trataba de una vieja misteriosa. Se levantaba de madrugada, arreglaba su cama de enano y se disparaba ligera como si la casa se estuviera quemando. Nadie sabía por dónde andaba. Un día, una de las chicas de la casa le preguntó qué andaba haciendo. Respondió con una sonrisa gentil:

—Paseando.

Les pareció divertido que una vieja, viviendo de la caridad, anduviera paseando. Pero era verdad. Muchachita había nacido en Marañón, donde vivió siempre. Había llegado a Río no hacía mucho, con una señora muy buena que pretendía internarla en un asilo, pero después no pudo ser: la señora viajó para Minas y le dio algún dinero a Muchachita para que se las arreglara en Río. Y la vieja paseaba para ir conociendo la ciudad. Por otra parte, a una persona le bastaba sentarse en una banca de plaza y ya veía Río de Janeiro.

Su vida transcurría así sin problemas, cuando la familia de la casa de Botafogo se sorprendió un día de tenerla en casa desde hacía tanto tiempo, le pareció que era demasiado. De algún modo tenían razón. Allí todos estaban muy ocupados; de vez en cuando surgían bodas, fiestas, noviazgos, visitas. Y cuando pasaban atareados junto a la vieja, se quedaban sorprendidos como si se les interrumpiera, abordados con una palmadita en el hombro: «Mira». Sobre todo, una de las muchachas de la casa sentía un irritado malestar; la vieja le disgustaba sin motivo. Sobre todo la sonrisa permanente, aunque la chica comprendiera que se trataba de un rictus inofensivo. Tal vez por falta de tiempo, nadie habló del asunto. Pero en cuanto alguien pensó en mandarla a vivir a Petrópolis, a la casa de la cuñada alemana, hubo una adhesión más animada de la que una vieja podría provocar.

Cuando, pues, el muchacho de la casa fue con la novia y las dos hermanas a pasar un fin de semana a Petrópolis, llevó a la vieja en el coche.

¿Por qué Muchachita no durmió la noche anterior? Ante la idea de un viaje, en el cuerpo endurecido el corazón se desherrumbraba seco y desacompasado, como si ella se hubiera tragado una píldora grande sin agua. En ciertos momentos ni podía respirar. Pasó la noche hablando, a veces en voz alta. La excitación del paseo prometido y el cambio de vida le aclaraban de repente algunas ideas. Se acordó de cosas que días antes hubiera jurado que nunca existieron. Comenzando por el hijo atropellado, muerto bajo un tranvía en Marañón: si él hubiese vivido con el tráfico de Río de Janeiro, seguro que ahí moría atropellado. Se acordó de los cabellos del hijo, de sus ropas. Se acordó de la taza que María Rosa había roto y de cómo ella le había gritado a María Rosa. Si hubiera sabido que la hija moriría de parto, es claro que no necesitaría gritar. Y se acordó del marido. Sólo recordaba al marido en mangas de camisa. Pero no era posible; estaba segura de que él iba a la dependencia con el uniforme de conserje; iba a fiestas con abrigo, sin contar que no podría haber ido al entierro del hijo y de la hija en mangas de camisa. La búsqueda del abrigo del marido cansó todavía más a la vieja que

suavemente daba vueltas en la cama. De pronto descubrió que la cama era dura.

—¡Qué cama tan dura! —dijo en voz muy alta en medio de la noche.

Es que se había sensibilizado totalmente. Partes del cuerpo de las que no tenía conciencia desde hacía mucho tiempo reclamaban ahora su atención. Y de repente, pero ¡qué hambre furiosa! Alucinada, se levantó, desanudó el pequeño envoltorio, sacó un pedazo de pan con mantequilla reseca que había guardado secretamente hacía dos días. Comió el pan como una rata, arañando hasta la sangre los lugares de la boca donde sólo había encía. Y con la comida, cada vez se reanimaba más. Consiguió, aunque fugazmente, tener la visión del marido despidiéndose para ir al trabajo. Sólo después que el recuerdo se desvaneció, vio que se había olvidado de observar si él estaba o no en mangas de camisa. Se acostó de nuevo, rascándose toda irritada. Pasó el resto de la noche en ese juego de ver por un instante y después no conseguir ver más. De madrugada se durmió.

Y por primera vez fue necesario despertarla. Todavía en la oscuridad, la chica vino a llamarla, con pañuelo anudado en la cabeza y ya de maletín en la mano. Inesperadamente, Muchachita pidió unos instantes para peinar sus cabellos. Las manos trémulas aseguraban el peine roto. Se peinaba, se peinaba. Nunca había sido mujer de ir a pasear sin antes peinarse bien los cabellos.

Cuando por fin se acercó al automóvil, el muchacho y las chicas se sorprendieron con su aire alegre y con los pasos rápidos. «¡Tiene más salud que yo!», bromeó el muchacho. A la chica de la casa se le ocurrió: «Y yo que hasta tenía pena de ella».

Muchachita se sentó junto a la ventanilla del auto, un poco apretada por las dos hermanas acomodadas en el mismo asiento. Nada decía, sonreía. Pero cuando el automóvil dio el primer arranque, empujándola hacia atrás, sintió dolor en el pecho. No era sólo de alegría, era un desgarramiento. El muchacho se dio vuelta:

—¡No se vaya a marear, abuela!

Las chicas rieron, principalmente la que se había sentado adelante, la que de vez en cuando apoyaba la cabeza en el hombro del muchacho. Por cortesía, la vieja quiso responder, pero no pudo. Quiso sonreír, no lo consiguió. Los miró a todos, con ojos lagrimeantes, lo que los otros ya sabían que no significaba llorar. Algo en su rostro amenguó un poco la alegría de la chica de la casa y le dio un aire obstinado.

El viaje fue muy lindo.

Las chicas estaban contentas. Muchachita ya había vuelto ahora a sonreír. Y, aunque el corazón latiese mucho, todo estaba mejor. Pasaron por un cementerio,

pasaron por un almacén, árbol, dos mujeres, un soldado, gato, letras, todo engullido por la velocidad.

Cuando Muchachita se despertó, no sabía más adonde estaba. La carretera ya había amanecido totalmente: era estrecha y peligrosa. La boca de la vieja ardía, los pies y las manos se distanciaban helados del resto del cuerpo. Las chicas hablaban, la de adelante había apoyado la cabeza en el hombro del muchacho. Los paquetes se venían abajo constantemente.

Entonces la cabeza de Muchachita comenzó a trabajar. El marido se le apareció con su abrigo —¡lo encontré, lo encontré!—, el abrigo estaba colgado todo el tiempo en el perchero. Se acordó del nombre de la amiga de María Rosa, de la que vivía enfrente: Elvira, y la madre de Elvira, incluso estaba lisiada. Los recuerdos casi le arrancaban una exclamación. Entonces movía los labios despacio y decía por lo bajo algunas palabras.

Las chicas hablaban:

—¡Ah, gracias, un regalo de ésos no lo quiero!

Fue cuando Muchachita comenzó finalmente a no entender. ¿Qué hacía ella en el automóvil?, ¿cómo había conocido a su marido y dónde?, ¿cómo es que la madre de María Rosa y Rafael, la propia madre, estaba en el automóvil con aquella gente? Enseguida se acostumbró de nuevo.

El muchacho dijo a las hermanas:

—Me parece mejor que no paremos enfrente, para evitar problemas. Ella baja del auto, uno le muestra dónde es, se va sola y da el recado de que llega para quedarse.

Una de las chicas de la casa se turbó: temía que el hermano, con una incomprensión típica de hombre, hablara demasiado delante de la novia. Ellos no visitaban jamás al hermano de Petrópolis, y mucho menos a la cuñada.

—Y bueno —lo interrumpió a tiempo, antes de que él hablase demasiado—. Mira, Muchachita, entras por aquel callejón y no tienes cómo equivocarte: en la casa de ladrillo rojo, preguntas por Arnaldo, mi hermano, ¿oyes? Arnaldo. Di que allá, en casa, no podías quedarte ya; di que la casa de Arnaldo tiene lugar y que tú hasta puedes vigilar un poco al chico, ¿eh?…

Muchachita bajó del automóvil, y durante un tiempo se quedó aún de pie, pero como flotando atontada e inmóvil sobre ruedas. El viento fresco le soplaba la falda larga por entre las piernas.

Arnaldo no estaba. Muchachita entró en la salita donde la dueña de casa, con un trapo de limpiar anudado en la cabeza, tomaba café. Un niño rubio —

seguramente aquel que Muchachita debería vigilar— estaba sentado ante un plato de tomates y cebollas y comía soñoliento, mientras las piernas blancas y pecosas se balanceaban bajo la mesa. La alemana le llenó el plato de papilla de avena, le puso en la mesa pan tostado con mantequilla. Las moscas zumbaban. Muchachita se sentía débil. Si bebiera un poco de café caliente, tal vez se le pasara el frío del cuerpo.

La alemana la examinaba de vez en cuando en silencio: no había creído la historia de la recomendación de la cuñada, aunque «de allá» todo podía esperarse. Pero tal vez la vieja hubiera oído de alguien la dirección, incluso en un tranvía, por casualidad; eso ocurría a veces, bastaba abrir un diario y ver qué ocurría. Es que aquella historia no estaba nada bien contada, y la vieja tenía un aire avivado, ni siquiera escondía la sonrisa. Lo mejor sería no dejarla sola en la salita, con el armario lleno de loza nueva.

—Antes tengo que tomar el desayuno —le dijo—. Después de que mi marido llegue, veremos lo que se puede hacer.

Muchachita no entendió muy bien, porque la mujer hablaba como gringa. Pero entendió que debía continuar sentada. El olor del café le daba ganas, y un vértigo que oscurecía la sala toda. Los labios ardían secos y el corazón latía independiente. Café, café, miraba sonriendo y lagrimeando. A sus pies el perro se mordía la pata, mostrando los dientes al gruñir. La sirvienta, también medio gringa, alta, de cuello muy fino y senos grandes, trajo un plato de queso blanco y blando. Sin una palabra, la madre aplastó bastante queso en el pan tostado y se acercó al hijo. El chico comió todo y, con la barriga grande, tomó un palillo y se levantó:

—Mami, cien cruceiros.

—No, ¿para qué?

—Chocolate.

—No. Mañana es domingo.

Una pequeña luz iluminó a Muchachita: ¿domingo?, ¿qué hacía en aquella casa en vísperas del domingo? Nunca sabría decirlo. Pero bien que le gustaría hacerse cargo de aquel chico. Siempre le habían gustado los chicos rubios: todo chico rubio se parecía al Niño Jesús. ¿Qué hacía en aquella casa? La mandaban sin motivo de un lado a otro, pero ella contaría todo, iban a ver. Sonrió avergonzada: no contaría nada, porque lo que realmente quería era café.

La dueña de la casa gritó hacia adentro, y la sirvienta indiferente trajo un plato hondo, lleno de papilla oscura. Los gringos comían mucho por la mañana;

eso Muchachita lo había visto en Marañón. La dueña de la casa, con su aire sin bromas, porque el gringo en Petrópolis era tan serio como en Marañón, la dueña de la casa sacó una cucharada de queso blanco, lo trituró con el tenedor y lo mezcló con la papilla. Para decir la verdad, porquería propia de gringo. Se puso entonces a comer, absorta, con el mismo aire de hastío que tienen los gringos de Marañón. Muchachita la miraba. El perro mostraba los dientes a las pulgas.

Por fin, Arnaldo apareció en pleno sol, la vitrina brillando. No era rubio. Habló en voz baja con la mujer y, después de demorada confabulación, le dijo firme y curioso a Muchachita:

—No puede ser, aquí no hay lugar, no.

Y como la vieja no protestaba y continuaba sonriendo, él habló más fuerte:

—No hay lugar, ¿entiendes?

Pero Muchachita continuaba sentada. Arnaldo ensayó un gesto. Miró a las dos mujeres en la sala y vagamente sintió lo cómico del contraste. La esposa tensa y colorada. Y más adelante la vieja marchita y oscura, con una sucesión de pieles secas colgadas en los hombros. Ante la sonrisa maliciosa de la vieja, se impacientó:

—¡Y ahora estoy muy ocupado! Te doy dinero y tomas el tren para Río, ¿eh? Vuelves a casa de mi madre, llegas y dices: la casa de Arnaldo no es un asilo, ¿eh?, aquí no hay lugar. Diles así: la casa de Arnaldo no es un asilo, ¿entiendes?

Muchachita aceptó el dinero y se dirigió a la puerta. Cuando Arnaldo ya se iba a sentar para comer, Muchachita reapareció:

—Gracias, Dios le ayude.

En la calle, pensó de nuevo en María Rosa, Rafael, el marido. No sentía la menor nostalgia. Pero se acordaba. Fue hacia la carretera, alejándose cada vez más de la estación. Sonrió como si engañara a alguien: en lugar de volver enseguida, antes iba a pasear un poco. Pasó un hombre. Entonces una cosa muy curiosa, y sin ningún interés, fue iluminada: cuando aún ella era una mujer, los hombres. No conseguía tener una imagen precisa de la figura de los hombres, pero se vio a sí misma con blusas claras y largos cabellos. Le volvió la sed, quemando la garganta. El sol ardía, centelleaba en cada guijarro blanco. La carretera de Petrópolis es muy linda.

En la fuente de piedra negra y mojada, en plena carretera, una negra descalza llenaba una lata de agua.

Muchachita se quedó parada, atisbando. Vio después a la negra juntar las manos y beber.

Cuando la carretera quedó nuevamente vacía, Muchachita se adelantó como si saliera de un escondrijo y se acercó con disimulo a la fuente. Los chorros de agua se escurrieron heladísimos dentro de las mangas hasta los codos, pequeñas gotas brillaban suspendidas en los cabellos.

Saciada, sorprendida, continuó paseando con los ojos más abiertos, atenta a las violentas vueltas que el agua pesada le daba en el estómago, despertando pequeños reflejos como luces en el resto del cuerpo.

La carretera subía mucho. La carretera era más linda que Río de Janeiro, y subía mucho. Muchachita se sentó en una piedra que había junto a un árbol, para poder apreciar. El cielo estaba altísimo, sin una nube. Y había muchos pájaros que volaban del abismo hacia la carretera. La carretera blanca de sol se extendía sobre un abismo verde. Entonces, como estaba cansada, la vieja apoyó la cabeza en el tronco del árbol y murió.

La solución

Se llamaba Almira y había engordado demasiado. Alicia era su mejor amiga. Al menos era lo que le decía a todos con ansiedad, queriendo compensar con la propia vehemencia la falta de amistad que la otra le dedicaba.

Alicia era pensativa y sonreía sin oírla, mientras continuaba escribiendo a máquina.

A medida que la amistad de Alicia no existía, la amistad de Almira crecía más. Alicia era de rostro oval y aterciopelado. La nariz de Almira brillaba siempre. Había en el rostro de Almira una avidez que nunca se le había ocurrido disimular: la misma que tenía por la comida, su contacto más directo con el mundo.

Por qué Alicia toleraba a Almira, nadie lo entendía. Ambas eran mecanógrafas y compañeras, lo que no era una explicación. Ambas merendaban juntas, lo que no era una explicación. Salían de la oficina a la misma hora y esperaban el ómnibus en la misma fila. Almira siempre vigilaba a Alicia. Ésta, distante y soñadora, dejándose adorar. Alicia era pequeña y delicada. Almira tenía el rostro muy ancho, amarillento y brillante: con ella el carmín no duraba en los labios, era de las que se lo comen sin querer.

—Me gustó tanto el programa de Radio Ministerio de Educación —decía Almira intentando de algún modo agradar. Pero Alicia recibía todo como si le fuera debido, incluso la ópera del Ministerio de Educación.

Solamente la naturaleza de Almira era delicada. Con todo aquel cuerpazo, podía perder una noche de sueño por haber dicho una palabra no bien dicha. Y un pedazo de chocolate podía de repente quedársele amargo en la boca ante el pensamiento de que había sido injusta. Lo que nunca le faltaba era chocolate en la bolsa, y sustos por lo que pudiera haber hecho. No por bondad. Tal vez eran nervios flojos en un cuerpo flojo.

La mañana del día en que sucedió, Almira salió para el trabajo corriendo,

masticando todavía un pedazo de pan. Cuando llegó a la oficina, miró hacia el escritorio de Alicia y no la vio. Una hora después, ésta aparecía con los ojos enrojecidos. No quiso explicar ni respondió a las preguntas nerviosas de Almira. Almira casi lloraba sobre la máquina.

Finalmente, a la hora del almuerzo imploró a Alicia que aceptase almorzar con ella: ella pagaría.

Fue exactamente durante el almuerzo cuando el hecho se produjo.

Almira continuaba queriendo saber por qué Alicia había llegado atrasada y con los ojos enrojecidos. Abatida, Alicia apenas respondía. Almira comía con avidez e insistía con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Gordinflona! —dijo Alicia de repente, blanca de rabia—. ¿No me puedes dejar en paz?

Almira se atragantó con la comida, quiso hablar, comenzó a tartamudear. De los labios tiernos de Alicia habían salido palabras que no conseguían bajar con la comida por la garganta de Almira G. de Almeida.

—Eres una pesada y una entrometida —estalló nuevamente Alicia—. ¿Quieres saber lo que pasó, no es cierto? Pues te lo voy a contar, pesada: es que Pepito se fue para Porto Alegre ¡y no va a volver más! ¿Ahora estás contenta, gordinflona?

En verdad Almira parecía haber engordado más en los últimos momentos, con la comida todavía detenida en la boca.

Fue entonces cuando Almira comenzó a despertar. Y como si fuera una flaca, tomó el tenedor y lo clavó en el cuello de Alicia. El restaurante, según se dijo en el diario, se levantó como una sola persona. Pero la gorda, aun después de hecho el gesto, continuó sentada mirando el piso, sin siquiera ver la sangre de la otra.

Alicia fue a la Asistencia Pública, de donde salió con vendas y los ojos todavía desorbitados de espanto. Almira fue apresada en el momento.

Algunas personas observadoras dijeron que en aquella amistad había gato encerrado. Otras, amigas de la familia, contaron que la abuela de Almira, doña Altamiranda, había sido una mujer muy rara. Nadie se acordó de que los elefantes, de acuerdo con los estudiosos del asunto, son criaturas extremadamente sensibles, incluso en las gruesas patas.

En la cárcel Almira se comportó con docilidad y alegría, una alegría tal vez melancólica, pero alegría al fin. Hacía bromas a las compañeras. Finalmente tenía compañeras. Quedó encargada de la ropa sucia, y se llevaba muy bien con las guardianas, que de vez en cuando le conseguían una barra de chocolate.

Exactamente como para un elefante en el circo.

Evolución de una miopía

Si era inteligente, no lo sabía. Ser inteligente o no dependía de la inestabilidad de los demás. Algunas veces lo que él decía despertaba de repente en los adultos una mirada satisfecha y astuta. Satisfecha, por guardar en secreto el hecho de encontrarlo inteligente y no mimarlo; astuta, por participar más que él mismo de aquello que había dicho. Así, pues, cuando era considerado inteligente, tenía al mismo tiempo la inquieta sensación de inconsciencia: algo se le había escapado. La llave de su inteligencia también se le escapaba. Porque a veces, tratando de imitarse a sí mismo, decía cosas que irían por cierto a provocar nuevamente el rápido movimiento en el tablero de damas, pues ésta era la impresión de mecanismo automático que tenía él de los miembros de su familia: al decir algo inteligente, cada adulto miraría con rapidez al otro, con una sonrisa claramente suprimida de los labios, una sonrisa apenas indicada con los ojos, «como nosotros sonreiríamos ahora, si no fuésemos buenos profesores», y como en una cuadrilla de baile de película del *far west*, cada uno habría de algún modo cambiado de pareja y lugar. En suma, ellos se entendían, los miembros de su familia; y se entendían a costa suya. Fuera de entenderse a costa suya, se desentendían permanentemente, pero como una nueva forma de bailar una cuadrilla: incluso cuando se desentendían, sentía que estaban sometidos a las reglas de un juego, como si hubieran concordado no entenderse.

A veces, pues, él intentaba reproducir sus propias frases exitosas, las que habían provocado movimiento en el tablero de damas. No era precisamente para reproducir el éxito anterior ni precisamente para provocar el movimiento mudo de la familia. Sino para tratar de apoderarse de la llave de su «inteligencia». Con todo, en el intento de descubrir leyes y causas, hablaba. Y al repetir una frase exitosa, era recibido esa vez por la distracción de los otros. Con los ojos pestañeando de curiosidad, al comienzo de su miopía, se preguntaba por qué una vez conseguía mover a la familia, y otra vez no. ¿Su inteligencia era juzgada por

la falta de disciplina ajena?

Más tarde, cuando sustituyó la inestabilidad de los otros por la propia, entró en un estado de inestabilidad consciente. Cuando hombre, mantuvo el hábito de pestañear de repente ante el propio pensamiento, al mismo tiempo que fruncía la nariz, lo que sacaba de lugar los anteojos, expresando con ese tic una tentativa de sustituir el juicio ajeno por el propio, en una tentativa de profundizar la propia perplejidad. Pero era un niño con capacidad de estática: siempre había sido capaz de mantener la perplejidad como perplejidad, sin que ella se transformara en otro sentimiento.

Que su propia clave no la tenía él, eso, niño aún, se acostumbró a saberlo, y daba guiños que, al fruncirle la nariz, sacaban de su lugar los anteojos. Y que la clave no la tenía nadie, eso lo fue adivinando poco a poco sin ninguna desilusión, su tranquila miopía le exigía lentes cada vez más gruesos.

Por extraño que parezca, fue justamente por obra de ese estado de permanente incertidumbre y por obra de la prematura aceptación de que nadie tiene la clave, fue a través de todo eso como fue creciendo normalmente, y viviendo en serena curiosidad. Paciente y curioso. Un poco nervioso, decían, refiriéndose al tic de los anteojos. Pero «nervioso» era el nombre que la familia daba a la inestabilidad de juicio de la propia familia. Otro nombre que la inestabilidad de los adultos le daba era el de «bien educado», el de «dócil». Dando así un nombre no a lo que él era, sino a la necesidad variable del momento.

Una que otra vez, en su extraordinaria calma de anteojos, sucedía dentro de él algo brillante y un poco convulsivo como una inspiración.

Fue, por ejemplo, cuando le dijeron que dentro de una semana iría a pasar un día entero a la casa de una prima. Esa prima estaba casada, no tenía hijos y adoraba a los niños. «Día entero». Incluía almuerzo, merienda, cena, y volver casi dormido a casa. Y en cuanto a la prima, la prima significaba amor extra, con sus inesperadas ventajas y una incalculable prisa, y todo daría lugar a que pedidos extraordinarios fueran atendidos. En casa de ella, todo lo que él era tendría por un día entero un valor garantizado. Allí, el amor, más fácilmente estable por ser de sólo un día, no daría oportunidad a inestabilidades de juicio: durante un día entero sería considerado el mismo niño.

En la semana que precedió al «día entero», comenzó por tratar de decidir si sería o no natural con la prima. Procuraba decidir si ya de entrada diría algo inteligente, lo cual resultaría que durante el día entero sería considerado inteligente. O si haría, de entrada mismo, algo que ella juzgase «bien educado», lo

cual haría que durante el día entero fuera el bien educado. Tener la posibilidad de elegir lo que sería y, por primera vez durante un largo día, lo hacía enderezar los anteojos a cada instante.

Poco a poco, en la semana precedente, el círculo de posibilidades se fue ensanchando. Y con la capacidad que tenía de soportar la confusión —era minucioso y tranquilo en relación con la confusión—, terminó descubriendo que hasta podría arbitrariamente decidir ser por un día entero un payaso, por ejemplo. O que podría pasar ese día de un modo muy triste, si así lo decidiera. Lo que lo tranquilizaba era saber que la prima, con su amor sin hijos y sobre todo con la falta de práctica de lidiar con chicos, aceptaría el modo decidido por él sobre cómo debería ser juzgado. Otra cosa que lo ayudaba era saber que nada de lo que él fuese durante aquel día iría realmente a alterarlo. Pues prematuramente —se trataba de un niño precoz— era superior a la inestabilidad ajena y a la propia inestabilidad. De algún modo flotaba sobre la propia miopía y la de los otros. Cosa que le daba mucha libertad. A veces tan sólo la libertad de una incredulidad tranquila. Incluso cuando se hizo hombre, con lentes muy gruesos, nunca llegó a tomar conciencia de esa especie de superioridad que tenía sobre sí mismo.

La semana anterior a la visita a la prima fue de anticipación continua. Algunas veces su estómago se oprimía aprensivo; es que en aquella casa sin niños estaría totalmente a merced del amor sin selección de una mujer. «Amor sin selección» representaba una estabilidad amenazadora: sería permanente, y por cierto concluiría en un único modo de juzgar, y eso era la estabilidad. La estabilidad, ya entonces, significaba para él un peligro: si los otros equivocaran el primer paso de la estabilidad, el error se haría permanente, sin la ventaja de la inestabilidad, que es la de una corrección posible.

Otra cosa que lo preocupaba de antemano era lo que haría el día entero en casa de la prima, además de comer y ser amado. Bueno, siempre estaría la solución de poder, de vez en cuando, ir al baño, lo que haría pasar el tiempo más rápido. Pero con la práctica de ser amado, ya de antemano se avergonzaba de que la prima, una desconocida para él, encarase con infinito cariño sus idas al baño. De un modo general el mecanismo de su vida se había vuelto motivo de ternura. Bueno, también era verdad que, en cuanto a ir al baño, la solución podía ser la de no ir ninguna vez al baño. Pero no sólo sería, durante un día entero, irrealizable, sino que —como él no quería ser considerado «un niño que no va al baño»— eso tampoco representaba ventaja. Su prima, estabilizada por el permanente deseo de tener hijos, tendría, en la no ida al baño, una pista falsa de gran amor.

Durante la semana que precedió al «día entero», no es que él sufriera con las propias tergiversaciones. Pues el paso que muchos no llegan a dar, él ya lo había dado: había aceptado la incertidumbre, y luchaba con los componentes de la incertidumbre con la concentración de quien examina a través de las lentes de un microscopio.

A medida que durante la semana las inspiraciones ligeramente convulsivas se sucedían, éstas fueron gradualmente cambiando de nivel. Abandonó el problema de decidir qué elementos daría a la prima para que ella, a su vez, le diese temporalmente la certeza de «quién era él». Abandonó esas reflexiones y pasó a querer previamente decidir sobre el olor de la casa de la prima, sobre el tamaño del pequeño patio del fondo donde jugaría, sobre los cajones que abriría mientras ella no viera. Y, finalmente, entró en el campo de la prima propiamente dicha. ¿De qué manera debía encarar el amor que la prima le tenía?

Sin embargo, había descuidado un detalle: la prima tenía un diente de oro, del lado izquierdo.

Y fue eso —al entrar por fin en la casa de la prima—, fue eso lo que en un solo instante desequilibró toda la construcción anticipada.

El resto del día podría llamarse horrible, si el niño tuviera la tendencia a poner las cosas en términos de horrible o no horrible. O podría llamarse «deslumbrante», si él fuera de los que esperan que las cosas sean o no.

Estaba el diente de oro, con el cual no había contado. Pero, con la seguridad que encontraba en la idea de una imprevisibilidad permanente, tanto que hasta usaba anteojos, no se volvió inseguro por el hecho de encontrar ya desde el comienzo algo con lo que no había contado.

Enseguida, la sorpresa del amor de la prima. Es que el amor de la prima no empezó por ser evidente, al contrario de lo que él había imaginado. Ella lo había recibido con una naturalidad que inicialmente lo ofendió; pero poco después no lo había ofendido más. Ella enseguida dijo que iba a arreglar la casa y que él podía jugar. Lo que le dio al niño, así de golpe, un día entero vacío y lleno de sol.

Allá a las quinientas, limpiando los anteojos, intentó, aunque con cierta imparcialidad, el golpe de inteligencia e hizo una observación sobre las plantas del fondo. Pues, cuando hacía en voz alta una observación, era considerado muy observador. Pero su fría observación sobre las plantas recibió en respuesta un «eso eso», entre golpes de escoba en el piso. Entonces fue al baño, donde decidió que, ya que todo había fracasado, jugaría a «no ser juzgado»: durante un día entero no sería nada, simplemente no sería. Y abrió la puerta en un arranque de

libertad.

Pero, a medida que el sol subía, la presión delicada del amor de la prima fue haciéndose sentir. Y cuando él se dio cuenta, era un amado. A la hora del almuerzo, la comida fue puro amor equivocado y estable: bajo los ojos tiernos de la prima, él se adaptó con curiosidad al gusto extraño de aquella comida, tal vez una marca de aceite de oliva diferente se adaptó al amor de una mujer, amor nuevo que no se parecía al amor de los otros adultos: era un amor pidiendo realización, porque a la prima le faltaba la gravidez, que ya es en sí un amor materno realizado. Pero era un amor sin la previa gravidez. Era un amor pidiendo, *a posteriori*, la concepción. En fin, el amor imposible.

El día entero el amor exigiendo un pasado que redimiera el presente y el futuro. El día entero, sin una palabra, ella exigiendo de él que hubiese nacido en su vientre. La prima no quería nada de él, sino eso. Quería del niño de anteojos que ella no fuese una mujer sin hijos. Ese día, pues, él conoció una de las raras formas de estabilidad: la estabilidad del deseo irrealizable. La estabilidad del ideal inalcanzable. Por primera vez, él, que era un ser destinado a la moderación, por primera vez se sintió atraído por lo inmoderado: atracción por lo extremo, imposible. En una palabra, por lo imposible. Y por primera vez tuvo entonces amor por la pasión.

Y fue como si la miopía pasara y él viese claramente el mundo. La visión más profunda y simple que tuvo de la especie de universo en que vivía y donde viviría. No una rápida visión de pensamiento. Fue tan sólo como si se hubiera quitado los anteojos, y justamente la miopía fuese lo que lo hiciera ver con dificultad. Tal vez fue a partir de entonces cuando adquirió una costumbre para el resto de la vida: cada vez que la confusión aumentaba y él veía poco, se quitaba los anteojos con el pretexto de limpiarlos y, sin las gafas, miraba al interlocutor con una fijeza reverberada de ciego.

La quinta historia

Esta historia podría llamarse «Las estatuas». Otro nombre posible es «El asesinato». Y también «Cómo matar cucarachas». Entonces haré por lo menos tres historias verdaderas, porque ninguna de ellas desmiente a la otra. Aunque una sola serían mil y una, si me dieran mil y una noches.

La primera, «Cómo matar cucarachas», comienza así: me quejé de las cucarachas. Una señora oyó mi queja. Me dio la receta de cómo matarlas. Que mezclase en partes iguales azúcar, harina y yeso. La harina y el azúcar las atraerían, el yeso les quemaría lo de adentro. Así hice: murieron.

La otra historia es justamente la primera, y se llama «El asesinato». Comienza así: me quejé de las cucarachas. Una señora me oyó. Sigue la receta. Y entonces entra el asesinato. La verdad es que sólo en abstracto me había quejado de las cucarachas, que ni mías eran: pertenecían a la planta baja y escalaban las cañerías del edificio hasta nuestro hogar. Sólo a la hora de preparar la mezcla fue cuando se volvieron también mías. En nuestro nombre, entonces, comencé a medir y pesar ingredientes en una concentración un poco más intensa. Un vago rencor me había invadido, un sentido de ultraje. De día las cucarachas eran invisibles y nadie creería en el mal secreto que roía una casa tan tranquila. Pero si ellas, como los males secretos, dormían de día, allí estaba yo preparándoles el veneno de noche. Meticulosa, ardiente, preparaba el elixir de la larga muerte. Un miedo excitado y mi propio mal secreto me guiaban. Ahora yo sólo quería fríamente una cosa: matar cada cucaracha que existe. Las cucarachas suben por las cañerías mientras una, cansada, sueña. Y he aquí que la receta estaba lista, tan blanca. Como para cucarachas astutas como yo, esparcí hábilmente el polvo hasta que éste más parecía formar parte de la naturaleza. Desde mi cama, en el silencio del departamento, las imaginaba subiendo una a una hasta el patio de servicio donde la oscuridad dormía, sólo un mantel despierto en la cuerda de la ropa. Desperté horas después en un sobresalto de atraso. Ya era de madrugada. Atravesé la

cocina. Allí en el piso del patio estaban ellas, tiesas, grandes. Durante la noche yo las había matado. En nombre nuestro, amanecía. En el morro, un gallo cantó.

La tercera historia que ahora se inicia es la de «Las estatuas». Comienza diciendo que yo me había quejado de las cucarachas. Después viene la misma señora. Prosigue hasta el punto en que, de madrugada, me despierto y todavía soñolienta atravieso la cocina. Más soñoliento que yo está el patio en su perspectiva de azulejos. Y en la oscuridad de la aurora, un tinte violáceo que distancia todo, distingo a mis pies sombras y blancuras: decenas de estatuas se desparraman rígidas. Las cucarachas que se habían endurecido de dentro hacia afuera. Algunas con la barriga para arriba. Otras a la mitad de un gesto que no se completaría jamás. En la boca de unas un poco de comida blanca. Soy el primer testimonio del amanecer en Pompeya. Sé cómo fue esta última noche; sé de la orgía en la oscuridad. En algunas el yeso se habrá endurecido tan lentamente como en un proceso vital, y ellas, con movimientos cada vez más penosos, habrán intensificado ávidamente las alegrías de la noche, tratando de huir de dentro de sí mismas. Hasta que se vuelven de piedra, en un espanto de inocencia, y con tal, tal mirada de afligida censura. Otras, súbitamente asaltadas por el propio interior, sin siquiera haber tenido la intuición de un molde interno que se petrificaba: ésas de pronto se cristalizan, así como la palabra es cortada de la boca: yo te… Ellas que, usando el nombre de amor en vano, en la noche de verano cantaban. Mientras aquella otra, la de antena marrón, sucia de blanco, habrá adivinado demasiado tarde que se había momificado justamente por no haber sabido usar las cosas con la gracia gratuita del en vano: «Es que miré demasiado hacia adentro de mí; es que miré demasiado hacia adentro de…», desde mi fría altura de gente miro la destrucción de un mundo. Amanece. Una que otra antena de cucaracha muerta tiembla seca con la brisa. De la historia anterior canta el gallo.

La cuarta narración inaugura una nueva era en el hogar. Comienza como se sabe: me quejé de las cucarachas. Va hasta el momento en que veo los monumentos de yeso. Muertas, sí. Pero miro hacia las cañerías, por donde esta misma noche ha de renovarse una población lenta y viva en fila india. ¿Renovaría entonces todas las noches el azúcar letal?, como quien ya no duerme sin la avidez de un rito. ¿Y todas las madrugadas me conduciría sonámbula hasta el pabellón?, en el vicio de ir al encuentro de las estatuas que mi noche sudada levantaba. Me estremecí de placer ruin ante la visión de aquella doble vida de hechicera. Y me estremecí también ante el aviso del yeso que seca: el vicio de vivir que haría estallar mi molde interno. Áspero instante de elección entre dos caminos que,

pensaba, se dicen adiós, y segura de que cualquier elección sería la del sacrificio: yo o mi alma. Elegí. Y hoy ostento secretamente en el corazón una placa de virtud: «Esta casa fue fumigada».

La quinta historia se llama «Leibniz y la trascendencia del amor en la Polinesia». Comienza así: me quejé de las cucarachas.

Una amistad sincera

No es que fuésemos amigos desde hacía mucho tiempo. Nos conocimos tan sólo en el último año de la escuela. Desde ese momento estábamos juntos a cualquier hora. Hacía tanto que necesitábamos a un amigo que nada había que no nos confiáramos el uno al otro. Llegamos a un punto de amistad en que ya no podíamos esconder un pensamiento: enseguida uno llamaba por teléfono al otro, marcando una cita inmediata. Después de la charla, nos sentíamos tan contentos como si nos hubiéramos regalado a nosotros mismos. Ese estado de comunicación continua llegó a tal exaltación que, el día en que nada teníamos para confiarnos, buscábamos con cierta aflicción un asunto. Sólo que el asunto tenía que ser serio, pues no cabría en cualquiera la vehemencia de la sinceridad experimentada por primera vez.

Ya en ese tiempo aparecieron las primeras señales de perturbación entre nosotros. Algunas veces uno llamaba por teléfono, nos encontrábamos, y nada teníamos que decirnos. Éramos muy jóvenes y no sabíamos quedarnos callados. Desde el principio, cuando comenzó a faltarnos tema, intentamos comentar sobre las personas. Pero bien sabíamos que ya estábamos adulterando el núcleo de la amistad. Tratar de hablar sobre nuestras mutuas novias también estaba fuera de la cuestión, pues un hombre no hablaba de sus amores. Probamos quedarnos callados; pero nos poníamos inquietos a poco de separarnos.

Mi soledad, a la vuelta de tales encuentros, era grande y árida. Llegué a leer libros tan sólo para poder hablar de ellos. Pero una amistad sincera deseaba la sinceridad más pura. Buscándole, comenzaba a sentirme vacío. Nuestros encuentros eran cada vez más decepcionantes. Mi sincera pobreza se revelaba poco a poco. También él, yo lo sabía, había llegado al punto muerto de sí mismo.

Fue entonces cuando, habiéndose mudado mi familia para São Paulo, y viviendo él solo, pues su familia era de Piauí, fue entonces cuando lo invité a vivir en nuestro apartamento, que había quedado bajo mi custodia. Qué alborozo

de alma. Radiantes, arreglábamos nuestros libros y discos, preparábamos un ambiente perfecto para la amistad. Después de que todo estuvo listo, henos aquí dentro de casa, de brazos caídos, mudos, llenos tan sólo de amistad.

Queríamos tanto salvar al otro. La amistad es materia de salvación.

Pero todos los problemas ya habían sido tratados, todas las posibilidades estudiadas. Tan sólo teníamos esa cosa que habíamos buscado sedientos hasta entonces y finalmente encontrado: una amistad sincera. Único modo, sabíamos, y con qué amargura lo sabíamos, de salir de la soledad que un espíritu encierra en el cuerpo.

Pero cómo se nos revelaba sintética la amistad. Como si quisiéramos desparramar en un largo discurso una evidencia que una palabra agotaría. Nuestra amistad era tan insoluble como la suma de dos números: inútil querer desarrollar para más de un momento la certeza de que dos y tres son cinco.

Intentamos organizar algunas juergas en el apartamento, pero no sólo los vecinos protestaron, sino que no sirvió de nada.

Si al menos pudiéramos hacernos favores uno al otro. Pero no había oportunidad ni creíamos en pruebas de una amistad que no precisaba de ellas. Lo más que podíamos hacer era lo que hacíamos: saber que éramos amigos. Cosa que no bastaba para llenar los días, sobre todo las largas vacaciones.

Data de esas vacaciones el comienzo de la verdadera aflicción.

Él, a quien yo nada podía dar más que mi sinceridad, él llegó a ser una acusación de mi pobreza. Para colmo, la soledad de uno al lado del otro, oyendo música o leyendo, era mucho mayor que cuando estábamos solos. Y, por encima de todo, incómoda. No había paz. Yendo después cada uno hacia su cuarto, con alivio ni nos mirábamos.

Es verdad que hubo una pausa en el curso de las cosas, una tregua que nos dio más esperanzas de las que en realidad cabría esperar. Fue cuando mi amigo tuvo un pequeño problema con la alcaldía. No es que fuese grave, pero nosotros lo hicimos grave para usarlo mejor. Porque entonces ya habíamos caído en la facilidad de hacernos favores. Anduve entusiasmado por las oficinas de los conocidos de mi familia, consiguiendo influencias para mi amigo. Y cuando comenzó la fase de sellar papeles, corrí por toda la ciudad: puedo en conciencia decir que no hubo firma que se legalizase sin ser a través de mi mano.

En esa época nos encontrábamos de noche en casa, exhaustos y animados: contábamos las hazañas del día, planeábamos los ataques siguientes. No profundizábamos mucho en lo que estaba sucediendo, bastaba que todo eso

tuviese la marca de la amistad. Creí comprender por qué los novios se hacen regalos, por qué el marido se empeña en dar comodidades a la esposa, y ésta le prepara afanosa la comida, por qué la madre exagera los cuidados al hijo. Fue, por otra parte, en ese periodo cuando, con algún sacrificio, di un pequeño broche de oro a la que hoy es mi mujer. Sólo mucho tiempo después iba a comprender que estar también es dar.

Terminado el problema con la alcaldía —de paso sea dicho, con nuestra victoria—, seguimos uno al lado del otro, sin encontrar aquella palabra que entregaría el alma. ¿Entregaría el alma? Pero a fin de cuentas, ¿quién quería entregar el alma? Vaya, vaya.

Finalmente, ¿qué queríamos? Nada. Estábamos fatigados, desilusionados.

Con el pretexto de unas vacaciones con mi familia, nos separamos. Por otra parte, también él se iba a Piauí. Un apretón de manos conmovido fue nuestro adiós en el aeropuerto. Sabíamos que no nos veríamos más, sino por casualidad. Más que eso: que no queríamos volver a vernos. Y sabíamos también que éramos amigos.

Amigos sinceros.

Los obedientes

Se trata de una situación simple, un hecho para contar y olvidar.

Pero si alguien comete la imprudencia de detenerse un instante más de lo que debe, un pie se hunde dentro y uno queda comprometido. Desde ese instante en que también nosotros nos arriesgamos, ya no se trata de un hecho para contar; comienzan a faltar las palabras que no lo traicionarían. A esa altura, demasiado hundidos, el hecho dejó de ser un hecho para convertirse tan sólo en su difusa repercusión. Que si es demasiado retardada, un día viene a explotar como en esta tarde de domingo, cuando hace semanas que no llueve y cuando, como hoy, la belleza reseca persiste, sin embargo, como belleza. Frente a la cual asumo una gravedad como delante de una tumba. A esa altura, ¿por dónde anda el hecho inicial? Se volvió inicial esta tarde. Sin saber cómo luchar con la belleza, dudo entre ser agresiva o replegarme un poco herida. El hecho inicial está suspendido en la polvareda soleada de este domingo, hasta que me llaman por teléfono y de un salto voy a lamer agradecida la mano del que me ama y me libera.

Cronológicamente la situación era la siguiente: un hombre y una mujer estaban casados.

Ya con verificar este hecho, mi pie se hundió. Me vi obligada a pensar en algo. Aun cuando no dijese nada más, y terminara la historia con esta verificación, ya me habría comprometido con mis más irreconocibles pensamientos. Ya sería como si hubiese visto, raya negra sobre fondo blanco, a un hombre y una mujer. Y en ese fondo blanco mis ojos se fijarían teniendo ya bastante que ver, pues toda palabra tiene su sombra.

Ese hombre y esa mujer comenzaron —sin ninguna intención de ir demasiado lejos, y llevados no se sabe por qué necesidad que las personas tienen— a intentar vivir más intensamente. ¿A la búsqueda del destino que nos precede? ¿Y a cuál quiere llevarnos el instinto? ¿Instinto?

El intento de vivir más intensamente los llevó, a cada uno, a una especie de

constante verificación de debe y haber, a un intento de pesar lo que era y lo que no era importante. Eso ellos lo hacían a su modo: con falta de habilidad y de experiencia, con modestia. Tanteaban. En un vicio descubierto por ambos demasiado tarde en la vida, cada cual por su lado intentaba continuamente distinguir lo que era de lo que no era esencial, es decir, ellos nunca usarían la palabra esencial, que no pertenecía a su ambiente. Pero de nada servía el vago esfuerzo casi obligado que hacían: la trama se les escapaba diariamente. Sólo mirando, por ejemplo, hacia el día anterior es como tenían la impresión de tener, de algún modo y, por así decirlo, contra su voluntad, y por eso sin mérito, la impresión de haber vivido. Pero entonces era de noche, se calzaban las zapatillas y era de noche.

Todo eso no llegaba a formar una situación para la pareja. Quiere decir, algo que cada uno pudiera contar incluso a sí mismo en la hora en que cada uno se daba vuelta en la cama hacia un lado y, un segundo antes de dormir, quedaba con los ojos abiertos. Y las personas que necesitan tanto poder contar su propia historia. Ellos no tenían qué contar. Con un suspiro de bienestar, cerraban los ojos y dormían agitados. Y cuando hacían el balance de sus vidas, ni podían al menos incluir en él esa tentativa de vivir más intensamente, y descontarla, como en el impuesto sobre la renta. Balance que poco a poco comenzaban a hacer con mayor frecuencia, incluso sin el equipo técnico de una terminología adecuada a los pensamientos. Si se trataba de una situación, no llegaba a ser una situación de la cual se vivía ostensiblemente.

Pero no era tan sólo así como sucedía. En verdad también estaban tranquilos porque «no conducir», «no inventar», «no errar» les resultaba, mucho más que una costumbre, una cuestión de honor asumida tácitamente. Nunca se acordarían de desobedecer.

Tenían la briosa compenetración que les había venido de la conciencia noble de ser dos personas entre millones iguales. «Ser un igual» era el papel que les había tocado, y la tarea a ellos asignada. Los dos, condecorados, serios, correspondían grata y cívicamente a la confianza que los iguales habían depositado en ellos. Pertenecían a una casta. El papel que cumplían, con cierta emoción y con dignidad, era el de personas anónimas, el de hijos de Dios, como en un club de personas.

Quizá tan sólo debido al paso insistente del tiempo todo eso había comenzado, sin embargo, a volverse diario, diario, diario. A veces sofocante. (Tanto el hombre como la mujer ya habían iniciado la edad crítica). Abrían las

ventanas y decían que hacía mucho calor. Sin que vivieran precisamente en el tedio, era como si nunca les mandaran noticias. El tedio, con todo, formaba parte de una vida de sentimientos honestos.

Pero, al fin, como todo eso no les resultaba comprensible, y se encontraban muchos, muchos puntos por encima de ellos, y si fuera expresado en palabras no lo reconocerían, todo eso, reunido y considerado ya como pasado, se parecía a la vida irremediable, a la cual ellos se sometían con un silencio de multitud y con el aire un poco afligido que tienen los hombres de buena voluntad. Se parecía a la vida irremediable para la cual Dios nos quiere.

Vida irremediable, pero no concreta. En verdad era una vida de sueño. A veces, cuando hablaban de alguien excéntrico, decían con la benevolencia que una clase tiene por la otra: «Ah, ése lleva una vida de poeta». Tal vez se puede decir, aprovechando las pocas palabras que se conocieron de la pareja, se puede decir que ambos llevaban, salvo la extravagancia, una vida de mal poeta: vida de sueño.

No, no es verdad. No era una vida de sueño, pues éste jamás los había orientado. Sino de irrealidad. Aunque hubiese momentos en que, de repente, por un motivo o por otro, ahondasen en la realidad. Y entonces les parecía haber tocado un fondo desde donde nadie puede pasar.

Como, por ejemplo, cuando el marido volvía a casa más temprano que de costumbre y la esposa todavía no había vuelto de alguna compra o visita. Para el marido se interrumpía entonces una corriente. Se sentaba con cuidado para leer el diario, dentro de un silencio tan callado que incluso una persona muerta a su lado lo rompería. Y él, fingiendo con severa honestidad una atención minuciosa al diario, atentos los oídos. En ese momento es cuando el marido tocaba fondo con pies sorprendidos. No podría permanecer mucho tiempo así, sin riesgo de ahogarse, pues tocar fondo significa también tener el agua por encima de la cabeza. Eran así sus momentos concretos. Lo que hacía que él, lógico y sensato, se zafara rápidamente. Se zafaba rápido, aunque curiosamente a disgusto, pues la ausencia de la esposa era una promesa tal de peligroso placer que experimentaba lo que sería la desobediencia. Se zafaba a disgusto, pero sin discutir, obedeciendo a lo que esperaban de él. No era un desertor que traicionara la confianza de los otros. Además, si era ésta la realidad, no había cómo vivir en ella o de ella.

La esposa, ella sí tocaba la realidad con más frecuencia, porque tenía más tiempo libre y menos a lo que llamar hechos, cosas como colegas de trabajo,

autobús lleno, palabras administrativas. Se sentaba a zurcir ropa, y poco a poco venía llegando la realidad. Era intolerable mientras duraba la sensación de estar sentada zurciendo ropa. El modo sorpresivo de poner el punto sobre la i, esa manera de caber enteramente en lo que existía y de quedar todo tan nítidamente en aquello mismo, era intolerable. Pero cuando pasaba, era como si la esposa hubiera bebido de un futuro posible. Poco a poco el futuro de esa mujer empezó a volverse algo que ella traía hacia el presente, una cosa meditativa y secreta.

Era sorprendente cómo los dos no estaban sensibilizados, por ejemplo, por la política, por el cambio de gobierno, por la evolución de un modo general, aunque también hablasen a veces al respecto como todo el mundo. En verdad eran personas tan reservadas que se habrían sorprendido, lisonjeadas, si alguna vez les dijeran que eran reservadas. Nunca se les ocurriría que se llamaba así. Tal vez entendiesen más si les dijeran: «Ustedes simbolizan nuestra reserva militar». De ellos dijeron algunos conocidos, después de que todo sucedió: Eran buena gente. Y nada más habría que decir, puesto que lo eran.

Nada más había que decir. Les faltaba el peso de una equivocación grave, que tantas veces es la que abre por casualidad una puerta. Alguna vez habían tomado muy en serio alguna cosa. Eran obedientes.

Tampoco sólo por sumisión: como en un soneto, era obediencia por amor a la simetría. La simetría era para ellos el arte posible.

Cómo fue que llegó cada uno a la conclusión de que, solo, sin el otro, viviría más; sería camino largo para reconstruir, y de inútil trabajo, porque desde varios rincones muchos ya habían llegado al mismo punto.

La esposa, bajo la fantasía continua, no sólo llegó temerariamente a esa conclusión, sino que ésta hizo su vida más amplia y perpleja, más rica, y hasta supersticiosa. Cada cosa parecía la señal de otra cosa, todo era simbólico, e incluso un poco espiritista dentro de lo que el catolicismo permitiría. No sólo se dedicó temerariamente a eso, sino que —provocada exclusivamente por el hecho de ser mujer— comenzó a pensar que otro hombre la salvaría. Lo que no llegaba a ser absurdo. Ella sabía que no lo era. Tener razón a medias la confundía, la sumergía en meditación.

El marido, influido por el ambiente de afligida masculinidad en que vivía, y por la suya, que era tímida pero efectiva, comenzó a pensar que muchas aventuras amorosas serían la vida.

Soñadores, empezaron a sufrir soñadores, era heroico soportar. Callados en cuanto a lo entrevisto por cada uno, discordando en cuanto a la hora más

conveniente de cenar, uno sirviendo de sacrificio al otro, amor es sacrificio.

Llegamos así al día en que, tragada desde hace mucho por el sueño, la mujer, al dar un mordisco a una manzana, sintió rompérsele un diente de delante. Con la manzana todavía en la mano y mirándose demasiado de cerca en el espejo del baño —y de este modo perdiendo del todo la perspectiva—, vio una cara pálida, de mediana edad, con un diente roto, y los propios ojos… Tocando fondo, y con el agua ya por el cuello, con cincuenta y tantos años, sin una nota, en lugar de ir al dentista, se arrojó por la ventana del apartamento, persona por la cual se podría sentir tanta gratitud, reserva militar y sustentáculo de nuestra desobediencia.

En cuanto a él, una vez seco el lecho del río y sin agua que lo ahogase, caminaba sobre el fondo sin mirar el suelo; diligente como si usara bastón. Inesperadamente seco el lecho del río, caminaba perplejo y sin peligro sobre el fondo con la jovialidad de quien va a caer de bruces más adelante.

La Legión Extranjera

Si me preguntaran por Ofelia y sus padres, habría respondido con el decoro de la honestidad: apenas los conocí. Delante del mismo jurado al cual respondería: apenas me conozco, y a cada cara del jurado le diría con la misma mirada límpida de quien se hipnotizó para la obediencia: apenas os conozco. Pero algunas veces despierto del largo sueño y me vuelvo con docilidad hacia el delicado abismo del desorden.

Estoy tratando de hablar de aquella familia que desapareció hace años sin dejar rastros en mí, y de la que tan sólo me había quedado una imagen esfumada por la distancia. Mi inesperado consentimiento en saber fue provocado hoy por el hecho de aparecer en casa un pollito. Vino traído por obra de quien quería tener el gusto de darme una cosa nacida. Al sacar de su encierro al pollito, su gracia nos atrapó en el momento. Mañana es Navidad, pero el momento de silencio que espero todo el año vino un día antes de nacer Cristo. Una cosa piando por sí misma despierta la tiernísima curiosidad que junto a un pesebre es adoración. Bueno, dijo mi marido, y ahora esto. Se había sentido demasiado grande. Sucios, con la boca abierta, los chicos se aproximaron. Yo, un poco osada, quedé feliz. El pollito piaba. Pero Navidad es mañana, dijo tímido el chico mayor. Sonreíamos desamparados, curiosos.

Pero los sentimientos son agua de un instante. Poco después —como la misma agua ya es otra cuando el sol la deja muy liviana, y otra ya cuando se irrita tratando de morder una piedra, y otra también en el pie que se sumerge—, poco después ya no teníamos en el rostro más que aureola e iluminación. Alrededor del pollito afligido, nos sentíamos bien y ansiosos. A mi marido, la bondad lo deja ríspido y severo, cosa a la que nos acostumbramos; él se crucifica un poco. En los chicos, que son más serios, la bondad es un ardor. A mí, la bondad me intimida. Al poco rato la misma agua era otra, y mirábamos disgustados, enredados en la falta de habilidad de ser buenos. Y, el agua ya otra, poco a poco teníamos en el

rostro la responsabilidad de una aspiración, el corazón pesado de un amor que ya no era libre. También nos volvía torpes el miedo que el pollito nos tenía; allí estábamos, y ninguno merecía comparecer ante el pollito; a cada piada, nos echaba afuera. A cada piada, nos reducía a no hacer nada. La constancia de su pavor nos acusaba de una alegría imprudente que a esa hora ya ni era alegría, era incomodidad. Había pasado el instante del pollito, y él, cada vez más indispensable, nos expulsaba sin dejarnos. Nosotros, los adultos, ya habíamos ocultado el sentimiento. Pero en los chicos había una indignación silenciosa, y su acusación era que nada hacíamos por el pollito o por la humanidad. A nosotros, padre y madre, el piar cada vez más ininterrumpido ya nos había llevado a una resignación vergonzosa: las cosas son de ese modo. Sólo que nunca les habíamos contado eso a los niños, teníamos vergüenza; y postergábamos indefinidamente el momento de llamarlos y decirles con claridad que las cosas son así. Cada vez se hacía más difícil, el silencio crecía, y ellos empujaban un poco el afán con que queríamos darles, a cambio, amor. Si nunca habíamos conversado sobre las cosas, mucho más tuvimos que esconderles en ese instante la sonrisa que terminó aflorándonos con el piar desesperado de aquel pico, una sonrisa como si nos correspondiera bendecir el hecho de que las cosas fueran así, de ese modo, y hubiéramos acabado de bendecirlas.

El pollito piaba. Sobre la mesa barnizada no osaba dar un paso, un movimiento, piaba para adentro. Yo ni siquiera sabía dónde cabía tanto terror en una cosa que era sólo plumas. ¿Plumas cubriendo qué?, media docena de huesos que se habían reunido, débiles, ¿para qué?, para el piar de terror. En silencio, con respeto ante la imposibilidad de comprendernos, con respeto ante la rebelión de los chicos contra nosotros, en silencio mirábamos sin mucha paciencia. Era imposible darle la palabra tranquilizadora que lo hiciese no tener miedo, consolar a la cosa que por haber nacido se espanta. ¿Cómo prometerle la costumbre? Padre y madre, sabíamos cuán breve sería la vida del pollito. También éste lo sabía, del modo como las cosas vivas lo saben: a través del susto profundo.

Y mientras tanto, el pollito lleno de gracia, cosa breve y amarilla. Yo quería que también él sintiera la gracia de su vida, así como la habían pedido de nosotros, él que era la alegría de los otros, no la propia. Que sintiera que era gratuito, ni siquiera necesario —uno de los pollitos tiene que ser inútil—, sólo había nacido para gloria de Dios, entonces que fuese la alegría de los hombres. Pero era amar nuestro amor y querer que el pollito fuera feliz solamente porque lo amábamos. Yo también sabía que sólo la madre resuelve el nacimiento, y el

nuestro era amor de quien se complace en amar: me agitaba en la gracia de permitírseme amar, campanas, campanas repicaban porque sé adorar. Pero el pollito temblaba, cosa de terror, no de belleza.

El niño menor no soportó más:

—¿Quieres ser su mamá?

Yo dije que sí, sobresaltada. Yo era la enviada junto a aquella cosa que no comprendía mi único lenguaje: estaba amando sin ser amada. La misión era falible, y los ojos de cuatro chicos esperaban con la intransigencia de la esperanza mi primer gesto de amor eficaz. Retrocedí un poco, sonriendo solitaria del todo; miré a mi familia, quería que ellos sonrieran. Un hombre y cuatro chicos me miraban fijamente, incrédulos y confiados. Yo era la mujer de la casa, el granero. Por qué la impasibilidad de los cinco, no lo entendí. Cuántas veces había fracasado para que, en mi hora de timidez, ellos me miraran. Intenté aislarme del desafío de los cinco hombres para yo también esperar de mí y acordarme de cómo es el amor. Abrí la boca, iba a decirles la verdad: no sé cómo.

Pero si me llegara de noche una mujer. Si ella asegurara al hijo en el regazo. Y dijera: cura a mi hijo. Yo diría: ¿cómo se hace? Ella respondería: cura a mi hijo. Yo diría: tampoco sé. Ella respondería: cura a mi hijo. Entonces —entonces, porque no sé hacer nada y porque no me acuerdo de nada y porque es de noche—, entonces extiendo la mano y salvo a un niño. Porque es de noche, porque estoy sola en la noche de otra persona, porque este silencio es muy grande para mí, porque tengo dos manos para sacrificar a la mejor de ellas y porque no tengo otro camino.

Entonces extendí la mano y tomé el pollito.

Fue en ese instante cuando volví a ver a Ofelia. Y en ese instante me acordé de que había sido el testimonio de una chica.

Más tarde recordé cómo la vecina, madre de Ofelia, era trigueña como una hindú. Tenía ojeras violáceas que la embellecían mucho y le daban un aire fatigado que hacía que los hombres la miraran una segunda vez. Un día, en el banco del jardín, mientras los chicos jugaban, me había dicho con esa su cabeza obstinada de quien mira hacia el desierto: «Siempre quise hacer un curso de decoración de pasteles». Me acordé de que el marido, trigueño también, como si se hubieran elegido por la sequedad del color, quería ascender en la vida a través de su ramo de negocios: gerencia de hoteles o incluso dueño, nunca entendí bien. Cosa que le daba una dura cortesía. Cuando en el ascensor nos veíamos forzados al contacto más prolongado, él aceptaba el cambio de palabras con un tono de

arrogancia que traía de luchas mayores. Hasta llegar al décimo piso, la humildad a la que su indiferencia me había forzado, ya lo había amansado un poco; quizá llegara a casa más bien servido. En cuanto a la madre de Ofelia, ella temía que, a fuerza de vivir en el mismo piso, hubiese intimidad y, sin saber que yo me resguardaba también, me evitaba. La única intimidad había sido la del banco del jardín, donde, con ojeras y boca fina, había hablado de decorar pasteles. Yo no había sabido qué responder y terminé diciendo, para que supiera que ella me agradaba, que el curso de los pasteles me gustaría. Ese único momento mutuo nos había alejado aún más, por temor a un abuso de comprensión. La madre de Ofelia llegó incluso a ser grosera en el ascensor: al día siguiente estaba yo con uno de los niños tomado de la mano, el ascensor bajaba despacio, y yo, oprimida por el silencio que, a la otra, la fortificaba, había dicho en un tono de agrado que en el mismo instante también a mí me repugnó:

—Nos estamos dirigiendo a casa de la abuela de él.

Y ella, para asombro mío:

—No le pregunté nada, nunca me meto en la vida de los vecinos.

—Ajá —dije yo por lo bajo.

Lo que allí mismo, en el ascensor, me hizo pensar que yo estaba pagando por haber sido su confidente de un minuto en el banco del jardín. Lo que, a su vez, me hizo pensar que ella tal vez juzgase haberme confiado más de lo que en realidad había confiado. Lo que, a su vez, me hizo pensar si verdaderamente no me había dicho más de lo que las dos habíamos percibido. Mientras el ascensor continuaba bajando y deteniéndose, yo reconstituí su aire insistente y soñador en la banca del jardín, y miré con ojos nuevos la belleza altanera de la madre de Ofelia. «No le contaré a nadie que quieres decorar pasteles», pensé mirándola rápidamente.

El padre agresivo, la madre reservándose. Familia soberbia. Me trataban como si yo ya viviera en su futuro hotel y los ofendiese con el pago que exigían. Sobre todo me trataban como si ni yo lo creyera, ni ellos pudieran probar quiénes eran. ¿Y quiénes eran ellos?, me preguntaba a veces. ¿Por qué la bofetada que estaba impresa en sus rostros?, ¿por qué la dinastía exiliada? Y a tal punto no me perdonaban, que yo obraba como no perdonada: si los encontraba en la calle, fuera del sector al que me circunscribía, me sobresaltaba, sorprendida en delito; retrocedía para que ellos pasaran, les daba el lugar: los tres trigueños y bien vestidos pasaban como si fueran a misa, aquella familia que vivía bajo el signo de un orgullo o de un martirio oculto, amoratados como flores de la Pasión. Familia antigua, aquélla.

Pero el contacto se hizo a través de la hija. Era una chica hermosísima, con largos bucles duros, Ofelia, con ojeras iguales a las de la madre, las mismas encías un poco violetas, la misma boca fina de quien se cortó. Pero ésa, la boca, hablaba. Le dio por aparecer en casa. Tocaba el timbre, yo abría la mirilla, no veía nada, oía una voz decidida:

—Soy yo, Ofelia María dos Santos Aguiar.

Desanimada, abría la puerta. Ofelia entraba. La visita era para mí, mis dos chicos en aquel tiempo eran demasiado pequeños para su pausada sabiduría. Yo era importante y estaba ocupada; pero era para mí la visita: con una atención del todo interior, como si para todo hubiera un tiempo, levantaba con cuidado la falda de olanes, se sentaba, arreglaba los olanes, y sólo entonces me miraba. Yo, que entonces copiaba el archivo de la oficina, trabajaba y oía. Ofelia me daba consejos. Tenía opinión formada respecto a todo. Todo lo que yo hacía era un poco equivocado, en su opinión. Decía «en mi opinión» con tono resentido, como si yo le debiera haber pedido consejos, y ya que yo no los pedía, ella los daba. Con sus ocho años altivos y bien vividos, decía que en su opinión yo no criaba bien a los chicos; pues a los chicos, cuando se les da la mano, quieren subirse a la cabeza. El plátano no se mezcla con la leche. Mata. Pero claro que usted hace lo que quiere; cada uno sabe lo suyo. Ya no era hora de estar en bata; su madre se cambiaba de ropa en cuanto salía de la cama, pero cada uno termina llevando la vida que quiere. Si yo le explicaba que era porque todavía no me había bañado, Ofelia se quedaba quieta, mirándome atenta. Con alguna suavidad, entonces, con alguna paciencia, agregaba que no era hora de no haber tomado todavía el baño. Nunca era mía la última palabra. Qué última palabra podría dar cuando ella me decía: la empanada de verdura nunca lleva tapa. Una tarde, en una panadería, me vi inesperadamente ante la verdad inútil: allá estaba sin tapa una fila de empanadas de verdura. «Pero yo le avisé», la oí como si estuviera presente. Con sus bucles y olanes, con su firme delicadeza, era una visita en la sala todavía desarreglada. Lo que importaba era que decía también muchas tonterías, lo que, en mi desaliento, me hacía sonreír desesperada.

La peor parte de la visita era la del silencio. Yo levantaba los ojos de la máquina, y no sabría decir desde hacía cuánto tiempo Ofelia me miraba en silencio. ¿Qué le puede atraer en mí a esta niña?, me exasperaba. Una vez, después de su largo silencio, me había dicho, tranquila: usted es rara. Y yo, alcanzada en pleno rostro sin protección —justamente en el rostro, que por ser nuestro revés es cosa tan sensible—, yo, alcanzada en pleno, había pensado con

rabia; pues vas a ver que es precisamente esa rareza lo que buscas. Ella, que estaba totalmente protegida, y tenía madre protegida, y padre protegido.

Yo todavía prefería, pues, consejo y crítica. Menos tolerable era ya su costumbre de usar la expresión «por lo tanto» con la que unía las frases en una concatenación que no fallaba. Me dijo que yo había comprado demasiada verdura en el mercadillo; por lo tanto, no iban a caber en el pequeño refrigerador, y, por lo tanto, se marchitarían antes del próximo día de mercadillo. Días después yo miraba las verduras magulladas. Por lo tanto, sí. Otra vez había visto mis verduras esparcidas por la mesa de la cocina, yo que disimuladamente había obedecido. Ofelia miró, miró. Parecía dispuesta a no decir nada. Yo esperaba de pie, agresiva, muda. Ofelia dijo sin ningún énfasis:

—Es poco hasta el próximo día de mercadillo.

Las verduras se acabaron mediada la semana. ¿Cómo es que ella lo sabe?, me preguntaba con curiosidad. «Por lo tanto» sería quizá la respuesta. ¿Por qué yo nunca, nunca sabía? ¿Por qué ella sabía de todo, por qué la tierra le era tan familiar, y yo sin protección? ¿Por lo tanto? Por lo tanto.

Una vez Ofelia se equivocó. La geografía —dijo sentada frente a mí con los dedos cruzados en el regazo— es una manera de estudiar. No llegaba a ser un error, era más bien un leve estrabismo del pensamiento; pero para mí tuvo la gracia de una caída, y antes de que el momento pasara, por dentro le dije: es así como se hace ¡eso!, ve despacio así, y un día te va a ser más fácil o más difícil; pero es así, ve equivocándote, bien, bien despacio.

Una mañana, en medio de su charla, me advirtió autoritaria: «Voy a casa a ver una cosa, pero vuelvo enseguida». Arriesgué: «Si estás muy ocupada, no necesitas volver». Ofelia me miró muda, inquisitiva. «Hay una niña muy antipática», pensé bien claro para que ella viera toda la frase expuesta en mi rostro. Ella sostuvo la mirada. La mirada donde —con sorpresa y desolación— vi fidelidad, paciente confianza en mí y el silencio de quien nunca habló. ¿Cuándo es que yo le había tirado un hueso para que me siguiera muda por el resto de la vida? Desvié los ojos. Ella suspiró, tranquila. Y dijo con mayor decisión aún: «Vuelvo enseguida». ¿Qué es lo que quiere?, me agité, ¿por qué atraigo a personas que ni siquiera gustan de mí?

Una vez, cuando Ofelia estaba sentada, tocaron el timbre. Fui a abrir y me encontré con la madre de Ofelia. Llegaba protectora, exigente:

—¿Por casualidad Ofelia María está ahí?

—Sí —me excusé, como si la hubiera raptado.

—No hagas más eso —le dijo a Ofelia en un tono que también me dirigía; después se volvió hacia mí y, súbitamente ofendida:

—Disculpe la molestia.

—No se preocupe, esta chica es tan inteligente.

La madre me miró con ligera sorpresa; pero la sospecha pasó por sus ojos. Y en ellos leí: ¿qué es lo que quieres de ella?

—Ya le prohibí a Ofelia María que la moleste —dijo ahora con abierta desconfianza. Y, asegurando con firmeza la mano de la chica para llevarla, parecía defenderla contra mí. Con una sensación de decadencia, espié por la mirilla entreabierta sin ruidos: allá iban las dos por el corredor que llevaba a su apartamento, la madre abrigando a la hija con murmullos de reprensión amorosa, la hija impasible temblándole los bucles y olanes. Al cerrar la mirilla, advertí que todavía no me había cambiado de ropa y, por lo tanto, había sido vista así por la madre que se cambiaba de ropa al salir de la cama. Pensé con cierta desenvoltura: bueno, ahora la madre me desprecia; por lo tanto, estoy libre de que la chica vuelva.

Pero volvía, sí. Yo resultaba demasiado atrayente para aquella chica. Tenía bastantes defectos para sus consejos; era terreno para el desarrollo de su severidad; ya me había convertido en el dominio de mi esclava: volvía, sí, levantaba los olanes, se sentaba.

Por ese entonces, estando cerca la Pascua, el mercadillo estaba lleno de pollitos, y traje uno para los chicos. Jugamos, después él se quedó en la cocina, los chicos en la calle. Más tarde aparecía Ofelia para la visita. Yo escribía a máquina; de vez en cuando concordaba distraída. La voz igual de la chica, voz de quien habla de memoria, me atontaba un poco, entraba por entre las palabras escritas; ella decía, decía.

Fue cuando me pareció que de pronto todo se había detenido. Sintiendo falta del suplicio, la miré neblinosa. Ofelia María estaba con la cabeza bien erguida, con los bucles totalmente inmovilizados.

—¿Qué es eso? —dijo.

—¿El qué?

—¡Eso! —dijo inflexible.

—¿Eso?

Nos habríamos quedado indefinidamente en una ronda de «¿Eso?», y «¡Eso!», si no fuera por la fuerza excepcional de esa chica, que, sin una palabra, tan sólo con la extrema autoridad de la mirada, me obligaba a oír lo que ella misma oía.

En el silencio de la atención a que me había forzado, oí finalmente el débil piar del pollito en la cocina.

—Es el pollito.

—¿Pollito? —dijo desconfiadísima.

—Compré un pollito —respondí resignada.

—¡Pollito! —repitió, como si la hubiese insultado.

—Pollito.

Y en eso quedaríamos. Si no fuera por cierta cosa que vi y que nunca había visto antes.

¿Qué era? Pero, fuese lo que fuese, ya no estaba allí. Un pollito había centelleado un segundo en sus ojos y en ellos se había sumergido para no haber existido nunca. Y la sombra se hizo. Una sombra profunda cubriendo la tierra. Desde el instante en que involuntariamente su boca estremeciéndose casi había pensado «Yo también quiero», desde ese instante la oscuridad se había adensado en el fondo de los ojos en un deseo retráctil, que si lo tocasen, más se cerraría como hoja de adormidera. Y que retrocedía delante de lo imposible, lo imposible que se había acercado y, con tentación, casi había sido de ella: lo oscuro de los ojos osciló como una moneda. Una astucia le pasó entonces por el rostro, si yo no estuviera allí, por astucia, ella robaría cualquier cosa. En los ojos que pestañearon ante la disimulada sagacidad, en los ojos la gran tendencia a la rapiña. Me miró rápida, y era la envidia; tienes de todo, y la censura, porque no somos la misma y yo tendré un pollito, y la codicia: ella me quería para sí. Lentamente me fui reclinando en el respaldo de la silla; su envidia, que desnudaba mi pobreza, y dejaba pensativa a mi pobreza; si no estuviera yo allí, también robaría mi pobreza; ella quería todo. Después de que el estremecimiento de la codicia pasó, lo oscuro de los ojos sufrió todo: no era solamente a un rostro sin protección que yo la exponía, ahora la había expuesto a lo mejor del mundo: a un pollito. Sin verme, sus ojos calientes me miraban en una abstracción intensa que se ponía en íntimo contacto con mi intimidad. Algo pasaba que yo no conseguía entender a simple vista. Y nuevamente volvió el deseo. Esta vez los ojos se angustiaron como si nada pudieran hacer con el resto del cuerpo que se desprendía independientemente. Y más se ensanchaban, sorprendidos con el esfuerzo físico de la descomposición que dentro de ella se realizaba. La boca delicada permaneció un poco infantil, de un violeta macerado. Miró hacia el techo: las ojeras le daban un aire de supremo martirio. Sin moverme, yo la miraba. Yo sabía la gran incidencia de mortalidad infantil. En ella me envolvía la

gran pregunta: ¿vale la pena? No sé, le dijo mi quietud cada vez mayor, pero es así. Allí, delante de mi silencio, ella estaba entregándose al proceso, y si me preguntaba la gran pregunta, tenía que quedar sin respuesta. Tenía que darse por nada. Tendría que ser, y por nada. Ella se aferraba en sí misma, no queriendo. Pero yo esperaba. Sabía que somos lo que tiene que suceder. Yo sólo podía servirle a ella de silencio. Y, deslumbrada de desentendimiento, oía latir dentro de mí un corazón que no era el mío. Delante de mis ojos fascinados, allí frente a mí, como un ectoplasma, ella se estaba transformando en una niña.

No sin dolor. En silencio yo veía el dolor de su alegría difícil. El lento cólico de un caracol. Se pasó lentamente la lengua por los labios finos. (Ayúdame, dijo su cuerpo en la penosa bipartición. Estoy ayudándote, respondió mi inmovilidad). La agonía lenta. Ella estaba engordando, deformándose con lentitud. Por momentos los ojos se volvían puras pestañas, en una avidez de huevo. Y la boca de un hambre temblorosa. Casi sonreía entonces, como si extendida en una mesa de operación dijera que no estaba doliendo tanto. No me perdía de vista: había marcas de pies que ella no veía, por allí ya había caminado alguien, y ella adivinaba que yo había caminado mucho. Se deformaba más y más, casi idéntica a sí misma. ¿Arriesgo? ¿Dejo sentir?, se preguntaba en ella. Sí, se respondió por mí.

Y mi primer sí me embriagó. Sí, repitió mi silencio para el de ella, sí. Como en la hora de nacer mi hijo yo le había dicho: sí. Tenía la osadía de decirle sí a Ofelia, yo que sabía que también se muere de chico sin advertirlo nadie. Sí, repetí embriagada, porque el peligro más grande no existe: cuando se va, se va todo junto, tú misma siempre estarás; eso, eso es lo que llevarás para lo que vaya a ser.

La agonía de su nacimiento. Hasta entonces nunca había visto el coraje. El coraje de ser el otro que se es, el de nacer del propio parto, y el de abandonar en el suelo el cuerpo antiguo. Y sin haberle respondido si valía la pena. «Yo», trataba de decir su cuerpo mojado por las aguas. Sus nupcias consigo misma.

Ofelia preguntó lentamente, con recato por lo que le sucedía:

—¿Es un pollito?

No la miré.

—Es un pollito, sí.

De la cocina venía el débil piar. Quedamos en silencio como si Jesús hubiera nacido. Ofelia respiraba, respiraba.

—¿Un polluelo? —se aseguró vacilante.

—Un polluelo, sí —dije yo guiándola con cuidado hacia la vida.

—¡Ah, un polluelo! —dijo meditando.

—Un polluelo —dije sin embrutecerla.

Hacía ya algunos minutos que estaba frente a una niña. Se había realizado la metamorfosis.

—Está en la cocina.

—¿En la cocina? —repitió, haciéndose la desentendida.

—En la cocina —repetí por primera vez autoritaria, sin agregar nada más.

—¡Ah!, en la cocina —dijo Ofelia con mucho fingimiento y miró hacia el techo.

Pero sufría. Con cierta vergüenza, noté finalmente que me estaba vengando. La otra sufría, fingía, miraba hacia el techo. La boca, las ojeras.

—Puedes ir a la cocina a jugar con el polluelo.

—¿Yo…? —preguntó haciéndose la tonta.

—Pero solamente si quieres.

Sé que debería haberla mandado, para no exponerla a la humillación de querer tanto. Sé que no le debería haber dado la opción, y entonces ella tendría la disculpa de que había sido obligada a obedecer. Pero en aquel momento no era por venganza por lo que le daba el tormento de la libertad. Es que aquel paso, también aquel paso debería darlo sola. Sola y ahora. Ella es la que tendría que ir a la montaña. ¿Por qué —me confundía—, por qué estoy tratando de soplar mi vida en su boca violeta? ¿Por qué estoy dándole una respiración? ¿Cómo me atrevo a respirar dentro de ella, si yo misma…, solamente para que ella camine, estoy dándole los penosos pasos? ¿Le soplo mi vida sólo para que un día, exhausta, sienta por un instante como si la montaña hubiera caminado hasta ella?

Yo tendría el derecho. Pero no tenía opción. Era una emergencia como si los labios de la niña estuvieran cada vez más violetas.

—Ve a ver el polluelo solamente si quieres —repetí entonces con la extrema dureza de quien salva.

Quedamos enfrentándonos, diferentes, cuerpo separado de cuerpo; solamente la hostilidad nos unía. Yo estaba seca e inerte en la silla para que la chica se hiciese dolor dentro de otro ser, firme para que luchase dentro de mí; cada vez más fuerte a medida que Ofelia necesitara odiarme y necesitara que yo resistiese al sufrimiento de su odio. No puedo vivir eso por ti, le dijo mi frialdad. Su lucha se hacía cada vez más próxima, y en mí, como si aquel individuo que había nacido extraordinariamente dotado de fuerza estuviera bebiendo de mi debilidad. Al usarme ella me lastimaba con su fuerza; me arañaba al tratar de agarrarse a mis

paredes lisas. Finalmente, su voz sonó con baja y lenta rabia:

—Pues voy a ver al pollito en la cocina.

—Ve, sí —dije lentamente.

Se retiró pausada, buscando mantener la dignidad de la espalda.

De la cocina volvió inmediatamente: estaba sorprendida, sin pudor, mostrando al pollito en la mano, y en una perplejidad que me indagaba por completo con los ojos:

—¡Es un polluelo! —dijo.

Lo miró en la mano que se extendía; me miró, miró de nuevo la mano, y de pronto se llenó de una nerviosidad y de una preocupación que me envolvieron automáticamente en nerviosidad y preocupación.

—¡Pero es un polluelo! —dijo, e inmediatamente la censura le pasó por los ojos, como si yo no le hubiera dicho quién piaba.

Me reí. Ofelia me miró, ultrajada. Y de repente rió. Ambas reímos entonces, un poco agudas.

Después de reírnos, Ofelia puso a caminar en el suelo al pollito. Si él corría, ella iba atrás, sólo parecía dejarlo autónomo para sentir nostalgia; pero si se encogía, ella lo protegía presurosa, con pena de que él estuviera bajo su dominio, «Pobrecito, es mío»; y cuando lo aseguraba, era con mano torcida por la delicadeza: era el amor, sí, el tortuoso amor. Es muy pequeño; por lo tanto, lo que necesita es mucho cuidado, uno no puede hacerle mimos, porque esto tiene sus peligros; no deje que lo agarren por casualidad; usted haga lo que quiera, pero el maíz es demasiado grande para su piquito abierto; porque él es blandito, pobre, tan chiquito, por lo tanto, usted no puede dejar a sus hijos que le hagan cariños; sólo yo sé el cariño que le gusta; se resbala por cualquier motivo, por lo tanto, el piso de la cocina no es lugar para el polluelo.

Hacía mucho tiempo que intentaba nuevamente escribir a máquina, buscando recuperar el tiempo perdido, y Ofelia entreteniéndome, y poco a poco hablando sólo para el polluelo, y amando por amor. Por primera vez me había abandonado, ella ya no era yo. La miré, toda de oro como estaba, y el pollito todo de oro, y los dos zumbaban como rueca y huso. También mi libertad por fin, y sin ruptura; adiós, y yo sonreía de nostalgia.

Mucho después advertí que era conmigo con quien Ofelia hablaba.

—Me parece —me parece— que lo voy a poner en la cocina.

—Pues ve.

No vi cuándo fue, no vi cuándo volvió. En algún momento, por casualidad y

distraída, sentí que desde hacía rato había silencio. La miré un instante. Estaba sentada, con los dedos cruzados en el regazo. Sin saber exactamente por qué, la miré una segunda vez:

—¿Qué pasa?

—¿Yo?…

—¿Estás sintiendo algo?

—¿Yo?…

—¿Quieres ir al baño?

—¿Yo?…

Desistí, volví a la máquina. Un poco después oí la voz:

—Voy a tener que irme a casa.

—Está bien.

—Si usted me deja.

La miré sorprendida:

—Mira, si quieres…

—Entonces —dijo—, entonces me voy.

Fue caminando despacio, cerró la puerta sin ruido. Me quedé mirando la puerta cerrada. Eres rara, pensé. Volví a mi trabajo.

Pero no conseguía salir de la misma frase. Bueno —pensé impaciente mirando el reloj—, ¿y ahora qué? Me quedé indagando sin gusto, buscando en mí misma lo que podría estar interrumpiéndome. Cuando ya desistía, volví a ver una cara extremadamente tranquila: Ofelia. Menos que una idea me pasó por la cabeza y, ante lo inesperado, ésta se inclinó para oír mejor lo que sentía. Lentamente empujé la máquina. Obstinada, fui apartando despacio las sillas del camino. Hasta pararme lentamente ante la puerta de la cocina. En el piso estaba el pollito muerto. ¡Ofelia!, llamé, en un impulso, a la niña prófuga.

A una distancia infinita yo veía el piso. Ofelia, inútilmente intenté alcanzar a la distancia el corazón de la chica callada. ¡Oh, no te asustes mucho!; a veces uno mata por amor, pero juro que un día uno se olvida, ¡lo juro! Uno no ama bien, oye, repetí como si pudiera alcanzarla antes de que, desistiendo de servir a lo verdadero, ella altivamente fuera a servir a la nada. Yo que no me había acordado de avisarle que sin el miedo existía el mundo. Pero juro que eso es la respiración. Estaba muy cansada, me senté en el banco de la cocina.

Donde estoy ahora, batiendo despacito el pastel para mañana. Sentada, como si durante todos estos años hubiera esperado pacientemente en la cocina. Debajo de la mesa, tiembla el pollito de hoy. El color amarillo es el mismo, el pico es el

mismo. Como se nos promete en la Pascua, en diciembre vuelve. Ofelia es la que no volvió: creció. Fue a ser la princesa hindú por la que su tribu esperaba en el desierto.

FELICIDAD CLANDESTINA

(Traducción de Marcelo Cohen)

Felicidad clandestina

Ella era gorda, baja, pecosa y de pelo excesivamente crespo, medio pelirrojo. Tenía un busto enorme, mientras que todas nosotras todavía éramos planas. Como si no fuese suficiente, por encima del pecho se llenaba de caramelos los dos bolsillos de la blusa. Pero poseía lo que a cualquier niña devoradora de historias le habría gustado tener: un papá dueño de una librería.

No lo aprovechaba mucho. Y nosotras todavía menos: incluso para los cumpleaños, en vez de un librito barato por lo menos, nos entregaba una postal de la tienda del papá. Para colmo, siempre era algún paisaje de Recife, la ciudad donde vivíamos, con sus puentes más que vistos. Detrás escribía con letra elaboradísima palabras como «fecha natalicia» y «recuerdos».

Pero qué talento tenía para la crueldad. Mientras haciendo barullo chupaba caramelos, toda ella era pura venganza. Cómo nos debía de odiar esa niña a nosotras, que éramos imperdonablemente monas, delgadas, altas, de cabello libre. Conmigo ejercitó su sadismo con una serena ferocidad. En mi ansiedad por leer, yo no me daba cuenta de las humillaciones que me imponía: seguía pidiéndole prestados los libros que a ella no le interesaban.

Hasta que le llegó el día magno de empezar a infligirme una tortura china. Como por casualidad, me informó de que tenía *El reinado de Naricita*, de Monteiro Lobato.

Era un libro grueso, válgame Dios, era un libro para quedarse a vivir con él, para comer, para dormir con él. Y totalmente por encima de mis posibilidades. Me dijo que si al día siguiente pasaba por su casa me lo prestaría.

Hasta el día siguiente, de la alegría, yo estuve transformada en la misma esperanza: no vivía, nadaba lentamente en un mar suave, las olas me transportaban de un lado a otro.

Literalmente corriendo, al día siguiente fui a su casa. No vivía en un apartamento, como yo, sino en una casa. No me hizo pasar. Con la mirada fija en

la mía, me dijo que le había prestado el libro a otra niña y que volviera a buscarlo al día siguiente. Boquiabierta, yo me fui despacio, pero al poco rato la esperanza había vuelto a apoderarse de mí por completo y ya caminaba por la calle a saltos, que era mi manera extraña de caminar por las calles de Recife. Esa vez no me caí: me guiaba la promesa del libro, llegaría el día siguiente, los siguientes serían después mi vida entera, me esperaba el amor por el mundo, anduve brincando por las calles y no me caí una sola vez.

Pero las cosas no fueron tan sencillas. El plan secreto de la hija del dueño de la librería era sereno y diabólico. Al día siguiente allí estaba yo en la puerta de su casa, con una sonrisa y el corazón palpitante. Todo para oír la tranquila respuesta: que el libro no se hallaba aún en su poder, que volviese al día siguiente. Apenas me imaginaba yo que más tarde, en el transcurso de la vida, el drama del «día siguiente» iba a repetirse para mi corazón palpitante otras veces como aquélla.

Y así seguimos. ¿Cuánto tiempo? No lo sé. Ella sabía que, mientras la hiel no se escurriese por completo de su cuerpo gordo, sería un tiempo indefinido. Yo había empezado a adivinar, es algo que adivino a veces, que me había elegido para que sufriera. Pero incluso sospechándolo, a veces lo acepto, como si el que me quiere hacer sufrir necesitara desesperadamente que yo sufra.

¿Cuánto tiempo? Yo iba a su casa todos los días, sin faltar ni uno. A veces ella decía: Pues el libro estuvo conmigo ayer por la tarde, pero como tú no has venido hasta esta mañana se lo presté a otra niña. Y yo, que no era propensa a las ojeras, sentía cómo las ojeras se ahondaban bajo mis ojos sorprendidos.

Hasta que un día, cuando yo estaba en la puerta de la casa de ella oyendo silenciosa, humildemente, su negativa, apareció la mamá. Debía de extrañarle la presencia muda y cotidiana de esa niña en la puerta de su casa. Nos pidió explicaciones a las dos. Hubo una confusión silenciosa, entrecortada de palabras poco aclaratorias. A la señora le resultaba cada vez más extraño el hecho de no entender. Hasta que, esa mamá buena, entendió al fin. Se volvió hacia la hija y con enorme sorpresa exclamó: ¡Pero si ese libro no ha salido nunca de casa y tú ni siquiera quisiste leerlo!

Y lo peor para esa mujer no era el descubrimiento de lo que pasaba. Debía de ser el horrorizado descubrimiento de la hija que tenía. Nos observaba en silencio: la potencia de perversidad de su hija desconocida, la niña rubia de pie ante la puerta, exhausta, al viento de las calles de Recife. Fue entonces cuando, recobrándose al fin, firme y serena le ordenó a su hija: Vas a prestar ahora mismo

ese libro. Y a mí: «Y tú te quedas con el libro todo el tiempo que quieras». ¿Entendido? Eso era más valioso que si me hubiesen regalado el libro: «el tiempo que quieras» es todo lo que una persona, grande o pequeña, puede tener la osadía de querer.

¿Cómo contar lo que siguió? Yo estaba atontada y fue así como recibí el libro en la mano. Creo que no dije nada. Tomé el libro. No, no partí brincando como siempre. Me fui caminando muy despacio. Sé que sostenía el grueso libro con las dos manos, apretándolo contra el pecho. Poco importa también cuánto tardé en llegar a casa. Tenía el pecho caliente, el corazón pensativo.

Al llegar a casa no empecé a leer. Simulaba que no lo tenía, únicamente para sentir después el sobresalto de tenerlo. Horas más tarde lo abrí, leí unas líneas maravillosas, volví a cerrarlo, me fui a pasear por la casa, lo postergué más aún yendo a comer pan con mantequilla, fingí no saber dónde había guardado el libro, lo encontraba, lo abría por unos instantes. Creaba los obstáculos más falsos para esa cosa clandestina que era la felicidad. Para mí la felicidad siempre habría de ser clandestina. Era como si ya lo presintiera. ¡Cuánto me demoré! Vivía en el aire… Había en mí orgullo y pudor. Yo era una reina delicada.

A veces me sentaba en la hamaca para balancearme con el libro abierto en el regazo, sin tocarlo, en un éxtasis purísimo.

Ya no era una niña más con un libro: era una mujer con su amante.

Restos del carnaval

No, no del último carnaval. Pero éste, no sé por qué, me transportó a mi infancia y a los miércoles de ceniza en las calles muertas donde revoloteaban despojos de serpentinas y confeti. Una que otra beata, con la cabeza cubierta por un velo, iba a la iglesia, atravesando la calle tan extremadamente vacía que sigue al carnaval. Hasta que llegase el próximo año. Y cuando se acercaba la fiesta, ¿cómo explicar la agitación íntima que me invadía? Como si al fin el mundo, de retoño que era, se abriese en gran rosa escarlata. Como si las calles y las plazas de Recife explicasen al fin para qué las habían construido. Como si voces humanas cantasen finalmente la capacidad de placer que se mantenía secreta en mí. El carnaval era mío, mío.

En la realidad, sin embargo, yo poco participaba. Nunca había ido a un baile infantil, nunca me habían disfrazado. En compensación me dejaban quedar hasta las once de la noche en la puerta, al pie de la escalera del departamento de dos pisos, donde vivíamos, mirando ávidamente cómo se divertían los demás. Dos cosas preciosas conseguía yo entonces, y las economizaba con avaricia para que me durasen los tres días: un atomizador de perfume y una bolsa de confeti. Ah, se está poniendo difícil escribir. Porque siento cómo se me va a ensombrecer el corazón al constatar que, aun incorporándome tan poco a la alegría, tan sedienta estaba yo que en un abrir y cerrar de ojos me transformaba en una niña feliz.

¿Y las máscaras? Tenía miedo, pero era un miedo vital y necesario porque coincidía con la sospecha más profunda de que también el rostro humano era una especie de máscara. Si un enmascarado hablaba conmigo en la puerta al pie de la escalera, de pronto yo entraba en contacto indispensable con mi mundo interior, que no estaba hecho sólo de duendes y príncipes encantados sino de personas con su propio misterio. Hasta el susto que me daban los enmascarados era, pues, esencial para mí.

No me disfrazaban: en medio de las preocupaciones por la enfermedad de mi

madre, a nadie en la casa se le pasaba por la cabeza el carnaval de la pequeña. Pero yo le pedía a una de mis hermanas que me rizara esos cabellos lacios que tanto disgusto me causaban, y al menos durante tres días al año podía jactarme de tener cabellos rizados. En esos tres días, además, mi hermana complacía mi intenso sueño de ser muchacha —yo apenas podía con las ganas de salir de una infancia vulnerable— y me pintaba la boca con pintalabios muy fuerte pasándome el colorete también por las mejillas. Entonces me sentía bonita y femenina, escapaba de la niñez.

Pero hubo un carnaval diferente a los otros. Tan milagroso que yo no lograba creer que me fuese dado tanto; yo que ya había aprendido a pedir poco. Ocurrió que la madre de una amiga mía había resuelto disfrazar a la hija, y en el figurín el nombre del disfraz era *Rosa*. Por lo tanto, había comprado hojas y hojas de papel crepé de color rosa, con las cuales, supongo, pretendía imitar los pétalos de una flor. Boquiabierta, yo veía cómo el disfraz iba cobrando forma y creándose poco a poco. Aunque el papel crepé no se pareciese ni de lejos a los pétalos, yo pensaba seriamente que era uno de los disfraces más bonitos que había visto jamás.

Fue entonces cuando, por simple casualidad, sucedió lo inesperado: sobró papel crepé, y mucho. Y la mamá de mi amiga —respondiendo tal vez a mi muda llamada, a mi muda envidia desesperada, o por pura bondad, ya que sobraba papel— decidió hacer para mí también un disfraz de rosa con el material sobrante. Aquel carnaval, pues, yo iba a conseguir por primera vez en la vida lo que siempre había querido: iba a ser otra aunque no yo misma.

Ya los preparativos me atontaban de felicidad. Nunca me había sentido tan ocupada: minuciosamente calculábamos todo con mi amiga, debajo del disfraz nos pondríamos un fondo de manera que, si llovía y el disfraz llegaba a derretirse, por lo menos quedaríamos vestidas hasta cierto punto. (Ante la sola idea de que una lluvia repentina nos dejase, con nuestros pudores femeninos de ocho años, con el fondo en plena calle, nos moríamos de vergüenza; pero no: ¡Dios iba a ayudarnos! ¡No llovería!). En cuanto al hecho de que mi disfraz sólo existiera gracias a las sobras de otro, tragué con algún dolor mi orgullo, que siempre había sido feroz, y acepté humildemente lo que el destino me daba de limosna.

¿Pero por qué justamente aquel carnaval, el único de disfraz, tuvo que ser tan melancólico? El domingo me pusieron los tubos en el pelo por la mañana temprano para que en la tarde los rizos estuvieran firmes. Pero tal era la ansiedad que los minutos no pasaban. ¡Al fin, al fin! Dieron las tres de la tarde: con

cuidado, para no rasgar el papel, me vestí de rosa.

Muchas cosas peores que me pasaron ya las he perdonado. Ésta, sin embargo, no puedo entenderla ni siquiera hoy: ¿es irracional el juego de dados de un *destino*? Es despiadado. Cuando ya estaba vestida de papel crepé todo armado, todavía con los tubos puestos y sin pintalabios ni colorete, de pronto la salud de mi madre empeoró mucho, en casa se produjo un alboroto repentino y me mandaron enseguida a comprar una medicina a la farmacia. Yo fui corriendo vestida de rosa —pero el rostro no llevaba aún la máscara de muchacha que debía cubrir la expuesta vida infantil—, fui corriendo, corriendo, perpleja, atónita, entre serpentinas, confeti y gritos de carnaval. La alegría de los otros me sorprendía.

Cuando horas después en casa se calmó la atmósfera, mi hermana me pintó y me peinó. Pero algo había muerto en mí. Y, como en las historias que había leído, donde las hadas encantaban y desencantaban a las personas, a mí me habían desencantado: ya no era una rosa, había vuelto a ser una simple niña. Bajé a la calle; de pie allí no era ya una flor sino un pensativo payaso de labios encarnados. A veces, en mi hambre de sentir el éxtasis, empezaba a ponerme alegre, pero con remordimiento me acordaba del grave estado de mi madre y volvía a morirme.

Sólo horas después llegó la salvación. Y si me apresuré a aferrarme a ella fue por lo mucho que necesitaba salvarme. Un chico de unos doce años, que para mí ya era un muchacho, ese chico muy guapo se paró frente a mí y con una mezcla de cariño, grosería, broma y sensualidad me cubrió el pelo, ya lacio, de confeti: por un instante permanecimos enfrentados, sonriendo, sin hablar. Y entonces yo, mujercita de ocho años, consideré durante el resto de la noche que al fin alguien me había reconocido; era, sí, una rosa.

Come, hijo mío

El mundo parece plano, pero yo sé que no lo es. ¿Sabes por qué parece plano? Porque siempre que la gente mira, el cielo está encima, nunca está debajo, nunca al lado. Yo sé que el mundo es redondo porque me lo han dicho, pero sólo parecería redondo si a veces la gente mirara y el cielo estuviera debajo. Yo sé que es redondo, pero para mí es plano, pero Ronaldo solamente sabe que es redondo, a él no le parece plano.

—…

—Porque yo he estado en muchos países y he visto que en Estados Unidos el cielo también está encima, por eso a mí el mundo me parecía todo recto. Pero Ronaldo nunca ha salido de Brasil y puede pensar que únicamente aquí está encima el cielo, que en otros lugares el mundo no es plano, que sólo es plano en Brasil, que en otros lugares que él no conoce se va redondeando. Cuando a él le dicen una cosa le basta con creérsela, no necesita que nada le parezca. ¿Tú prefieres un plato hondo o un plato extendido, mamá?

—Plan… extendido —quise decir.

—Yo también. En el hondo parece que cabe más, pero sólo cabe en el fondo, en cambio, en el extendido cabe hacia los lados y uno ve enseguida todo lo que tiene. ¿Verdad que el pepino parece *inreal*?

—Irreal.

—¿Por qué?

—Se dice así.

—No, digo ¿por qué a ti también te parece que el pepino es *inreal*? A mí también me parece. Uno mira un poco y ve que del otro lado está lleno siempre del mismo dibujo, que da frío en la boca, que cuando se mastica hace un ruido de vidrio. ¿Tú no crees que el pepino parece inventado?

—Sí.

—¿Y el frijol con arroz dónde lo inventaron?

—Aquí.

—¿O donde los árabes, como dice Pedrito de otra cosa?

—Aquí.

—En la heladería Gatão los helados son buenos porque tienen el sabor igual al color. ¿Para ti la carne tiene sabor de carne?

—A veces.

—¡Lo dudo! Sólo para ver: ¡¿de la carne colgada en la carnicería?!

—No.

—Ni tampoco de la carne que hablamos. No tiene sabor cuando tú dices que la carne tiene vitaminas.

—Habla menos y come.

—Pero tú no me miras con esa cara para que coma, me miras porque te gusto mucho. ¿Tengo razón o no?

—Tienes razón. Come, Pablito.

—Tú sólo piensas en eso. Me pongo a hablar mucho para que no pienses sólo en la comida pero tú sigues y no la olvidas.

Perdonando a Dios

Iba caminando por la avenida Copacabana y miraba distraída los edificios, la franja del mar, las personas, sin pensar en nada. No me había dado cuenta aún de que en realidad no estaba distraída, de que era un momento de atención sin esfuerzo, de que yo era una cosa muy rara: era libre. Veía todo, y por casualidad. Sólo poco a poco empecé a advertir que estaba percibiendo las cosas. Entonces mi libertad, sin dejar de ser libertad, se intensificó un poco más. No se trataba de un *tour de propriétaire*, nada de aquello era mío ni yo lo deseaba. Pero creo que me sentía satisfecha con lo que veía.

Entonces tuve una sensación de la que no había oído hablar nunca. Por puro cariño me sentí madre de Dios, que era la tierra, el mundo. Por puro cariño, así de simple, sin prepotencia ni gloria alguna, sin el menor sentimiento de superioridad o igualdad, yo era por cariño la madre de lo que existe. Supe también que si lo que yo sentía «hubiese sido cierto» —y no posiblemente una equivocación del sentimiento—, Dios se habría dejado querer sin ningún orgullo, sin ninguna pequeñez y sin ningún compromiso conmigo. Le habría parecido aceptable la intimidad con que yo le daba el cariño. Para mí el sentimiento era nuevo, pero muy real, y no se había presentado antes porque no había sido posible. Sé que se ama lo que Dios es. Con amor grave, con amor solemne, con respeto, miedo, reverencia. Pero nunca me habían hablado de sentir por Él un cariño maternal. Y así como mi cariño por un hijo no lo reduce, incluso lo agranda, ser madre del mundo no hacía mi amor menos libre.

Y fue entonces cuando casi pisé una enorme rata muerta. En menos de un segundo estaba erizada por el terror de vivir, en menos de un segundo estallaba entera de pánico y controlaba como podía mi grito más profundo. Corriendo casi de miedo, ciega entre la gente, acabé en la otra manzana recargada en un poste, cerrando violentamente los ojos, que no querían ver más. Pero la imagen se filtraba por los párpados: una gran rata rubia, de enorme cola, con las patas

aplastadas, y muerta, quieta, rubia. Tengo un miedo desmesurado a las ratas.

Toda estremecida, logré seguir viviendo. Seguí caminando, perpleja, con la boca infantilizada por la sorpresa. Intenté cortar la conexión entre los dos hechos: lo que había sentido minutos antes y la rata. Pero era inútil. Los vinculaba por lo menos la contigüidad. Ilógicamente, ambos hechos tenían un nexo. Me horrorizaba que una rata hubiese sido mi contrapunto. Y de pronto me invadió la rebeldía: entonces, ¿yo no podía entregarme desprevenida al amor? ¿Qué quería Dios hacerme recordar? No soy de esas personas que necesitan que les recuerden que dentro de todo hay sangre. No sólo no olvido la sangre de dentro sino que la admito y la quiero, soy demasiado la sangre como para olvidar la sangre y para mí la palabra espiritual no tiene sentido ni tampoco la palabra terrena tiene sentido. No hacía falta arrojarme una rata a la cara desnuda. No en ese instante. Bien se podría haber tenido en cuenta el pavor que me alucina y persigue desde pequeña, las ratas ya se habían reído de mí, en el pasado del mundo las ratas ya me habían devorado con impaciencia y con rabia. Pero ¿entonces era así? ¿Yo andando por el mundo sin pedir nada, sin necesitar nada, amando con puro amor inocente, y Dios que me muestra su rata? La grosería de Dios me hería y me insultaba. Dios era un bruto. Mientras caminaba con el corazón cerrado, sentía una decepción tan inconsolable como sólo había sentido cuando niña. Seguí caminando, trataba de olvidar. Pero sólo se me ocurría vengarme. Pero ¿qué venganza podría tomarme yo contra un Dios todopoderoso, con un Dios que hasta con una rata aplastada podía aplastarme? La mía era una vulnerabilidad de criatura sola. En mi deseo de venganza no podía siquiera enfrentarme con Él, porque no tenía ni idea ni dónde estaba. ¿Cuál sería la cosa en donde Él estaría y más que yo, mirándola con rabia, fuese capaz de ver? ¿En la rata? ¿En aquella ventana? ¿En las piedras del suelo? Era en mí en donde Él ya no estaba. Era en mí en donde ya no lo veía.

Entonces se me ocurrió la venganza de los débiles. ¿Ah, sí? Pues entonces, en vez de guardarme el secreto, lo contaré. Sé que entrar en la intimidad de Alguien y después contar los secretos es innoble, pero yo voy a contar —no cuentes, aunque sólo sea por cariño no cuentes, guárdate para ti sola las miserias de Dios—, sí, voy a contar, voy a difundir lo que me pasó, esta vez no se va a quedar así, voy a contar lo que Él hizo, voy a arruinarle la reputación.

… Pero a lo mejor fue porque el mundo mismo es rata, y para la rata había pensado yo que también estaba preparada. Porque me imaginaba más fuerte. Porque hacía del amor un cálculo matemático equivocado: pensaba que, sumando

las comprensiones, amaba. No sabía que sumando las incomprensiones es como se ama verdaderamente. Porque sólo por haber sentido cariño pensé que amar era fácil. Y porque rechacé el amor solemne, sin comprender que la solemnidad ritualiza la incomprensión y la transforma en ofrenda. Y también porque siempre he sido muy de pleito, mi modo es pelearme. Y porque siempre intento llegar a mi modo. Y porque todavía no sé ceder. Y porque en el fondo quiero amar lo que yo amaría, no lo que es. Y porque todavía no soy yo misma, y por lo tanto, el castigo es amar un mundo que no es él mismo. Y también porque me ofendo sin razón. Y porque acaso necesito que me hablen con brutalidad, pues soy muy testaruda. Y porque soy muy posesiva y entonces empecé a preguntarme con algo de ironía si no quería también la rata para mí. Y porque sólo podré ser la madre de las cosas cuando sea capaz de agarrar una rata con la mano. Sé que nunca podré agarrar una rata sin morir de mi peor muerte. Use yo entonces el *magnificat* que se entona a ciegas sobre aquello que no se conoce ni se ve. Y use yo el formalismo que me aparta. Porque el formalismo no ha herido mi simplicidad sino mi orgullo, pues por el orgullo de haber nacido me siento tan íntima del mundo, pero de este mundo que ya extraje de mí con un grito mudo. Porque la rata existe tanto como yo, y quizá ni yo ni la rata seamos para ser vistas por nosotras mismas, la distancia nos iguala. Quizá antes que nada yo tenga que aceptar esta naturaleza mía de querer la muerte de una rata. Tal vez me crea demasiado delicada sólo porque no cometí mis crímenes. Sólo porque contuve mis crímenes creo que mi amor es inocente. Quizá no pueda mirar la rata mientras no pueda mirar sin lividez esta alma mía apenas contenida. Tal vez tenga que llamar «mundo» a esta forma mía de ser un poco de todo. ¿Cómo puedo amar la grandeza del mundo si no puedo amar el tamaño de mi naturaleza? Mientras imagine que «Dios» es bueno por el solo hecho de que yo soy mala, no estaré amando nada: tan sólo será una forma de acusarme. Yo, que sin siquiera haberme recorrido toda ya elegí amar a mi contrario, y a mi contrario quiero llamarlo Dios. Yo, que jamás me acostumbraré a mí misma, pretendía que el mundo no me escandalizase. Porque yo, que de mí sólo logré no someterme a mí misma, pues soy mucho más inexorable que yo, pretendía recompensarme de mí misma con una tierra menos violenta que yo. Porque mientras ame a un Dios únicamente porque no me quiero a mí, seré un dado marcado y el juego de mi vida mayor no podrá realizarse. Mientras yo invente a Dios, Él no existirá.

Cien años de perdón

Quien nunca haya robado no me va a entender. Y si alguien no ha robado nunca rosas, ése jamás va a poder entenderme. Yo, de pequeña, robaba rosas.

En Recife había innumerables calles, las calles de los ricos, flanqueadas de palacetes que se alzaban en medio de grandes jardines. Una amiguita y yo jugábamos mucho a decidir a quién pertenecían los palacetes. «Aquel blanco es mío». «No, ya te dije que los blancos son míos». «Pero ése no es totalmente blanco, tiene ventanas verdes». A veces pasábamos largo rato, la cara apretada contra las rejas, mirando.

Empezó así. En uno de los juegos de «aquella casa es mía» nos paramos delante de una que parecía un pequeño castillo. Al fondo se veía el inmenso huerto de árboles. Y al frente, en macizos bien ajardinados, estaban plantadas las flores.

Bien, pero aislada en su macizo había una rosa apenas entreabierta de color rosa vivo. Me quedé embobada, contemplando con admiración aquella rosa altanera que ni mujer hecha era todavía. Y entonces sucedió: desde lo más hondo del corazón yo quise esa rosa para mí. Yo la quería, ah, cómo la quería. Y no había modo de obtenerla. Si el jardinero hubiese estado por ahí, le habría pedido la rosa, incluso sabiendo que iba a expulsarnos como se expulsa a los niños traviesos. No había jardinero a la vista, nadie. Y las ventanas, a causa del sol, estaban con los postigos cerrados. Era una calle por donde no pasaban tranvías y raramente aparecía un coche. Entre mi silencio y el silencio de la rosa se hallaba mi deseo de poseerla como cosa solamente mía. Quería poder agarrarla. Quería olerla hasta sentir la vista oscura de tanto aturdimiento de perfume.

Entonces no pude más. El plan se formó en mí en un instante, lleno de pasión. Pero, como buena realizadora que era, razoné fríamente con mi amiguita, explicándole qué papel le correspondería: vigilar las ventanas de la casa o la aproximación siempre posible del jardinero, vigilar a los escasos transeúntes de

la calle. Mientras tanto, entreabrí lentamente el portón de rejas un poco oxidadas, calculando de antemano el leve rechinido. Sólo lo entreabrí lo bastante para que pudiese pasar mi cuerpo esbelto de niña. Y, de puntillas pero veloz, avancé por los guijarros que rodeaban los macizos. Cuando llegué a la rosa había pasado un siglo de corazón palpitante.

Heme por fin delante de ella. Me detengo un instante, con peligro, porque de cerca es todavía más bella. Finalmente empiezo a partir el tallo, arañándome los dedos con las espinas y chupándome la sangre de los dedos.

Y de repente… Hela aquí toda en mi mano. La carrera de vuelta también tenía que ser silenciosa. Por el portón que había dejado entreabierto pasé sosteniendo la rosa. Y entonces, pálidas las dos, yo y la rosa, corrimos literalmente lejos de la casa.

¿Y qué hacía yo con la rosa? Hacía esto: la rosa era mía.

La llevé a casa, la puse en un vaso de agua donde reinó soberana, con sus pétalos gruesos y aterciopelados de varios matices de rosa-té. En el centro, el color se concentraba más y el corazón parecía casi rojo.

Fue tan bueno.

Fue tan bueno que simplemente me puse a robar rosas. El proceso era siempre el mismo: la niña vigilando, yo entrando, yo rompiendo el tallo y huyendo con la rosa en la mano. Siempre con el corazón palpitante y siempre con aquella gloria que nadie me quitaba.

También robaba pitangas. Había una iglesia presbiteriana cerca de casa, rodeada por un seto alto y tan denso que impedía ver la iglesia. Fuera de una punta del tejado, nunca llegué a verla. El seto era de pitanguera. Pero las pitangas son frutas que se esconden: yo no veía ninguna. Entonces, mirando antes a los lados para asegurarme de que no venía nadie, metía la mano por entre las rejas, la hundía en el seto y empezaba a tentar hasta que mis dedos sentían la humedad de la frutita. Muchas veces, con la prisa, aplastaba una pitanga demasiado madura con los dedos, que quedaban como ensangrentados. Arrancaba varias y me las iba comiendo allí mismo, y algunas muy verdes las tiraba.

Nunca lo supo nadie. No me arrepiento: ladrón de rosas y de pitangas tiene cien años de perdón. Las pitangas, por ejemplo, piden ellas mismas que las arranquen, en vez de madurar y morir, vírgenes, en la rama.

Una esperanza

En casa se ha posado una esperanza. No la clásica, la que tantas veces se revela ilusoria, por mucho que así nos sostenga siempre. Sino la otra, bien concreta y verde: el insecto.

Hubo un grito sofocado de uno de mis hijos:

—¡Una esperanza! ¡En la pared y justo encima de tu silla!

Emoción de él, además, que unía las dos esperanzas en una sola, ya tiene edad para eso. Ante mi asombro: la esperanza es algo secreto y suele posarse directamente en mí, sin que nadie lo sepa, y no en una pared encima de mi cabeza. Pequeño desorden: pero era indudable, allí estaba, y más flaca y verde no podía ser.

—Pero si casi no tiene cuerpo —me quejé.

—Sólo tiene alma —explicó mi hijo; y como los hijos son para nosotros una sorpresa, descubrí sorprendida que hablaba de las dos esperanzas.

Por entre los cuadros de la pared, ella caminaba despacio sobre los hilos tenues de las largas patas. Tres veces, obstinada, intentó salir entre dos cuadros; tres veces tuvo que desandar el camino. Le costaba aprender.

—Es tontita —comentó el niño.

—De eso yo sé bastante —respondí, un poco trágica.

—Ahora busca otro camino. Mira, pobre, cómo titubea.

—Ya lo sé, así es.

—Parece que las esperanzas no tienen ojos, mamá. Se guían con las antenas.

—Lo sé —continué yo, cada vez más desdichada.

Nos quedamos mirando no sé cuánto tiempo. Vigilándola como en Grecia o Roma se vigilaba el inicio del fuego del hogar para que no se apagase.

—Ha olvidado cómo se vuela, mamá, y cree que sólo puede andar así, despacio.

Andaba realmente despacio; ¿estaría herida, tal vez? Ah, no; si hubiese sido

así, de un modo u otro escurriría sangre, conmigo siempre ha sido así.

Fue entonces cuando, presintiendo el mundo comible, por detrás de un cuadro salió una araña. Más que una araña, parecía «la» araña. Caminando por su tela invisible, parecía trasladarse suavemente por el aire. Quería la esperanza. ¡Pero nosotros también la queríamos, vaya! Dios mío, la queríamos y no para comérnosla. Mi hijo fue a buscar la escoba. Yo, débilmente confundida, sin saber si desgraciadamente había llegado la hora segura de perder la esperanza, dije:

—Es que no se matan las arañas. Me han dicho que trae buena suerte…

—¡Pero ésta va a matar a la esperanza! —respondió mi hijo con ferocidad.

—Tengo que hablar con la empleada para que limpie detrás de los cuadros —dije, sintiendo la frase desviada y oyendo el cansancio cierto que había en mi voz. Después fantaseé un poco sobre cómo sería de sucinta y misteriosa con la empleada; tan sólo le diría: haga usted el favor de facilitar el camino de la esperanza.

Muerta la araña, el niño inventó un juego de palabras con nuestra esperanza y el insecto. Mi otro hijo, que estaba viendo la televisión, lo oyó y se echó a reír con placer. No había duda: en casa se había posado la esperanza en cuerpo y alma.

Pero qué bonito es el insecto: se posa más de lo que vive, es un esqueletito verde y tiene una forma tan delicada que explica por qué yo, que tengo la costumbre de agarrar las cosas, nunca he intentado agarrarla.

Por otra parte, una vez, ahora lo recuerdo, se posó en mi brazo una esperanza mucho más pequeña que ésta. De tan leve que era no sentí nada, sólo visualmente me di cuenta de su presencia. Permanecí absorta en la delicadeza. Sin mover el brazo, pensé: «¿Y ahora? ¿Qué debo hacer?». En realidad, no hice nada. Me quedé extremadamente quieta, como si me hubiese brotado una flor. Después ya no recuerdo lo que pasó. Y creo que no pasó nada.

La criada

Se llamaba Eremita. Tenía diecinueve años. Rostro seguro de sí, algunas espinillas. ¿Dónde estaba su belleza? Había belleza en ese cuerpo que no era bello ni feo, en ese rostro cuyo signo de vida era una dulzura ansiosa de dulzuras mayores.

No sé si belleza. Posiblemente no la había, por mucho que los rasgos indecisos atrayesen como atrae el agua. Había, sí, sustancia viva, uñas, carne, dientes, mezcla de resistencias y flaquezas, constituyendo una presencia vaga que no obstante se concretaba de inmediato, en una cabeza interrogativa y ya servicial, no bien se pronunciaba un nombre: Eremita. Los ojos castaños eran intraducibles, faltos de correspondencia con el conjunto del rostro. Tan independientes como si hubiesen sido plantados en la carne de un brazo y desde allí nos miraran, húmedos, abiertos.

A veces contestaba con malcriadez de verdadera criada. Explicó que había sido así desde pequeña. Sin que eso viniera de su carácter. Pues en su espíritu no había ningún endurecimiento, ninguna ley perceptible. «Tuve miedo», decía con naturalidad. «Me entró un hambre…», decía y, no se sabe por qué, lo que decía era incontestable. «Él me respeta mucho», decía del novio y, pese a la expresión obsecuente y convencional, la persona que oía entraba en un mundo delicado de insectos y aves donde el respeto mutuo era general. «Me da vergüenza», decía, y enredada en sus propias sombras mostraba la sonrisa. Si el hambre era de pan —que comía deprisa, como si fueran a quitárselo—, el miedo era de los truenos, la vergüenza era de hablar. Era gentil, honrada. «Dios me libre, ¿no?», decía ausente.

Porque tenía sus ausencias. El rostro se perdía en una tristeza impersonal y sin arrugas. Una tristeza más antigua que su espíritu. Los ojos se tornaban vacíos; diría que incluso un poco ásperos. El que estaba al lado de ella sufría y no podía hacer nada. Únicamente esperar.

Pues en algo estaba absorta, la misteriosa criatura. En aquellos momentos nadie se habría atrevido a tocarla. Uno debía esperar, un poco grave, con el corazón encogido y velándola. Nada era posible hacer por ella sino esperar a que pasara el peligro. Hasta que en un movimiento sin prisas, casi un suspiro, se despertaba como un cabrito recién nacido que se levanta en sus patas. Había regresado del descanso en la tristeza.

Regresaba, no se podría decir que más rica, pero sí más segura después de haber bebido en vaya usted a saber qué fuente. Lo que se sabe es que la fuente debía ser pura y antigua. Sí, había en ella profundidad. Pero nadie habría encontrado nada si hubiese bajado a esas profundidades; nada salvo la profundidad misma, como en lo oscuro se encuentra oscuridad. Es posible que alguien, de haberse adentrado más, tras muchas leguas por las tinieblas hubiese encontrado el indicio de un camino, guiado tal vez por un batir de alas, por el rastro de algún insecto. Y, de repente, el bosque.

Ah, entonces el misterio debía de ser ése: ella había descubierto un atajo para llegar al bosque. Seguro que era allí adonde iba durante sus ausencias. Para regresar con ojos llenos de suavidad e ignorancia, ojos completos. Ignorancia tan vasta que en ella podría caber y perderse toda la sabiduría del mundo.

Así era Eremita. La que si hubiese subido a la superficie con todo lo hallado en el bosque habría sido quemada en la hoguera. Y lo que había visto —las raíces que había mordido, las espinas que la habían hecho sangrar, las aguas en donde se había mojado los pies, la oscuridad y la luz que la habían envuelto—, todo eso no lo contaba, porque no sabía: había captado todo en una sola mirada, demasiado rápido para que no fuese algo más que un misterio.

Cuando emergía, pues, era una criada. A quien continuamente apartaban de la oscuridad de su atajo para encargarle tareas menores: lavar ropa, fregar el suelo, servir a unos y otros.

Pero ¿servía realmente? Pues si alguien hubiese puesto atención habría visto que ella lavaba ropa al sol, que fregaba el suelo mojado por la lluvia, que tendía sábanas al viento. Se las arreglaba para servir mucho más remotamente a otros dioses. Siempre con la entereza de espíritu que había traído del bosque. Sin un pensamiento: nada más que un cuerpo moviéndose con calma, rostro pleno de una esperanza suave que nadie da y nadie arrebata.

La única huella del peligro por el que había atravesado era su fugitiva manera de comer pan. Por lo demás, era serena. Incluso cuando agarraba el dinero que la patrona había olvidado sobre la mesa, incluso cuando en un discreto paquete le

llevaba al novio algunas cosas de la despensa. A robar ligeramente también había aprendido en sus bosques.

Niño dibujado a pluma

¿Cómo llegar alguna vez a conocer al niño? Para conocerlo tengo que esperar a que se deteriore; sólo entonces estará a mi alcance. Helo allí, un punto en el infinito. Nadie conocerá su hoy. Ni siquiera él mismo. En cuanto a mí, miro, y es inútil: no consigo comprender algo que sólo es actual, totalmente actual. Lo que conozco de él es su situación: el niño es aquel a quien acaban de nacerle los primeros dientes y es el mismo que será médico o carpintero. Mientras tanto, allí está él sentado en el suelo, con una realidad que he de llamar vegetativa para poder entenderla. Treinta mil de esos niños sentados en el suelo, ¿tendrían la oportunidad de construir otro mundo, que tuviese en cuenta la memoria de la actualidad absoluta a la cual ya pertenecemos? La unión haría la fuerza. Allí está sentado, empezando todo de nuevo pero para su propia defensa futura, sin ninguna oportunidad verdadera de empezar realmente.

No sé cómo dibujar al niño. Sé que es imposible dibujarlo a carbón, pues hasta la pluma mancha el papel más allá de la finísima línea de actualidad extrema en que él vive. Un día lo domesticaremos hasta hacerlo humano, y entonces podremos dibujarlo. Pues eso hemos hecho con nosotros mismos y con Dios. El propio niño contribuirá a su domesticación; se esfuerza y coopera. Coopera sin saber que la ayuda que le pedimos está destinada a su autosacrificio. En los últimos tiempos incluso se ha entrenado mucho. Y así seguirá progresando hasta que, poco a poco —por la bondad necesaria mediante la que nos salvamos—, haya pasado del tiempo actual al tiempo cotidiano, de la meditación a la expresión, de la existencia a la vida. Realizando el gran sacrificio de no ser un loco. No soy loco por solidaridad con los miles de nosotros que, para construir lo posible, también han sacrificado esa verdad que sería una locura.

Pero, entretanto, helo allí sentado en el suelo, inmerso en un vacío profundo.

Desde la cocina la madre se cerciora: ¿sigues allí quietecito? Convocado al trabajo, el niño se levanta con dificultad. Se tambalea sobre las piernas, con toda

la atención vuelta hacia dentro: su equilibro entero es interno. Conseguido esto, ahora toda la atención es hacia fuera: observa lo que el acto de levantarse ha provocado. Pues el incorporarse ha tenido consecuencias y más consecuencias: el suelo se mueve incierto, una silla lo supera, la pared lo delimita. En la pared está el retrato de *El Niño*. Es difícil mirar ese retrato alto sin apoyarse en un mueble, para eso todavía no se ha entrenado. Pero he aquí que su propia dificultad le sirve de apoyo: lo que lo mantiene de pie es justamente la atención que pone en el retrato alto, mirar hacia arriba le sirve de grúa. Pero comete un error: parpadea. Pestañear lo desliga por una fracción de segundo del retrato que lo estaba sustentando. Se deshace el equilibrio: en un único movimiento total, el niño cae sentado. De la boca entreabierta por el esfuerzo de vida escapa una baba clara que escurre y gotea hasta el suelo. Mira la gota muy de cerca, como si fuera una hormiga. El brazo se alza, avanza en arduo mecanismo de etapas. Y de golpe, como para sujetar lo inefable, con inesperada violencia aplasta la baba con la palma de la mano. Parpadea, espera. Finalmente, pasado el tiempo necesario de espera de las cosas, aparta cuidadosamente la mano y examina en el parqué el fruto del experimento. El suelo está vacío. En una nueva y brusca etapa se mira la mano: la gota de baba está pegada en la palma. Ahora también de esto sabe. Entonces, con los ojos bien abiertos, lame la baba que pertenece al niño. Piensa en voz alta: niño.

—¿A quién llamas? —pregunta la mamá desde la cocina.

Con esfuerzo y gentileza él mira la sala, busca a quien la mamá dice que está llamando, se voltea y cae hacia atrás. Mientras llora, ve la sala distorsionada y refractada por las lágrimas, el volumen blanco crece y se le acerca —¡mamá!—, lo absorbe con brazos fuertes, y he aquí que el niño está de pronto muy alto en el aire, muy en lo caliente y lo bueno. Ahora el techo está más cerca; la mesa, debajo. Y, como no puede más de cansancio, empieza a desviar las pupilas hasta que las va hundiendo bajo la línea del horizonte de los ojos. Los cierra sobre la última imagen, los barrotes de la cama. Se duerme agotado y sereno.

El agua se ha secado en la boca. La mosca aletea en el cristal. El sueño del niño está surcado de claridad y calor, el sueño vibra en el aire. Hasta que, en repentina pesadilla, sobreviene una de las palabras que ha aprendido: se estremece violentamente, abre los ojos. Y para su terror no ve más que esto: el vacío caliente y claro del aire, sin mamá. Lo que piensa estalla en llanto por toda la casa. Mientras llora va reconociéndose, transformándose en aquel que la mamá reconocerá. Casi desfallece de tanto sollozar, tiene que transformarse

urgentemente en algo que pueda ser visto y oído porque si no se quedará solo, tiene que volverse comprensible porque si no nadie lo comprenderá, si no nadie se acercará a su silencio, si no dice y cuenta nadie lo reconoce, haré todo lo necesario para ser de los demás y que los otros sean míos, brincaré por encima de mi felicidad real, que sólo me traería abandono, y seré popular, hago trampa para que me amen, es totalmente mágico esto de llorar para recibir a cambio: mamá.

Hasta que el ruido familiar entra por la puerta y el niño, mudo de interés por lo que es capaz de provocar el poder de un niño, para de llorar: mamá. Es mamá, no se ha muerto. Y su seguridad consiste en saber que tiene un mundo para traicionar y vender, y que lo venderá.

Es mamá, sí, mamá, con un pañal en la mano. No bien ve el pañal, él se echa a llorar de nuevo.

—¡Pero si estás todo mojado!

La noticia lo sorprende, se renueva la curiosidad, pero ahora es una curiosidad cómoda y garantizada. Mira con ceguera la humedad propia, en una segunda etapa mira a la mamá. Pero de pronto se estira y escucha con todo el cuerpo el corazón latiendo pesado en la barriga: ¡pii-pii!, lo reconoce de golpe con un grito de victoria y de terror. ¡El niño acaba de reconocer!

—¡Claro que sí! —dice orgullosa la mamá—. Claro que sí, mi amor, es el pii-pii que ha pasado por la calle, le contaré a papá que ya lo has aprendido. Y vaya si no se dice así: ¡pii-pii, mi amor! —dice la mamá tirando de arriba abajo y después de abajo arriba, levantándolo por las piernas, echándolo hacia atrás, tirando de nuevo de abajo hacia arriba. En todas las posiciones el niño conserva los ojos bien abiertos. Secos como el pañal nuevo.

Una historia de tan grande amor

Érase una vez una niña que observaba tanto a las gallinas que les conocía el alma y las ansiedades íntimas. La gallina es ansiosa, en tanto que el gallo tiene una angustia casi humana: carece de un amor verdadero en su harén, y además tiene que vigilar toda la noche para no perderse la primera de las más remotas claridades y cantar con la mayor sonoridad posible. Tal es su deber y su arte. Pero volviendo a las gallinas, la niña tenía dos sólo de ella. Una se llamaba *Pedrina* y la otra *Petronila*.

Cuando a la niña le parecía que una de las gallinas estaba enferma del hígado, le olía debajo de las alas, con una sencillez de enfermera, lo que consideraba que era el máximo síntoma de enfermedad, pues el olor de gallina viva no es cosa de broma. Entonces le pedía un remedio a su tía. Y la tía: «Tú no estás mala del hígado». Entonces, aprovechando la intimidad que tenía con aquella tía preferida, la niña le explicó para quién era el remedio. Le pareció de buen juicio dársela tanto a *Pedrina* como a *Petronila* para evitar contagios misteriosos. Pero era casi inútil darles la medicina porque *Pedrina* y *Petronila* seguían pasándose el día picoteando el suelo y comiendo porquerías que les hacían daño al hígado. Y el olor debajo de las alas era justamente por la enfermedad. No se le ocurrió ponerles desodorante porque en Minas Gerais, donde vivía el grupo, los desodorantes no se usaban, como no se usaban prendas íntimas de nailon y sí de cambray. La tía seguía dándole la medicina, un líquido que la niña sospechaba que no era sino agua con unas gotas de café; y luego venía el infierno de tratar de abrir el pico de las gallinas para administrarles lo que las curaría de ser gallinas. La niña no había comprendido aún que no puede curarse a los hombres de ser hombres ni a las gallinas de ser gallinas; tanto el hombre como las gallinas tienen miserias y grandezas (la de la gallina consiste en poner perfectamente un huevo blanco) inherentes a sus respectivas especies. La niña vivía en el campo y no tenía cerca una farmacia donde consultar.

Otro infierno de dificultad era cuando la niña encontraba a *Pedrina* y *Petronila* flacas bajo las plumas erizadas pese a que se habían pasado el día comiendo. La niña no entendía que engordarlas significaba precipitarles un destino en la mesa. Y reanudaba el trabajo más difícil: abrirles el pico. La niña se convirtió en una gran conocedora intuitiva de las gallinas de aquel inmenso huerto de Minas Gerais. Y cuando creció, le sorprendió enterarse de que, en el argot de los rufianes, el término *gallina* tenía otra acepción. Sin notar la cómica seriedad que cobraba la cuestión, dijo:

—¡Pero si es el gallo, que es un nervioso, el que quiere! ¡Ellas no lo hacen demasiado! ¡Y es tan rápido que apenas se ve! ¡Es el gallo el que trata de amar a una sola y no lo consigue!

Un día la familia decidió llevar a la niña a pasar el día a la casa de un pariente que vivía muy lejos. Y cuando regresó ya no existía aquella que en vida se había llamado *Petronila*. La tía le dio la noticia:

—Nos hemos comido a *Petronila*.

La niña era una criatura con gran capacidad de amar: las gallinas no corresponden al amor que se les da, y, sin embargo, la niña seguía amándolas sin esperar reciprocidad alguna. Cuando supo lo que le había pasado a *Petronila* odió a todos los que vivían en la casa, menos a su mamá, a quien no le gustaba comer gallina, y a los empleados, que habían comido carne de vaca o de buey. Al papá, a duras penas podía mirarlo: era a él a quien más le gustaba comer gallina. La madre se dio cuenta de todo y le explicó:

—Cuando comemos animales, éstos se vuelven más parecidos a nosotros, porque están dentro de uno. De esta casa sólo somos nosotras dos las que no tenemos dentro a *Petronila*. Es una lástima.

Pedrina, secretamente la preferida de la niña, murió de simple muerte natural, pues siempre había sido un ente frágil. La niña, al ver a *Pedrina* temblando en el corral candente de sol, la envolvió en un paño oscuro y, una vez bien abrigadita, la colocó encima de uno de esos grandes hornos de ladrillos que hay en las granjas de Minas Gerais. Todos le advirtieron que estaba acelerando la muerte de *Pedrina*, pero la niña era obstinada y sin hacer caso puso a *Pedrina* toda enrollada sobre los ladrillos calientes. Sólo al día siguiente, cuando *Pedrina* amaneció dura de tan muerta, la niña se convenció, entre lágrimas interminables, de que había apresurado la muerte del ser querido.

Ya un poco mayorcita, la niña tuvo una gallina llamada *Eponina*.

El amor por *Eponina*: esta vez era un amor más realista, nada romántico; era

el amor de aquel que ya ha sufrido por amor. Y cuando a *Eponina* le llegó el día de ser comida, la niña ni siquiera supo cómo llegó a comprender que ése era el destino final de quien nacía gallina. Las gallinas parecían tener una suerte de presciencia de su destino y no aprendían a amar a sus dueños ni al gallo. Las gallinas están solas en el mundo.

Pero la niña no olvidó lo que su madre le había dicho respecto de comer animales queridos: comió más de *Eponina* que el resto de la familia, comió sin hambre pero con un placer casi físico, porque ahora sabía que de aquel modo *Eponina* se incorporaría a ella y sería más suya que en vida. Habían guisado a *Eponina* a la salsa parda. De forma que la niña, en un ritual pagano que se le había transmitido cuerpo a cuerpo a través de los siglos, le comió la carne y le bebió la sangre. Durante la comida tuvo celos de los que también se estaban comiendo a *Eponina*. La niña era un ser hecho para amar, hasta que se hizo muchacha y aparecieron los hombres.

Las aguas del mundo

Allí está él, el mar, la más ininteligible de las existencias no humanas. Y aquí está, de pie en la playa, la mujer, el más ininteligible de los seres vivos. Desde que un día se hizo la pregunta sobre sí misma, como ser humano se convirtió en el más ininteligible de los seres vivos. Ella y el mar.

Sus misterios sólo podrían encontrarse si uno se entregara al otro: la entrega de dos mundos incognoscibles hecha con la confianza con que se entregarían dos comprensiones.

Ella mira el mar, es lo que puede hacer. Él sólo está delimitado por la línea del horizonte, es decir, por la incapacidad humana que a ella le impide ver la curvatura de la tierra.

Son las seis de la mañana. Sólo un perro libre titubea en la playa, un perro negro. ¿Por qué son tan libres los perros? Porque es el misterio vivo que no se indaga. La mujer titubea porque va a entrar.

El cuerpo se le consuela con su propia exigüidad en relación con la vastedad del mar, porque es la exigüidad del cuerpo lo que le permite conservarse cálido, y es esa exigüidad la que lo hace pobre y libre de la gente, con una parte de libertad de perro en la arena. Ese cuerpo entrará en el frío ilimitado que ruge sin rabia en el silencio de las seis horas. La mujer no lo sabe: pero está realizando un acto de valor. Vacía la playa a esas horas de la mañana, le falta el ejemplo de otros humanos que transforman la entrada al mar en simple, liviano juego de vida. Está sola. El mar salado no está solo porque es salado y grande, y esto es una realización. A esa hora ella se conoce menos todavía de lo que conoce al mar. Su osadía consiste en continuar aunque no se conozca. Es fatal no conocerse, y no conocerse exige valor.

Va entrando. El agua salada está tan fría que ritualmente le eriza las piernas. Pero una alegría fatal —la alegría es una fatalidad— ya la ha invadido, si bien ni siquiera sonríe. Al contrario, está muy seria. El olor es como el de una marejada

vertiginosa que la despierta de sus más adormecidos sueños seculares. Y ahora ella está alerta, aun sin pensar, como está alerta sin pensar el cazador. La mujer es ahora compacta, leve y aguda, y se abre camino en la gelidez que, líquida, se le opone y, sin embargo, la deja entrar, igual que en el amor, donde la resistencia puede ser un pedido.

La lentitud del camino aumenta su osadía secreta. Y de repente se deja cubrir por la primera ola. La sal, el yodo, el líquido todo, la enceguecen por un instante, toda escurriendo, de pie y sorprendida, fertilizada.

Ahora el frío se vuelve glacial. Avanzando, ella parte el mar por la mitad. Ya no le hace falta el valor, ahora está inmersa, antigua, en el ritual. Hunde la cabeza en el brillo del mar y se echa atrás una cabellera que, al salir, chorrea sobre los ojos salados y ardientes. Pausada, la mano juega con el agua; los cabellos, al sol, ya están casi endurecidos de sal. Con el cuenco de las manos hace lo que siempre ha hecho en el mar, y con la arrogancia de los que nunca darán explicaciones ni siquiera a sí mismos: con el cuenco de las manos lleno de agua, bebe a tragos grandes buenos.

Y era eso lo que estaba echando de menos: el mar por dentro como el líquido espeso de un hombre. Ahora está completamente igual a sí misma. La garganta alimentada se encoge por la sal, los ojos enrojecen por la sal secada del sol, las olas suaves la golpean y se van porque ella es una muralla compacta.

Vuelve a zambullirse, de nuevo bebe más agua, ahora sin voracidad pues no necesita más. Es la amante que sabe que volverá a tenerlo todo. El sol se abre más y, al secarla, le da escalofríos; ella se zambulle de nuevo: se siente cada vez menos ávida y menos aguda. Ahora sabe lo que quiere. Quiere quedarse parada en el mar. Y entonces así se queda. Como contra los costados de un navío, el agua golpea, vuelve, golpea. La mujer no recibe mensajes. No le hace falta la comunicación.

Después vuelve a la playa caminando dentro del agua. No camina sobre las aguas —ah, nunca haría eso cuando hace ya milenios alguien caminó sobre las aguas—, pero esto no puede quitárselo nadie: caminar dentro del agua. A veces el mar le opone resistencia y la empuja con fuerza hacia atrás, pero entonces la proa de la mujer se vuelve un poco más dura y más áspera y sigue avanzando.

Y ahora pisa la arena. Sabe que brilla de agua, de sal y de sol. Aunque dentro de unos minutos lo olvide, nunca podrá perder todo esto. Y de algún modo oscuro sabe que sus cabellos que escurren son de náufrago. Porque sabe… sabe que ha sorteado un peligro. Un peligro tan antiguo como el ser humano.

Encarnación involuntaria

A veces, cuando veo a una persona que nunca había visto antes y tengo tiempo para observarla, me encarno en ella y así doy un gran paso para conocerla. Y esa intrusión en una persona, quienquiera que sea, nunca termina en su autoacusación: al encarnarme en ella, comprendo sus razones y la perdono. Debo poner atención para no encarnarme en una vida peligrosa y atractiva, que precisamente por eso me quite las ganas de regresar a mí misma.

Un día, en el avión… ¡Oh, Dios mío, imploré, eso no, no quiero ser esa misionera!

Pero era inútil. Sabía que, por haber estado tres horas en presencia de ella, yo iba a ser misionera durante varios días. La delgadez y la delicadeza extremadamente corteses de la misionera ya se habían apoderado de mí. Con curiosidad, algún deslumbramiento y cansancio previo es cuando sucumbo a la vida que experimentaré durante algunos días. Y, desde el punto de vista práctico, con alguna aprensión: en este momento ando demasiado ocupada con mis deberes y placeres para poder cargar el peso de una existencia que no conozco, pero cuya tensión evangélica ya empiezo a sentir. Incluso en el avión advierto que he empezado a caminar con un paso de santa laica: entonces comprendo cómo es paciente la misionera, cómo se apaga con este paso que apenas quiere tocar el suelo, como si pisar con más fuerza pudiese perjudicar a los demás. Ahora soy pálida, no me pinto los labios, tengo la cara fina y llevo esa clase de sombrero de las misioneras.

Cuando baje a tierra tendré ya, probablemente, ese aire de sufrimiento-superado-por-la-paz-de-tener-una-misión. Y mi rostro llevará impresa la dulzura de la esperanza moral. Porque sobre todo me he vuelto totalmente moral. Mientras que al subir al avión era saludablemente amoral. ¡Era, no: soy!, me grito rebelándome contra los prejuicios de la misionera. Es inútil: toda mi fuerza está siendo empleada en la obtención de un ser frágil. Finjo leer una revista, mientras

ella lee la Biblia.

Vamos a hacer una breve escala. El sobrecargo distribuye chicles. Y no bien el joven se acerca, ella enrojece.

En tierra soy una misionera al viento del aeropuerto; me sujeto las imaginarias faldas largas y grisáceas contra la impudicia del viento. Entiendo, entiendo. Ah, cómo la entiendo, a ella y a su pudor de existir cuando está fuera de las horas en que cumple su misión. Al igual que la misionerita, acuso las faldas cortas de las mujeres, tentación de los hombres. Y, cuando no entiendo, dejo de hacerlo con el mismo fanatismo depurado de esa mujer pálida que enrojece fácilmente al acercarse el joven, quien nos avisa que hemos de continuar el viaje.

Ya sé que dentro de unos días lograré reanudar integralmente mi propia vida. Que, quién sabe, tal vez sólo haya sido propia más que en el momento de nacer, y por lo demás haya estado hecha de reencarnaciones. Pero no: soy una persona. Y cuando se apodera de mí el fantasma de mí misma, la alegría es tal por el encuentro, tan grande la fiesta, que por así decir lloramos una sobre el hombro de la otra. Después nos enjugamos las lágrimas felices, el fantasma se incorpora plenamente en mí y con cierta altivez salimos al mundo exterior.

Una vez, también durante un viaje, encontré una prostituta perfumadísima que fumaba entrecerrando los ojos, mientras éstos miraban fijamente a un hombre que estaba por caer hipnotizado. Para comprender mejor, inmediatamente me puse a fumar con los ojos entrecerrados, mirando al único hombre que había al alcance de mi intencionada visión. Pero el hombre gordo que yo miraba para experimentar y poseer el alma de la prostituta, el gordo estaba enfrascado en el *New York Times*. Y mi perfume era demasiado discreto. Todo salió mal.

Dos historias a mi manera

Una vez que no tenía nada que hacer hice, para divertirme, una especie de *ejercicio de escribir*. Y me divertí. Tomé como tema una doble historia de Marcel Aymé. Hoy he encontrado el ejercicio, y es así:

Buena historia de vino es la del hombre a quien el vino no le gustaba, y Félicien Guérillot, precisamente dueño de viñedos, era su nombre (inventados los nombres, el del hombre y el de la historia, por Marcel Aymé, y tan bien inventados que sólo la verdad les faltaba para ser verdaderos).

Había vivido Félicien —si hubiese vivido— en Arbois, tierra de Francia, y casado con una mujer que no era ni más bonita ni bien formada que lo necesario para la tranquilidad de un hombre honrado. Era de buena familia, pese a que no le gustaba el vino. Y, sin embargo, sus viñas eran las mejores del lugar. Ningún vino le gustaba, y en vano se habría afanado buscando aquel que hubiese querido librarlo de la maldición de no amar la excelencia de lo que es excelente. Puesto que, aun en la sed, que es la hora de aceptar el vino, el mejor trago le sabía a cosa mala. Leontina, la esposa que no era ni mucho ni poco, ocultaba ante él la vergüenza de todos.

La historia, ahora reescrita enteramente por mí, continuaría muy bien (y mejor aún si su núcleo nos perteneciera, dadas las buenas ideas que tengo acerca de cómo concluirla). Parece, sin embargo, que Marcel Aymé, que la había comenzado, en este punto de la descripción del hombre que no amaba el vino se enfadó con la historia misma. E intervino en persona para decir: Pero de pronto esta historia me fastidia. Y para huir de ella, como el que bebe vino para olvidar, he aquí que el autor se pone a hablar de todo lo que podría inventar respecto de Félicien, pero que no inventará porque no quiere. Y mucho lo lamenta, pues hasta llegaría a hacer que Félicien fingiese temblores alcohólicos para ocultar ante los demás la falta de temblores. Buen autor, este Marcel Aymé. Tan bueno que ocupó varias páginas en torno a lo que inventaría de haber sido Félicien una persona que

le interesase. La verdad es que Aymé, mientras va contando lo que inventaría, aprovecha para contar de todos modos; sólo que nosotros sabemos que no es así, pues lo que sería no vale hasta que no es inventado.

Y es al llegar a este punto cuando Aymé pasa a otra historia. No queriendo saber más de la historia del vino triste, se traslada a París, donde toma a un hombre llamado Duvilé.

Y en París es al contrario: a Étienne Duvilé le gustaba el vino, pero no tenía. La botella es cara, y Étienne es un funcionario del Estado. Aunque le gustaría corromperse, pero la ocasión de vender o traicionar al Estado no se presenta todos los días. La ocasión de todos los días era una casa llena de hijos, y un suegro que vivía comiendo sin parar. La familia soñando con la mesa llena, y Duvilé con el vino.

Y resulta que un día Étienne sueña realmente, con lo cual queremos decir que esta vez soñaba mientras dormía. Pero justo ahora que deberíamos contar el sueño —puesto que Marcel Aymé lo hace ampliamente— es cuando a nosotros *ça vraiment* nos fastidia. Escamoteamos lo que el autor quiso narrar, tal como a nosotros nos escamoteó el autor lo que de Félicien queríamos oír.

Sólo se diría aquí que, tras el sueño de un sábado por la noche, a Duvilé le empeoró mucho la sed. Y el odio hacia el suegro parecía una sed más. Y tanto se fue complicando todo, siempre con la causa de la originaria falta de vino, que por causa de la sed casi mata al padre de su esposa, de la cual Aymé no explica si era o no bien formada, por lo visto ni sí ni no, sólo el vino importa en la historia. De soñar dormido pasó a soñar despierto, que ya es enfermedad. Y quería Duvilé beberse el mundo entero, y en la delegación de policía manifestó el deseo de beberse al delegado.

Hasta hoy permanece Duvilé en el asilo de locos, y no se ve que le llegue la hora de salir, pues los médicos, no entendiéndole el espíritu, lo someten a la cura con excelente agua mineral, que sacia las sedes pequeñas pero no la grande.

Mientras tanto Aymé, tal vez invadido él mismo de sed y de piedad, espera que la familia de Duvilé lo envíe a la buena tierra de Arbois, donde aquel primer hombre, Félicien Guérillot, después de aventuras que merecerían ser contadas, le ha tomado gusto al vino. Y como no nos dicen de qué modo, por aquí nos quedamos nosotros también, con dos historias no muy bien contadas, ni por Aymé ni por nosotros, que de querer el vino poco se ha de hablar, y mucho en cambio del vino.

El primer beso

Más que conversar, aquellos dos susurraban: hacía poco que el romance había empezado y andaban mareados, era el amor. Amor con lo que trae aparejado: celos.

—Está bien, te creo que soy tu primera novia, eso me hace feliz. Pero dime la verdad: ¿nunca antes habías besado a una mujer?

—Sí, ya había besado a una mujer.

—¿Quién era? —preguntó ella dolorida.

Toscamente él intentó contárselo, pero no sabía cómo.

El autobús de excursión subía lentamente por la sierra. Él, uno de los muchachos en medio de la muchachada bulliciosa, dejaba que la brisa fresca le diese en la cara y se le hundiera en el pelo con dedos largos, finos y sin peso como los de una madre. Qué bueno era quedarse a veces quieto, sin pensar casi, sólo sintiendo. Concentrarse en sentir era difícil en medio de la barahúnda de los compañeros.

Y hasta la sed había empezado: jugar con el grupo, hablar a voz en cuello, más fuerte que el ruido del motor, reír, gritar, pensar, sentir… ¡Caray! Cómo dejaba la garganta seca.

Y ni sombra de agua. La cuestión era juntar saliva, y eso fue lo que hizo. Después de juntarla en la boca ardiente, la tragaba despacio, y luego una vez más, y otra. Sin embargo, era tibia, la saliva, y no quitaba la sed. Una sed enorme, más grande que él mismo, que ahora le invadía todo el cuerpo.

La brisa fina, antes tan buena, al sol del mediodía se había tornado ahora árida y caliente, y al penetrarle por la nariz le secaba todavía más la poca saliva que había juntado pacientemente.

¿Y si se tapase la nariz y respirase un poco menos aquel viento del desierto? Probó un momento, pero se ahogaba enseguida. La cuestión era esperar, esperar. Tal vez unos minutos solamente, tal vez horas, mientras que la sed que él tenía era

de años.

No sabía cómo ni por qué, pero ahora se sentía más cerca del agua, la presentía más próxima, y los ojos le brincaban más allá de la ventana recorriendo la carretera, penetrando entre los arbustos, explorando, olfateando.

El instinto animal que lo habitaba no se había equivocado: tras una inesperada curva de la carretera, entre arbustos, estaba… la fuente de donde brotaba un hilillo del agua soñada.

El autobús se detuvo, todos tenían sed, pero él consiguió llegar primero a la fuente de piedra, antes que nadie.

Cerrando los ojos entreabrió los labios y ferozmente los acercó al orificio de donde manaba el agua. El primer sorbo fresco bajó, deslizándose por el pecho hasta el estómago.

Era la vida que volvía, y con ella se empapó todo el interior arenoso hasta saciarse. Ahora podía abrir los ojos.

Los abrió, y muy cerca de su cara vio dos ojos de estatua que lo miraban fijamente, y vio que era la estatua de una mujer, y que era de la boca de la mujer de donde el agua salía. Se acordó de que al primer sorbo había sentido realmente un contacto gélido en los labios, más frío que el agua.

Y entonces supo que había acercado la boca a la boca de la mujer de la estatua de piedra. La vida había chorreado de aquella boca, de una boca hacia otra.

Intuitivamente, confuso en su inocencia, se sintió intrigado: pero si no es de la mujer de quien sale el líquido vivificante, el líquido germinador de la vida… Miró la estatua desnuda.

La había besado.

Lo invadió un temblor que desde afuera no se veía y que, empezando muy adentro, se apoderó de todo el cuerpo, explotando el rostro en brasa viva.

Dio un paso hacia atrás o hacia delante, ya no sabía qué estaba haciendo. Perturbado, atónito, se dio cuenta de que una parte de su cuerpo, antes siempre relajada, estaba ahora en una tensión agresiva, y eso no le había ocurrido nunca.

Dulcemente agresivo, se hallaba de pie, solo en medio de los demás, con el corazón latiendo pausada, profundamente, sintiendo cómo se transformaba el mundo. La vida era totalmente nueva. Era otra, descubierta en un sobresalto. Estaba perplejo, en un equilibrio frágil.

Hasta que, surgiendo de lo más hondo del ser, de una fuente oculta en él manó la verdad. Que enseguida lo llenó de miedo y también de un orgullo que no había

sentido nunca. Se había…

Se había hecho hombre.

EL VIACRUCIS DEL CUERPO

(Traducción de Mario Morales)

«Mi alma está quebrantada por tu deseo».

Salmos 119:12

«Yo, que entiendo el cuerpo. Y sus crueles exigencias. Siempre he conocido el cuerpo. Su vórtice que marea. El cuerpo grave».

Personaje mío aún sin nombre

«Por esas cosas yo ando llorando. Mis ojos destilan agua».

Lamentaciones de Jeremías

«Y bendiga toda carne su santo nombre para toda la eternidad».

Salmo de David

«¿Quién ha visto jamás una vida amorosa que no haya estado ahogada en las lágrimas de la desgracia o del arrepentimiento?».

No sé de quién es

Miss Algrave

Estaba sujeta a juicio. Por eso no le contó nada a nadie. Si lo contara, no creerían en la realidad. Pero ella, que vivía en Londres, donde los fantasmas existen en las callejuelas oscuras, sabía la verdad.

El viernes, su día, había sido igual a los demás. Únicamente sucedió el sábado por la noche. Pero el viernes hizo todo igual como siempre. Aunque la atormentaba un recuerdo horrible: cuando era pequeña, más o menos a los siete años de edad, jugaba al marido y a la esposa con su primo Jack, en la cama grande de la abuela. Y ambos hacían todo para tener hijitos sin lograrlo. Nunca más volvió a ver a Jack ni quería verlo. Si era culpable, él también lo era.

Soltera, queda claro; virgen, también. Vivía sola en una buhardilla en Soho. Ese día había hecho sus compras de comida: legumbres y frutas. Porque comer carne lo consideraba pecado.

Cuando pasaba por Picadilly Circus y veía a las mujeres esperando a los hombres en las esquinas, sólo le faltaba vomitar. ¡Además por dinero! Era demasiado para soportarlo. Y esa estatua de Eros, ahí, indecente.

Después del almuerzo fue al trabajo: era una mecanógrafa perfecta. Su jefe nunca la miraba y afortunadamente la trataba con respeto, llamándola Miss Algrave. Su nombre de pila era Ruth. Y descendía de irlandeses. Era pelirroja, usaba los cabellos recogidos sobre la nuca en un severo moño. Tenía muchas pecas y la piel tan clara y fina que parecía de seda blanca. Las cejas y pestañas también eran pelirrojas. Era una mujer bonita.

Se sentía muy orgullosa de su físico: bien formada de cuerpo y alta. Pero nunca alguien le había tocado los senos.

Acostumbraba cenar en un restaurante barato en el mismo Soho. Comía macarrones con salsa de tomate. Nunca había entrado en un *pub*: cuando pasaba frente a uno, el olor a alcohol le causaba náuseas. Se sentía ofendida por la humanidad.

Cultivaba geranios rojos que eran un deleite en la primavera. Su papá había sido pastor protestante y la mamá vivía aún en Dublín con el hijo casado. Su hermano estaba casado con una verdadera perra llamada Tootzi.

De vez en cuando Miss Algrave escribía una carta de protesta al Time. Y ellos la publicaban. Veía con mucho gusto su nombre: atentamente, Ruth Algrave.

Se bañaba únicamente una vez por semana, el sábado. Para no ver su cuerpo desnudo, no se quitaba ni las bragas ni el sostén.

El día que sucedió era sábado y, por tanto, no era día de trabajo. Se despertó muy temprano y tomó té de jazmín. Después rezó. Luego salió a tomar el fresco.

Cerca del hotel Savoy casi la atropellan. Si eso hubiera sucedido y hubiera muerto, habría sido horrible porque nada le habría acontecido en la noche.

Fue al ensayo de canto coral. Tenía una voz maravillosa. Sí, era una persona privilegiada.

Después fue a almorzar y se permitió comer gambas: estaban tan buenas que hasta parecían pescado.

Entonces se dirigió a Hyde Park y se sentó en el césped. Había llevado la Biblia para leer. Pero —que Dios la perdonara— el sol estaba tan guerrillero, tan bueno, tan cálido, que no leyó nada, permaneció únicamente sentada en el suelo sin tener el valor para acostarse. Procuró no mirar a las parejas que se besaban y se acariciaban sin la menor vergüenza.

Luego regresó a la casa, regó las begonias y se bañó. Entonces visitó a Mrs. Cabot, que tenía noventa y siete años. Le llevó una rebanada de pastel con pasas y tomaron té. Miss Algrave se sentía muy feliz, aunque…

Entonces se puso a tejer un suéter para el invierno. De un color esplendoroso: amarillo como el sol.

A las siete volvió a casa.

Antes de dormir, tomó más té de jazmín con galletas, se cepilló los dientes, se cambió de ropa y se metió a la cama. Sus cortinas de chifón, ella misma las había hecho y las había colgado.

Era mayo. Las cortinas se balanceaban con la brisa de esa noche tan singular. ¿Singular por qué? No lo sabía.

Leyó un poco el periódico matutino y apagó la luz de la cabecera. A través de la ventana abierta veía el resplandor lunar. Era noche de luna llena.

Suspiró mucho porque era difícil vivir sola. La soledad la oprimía. Era terrible no tener una sola persona con quien conversar. Era la criatura más solitaria que conocía. Hasta Mrs. Cabot tenía un gato. Ruth Algrave no tenía un

solo animal: eran demasiado bestiales para su gusto. No tenía televisión por dos motivos: le faltaba dinero y no quería permanecer viendo las inmoralidades que aparecían en la pantalla. En la televisión de Mrs. Cabot había visto a un hombre besando a una mujer en la boca. Y eso sin hablar del peligro de la transmisión de microbios. ¡Ah! Si pudiera, escribiría todos los días una carta de protesta al Time. Pero, por lo visto, de nada serviría protestar. La falta de vergüenza estaba en el ambiente. Hasta ya había visto un perro haciéndolo con una perra. Quedó impresionada. Pero si Dios así lo quería, pues entonces que así sucediera. Pero nadie la tocaría jamás, pensó. Permanecía soportando la soledad.

Hasta los niños eran inmorales. Los evitaba. Y lamentaba mucho haber nacido de la incontinencia de su padre y de su madre. Sentía vergüenza de que ellos no hubieran tenido pudor.

Como dejaba granos de arroz en la ventana, los palomos venían a visitarla. A veces entraban en la habitación. Eran enviados por Dios. Tan inocentes. Arrullando. Pero era medio inmoral su arrullo, aunque menos que ver una mujer casi desnuda en la televisión. Mañana sin falta escribiría una carta, protestando contra las malas costumbres de esa maldita ciudad que era Londres. Una vez, llegó a ver una fila de viciosos junto a la farmacia, esperando su turno para que les aplicaran la dosis. ¿Cómo es que la Reina permitía eso? Misterio. Escribiría otra carta denunciando a la propia Reina. Escribía bien, sin errores gramaticales y escribía las cartas en la máquina de la oficina cuando tenía un momento de descanso. Mr. Clairson, su jefe, elogiaba mucho sus cartas publicadas. Hasta le había dicho que ella, algún día, podría llegar a ser escritora. Se sintió muy orgullosa y se lo agradeció mucho.

Estaba así acostada en la cama con su soledad. Pensando.

Fue entonces cuando sucedió.

Sintió que por la ventana entraba una cosa que no era una paloma. Tuvo miedo. Habló muy fuerte:

—¿Quién es?

Y la respuesta llegó en forma de viento:

—Yo soy un yo.

—¿Quién es usted? —preguntó trémula.

—Vine de Saturno para amarte.

—¡Pero yo no estoy viendo a nadie! —gritó.

—Lo que importa es que tú me estás sintiendo.

Y lo sentía realmente. Tuvo un estremecimiento electrónico.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó con miedo.

—Poco importa.

—¡Pero quiero llamarlo por su nombre!

—Llámame Ixtlan.

Ellos se entendían en sánscrito. Su contacto era frío como el de una lagartija, tenía escalofríos. Ixtlan portaba sobre la cabeza una corona de culebras entrelazadas, mansas por el terror de poder morir. El manto que cubría su cuerpo era del más resignado color morado, era oro barato y púrpura coagulada.

Él dijo:

—Quítate la ropa.

Ella se quitó el camisón de dormir. La luna estaba enorme dentro del cuarto. Ixtlan era blanco y pequeño. Se acostó a su lado en la cama de hierro. Y pasó las manos por sus senos. Rosas negras.

Nunca había sentido lo que sintió. Era demasiado rico. Tenía miedo de que acabara. Era como si un lisiado arrojara al aire su bastón.

Empezó a suspirar y se dirigió a Ixtlan:

—¡Yo te amo, mi amor! ¡Mi gran amor! —Y pues sí, así sucedió. Ella quería que no se acabara nunca. Fue tan rico, Dios mío. Tenía ganas de más, más y más.

Ella pensaba: ¡acéptame! O entonces: «Yo me ofrezco». Era el dominio del «aquí y ahora».

Le preguntó: ¿cuándo vuelves?

Ixtlan le respondió:

—La próxima luna llena.

—¡Pero yo no puedo esperar tanto!

—Es el chiste —dijo él, hasta de una manera fría.

—¿Voy a quedar esperando un bebé?

—No.

—Pero ¡te voy a extrañar mucho! ¿Cómo hago?

—Úsate.

Él se levantó, la besó castamente en la frente. Y salió por la ventana.

Empezó a llorar bajito. Parecía un triste violín sin arco. La prueba de que todo eso había sucedido realmente era la sábana manchada de sangre. La guardó sin lavarla y podría mostrarla a quien no la creyera.

Vio que nacía la madrugada toda color de rosa. En la bruma, los primeros pajaritos empezaban sus trinos con dulzura, aún sin alborozo.

Dios iluminaba su cuerpo.

Pero como una baronesa Von Blich, nostálgicamente recostada en el dosel de satín de su lecho, fingió tocar la campanilla para llamar al mayordomo, quien le traería café caliente, fuerte, fuerte.

Ella lo amaba e iba a esperar ardientemente hasta la nueva luna llena. No quiso bañarse para no quitarse el sabor de Ixtlan. Con él no había sido pecado pero sí un deleite. No quería ya escribir ninguna carta de protesta: ya no protestaría.

Y no fue a la iglesia. Era una mujer realizada. Tenía marido.

El domingo, entonces, a la hora del almuerzo, comió un filete miñón con puré de patata. La carne roja era excelente. Y tomó vino tinto italiano. Era realmente privilegiada. Había sido escogida por un ser de Saturno.

Le había preguntado por qué la había escogido. Él le dijo que por ser pelirroja y virgen. ¡Se sentía fenomenal! No tenía ya asco de los animales. Que éstos se amaran era lo mejor del mundo. Y ella esperaría a Ixtlan. Él volvería: lo sé, lo sé, lo sé, pensaba ella. Tampoco experimentaba ya repulsión por las parejas de Hyde Park. Sabía lo que ellos sentían.

Qué bueno era vivir. Qué bueno era comer carne roja. Qué bueno era tomar vino italiano bien astringente, medio amargando y restringiendo la lengua.

Era ahora impropia para menores de dieciocho años. Y se deleitaba, se regocijaba de gusto en ello.

Como era domingo, fue al canto coral. Cantó mejor que nunca y no se sorprendió cuando la escogieron como solista. Cantó su aleluya. Así: ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Después fue a Hyde Park y se acostó en el césped cálido, abrió un poco las piernas para que el sol entrara. Ser mujer era algo soberbio. Sólo quien era mujer lo sabía. Pero pensó: ¿será que tendré que pagar un precio muy alto por mi felicidad? No le importunaba. Pagaría todo lo que tuviera que pagar. Siempre había pagado y siempre había sido infeliz. Y ahora se había acabado la infelicidad.

¡Ixtlan! ¡Vuelve inmediatamente! ¡Ya no puedo esperar! ¡Ven! ¡Ven! ¡Ven!

Pensó: ¿será que le gusté porque soy un poco estrábica? La próxima luna llena le preguntaría. Si fuera por eso, no tendría duda: forzaría la mano y se volvería completamente bizca. Ixtlan, todo lo que quieras que yo haga, lo hago. Sólo que lo extrañaba muchísimo. Vuelve, my love.

Sí. Pero hizo una cosa que era traición. Ixtlan la comprendería y la perdonaría. A fin de cuentas, la persona tenía que darse una ayuda, ¿no es así?

Ocurrió lo siguiente: al no aguantar más, se encaminó hacia Picadilly Circle y se aproximó a un hombre velludo. Lo llevó a su habitación. Le dijo que no necesitaba pagar. Pero él impuso su decisión y antes de irse le dejó en su escritorio una libra completa. Bien que ella necesitaba el dinero. Quedó furiosa, no obstante, cuando él no quiso creer su historia. Le mostró, casi en sus narices, la sábana manchada de sangre. Se rió de ella.

El lunes por la mañana se decidió: ya no trabajaría como mecanógrafa, tenía otros dones. Mr. Clairson que se fuera a la porra. Iría a quedarse en las calles y llevar hombres a su cuarto. Como era buena en la cama, le pagarían muy bien. Podría beber vino italiano todos los días. Tenía ganas de comprarse un vestido muy rojo con el dinero que el velludo le había dejado. Se había soltado los densos cabellos que por lo pelirrojo eran una belleza. Parecía un clamor.

Había aprendido que valía mucho. Si Mr. Clairson, el fingido, quisiera que ella trabajara para él, tendría que ser de otro modo mejor.

Primero compraría el vestido rojo escotado y después iría a la oficina llegando a propósito, por primera vez en su vida, muy retrasada. Y hablaría así con el jefe:

«¡Basta de mecanografía! ¡Usted no me venga con otro de sus fingimientos! ¿Quiere saber una cosa? ¡Acuéstese conmigo en la cama, desgraciado!, y además: ¡Págueme un buen salario mensual, imbécil!».

Tenía la certeza de que él aceptaría. Estaba casado con una mujer pálida e insignificante, Joan, y tenía una hija anémica, Lucy. «Lo vas a disfrutar conmigo, hijo de perra».

Y cuando llegara la nueva luna llena, se daría un baño para purificarse de todos los hombres y estaría lista para el festín con Ixtlan.

El cuerpo

Xavier era un hombre truculento y cruel. Muy fuerte el hombre. Le encantaban los tangos. Fue a ver *El último tango en París* y se excitó terriblemente. No comprendió la película: pensaba que se trataba de un filme de sexo. No descubrió que era la historia de un hombre desesperado.

En la noche en que vio *El último tango en París* los tres se metieron en la cama: Xavier, Carmen y Beatriz. Todo el mundo sabía que Xavier era bígamo: vivía con dos mujeres.

Cada noche le tocaba a una. A veces dos veces por noche. A la que no le tocaba se quedaba presenciando. Ninguna tenía celos de la otra.

Beatriz comía que daba gusto: era gorda y enjundiosa. En cambio Carmen era alta y delgada.

La noche del último tango en París fue memorable para los tres. En la madrugada estaban exhaustos. Pero Carmen se levantó por la mañana, preparó un opíparo desayuno —con cucharas llenas de crema espesa de leche— y lo llevó para Beatriz y para Xavier. Estaba somnolienta. Fue necesario darse un baño en la ducha helada para ponerse en forma nuevamente.

Ese día —domingo— almorzaron a las tres de la tarde. La que cocinó fue Beatriz, la gorda. Xavier bebió vino francés. Y se comió solito un pollo entero. Entre las dos se comieron el otro pollo. Los pollos estaban rellenos con masa de harina de mandioca con pasas y ciruelas, todo impregnado, rico.

A las seis de la tarde, los tres se dirigieron a la iglesia. Parecían un bolero. El bolero de Ravel.

Y por la noche se quedaron en casa viendo la televisión y comiendo. Esa noche no sucedió nada: los tres estaban muy cansados.

Y así era, día tras día.

Xavier trabajaba mucho para mantener a las dos mujeres y a sí mismo: las comidas eran abundantes. Pero a veces engañaba a ambas con una prostituta

excelente. Pero en casa nada contaba, pues no estaba loco.

Pasaban los días, los meses, los años. Nadie moría. Xavier tenía cuarenta y siete años. Carmen tenía treinta y nueve. Beatriz ya había cumplido los cincuenta.

La vida les sonreía. A veces Carmen y Beatriz salían a comprar camisas llenas de imágenes de sexo. Compraban también perfume. Carmen era más elegante. Beatriz, con sus lonjas, escogía un bikini y un sostén minúsculo para los enormes senos que poseía.

Un día Xavier llegó ya muy tarde de noche: las dos estaban desesperadas. Apenas si sabían que estaba con la prostituta. Los tres en verdad eran cuatro, como los tres mosqueteros.

Xavier llegó con un hambre de nunca acabar. Abrió una botella de champaña. Estaba en pleno vigor. Habló animadamente con las dos, les contó que la industria farmacéutica de su propiedad iba bien de finanzas. Y les propuso a ambas que los tres fueran a Montevideo, a un hotel de lujo.

Fue tal el barullo por la preparación de las tres maletas.

Carmen se llevó todo su complicado maquillaje. Beatriz salió a comprar una minifalda. Viajaron en avión. Se sentaron en la fila de tres asientos: él en medio de las dos.

En Montevideo compraron todo lo que quisieron. Incluso una máquina de coser para Beatriz y una máquina de escribir para Carmen, que quería aprender. En verdad no necesitaba nada, era una pobre desgraciada. Llevaba un diario: anotaba en las páginas del grueso cuaderno empastado en rojo las fechas en que Xavier la buscaba. Le daba el diario a Beatriz para que lo leyera.

En Montevideo compraron un libro de recetas culinarias. Sólo que estaba en francés y ellas no entendían. Parecían más palabrotas que palabras.

Entonces compraron un recetario en castellano. Y se esmeraron en las sopas y en las salsas. Aprendieron a hacer rosbif. Xavier engordó tres kilos y su fuerza de toro aumentó.

A veces las dos se acostaban en la cama. Largo era el día. Y, a pesar de que no eran lesbianas, se excitaban una a otra y hacían el amor. Amor triste.

Un día le contaron ese hecho a Xavier.

Xavier se excitó. Y quiso que esa noche las dos se amaran frente a él. Pero, ordenado de esa manera, terminó todo en nada. Las dos lloraron y Xavier se encolerizó furiosamente.

Durante tres días no le dirigió la palabra a ninguna de las dos.

Pero, durante ese intervalo, y sin encargo, las dos fueron a la cama con éxito.

Al teatro los tres no iban. Preferían ver la televisión. O cenar fuera.

Xavier comía con malos modales: agarraba la comida con las manos, hacía mucho ruido al masticar, además de comer con la boca abierta. Carmen era más refinada, le daba asco y vergüenza. Beatriz tampoco tenía vergüenza, hasta desnuda andaba por la casa.

No se sabe cómo empezó. Pero comenzó.

Un día, Xavier llegó del trabajo con marcas de lápiz de labios en la camisa. No pudo negar que había estado con su prostituta preferida. Carmen y Beatriz agarraron un trozo de palo cada una y corrieron detrás de Xavier por toda la casa. Éste corría todo desesperado, gritando: ¡perdón!, ¡perdón!, ¡perdón!

Las dos, también cansadas, finalmente dejaron de perseguirlo.

A las tres de la mañana, Xavier tuvo ganas de poseer a una de las mujeres. Llamó a Beatriz porque era la menos rencorosa. Beatriz, lánguida y cansada, se prestó a los deseos del hombre que parecía un superhombre.

Pero al día siguiente le advirtieron que ya no cocinarían para él. Que se las arreglara con la tercera mujer.

Las dos de vez en cuando lloraban y Beatriz preparó para ambas una ensalada de patatas con mayonesa.

Por la tarde fueron al cine. Cenaron fuera y sólo regresaron a casa a medianoche. Encontraron a un Xavier abatido, triste y con hambre. Él intentó explicar:

—¡Es porque a veces me dan ganas durante el día!

—Entonces —le dijo Carmen—, ¿por qué no regresas a casa?

Prometió que así lo haría. Y lloró. Cuando lloró, Carmen y Beatriz se quedaron con el corazón destrozado. Esa noche, las dos hicieron el amor delante de él y él se consumía de envidia.

¿Cómo es que empezó el deseo de venganza? Las dos eran cada vez más amigas y lo despreciaban.

Él no cumplió la promesa y buscó a la prostituta. Ésta lo excitaba porque le decía muchas obscenidades. Lo llamaba hijo de puta. Él aceptaba todo.

Hasta que llegó cierto día.

O mejor, una noche. Xavier dormía plácidamente como buen ciudadano que era. Las dos permanecieron sentadas junto a una mesa, pensativas. Cada una pensaba en su infancia perdida. Y pensaron en la muerte. Carmen dijo:

—Un día nosotros tres moriremos.

Beatriz replicó:

—Y así y punto.

Tenían que esperar pacientemente el día en que cerrarían los ojos para siempre. ¿Y Xavier? ¿Qué harían con Xavier? Éste parecía un niño durmiendo.

—¿Vamos a esperar que Xavier se muera de muerte natural? —preguntó Beatriz.

Carmen pensó, pensó y dijo:

—Creo que las dos debemos darle una ayudita.

—¿Qué ayuda?

—Todavía no lo sé.

—Pero tenemos que decidir.

—Déjalo de mi cuenta, yo sé lo que hago.

Y nada de nada. Dentro de poco tiempo sería de madrugada y nada habría sucedido. Carmen preparó para las dos un café bien fuerte. Y comieron chocolate hasta la náusea. Y nada, nada ocurrió realmente.

Encendieron la radio a pilas y oyeron una angustiante música de Schubert. Era piano solo. Carmen dijo:

—Tiene que ser hoy.

Carmen era la líder y Beatriz obedecía. Era una noche especial: llena de estrellas que las miraban brillantes y tranquilas. Qué silencio. Pero qué silencio. Se aproximaron las dos a Xavier para ver si se inspiraban. Xavier roncaba. Carmen realmente se inspiró.

Le dijo a Beatriz:

—En la cocina hay dos cuchillos grandes.

—¿Y luego?

—Pues que nosotras somos dos y tenemos dos cuchillos grandes.

—¿Y luego?

—Y luego, burra, nosotras dos tenemos armas y podremos hacer lo que necesitamos hacer. Dios lo manda.

—¿No sería mejor no hablar de Dios en este momento?

—¿Quieres que hable del diablo? No, hablo de Dios porque es el dueño de todas las cosas. Del espacio y del tiempo.

Entonces entraron en la cocina. Los dos cuchillos grandes estaban filosos, eran de fino acero pulido. ¿Tendrían fuerza?

Sí, la tendrían.

Salieron armadas. La habitación estaba oscura. Ellas dieron de cuchilladas erróneamente, apuñalando la manta. La noche era fría. Entonces lograron

distinguir el cuerpo dormido de Xavier.

La sangre copiosa de Xavier escurría profusamente en la cama, por el suelo.

Carmen y Beatriz se sentaron junto a la mesa del comedor, bajo la luz amarilla del foco desnudo, estaban exhaustas. Matar requiere fuerza. Fuerza humana. Fuerza divina. Las dos estaban sudadas, mudas, abatidas. Si hubieran podido, no habrían matado a su gran amor.

¿Y ahora? Ahora tenían que deshacerse del cuerpo. El cuerpo era grande. El cuerpo pesaba.

Fueron entonces al jardín y con la ayuda de dos palas cavaron en la tierra una fosa.

Y, en la oscuridad de la noche, cargaron el cuerpo hasta el jardín. Era difícil porque Xavier muerto parecía pesar más que cuando estaba vivo, pues se le había escapado el espíritu. Mientras lo cargaban, gemían de cansancio y de dolor. Beatriz lloraba.

Colocaron el gran cuerpo dentro de la fosa, la cubrieron con la tierra húmeda y olorosa del jardín, tierra buena para las plantas. Después entraron en la casa, prepararon nuevamente el café y se restablecieron un poco.

Beatriz, que era muy romántica, se pasaba el tiempo leyendo fotonovelas en las que ocurrían amores contrariados o perdidos. Ella tuvo la idea de plantar rosas en esa tierra fértil.

Entonces salieron de nuevo al jardín, agarraron una matita de rosas rojas y la plantaron en la sepultura del llorado Xavier. Amanecía. El jardín impregnado de rocío. El rocío era una bendición al asesinato. Así pensaron ellas, sentadas en el banco blanco que había ahí.

Pasaron los días. Las dos mujeres compraron vestidos negros. Y apenas comían. Cuando anochecía, la tristeza recaía sobre ellas. No tenían ya gusto para cocinar. De rabia, Carmen, colérica, rompió el libro de recetas en francés. Guardó el de castellano: nunca se sabía si aún podría ser necesario.

Beatriz pasó a ocuparse de la cocina. Ambas comían y bebían en silencio. El pie de rosas rojas parecía haber pegado. Buena mano para plantar, buena tierra propicia. Todo resuelto.

Y así quedaría cerrado el caso.

Pero sucedió que al secretario de Xavier le extrañó su prolongada ausencia. Había papeles urgentes que firmar. Como la casa de Xavier no tenía teléfono, fue hasta allá. La casa parecía impregnada de mala suerte. Las dos mujeres le dijeron que Xavier había salido de viaje, que estaba en Montevideo. El secretario no las

creyó del todo pero pareció que se había tragado la historia.

A la semana siguiente, el secretario fue a la delegación. Con la policía no se juega. Primeramente, los agentes de policía no quisieron darle crédito a la historia. Pero, ante la insistencia del secretario, decidieron perezosamente dar la orden de búsqueda en la casa del polígamo. Todo en vano: nada de Xavier.

Entonces Carmen habló de esta manera:

—Xavier está en el jardín.

—¿En el jardín? ¿Haciendo qué?

—Sólo Dios lo sabe.

—Pero nosotros no vimos nada ni a nadie.

Fueron al jardín: Carmen, Beatriz, el secretario de nombre Alberto, dos agentes de policía y dos hombres más que no se sabía quiénes eran. Siete personas. Entonces Beatriz, sin ninguna lágrima en los ojos, les mostró la fosa florida. Tres hombres abrieron la sepultura, destrozando el pie de rosas que sufrían por casualidad la brutalidad humana.

Y vieron a Xavier. Estaba horrible, deformado, ya medio carcomido, con los ojos abiertos.

—¿Y ahora? —dijo uno de los agentes.

—Y ahora hay que detener a las dos mujeres.

—Pero —dijo Carmen— que sea en la misma celda.

—Mire —dijo uno de los agentes frente al secretario atónito—, lo mejor es fingir que nada ha sucedido, si no va a haber mucho barullo, mucho papeleo escrito, muchos alegatos.

—Ustedes dos —dijo el otro agente de la policía—, preparen sus maletas y váyanse a vivir a Montevideo. No nos joroben más.

Las dos dijeron:

—Muchas gracias.

Pero Xavier no dijo nada. Nada había realmente que decir.

Viacrucis

María Dolores se asustó. Pero se asustó en serio.

Empezó por la menstruación que no llegó. Esto la sorprendió porque ella era muy regular.

Pasaron más de dos meses y nada. Fue a la ginecóloga. Ésta le diagnosticó un evidente embarazo.

—¡No puede ser! —gritó María Dolores.

—¿Por qué? ¿Usted no está casada?

—Sí, pero soy virgen, mi marido nunca me ha tocado. Primero porque él es un hombre paciente, segundo porque ya está medio impotente.

La ginecóloga intentó argumentar:

—Quién sabe si usted en alguna noche…

—¡Nunca! ¡Pero de verdad nunca!

—Entonces —concluyó la ginecóloga—, no sé cómo explicarle. Usted ya está a fines del tercer mes.

María Dolores salió del consultorio toda mareada. Tuvo que detenerse en un restaurante para tomar un café. Para lograr entender.

¿Qué es lo que estaba sucediendo? Una gran angustia se apoderó de ella. Pero salió del restaurante más calmada.

En la calle, de regreso a casa, compró una blusita para el bebé. Azul, pues tenía la certeza de que sería niño. ¿Qué nombre le pondría? Sólo podía darle un nombre: Jesús.

En casa encontró al marido leyendo el periódico en sandalias. Le contó lo que sucedía. El hombre se asustó:

—¿De manera que yo soy san José?

—Sí —la respuesta fue lacónica.

Ambos cayeron en una profunda meditación.

María Dolores mandó a la sirvienta a comprar las vitaminas que la ginecóloga

le había recetado. Eran para bien de su hijo.

Hijo divino. Ella había sido elegida por Dios para darle al mundo un nuevo Mesías.

Compró la cuna azul. Empezó a tejer blusitas y a hacer pañales suaves.

Mientras tanto, la barriga crecía. El feto era dinámico: le daba violentos puntapiés. A veces le llamaba a san José para que le pusiera la mano en el vientre y sintiera al hijo que estaba viviendo con fuerzas.

San José entonces se quedaba con los ojos bañados en lágrimas. Se trataba de un Jesús vigoroso. Ella se sentía toda iluminada.

A su amiga más íntima, María Dolores le contó la historia misteriosa. La amiga también se asustó.

—María Dolores, ¡pero qué destino tan privilegiado tienes!

—Privilegiado, sí —suspiró María Dolores—. Pero ¿qué puedo hacer para que mi hijo no padezca el viacrucis?

—Reza —le aconsejó la amiga—, reza mucho.

Y María Dolores empezó a creer en los milagros. Una vez creyó que veía de pie, a su lado, a la Virgen María que le sonreía. Otra vez ella misma hizo el milagro: el marido tenía una herida abierta en la pierna, María Dolores la besó. Al día siguiente ni siquiera había cicatriz.

Hacía frío, era el mes de julio. En octubre nacería la criatura.

Pero ¿dónde encontrarían un establo? Sólo si fuera a una hacienda en el interior de Minas Gerais. Entonces decidió ir a la hacienda de la tía Minita.

Lo que le preocupaba era que el niño no iba a nacer el veinticinco de diciembre.

Iba a la iglesia todos los días e, incluso con el vientre crecido, permanecía horas arrodillada. Como madrina de su hijo había escogido a la Virgen María. Y para padrino, a Cristo.

Y así fue pasando el tiempo. María Dolores había engordado brutalmente y tenía deseos extraños, como el comer uvas heladas. San José fue con ella a la hacienda. Y allá hacía sus trabajos de ebanistería.

Un día María Dolores se atiborró demasiado: vomitó mucho y lloró. Pensó: empezó el viacrucis de mi sagrado hijo.

Pero le parecía que, si le pusiera a la criatura el nombre de Jesús, él sería, cuando fuera hombre, crucificado. Era mejor darle el nombre de Emmanuel. Nombre sencillo. Nombre bueno.

Esperaba a Emmanuel sentada debajo de una jabuticabera[7]. Y pensaba: cuando llegue la hora, no voy a gritar, voy a decir únicamente: ¡ay, Jesús!

Y comía jabuticabas. Se atragantaba la madre de Jesús.

La tía —a la par de todo— preparaba la habitación con cortinas azules. El establo estaba ahí, con sus vacas y su olor a estiércol.

En la noche, María Dolores miraba al cielo estrellado en busca de la estrella-guía. ¿Quiénes serían los tres Reyes Magos? ¿Quién le traería incienso y mirra?

Salía a dar largos paseos porque la doctora le había recomendado que caminara mucho. San José se había dejado crecer la barba grisácea y sus largos cabellos llegaban a los hombros.

Era difícil esperar. El tiempo no pasaba. La tía les preparaba, para el desayuno, pastelitos de huevo y azúcar que se deshacían en la boca. Y el frío les dejaba las manos rojas y tiesas.

De noche encendían el hogar y permanecían sentados ahí para calentarse. San José elaboraba un cayado para sí mismo. Y, como no se cambiaba de ropa, despedía un olor sofocante. Su túnica era de estopa. Él tomaba vino junto al hogar. María Dolores tomaba leche cruda entera con el rosario en la mano.

Por la mañana temprano, iba a observar las vacas al establo. Las vacas mugían. María Dolores les sonreía. Todos humildes: vacas y mujer. María Dolores estaba a punto de llorar. Acomodaba la paja en el suelo, preparando el lugar para acostarse cuando llegara la hora. La hora de la iluminación.

San José, con su cayado, iba a meditar a la montaña. La tía preparaba lomo de puerco y todos comían desesperadamente. Y el niño que no nacía.

Hasta que una noche, a las tres de la madrugada, María Dolores sintió el primer dolor. Prendió la lamparilla, despertó a san José, despertó a la tía. Se vistieron. Y con una antorcha para iluminar el camino, se dirigieron, a través de los árboles, al establo. Una gran estrella cintilaba en el cielo negro.

Las vacas, despiertas, se inquietaron y empezaron a mugir.

Al poco rato un nuevo dolor. María Dolores se mordió su propia mano para no gritar. Y no amanecía.

San José temblaba de frío. María Dolores, acostada en la paja, bajo una cobija, aguardaba.

Entonces le llegó un dolor demasiado fuerte. ¡Ay, Jesús! Gimió María Dolores. ¡Ay, Jesús! Parecían mugir las vacas.

Las estrellas en el cielo.

Entonces sucedió.
Nació Emmanuel.
Y pareció que el establo se iluminaba todo.
Era un fuerte y bello niño que dio un berrido en la madrugada.
San José le cortó el cordón umbilical. Y la mamá sonreía. La tía lloraba.
No se sabe si ese niño tuvo que padecer el viacrucis. Todos lo padecen.

El hombre que apareció

Era sábado por la tarde, alrededor de las seis, casi las siete. Bajé y fui a comprar Coca-Cola y cigarros. Crucé la calle y me dirigí al bar del portugués Manuel.

Mientras esperaba a que me atendieran, un hombre que tocaba una pequeña gaita se aproximó, me miró, tocó una musiquita y me llamó por mi nombre. Dijo que me había conocido en la Cultura Inglesa, donde tan sólo estudié en realidad dos o tres meses. Él me dijo:

—No me tengas miedo.

Respondí:

—No tengo miedo. ¿Cuál es su nombre?

Él contestó con una sonrisa triste, en inglés: ¿qué importa un nombre?

Le dijo al señor Manuel:

—Aquí únicamente es superior a mí esta mujer porque ella escribe y yo no.

El señor Manuel ni pestañeó. El hombre estaba completamente borracho. Tomé mis compras y ya me iba cuando dijo:

—¿Puedo tener el honor de llevarte la botella y el paquete de cigarros?

Le entregué mis compras. En la puerta de mi edificio, tomé la Coca-Cola y los cigarros. Él estaba parado junto a mí. Entonces, al parecerme su rostro muy familiar, le volví a preguntar su nombre.

—Soy Claudio.

—¿Claudio qué?

—¿Ahora esto de «qué»? Yo me llamo Claudio Brito…

—¡Claudio! —grité yo—. ¡Oh, Dios mío, por favor, sube conmigo y ven a mi casa!

—¿Qué piso es?

Le indiqué el número del apartamento y el piso. Dijo que iba a pagar la cuenta en el bar y que después subiría.

En casa estaba una amiga. Le conté lo que me había sucedido. Le dije: él es

capaz de no venir por vergüenza.

Mi amiga comentó: él no viene, a un borracho se le olvida el número del departamento. Y si viene, ya no saldrá de aquí. Avísame para irme a la habitación y dejarlos a ustedes solos.

Esperé y nada. Estaba impresionada por la derrota de Claudio Brito. Desanimada me cambié de ropa.

Entonces tocaron el timbre. Pregunté a través de la puerta cerrada quién era. Él contestó: Claudio Brito. Le dije: espérame ahí sentado en el banco del vestíbulo que ahora mismo te abro. Volví a cambiarme de ropa.

Claudio, él era un buen poeta. ¿Por dónde habrá andado todo este tiempo?

Entró e inmediatamente se puso a jugar con mi perro, diciendo que sólo los animales lo entendían. Le pregunté si quería café. Respondió: únicamente bebo alcohol, hace tres días estoy tomando. Yo mentí: dije que desgraciadamente no tenía nada de alcohol en casa. E insistí en el café. Me miró serio y dijo:

—No me ordenes a mí.

Contesté:

—No te estoy mandando, te estoy pidiendo que tomes café, en la cocina tengo un termo lleno de buen café.

Él dijo que le gustaba el café fuerte. Y le traje una taza para té llena de café, con poca azúcar.

Y él que no bebía. Yo insistiéndole. Entonces tomó el café, hablando con mi perro:

—Si rompes esta taza, te voy a pegar. Ve cómo me mira, él me entiende.

—Yo también te entiendo.

—¿Tú? A ti sólo te importa la literatura.

—Pues te equivocas. Mis hijos, la familia, los amigos están en primer lugar.

Me miró desconfiado, medio de reojo. Y preguntó:

—¿Juras que la literatura no te importa?

—Lo juro —le contesté, con la seguridad que viene desde la íntima veracidad. Y agregué—: Cualquier gato, cualquier perro vale más que la literatura.

—Entonces —dijo muy emocionado—, aprieta mi mano. Yo te creo.

—¿Estás casado?

—Unas mil veces, ya ni me acuerdo.

—¿Tienes hijos?

—Tengo un crío de cinco años.

—Te voy a dar más café.

Le volví a traer la taza casi llena. Él bebió poco a poco. Dijo:

—Eres una mujer extraña.

—No lo soy —le contesté—, soy una mujer sencilla, nada sofisticada.

Me contó una historia en la que aparecía un tal Francisquito, no entendí bien quién era. Le pregunté:

—¿En qué trabajas?

—No trabajo. Estoy jubilado como alcohólico y enfermo mental.

—Tú no tienes nada de enfermo mental. Sólo que bebes más de lo que debías.

Me contó que había estado en la guerra de Vietnam. Y que durante dos años había sido marinero. Que le sentaba muy bien el mar. Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Le dije:

—Sé hombre y llora, llora lo que quieras; ten el gran valor de llorar. Tú debes de tener muchos motivos para llorar.

—Y yo aquí, tomando café y llorando…

—No importa, llora y haz de cuenta que no existo.

Lloró un poco. Era un hombre guapo, con la barba sin hacer y abatidísimo. Se veía que había fracasado. Como todos nosotros. Me preguntó si me podía leer un poema. Le dije que lo quería oír. Abrió una bolsa, sacó de su interior un cuaderno grueso y se puso a reír al abrir las hojas.

Leyó entonces el poema. Era sencillamente una belleza. Mezclaba palabrotas con las mayores delicadezas. Oh, Claudio —tenía ganas de gritar—, ¡todos nosotros somos unos fracasados, todos nos vamos a morir algún día! ¿Quién? Pero ¿quién puede decir con sinceridad que se realizó en la vida? El éxito es una mentira.

Le dije:

—Tu poema es tan bonito. ¿Tienes más?

—Tengo otro más, pero seguramente te estoy siendo inoportuno. Con seguridad quieres que me vaya.

—No quiero que te vayas por el momento. Yo te aviso a la hora que tienes que irte, pues yo me acuesto temprano.

Él buscó el poema en las páginas del cuaderno, no lo encontró, desistió. Dijo:

—Yo sé un poco sobre ti. Y hasta conocí a tu ex marido.

Me quedé quieta.

—Tú eres bonita.

Me quedé quieta.

Yo estaba muy triste. Y sin saber qué hacer para ayudarlo. No saber cómo ayudar es una terrible impotencia.

Él comentó:

—Si un día me suicido…

—Tú qué te vas a suicidar —lo interrumpí—. Porque es deber de uno vivir. Y vivir puede ser bueno. Créeme.

A quien sólo le faltaba llorar era a mí.

No había nada que yo pudiera hacer.

Le pregunté dónde vivía. Me contestó que tenía un departamentito en Botafogo. Le dije: vete a tu casa y duerme.

—Primero tengo que ver a mi hijo, está con fiebre.

—¿Cómo se llama tu hijo?

Me lo dijo. Repliqué: tengo un hijo con el mismo nombre.

—Lo sé.

—Le voy a regalar un libro con una historia infantil que una vez escribí para mis hijos. Léesela en voz alta al tuyo.

Le di el libro, le escribí una dedicatoria. Él guardó el libro en su especie de maleta. Yo desesperada.

—¿Quieres Coca-Cola?

—Tú tienes la manía de ofrecer café y Coca-Cola.

—Es porque no tengo otra cosa que ofrecerte.

En la puerta él besó mi mano. Lo acompañé hasta el ascensor, apreté el botón de la planta baja y le dije:

—Ve con Dios, por amor de Dios.

El ascensor bajó. Entré a la casa, fui apagando las luces, le avisé a mi amiga, quien enseguida salió, me cambié de ropa, tomé una medicina para dormir y me senté en la sala oscura fumando un cigarro. Me acordé de que Claudio, hacía pocos minutos, me había pedido el cigarro que fumaba. Se lo di. Él fumó. También dijo: un día voy a matar a alguien.

—No es verdad, no lo creo.

Me había hablado también de un tiro de gracia que le dio a un perro que estaba sufriendo. Le pregunté si había visto una película llamada en inglés *They do kill horses, don't they?* Y que en portugués la habían denominado *La noche de los desesperados*. Sí la había visto.

Me quedé mirando. Mi perro me miraba en la oscuridad.

Eso fue ayer sábado. Hoy es domingo, 12 de mayo, Día de la Madre. ¿Cómo puedo ser madre para este hombre? Me pregunto y no encuentro la respuesta.

No hay respuesta para nada.

Me fui a acostar. Yo había muerto.

Él me absorbió

Sí. Sucedió justamente.

Chequito era maquillador de mujeres. Pero no quería nada con mujeres. Quería hombres.

Y maquillaba a Aurelia Nascimento. Aurelia era bonita y, maquillada, quedaba deslumbrante. Era rubia, usaba peluca y pestañas postizas. Quedaron como amigos. Salían juntos, con esa cosa de ir a cenar a los salones de baile.

Cada vez que Aurelia quería verse bella, le llamaba por teléfono a Chequito. Chequito también era guapo. Era delgado y alto.

Y así transcurrían las cosas. Una llamada telefónica y concertaban una cita. Ella se vestía bien, se esmeraba. Usaba lentes de contacto. Y senos postizos. Pero los suyos también eran bellos, puntiagudos. Solamente usaba los postizos porque tenía poco busto. Su boca era un botón de rosa roja. Y los dientes grandes, blancos.

Un día, a las seis de la tarde, a la hora del peor tráfico, Aurelia y Chequito estaban de pie junto al Copacabana Palace esperando inútilmente un taxi. Chequito, de cansancio, se había apoyado en un árbol. Aurelia estaba impaciente. Sugirió que se le dieran diez cruceiros al portero para que les consiguiera transporte. Chequito se negó: era duro para aflojar el dinero.

Eran casi las siete de la tarde. Oscurecía. ¿Qué hacer?

Cerca de ellos estaba Alfonso Carballo. Industrial en metalurgia. Esperaba su Mercedes con chófer. Hacía calor, el coche contaba con aire acondicionado, tenía teléfono y refrigerador. Alfonso había cumplido cuarenta años el día anterior.

Notó la impaciencia de Aurelia, quien golpeaba los pies en la banqueta. «Interesante esa mujer», pensó Alfonso. Y quiere coche. Se dirigió a ella:

—¿La señorita tiene dificultad para encontrar transporte?

—¡Estoy aquí desde las seis y nada, que no pasa un taxi que nos recoja! Ya no aguanto más.

—Mi chófer llega dentro de un rato —dijo Alfonso—. ¿Puedo llevarlos a algún lado?

—Yo le agradecería mucho, incluso porque tengo un dolor en el pie.

Pero no dijo que tenía callos. Escondió el defecto. Estaba maquilladísima y miró con deseos al hombre. Chequito permanecía muy callado.

Al fin llegó el chófer, se bajó, abrió la puerta del coche. Entraron los tres. Ella se sentó adelante, al lado del chófer, los dos atrás. Se quitó discretamente el zapato y suspiró de alivio.

—¿Hacia dónde quieren ir ustedes?

—No tenemos un destino fijo realmente —dijo Aurelia cada vez más ardiente por la cara varonil de Alfonso.

Él dijo:

—¿Y si vamos al Number One a tomar una bebida?

—Me encantaría —dijo Aurelia—. ¿A ti no te gustaría, Chequito?

—Pues claro, necesito un trago fuerte.

Entonces fueron al salón de baile, a esa hora casi vacío. Y conversaron. Alfonso habló de metalurgia. Los dos no entendían nada. Pero fingían entender. Era tedioso. Pero Alfonso estaba entusiasmado y, por debajo de la mesa, apoyó su pie en el pie de Aurelia. Justamente en el pie donde tenía el callo. Ella correspondió, excitada. En ese momento Alfonso dijo:

—¿Y si vamos a cenar a mi casa? Hoy tengo caracoles y pollo con trufas. ¿Cómo lo ven?

—Estoy muerta de hambre.

Y Chequito seguía mudo. Estaba también ardiente por Alfonso.

El departamento estaba tapizado de blanco y había una escultura de Bruno Giorgi. Se sentaron, tomaron otra bebida y pasaron al comedor. La mesa era de palo santo. El camarero servía por la izquierda. Chequito no sabía comer caracoles y se hizo un lío con los cubiertos especiales. No le gustaron. Pero a Aurelia le gustaron mucho, aunque le dio miedo quedar con aliento a ajo. Pero bebieron champaña francesa durante toda la cena. Nadie quiso postre, querían tan sólo café.

Pasaron a la sala. Ahí Chequito se animó. Empezó a hablar y nunca más acababa. Le lanzaba unos ojos lánguidos al industrial. Éste se quedó sorprendido con la elocuencia del muchacho guapo. Al día siguiente le llamaría a Aurelia para decirle: Chequito es el encanto en persona.

Y concertaron una nueva cita. Esta vez en un restaurante, el Albamar.

Comieron ostrones para empezar. Nuevamente Chequito tuvo dificultades para comerse los ostrones. No sé hacer las cosas, pensó.

Pero antes de encontrarse, Aurelia le llamó por teléfono a Chequito: necesitaba maquillaje urgente. Él fue a su casa.

Entonces, mientras la maquillaba, pensó: Chequito me está quitando el rostro.

Tenía la impresión de que él le estaba borrando los rasgos: vacía, una cara tan sólo de carne. Carne morena.

Sintió un malestar. Le pidió dejarla ir al baño para mirarse al espejo. Era eso mismo lo que había imaginado: Chequito había anulado su rostro. Incluso los huesos —tenía una estructura ósea sensacional—, incluso los huesos habían desaparecido. Él me está absorbiendo, pensó, él me va a destruir. Y es a causa de Alfonso.

Regresó sin gracia. En el restaurante casi no habló. Alfonso hablaba más con Chequito, apenas miraba a Aurelia: estaba interesado en el muchacho.

En fin. Por fin acabó el almuerzo.

Chequito concertó una cita con Alfonso para la noche. Aurelia dijo que no podía ir, estaba cansada. Era mentira: no iba porque no tenía cara que mostrar.

Llegó a casa, tomó un baño prolongado de inmersión con espuma, se quedó pensando: «Dentro de poco él me quita el cuerpo también». ¿Qué hacer para recuperar lo que había sido suyo? ¿Su individualidad?

Salió pensativa del baño. Se secó con una toalla roja enorme. Siempre pensativa. Se pesó en la balanza: tenía buen peso. Dentro de poco él me quita el peso también, pensó.

Se acercó al espejo. Se miró profundamente. Pero ella ya no era nada.

Entonces, entonces de repente se dio una brutal bofetada en la parte izquierda del rostro. Para despertar. Permaneció de pie mirándose. Y, como si no bastara, se dio otras dos cachetadas en la cara. Para encontrarse.

Y realmente sucedió.

En el espejo vio por fin un rostro humano, triste, delicado. Ella era Aurelia Nascimento. Había acabado de nacer. Na-ci-mien-to.

Mientras tanto

Como él no tenía nada que hacer, fue a hacer pipí. Y después quedó en cero realmente.

El vivir tiene esas cosas: uno de vez en cuando se queda en cero. Y todo eso es mientras tanto. Mientras se vive.

Hoy me llamó una chica llorando, diciendo que su papá había muerto. Es así: ni más ni menos.

Uno de mis hijos está fuera de Brasil, el otro vino a almorzar conmigo. La carne estaba tan dura que apenas se podía masticar. Pero bebimos un vino rosado helado. Y conversamos. Yo le había pedido no sucumbir a la imposición del comercio que explota el Día de la Madre. Él hizo lo que le pedí: no me dio nada. O mejor, me dio todo: su presencia.

Trabajé todo el día, son las seis menos diez. El teléfono no suena. Estoy sola. Sola en el mundo y en el espacio. Y, cuando llamo, el teléfono suena y nadie contesta. O dicen: está durmiendo.

La cuestión es saber aguantar. Pues la cosa es así justamente. A veces no se tiene nada que hacer y entonces se hace pipí.

Pero si Dios nos hizo así, que así seamos. Sacudiéndonos las manos. Sin motivo.

El viernes por la noche fui a una fiesta, no sabía que era el cumpleaños de mi amigo, su esposa no me lo había dicho. Había mucha gente. Noté que muchas personas no se encontraban muy a gusto.

¿Qué hago? ¿Me llamo a mí misma? Va a sonar tristemente ocupado, lo sé, una vez yo marqué distraída mi número. ¿Cómo despertar a quien está durmiendo? ¿Qué hacer? Nada: porque el domingo hasta Dios descansó. Pero yo trabajé sola el día entero.

Pero ahora quien estaba durmiendo ya despertó y viene a verme a las ocho. Son las seis y cinco.

Estamos en el llamado «veranito de mayo»: hace mucho calor. Me duelen los dedos de tanto escribir a máquina. Con la punta de los dedos no se juega. Es a través de la punta de los dedos donde se reciben los fluidos.

¿Debí de haberme ofrecido para ir al entierro del papá de la chica? La muerte sería hoy demasiado para mí. Ya sé lo que voy a hacer: voy a comer. Después regreso. Fui a la cocina, de casualidad la cocinera no estaba descansando y va a calentar comida para mí. Mi cocinera es enorme de gorda: pesa noventa kilos. Noventa kilos de inseguridad, noventa kilos de miedo. Tengo ganas de besar su rostro negro y liso pero ella no entendería. Volví a la máquina mientras calentaba la comida. Descubrí que estaba muerta de hambre. Apenas puedo esperar a que me llame.

Ah, ya sé lo que voy a hacer: me voy a cambiar de ropa. Después como y regreso a la máquina. Hasta luego.

Ya comí. Estaba delicioso. Tomé un poco de vino rosado. Ahora voy a tomar café. Y a refrescar la sala: en Brasil el aire acondicionado no es un lujo, es una necesidad. Sobre todo para personas que, como yo, sufren demasiado calor. Son las seis y media. Encendí mi radio a pilas. En la estación del Ministerio de Educación. Pero ¡qué música tan triste! No es necesario ser triste para ser bien educado. Voy a invitar a Chico Buarque, Tom Jobim y Caetano Veloso para que cada uno traiga su guitarra. Quiero alegría, la melancolía me mata poco a poco.

Cuando uno se empieza a preguntar: ¿para qué? Entonces las cosas no van bien. Y me estoy preguntando para qué. Pero bien lo sé que es solamente «mientras tanto». Son las siete menos veinte. ¿Y para qué son las siete menos veinte?

En este intervalo hice una llamada telefónica y, para mi regocijo, son ya las siete menos diez. Nunca en la vida había dicho esto, «para mi regocijo». Es muy raro. De vez en cuando ando medio machadiana. Y hablando de Machado de Assis, tengo nostalgia de él. Parece mentira, pero no tengo ningún libro suyo en mi librería. José de Alencar, ya ni me acuerdo si alguna vez lo leí.

Tengo nostalgia. Extraño a mis hijos, sí, carne de mi carne. Carne débil y no he leído todos los libros. *La chair est triste*. (La carne es triste).

Pero una fuma y mejora inmediatamente. Son las siete menos cinco. Si me descuido muero. Es muy fácil. Es cuestión de que el reloj pare. Faltan tres minutos para las siete. ¿Enciendo o no la televisión? Pero qué aburrido es ver la televisión sola.

Pero finalmente me decidí y voy a encender la televisión. Uno se muere a

veces.

Día tras día

Hoy es 13 de mayo. Es el Día de la Liberación de los Esclavos. Es lunes. Es día de mercadillo. Encendí la radio a pilas y tocaban *El Danubio azul*. Me puse contenta. Me vestí, bajé, compré flores a nombre de quien murió ayer. Claveles rojos y blancos. Como lo he repetido hasta el cansancio, un día hemos de morir. Y se muere de rojo y blanco. El hombre que murió era muy recto: trabajaba en pro de la humanidad, advirtiendo que los alimentos en el mundo se irían a acabar. Quedaba Laura, su esposa. Mujer fuerte, mujer vidente, de cabellos y ojos negros. Dentro de algunos días iré a visitarla. O por lo menos hablaré con ella por teléfono.

Ayer, 12 de mayo, Día de la Madre, no vinieron las personas que habían dicho que vendrían. Pero vino una pareja amiga y salimos a cenar. Así estuvo mejor. No quiero ya depender de nadie. Lo que quiero es *El Danubio azul* y no el *Vals triste* de Sibelius, si es así como se escribe su nombre.

Bajé de nuevo, fui al bar del señor Manuel para cambiar las pilas de mi radio. Le hablé de esta manera:

—¿Se acuerda usted del hombre que estaba tocando la gaita el sábado? Él era un gran escritor.

—Sí, lo recuerdo. Es una tristeza. Es la neurosis de la guerra. Él bebe por todos lados.

Me fui.

Cuando llegué a casa, una persona me llamó para decirme: piénselo bien antes de escribir un libro pornográfico, piense si esto va a agregarle algo a su obra. Respondí:

—Ya le pedí permiso a mi hijo —le había dicho que no leyera el libro. Yo le conté un poco las historias que había escrito. Él las oyó y dijo: está bien. Le conté que mi primer cuento se llamaba «Miss Algrave». Él dijo: grave significa tumba. Entonces le conté sobre la llamada de la chica que lloraba porque el papá había

muerto. Mi hijo dijo como un consuelo: él vivió mucho. Yo le dije: vivió bien.

Pero la persona que me llamó se enojó, yo me enojé, ella colgó el teléfono, yo marqué nuevamente, ella no quiso hablar y volvió a colgar.

Si este libro fuera publicado con mala suerte, estoy perdida. Pero uno está perdido de todos modos. No hay escapatoria. Todos nosotros sufrimos de neurosis de guerra.

Me acordé de una cosa graciosa. Una amiga que tengo vino un día a hacer las compras en el mercadillo frente a mi casa. Pero venía en *shorts*. Un vendedor le gritó:

—¡Pero qué muslos!, ¡qué hermosura!

A mi amiga le dio mucha rabia y le contestó:

—¡Ve a decirle eso a tu madre!

El hombre se rió, el muy desgraciado.

Pues sí. No sé si este libro va a agregar algo a mi obra. Mi obra que se arruine. No sé por qué las personas le dan tanta importancia a la literatura. ¿En cuanto a mi nombre? Que se fastidie, tengo más en que pensar.

Pienso, por ejemplo, en la amiga que tuvo un quiste en su seno derecho y soportó sola el miedo hasta que, en vísperas de la operación, me lo dijo. Nos quedamos asustadas. La palabra prohibida: cáncer. Recé mucho. Ella rezó. Afortunadamente era benigno, su marido me llamó para comunicármelo. Al día siguiente ella me llamó para contarme que no era más que una «bolsa de agua». Yo le dije que para otra vez obtuviera una bolsa de cuero, sería más alegre.

Con la compra de las flores y el cambio de pilas, estoy sin un cruceiro en casa. Pero dentro de un rato llamo a la farmacia, donde me conocen, para pedir que me cambien un cheque de cien cruceiros. Así puedo hacer las compras en el mercadillo.

Pero soy sagitario y escorpión, teniendo como ascendente a acuario. Yo soy rencorosa. Un día una pareja me invitó a almorzar un domingo. Y el sábado por la tarde, así a última hora, me avisaron que el almuerzo no era posible porque tenían que comer con un hombre extranjero muy importante. ¿Por qué no me convidaron también? ¿Por qué me dejaron sola el domingo? Entonces me vengué. No soy tan buena que digamos. No los busqué ya. Y no aceptaré más invitaciones de ellos. Al pan, pan, y al vino, vino.

Me acordé de que en una bolsa yo tenía cien cruceiros. Entonces ya no necesito llamar a la farmacia. Detesto pedir favores. No le llamo a nadie más. El que quiera, que me busque. Me voy a hacer de rogar. Ahora se acabó el juego.

Dentro de dos semanas iré a Brasilia. Voy a dar una conferencia. Pero —cuando me llamen para señalar la fecha— voy a pedir una cosa: que no me festejen. Que todo sea sencillo. Me voy a hospedar en un hotel porque así me siento a gusto. Lo malo es que, cuando leo una conferencia, me pongo tan nerviosa que leo demasiado aprisa y nadie me entiende. Una vez fui a Campos en un taxi aéreo y di una conferencia en la universidad de ese lugar. Primeramente me mostraron libros míos traducidos al braille. Me quedé de una pieza. Y en la audiencia había ciegos. Me puse nerviosa. Después hubo una cena para hacerme un homenaje. Pero no aguanté, pedí permiso y me fui a dormir. Por la mañana me dieron un dulce llamado «llovizna», parece una gota y está hecho con huevos y azúcar. En casa comimos «llovizna» durante varios días. Me gusta recibir regalos. Y darlos. Es bueno. Yolanda me dio chocolates. Marly me dio una bolsa para compras que es preciosa. Yo le di a la hija de Marly una medallita de oro con un santo. La niña es lista y habla francés.

Ahora les voy a contar unas historias de una niña llamada Nicole. Nicole le dijo a su hermano más grande, llamado Marcos: tú con ese pelo largo pareces mujer. Marcos reaccionó con un violento puntapié porque él es hombrecito realmente. Entonces Nicole dijo rápidamente:

—¡No te enojes, porque Dios es mujer!

Y, bajito, le susurró a la mamá: sé que Dios es hombre, ¡pero no me vayas a pegar!

Nicole le dijo a la prima, que estaba haciendo desorden en la casa de la abuela: no hagas eso, porque una vez lo hice, mi abuelita me dio un coscorrón y me desmayé. La mamá de Nicole supo esto y la reprendió. Y le contó la historia a Marcos. Marcos dijo:

—Eso no es nada. Una vez Adriana hizo desorden en casa de su abuelita y le dije: no hagas eso porque yo lo hice una vez, mi abuelita me pegó tanto que dormí cien años.

¿No dije yo que hoy era día de *El Danubio azul*? Estoy feliz, a pesar de la muerte del hombre bueno, a pesar de Claudio Brito, a pesar de la llamada telefónica sobre mi desgraciada obra literaria. Voy a tomar café de nuevo.

Y Coca-Cola. Como dijo Claudio Brito, tengo manía de tomar Coca-Cola y café.

Mi perro se está rascando la oreja y con tanto gusto que llega a gemir. Soy su mamá.

Y necesito dinero. Pero *El Danubio azul* es precioso, lo es realmente.

¡Viva el mercadillo! ¡Viva Claudio Brito! (Le cambié el nombre, claro. Cualquier parecido es pura coincidencia). ¡Viva yo! Que aún estoy viva.

Y ahora acabé.

Ruido de pasos

Tenía ochenta y un años de edad. Se llamaba doña Cándida Raposo.

Esa señora tenía el deseo irresistible de vivir. El deseo se acentuaba cuando iba a pasar los días en una hacienda: la altitud, lo verde de los árboles, la lluvia, todo eso la acicateaba. Cuando oía a Liszt se estremecía toda. Había sido bella en su juventud. Y le llegaba el deseo cuando olía profundamente una rosa.

Pues ocurrió con doña Cándida Raposo que el deseo de placer no había pasado.

Tuvo, en fin, el gran valor de ir al ginecólogo. Y le preguntó avergonzada, con la cabeza baja:

—¿Cuándo se pasa esto?

—¿Pasa qué, señora?

—Esta cosa.

—¿Qué cosa?

—La cosa, repitió. El deseo de placer —dijo finalmente.

—Señora, lamento decirle que no pasa nunca.

Lo miró sorprendida.

—¡Pero yo tengo ochenta y un años de edad!

—No importa, señora. Eso es hasta morir.

—Pero ¡esto es el infierno!

—Es la vida, señora Raposo.

Entonces, ¿la vida era eso?, ¿esa falta de vergüenza?

—¿Y qué hago ahora? Ya nadie me quiere…

El médico la miró con piedad.

—No hay remedio, señora.

—¿Y si yo pagara?

—No serviría de nada. Usted tiene que acordarse de que tiene ochenta y un años de edad.

—¿Y… si yo me las arreglo solita? ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Sí —dijo el médico—. Puede ser el remedio.

Salió del consultorio. La hija la esperaba abajo, en el coche. Cándida Raposo había perdido un hijo en la guerra. Era un soldado de la fuerza expedicionaria brasileña en la Segunda Guerra Mundial. Tenía ese intolerable dolor en el corazón: el de sobrevivir a un ser adorado.

Esa misma noche se dio una ayuda y solitaria se satisfizo. Mudos fuegos de artificio. Después lloró. Tenía vergüenza. De ahí en adelante utilizaría el mismo proceso. Siempre triste. Así es la vida, señora Raposo, así es la vida. Hasta la bendición de la muerte.

La muerte.

Le pareció oír ruido de pasos. Los pasos de su marido Antenor Raposo.

Antes del puente Río-Niterói

Pues sí.

Cuyo papá era amante, con su alfiler en la corbata, amante de la esposa del médico que atendía a la hija, es decir, de la hija del amante y todos lo sabían, y la mujer del médico colgaba una toalla blanca en la ventana, lo que significaba que el amante podía entrar. Si ponía una toalla de color, él no entraba.

Pero me estoy confundiendo toda o el caso es tan enredado que si puedo voy a desenredarlo. La realidad de éste es inventada. Pido disculpas porque además de contar los hechos también adivino y lo que adivino aquí lo escribo, escribana que soy por fatalidad. Yo adivino la realidad. Pero esta historia no es de mi cosecha. Es de la zafra de quien puede más que yo, humilde que soy.

Pues a la hija la invadió la gangrena en la pierna y tuvieron que amputársela. Jandira, de diecisiete años, fogosa como un potrillo y con hermoso cabello, estaba comprometida. Apenas el novio vio la figura en muletas, toda alegre, alegría que no entendió que era patética, pues bien, el novio tuvo sencillamente el valor de deshacer el noviazgo sin remordimientos, pues lisiada no la quería. Todos, incluso la resignada mamá de la chica, le imploraron que fingiera que todavía la amaba, lo que —le decían— no sería tan penoso porque sería a corto plazo: es que la novia tenía vida a corto plazo.

Y después de tres meses —como si hubiera cumplido la promesa de no pesar en las débiles ideas del novio—, después de tres meses murió, bonita, con su cabellos sueltos, inconsolable, extrañando al novio y asustada con la muerte como niño que tiene miedo a lo oscuro: la muerte es una gran oscuridad. O tal vez no. No sé cómo es, aún no me muero, y después de morir no sabré. Quién sabe si no es tan oscura. Quién sabe si es un deslumbramiento. A la muerte, a ésta me refiero.

El novio, conocido por su apellido Bastos, al parecer vivía —aun en el tiempo en que la novia no había muerto—, vivía con una mujer. Y así continuó

con ésta, haciéndole poco caso.

Bien. Esa mujer ardiente un día tuvo celos. Y era refinada. No puedo no advertir los detalles crueles. Pero ¿dónde estaba yo que ya me perdí? Sólo empezando todo de nuevo, en otro renglón y en otro párrafo para comenzar mejor.

Bien. La mujer tuvo celos y mientras Bastos dormía, por el pico de la tetera, le vació agua hirviendo dentro del oído. Sólo tuvo tiempo de dar un berrido antes de desmayarse, berrido, el cual podemos adivinar que era el peor que daba, como un grito de animal. Bastos fue llevado al hospital y permaneció entre la vida y la muerte, ésta en lucha feroz con aquélla.

La mujer hombruna, llamada Leontina, pasó un año y pico en la cárcel.

De donde salió para encontrarse, ¿adivinen con quién? Pues fue a reunirse con Bastos. En ese entonces, un Bastos consumido y, claro, sordo para siempre, él, que no perdonaba ningún defecto físico.

¿Qué sucedió? Pues volvieron a vivir juntos, amor para siempre.

En cuanto a esto, la niña de diecisiete años, muerta hace mucho tiempo, sólo dejó huella en la madre desgraciada. Y si me acordé de la muchachita fuera de tiempo, es por el amor que siento por Jandira.

Ahí es cuando entra el papá de ella, como quien no quiere nada. Siguió siendo el amante de la mujer del médico, quien había tratado a su hija con devoción. Hija, quiero decir, del amante. Y todos lo sabían, el médico y la mamá de la ex novia muerta. Creo que me perdí de nuevo, está todo un poco confuso, pero ¿qué puedo hacer?

El médico, incluso sabiendo que el papá de la muchachita era el amante de su mujer, había cuidado mucho a la noviecita demasiado asustada con la oscuridad de la que hablé. La esposa del papá —por tanto, mamá de la ex noviecita— sabía de las elegancias adulterinas del marido que usaba reloj de oro en el chaleco, un anillo que era una joya y un alfiler de brillante en la corbata. Negociante acomodado, como se dice, pues las gentes respetan y saludan con amplia deferencia a los ricos, a los victoriosos, ¿no es así? Él, el papá de la chica, vestido con traje verde y camisa color de rosa de rayitas. ¿Cómo es que lo sé? Vaya, simplemente sabiendo, como lo hace la gente con la adivinación imaginativa. Lo sé y listo.

No puedo olvidar un detalle. Es el siguiente: el amante tenía al frente un pequeño diente de oro, por puro lujo. Y olía a ajo. Toda su aura era ajo puro, pero la amante no le daba importancia, lo que quería era tener amante, con o sin olor a comida. ¿Cómo lo sé? Sabiendo.

No sé qué fin tuvieron esas personas, no tuve más noticias. ¿Se disgregaron? Pues es una historia antigua y tal vez ya haya habido fallecimientos entre ellas, entre esas personas. La oscura, oscura muerte. Yo no quiero morir.

Agrego un dato importante y que, no sé por qué, explica el maldito lugar de nacimiento de toda esta historia: ésta ocurrió en Niterói, con las tablas del muelle siempre húmedas y ennegrecidas, y con el vaivén de sus barcas. Niterói es un lugar misterioso y tiene casas viejas, oscuras. ¿Y ahí pudo haber sucedido lo del agua hirviendo en el oído del amante? No lo sé.

¿Qué hacer de esta historia que sucedió cuando el puente Río-Niterói no pasaba de ser un sueño? Tampoco lo sé, la doy de regalo a quien la quiera, pues estoy asqueada de ella. Hasta demasiado. A veces me da asco la gente. Después pasa y me siento de nuevo curiosa y atenta.

Y es tan sólo eso.

Plaza Mauá

El cabaret en la plaza Mauá se llamaba Erótica. Y el nombre de batalla de Luisa era Carla.

Carla era bailarina en el Erótica. Estaba casada con Joaquín, quien se mataba trabajando como carpintero. Y Carla «trabajaba» de dos maneras: bailando medio desnuda y engañando al marido.

Carla era bella. Tenía dientes menudos y una cintura muy fina. Era toda frágil. Casi no tenía senos pero sus caderas eran bien torneadas. Le llevaba una hora maquillarse: después parecía una muñeca de porcelana. Tenía treinta años pero parecía de mucha menos edad.

No tenía hijos. Joaquín y ella no se hacían mucho caso. Él trabajaba hasta las diez de la noche. Ella empezaba exactamente a las diez. Dormía todo el día.

Carla era una Luisa perezosa. Llegaba de noche, a la hora de presentarse ante el público, empezaba a bostezar, tenía ganas de estar en camisón en su cama. Era también por timidez. Por increíble que pareciera, Carla era una Luisa tímida. Se desnudaba, sí, pero los primeros momentos de baile y requiebro eran de vergüenza. Sólo «se calentaba» minutos después. Entonces aparecía más desenvuelta, se contoneaba, daba todo lo mejor de sí misma. Para la samba era muy buena. Pero un blues muy romántico también la estimulaba.

La llamaban para que bebiera con los clientes. Recibía una comisión por cada botella de bebida. Escogía la más cara. Y fingía beber: no era de alcohol. Hacía que el cliente se emborrachara y gastara. Era tedioso conversar con ellos. Éstos la acariciaban, pasaban la mano por sus mínimos senos. Y ella con un bikini rutilante. Preciosa.

De vez en cuando dormía con algún cliente. Agarraba el dinero, lo guardaba bien guardadito en el sujetador y al día siguiente se iba a comprar ropa. Tenía ropa para dar y tomar. Compraba *blue-jeans*. Y collares. Montones de collares. Pulseras y anillos.

A veces, sólo para variar, bailaba en *blue-jeans* y sin sostén, los senos balanceándose entre collares resplandecientes. Usaba un flequito y se pintaba junto a sus delicados labios un lunar para realzar su belleza, pintado con lápiz negro. Era un encanto. Usaba pendientes largos que le colgaban, a veces de perlas, a veces de oro falso.

En sus momentos de infelicidad acudía a Celsito, un hombre que no era hombre. Se entendían bien. Ella le contaba sus amarguras, se quejaba de Joaquín, se quejaba de la inflación. Celsito, un travesti de éxito, escuchaba todo y la aconsejaba. No eran rivales. Cada uno tenía su compañero.

Celsito era hijo de una familia noble. Había abandonado todo para seguir su vocación. No bailaba. Pero usaba lápiz de labios y pestañas postizas. Los marineros de la plaza Mauá lo adoraban. Y él se hacía de rogar. Sólo cedía en última instancia. Y cobraba en dólares. Invertía el dinero, el cual cambiaba en el mercado negro, en el Banco Halles. Tenía mucho miedo de envejecer y de quedar desamparado. E incluso porque un travesti viejo era una tristeza. Para tener fuerza tomaba diariamente dos sobres de proteínas en polvo. Tenía caderas anchas y, de tanto tomar hormonas, había adquirido un facsímil de senos. El nombre de batalla de Celsito era Moleirão (el Despacioso).

Moleirão y Carla le dejaban buenas ganancias al dueño del Erótica. El ambiente tenía olor a humo y a alcohol. Y pista de baile. Era duro ser sacado a bailar por un marinero borracho. Pero qué hacer. Cada uno tiene su oficio.

Celsito había adoptado a una niñita de cuatro años. Era para ella una verdadera madre. Dormía poco para cuidar a la niña. A ésta no le faltaba nada: tenía todo de lo mejor y de lo bueno. Y hasta una sirvienta portuguesa. Los domingos Celsito llevaba a Claretita al Jardín Zoológico, en la Quinta de Buena Vista. Y ambos comían palomitas de maíz. Les daban comida a los muchachos. A Claretita le daban miedo los elefantes. Le preguntaba:

—¿Por qué tienen la nariz tan grande?

Celsito le contaba una historia fantástica donde aparecían hadas buenas y hadas malas. O también la llevaba al circo. Y los dos chupaban caramelos ruidosos. Celsito quería para Claretita un futuro brillante: matrimonio con un hombre de fortuna, hijos y joyas.

Carla tenía un gato siamés que la miraba con ojos azules y severos. Pero Carla casi no tenía tiempo de cuidar al animal: ya se pasaba el día durmiendo, ya bailando, ya haciendo compras. El gato se llamaba Leléu. Y tomaba leche con su lengüita fina y roja.

Joaquín casi no veía a Luisa. Se negaba a llamarla Carla. Joaquín era gordo y bajo, descendiente de italianos. Quien le dio el nombre de Joaquín fue una vecina portuguesa. Se llamaba Joaquín Fioriti. ¿Fioriti? De flor no tenía nada.

La empleada doméstica de Joaquín y Luisa era una negra despabilada que robaba cuanto podía. Luisa apenas comía para mantenerse en forma. Joaquín se llenaba con sopa minestrone. La empleada sabía de todo pero mantenía el pico cerrado. Se encargaba de limpiar las joyas de Carla con Brazo y Silvo. Cuando Joaquín estaba durmiendo y Carla trabajando, la sirvienta, de nombre Silvina, usaba las joyas de la patrona. Tenía un color negro medio grisáceo.

Fue así como sucedió lo que tuvo que acontecer.

Carla estaba haciendo sus confidencias a Moleirão, cuando la llamó a bailar un hombre alto y de hombros anchos. Celsito lo codiciaba y le roía la envidia. Era vengativo.

Cuando acabó el baile y Carla volvió a sentarse junto a Moleirãeto, éste apenas contenía su rabia. Y Carla inocente. No tenía la culpa de ser atractiva. El hombre grandullón bien que le había agradado. Le dijo a Celsito:

—Con éste me iba a la cama sin cobrarle nada.

Celsito permanecía callado. Eran casi las tres de la madrugada. El Erótica estaba lleno de hombres y de mujeres. Muchas madres de familia iban ahí para divertirse y ganar algún dinerito.

Entonces Carla dijo:

—Qué rico es bailar con un hombre de verdad.

Celsito brincó:

—¡Pero tú no eres una mujer de verdad!

—¿Yo? ¿Cómo que no lo soy? —se sorprendió la chica que esa noche iba vestida de negro, con un vestido largo y de manga larga, parecía una monja. Hacía eso a propósito para excitar a los hombres que querían una mujer pura.

—Tú —vociferó Celsito—, ¡de ninguna manera eres una mujer! ¡No sabes ni siquiera romper un huevo! ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Lo sé!

Carla se volvió Luisa. Blanca, perpleja. Había sido herida en su feminidad más íntima. Perpleja, se quedó mirando a Celsito que estaba con cara de furia.

Carla no dijo palabra alguna. Se levantó, apagó el cigarro en el cenicero y, sin dar explicaciones a nadie, abandonando la fiesta en pleno auge, se retiró.

Permaneció de pie, de negro, en la plaza Mauá, a las tres de la madrugada. Como la más vagabunda de las prostitutas. Solitaria. Sin remedio. Era verdad: no sabía freír un huevo. Y Celsito era más mujer que ella.

La plaza estaba a oscuras. Luisa respiró profundamente. Miraba los postes. La plaza vacía.

Y en el cielo las estrellas.

El idioma de la «f»

María Aparecida —Cidita, como la llamaban en su casa— era maestra de inglés. Ni rica ni pobre: con suficientes recursos para vivir. Pero se vestía con refinamiento. Parecía rica. Hasta sus maletas eran de calidad.

Vivía en Minas Gerais e iría en tren hasta Río, en donde permanecería tres días y después tomaría el avión a Nueva York.

La buscaban mucho como maestra. Le gustaba la perfección y era afectuosa, aunque severa. Quería perfeccionarse en Estados Unidos.

Tomó el tren de las siete rumbo a Río. Frío que hacía. Ella con saco de gamuza y tres maletas. El vagón estaba vacío, únicamente una viejecita durmiendo en un rincón bajo su chal.

En la siguiente estación subieron dos hombres que se sentaron en el lugar frente al asiento de Cidita. El tren en marcha. Uno de los hombres era alto, delgado, con bigotito y mirada fría, el otro era bajo, barrigón y calvo. Miraron a Cidita. Ésta desvió la mirada, observó a través de la ventanilla del tren.

Se sentía un malestar en el vagón. Como si hiciera demasiado calor. La muchacha inquieta. Los hombres en alerta. Dios mío, pensó la chica, ¿qué es lo que quieren de mí? No tenía respuesta. Y para colmo era virgen. ¿Por qué, pero por qué había pensado en su propia virginidad?

Entonces los hombres empezaron a hablar entre ellos. Al principio, Cidita no entendió ni una sola palabra. Parecía un juego. Hablaban demasiado aprisa. Y el lenguaje le pareció vagamente familiar. ¿Qué idioma era ése?

De repente entendió: ellos hablaban a la perfección el idioma de la «f». Así:

—¿Tufu yafa hafas vifistofo quefe bofonifitafa mufuchafachafa?

—Sifi, yafa lafa hefe vifistofo. Efestafa cofomofo quieferefe.

Querían decir: ¿Tú ya has visto qué bonita muchacha? Sí, ya la he visto. Está como quiere.

Cidita fingió no entender: entender sería peligroso para ella. El idioma era

ese que utilizaba, cuando era niña, para defenderse de los adultos. Los dos continuaron:

—Quieferofo efechafarmefelafa. ¿Yfi tufu?

—Yofo tafambiefen. Efen efel tufunefel.

Querían decir que la iban a violar en el túnel… ¿Qué hacer? Cidita no sabía y temblaba de miedo. Ella apenas se conocía. Además, nunca se había conocido por dentro. En cuanto a conocer a los demás, ahí era cuando la cosa se complicaba. ¡Ayúdame, Virgen María! ¡Auxilio! ¡Auxilio!

—Sifi sefe refesifistefe pofodefemofos mafatafarlafa.

Si se resistiera, podrían matarla. Era así la cosa.

—Cofon ufun pufuñafal. Yfi luefegofo rofobafarlafa.

Matarla con un puñal y luego robarla.

¿Cómo decirles que no era rica? Que era frágil, cualquier gesto la mataría. Sacó un cigarro de la bolsa para fumar y calmarse. De nada sirvió. ¿Cuándo llegarían al próximo túnel? Tenía que pensar aprisa, aprisa, aprisa.

Entonces pensó: si yo finjo que soy una prostituta, ellos desistirán, no les gustan las vagabundas.

Así que se levantó la falda, realizó unos contoneos sensuales —ni sabía que sabía hacerlos, era tan desconocida de sí misma—, se desabrochó los botones del escote, dejando los senos a medio mostrar. Los hombres de repente se espantaron.

—Tafa lofocafa.

Está loca, dijeron.

Y ella contoneándose como no lo haría una sambista de escuela. Sacó de su bolsa el lápiz de labios y se pintó exageradamente y empezó a canturrear.

Entonces los hombres se empezaron a reír de ella. Se les hacía graciosa la locura de Cidita. Estaba desesperada. ¿Y el túnel?

Apareció el encargado de los billetes. Vio todo. No dijo nada. Pero fue con el maquinista y le contó. Éste dijo:

—Vamos a darle un susto, la voy a entregar a la policía en la primera estación.

Y llegaron a la próxima estación.

El maquinista bajó, habló con un soldado cuyo nombre era José Lindalvo. José Lindalvo no era un hombre para bromas. Subió al vagón, vio a Cidita, la agarró brutalmente del brazo, tomó como pudo las tres maletas y ambos bajaron.

Los dos hombres se reían a carcajadas.

En la pequeña estación pintada de azul y rosa estaba una joven con una

maleta. Miró a Cidita con desprecio. Subió al tren y éste partió.

Cidita no sabía cómo explicarle al policía. El idioma de la «f» no tenía explicación. Fue llevada al calabozo de la delegación y ahí fue fichada. Le dijeron lo peor. Y permaneció en la celda tres días. La dejaban fumar. Fumaba como loca, tragando el humo y pisando el cigarro en el suelo de cemento. Había una cucaracha grande arrastrándose por el piso.

Finalmente la dejaron salir. Tomó el próximo tren a Río. Se había lavado la cara, ya no era una prostituta. Lo que le preocupaba era lo siguiente: cuando los dos habían hablado de echársela, le dieron ganas de ser violada. Era una descarada. Sofoy ufunafa pufutafa. Era lo que había descubierto. Cabizbaja.

Llegó a Río exhausta. Llegó a un hotel barato. Inmediatamente se dio cuenta de que había perdido el avión. En el aeropuerto compró el pasaje.

Y caminaba por las calles de Copacabana, desgraciada ella, desgraciada Copacabana.

Pues fue en la esquina de la calle Figuereido Magalhães donde vio un puesto de periódicos. Ahí estaba colocado el diario *O Dia*. No sabría decir por qué lo compró.

Con un titular negro estaba escrito: «Joven violada y asesinada en el tren».

Tembló toda. Entonces había ocurrido. Y con la muchacha que la había despreciado.

Se puso a llorar en la calle. Aventó el maldito periódico. No quería enterarse de los detalles. Pensó:

—Sifi. Efel defestifinofo efes ifimplafacafablefe.

El destino es implacable.

Mejor que arder

Era alta, fuerte, con mucho cabello. La madre Clara tenía bozo oscuro y ojos profundos, negros.

Había entrado en el convento por imposición de la familia: querían verla amparada en el seno de Dios. Obedeció.

Cumplía sus obligaciones sin protestar. Las obligaciones eran muchas. Y estaban los rezos. Rezaba con fervor.

Y se confesaba todos los días. Todos los días recibía la ostia blanca que se deshacía en la boca.

Pero empezó a cansarse de vivir sólo entre mujeres. Mujeres, mujeres, mujeres. Escogió a una amiga como confidente. Le dijo que no aguantaba más. La amiga le aconsejó:

—Mortifica el cuerpo.

Comenzó a dormir en la losa fría. Y se fustigaba con el cilicio. De nada servía. Le daban fuertes gripes, quedaba toda arañada.

Se confesó con el padre. Él le mandó que siguiera mortificándose. Ella continuó.

Pero a la hora en que el padre le tocaba la boca para darle la hostia se tenía que controlar para no morder la mano del padre. Éste percibía, nada decía. Había entre ambos un pacto mudo. Ambos se mortificaban.

No podía ver más el cuerpo casi desnudo de Cristo.

La madre Clara era hija de portugueses y, secretamente, se rasuraba las piernas velludas. Si supieran, ay de ella. Le contó al padre. Se quedó pálido. Imaginó que sus piernas debían de ser fuertes, bien torneadas.

Un día, a la hora del almuerzo, empezó a llorar. No le explicó la razón a nadie. Ni ella sabía por qué lloraba.

Y de ahí en adelante vivía llorando. A pesar de comer poco, engordaba. Y tenía ojeras moradas. Su voz, cuando cantaba en la iglesia, era de contralto.

Hasta que le dijo al padre en el confesionario:

—¡No aguanto más, juro que ya no aguanto más!

Él le dijo meditativo:

—Es mejor no casarse. Pero es mejor casarse que arder.

Pidió una audiencia con la superiora. La superiora la reprendió ferozmente. Pero la madre Clara se mantuvo firme: quería salirse del convento, quería encontrar a un hombre, quería casarse. La superiora le pidió que esperara otro año más. Respondió que no podía, que tenía que ser ya.

Arregló su pequeño equipaje y salió. Se fue a vivir a un internado para señoritas.

Sus cabellos negros crecían en abundancia. Y parecía etérea, soñadora. Pagaba la pensión con el dinero que su familia norteña[8] le mandaba. La familia no se hacía el ánimo. Pero no podían dejarla morir de hambre.

Ella misma se hacía sus vestiditos de tela barata, en una máquina de coser que una joven del internado le prestaba. Los vestidos los usaba de manga larga, sin escote, debajo de la rodilla.

Y nada sucedía. Rezaba mucho para que algo bueno le sucediera. En forma de hombre.

Y sucedió realmente.

Fue a un bar a comprar una botella de agua Caxambú. El dueño era un guapo portugués a quien le encantaron los modales discretos de Clara. No quiso que ella pagara el agua Caxambú. Ella se sonrojó.

Pero volvió al día siguiente para comprar cocada. Tampoco pagó. El portugués, cuyo nombre era Antonio, se armó de valor y la invitó a ir al cine con él. Ella rehusó.

Al día siguiente volvió para tomar un cafecito. Antonio le prometió que no la tocaría si fueran al cine juntos. Aceptó.

Fueron a ver los dos una película y no pusieron la más mínima atención. En la película, estaban tomados de la mano.

Empezaron a encontrarse para dar largos paseos. Ella, con sus cabellos negros. Él, de traje y corbata.

Entonces una noche él le dijo:

—Soy rico, el bar deja bastante dinero para podernos casar. ¿Quieres?

—Sí —le respondió grave.

Se casaron por la iglesia y por lo civil. En la iglesia, el que los casó fue el

padre, quien le había dicho que era mejor casarse que arder. Pasaron su luna de miel en Lisboa. Antonio dejó el bar en manos del hermano.

Ella regresó embarazada, satisfecha y alegre.

Tuvieron cuatro hijos, todos hombres, todos con mucho cabello.

Pero va a llover

María Angélica de Andrade tenía sesenta años. Y un amante, Alejandro, de diecinueve años.

Todos sabían que el chico se aprovechaba de la riqueza de María Angélica. Únicamente María Angélica no lo sospechaba.

Empezó así: Alejandro entregaba productos farmacéuticos y tocó el timbre en la casa de María Angélica. Ella misma abrió la puerta. Deparó con un joven fuerte, alto, de gran belleza. En vez de recibir la medicina que le había encargado y pagar el precio, le preguntó, medio asustada con la propia osadía, si no quería entrar para tomar un café.

Alejandro se sorprendió y dijo que no, gracias. Pero ella insistió. Agregó que también tenía pastel.

El muchacho titubeaba, visiblemente constreñido. Pero dijo:

—Si es por un rato, entro, porque tengo que trabajar.

Entró. María Angélica no sabía que ya estaba enamorada. Le dio una gruesa rebanada de pastel y café con leche. Mientras él comía sin sentirse a gusto, ella extasiada lo miraba. Él representaba la fuerza, la juventud, el sexo abandonado hace mucho tiempo. El chico acabó de comer y beber, se limpió la boca con la manga de la camisa. María Angélica no consideró que fueran malos modales: quedó maravillada, lo vio natural, sencillo, encantador.

—Ya me voy, mi patrón me va a comer vivo si me retraso.

Ella estaba fascinada. Observó que él tenía unas cuantas espinillas en el rostro. Pero eso no le alteraba la belleza ni su virilidad: las hormonas le hervían. Ése sí que era un hombre. Le dio una propina muy grande, desproporcionada, que sorprendió al joven. Y dijo con una vocecita cantante y con contoneos de muchachita romántica:

—Sólo te dejo salir si me prometes que vuelves. ¡Hoy mismo! Porque voy a pedir unas vitaminitas en la farmacia…

Una hora más tarde, él estaba de regreso con las vitaminas. Ella se había cambiado de ropa, se puso una bata de encaje transparente parecida a un kimono. Se veía la silueta de sus bragas. Le ordenó que entrara. Le dijo que era viuda. Era la manera de advertirle que era libre. Pero el muchacho no entendía.

Lo invitó a recorrer el bien decorado apartamento, dejándolo con la boca abierta. Lo llevó a su habitación. No sabía cómo hacer para que él entendiera. Le dijo entonces:

—¡Deja que te dé un besito!

El muchacho se sorprendió, le ofreció el rostro. Pero ella alcanzó rápidamente la boca y casi lo devoró.

—¡Señora —dijo el chico nervioso—, por favor, contrólese! ¿Se siente usted bien?

—¡No me puedo controlar! ¡Yo te amo! ¡Ven a la cama conmigo!

—¡¿Tá loca?!

—¡No estoy loca! O sí: ¡estoy loca por ti! —le gritó mientras quitaba la colcha morada de la gran cama matrimonial.

Y viendo que él nunca lo entendería, le dijo muerta de vergüenza:

—Ven a la cama conmigo…

—¡¿Yo?!

—¡Te daré un gran regalo! ¡Te regalaré un coche!

¿Coche? Los ojos del chico resplandecieron de codicia.

¡Un coche! Era todo lo que deseaba en la vida. Preguntó desconfiado:

—¿Un Karmann-ghia?

—¡Sí, mi amor, si tú quieres!

Lo que pasó enseguida fue horrible. No es necesario saberlo. María Angélica —¡Oh, Dios mío, ten piedad de mí, perdóname por escribir esto!—, María Angélica daba pequeños gritos a la hora del amor. Y Alejandro teniendo que soportar con asco, con indignación. Se transformó en un insubordinado para el resto de su vida. Tenía la impresión de que nunca jamás iba a poder dormir con una mujer. Lo que sucedería en realidad: a los veintisiete años quedó impotente.

Y se volvieron amantes. Él, debido a los vecinos, no vivía con ella. Quiso vivir en un hotel de lujo: tomaba el desayuno en la cama. Inmediatamente abandonó el empleo. Se compró camisas carísimas. Consultó a un dermatólogo y las espinillas desaparecieron.

María Angélica apenas creía en su buena suerte. Poco le importaban las criadas que casi se reían en su cara.

Una amiga suya le advirtió:

—María Angélica, ¿es que no ves que el muchacho es un bribón? ¿Que nada más te está explotando?

—¡No admito que a Álex le digas bribón! ¡Él me ama!

Un día Álex tuvo una osadía. Le dijo:

—Voy a pasar unos días fuera de Río con una muchacha que conocí. Necesito dinero.

Fueron días terribles para María Angélica. No salió de la casa, no se bañó, apenas se alimentó. Era por obstinación por lo que aún creía en Dios. Porque Dios la había abandonado. Ella estaba obligada a ser penosamente ella misma.

Cinco días después él regresó, todo pimpante, todo alegre. Le trajo de regalo una lata de ate de guayaba. Ella al comerlo se rompió un diente. Tuvo que ir al dentista para que le pusiera uno postizo.

Y la vida transcurría. Las cuentas aumentaban. Alejandro exigente. María Angélica afligida. Cuando cumplió sesenta y un años de edad él no se presentó. Quedó sola frente al pastel de cumpleaños.

Entonces, entonces sucedió:

Alejandro le dijo:

—Necesito un millón de cruceiros.

—¿Un millón? —se sorprendió María Angélica.

—¡Sí! —respondió irritado—, ¡un billón de los antiguos!

—Pero… pero yo no tengo tanto dinero…

—Vende el departamento, o entonces vende tu Mercedes, despide al chófer.

—Incluso así no alcanzaría, mi amor, ¡ten piedad de mí!

El joven se enfureció:

—¡Ah, vieja desgraciada! ¡Puerca, vagabunda! ¡Sin un billón no me presto más a tus bajezas!

Y en un arranque de odio, salió golpeando la puerta de la casa.

María Angélica se quedó de pie ahí. Le dolía todo el cuerpo.

Después lentamente se fue a sentar en el sofá de la sala. Parecía una herida por la guerra. Pero no había Cruz Roja que la auxiliara. Estaba quieta, muda. Sin una sola palabra que decir.

—Parece —pensó—, parece que va a llover.

¿DÓNDE ESTUVISTE DE NOCHE?

(Traducción de Cristina Peri Rossi)

La búsqueda de la dignidad

La señora de Jorge B. Xavier simplemente no sabía decir cómo había entrado. Por la puerta principal no fue. Le parecía que vagamente soñadora había entrado por una especie de estrecha abertura en medio de los escombros de la construcción, como si hubiera entrado de soslayo por un agujero hecho sólo para ella. El hecho es que cuando se dio cuenta, ya estaba dentro.

Y cuando se dio cuenta, advirtió que estaba muy, muy adentro. Caminaba interminablemente por los subterráneos del estadio de Maracaná, o por lo menos le habían parecido cavernas estrechas que daban a salas cerradas y, cuando se abrían las salas, sólo había una ventana que daba al estadio. Éste, a aquella hora tórridamente desierto, reverberaba al extremo sol de un calor inusitado en aquel día de pleno invierno.

Entonces, la señora siguió por un corredor sombrío. Éste la llevó igualmente a otro más sombrío. Le pareció que el techo de los subterráneos era bajo.

Y hete aquí que este corredor la llevó a otro que la llevó a su vez a otro.

Dobló el corredor desierto. Y entonces cayó en otra esquina. Que la llevó a otro corredor que desembocó en otra esquina.

Entonces continuó automáticamente entrando en corredores que siempre daban a otros corredores. ¿Dónde estaría la sala de la sesión inaugural? Pues junto a ésta encontraría a las personas con quienes había concertado la cita. La conferencia quizás ya habría comenzado. Iba a perderla, justamente ella que se esforzaba en no perder nada de cultural porque así se mantenía joven por dentro, ya que por fuera nadie adivinaba que tenía casi setenta años, todos le daban unos cincuenta y siete.

Pero ahora, perdida en los meandros internos y oscuros de Maracaná, ya arrastraba los pies pesados de vieja.

Fue entonces cuando súbitamente encontró en un corredor a un hombre surgido de la nada y le preguntó por la conferencia que el hombre dijo ignorar. Pero ese

hombre pidió información a un segundo hombre que también surgió repentinamente al doblar el corredor.

Entonces este segundo hombre informó que había visto cerca de los asientos de la derecha, en pleno estadio abierto, a «dos damas y un caballero, una de rojo». La señora Xavier dudaba de que esas personas fueran el grupo con el que ella debía encontrarse antes de la conferencia y, en realidad, ya había olvidado el motivo por el cual caminaba sin jamás parar. De cualquier modo siguió al hombre rumbo al estadio, donde se detuvo ofuscada en el espacio hueco de luz clara y mudez abierta, el estadio desnudo desventrado, sin balón ni fútbol. Además, sin gente. Había una multitud que existía por el vacío de su ausencia absoluta.

¿Las dos damas y el caballero ya habrían desaparecido por algún corredor?

Entonces, el hombre dijo con un desafío exagerado:

—Pues voy a buscarlas para usted y encontraré a esas personas de cualquier manera, no pueden haber desaparecido en el aire.

Y, en efecto, ambos las habían visto de muy lejos. Pero un segundo después volvieron a desaparecer. Parecía un juego infantil donde carcajadas amordazadas reían de la señora de Jorge B. Xavier.

Entonces entró con el hombre por otros corredores. Hasta que el hombre también desapareció en una esquina.

La señora ya había desistido de la conferencia que en el fondo poco le importaba. Lo que quería era salir de aquella maraña de caminos sin fin. ¿No habría puerta de salida? Entonces sintió como si estuviera dentro de un ascensor descompuesto entre un piso y otro. ¿No habría puerta de salida?

Fue entonces cuando súbitamente se acordó de las palabras informativas de la amiga, por teléfono: «Queda más o menos cerca del estadio de Maracaná». Frente a ese recuerdo comprendió su error de persona tonta y distraída que sólo escucha las cosas por la mitad, y la otra queda sumergida. La señora Xavier era muy distraída. Entonces, pues, no era en Maracaná el encuentro, era cerca de allí. Sin embargo, su pequeño destino había querido que se perdiera en el laberinto.

Sí, entonces la lucha recomenzó peor todavía: quería salir por fuerza de allí y no sabía cómo ni por dónde.

Y de nuevo apareció en el corredor aquel hombre que buscaba a las personas y que otra vez le aseguró que las encontraría porque no podían haber desaparecido en el aire. Él dijo:

—¡La gente no puede desaparecer en el aire!

La señora informó:

—No hay necesidad de que se incomode buscando, ¿sabe? Muchas gracias de todos modos. Porque el lugar donde debo encontrar a esa gente no es en el Maracaná.

El hombre dejó de caminar inmediatamente y la miró, perplejo:

—Entonces, ¿qué está usted haciendo por aquí?

Ella quiso explicar que su vida era así mismo, pero ni siquiera sabía qué quería decir con «así mismo», ni con «su vida», de modo que nada respondió. El hombre insistió en la pregunta, entre desconfiado y cauteloso: ¿qué estaba haciendo allí? Nada, respondió sólo con el pensamiento la mujer, ya a punto de caer de cansancio. Pero no le respondió, le dejó creer que estaba loca. Además, ella nunca se explicaba. Sabía que el hombre la creía loca —y quizás lo estuviera—, pues ¿no sentía aquella cosa que ella llamaba «aquello» por vergüenza? Aunque también tenía la llamada salud mental tan buena que sólo podía compararla con su salud física. Salud física ahora quebrantada, pues arrastraba los pies de muchos años de camino por el laberinto. Su viacrucis. Estaba vestida de lana muy gruesa y se sofocaba sudada con el inesperado calor de un auge de verano, ese día de verano que era una deformidad de invierno. Le dolían las piernas, le dolían con el peso de la vieja cruz. Ya estaba resignada de algún modo a no salir nunca del Maracaná y a morir allí con el corazón exangüe.

Entonces, como siempre, sólo después de desistir de las cosas deseadas, éstas ocurrían. Lo que se le ocurrió de repente fue una idea: «Soy una vieja loca». ¿Por qué en vez de continuar preguntando por las personas que no estaban allí, no buscaba al hombre y le preguntaba cómo se salía de los corredores? Porque lo que quería era sólo salir y no encontrarse con nadie.

Encontró finalmente al hombre, al doblar una esquina.

Y le habló con la voz un poco trémula y ronca por el cansancio y el miedo de que la esperanza fuera vana. El hombre, desconfiado, estuvo de acuerdo rápidamente con que ella se fuera a su casa y le dijo, con cuidado:

—Parece que usted no está muy bien de la cabeza, quizás sea este calor raro.

Dicho esto, el hombre simplemente entró con ella en el primer corredor y en la esquina aparecieron dos amplios portones abiertos. ¿Sólo eso? ¿Así de fácil?

Tan fácil.

Entonces la señora pensó que sólo para ella se había vuelto imposible hallar la salida. La señora Xavier estaba un poco asustada y, al mismo tiempo, acostumbrada. En cierto sentido, cada uno tenía su propio camino que recorrer interminablemente, formando esto parte del destino, en el que ella no sabía si

creía o no.

Pasó un taxi. Lo mandó detenerse y dijo, controlando la voz que estaba cada vez más vieja y cansada:

—Joven, no sé bien la dirección, la olvidé. Pero sé que la casa queda en una calle (sólo recuerdo que se llama Guzmán) y que hace esquina con una calle que si no me equivoco se llama Coronel no sé qué.

El chófer fue paciente como con una niña:

—Pues entonces no se ponga nerviosa, vamos a buscar tranquilamente una calle que tenga Guzmán a la mitad y Coronel al final —dijo, volviéndose hacia atrás con una sonrisa y guiñándole un ojo de complicidad que parecía indecente. Partieron con una sacudida que le estremeció las entrañas.

Entonces, súbitamente, reconoció a las personas que buscaba y que se encontraban en la acera de enfrente, junto a una casa grande. Era como si la finalidad fuese llegar y no escuchar la conferencia que a esa hora estaba totalmente olvidada, pues la señora Xavier había olvidado su objetivo. Y no sabía por qué motivo había caminado tanto. Estaba cansada más allá de sus fuerzas y quiso irse, la conferencia era una pesadilla. Entonces le pidió a una señora importante y vagamente conocida, que tenía auto con chófer, que la llevara a su casa porque no se sentía bien con aquel calor tan raro. El chófer llegaría dentro de una hora. Entonces se sentó en una silla que había en el corredor, se sentó muy derecha con su cinturón apretado, lejos de la cultura que se desarrollaba enfrente, en la sala cerrada. De la cual no salía sonido alguno. Poco le importaba la cultura. Allí estaba, en los laberintos de sesenta segundos y de sesenta minutos que la conducirían a una hora.

Entonces la señora importante vino y le dijo: que el auto estaba en la puerta, pero que le informaba de que, como el chófer había avisado que iba a tardar mucho, en vista de que la señora no se estaba sintiendo bien, paró al primer taxi que vio. ¿Por qué ella no había tenido la idea de llamar un taxi, en lugar de estar dispuesta a someterse a los meandros del tiempo de espera? Entonces, la señora de Jorge B.

Xavier se lo agradeció con extrema delicadeza. Ella siempre era muy delicada y educada. Ya en el taxi, dijo:

—A Leblon, si me hace el favor.

Tenía el cerebro vacío, le parecía que su cabeza estaba en ayunas.

Al poco rato notó que andaban y andaban pero que otra vez terminaban por regresar a una misma plaza. ¿Por qué no salían de allí? ¿Otra vez no había camino

de salida? El taxista acabó confesando que no conocía la zona Sur, que sólo trabajaba en la zona Norte. Y ella no sabía cómo enseñarle el camino. Cada vez le pesaba más la cruz de los años y la nueva falta de salida sólo renovaba la magia negra de los corredores del Maracaná. ¡No había modo de librarse de esa plaza! Entonces el chófer le dijo que tomara otro taxi, y hasta llegó a hacerle una señal a otro que pasó a su lado. Ella se lo agradeció comedidamente, era ceremoniosa con la gente, aun con los conocidos. Además era muy gentil. En el nuevo taxi, dijo tímidamente:

—Si no le incomoda, vamos a Leblon.

Y simplemente salieron enseguida de la plaza y entraron en nuevas calles.

Fue al abrir con la llave la puerta del apartamento cuando tuvo el deseo, las ganas, mentalmente y con la imaginación, de sollozar en voz alta. Pero no era persona de sollozar ni de protestar. De paso avisó a la empleada de que no iba a atender el teléfono. Fue directamente a su habitación, se quitó toda la ropa, tragó una pastilla sin agua y esperó que diera resultado.

Mientras tanto, fumaba. Se acordó de que era el mes de agosto y decían que agosto daba mala suerte. Pero septiembre llegaría un día como puerta de salida. Y septiembre era por algún motivo el mes de mayo: un mes más leve y más transparente. Pensando vagamente en eso, la somnolencia finalmente llegó y se durmió.

Cuando despertó, horas después, vio que caía una lluvia fina y helada, hacía un frío que cortaba como un cuchillo. Desnuda en la cama se congelaba. Le pareció muy curiosa la idea de una vieja desnuda. Se acordó de que había planeado la compra de una bufanda de lana. Miró el reloj: todavía podía encontrar el comercio abierto. Tomó un taxi y dijo:

—A Ipanema, si me hace el favor.

El hombre le dijo:

—¿Cómo? ¿Al Jardín Botánico?

—A Ipanema, por favor —repitió ella, bastante sorprendida. Era el absurdo del desencuentro total: ¿qué había en común entre las palabras *Ipanema* y *Jardín Botánico*? Pero otra vez pensó vagamente que «su vida era así, de esa manera».

Hizo la compra rápidamente y se vio en la calle oscura sin tener nada que hacer, pues el señor Jorge B. Xavier había viajado a São Paulo el día anterior y sólo volvería al día siguiente.

Entonces, otra vez en la casa, entre tomar una nueva píldora para dormir o hacer alguna otra cosa, optó por la segunda hipótesis, pues se acordó de que

ahora podría volver a buscar la letra de cambio perdida. Lo poco que entendía era que aquel papel representaba dinero. Hacía dos días que la buscaba minuciosamente por toda la casa, y hasta por la cocina, pero en vano. Ahora se le ocurrió: ¿y por qué no debajo de la cama? Quizás. Entonces se arrodilló en el suelo. Pero después se cansó de estar sólo apoyada en las rodillas y se apoyó también con las dos manos.

Entonces advirtió que estaba a cuatro patas.

Permaneció un tiempo así, quizá meditando, quizá no. Quién sabe, es posible que la señora Xavier estuviera cansada de ser un ente humano. Era una perra de cuatro patas. Sin ninguna nobleza. Perdida la altivez última. En cuatro patas, un poco pensativa, tal vez. Pero debajo de la cama sólo había polvo.

Se levantó con bastante esfuerzo, con las articulaciones desencajada y vio que no tenía más remedio que considerar con realismo —y era un esfuerzo penoso ver la realidad—, considerar con realismo que la letra estaba perdida y que seguir buscándola sería nunca salir de Maracaná.

Y como siempre, cuando había desistido de buscar, al abrir un cajoncito de pañuelos para sacar uno, encontró la letra de cambio.

Entonces, cansada por el esfuerzo de haber estado a cuatro patas, se sentó en la cama y comenzó sin más ni más a llorar ligeramente. Aquel llanto parecía más una letanía árabe. Hacía treinta años que no lloraba, pero ahora estaba muy cansada. Si es que aquello era llanto. No lo era. Era otra cosa. Finalmente se sonó la nariz. Entonces pensó lo siguiente: que ella forzaría el «destino» y tendría un destino mayor. Con la fuerza de la voluntad se consigue todo, pensó sin la menor convicción. Y eso de estar sujeta a un destino le ocurría porque ya había empezado a pensar sin querer en «aquello».

Pero sucedió entonces que la mujer también pensó lo siguiente: era demasiado tarde para tener un destino. Pensó que bien podría hacer cualquier tipo de permuta con otro ser. Entonces se dio cuenta de que no había con quien permutar: que fuese quien fuese, ella era ella y no podía transformarse en otra única. Cada uno era único. La señora de Jorge B. Xavier también lo era.

Pero todo lo que le ocurría era todavía preferible a sentir «aquello». Y «aquello» vino con sus largos corredores sin salida. «Aquello», ahora sin ningún pudor, era el hambre dolorosa de sus entrañas, la necesidad de ser poseída por el inalcanzable ídolo de la televisión. No se perdía un solo programa suyo. Entonces, ya que no podía evitar pensar en él, la cosa era entregarse y recordar el rostro aniñado de Roberto Carlos, mi amor.

Fue a lavarse las manos sucias de polvo y se miró en el espejo del lavabo. Entonces, la señora Xavier pensó: «Si lo deseo mucho, pero mucho, él será mío por lo menos una noche». Creía vagamente en la fuerza de voluntad. De nuevo se enmarañó, en el deseo sufrido y estrangulado.

Pero ¿quién sabe? Si desistiera de Roberto Carlos, entonces las cosas entre él y ella ocurrirían. La señora Xavier meditó un poco sobre el asunto. Entonces, astutamente, fingió que desistía de Roberto Carlos. Pero bien sabía que el abandono mágico sólo daba resultado positivo cuando era real, y no sólo un truco cómodo de conseguir algo. La realidad exigía mucho de ella. Se examinó en el espejo para ver si el rostro se volvía bestial bajo la influencia de sus sentimientos. Pero era un rostro quieto que ya hacía mucho tiempo había dejado de representar lo que sentía. Además, su rostro nunca había expresado más que una buena educación. Y ahora era sólo la máscara de una mujer de setenta años. Entonces, su cara levemente maquillada le pareció la de un payaso. La mujer forzó una sonrisa desganada para ver si mejoraba. No mejoró.

Por fuera —vio en el espejo— ella era una cosa seca como un higo seco. Pero por dentro no estaba seca. Todo lo contrario. Parecía, por dentro, una encía húmeda, blanda como una encía desdentada.

Entonces procuró un pensamiento que la espiritualizara o que la secara de una vez. Pero nunca había sido espiritual.

Y a causa de Roberto Carlos ella estaba envuelta en las tinieblas de la materia, donde era profundamente anónima.

De pie en el baño era tan anónima como una gallina.

En una fracción de fugitivo segundo casi inconsciente vislumbró que todas las personas son anónimas. Porque nadie es el otro y el otro no conoce al otro. Entonces, entonces cada uno es anónimo. Y ahora estaba enredada en aquel pozo hondo y mortal, en la revolución del cuerpo. Cuerpo cuyo fondo no se veía y que era la oscuridad de las tinieblas malignas de sus instintos vivos como lagartos y ratones. Y todo fuera de época, fruto fuera de estación. ¿Por qué las otras viejas no le habían avisado de que a fin de cuentas eso podía pasar? En los hombres viejos bien que había visto miradas lúbricas. Pero en las viejas no. Fuera de estación. Y ella vivía como si también fuese alguien, ella que no era nadie.

La señora Jorge B. Xavier era nadie.

Entonces quiso tener sentimientos hermosos y románticos en relación con la delicadeza del rostro de Roberto Carlos. Pero no lo conseguía: esa delicadeza apenas la llevaba a un corredor oscuro de sensualidad. Y la perdición era la

lascivia. Era un hambre baja: quería comerse la boca de Roberto Carlos. No era romántica sino grosera en materia de amor. Allí en el baño, frente al espejo del lavabo.

Con su edad indeleblemente manchada.

Si al menos tuviera un pensamiento sublime que le sirviera de lema y ennobleciera su existencia.

Entonces comenzó a deshacer el moño de los cabellos y a pintarlos lentamente. Necesitaban de nuevo tinte, ya se veían las raíces blancas. Entonces la señora pensó lo siguiente: «En mi vida nunca hubo un clímax como en las historias que se leen». El clímax era Roberto Carlos. Pensativa, concluyó que moriría secretamente, como secretamente había vivido. Pero también sabía que toda muerte es secreta.

Desde el fondo de su futura muerte imaginó ver en el espejo la codiciada figura de Roberto Carlos, con aquellos suaves cabellos ensortijados que él tenía. Allí estaba, presa del deseo fuera de estación, como un día de verano en pleno invierno. Presa de la maraña de corredores del Maracaná. Presa del secreto mortal de las viejas. Sólo que ella no estaba habituada a tener setenta años, le faltaba práctica, no tenía la menor experiencia.

Entonces dice, alto y sin testigos:

—Robertito Carlitos.

Y agregó: «Mi amor». Oyó su voz con extrañeza, como si estuviera haciendo por primera vez, sin ningún pudor o sentimiento de culpa, una confesión que no debería ser vergonzosa. La señora pensó que Robertito era capaz de no aceptar su amor porque, era consciente, su amor era ridículo y sentimental, melosamente voluptuoso y goloso. Y Roberto Carlos parecía tan casto, tan asexuado.

Sus labios levemente pintados ¿serían todavía besables? ¿O acaso era repugnante besar la boca de una vieja? Examinó bien de cerca e inexpresivamente sus propios labios.

Y todavía inexpresivamente cantó en voz baja el estribillo de la canción más famosa de Roberto Carlos: «Quiero que usted me caliente este invierno y que todo lo demás se vaya al infierno».

Fue entonces cuando la señora de Jorge B. Xavier se dobló bruscamente sobre el lavabo como si fuera a vomitar las vísceras e interrumpió su vida con una mudez hecha pedazos: ¡tiene! ¡que! ¡haber! ¡una! ¡puerta! ¡de saliiiiiiiiiida!

La salida del tren

La salida era en la Central con su reloj enorme, el más grande del mundo. Marcaba las seis de la mañana. Ángela Pralini pagó el taxi y tomó su pequeña valija. Doña María Rita Alvarenga Chagas Souza Melo descendió del Opel de la hija y se encaminaron hacia las vías. La vieja iba bien vestida y con joyas. De las arrugas que la ocultaban salía la forma pura de una nariz perdida en la edad, y de una boca que en otros tiempos debía haber sido llena y sensible. Pero qué importa. Se llega a un cierto punto y lo que fue no importa. Comienza una nueva raza. Una vieja no puede comunicarse. Recibió el beso helado que su hija le dio antes de que el tren saliera. Primero la ayudó a subir al vagón. Aunque en éste no había un centro, ella se colocó de lado. Cuando la locomotora se puso en movimiento, se sorprendió un poco: no esperaba que el tren siguiera en esa dirección y se encontró sentada de espaldas al camino.

Ángela Pralini advirtió el movimiento y preguntó:

—¿Quiere cambiar de lugar conmigo?

Doña María Rita lo rechazó con delicadeza, dijo que no, muchas gracias, a ella le daba lo mismo. Pero parecía haberse perturbado. Se pasó la mano sobre el camafeo afiligranado de oro, prendido en el pecho, se pasó la mano por el broche, la quitó, la llevó hasta el sombrero de fieltro con una rosa de paño, la retiró. Seca. ¿Ofendida? Al final, le preguntó a Ángela Pralini:

—¿Es por mí por lo que desea cambiar de lugar?

Ángela Pralini dijo que no, se sorprendió, la vieja se sorprendió por el mismo motivo: no se reciben atenciones de una viejita. Ella sonrió un poco demasiado y los labios cubiertos de talco se partieron en surcos secos: estaba encantada. Y un poco agitada:

—Qué amabilidad la suya —le dijo—, qué gentileza.

Hubo un movimiento de perturbación porque Ángela Pralini se rió también, y la vieja continuaba riendo, mostrando una dentadura muy limpia. Dio

discretamente un tirón hacia abajo al cinturón que la apretaba demasiado.

—Qué amable —repitió.

Se recompuso un tanto deprisa, cruzó las manos sobre la bolsa que contenía todo lo que se podía imaginar. Las arrugas, mientras reía, habían tomado un sentido, pensó Ángela. Ahora eran otra vez incomprensibles, superpuestas en un rostro otra vez inmoderable. Pero Ángela le había quitado la tranquilidad. Ya conocía a muchas jóvenes nerviosas que se decían: si me río un poco más lo arruino todo, va a ser ridículo, tengo que parar, y era imposible. La situación era muy triste. Con inmensa piedad, Ángela vio la cruel verruga en el mentón, verruga de la cual salía un pelo negro y tieso. Pero Ángela le había quitado la tranquilidad. Se daba cuenta de que sonreiría en cualquier momento: Ángela la ponía en ascuas. Ahora era una de esas viejitas que parecen pensar que están siempre atrasadas, que se pasaron de la hora. No se contuvo un segundo más, se incorporó y observó por su ventana, como si fuera imposible mantenerse sentada.

—¿Quiere levantar el cristal? —le dijo un chico que oía a Haendel en una radio a pilas.

—¡Ah! —exclamó ella, aterrorizada.

¡Oh, no!, pensó Ángela, se estaba arruinando todo, el chico no debía haber dicho eso, era demasiado, no había que impresionarla otra vez. Porque la vieja, casi a punto de perder la actitud de la que vivía, casi a punto de perder cierta amargura, temblaba como música de clavicordio entre la sonrisa y el extremo encanto.

—No, no, no —dijo ella con falsa autoridad—, de ningún modo, gracias, sólo quería mirar.

Se sentó inmediatamente como si la delicadeza del chico y de la muchacha la vigilaran. La vieja, antes de subir al tren, se persignó con tres cruces en el corazón, besando discretamente las puntas de los dedos. Llevaba un vestido oscuro con cuello de encaje verdadero y un camafeo de oro puro. En la oscura mano izquierda las dos alianzas gruesas de viuda, gruesas como ya no se hacían. Del otro vagón se oía a un grupo de *bandeirantes*[9] que cantaban *Brasil* agudamente. Afortunadamente, era en el otro vagón. La música de la radio del chico se entrecruzaba con la música de otro, que estaba escuchando a Edith Piaf cantando *J'attendrai*.

Fue entonces cuando el tren de pronto dio una sacudida y las ruedas se pusieron en movimiento. Comenzó la salida. La vieja murmuró bajo: «¡Ay,

Jesús!». Ella se bañaba en la terma de Jesús. Amén. Por la radio a pilas de una señora se supo que eran las seis y treinta de la mañana, mañana friolenta. La vieja pensó: Brasil mejora el señalamiento de sus calles. Un tal Kissinger parecía mandar en el mundo.

Nadie sabe dónde estoy, pensó Ángela Pralini, y eso la asustaba un poco, ella era una fugitiva.

—Mi nombre es María Rita Alvarenga Chagas Souza Melo, Alvarenga Chagas era el apellido de mi padre —dijo, agregando una petición de disculpas por tener que decir tantas palabras sólo para pronunciar su nombre—. *Chagas*[10] —añadió con modestia— eran las llagas de Cristo. Pero me puede llamar doña María Rita. ¿Y su nombre? Su nombre de pila, ¿cuál es?

—Mi nombre es Ángela Pralini. Voy a pasar seis meses en la hacienda de mis tíos. ¿Y usted?

—¡Ah! Yo voy a la hacienda de mi hijo, me voy a quedar allí el resto de mi vida, mi hija me trajo hasta el tren y mi hijo me espera con el carruaje en la estación. Soy como un paquete que se entrega de mano en mano.

Los tíos de Ángela no tenían hijos y la trataban como a una hija. Ángela se acordó de la nota que le había dejado a Eduardo: «No me busques. Voy a desaparecer de tu vida para siempre. Te amo como nunca. Tu Ángela no fue más tuya porque tú no quisiste».

Quedaron en silencio. Ángela Pralini se entregó al ruido cadencioso del tren. Doña María Rita miró de nuevo su anillo de brillantes y con una perla en su dedo, alisó el camafeo de oro: «Soy vieja pero soy rica, más rica que todos aquí en el vagón. Soy rica, soy rica». Miró el reloj, más para ver la gruesa chapa de oro que para ver la hora. «Soy muy rica, no soy una vieja cualquiera». Pero sabía, ah, sabía bien que era una viejita cualquiera, una viejita asustada por las menores cosas. Se acordó de sí misma, el día entero sola en su mecedora, sola con los criados, mientras la hija, *public relations*, pasaba el día fuera, no llegaba hasta las ocho de la noche, y ni siquiera le daba un beso. Se despertó ese día a las cinco de la mañana, todavía oscuro, hacía frío.

Después de la delicadeza del chico estaba extraordinariamente agitada y sonriente. Parecía más delgada. Cuando se reía, se revelaba como una de esas viejas llenas de dientes. La crueldad dislocada de los dientes. El chico ya se había alejado. Ella abría y cerraba los párpados. De pronto golpeó con los dedos la pierna de Ángela, con extrema rapidez y suavidad:

—Hoy todos están verdaderamente, pero verdaderamente amables, qué gentileza, qué gentileza.

Ángela sonrió. La vieja permaneció sonriendo sin quitar los ojos profundos y vacíos de los ojos de la muchacha. Vamos, vamos, la fustigaban de todos lados, y ella observaba para acá y para allá como si fuera a escoger. ¡Vamos, vamos!, la empujaban riendo de todos lados y ella se sacudía, sonriente, delicada.

—Qué amables son todos en este tren —dijo.

Deprisa intentó recomponerse, carraspeó falsamente, se contuvo. Debía ser difícil. Temía haber llegado a un punto donde no podía interrumpirse. Se mantuvo con severidad y temor, cerró los labios sobre los innumerables dientes. Pero no podía engañar a nadie: su rostro tenía tal esperanza que perturbaba los ojos de quienes la veían. Ella ya no dependía de nadie: una vez que la habían conmovido, podía irse ahora, ella sola se irradiaba, delgada, alta. Pero todavía quería decir algo y ya preparaba un gesto social con la cabeza, lleno de gracia previa. Ángela se preguntaba si ella sabría expresarse. Ella pareció pensar, pensar y encontrar con ternura un pensamiento ya todo hecho donde apenas podía acoger su sentimiento. Dijo con cuidado y sabiduría de anciana, como si precisara tomar ese aire para hablar como vieja:

—La juventud. La juventud amable.

Rió un poco fingidamente. ¿Iba a tener una crisis de nervios?, pensó Ángela Pralini. Porque estaba tan maravillosa. Pero carraspeó otra vez con austeridad, dio en el asiento unos golpecitos con las puntas de los dedos como si ordenara con urgencia a la orquesta una nueva partitura. Abrió la bolsa, sacó un periódico muy plegado, lo desdobló hasta convertirlo en un diario grande y normal, fechado tres días atrás, observó Ángela. Se puso a leer.

Ángela había perdido siete kilos. En la hacienda iba a comer lo que nunca en la vida: *tutu* de frijol y repollo de Minas Gerais, para recuperar los preciosos kilos perdidos. Estaba tan delgada por intentar acompañar el raciocinio brillante e interrumpido de Eduardo: bebía café sin azúcar sin parar para mantenerse despierta. Ángela Pralini tenía los senos muy bonitos, eran su punto fuerte. Tenía las orejas en punta y una boca bonita y redonda, besable. Los ojos con ojeras profundas. Ella aprovechaba el silbido aullante del tren para que fuese su propio grito. Era un berrido agudo, el suyo, sólo que vuelto hacia adentro. Era la mujer que bebía más whisky en el grupo de Eduardo. Aguantaba de seis a siete de una vez, manteniendo una lucidez de terror. En la hacienda iba a beber leche cruda de vaca. Una cosa unía a la vieja y a Ángela: ambas iban a ser recibidas con los

brazos abiertos, pero una no sabía eso de la otra. Ángela se estremeció súbitamente: quién le daría el último día de vermicida al perro. Ah, *Ulises*, pensó ella del perro, no te abandoné porque quisiera, lo que necesitaba era huir de Eduardo, antes que él me arruinase totalmente con su lucidez: lucidez que iluminaba demasiado y lo quemaba todo. Ángela sabía que los tíos tenían remedio contra la picadura de víbora: pretendía entrar de lleno en la floresta espesa y verdosa, con botas altas y untada con algún remedio contra los piquetes de mosquito. Como si saliera de la carretera Transamazónica, la exploradora. ¿Qué animales encontraría? Era mejor llevar una escopeta, comida y agua. Y una brújula. Desde que descubrió —pero lo descubrió realmente con espanto— que iba a morir un día, desde entonces no tuvo más miedo a la vida y, a causa de la muerte, tenía derechos totales: lo arriesgaba todo. Después de haber tenido dos uniones que habían terminado en nada, esta tercera que terminaba en amor-adoración, cortada por la fatalidad del deseo de sobrevivir. Eduardo la había transformado: la había hecho mirar hacia adentro. Pero ahora veía hacia afuera. Veía a través de la ventana los senos de la tierra, en las montañas. ¡Existen pajaritos, Eduardo!, ¡existen nubes, Eduardo! Existe un mundo de caballos, yeguas y vacas, Eduardo, y cuando yo era una niña cabalgaba a la carrera en un caballo a pelo, sin silla. Y estoy huyendo de mi suicidio, Eduardo. Disculpa, Eduardo, pero no quiero morir. Quiero ser fresca y singular como una granada.

Y la vieja fingía que leía el periódico. Pero pensaba: su mundo era un suspiro. No quería que los otros la consideraran abandonada. Dios me dio salud para viajar sola.

También estoy bien de la cabeza, no hablo sola y yo misma me baño todos los días. Olía a agua de rosas secas y maceradas, era su perfume añejo y enmohecido. Tener un ritmo respiratorio, pensó Ángela de la vieja, era la cosa más bella que quedó desde que doña María Rita naciera. Era la vida.

Doña María Rita pensaba: cuando se hizo vieja comenzó a desaparecer para los otros, sólo la veían de reojo. Vejez: momento supremo. Era ajena a la estrategia general del mundo y la suya era parca. Había perdido los objetivos de mayor alcance. Ella ya era el futuro.

Ángela pensó: creo que si encontrara la verdad, no podría pensarla. Sería impronunciable mentalmente.

La vieja siempre había sido un poco vacía; bien, un poquito. ¿Muerte? Era raro, no formaba parte de los días. Y aun «no existir» no existía, era imposible no existir. No existir no cabía en nuestra vida diaria. La hija no era cariñosa. En

compensación, el hijo era tan cariñoso, bonachón, medio gordo. La hija era seca, como sus besos rápidos, la *public relations*. La vieja tenía cierta pereza de vivir. La monotonía, sin embargo, era lo que la sostenía.

Eduardo escuchaba música con el pensamiento. Y entendía la disonancia de la música moderna, sólo sabía entender. Su inteligencia la ahogaba. «Tú eres una temperamental, Ángela», le dijo una vez. ¿Y qué? ¿Qué mal hay en eso? Soy lo que soy y no lo que piensas que soy. La prueba de quién soy es esta salida del tren. Mi prueba también es doña María Rita, ahí enfrente. ¿Prueba de qué? Sí. Ella ya tuvo plenitud. Cuando ella y Eduardo estaban tan apasionados uno por el otro que estando juntos en la cama, con las manos unidas, ella sentía la vida completa. Poca gente conocía la plenitud. Y, porque la plenitud es también una explosión, ella y Eduardo cobardemente pasaron a vivir «normalmente». Porque no se puede prolongar el éxtasis sin morir. Se separaron por un motivo fútil casi inventado: no querían morir de pasión. La plenitud es una de las verdades encontradas. Pero la ruptura necesaria fue para ella una ablación, como ocurre a las mujeres a quienes les extraen el útero y los ovarios. Vacía por dentro.

Doña María Rita era tan antigua que en la casa de la hija estaban habituados a ella como a un mueble viejo. Ella no era novedad para nadie. Pero nunca le pasó por la cabeza que era una solitaria. Sólo que no tenía nada que hacer. Era un ocio forzado que en ciertos momentos se tornaba punzante: no tenía nada que hacer en el mundo, salvo vivir como un gato, como un perro. Su ideal era ser dama de compañía de alguna señora, pero eso ya no se usaba y además nadie la creería fuerte a los setenta y siete años, pensarían que era débil. No hacía nada, hacía sólo eso: ser vieja. A veces, se deprimía: pensaba que no servía para nada, no servía ni siquiera a Dios: doña María Rita no tenía infierno dentro de ella. ¿Por qué los viejos, aun los que no tiemblan, sugieren algo delicadamente trémulo? Doña María Rita tenía un temblor quebradizo de música de acordeón.

Pero, cuando se trata de la vida, ¿quién nos ampara? Pues cada uno es uno. Y cada vida tiene que ser amparada por esa propia vida de cada uno. Cada uno de nosotros: he ahí con lo que contamos. Como doña María Rita siempre había sido una persona común, le parecía que morir no era cosa normal. Morir era sorprendente. Era como si ella no estuviera a la altura del acto de la muerte, pues nunca le había ocurrido hasta ahora nada de extraordinario en la vida que justificara de pronto otro hecho extraordinario. Hablaba y hasta pensaba en la muerte, pero en el fondo era escéptica e incrédula. Pensaba que se moría cuando ocurría un desastre o alguien mataba a alguien. La vieja tenía poca experiencia. A

veces tenía taquicardia: bacanal del corazón. Pero sólo eso, y le sucedía desde joven. En su primer beso, por ejemplo, el corazón se desordenó. Y había sido una cosa buena, en el límite con lo malo. Algo que recordaba su pasado, no como hechos sino como vida: una sensación de vegetación en sombra, papagayos, samambayas, culantrillos, frescor verdoso. Cuando sentía eso otra vez, sonreía. Una de las palabras más eruditas que usaba era «pintoresco». Era bueno. Era como oír el murmullo de una fuente y no saber dónde nacía.

Un diálogo que sostenía consigo misma:

—¿Estás haciendo algo?

—Sí, claro: estoy siendo triste.

—¿No te molesta estar sola?

—No; pienso.

A veces no pensaba. A veces se quedaba sólo siendo. No necesitaba hacer. Ser era ya un hacer. Se podía ser lentamente o un poco deprisa.

En el asiento de atrás, dos mujeres hablaban y hablaban sin parar. Sus voces constantes se fundían con el ruido de las ruedas del tren y de las vías.

Doña María Rita había esperado que la hija permaneciera en el andén del tren para decirle adiós, pero esto no sucedió. El tren inmóvil. Hasta que arrancó.

—Ángela —dijo—, una mujer nunca dice la edad, por eso sólo puedo decirte que es mucha. Pero a ti (¿puedo tutearte, verdad?) voy a hacerte una confidencia: tengo setenta y siete años.

—Yo tengo treinta y siete —dijo Ángela Pralini.

Eran las siete de la mañana.

—Cuando era joven era muy mentirosilla. Mentía sin ton ni son.

Después, como si se hubiera desencantado de la magia de la mentira, dejó de mentir.

Ángela, mirando a la vieja doña María Rita, tuvo miedo de envejecer y de morir. Sostén mi mano, Eduardo, para no tener miedo de morir. Pero él no sostenía nada. Lo único que hacía era: pensar, pensar y pensar. Ah, Eduardo, ¡quiero la dulzura de Schumann! Su vida era una vida deshecha, evanescente. Le faltaba un hueso duro, áspero y fuerte, contra el cual nadie pudiera nada. ¿Quién sería ese hueso esencial? Para alejar esa sensación de enorme carencia, pensó: ¿cómo se las arreglaban en la Edad Media sin teléfono y sin avión? Misterio. Edad Media, yo te adoro con tus nubes negras y cargadas que desembocaron en el Renacimiento luminoso y fresco.

En cuanto a la vieja, estaba ida. Miraba hacia la nada.

Ángela se miró en el pequeño espejo de su bolsa. Me parezco a un desmayo. Cuidado con el abismo, le digo a aquella que se parece a un desmayo. Cuando me muera, voy a sentir tanta nostalgia de ti, Eduardo. La frase no resistía a la lógica; sin embargo, tenía en sí misma un imponderable sentido. Era como si ella quisiera expresar una cosa y expresara otra.

La vieja ya era el futuro. Parecía tener vergüenza. ¿Vergüenza de ser vieja? En algún punto de su vida debería con certeza haber habido un error, y el resultado era ese extraño estado de vida. Que, sin embargo, no la llevaba a la muerte. La muerte era siempre una sorpresa para quien moría. Tenía, a pesar de todo, el orgullo de no babear ni hacer pipí en la cama, como si esa forma de salud bravía hubiera sido meritoriamente el resultado de un acto de su voluntad. No sólo era una dama, una señora de edad, por no tener arrogancia: era una viejita digna que de repente tomaba un aire asustadizo. Ella, bueno, ella se elogiaba a sí misma, se consideraba una vieja llena de precocidad como una niña precoz. Pero la verdadera intención de su vida, no la sabía.

Ángela soñaba con la hacienda: allí se escuchaban gritos, latidos y aullidos, de noche. «Eduardo», pensó ella para él, «yo estaba cansada de intentar ser lo que tú creías que soy. Tengo un lado malo (el más fuerte y el que predominaba ahora, el que había intentado esconder por ti), y en ese lado fuerte yo soy una vaca, soy una yegua libre que patea en el suelo, soy una mujer de la calle, soy vagabunda, y no una “letrada”. Sé que soy inteligente y que a veces escondo eso para no ofender a los otros con mi inteligencia, yo que soy una inconsciente. Huí de ti, Eduardo, porque tú me estabas matando con tu cabeza de genio que me obligaba casi a taparme los oídos con las manos y casi a gritar de horror y de cansancio. Y ahora me voy a quedar seis meses en la hacienda, tú no sabes dónde estaré, y todos los días me bañaré en el río mezclando con el barro mi bendecido lodo. Soy vulgar, Eduardo, y tienes que saber que me gusta leer historias de folletín, mi amor, ¡oh, mi amor!, cómo te amo y cómo amo tus terribles maleficios, ah, cómo te adoro, soy tu esclava. Pero yo soy física, mi amor, yo soy física y tuve que esconder de ti la gloria de ser física. Y tú, que eres el mismo fulgor del raciocinio, aunque no lo sepas eras alimentado por mí. Tú, superintelectual y brillante y dejando a todos admirados y boquiabiertos».

—Me parece —se dijo en voz baja la vieja—, me parece que esa joven bonita no tiene interés en conversar conmigo. No sé por qué, pero ya nadie conversa conmigo. Aun cuando estoy junto a la gente, me parece que nadie se acuerda de mí. A fin de cuentas, no tengo la culpa de ser vieja. Pero no importa,

yo me hago compañía. Y también tengo a Nandino, mi hijo querido que me adora.

¡El placer sufrido de rascarse!, pensó Ángela. Yo, yo que no voy en esa dirección ni en la otra, ¡soy libre! Estoy volviéndome más saludable, tengo deseos de decir una insolencia en voz alta para asustar a todos. ¿La vieja no entendería? No sé, ella debe haber parido varias veces. Yo no estoy de acuerdo en eso de que lo cierto es ser infeliz, Eduardo. Quiero gozar de todo y después morir y que me dañe, que me dañe, que me dañe. Sé bien que la vieja es capaz de ser infeliz sin saberlo. Pasividad. Y no entro en eso tampoco, nada de pasividad, quiero bañarme desnuda en el río barroso que se parece a mí, ¡desnuda y libre! ¡Viva! ¡Tres vivas! ¡Lo abandono todo! ¡Todo! Y así no soy abandonada, no quiero depender más que de unas tres personas, y el resto es: Buenos días, ¿todo bien? Todo bien. Edu, ¿sabes? Te abandono. Tú, en el fondo de tu intelectualismo, no vales la vida de un perro. Te abandono, entonces. Y abandono el grupo falsamente intelectual que exigía de mí un vano y nervioso ejercicio continuo de inteligencia falsa y apresurada. Fue preciso que Dios me abandonara para que yo sintiera su presencia. Necesito matar a alguien dentro de mí. Tú arruinaste mi inteligencia con la tuya, que es de genio. Y me obligaste a saber, a saber, a saber. Ah, Eduardo, no te preocupes, llevo conmigo los libros que tú me diste para «seguir una carrera en casa», como querías. Estudiaré filosofía cerca del río, por el amor que te tengo.

Ángela Pralini tenía pensamientos tan hondos que no había palabras para expresarlos. Era mentira decir que sólo se podía tener un pensamiento a la vez: tenía muchos pensamientos que se entrecruzaban y eran diferentes. Sin hablar del «subconsciente» que explota en mí, quieras o no quieras tú. Soy una fuente, pensó Ángela, pensando al mismo tiempo dónde habría puesto la pañoleta, pensando si el perro habría tomado la leche que le había dejado, en las camisas de Eduardo, y en su extremado agotamiento físico y mental. Y en la vieja doña María Rita. «Nunca voy a olvidar tu rostro, Eduardo». Era un rostro un poco asustado, asustado de su propia inteligencia. Él era un ingenuo. Y amaba sin saber que estaba amando. Iba a quedarse tonto cuando descubriera que ella se había ido, dejando al perro y a él. Abandono por falta de nutrición, pensó. Al mismo tiempo pensaba en la vieja sentada enfrente. No era verdad que sólo se pensaba en una sola cosa. Era, por ejemplo, capaz de escribir un cheque perfecto, sin un error, pensando en su vida. Que no era buena, pero, en definitiva, era suya. Suya otra vez. La coherencia, no la quiero más. La coherencia es mutilación. Quiero el desorden. Sólo adivino a través de una vehemente incoherencia. Para meditar

saqué demasiadas cosas de mí y siento el vacío. Es en el vacío donde se pasa el tiempo. Ella que adoraba una buena playa, con sol, arena y sol. Él está abandonado, perdió el contacto con la tierra, con el cielo. Él ya no vive, existe. El aire entre ella y Eduardo Gomes era de emergencia. Ella se había transformado en una mujer urgente. Y que, para mantener despierta la urgencia, tomaba drogas excitantes que la adelgazaban cada vez más y le quitaban el hambre. Quiero comer, Eduardo, tengo hambre, Eduardo, hambre de mucha comida. ¡Soy orgánica!

«Conozca hoy el supertrén de mañana». *Selecciones del Reader's Digest*, que ella a veces leía a escondidas de Eduardo. Era como las *Selecciones* que decían: conozca hoy el supertrén de mañana. Positivamente no estaba conociendo hoy. Pero Eduardo era el supertrén. Supertodo. Ella conocía hoy el súper de mañana. Y no lo soportaba. No soportaba el motor perpetuo. Tú eres el desierto, y yo voy a Oceanía, a los mares del Sur, a las islas de Tahití. Aunque estén hechas un estrago por los turistas. Tú no eres más que un turista, Eduardo. Voy hacia mi propia vida, Edu. Y digo como Fellini: en la oscuridad y en la ignorancia creo más. La vida que llevaba con Eduardo tenía olor a farmacia nueva recién pintada. Ella prefería el olor vivo del estiércol por más repugnante que fuera. Él era correcto como una cancha de tenis. Además, practicaba el tenis para mantener la forma. En fin, él era un pesado que ella amaba y casi no amaba más. Estaba recobrando en el tren mismo su salud mental. Continuaba apasionada por Eduardo. Y él, sin saber, también lo estaba por ella. Yo que no consigo hacer nada bien, excepto *omelette*. Con una sola mano rompía los huevos con una rapidez increíble, y los vaciaba en la vasija sin derramar ni una gota. Eduardo se moría de envidia de tanta elegancia y eficiencia. Él a veces daba conferencias en las universidades y lo adoraban. Ella también asistía, ella también lo adoraba. ¿Cómo empezaba? «No me siento a gusto cuando veo algunas personas que se levantan cuando oyen anunciar que voy a hablar». Angola siempre tenía miedo de que la gente se retirara y lo dejara solo.

La vieja, como si hubiera recibido una transmisión de pensamiento, pensaba: que no me dejen sola. ¿Qué edad tengo? Ya ni lo sé.

Después, enseguida, vació su pensamiento. Y era tranquilamente nada. Existía apenas. Era bueno así, muy bueno incluso. Inmersiones en la nada.

Ángela Pralini, para calmarse, se contó una historia muy calmante, muy tranquila: era una de un hombre a quien le gustaban mucho las jabuticabas. Entonces fue hacia un huerto donde había árboles cargados de protuberancias negras, lisas y lustrosas, que le caían en las manos sin esfuerzo y que de las

manos le caían a los pies. Era tal la abundancia de jabuticabas que se daba el lujo de pisarlas. Y éstas hacían un ruidito muy gracioso. Hacían así: *cloc-cloc-cloc*, etcétera. Ángela se calmó con el hombre de las jabuticabas. En la hacienda había jabuticabas y ella iba a hacer con los pies desnudos el *cloc-cloc*, suave y húmedo. Nunca sabía si debía o no tragar las semillas. ¿Quién le iba a contestar esa pregunta? Nadie. Sólo tal vez un hombre que, como *Ulises*, el perro, y contra Eduardo, respondiera: *Mangia, bella, que te fa bene*[11]. Sabía un poquito de italiano pero nunca estaba segura de su sentido. Y después de lo que ese hombre dijera, ella tragaría las semillas. Otro árbol que le gustaba era uno cuyo nombre científico había olvidado pero que en la infancia todos habían conocido directamente, sin ciencia, era uno que en el Jardín Botánico de Río hacía un *cloc-cloc* sequito. ¿Ves? ¿Ves cómo estás renaciendo? Gato con siete vidas. El número siete la acompañaba, era su secreto, su fuerza. Se sentía linda. No lo era. Pero se sentía. Se sentía también bondadosa. Con ternura hacia la vieja María Rita que se había puesto las gafas para leer el diario. Todo era lento en la vieja María Rita. ¿Cerca del fin? Ay, cómo duele morir. En la vida se sufre pero se tiene algo en la mano: la inefable vida. Pero ¿y la pregunta sobre la muerte? Era preciso no tener miedo: ir hacia el frente, siempre.

Siempre.

Como el tren.

Y en algún lugar existe una cosa escrita en el muro. Y es para mí, pensó Ángela. De las llamas del Infierno llegará un telegrama fresco para mí. Y nunca más mi esperanza será decepcionada. Nunca. Nunca más.

La vieja era anónima como una gallina, como había dicho una tal Clarice, hablando de una vieja desvergonzada, enamorada de Roberto Carlos. Esa Clarice incomodaba.

Hacía gritar a la vieja: ¡tiene! ¡que! ¡haber! ¡una! ¡puerta! ¡de saliiiiida! y la había. Por ejemplo: la puerta de salida de esa vieja era el marido que volvería al día siguiente, eran personas conocidas, era su empleada, era la plegaria intensa y fructífera frente a la desesperación. Ángela se dijo como si se mordiera rabiosamente: tiene que haber una puerta de salida. Tanto para mí como para doña María Rita.

Yo no puedo detener el tiempo, pensó María Rita Alvarenga Chagas Souza Melo. Fracasé. Estoy vieja. Y fingió leer el diario sólo para recuperar la compostura.

Quiero sombra, gimió Ángela, quiero sombra y anonimato.

La vieja pensó: su hijo era tan bondadoso, tan cálido de corazón, tan cariñoso. La llamaba «mamacita». Sí, tal vez pase el resto de mi vida en la hacienda, lejos de la *public relations* que no me necesita. Y mi vida será muy larga, a juzgar por mis padres y abuelos. Podía alcanzar, fácil, fácil, los cien años, pensó confortablemente. Y morir de repente para no tener tiempo de sentir miedo. Se persignó discretamente y pidió a Dios una buena muerte.

Ulises, si tu cara fuera contemplada desde el punto de vista humano, serías monstruoso y feo. Era lindo desde el punto de vista de perro. Era vigoroso como un caballo blanco y libre, sólo que era castaño suave, anaranjado, color de whisky. Pero su pelo es lindo como el de un enérgico y empinado caballo. Los músculos del pescuezo eran vigorosos y se podían tocar con manos de dedos sabios. *Ulises* era un hombre. Sin mundo perro. Era delicado como un hombre. Una mujer debe tratar bien al hombre.

El tren entrando en el campo: los grillos cantaban agudos y ásperos.

Eduardo, una que otra vez, sin gracia, como quien se ve forzado a cumplir una función, le dio de regalo un gélido diamante. Ella habría preferido brillantes. En fin, suspiró ella, las cosas son como son. A veces, cuando miraba desde lo alto de su apartamento, tenía deseos de suicidarse. Ah, no por Eduardo, sino por una especie de fatal curiosidad.

No se lo contaba a nadie, por miedo de influir en un suicida latente. Ella quería la vida, vida plana y plena, formidable, leyendo sin ocultarse los artículos de *Selecciones*. Quería morir sólo a los noventa años, en medio de un acto de vida, sin sentir. El fantasma de la locura nos ronda. ¿Qué es lo que haces? Estoy esperando el futuro.

Cuando finalmente el tren se puso en movimiento, Ángela Pralini encendió el cigarrillo con un aleluya: tenía miedo de que mientras el tren no saliera, no tuviera el coraje de irse y terminara por bajar del vagón. Pero ya estaban sujetos los amortiguadores y las ruedas daban repentinos sobresaltos. El tren marchaba. Y la vieja María Rita suspiraba: estaba más cerca del hijo amado. Con él podría ser madre, ella que estaba castrada por su hija.

Una vez que Ángela tuvo dolores menstruales, Eduardo intentó, sin mucha gracia, ser cariñoso. Y le dijo una cosa horrorosa: estás enferma, ¿no? Se ruborizaba de vergüenza.

El tren corría cuanto podía. El maquinista feliz: así era bueno, y pitaba a cada curva del camino. Era un largo y grueso silbido de tren en marcha, ganando

terreno. La mañana era fresca y llena de hierbas altas y verdes. Así, sí, vamos hacia delante, dijo el maquinista a la máquina. La máquina respondió con alegría.

La vieja era nada. Y miraba hacia el aire como se mira a Dios. Estaba hecha de Dios. Es decir: todo o nada. La vieja, pensó Ángela, era vulnerable. Vulnerable al amor, al amor de su hijo. La madre era franciscana, la hija polución.

Dios, pensó Ángela, si existes, ¡muéstrate! Porque llegó la hora. Es en esta hora, en este minuto y en este segundo.

Y el resultado fue que tuvo que ocultar las lágrimas que le vinieron a los ojos. Dios de algún modo le respondía. Ella estaba satisfecha y se tragó un sollozo ahogado. Vivir cómo dolía. Vivir era una herida abierta. Vivir es ser como mi perro. *Ulises* no tenía nada que ver con el *Ulises* de Joyce. Intenté leer a Joyce pero no seguí porque era pesado, disculpa, Eduardo. Sólo que un pesado genial. Ángela estaba amando a la vieja que era nada, la madre que le faltaba. Madre dulce, ingenua y sufriente. Su madre que murió cuando ella tenía nueve años de edad. Aun enferma, pero viva, servía. Aun paralítica, servía.

Entre ella y Eduardo el aire tenía gusto de sábado. Y de pronto los dos eran raros, la rareza en el aire. Ellos se sentían raros, no formando parte de las mil personas que iban por la calle. Los dos a veces eran cómplices, tenían una vida secreta porque nadie los comprendía. Y también porque los raros son perseguidos por el pueblo que no tolera la insultante ofensa de los que se diferencian. Escondían su amor para no herir a los otros con la envidia. Para no herirlos con un resplandor demasiado luminoso para los ojos.

Guau, guau, guau, ladró mi perro. Mi gran perro.

La vieja pensó: soy una persona involuntaria. Tanto que, cuando reía —lo que no ocurría a menudo—, nadie sabía si reía o lloraba. Sí. Ella era involuntaria.

Mientras tanto, Ángela Pralini se sentía efervescente como las burbujitas del agua mineral Caxambú: de repente. Así: de repente. ¿De repente qué? Sólo de repente. Cero. Nada. Tenía treinta y siete años y pretendía a cada instante volver a empezar su vida. Como las burbujitas efervescentes del agua Caxambú. Las siete letras de Pralini le daban fuerza. Las seis letras de Ángela la volvían anónima.

Con un largo silbido aullante, se llegaba a la pequeña estación donde Ángela Pralini descendería. Agarró su valija. En el espacio entre la gorra del empleado y la nariz de una joven, estaba la vieja durmiendo inflexible, con la cabeza derecha bajo el sombrero de fieltro, una mano cerrada sobre el diario.

Ángela bajó del vagón.

Naturalmente, eso no tenía la menor importancia: hay personas que siempre se

arrepienten, es un rasgo de ciertas naturalezas culpables. Pero la dejó perturbada la imagen de la vieja cuando despertara, la visión de su rostro espantado frente al banco vacío de Ángela. Al fin, nadie sabía si se había dormido por confianza en ella.

Confianza en el mundo.

Seco estudio de caballos

DESPOJAMIENTO

El caballo está desnudo.

FALSA DOMESTICACIÓN

¿Qué es el caballo? Es la libertad tan indomable que se torna inútil aprisionarlo para que sirva al hombre: se deja domesticar, pero con unos simples movimientos de sacudida rebelde de cabeza —agitando las crines como una cabellera suelta— demuestran que su íntima naturaleza es siempre bravía, límpida y libre.

FORMA

La forma del caballo representa lo mejor del ser humano. Tengo un caballo dentro de mí que raramente se expresa. Pero cuando veo a otro caballo, entonces el mío se expresa. Su forma habla.

DULZURA

¿Qué es lo que hace al caballo ser de brillante sedosidad? Es la dulzura de quien asumió la vida y su arco iris. Esa dulzura se objetiva en el pelo suave que deja adivinar los elásticos músculos ágiles y controlados.

LOS OJOS DEL CABALLO

Vi una vez un caballo ciego: la naturaleza se había equivocado. Era doloroso sentirlo inquieto, atento al menor rumor provocado por la brisa en las hierbas, con los nervios prontos a erizarse en un estremecimiento que le recorría el cuerpo alerta. ¿Qué es lo que el caballo ve a tal punto que no ver a su semejante lo vuelve perdido como de sí mismo? Es que cuando ve, ve fuera de sí lo que está dentro de sí. Es un animal que se expresa por la forma. Cuando ve montañas,

césped, gente, cielo, domina hombres y su propia naturaleza.

SENSIBILIDAD

Todo caballo es salvaje y arisco cuando manos inseguras lo tocan.

ÉL Y YO

Intentando poner en frases mi más oculta y sutil sensación —y desobedeciendo mi necesidad exigente de veracidad—, yo diría: si pudiese haber escogido, me habría gustado nacer caballo. Pero —quién sabe— quizás el caballo no sienta el gran símbolo de vida libre que nosotros sentimos en él. ¿Debo concluir entonces que el caballo sería sobre todo para ser sentido por mí? ¿El caballo representa la animalidad bella y suelta del ser humano? ¿Lo mejor del caballo el ente humano ya lo tiene? Entonces abdico de ser un caballo y con gloria paso a mi humanidad. El caballo me indica lo que soy.

ADOLESCENCIA DE NIÑA-POTRO

Ya me relacioné de modo perfecto con el caballo. Me acuerdo de mí adolescente. De pie con la misma altivez del caballo y pasando la mano por su pelo lustroso. Por su agreste crin agresiva. Yo me sentía como si algo mío nos viese de lejos. Siendo así: «La Muchacha y el Caballo».

EL ALARDE

En la hacienda el caballo blanco —rey de la naturaleza— lanzaba hacia lo alto de la suavidad del aire su largo relinchido de esplendor.

EL CABALLO PELIGROSO

En la pequeña ciudad del interior —que se convertiría un día en una pequeña metrópoli— todavía reinaban los caballos como prominentes habitantes. Bajo la necesidad cada vez más urgente de transporte, levas de caballos habían invadido el pequeño poblado, y en los niños todavía salvajes nacía el secreto deseo de galopar. Un bayo joven dio una coz mortal a un niño que iba a montarlo. Y el lugar donde el niño audaz había muerto era mirado por la gente con una censura que en verdad no se sabía a quién dirigir. Con las canastas de compras bajo el brazo, las mujeres se paraban a mirar. Un periódico se enteró del caso y se leía con cierto orgullo un artículo con el título de «El crimen del caballo». Era el crimen de uno de los hijos de la pequeña ciudad. El lugar entonces ya mezclaba a su olor de caballeriza la conciencia de la fuerza contenida en los caballos.

EN LA CALLE SECA DE SOL

Pero de pronto, en el silencio del sol de las dos de la tarde y casi nadie en las calles del suburbio, una pareja de caballos desembocó en una esquina. Por un momento se inmovilizó con las patas semierguidas, fulgurando en las bocas como si no estuvieran amordazadas. Allí, como estatuas. Los pocos transeúntes que afrontaban el calor del sol miraban, mudos, separados, sin entender con palabras lo que veían. Apenas entendían. Pasado el ofuscamiento de la aparición, los caballos doblaron el pescuezo, bajaron las patas y continuaron su camino. Había pasado el instante de deslumbramiento. Instante inmovilizado como por una máquina fotográfica que hubiera captado algo que jamás las palabras alcanzarían a decir.

EN LA PUESTA DE SOL

Ese día, cuando el sol ya se estaba poniendo, el oro se extendió por las nubes y por las piedras. Los rostros de los habitantes quedaron dorados como armaduras y así brillaban los cabellos sueltos. Fábricas empolvadas silbaban continuamente avisando el fin del día de trabajo, la rueda de una carreta adquirió un nimbo dorado. En ese oro pálido a la brisa, había una ascensión de espada desenvainada. Porque era así como se erigía la estatua ecuestre de la plaza en la suavidad del ocaso.

EN LA MADRUGADA FRÍA

Podía verse el tibio vaho húmedo, el vaho brillante y tranquilo que salía de las narices trémulas extremadamente vivas y temblorosas de los caballos y yeguas en ciertas madrugadas frías.

EN EL MISTERIO DE LA NOCHE

Pero en la noche caballos liberados de las cargas y conducidos a campos de hierbas galopaban finos y sueltos en la oscuridad. Potros, rocines, alazanes, largas yeguas, cascos duros, ¡de pronto una cabeza fría y oscura de caballo! Los cascos golpeando, fauces espumantes erguidas en el aire con ira y un murmullo. Y a veces una larga respiración enfriaba las hierbas temblorosas. Entonces el bayo se adelantaba. Andaba de lado, la cabeza curvada hasta el pecho, cadencioso. Los otros asistían sin mirar. Oyendo el rumor de los caballos, yo adivinaba los cascos secos avanzando hasta detenerse en el punto más alto de la colina. Y la cabeza

dominaba la pequeña ciudad, lanzando un largo relincho. El miedo me apresaba en las tinieblas del cuarto, el terror de un rey, yo quería responder con las encías a la muestra del relincho. Con la envidia del deseo mi rostro adquiría la nobleza inquieta de una cabeza de caballo. Cansada, jubilosa, escuchando el trote sonámbulo. Apenas saliera del cuarto mi forma iría cobrando volumen y purificándose, y, cuando llegara a la calle, ya podría galopar con patas sensibles, los cascos resbalando en los últimos peldaños de la escalera de la casa. Desde la calzada desierta yo miraría: una esquina y otra. Y vería las cosas como un caballo las ve. Ése era mi deseo. Desde la casa yo intentaba al menos escuchar la colina de hierbas donde en las tinieblas caballos sin nombre galopaban en un retorno al estado de caza y de guerra.

Las bestias no abandonaban su vida secreta que se desarrollaba durante la noche. Y si en medio de la ronda salvaje aparecía un potro blanco, era un asombro en la oscuridad. Todos se detenían. El caballo prodigioso *aparecía*, era una aparición. Se mostraba, erguido, un instante. Inmóviles, los animales aguardaban sin mirarse. Pero uno de ellos golpeaba el casco, y la breve patada rompía la vigilia: fustigados, se movían de pronto alegres, entrecruzándose sin jamás chocar y entre ellos se perdía el caballo blanco. Hasta que un relincho de súbita cólera los advertía: por un segundo, quedaban atentos, luego se esparcían de nuevo en otra composición de trote, el dorso sin jinetes, los cuellos bajos hasta que las fauces tocaban el pecho. Erizadas las crines. Ellos cadenciosos, incultos.

La noche avanzada, mientras los hombres dormían, los encontraba inmóviles en las tinieblas. Estables y sin peso. Allí estaban ellos, invisibles, respirando. Aguardando con la inteligencia corta. Abajo, en la pequeña ciudad dormida, un gallo volaba y se posaba al borde de una ventana. Las gallinas atisbaban. Más allá de las vías del tren había un ratón presto para huir. Entonces el tordillo golpeaba la pata. No tenía boca para hablar pero daba una pequeña señal que se manifestaba de espacio a espacio en la oscuridad. Ellos observaban. Aquellos animales que tenían un ojo para ver en cada lado: nada necesitaba ser visto por ellos de frente, y ésa era la gran noche. Los flancos de una yegua recorridos por una rápida contracción. En el silencio de la noche la yegua abría mucho los ojos como si estuviera rodeada por la eternidad. El potro más inquieto todavía levantaba las crines en un sordo relincho. Al fin reinaba el silencio total.

Hasta que la frágil luminosidad de la madrugada los revelaba. Estaban separados, de pie sobre la colina. Exhaustos, frescos. Habían pasado a través de la oscuridad por el misterio de la naturaleza de los seres.

ESTUDIO DEL CABALLO DEMONIACO

Nunca más descansaré porque robé el caballo de caza de un rey. ¡Soy, ahora, peor que yo misma! Nunca más descansaré: robé el caballo de caza del rey en el hechizado Sabath. Si me duermo un instante, el eco de un relincho me despierta. Y es inútil intentar no ir. En la oscuridad de la noche el resollar me da escalofrío. Finjo que duermo pero en el silencio el caballo de buena raza respira. Todos los días será igual: ya al atardecer comienzo a ponerme melancólica y pensativa. Sé que el primer tambor en la montaña del mal hará la noche, sé que el tercero ya me había envuelto en su tormenta. Al quinto tambor ya estaré con mi codicia de caballo fantasma. Hasta que de madrugada, con los últimos tambores levísimos, me encontraré sin saber cómo junto a un arroyo fresco, sin saber jamás lo que hice, al lado de la enorme y cansada cabeza del caballo.

Pero ¿cansada de qué? ¿Qué hicimos, yo y el caballo, nosotros, los que trotamos en el infierno de la alegría del vampiro? Él, el caballo del rey, me llama. Resisto, en medio de una crisis de sudor, y no voy. Desde la última vez en que bajé de su silla de plata, era tan grande mi tristeza humana por haber sido lo que no tenía que ser, que juré que nunca más. El trote, empero, continúa en mí. Converso, arreglo la casa, sonrío, pero sé que el trote está en mí. Siento su falta hasta morir.

No, no puedo dejar de ir.

Y sé que de noche, cuando él me llame, iré. Quiero todavía que una vez más el caballo conduzca mi pensamiento. Fue con él como aprendí. Si es pensamiento esta hora entre latidos. Comienzo a entristecer porque sé cómo el ojo (oh, sin querer, no es culpa mía), cómo el ojo sin querer ya resplandece de perverso regocijo: sé que iré.

Cuando de noche él me llame, atrayéndome al infierno, iré. Desciendo como un gato por los tejados. Nadie sabe, nadie ve. Sólo los perros ladran presintiendo lo sobrenatural.

Y me presento, en la oscuridad, al caballo que me espera, caballo de realeza, me presento muda y con fulgor. Obediente a la Bestia.

Detrás de nosotros corren cincuenta y tres flautas. Al frente, un clarinete nos alumbra, a nosotros, los impúdicos cómplices del enigma. Y nada más me es dado saber.

De madrugada nos vemos exhaustos junto al arroyo, sin saber qué crímenes cometimos hasta llegar a la inocente madrugada.

En mi boca y en sus patas la marca de la gran sangre. ¿Qué habíamos inmolado?

De madrugada estaré de pie al lado del fino caballo ahora mudo, con el resto de las flautas todavía escurriendo por los cabellos. Las primeras campanadas de una iglesia a lo lejos nos llenan de escalofrío y nos ahuyentan, nos desvanecemos delante de la cruz.

La noche es mi vida con el caballo diabólico, yo, la hechicera del horror. La noche es mi vida, anochece, la noche pecadoramente feliz es la vida triste que es mi orgía: ah, roba, roba de mí el caballo de pura sangre porque de robo en robo hasta la madrugada yo ya robé para mí y para mi compañero fantástico, y desde la madrugada ya hice un presentimiento de terror de demoniaca alegría malsana.

Líbrame, roba deprisa el caballo real mientras es hora, mientras todavía no anochece, mientras es de día sin tinieblas, si es que todavía hay tiempo, pues al robar el caballo tuve que matar al rey, y al asesinarlo robé la muerte del rey.

Y la alegría orgiástica de nuestro asesinato me consume de terrible placer. Roba deprisa el caballo peligroso del rey, róbame antes de que la noche venga y me llame.

¿Dónde estuviste de noche?

Las historias no tienen desperdicio.

ALBERTO DINES

Lo desconocido envicia.

FAUZI ARAP

Sentado en el sofá con la boca llena de dientes, esperando la muerte.

RAÚL SEIXAS

Lo que voy a anunciar es tan nuevo que sospecho que todos los hombres se convertirán en mis enemigos, a tal punto se enraízan en el mundo los prejuicios y las doctrinas, una vez aceptadas.

WILLIAM HARVEY

La noche era una posibilidad excepcional. En plena noche cerrada de un verano tórrido, un gallo soltó su canto fuera de horario y una sola vez para anunciar el inicio de la subida por la montaña. La multitud, abajo, aguardaba en silencio.

Él-ella ya estaba presente en lo alto de la montaña, y ella estaba personalizada en él y él estaba personalizado en ella. La mezcla andrógina creaba un ser tan terriblemente bello, tan horrorosamente estupefaciente, que los participantes no podían mirarlo de una sola vez: así como una persona va poco a poco habituándose a la oscuridad y lentamente discierne. Lentamente discernían a Ella-él y cuando Él-ella se les aparecía con una claridad que emanaba de Ella-él, ellos, paralizados por la Belleza, iban a decir: «¡Ah, ah!». Era una exclamación

que estaba permitida en el silencio de la noche. Miraban la temible belleza y su peligro. Pero ellos habían venido exactamente para sufrir el peligro.

Los pantanos se extinguen. Una estrella de enorme densidad los guiaba. Ellos eran el revés del Bien. Subían la montaña mezclando hombres, mujeres, duendes, gnomos y enanos, como dioses extintos. La campana de oro doblaba por los suicidas. Fuera de la estrella grande, ninguna estrella más. Y no había mar. Lo que había desde lo alto de la montaña era oscuridad. Soplaba un viento noroeste. ¿Él-ella era un faro? La adoración de los malditos se iba a instaurar.

Los hombres coleaban en el suelo como gruesos y blandos gusanos: subían. Lo arriesgaban todo, ya que fatalmente un día iban a morir, tal vez dentro de dos meses, tal vez siete años: quizás fuera esto lo que Él-ella pensaba dentro de ellos.

Mira al gato. Mira lo que el gato vio. Mira lo que el gato pensó. Mira lo que era. En fin, en fin, no había símbolo, la «cosa» era. La cosa orgiástica. Los que subían estaban al borde de la verdad. Nabucodonosor. Ellos parecían veinte nabucodonosores. Y en la noche se desquitaban. Ellos están esperándonos. Era una ausencia, el viaje fuera del tiempo.

Un perro se reía a carcajadas en la oscuridad. «Tengo miedo», dijo la niña. «¿Miedo de qué?», preguntó la madre. «De mi perro». «Pero si tú no tienes perro». «Claro que sí». Pero después la niñita también se carcajeó llorando, mezclando lágrimas de risa y de espanto.

Al fin llegaron los malditos. Y miraban a aquella sempiterna Viuda, la gran Solitaria que fascinaba a todos, y los hombres y las mujeres no podían resistir y querían aproximarse a ella para amarla muriendo, pero ella con un gesto los mantenía a todos a distancia. Ellos querían amarla con un amor extraño que vibra en la muerte. No les molestaba morir por amarla. El manto de Ella-él era de un resignado color morado. Pero las mercenarias del sexo en festín procuraban imitarla en vano.

¿Qué hora sería? Nadie podía vivir en el tiempo, el tiempo era indirecto y por su propia naturaleza siempre inalcanzable. Ellos ya estaban con las articulaciones hinchadas, los estragos causaban estruendo en los estómagos llenos de tierra y con los labios inflamados y partidos subían la vertiente. Las tinieblas eran de un sonido bajo y oscuro como la nota más oscura de un violoncelo. Llegaron. El Malaventurado, o Él-ella, frente a la adoración de los reyes y vasallos, brillaba como una iluminada águila gigantesca. El silencio pululaba de respiraciones ansiosas. La visión era de bocas entreabiertas por la sensualidad que casi los paralizaba de tan gruesa. Ellos se sentían salvos del Gran Tedio.

La colina era de chatarra. Cuando Ella-él se detenía un instante, los hombres y mujeres, entregados a ellos mismos por un momento, se decían asustados: yo no sé pensar. Pero Él-ella pensaba dentro de ellos.

Un heraldo mudo con clarinete agudo anunciaba la noticia. ¿Qué noticia? ¿La de la bestialidad? Sin embargo, tal vez lo que ocurría era lo siguiente: a partir del heraldo cada uno de ellos comenzó a «sentirse», a sentirse a sí mismo. Y no había represión: ¡libres!

Entonces ellos comenzaron a balbucear hacia adentro, porque Ella-él era cáustica y no quería que se perturbaran los unos a los otros en su lenta metamorfosis. «Soy Jesús, soy judío», gritaba en silencio el judío pobre. Los anales de astronomía nunca registraron nada como este espectacular cometa, recientemente descubierto, su cauda vaporosa se arrastrará durante millones de kilómetros en el espacio. Sin hablar del tiempo.

Un enano jorobado daba pequeños saltos como un sapo, de una encrucijada a otra (el lugar era de encrucijadas). De repente las estrellas aparecieron, y eran brillantes y diamantes en el cielo oscuro. Y el enano giboso daba saltos, los más altos que conseguía para alcanzar los brillantes que su codicia despertaba. ¡Cristales!, ¡cristales!, gritó él, con pensamientos que eran saltarines como los brincos.

La latencia pulsaba leve, ritmada, ininterrumpida. Todos eran todo en latencia. «No hay crimen que no hayamos cometido con el pensamiento»: Goethe. Una nueva y no auténtica historia brasileña era escrita en el extranjero. Además, los investigadores nacionales se quejaban de la falta de recursos para el trabajo.

La montaña era de origen volcánico. Y de repente el mar: el tempestuoso reventar del Atlántico henchía sus oídos. Y el olor salado del mar los fecundaba y los triplicaba en monstruitos.

¿El cuerpo humano puede volar? La levitación. Santa Teresa de Ávila: «Parecía que una gran fuerza me elevaba en el aire. Eso me provocaba un gran miedo». El enano levitaba por segundos, pero le gustaba y no tenía miedo.

—¿Cómo se llama? —dijo mudo el chico—. Para poder llamarla, para poder llamarla la vida entera. Yo gritaré su nombre.

—Yo no tengo nombre allá abajo. Aquí, tengo el nombre de Xantipa.

—¡Ah! ¡Quiero gritar Xantipa! ¡Xantipa! Mire, estoy gritando hacia adentro. ¿Y cuál es su nombre durante el día?

—Me parece que es… es… Creo que María Luisa.

Y se estremeció como un caballo que se eriza. Cayó exangüe en el suelo.

Nadie asesinaba a nadie porque ya estaban asesinados. Nadie quería morir y nadie moría.

Mientras tanto, delicada, delicada, Él-ella usaba una insignia. El color de la insignia. Porque yo quiero vivir en abundancia y traicionaría al mejor amigo a cambio de más vida de la que se puede tener. Esa búsqueda, esa ambición. Yo despreciaba los preceptos de los sabios que aconsejan la moderación y la pobreza del alma; la simplificación del alma, según mi propia experiencia, era la santa inocencia. Pero yo luchaba contra la tentación.

Sí. Sí: caer hasta la abyección. He ahí la ambición de ellos. El sonido era el heraldo del silencio. Porque nadie podía dejarse poseer por Aquel-aquella-sin-nombre.

Ellos querían gozar de lo prohibido. Querían elogiar la vida y no querían el dolor que es necesario para vivir, para sentir y para amar. Ellos querían sentir la inmortalidad aterradora. Pues lo prohibido es siempre lo mejor. Al mismo tiempo, ellos no se preocupaban ante la posibilidad de caer en el enorme agujero de la muerte. Y la vida sólo les era preciosa cuando gritaban y gemían. Sentir la fuerza del odio era lo que más querían. Yo me llamo pueblo, pensaban.

—¿Qué hago para ser un héroe? Porque en los templos sólo hay héroes.

Y, en el silencio, de pronto su grito aullador, no se sabía si de amor o mortal, el héroe oliendo a mirra, a incienso y a benjuí.

Él-ella cubría su desnudez con un manto bonito, pero parecido a una mortaja, mortaja púrpura, color bermejo-catedral. En noches sin luna Ella-él se transformaba en lechuza. Comerás a tu hermano, dijo ella en el pensamiento de los otros, y en la hora salvaje habrá un eclipse de sol.

Para no traicionarse, ellos ignoraban que hoy era ayer y habría mañana. Soplaba en el aire una transparencia como ningún hombre había respirado antes. Pero ellos esparcían pimienta en polvo en los propios órganos genitales y se contorsionaban de ardor. Y de repente el odio. Ellos no se mataban los unos a los otros, pero sentían tan implacable odio que era como un dardo lanzado al cuerpo. Y se regocijaban, enloquecidos por lo que sentían. El odio era un vómito que los libraba del vómito mayor, el vómito del alma.

Él-ella con las siete notas musicales conseguía el aullido. Así como con las mismas siete notas podría crear música sacra. Ellos habían oído dentro de sí mismos el do-re-mi-fa-sol-la-si, el si suave y agudísimo. Ellos eran independientes y soberanos, a pesar de estar guiados por Él-ella. Rugiendo la muerte en los sótanos oscuros. Fuego, grito, color, vicio, cruz. Estoy vigilante en

el mundo: de noche vivo y de día duermo, me esquivo. Yo, con olfato de perro, orgiástico.

En cuanto a ellos, cumplían los rituales que los fieles ejecutan sin entender los misterios. El ceremonial. Con un gesto leve Ella-él tocó a una niña fulminándola y todos dijeron: amén. La madre dio un aullido de lobo: estaba muerta, ella también.

Pero era para tener supersensaciones para lo que se subía hasta allí. Y era una sensación tan secreta y tan profunda que el júbilo centelleaba en el aire. Ellos querían la fuerza superior que reina en el mundo a través de los siglos. ¿Tenían miedo? Sí. Nada sustituía la riqueza del silencioso pavor. Tener miedo era la maldita gloria de la oscuridad, silente como una Luna.

Poco a poco se habituaban a la oscuridad y a la Luna, antes escondida, toda redonda y pálida, que les suavizaba la subida. Había tinieblas cuando uno por uno subía «la montaña», como llamaban a la planicie un poco más elevada. Se apoyaban en el suelo para no caer, pisando árboles secos y ásperos, pisando cactos espinosos. Era un miedo irresistiblemente atrayente, preferían morir que abandonarlo. Él-ella era para ellos como la Amante. Pero si alguien osaba, por ambición, tocarla, era congelado en la posición en que estuviera.

Él-ella les contó, dentro de sus cerebros —y todos la escucharon dentro de sí—, lo que le ocurría a una persona cuando no atendía a la llamada de la noche: le ocurría que en la ceguera de la luz del día la persona vivía en carne abierta y con los ojos ofuscados por el pecado de la luz, vivía sin anestesia el terror de estar vivo. Nada hay que temer, cuando no se tiene miedo. Era la víspera del apocalipsis. ¿Quién era el rey de la Tierra? Si se abusa del poder que se ha conquistado, los maestros lo castigarán. Llenos de terror, de una feroz alegría, ellos se humillaban y con las carcajadas comían hierbas dañinas del suelo y las carcajadas rebosaban de oscuridades y de ecos de oscuridades. Un perfume sofocante de rosas henchía el peso del aire, rosas malditas en su fuerza de naturaleza demente, la misma naturaleza que inventaba las serpientes y los ratones, las perlas y los niños, la naturaleza enloquecida que ora era noche de tinieblas, ora el día de luz. Esta carne que se mueve sólo porque tiene espíritu.

De las bocas escurría una saliva gruesa, amarga y untuosa, y ellos se orinaban sin sentirlo. Las mujeres que habían parido recientemente apretaban con violencia los propios senos y de los pezones una gruesa leche oscura manaba. Una mujer escupió con fuerza en la cara de un hombre y el escupitajo áspero se deslizó de la cara hasta la boca: ávidamente, se lamió los labios.

Todos estaban sueltos. La alegría era frenética. Ellos eran el harén de Él-ella. Habían caído finalmente en lo imposible. El misticismo era la forma más alta de la superstición.

El millonario gritaba: ¡Quiero el poder! ¡Poder! ¡Quiero que hasta los objetos obedezcan mis órdenes! Yo diré: ¡Muévete, objeto! Y él, por sí solo, se moverá.

La mujer vieja y desgreñada le dijo al millonario: ¿Quiere ver cómo no es millonario? Pues le diré: usted no es dueño del próximo segundo de vida, usted puede morir sin saberlo. La muerte lo humillará. El millonario: Yo quiero la verdad, ¡la verdad pura!

La periodista estaba haciendo un reportaje magnífico sobre la vida cruda. Voy a ganar fama internacional, como el autor de *El exorcista*, que no leí para no dejarme influenciar. Estoy viendo en directo la vida cruda, la estoy viviendo.

Yo soy solitario, se dijo el masturbador.

Estoy en espera, en espera, jamás me sucede nada, ya desistí de esperar. Ellos bebían el amargo licor de hierbas ásperas.

—¡Yo soy un profeta! ¡Veo el más allá! —gritaba un muchacho.

El padre Joaquín Jesús Jacinto —todo con jota, porque a la madre le gustaba la letra jota.

Era el día 31 de diciembre de 1973. El horario astronómico sería medido por los relojes atómicos, cuyo atraso es sólo de un segundo cada tres mil trescientos años.

A otra le dio por estornudar, un estornudo detrás de otro, sin parar. Pero le gustaba. La otra se llamaba J. B.

—¡Mi vida es una verdadera novela! —gritaba la escritora fracasada.

El éxtasis estaba reservado para Él-ella. Que de pronto sufrió la exaltación del cuerpo, largamente. Ella-él dijo: ¡Paren! Porque se endemoniaba por sentir el gozo del Mal. A través de ella, todos gozaban: era la celebración de la Gran Ley. Los eunucos hacían una cosa que estaba prohibido mirar. Los otros, a través de Ella-él, recibían vehementes las ondas del orgasmo, pero sólo las ondas porque no tenían fuerza de, sin destruirse, recibir todo. Las mujeres se pintaban sus bocas de morado como si fuese fruta aplastada por los afilados dientes.

Ella-él les contó lo que ocurría cuando no se iniciaba en la profetización de la noche. Estado de *shock*. Por ejemplo: la muchacha era pelirroja y como si no bastara con eso, era roja por dentro y, además, daltónica. Tanto que en su pequeño apartamento había una cruz verde sobre fondo rojo: ella confundía los dos colores. ¿Cómo había empezado su terror? Escuchando un disco, o el silencio

reinante, o los pasos en el piso de arriba, y hela allí, aterrorizada. Con miedo al espejo que la reflejaba. De frente había un armario y tenía la impresión de que las ropas se movían en su interior. Poco a poco iba reduciendo el apartamento. Tenía miedo hasta de salir de la cama. Tenía la impresión de que iban a agarrarle el pie desde abajo de la cama. Era delgadísima. Su nombre era Psiu, nombre rojo. Tenía miedo de encender la luz en la oscuridad y de encontrar la fría lagartija que habitaba con ella. Sentía con aflicción los deditos helados y blancos de la lagartija. Buscaba ávidamente en el periódico las páginas policiacas, noticias de lo que estaba ocurriendo. Siempre les sucedían cosas horribles a las personas como ella, que vivían solas y eran asaltadas por la noche. Tenía en la pared un cuadro que era de un hombre que la miraba fijamente a los ojos, vigilándola. Imaginaba que esa figura la seguía por todos los rincones de la casa. Tenía terror, pánico a los ratones. Prefería morir a entrar en contacto con ellos. Sin embargo, oía sus chillidos. Llegaba a sentir sus mordiscos en los pies. Despertaba siempre sobresaltada, sudando frío. Ella era un bicho arrinconado. Normalmente dialogaba consigo misma. Daba los pros y los contras y siempre quien perdía era ella. Su vida era una constante sustracción de sí misma. Todo eso porque no atendió a la llamada de la sirena.

Él-ella sólo mostraba el rostro de andrógina. Y de él se irradiaba tal ciego esplendor de locura que los otros gozaban la propia locura. Ella era el vaticinio y la disolución y había nacido ya tatuada. Todo el aire olía ahora a fatal jazmín y era tan fuerte que algunos vomitaban las propias entrañas. La luna estaba plena en el cielo. Quince mil adolescentes esperaban para saber qué especie de hombre y mujer irían a ser.

Entonces Ella-él dijo:

—Comeré a tu hermano y habrá un eclipse total y el fin del mundo.

De vez en cuando se escuchaba un largo relincho, pero no se veía caballo alguno. Sólo se sabía que con siete notas musicales se hacían todas las músicas que existen, que existieron y que existirán. De Ella-él emanaba un fuerte olor a jazmín marchito porque era noche de luna llena. El espiritismo bajo o la hechicería. Max Ernst, cuando niño, fue confundido con el Niño Jesús en una procesión. Después, provocaba escándalos artísticos. Tenía una pasión ilimitada por los hombres y una inmensa y poética libertad. Pero ¿por qué estoy hablando de eso? No lo sé. «No lo sé», es una respuesta excelente.

¿Qué hacía Thomas Edison, tan inventor y libre, en medio de aquellos que eran comandados por Él-ella?

Garabatos, pensó el estudiante perfecto, era la palabra más difícil de la lengua.

¡Escuchad! ¡Los ángeles anunciadores cantan!

El judío pobre gritaba mudo y nadie lo oyó, el mundo entero no lo oía. Él dijo: tengo sed, sudor y lágrimas. Y para saciar mi sed bebo mi sudor y mis propias lágrimas saladas. ¡Y no como cerdo! ¡Sigo la Torah! ¡Pero dadme alivio, Yahvé, que se parece demasiado a mí!

Jubileu de Almeida escuchaba su radio a pilas, siempre. «La papilla más sabrosa está hecha con Cremogema». Y después, anunciaba, de Strauss, un vals que por increíble que pareciera se llamaba El pensador libre. Es cierto, incluso existe, yo lo escuché. Jubileu era el dueño de La Mandolina de Oro, tienda de instrumentos musicales casi en quiebra, estaba loco por los valses de Strauss. Era viudo, él, quiero decir Jubileu. Su rival era El Clarín, también en la calle Gomes Freire o Frei Caneca. Jubileu era también afinador de pianos.

Todos, allí, estaban dispuestos a apasionarse. Sexo. Puro sexo. Ellos se frenaban. Rumania era un país peligroso: gitanos.

Faltaba petróleo en el mundo. Y, sin petróleo, faltaba comida. Carne, sobre todo. Y sin carne ellos se volvían terriblemente carnívoros.

«Aquí, Señor, encomiendo mi alma», dijo Cristóbal Colón al morir, vestido con el hábito franciscano. Él no comía carne. Se santificaba, Cristóbal Colón, el descubridor de olas, y que descubrió a san Francisco de Asís. ¡Hete aquí! Él murió. ¿Dónde está ahora? ¿Dónde? Por el amor de Dios, ¡responde!

De pronto, y suavemente, *fiat lux*.

Hubo una desbandada asustadiza, como de gorriones.

Todo tan rápido que parecía que se hubieran desvanecido.

Al mismo tiempo estaban ya acostados en la cama para dormir, todavía despiertos. Lo que existía era el silencio. Ellos no sabían de nada. Los ángeles de la guarda —que se habían tomado un descanso, ya que todos estaban sosegados en la cama— despertaban frescos, bostezando todavía, pero ya protegiendo a sus pupilos.

Madrugada: el huevo venía girando lentamente del horizonte al espacio. Era de mañana: una joven rubia, casada con un joven rico, da a luz un bebé negro. ¿Hijo del demonio de la noche? No se sabe. Apuros, vergüenza.

Jubileu de Almeida se despertó como pan dormido: seco. Desde pequeño fue así: marchito. Encendió la radio y escuchó: «Zapatería Morena donde está prohibido vender caro». Iría allí, necesitaba zapatos. Jubileu era albino, negro

acero con las cejas amarillas casi blancas. Rompió un huevo en la sartén. Y pensó: si pudiera algún día oír El pensador libre, de Strauss, mi soledad estaría recompensada. Sólo había escuchado ese vals una vez, no recordaba cuándo.

El poderoso quería en su *breakfast* comer caviar danés a cucharadas, masticando con los dientes agudos las bolitas. Pertenecía al Rotary Club, a la Masonería y al Diners Club. Tenía el escrúpulo de no comer caviar ruso: era una manera de derrotar a la poderosa Rusia.

El judío pobre despierta y bebe agua del grifo, ansiosamente. Era la única agua que había en los fondos de la pensión baratísima donde vivía: una vez vio una cucaracha nadando en los frijoles. Las prostitutas que vivían allí ni reclamaban.

El estudiante perfecto, que no sospechaba que era un pesado, pensó: ¿cuál era la palabra más difícil que existía?, ¿cuál era? ¿Una que significaba adornos, afeites, atavíos? Ah, sí, garabatos. Recordó la palabra para escribirla en el próximo examen.

Cuando comenzó a rayar el día todos estaban en la cama sin parar de bostezar. Cuando despertaban, uno era zapatero, otro estaba preso por estupro, una era ama de casa, dando órdenes a la cocinera, que nunca llegaba tarde, otro era banquero, otro era secretario, etcétera. Despertaban, pues, un poco cansados, satisfechos por la noche tan profunda de sueño. El sábado había pasado y hoy era domingo. Y muchos fueron a la misa celebrada por el padre Jacinto, que era el padre de moda: pero ninguno se confesó, ya que no tenían nada que confesar.

La escritora fracasada abrió su diario encuadernado en cuero rojo y comenzó a anotar: «7 de julio de 1974. ¡Yo, yo, yo, yo, yo, yo, yo! En esta bella mañana de sol de domingo, después de haber dormido muy mal, yo, a pesar de todo, aprecio las bellezas maravillosas de la madre Naturaleza. No voy a la playa porque estoy demasiado gorda, y esto es una desgracia para quien aprecia tanto las olas verdes del mar. ¡Me rebelo! Pero no consigo hacer régimen: me muero de hambre. Me gusta vivir peligrosamente. Tu lengua viperina será cortada por la tijera de la complacencia».

Por la mañana: *Agnus Dei*. ¿Becerro de oro? Buitre.

El judío pobre: ¡libradme del orgullo de ser judío!

La periodista, por la mañana, muy temprano, telefonea a su amiga:

—Claudia, discúlpame por llamarte en domingo a esta hora. Pero me desperté con una inspiración fabulosa: ¡voy a escribir un libro sobre la Magia Negra! No, no leí *El exorcista*, porque me dijeron que es mala literatura y no quiero que

piensen que estoy en esa onda. ¿Lo has pensado? El ser humano siempre intentó comunicarse con lo sobrenatural, desde el Antiguo Egipto, con el secreto de las Pirámides, pasando por Grecia con sus dioses, pasando por Shakespeare en Hamlet. Pues yo voy también a entrar en esa onda. Y, ¡por Dios!, voy a ganar esa apuesta.

En muchas casas de Río olía a café. Era domingo. Y el chico en la cama, lleno de sopor, todavía mal despierto, se dijo: otro domingo de tedio. ¿Con qué había soñado? No lo sé, se respondió, si soñé, soñé con una mujer.

En fin, el aire era más claro. Y el día siempre comienza. El día bruto. La luz era maléfica: se instauraba el enfantasmado día diario. Una religión era necesaria: una religión que no tuviera miedo del mañana. Yo quiero ser envidiado. Yo quiero el estupro, el robo, el infanticidio, el desafío mío es fuerte. Quiero oro y fama, despreciaba hasta el sexo: amaba deprisa y no sabía qué era el amor. Quiero el oro malo. Profanación. Voy a mi extremo. Después de la fiesta —¿qué fiesta?, ¿nocturna?—, después de la fiesta, desolación.

Estaba también el observador que escribió esto en el cuaderno de notas: «El progreso y todos los fenómenos que lo rodean parecen participar íntimamente de esa ley de aceleración general, cósmica y centrífuga que arrastra a la civilización al “progreso máximo”, a fin de que enseguida venga la caída. ¿Una caída ininterrumpida o una caída rápidamente contenida? Ahí está el problema: no podemos saber si esta sociedad se destruirá completamente o si conocerá sólo una interrupción brusca y después su marcha se retomará». Y después: «El sol disminuiría sus efectos sobre la Tierra y provocaría el inicio de un nuevo periodo glacial que podría durar por lo menos diez mil años». Diez mil años era mucho tiempo y asustaba. He ahí lo que ocurre cuando alguien escoge, por miedo a la noche oscura, vivir en la superficial luz del día. Es que lo sobrenatural, divino o demoniaco, es una tentación desde Egipto, pasando por la Edad Media, hasta las novelas baratas de misterio.

El carnicero, que ese día sólo trabajaba de las ocho a las once, abrió la carnicería, y se detuvo, embriagado de placer ante el olor de carnes y carnes crudas, crudas y sanguinolentas. Era lo único en que el día continuaba a la noche.

El padre Jacinto estaba de moda porque nadie como él levantaba tan límpidamente el cáliz y bebía con sagrada unción y pureza, salvando a todos, la sangre de Jesús, que era el Bien. Con suma delicadeza en las manos pálidas, durante la ofrenda.

El panadero, como siempre, despertó a las cuatro y comenzó a hacer la masa

del pan. ¿De noche amasa al Diablo?

Un ángel pintado por Fra Angélico, siglo XV, revoloteaba por los aires: era el clarín anunciador de la mañana. Los postes de la luz eléctrica todavía no habían sido apagados y brillaban empalidecidos. Postes. La velocidad se come los postes cuando se corre en auto.

El masturbador de la mañana: mi único amigo fiel es mi perro. Él no confiaba en nadie; especialmente, no confiaba en las mujeres.

La que bostezó la noche entera y había dicho: «Te conjuro, ¡madre de santo!»[12], comenzó a rascarse y a bostezar. Diablos, dijo.

El poderoso —que cuidaba orquídeas, dalias, camelias y lilas— hizo sonar impaciente la campanilla para llamar al mayordomo: quería que le trajera el ya atrasado *breakfast*. El mayordomo le adivinaba los pensamientos y sabía cuándo traerle los galgos daneses para que fueran rápidamente acariciados.

Aquella que de noche gritaba: «Estoy a la espera, a la espera», por la mañana, despeinada, dijo a la leche que estaba en el cazo, al fuego:

—¡Te voy a pegar, porquería! Quiero ver si te estropeas y si hierves en mi cara, mi vida es esperar. Es sabido que si desvío un instante la mirada de la leche, va a aprovecharse, la desgraciada, para hervir y tirarse. Como la muerte que viene cuando nadie se lo espera.

Ella esperó, esperó, y la leche no hervía. Entonces, apagó el gas.

En el cielo, un leve arco iris: era el anuncio. La mañana como una oveja blanca. Paloma blanca era la profecía. Pesebre. Secreto. La mañana preestablecida. *Ave Maria, gratia plena. Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus e benedictus fructus ventris tui, Jesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus. Nunc et in hora mortis nostrae. Amen.*

El padre Jacinto elevó con las dos manos el cáliz de cristal que contenía la sangre escarlata de Cristo. El vino bueno. Y una flor nació. Una flor leve, rosada, con el perfume de Dios. Él-ella había desaparecido, hacía mucho, en el aire. La mañana era límpida como algo recién lavado.

AMÉN.

Los fieles distraídos hicieron la señal de la Cruz.

AMÉN.

DIOS.

FIN.

Epílogo:

Todo lo que escribí es verdad y existe. Existe una mente universal que me guió. ¿Dónde estuviste de noche? Nadie lo sabe. No intentes responder, por amor de Dios. No quiero saber la respuesta. Adiós. A-Dios.

La relación de la cosa

Esta cosa es más difícil de lo que cualquiera puede entender. Insista. No se desanime. Parecerá obvio. Pero es extremadamente difícil saber algo de ella. Pues envuelve el tiempo.

Nosotros dividimos el tiempo, cuando en realidad no es divisible. Siempre es inmutable. Pero nosotros necesitamos dividirlo. Y por eso se inventó una cosa monstruosa: el reloj.

No voy a hablar de relojes. Sino sobre un determinado reloj. Mi juego es claro: digo enseguida lo que tengo que decir sin literatura. Esta relación es la antiliteratura de la cosa.

El reloj del que hablo es electrónico y tiene despertador. La marca es Sveglia, que quiere decir «despierta». Despierta para qué, Dios mío. Para el tiempo. Para la hora. Para el instante. Ese reloj no es mío. Pero me apoderé de su infernal alma tranquila.

No es de pulsera, está suelto, por tanto. Tiene dos centímetros y está de pie en la superficie de la mesa. Yo quería que se llamara Sveglia, tal cual. Pero la dueña del reloj quiere que se llame Horacio. Poco importa. Pues lo principal es que él es el tiempo.

Su mecanismo es muy simple. No tiene la complejidad de una persona, pero es más gente que mucha gente. ¿Es un superhombre? No, viene directamente del planeta Marte, por lo que parece. Si es de allí de donde viene, entonces un día volverá a allí. Es tonto decir que no necesita cuerda, eso ya ocurre con otros relojes, como el mío de pulsera, es antichoque, puede mojarse a placer. Ésos son hasta más que personas. Por lo menos, son de la Tierra. El Sveglia es de Dios. Fueron usados cerebros humanos divinos para captar lo que debía ser este reloj. Estoy escribiendo sobre él pero todavía no lo he visto. Va a ser el Encuentro. Sveglia: despierta, mujer, despierta para ver lo que debe ser visto. Es importante estar despierta para ver. Pero también es importante dormir para soñar con la

falta de tiempo. Sveglia es el Objeto, es la Cosa, con letra mayúscula. ¿Será que el Sveglia me ve? Ve, sí, como si yo fuese otro objeto. Él reconoce que a veces hay personas que también vienen de Marte.

Están ocurriéndome cosas, desde que supe de la existencia del Sveglia, que más parecen un sueño. Despiértame, Sveglia, quiero ver la realidad. Pero es que la realidad parece un sueño. Estoy melancólica porque estoy feliz. No es paradójico. Después del acto del amor, ¿no viene una cierta melancolía? La de la plenitud. Estoy con deseos de llorar. Sveglia no llora. Además, él no tiene circunstancias. ¿Será que su energía tiene peso? Duerme, Sveglia, duerme un poco, yo no soporto tu vigilia. Tú no paras de ser. Tú no sueñas. No se puede decir que tú «funcionas»: tú no eres funcionamiento, tú sólo eres.

Tú eres muy delgado. Y nada te sucede. Eres tú quien hace acontecer las cosas. Acontéceme, Sveglia, acontéceme. Estoy necesitando un determinado acontecimiento sobre el cual no puedo hablar. Y dame otra vez el deseo, que es el resorte de la vida animal. Yo no te quiero para mí. No me gusta sentirme vigilada. Y tú eres un ojo único abierto siempre como un ojo suelto en el espacio. Tú no me quieres mal, pero tampoco me quieres bien. ¿Será que yo también estoy quedando así, sin sentimiento de amor? ¿Soy una cosa? Sé que estoy con poca capacidad de amar. Mi capacidad de amor fue demasiado pisoteada, Dios mío. Sólo me queda un hilo de deseo. Yo *necesito* que éste se fortifique. Porque no es como tú piensas, que sólo la muerte importa. Vivir, cosa que tú no conoces, porque es pudrirse, vivir corrompiéndose importa mucho. Un vivir seco: un vivir esencial.

Si él se descompusiera ¿creería que ha muerto? No, simplemente sería que ése salió de sí mismo. Pero tú tienes flaquezas, Sveglia. Yo supe por tu dueña que necesitas una capa de cuero para protegerte de la humedad. Supe también, en secreto, que una vez te detuviste. La dueña no se asustó: te dio unos golpecitos muy simples y tú nunca más te has parado. Yo te entiendo, te perdono: tú viniste de Europa y necesitabas un mínimo de tiempo para aclimatarte, ¿no? ¿Quiere decir que tú también eres mortal, Sveglia? ¿Tú eres tiempo que para?

Ya oí al Sveglia, por teléfono, dar la alarma. Es como en el interior de las personas: uno se despierta de dentro hacia fuera. Parece que su electrónico-Dios se comunica con nuestro cerebro electrónico-Dios: el sonido es suave, sin la menor estridencia. Sveglia marcha como un caballo blanco suelto y sin silla.

Yo supe de un hombre que poseía un Sveglia y a quien le dio un acontecimiento Sveglia. Él caminaba con el hijo de diez años, de noche, y el hijo

dijo: Cuidado, papá, hay macumba[13] ahí. El padre retrocedió (¿no sería que pisó de lleno en la vela encendida, apagándola?). No pareció haber ocurrido nada, lo que también es mucho de Sveglia. El hombre se fue a dormir. Cuando despertó vio que uno de sus pies estaba hinchado y negro. Llamó a los amigos médicos, que no vieron ninguna señal de herida: el pie estaba intacto, sólo negro y muy hinchado, de aquella inflamación que deja la piel toda estirada. Los médicos llamaron a otros colegas. Y nueve médicos decidieron que era gangrena. Tenían que amputar el pie. Lo determinaron para el día siguiente, a una hora exacta. El hombre se durmió.

Y tuvo un sueño terrible. Un caballo blanco quería agredirlo y él huía como un loco. Todo eso pasaba en el Campo de Santana. El caballo blanco era lindo y enjaezado con plata. Pero no tuvo habilidad. El caballo le golpeó el pie, pisándolo. En ese momento, el hombre despertó gritando. Pensaron que estaba nervioso, le explicaron que eso sucedía cuando se estaba cerca de una operación, le dieron un sedante, se durmió otra vez. Cuando despertó, miró inmediatamente hacia el pie. Gran sorpresa: el pie estaba blanco y del tamaño normal. Vinieron los nueve médicos y no lo supieron explicar. Ellos no conocían el enigma del Sveglia contra el cual sólo un caballo blanco puede luchar. No había motivo para hacer la operación. Sólo que no podía apoyarse en ese pie: flaqueaba. Era la marca del caballo de arreos de plata, de la vela apagada, del Sveglia. Pero Sveglia quiso triunfar y ocurrió una cosa. La esposa de ese hombre, en perfecto estado de salud, en la mesa del comedor, empezó a sentir fuertes dolores en los intestinos. Interrumpió la cena y se fue a acostar a la cama. El marido, preocupadísimo, fue a verla. Estaba blanca, exangüe. Le tomó el pulso: no tenía. La única señal de vida era que su frente se perlaba de sudor. Llamaron al médico, quien dijo que podía ser un caso de catalepsia. El marido no se conformó. Le descubrió el vientre e hizo sobre él movimientos simples, como él mismo los había hecho cuando el Sveglia se había parado, movimientos que no sabía explicar.

La mujer abrió los ojos. Estaba perfectamente bien de salud. Y continúa viva, que Dios la guarde.

Eso tiene que ver con el Sveglia. No sé cómo. Pero que tiene que ver, claro. ¿Y el caballo blanco del Campo de Santana, que es plaza de pájaros, palomas y cuatíes[14]? Muy enjaezado, con adornos de plata, de crines altivas y erizadas. Corriendo rítmicamente contra el ritmo del Sveglia. Corriendo sin prisa.

Estoy en perfecta salud física y mental. Pero una noche estaba durmiendo profundamente y me oyeron decir en voz alta: ¡Quiero tener un hijo con Sveglia!

Yo creo en el Sveglia. Él no cree en mí. Piensa que miento mucho. Y miento justamente. En la Tierra se miente mucho.

Yo pasé cinco años sin una gripe: eso fue por el Sveglia.

Y cuando la tuve, duró tres días. Después me quedó una tos seca. Pero el médico me recetó un antibiótico y me curé. El antibiótico es el Sveglia.

Ésta es una relación. El Sveglia no admite cuento o novela u otra cosa. Sólo permite transmisión. Apenas admite que yo llame a esto relación. Lo llamo descripción del misterio. Y hago lo posible porque sea un relato seco como la champaña ultraseca. Pero a veces —pido disculpas— se moja. ¿Podría hablar con más dureza en relación con Sveglia?

No, él sólo es. Y en verdad, Sveglia no tiene nombre íntimo: conserva el anonimato. Además, Dios no tiene nombre: conserva el anonimato perfecto: no hay lengua que pronuncie su verdadero nombre.

Sveglia es estúpido: actúa clandestinamente, sin meditar. Voy a decir ahora algo muy grave que parecerá herejía: Dios es burro. Porque Él no entiende, no piensa, sólo es. Ciertamente, su estupidez se ejecuta a sí misma. Pero Él comete muchos errores. Y sabe que los comete. Basta miramos a nosotros mismos, que somos un error grave. Basta ver el modo como nos organizamos en sociedad e intrínsecamente, de tú a tú. Pero hay un error que Él no comete: Él no muere.

Sveglia tampoco muere. Todavía no vi a Sveglia, como ya dije. Tal vez sea mojado verlo. Sé todo con relación a él. Pero la dueña no quiere que yo lo vea. Tiene celos. Los celos llegan a gotear, de tan húmedos. Además, nuestra Tierra corre el riesgo de mojarse de sentimientos. El gallo es Sveglia. El huevo es puro Sveglia. Pero sólo el huevo entero, completo, blanco, de cascarón seco, completamente oval. Por dentro de él hay vida; vida mojada. Pero comer la yema cruda es Sveglia.

¿Quieren ver qué es Sveglia? El fútbol. Pero Pelé, en cambio, no es. ¿Por qué? Imposible de explicar. Quizá porque no ha respetado el anonimato.

La disputa es Sveglia. Acabo de tener una con la dueña del reloj. Yo dije: Ya que tú no quieres dejarme ver el Sveglia, descríbeme sus discos. Entonces ella se puso furiosa —eso es Sveglia— y dijo que tenía muchos problemas —tener problemas no es Sveglia—. Entonces intenté calmarla y todo quedó bien. Mañana no la llamaré. La dejaré descansar.

Me parece que escribiré sobre el electrónico sin verlo jamás. Parece que

tendrá que ser así. Es fatal.

Tengo sueño. ¿Estará permitido? Sé que soñar no va con Sveglia. El número está permitido. Aunque el seis no lo sea. Rarísimos poemas están permitidos. De novela, ni se puede hablar. Tuve una empleada por siete días, llamada Severina, y que había pasado hambre de niña. Le pregunté si estaba triste. Me dijo que no era alegre ni triste: era así, justamente. Ella era Sveglia. Pero yo no lo era y no pude soportar la ausencia de sentimiento.

Suecia es Sveglia.

Pero ahora me voy a dormir, aunque no deba soñar.

El agua, a pesar de ser mojada por excelencia, es Sveglia. Escribir es. Pero el estilo no es. Tener senos es. El órgano masculino es demasiado Sveglia. La bondad no es. Pero la no bondad, el darse, es. Bondad no es lo opuesto a maldad.

¿Estaré escribiendo mojado? Me parece que sí. Mi apellido es. Ya mi nombre es demasiado dulce, es para el amor. No tener ningún secreto —y, sin embargo, mantener el enigma— es Sveglia. En la puntuación, los puntos suspensivos no lo son. Si alguien llega a entender esta mi irrevelada relación, ese alguien es. Parece que yo no soy yo, de tanto yo que soy. El Sol es, la Luna no. Mi cara es. Probablemente la suya también es. El whisky es. Y, por increíble que parezca, la Coca-Cola es, pero la Pepsi-Cola nunca fue. ¿Estoy haciendo propaganda gratis? Eso está mal, ¿sabes, Coca-Cola?

Ser fiel es. El acto del amor contiene en sí una desesperación que es.

Ahora voy a contar una historia. Pero antes quiero decir que quien me contó esta historia fue una persona que, a pesar de ser bondadosísima, es Sveglia.

Ahora me estoy muriendo de cansancio. Sveglia —si uno no tiene cuidado— mata.

La historia es la siguiente:

Sucede en una localidad llamada Coelho Neto, en Guanabara. La mujer de la historia era muy desgraciada porque tenía una herida en la pierna y la herida no cerraba. Trabajaba mucho y el marido era cartero. Ser cartero es Sveglia. Tenían muchos hijos. Y casi nada para comer. Pero ese cartero tomó sobre sí la responsabilidad de hacer feliz a su mujer. Ser feliz es Sveglia. Y el cartero resolvió la situación. Le mostró a una vecina, quien era estéril y sufría mucho por eso. No había modo de tener un hijo. Le enseñó a su mujer cómo era feliz por tener hijos. Y ella se volvió feliz, aun con la poca comida. Le enseñó también el cartero que otra vecina tenía hijos pero el marido bebía mucho y la golpeaba, a ella y también a los hijos. Mientras que él no bebía y nunca había golpeado a su

mujer o a sus hijos. Lo que la hizo feliz.

Todas las noches ellos sentían lástima por la vecina estéril y por la que era golpeada por el marido. Todas las noches ellos eran muy felices. Y ser feliz es Sveglia. Todas las noches.

Yo quería llegar a la página 9 en la máquina de escribir. El número 9 es casi inalcanzable. El número 13 es Dios. La máquina de escribir es. El peligro de que llegue a no ser más Sveglia es cuando se mezcla un poco con los sentimientos de la persona que está escribiendo.

Me repugnó el cigarrillo Cónsul, que es mentolado y dulce. En cambio, el cigarrillo Carlton es seco, es duro, es áspero, y sin complicidad con el fumador. Como cada cosa es y no es, no me molesta hacer propaganda gratis al Carlton. Pero, en cuanto a la Coca-Cola, no perdono.

Quiero mandar esta relación a la revista *Señor* y quiero que me paguen muy bien.

Como usted es Sveglia, juzgue si mi cocinera, que cocina bien y canta el día entero, es.

Me parece que voy a concluir esta relación esencial para explicar los fenómenos enérgicos de la materia. Pero no sé qué hacer. Ah, me voy a vestir.

Hasta nunca más, Sveglia. El cielo es muy azul. Las olas blancas de espuma del mar son más que mar. (Ya me despedí del Sveglia, sólo continuaré hablando por vicio, tengan paciencia). El olor del mar mezcla masculino y femenino y nace en el aire un hijo que es.

La dueña del reloj me dijo hoy que él es el dueño de ella. Me dijo que él tiene unos agujeritos oscuros por donde sale el sonido suave como una ausencia de palabras, sonido de satín. Tiene un disco interior dorado. El disco exterior es plateado, casi sin color, como una aeronave en el espacio, metal volando. ¿La espera es o no es? No sé responder porque sufro de urgencia y quedo incapacitada para juzgar esta pregunta sin implicarme emocionalmente. No me gusta esperar.

Un cuarteto de música es muchísimo más que una sinfonía. La flauta es. El clavicordio tiene un elemento de terror: los sonidos salen abiertos y quebradizos. Cosa de alma de otro mundo.

Sveglia, ¿cuándo me dejarás en paz finalmente? ¿Me vas a perseguir toda la vida, transformando la claridad en insomnio perenne? Ya te odio. Ya querría poder escribir una historia: un cuento o novela o una transmisión. ¿Cuál va a ser mi próximo paso en la literatura? Temo que no escribiré más. Pero también es

cierto que otras veces supuse que no escribiría más, y escribí. No obstante, ¿qué he de escribir, Dios mío? ¿Me contaminé con la matemática de Sveglia y sólo sabré hacer relaciones?

Ahora voy a terminar esta descripción de misterio. Ocurre que estoy muy cansada. Voy a bañarme antes de salir y me perfumaré con un perfume que es un secreto mío. Sólo digo una cosa de él: es agreste y un poco áspero, con una dulzura escondida. Él es.

Adiós, Sveglia. Adiós para siempre jamás. Hay una parte de mí que tú ya mataste. Ya he muerto y me estoy pudriendo. Morir es.

Y ahora, ahora adiós.

El manifiesto de la ciudad

¿Por qué no intentar en este momento, que no es grave, mirar por la ventana? Éste es el puente. Éste el río. He ahí la Penitenciaría. Ahí está el reloj. Y Recife. Y el canal. ¿Dónde está la piedra que siento? La piedra que aplastó la ciudad. En la forma palpable de las cosas. Porque ésta es una ciudad realizada. Su último terremoto se pierde en la memoria. Extiendo la mano y sin tristeza rodeo de lejos la piedra. Algo aún se evade de la rosa de los vientos. Algo se endureció en la flecha de acero que indica el rumbo de: Otra Ciudad.

Este momento no es grave. Aprovecho y miro por la ventana. He ahí una casa. Palpo tus escaleras, las que subí en Recife. Después, la pilastra corta. Estoy viéndolo todo extremadamente bien. Nada se me escapa. La ciudad trazada. Con qué ingeniosidad. Albañiles, carpinteros, ingenieros, escultores de santos, artesanos (éstos contaron con la muerte). Estoy viendo cada vez más claro: ésta es la casa, la mía, el puente, el río, la Penitenciaría, los bloques cuadrados de edificios, la escalera vacía, la piedra.

Pero he ahí que surge un caballo. Es un caballo con cuatro patas y cascos duros de piedra, pescuezo potente, y cabeza de caballo. He ahí un caballo.

Si ésta fue una palabra haciendo eco en el suelo duro, ¿cuál es tu sentido? Qué hueco es este corazón en el pecho de la ciudad. Busco, busco. Casas, aceras, escalones, monumento, poste, tu industria.

Desde la más alta muralla, miro. Busco. Desde la más alta muralla no recibo ninguna señal. Desde aquí no veo, pues tu claridad es impenetrable. Desde aquí no veo, pero siento que algo está escrito con carbón en la pared. En una pared de esta ciudad.

LA ROSA BLANCA

Pétalo alto: qué extrema superficie. Catedral de vidrio, superficie de superficie, inalcanzable por la voz. En tu tallo dos voces, a la tercera, a la quinta y a la novena se unen, niños sabios abren sus bocas por la mañana y entonan espíritu, espíritu, superficie, espíritu, superficie intocable de una rosa.

Extiendo la mano izquierda que es más delgada, mano oscura que luego recojo sonriendo de pudor. No te puedo tocar. Tu nuevo entendimiento de hielo y gloria mi rudo pensamiento quiere cantar.

Intento acordarme en la memoria, entenderte como se ve la aurora, una silla, otra flor. No temas, no quiero poseerte. Me alzo en dirección a tu superficie que ya es perfume.

Me elevo hasta alcanzar mi propia apariencia. Empalidezco en esa región asustada y fina, casi alcanzo tu superficie divina…

En la caída ridícula las alas de un ángel rompí. No bajo la cabeza balbuceante: quiero al menos sufrir tu victoria con el sufrimiento angélico de tu armonía, de tu alegría. Pero me duele el corazón grosero como de amor por un hombre.

Y de las manos tan grandes sale la palabra avergonzada.

Las artimañas de doña Frozina

—También, con ese dinero raquítico…

Eso es lo que la viuda doña Frozina dice del montepío. Pero alcanza para comprar Leche de Rosas y tomar verdaderos baños con el líquido lechoso. Dicen que su piel es sensacional. Usa desde jovencita el mismo producto y tiene un olor a mamá.

Es muy católica y vive en las iglesias. Todo eso oliendo a Leche de Rosas. Como una niña. Quedó viuda a los veintinueve años. Y desde entonces, nada de hombres. Viuda a la moda antigua. Severa. Sin escote y siempre con mangas largas.

—Doña Frozina, ¿cómo pudo arreglárselas sin un hombre? —me gustaría preguntarle.

La respuesta sería:

—Astucias, hija mía, astucias.

Dicen de ella: mucha gente joven no tiene su espíritu. Ya anda en los setenta años, la excelentísima señora doña Frozina. Es buena suegra y óptima abuela. Fue buena paridera. Y continuó fructificando. A mí me gustaría tener una conversación seria con doña Frozina.

—Doña Frozina, ¿usted tiene algo que ver con doña Flor y sus tres maridos? [15]

—¡Qué dice, amiga mía, qué gran pecado! Soy viuda virgen, hija mía.

Su marido se llamaba Epaminondas, y de apellido, Mozo.

Oiga, doña Frozina, hay nombres peores que el suyo. Conozco a una que se llama Flor de Lis, y como encontraron malo el nombre, le dieron un apellido peor: Miñora. Casi Miñoca[16]. ¿Y aquellos padres que llamaron a sus hijos Brasil, Argentina, Colombia, Bélgica y Francia? Por lo menos, usted escapó de ser un país. La señora y sus astucias. «Se gana poco», dice, «pero es divertido».

¿Divertido? ¿Entonces no conoce el dolor? ¿Fue evitando el dolor a lo largo

de la vida? Sí, señora, con mis astucias lo fui evitando.

Doña Frozina no bebe Coca-Cola. Le parece demasiado moderna.

—¡Pero todo el mundo la toma!

—¡Por Dios! Parece insecticida para cucarachas, Dios me libre y me guarde.

Pero si le encuentra gusto al remedio es porque ya la probó.

Doña Frozina usa el nombre de Dios más de lo que debiera. No se debe usar el nombre de Dios en vano. Pero con ella no va esa ley.

Y ella se agarra a los santos. Los santos ya están hartos de ella, de tanto que abusa. De «Nuestra Señora» ni hablar; la madre de Jesús no tiene sosiego. Y, como viene del Norte, vive diciendo: «¡Virgen María!» a cada sorpresa. Y son muchas sus sorpresas de viuda ingenua.

Doña Frozina rezaba todas las noches. Hacía una oración para cada santo. Pero entonces ocurrió el desastre: se durmió a la mitad.

—Doña Frozina, ¡qué horrible, dormirse en medio del rezo y dejar a los santos así, sin más!

Ella contestó con un gesto de mano de despreocupación:

—Ah, hija, que cada uno agarre el suyo.

Tuvo un sueño muy raro: soñó que veía al Cristo del Corcovado (¿dónde estaban los brazos abiertos?; estaban bien cruzados) y el Cristo estaba hastiado, como si dijera: ustedes, arréglenselas, yo estoy harto. Era un pecado, ese sueño.

Doña Frozina, llena de artimañas. Quédese con su Leche de Rosas, *Io me ne vado*. (¿Es así como se dice en italiano cuando alguien se quiere ir?).

Doña Frozina, excelentísima señora, quien está harta de usted soy yo. Adiós, pues. Me dormí en medio del rezo.

P. D. Busque en el diccionario lo que quiere decir *maniganças*[17]. Pero le adelanto el trabajo. *Manigança*: prestidigitación; maniobra misteriosa; artes de encantamiento. (Del *Pequeño diccionario brasileño de la Lengua portuguesa*).

Un detalle antes de acabar:

Doña Frozina, cuando era pequeña, allá, en Sergipe, comía en cuclillas detrás de la puerta de la cocina. No se sabe por qué.

Es allí adonde voy

Más allá de la oreja existe un sonido, en el extremo de la mirada un aspecto, en las puntas de los dedos un objeto: es allí adonde voy.

En la punta del lápiz el trazo.

Donde expira un pensamiento hay una idea, en el último suspiro de alegría otra alegría, en la punta de la espada la magia: es allí adonde voy.

En la punta del pie el salto.

Parece la historia de alguien que fue y no volvió: es allí adonde voy.

¿O no voy? Voy, sí. Y vuelvo para ver cómo están las cosas. Si continúan mágicas. ¿Realidad? Yo os espero. Es allí adonde voy.

En la punta de la palabra está la palabra. Quiero usar la palabra «tertulia», y no sé dónde ni cuándo. Al borde de la tertulia está la familia. Al borde de la familia estoy yo. A la orilla de mí estoy yo. Es hacia mí adonde voy. Y de mí salgo para ver. ¿Ver qué? Ver lo que existe. Después de muerta es hacia la realidad adonde voy. Mientras tanto, lo que hay es un sueño. Sueño fatídico. Pero después, después todo es real. Y el alma libre busca un rincón para acomodarse. Soy un yo que anuncia. No sé sobre qué estoy hablando. Estoy hablando de nada. Yo soy nada. Después de muerta me agrandaré y me esparciré, y alguien dirá con amor mi nombre.

Es hacia mi pobre nombre adonde voy.

Y de allá vuelvo para llamar al nombre del ser amado y de los hijos. Ellos me responderán. Al fin tendré una respuesta. ¿Qué respuesta? La del amor. Amor: yo os amo tanto. Yo amo el amor. El amor es rojo. Los celos son verdes. Mis ojos son verdes. Pero son verdes tan oscuros que en las fotografías salen negros. Mi secreto es tener los ojos verdes y que nadie lo sepa.

En el extremo de mí estoy yo. Yo, implorante, yo, la que necesita, la que pide, la que llora, la que se lamenta. Pero la que canta. La que dice palabras. ¿Palabras al viento? Qué importa, los vientos las traen de nuevo y yo las poseo.

Yo a la orilla del viento. La colina de los vientos aullantes me llama. Voy, bruja que soy. Y me transmuto.

Oh, perro, ¿dónde está tu alma? ¿Está cerca de tu cuerpo? Yo estoy cerca de mi cuerpo. Y muero lentamente.

¿Qué estoy diciendo? Estoy diciendo amor. Y cerca del amor estamos nosotros.

El muerto en el mar de Urca

Yo estaba en el apartamento de doña Lourdes, costurera, probándome mi vestido pintado por Olly, y doña Lourdes dijo: murió un hombre en el mar, mire a los bomberos. Miré y sólo vi el mar que debía estar muy salado, mar azul, casas blancas. ¿Y el muerto?

El muerto en salmuera. ¡No quiero morir!, grité para mí misma, muda dentro de mi vestido. El vestido es amarillo y azul. ¿Y yo? Muerta de calor, no muerta en el mar azul.

Voy a contar un secreto: mi vestido es lindo y no quiero morir. El viernes el vestido estará en casa, el sábado me lo pondré. Sin muerte, sólo mar azul. ¿Existen las nubes amarillas? Existen doradas. Yo no tengo historia. ¿El muerto la tiene? Sí: fue a bañarse al mar de Urca, el bobo, y murió; ¿quién lo mandó? Yo me baño en el mar con cuidado, no soy tonta, y sólo voy a Urca para probarme el vestido. Y tres blusas. S. fue conmigo. Ella es minuciosa en la prueba. ¿Y el muerto? ¿Minuciosamente muerto?

Voy a contar una historia: era una vez un muchacho joven a quien le gustaba bañarse en el mar. Por eso, fue una mañana de miércoles a Urca. En Urca, en las piedras de Urca, está lleno de ratones, por eso yo no voy. Pero el joven no les prestaba atención a los ratones. Ni los ratones le prestaban atención a él. Al caserío blanco de Urca, a eso no le prestaba atención. Y había una mujer probándose un vestido y que llegó demasiado tarde: el joven ya estaba muerto. Salado. ¿Había pirañas en el mar? Hice como que no entendía. No entiendo la muerte. ¿Un joven muerto?

Muerto por bobo que era. Sólo se debe ir a Urca para probarse un vestido alegre. La mujer, que soy yo, sólo quiere alegría. Pero yo me inclino frente a la muerte. Que vendrá, vendrá, vendrá. ¿Cuándo? Ahí está, puede venir en cualquier momento. Pero yo, que estaba probándome un vestido al calor de la mañana, pedí una prueba de Dios. Y sentí una cosa intensísima, un perfume demasiado intenso a

rosas. Entonces, tuve la prueba. Dos pruebas: de Dios y del vestido.

Sólo se debe morir de muerte natural, nunca por un desastre, nunca por ahogo en el mar. Yo pido protección para los míos, que son muchos. Y la protección, estoy segura, vendrá.

Pero ¿y el joven? ¿Y su historia? Es posible que fuera estudiante. Nunca lo sabré. Me quedé sólo mirando el mar y el caserío. Doña Lourdes, imperturbable, preguntándome si ajustaba más la cintura. Yo le dije que sí, que la cintura tiene que verse apretada. Pero estaba atónita. Atónita en mi precioso vestido.

Silencio

Es tan vasto el silencio de la noche en la montaña. Y tan despoblado. En vano uno intenta trabajar para no oírlo, pensar rápidamente para disimularlo. O inventar un programa, frágil punto que apenas nos une al súbitamente improbable día de mañana. Cómo superar esa paz que nos acecha. Silencio tan grande que la desesperación tiene vergüenza. Montañas tan altas que la desesperación tiene vergüenza. Los oídos se afinan, la cabeza se inclina, el cuerpo todo escucha: ningún rumor. Ningún gallo. Cómo estar al alcance de esa profunda meditación del silencio. De ese silencio sin memoria de palabras. Si eres muerte, cómo alcanzarte.

Es un silencio que no duerme: es insomne; inmóvil, pero insomne; y sin fantasmas. Es terrible: sin ningún fantasma. Inútil querer probarlo con la posibilidad de una puerta que se abra rechinando, de una cortina que se abra y diga algo. Está vacío y sin promesas. Si por lo menos se escuchara al viento. El viento es ira, la ira es vida. O nieve. La nieve es muda pero deja rastro, lo emblanquece todo, los niños ríen, los pasos rechinan y dejan huella. Hay una continuidad que es la vida. Pero este silencio no deja señales. No se puede hablar del silencio como se habla de la nieve. No se puede decir a nadie como se diría de la nieve: ¿has oído el silencio de esta noche? El que lo escuchó, no lo dice.

La noche desciende con las pequeñas alegrías de quien enciende lámparas, con el cansancio que tanto justifica el día. Los niños de Berna se duermen, se cierran las últimas puertas. Las calles brillan en las piedras del suelo y brillan ya vacías. Y al final se apagan las luces más distantes.

Pero este primer silencio todavía no es el silencio. Que espere, pues las hojas de los árboles todavía se acomodarán mejor, algún paso tardío tal vez se oiga con esperanza por las escaleras.

Pero hay un momento en que del cuerpo descansado se eleva el espíritu atento, y de la tierra, la luna alta. Entonces él, el silencio, aparece.

El corazón late al reconocerlo.

Se puede pensar rápidamente en el día que pasó. O en los amigos que pasaron y para siempre se perdieron. Pero es inútil esquivarse: el silencio está ahí. Aun el sufrimiento peor, el de la amistad perdida, es sólo fuga. Pues si al principio el silencio parece aguardar una respuesta —cómo ardemos por ser llamados a responder—, pronto se descubre que de ti nada exige, quizás tan sólo tu silencio. Cuántas horas se pierden en la oscuridad suponiendo que el silencio te juzga, como esperamos en vano ser juzgados por Dios. Surgen las justificaciones, trágicas justificaciones forzadas, humildes disculpas hasta la indignidad. Tan suave es para el ser humano mostrar al fin su indignidad y ser perdonado con la justificación de que es un ser humano humillado de nacimiento.

Hasta que se descubre que él ni siquiera quiere su indignidad. Él es el silencio.

Se puede intentar engañarlo, también. Se deja caer como por casualidad el libro de cabecera al suelo. Pero, horror, el libro cae dentro del silencio y se pierde en la muda y quieta vorágine de éste. ¿Y si un pájaro enloquecido cantara? Esperanza inútil. El canto tan sólo atravesaría como una leve flauta el silencio.

Entonces, si se tiene valor, no se lucha más. Se entra en él, se va con él, nosotros los únicos fantasmas de una noche en Berna. Que se entre. Que no se espere el resto de la oscuridad delante de él, sólo él mismo. Será como si estuviéramos en un navío tan descomunalmente grande que ignoráramos estar en un navío. Y éste navegara tan morosamente que ignoráramos que nos estamos moviendo. Más de eso, nadie puede. Vivir en la orla de la muerte y de las estrellas es una vibración más tensa de lo que las venas pueden soportar. No hay, siquiera, un hijo de astro y de mujer como intermediario piadoso. El corazón tiene que presentarse frente a la nada solito y solito latir fuerte en las tinieblas. Sólo se escucha en los oídos el propio corazón. Cuando éste se presenta completamente desnudo, no es comunicación, es sumisión. Porque nosotros no fuimos hechos sino para el pequeño silencio.

Si no se tiene valor, que no se entre. Que se espere el resto de la oscuridad frente al silencio, sólo los pies mojados por la espuma de algo que se expande dentro de nosotros. Que se espere. Uno insoluble por el otro. Uno al lado del otro, dos cosas que no se ven en la oscuridad. Que se espere. No el fin del silencio, sino la ayuda bendita de un tercer elemento, la luz de la aurora.

Después, nunca más se olvida. Es inútil hasta intentar huir a otra ciudad. Porque cuando menos se espera, se puede reconocerlo de repente. Al atravesar la

calle en medio de las bocinas de los autos. Entre una carcajada fantasmagórica y otra. Después de una palabra dicha. A veces, en el mismo corazón de la palabra. Los oídos se asombran, la mirada se desorbita: helo ahí. Y desde entonces, él es fantasma.

Una tarde plena

El saguino[18] es tan pequeño como un ratón, y del mismo color.

La mujer, después de sentarse en el autobús y de lanzar una mirada tranquila de propietaria sobre los asientos, ahogó un grito: a su lado, en la mano de un hombre gordo, estaba lo que parecía un ratón inquieto y que en verdad era un vivísimo saguino. Los primeros momentos de la mujer versus el saguino se consumieron en intentar sentir que no se trataba de un ratón disfrazado.

Cuando se logró eso, comenzaron momentos deliciosos e intensos: la observación del animal. Todo el autobús, además, no hacía otra cosa.

Pero era privilegio de la mujer estar al lado del personaje principal. Desde donde estaba podía, por ejemplo, reparar en la pequeñez de la lengua del saguino: un trazo de lápiz rojo.

Y tenía sus dientes, también: casi se podían contar millares de dientes dentro de la raya de la boca, y cada fragmento menor que el otro, y más blanco. El saguino no cerró la boca ni un instante.

Los ojos eran redondos, hipertiroideos, combinando con un ligero prognatismo, y esa mezcla, que le daba un aire extrañamente impúdico, formaba una cara medio desvergonzada de niño de la calle, de esos que están permanentemente resfriados y que al mismo tiempo chupan un caramelo y sorben la nariz.

Cuando el saguino dio un brinco sobre el cuello de la señora, ésta contuvo un estremecimiento, y el placer escondido de haber sido elegida.

Pero los pasajeros la miraron con simpatía, aprobando el acontecimiento, y, un poco ruborizada, ella aceptó ser la tímida favorita. No lo acarició porque no sabía si ése era el gesto que debía hacer.

Y, sin embargo, el animal no sufría por falta de cariño. En verdad su dueño, el hombre gordo, sentía por él un amor sólido y severo, de padre a hijo, de amo a mujer. Era un hombre que, sin una sonrisa, tenía el llamado corazón de oro. La

expresión de su rostro era hasta trágica, como si él tuviera una misión. ¿La misión de amar? El saguino era su mascota en la vida.

El autobús, en la brisa, como embanderado, avanzaba. El saguino comió un bizcocho. El saguino se rascó rápidamente la redonda oreja con la pierna fina de atrás. El saguino gritó. Se colgó de la ventana, y atisbo lo más rápidamente que pudo, despertando en los autobuses opuestos caras que se sorprendían y que no tenían tiempo de averiguar lo que habían visto.

Mientras tanto, cerca de la mujer, una señora contó a otra señora que tenía un gato. Que el gato tenía actitudes amorosas, contó.

Fue en ese ambiente de familia feliz cuando un camión quiso adelantar al autobús, y casi ocurrió un accidente fatal. Hubo gritos. Todos saltaron deprisa. La mujer, retrasada, a punto de llegar tarde, tomó un taxi.

Sólo en el taxi se acordó de nuevo del saguino.

Y lamentó con una sonrisa sin gracia que, estando los días que corrían tan llenos de noticias en los diarios que no la concernían, los acontecimientos se distribuyeran tan mal, al punto de que un saguino y casi un accidente sucedieran al mismo tiempo.

«Apuesto», pensó, «a que nada más me ocurrirá durante mucho tiempo, apuesto a que ahora voy a entrar en la época de las vacas flacas». Que era, en general, su tiempo.

Pero ese mismo día sucedieron otras cosas. Todas dentro de la categoría de bienes declarables. Sólo que no eran comunicables. Esa mujer era, además, un poco silenciosa consigo misma y no se entendía muy bien a sí misma.

Pero así es. Y nunca se supo de un saguino que haya dejado de nacer, vivir y morir, sólo por no entenderse o no ser entendido.

De todos modos fue una tarde animada.

MENSAJE PARA ÉRICO VERÍSSIMO

No estoy de acuerdo con usted cuando dice: «Disculpen, pero no soy profundo».

Usted es *profundamente* humano; y ¿qué más se puede pedir de una persona? Usted tiene grandeza de espíritu. Un beso para usted, Érico.

Tanta mansedumbre

Pues en la hora oscura, tal vez la más oscura, en pleno día, ocurrió esa cosa que no quiero siquiera intentar definir. En pleno día era noche, y esa cosa que no quiero todavía definir es una luz tranquila dentro de mí, y la llamaría alegría, alegría mansa. Estoy un poco desorientada como si me hubieran arrancado el corazón, y en lugar de él estuviera ahora la súbita ausencia, una ausencia casi palpable de lo que antes era un órgano bañado de oscuridad, de dolor. No estoy sintiendo nada. Pero es lo contrario del sopor. Es un modo más leve y más silencioso de existir.

Pero también estoy inquieta. Yo estaba organizada para consolarme de la angustia y del dolor. Pero cómo es que me las arreglo con esa simple y tranquila alegría. Es que no estoy acostumbrada a no necesitar de mi propio consuelo. La palabra consuelo me llegó sin sentir, y no lo noté, y cuando fui a buscarla, ésta se había transformado ya en carne y espíritu, ya no existía más como pensamiento.

Voy entonces a la ventana, está lloviendo mucho. Por costumbre estoy buscando en la lluvia lo que en otro momento me serviría de consuelo. Pero no tengo dolor que consolar.

Ah, lo sé. Ahora estoy buscando en la lluvia una alegría tan grande que se torne aguda, y que me ponga en contacto con una agudeza que se aparezca a la agudeza del dolor. Pero es una búsqueda inútil. Estoy frente a la ventana y sólo ocurre eso: veo con ojos benéficos la lluvia, y la lluvia me ve de acuerdo conmigo. Ambas estamos ocupadas en fluir. ¿Cuánto durará mi estado? Percibo que, con esta pregunta, estoy palpando mi pulso para sentir dónde está el latir dolorido de antes. Y veo que no está el latido de dolor.

Sólo eso: llueve y estoy mirando la lluvia. Qué simplicidad. Nunca creí que el mundo y yo llegáramos a este punto de acuerdo. La lluvia cae no porque me necesite, y yo la miro no porque necesite de ella. Pero nosotras estamos tan juntas como el agua de lluvia está ligada a la lluvia. Y no estoy agradeciendo nada. Si,

inmediatamente después de nacer, no hubiera tomado involuntaria y forzadamente el camino que tomé, yo habría sido siempre lo que realmente estoy siendo: una campesina que está en un campo donde llueve. Ni siquiera dando las gracias a Dios o a la naturaleza. La lluvia tampoco da las gracias. No hay nada que agradecer por haberse transformado en otra. Soy una mujer, soy una persona, soy una atención, soy un cuerpo mirando por la ventana. Del mismo modo, la lluvia no está agradecida por no ser una piedra. Ella es la lluvia. Tal vez sea eso lo que se podría llamar estar vivo. No es más que esto, sino esto: vivo. Y sólo vivo de una alegría mansa.

Tempestad de almas

Ah, si lo hubiera sabido, no nacía, ah, si lo hubiera sabido, no nacía. La locura es vecina de la más cruel sensatez. Devoro la locura porque ella me alucina calmadamente. El anillo que tú me diste era de vidrio y se rompió y el amor no terminó, pero, en lugar de él, vino el odio de los que aman. La silla es un objeto. Inútil mientras la miro. Dime, por favor, qué hora es para que yo sepa que estoy viviendo en esta hora. La creatividad es desencadenada por un germen y yo no tengo hoy ese germen, pero tengo incipiente la locura que en sí misma es creación válida. Nada más tengo que ver con la validez de las cosas. Estoy liberada o perdida. Voy a contarles un secreto: la vida es mortal. Mantenemos ese secreto en mutismos cada uno frente a sí mismo porque conviene, si no, sería volver cada instante mortal. El objeto silla siempre me interesó. Miro esta que es antigua, comprada en un anticuario, y estilo imperio; no se podría imaginar mayor simplicidad de líneas, contrastando con el asiento de fieltro rojo. Amo los objetos en la medida en que éstos no me aman. Pero si no comprendo lo que escribo no es mi culpa. Tengo que hablar, pues hablar salva. Pero no tengo una sola palabra que decir. Las palabras ya dichas me amordazan la boca. ¿Qué es lo que una persona le dice a otra? Además del «Hola, ¿qué tal?». Si tuvieran la locura de la franqueza, ¿qué se dirían las personas, unas a otras? Y lo peor sería lo que se diría una persona a sí misma, pero sería la salvación, aunque la franqueza esté determinada por el nivel consciente y el terror de la franqueza venga de la parte que está en el vastísimo inconsciente que me liga al mundo y a la creadora inconsciencia del mundo. Hoy es día de muchas estrellas en el cielo, por lo menos así promete esta tarde triste que una palabra humana salvaría.

Abro bien los ojos, y no pasa nada: sólo veo. Pero el secreto, no lo veo ni lo siento. El tocadiscos está descompuesto y vivir sin música es traicionar la condición humana que está rodeada de música. Además, la música es una abstracción del pensamiento, hablo de Bach, de Vivaldi, de Haendel. Sólo puedo

escribir si estoy libre, y libre de censura, si no, sucumbo. Miro la silla estilo imperio y entonces es como si ésta también me hubiera mirado y visto. El futuro es mío mientras viva. En el futuro se va a tener más tiempo de vivir y, de paso, escribir. En el futuro, se dice: si lo llego a saber, yo no habría nacido. Marli de Oliveira, yo no te escribo cartas porque sólo sé ser íntima. Además, sólo sé ser íntima en todas las circunstancias, por eso, soy muy callada. Todo lo que nunca se hizo, ¿se hará un día? El futuro de la tecnología amenaza destruir todo lo que es humano en el hombre, pero la tecnología no alcanza a la locura, y en ella es donde lo humano del hombre se refugia. Veo las flores en el jarrón: son flores del campo, nacidas sin ser plantadas, son lindas y amarillas. Pero mi cocinera dice: ¡huy!, qué flores tan feas. Sólo porque es difícil comprender y amar lo que es espontáneo y franciscano. Entender lo difícil no es mérito, pero amar lo fácil de amar es un gran paso en la escala humana. Cuántas mentiras estoy obligada a decir. Pero me gustaría no estar obligada a mentir conmigo misma. Si no, ¿qué me queda? La verdad es el residuo final de todas las cosas, y en mi inconsciente está la verdad que es la misma del mundo. La Luna está, como diría Paul Éluard, *éclatante de silence*. Hoy no sé si vamos a tener Luna visible, pues ya es tarde y no la veo en el cielo. Una vez miré de noche el cielo, abarcándolo con la cabeza echada hacia atrás, y me quedé mareada de tantas estrellas que se ven en el campo, pues el cielo del campo es limpio. No hay lógica, si se piensa un poco en la ilogicidad perfectamente equilibrada de la naturaleza. De la naturaleza humana también. ¿Qué sería del mundo, del cosmos, si el hombre no existiera? Si yo pudiera escribir siempre así, como estoy escribiendo ahora, estaría en plena tempestad del cerebro, que es lo que significa *brainstorm*. ¿Quién habrá inventado la silla? Alguien con amor a sí mismo. Inventó, entonces, una mayor comodidad para su cuerpo. Después los siglos se sucedieron y nadie más prestó realmente atención a una silla, pues usarla es casi automático. Es preciso tener valor para hacer un *brainstorm*: nunca se sabe lo que puede venir a asustarnos. El monstruo sagrado murió: en su lugar nació una niña que estaba sola. Bien sé que tendré que parar, no debido a la falta de palabras, sino porque estas cosas, y sobre todo las que sólo pensé y no escribí, no suelen publicarse en periódicos.

Vida al natural

Pues en el Río había algo como el fuego de un hogar. Y cuando ella advirtió que, además del frío, llovía en los árboles, no podía creer que tanto le fuese dado. Y el acuerdo del mundo con eso que ella ni siquiera sabía que necesitaba como el pan. Llovía, llovía. El fuego encendido guiñaba hacia ella y hacia él. Él, el hombre, se ocupaba de eso que ella ni siquiera agradecía; él atizaba el fuego en el hogar, lo cual era su deber de nacimiento. Y ella, que siempre estaba inquieta, haciendo cosas y experimentando, curiosa, ella no se acordaba siquiera de atizar el fuego: no era su papel, pues tenía a su hombre para eso. No siendo doncella, que el hombre entonces cumpla su misión. Lo más que ella hacía era instigarlo, a veces: «Aquel leño», decía, «aquél todavía no enciende». Y él, un instante antes de que ella acabara la frase que lo advertía, él ya había notado el leño, era su hombre, ya estaba atizando el leño. No le daba órdenes, porque era la mujer de un hombre que perdería su estado si ella le daba órdenes. La otra mano de él, libre, está al alcance de ella. Ella lo sabe, y no la toma. Quiere la mano de él, sabe que la quiere, y no la toma. Tiene exactamente lo que necesita: poder tener.

Ah, y decir que esto va a acabar, que por sí mismo no puede durar. No, ella no se está refiriendo al fuego, se refiere a lo que siente. Lo que siente nunca dura, lo que siente siempre acaba, y puede no volver nunca más. Se encarniza entonces sobre el momento, se traga el fuego, y el fuego dulce arde, arde, flamea. Entonces, ella, que sabe que todo va a acabar, agarra la mano libre del hombre, y la enlaza con las suyas, ella dulce arde, arde, flamea.

LA BELLA Y LA BESTIA

(Traducción de Mario Morales)

Historia interrumpida

Él era triste y alto. Siempre que hablaba conmigo daba a entender que su mayor defecto consistía en su tendencia a la destrucción. Y por eso, decía, alisándose los cabellos negros como quien alisa el pelo suave y cálido de un gatito, que su vida quedaba resumida a un montón de añicos: unos brillantes, otros opacos, otros como un «fragmento de hora perdida», sin significado, unos rojos y completos, otros blancos, pero ya despedazados.

Yo, en verdad, no sabía qué replicar y lamentaba no tener un gesto reservado, como el suyo, de alisar el cabello para salir de la confusión. Sin embargo, para quien ha leído un poco y ha pensado bastante en las noches de insomnio, es relativamente fácil decir cualquier cosa que parezca profunda. Yo le respondía que, incluso destruyendo, él construía: por lo menos ese montón de añicos hacia dónde mirar y de qué hablar. Perfectamente absurdo. Él, sin duda, también lo creía, porque no contestaba. Se quedaba muy triste, mirando al suelo y alisando su gatito tibio.

Así se pasaban las horas. A veces yo mandaba que le trajeran una taza de café, la cual bebía con mucha azúcar y golosamente. Y a mí se me ocurría un pensamiento muy gracioso: si él creía que andaba destruyendo todo, no tendría tanto gusto en tomar café y no pediría más. Una ligera sospecha de que W… era un artista me venía a la mente. Para justificarse, me respondía: se destruye todo en torno a uno, pero a sí mismo y a los deseos (nosotros tenemos un cuerpo) no se logran destruir. Pura disculpa.

En un día de verano abrí la ventana de par en par. Me pareció que el jardín había entrado en la sala. Yo tenía veintidós años y sentía la naturaleza en todas las fibras. Aquel día era hermoso. Un sol suavecito, como si hubiera nacido en ese instante, cubría las flores y el césped. Eran las cuatro de la tarde. Alrededor, el silencio.

Me metí dentro de mí misma, suavizada por la calma de esos momentos.

Quería decirle:

—Me parece que ésta es la primera de las horas, pero, después de ésta, ninguna más seguirá.

Mentalmente lo oí responder:

—Eso es tan sólo una tendencia sentimental indefinible, mezclada con la literatura de moda, muy subjetivista. De ahí esa confusión de sentimientos, que no tienen verdaderamente un contenido propio, de no ser por su estado psicológico, muy común en muchachas solteras de tu edad…

Intenté explicarle, debatirlo… Ningún argumento. Volteé desolada, miré su rostro triste y nos quedamos callados.

Entonces fue cuando pensé en aquella cosa terrible: «O yo lo destruyo o él me destruirá».

Era necesario evitar a toda costa que aquella tendencia analista, que terminaba con la reducción del mundo a míseros elementos cuantitativos, me alcanzara. Necesitaba reaccionar. Quería ver si lo gris de sus palabras lograba empañar mis veintidós años y la clara tarde de verano. Me decidí, dispuesta a empezar en ese mismo momento a luchar. Volteé hacia él, apoyé las manos en el parapeto de la ventana, entrecerré los ojos y me puse a sisear:

—¡¡Esta hora me parece la primera de todas y también la última!!

Silencio. Afuera, la brisa indiferente.

Él alzó los ojos hacia mí, levantó su mano somnolienta y se acarició los cabellos. Después se puso a rayar con la uña los dibujos a cuadros del mantel de la mesa.

Cerré los ojos, solté los brazos a lo largo del cuerpo. Mis bellos y luminosos veintidós años… Mandé que trajeran café con mucha azúcar.

Después de separarnos, al final de la calzada, regresé muy despacio a la casa, mordiendo una ramita de pasto y pateando todos los guijarros blancos del camino. El sol ya se había puesto y en el cielo sin color ya se veían las primeras estrellas.

Tenía flojera de llegar a casa: la cena de manera invariable, la larga velada vacía, un libro, el bordado y, finalmente, la cama, el sueño. Me encaminé por el atajo más largo. El pasto crecido estaba velludo y cuando el viento soplaba fuerte, me acariciaba las piernas.

Pero yo estaba inquieta.

Él era moreno y triste. Y siempre se vestía de oscuro. Oh, sin duda a mí me

gustaba. Yo, muy blanca y alegre, a su lado. Yo, con una ropa florida, cortando rosas, y él de oscuro, no, de blanco, leyendo un libro. Sí, nosotros hacíamos una bonita pareja. Me hallé fútil, así, imaginando cuadros. Pero me justifiqué: necesitamos agradar a la naturaleza, adornarla. Pues si yo jamás hubiese plantado un jazmín junto a los girasoles, cómo osaría… Bien, bien, lo que necesitaba era resolver «mi caso».

Durante dos días pensé sin cesar. Quería encontrar una fórmula que lo atrajera hacia mí. Quería hallar la fórmula que pudiera salvarlo. Sí, salvarlo. Y esa idea me era agradable porque justificaría los medios que empleara para sujetarlo. Todo, no obstante, me parecía estéril. Él era un hombre difícil, distante y, lo peor, hablaba francamente de sus puntos débiles: ¿por dónde atacarlo entonces, si él se conocía?

El nacimiento de una idea es precedido por una larga gestación, por un proceso inconsciente para el que la gesta. De esta manera explico mi falta de apetito en la magnífica cena, mi insomnio agitado en una cama con frescas sábanas, después de un día atareado. A las dos de la madrugada nació, finalmente, la idea.

Me senté alborozada en la cama; pensé: llegó demasiado aprisa para ser buena; no te entusiasmes; acuéstate, cierra los ojos y espera que venga la serenidad. No obstante, me levanté y, descalza para no despertar a Mira, me puse a caminar por la habitación, como un hombre de negocios a la espera del resultado en la Bolsa. Sin embargo, cada vez más me parecía que había hallado la solución.

En efecto, hombres como W… se pasan la vida en busca de la verdad, entran por los laberintos más estrechos, siegan y destruyen la mitad del mundo bajo el pretexto de que cortan los errores, pero cuando la verdad surge delante de sus ojos es siempre de manera imprevista. Tal vez porque le hayan tomado amor a la búsqueda, por sí misma, y lleguen a ser como el avaro que acumula y acumula únicamente, olvidándose de la primitiva finalidad por la cual empezó a acumular. El hecho es que con W… yo sólo lograría cualquier cosa, poniéndome en estado de *shock*.

Y he ahí cómo. Le diría (con el vestido azul que me hacía ver más rubia), la voz suave y firme, fijándolo a los ojos:

—He pensado mucho respecto a nosotros y decidí que sólo nos queda…

No, simplemente.

—¿Nos vamos a casar?

No, no. Nada de preguntas.

—W…, nos vamos a casar.

Sí, yo conocía a los hombres. Y, sobre todo, lo conocía profundamente. Él no tendría el recurso de su gesto preferido. Permanecería estático, atónito. Porque estaría frente a la Verdad… Yo le gustaba a él y tal vez por eso no había logrado destruirme con sus análisis (yo tenía veintidós años).

No logré dormir durante el resto de la noche. Estaba tan despierta que los ronquidos de Mira me ponían de los nervios, y hasta la luna, muy redonda, partida a la mitad por una rama de hojas finas, me parecía defectuosa, con una hinchazón de un lado y excesivamente artificial. Quería encender la luz, pero ya oía de antemano las quejas de Mira a mamá, al día siguiente.

Me levanté con el ánimo de una muchachita el día de su boda. Cada acto mío era una preparación, lleno de finalidades, como parte de un ritual. Pasé la mañana agitada, pensando en la decoración del ambiente, en la ropa, en las flores, en las frases y en los diálogos. Después de eso, ¿cómo encontrar la voz suave y firme, serena y tierna? Continuando con aquella fiebre, yo corría el riesgo de recibir a W… con gritos nerviosos: «W…, nos vamos a casar inmediatamente, inmediatamente». Tomé una hoja de papel y la llené de arriba abajo: «Eternidad. Vida. Mundo. Dios. Eternidad. Vida. Mundo. Dios. Eternidad…». Esas palabras mataban el sentido de muchos de mis sentimientos y me dejaban fría por unas semanas, yo me descubría a mí misma tan minúscula.

Pero en realidad yo no quería permanecer fría: deseaba vivir el momento hasta agotarlo. Necesitaba tan sólo conquistar un rostro menos ardiente. Me senté para elaborar una prolongada costura.

La serenidad fue volviendo poco a poco. Y con ésta, una profunda y emocionante certeza de amor. Pero, pensé: ¡no existe realmente nada, nada, para que yo pueda cambiar los instantes que vienen! Sólo dos o tres veces en la vida se experimenta tal sensación y las palabras esperanza, felicidad, nostalgia, descubrí que se relacionan con aquélla. Y cerraba los ojos y lo imaginaba tan vivo que su presencia se tornaba casi real: «sentía» sus manos sobre las mías y un ligero mareo me atolondraba. («¡Oh, Dios mío, perdóname, pero la culpa es del verano, la culpa es de que él sea tan guapo y moreno, y yo tan rubia!»).

La idea de estar sintiéndome feliz me llenaba tanto que necesitaba hacer algo, alguna bondad para no quedarme con remordimientos. ¿Y si yo le diera el cuellito de encaje a Mira? Sí, ¿qué es un cuellito de encaje, aunque bonito, delante de… «Eternidad. Vida. Mundo… Amor»?

Mira tiene catorce años de edad y es muy exagerada. Por eso, cuando entró jadeante en la habitación y cerró la puerta tras ella, con grandes gestos le dije:

—Toma un vaso de agua y después cuéntame cómo la gata tuvo treinta gatitos y dos perritos negros.

—¡Clarita dijo que él se mató! ¡Se mató de un tiro en la cabeza…! ¿Es verdad, sí? ¿Es mentira, no es así?

Y repentinamente la historia se interrumpió. No tuvo al menos un final grato. Terminó con la brusquedad y la falta de lógica de una bofetada en pleno rostro.

Estoy casada y tengo un hijo. No le di el nombre de W… Y no acostumbro mirar hacia atrás: tengo todavía en mente el castigo que Dios le dio a la mujer de Lot. Y solamente escribí «esto» para ver si lograba encontrar una respuesta a preguntas que me torturan, de vez en cuando, perturbando mi paz: ¿qué sentido tuvo el paso de W… por el mundo?, ¿qué sentido tuvo mi dolor?, ¿cuál es la ilación de estos hechos a… «Eternidad. Vida. Mundo. Dios»?

Gertrudis pide un consejo

Se sentó de manera que su propio peso «planchara» la falda arrugada. Se arregló el pelo, la blusa. Ahora, era sólo esperar.

Afuera, todo estaba muy bien. Podía ver los tejados de las casas, las flores rojas en una ventana, el sol amarillo desparramado sobre todas las cosas. No había hora mejor que las dos de la tarde.

No quería esperar porque le entraría miedo. Y así no daría a la doctora la impresión que deseaba causar. No pensar en la entrevista, no pensar. Inventaría rápidamente una historia, contaría hasta mil, se acordaría de cosas buenas. Lo peor es que sólo recordaba la carta que había mandado. «Muy señora mía, tengo diecisiete años y quería…». Idiota, absolutamente idiota. «Estoy cansada de andar de un lado para otro. A veces no logro dormir, incluso porque mis hermanas duermen en la misma habitación y son muy inquietas. Pero no logro dormir porque me quedo pensando en cosas. Ya decidí suicidarme, pero no quiero ya. ¿Usted no me podría ayudar?, Gertrudis».

¿Y las otras cartas? «No me gusta nada, soy como los poetas…». ¡Oh, no pensar! ¡Qué vergüenza! Hasta que la doctora acabó por escribirle, llamándola a su consultorio. Pero, finalmente, ¿qué le iría a decir? Todo tan vago. Y la doctora se reiría… No, no, la doctora, encargada de menores abandonados, que escribía consejos en las revistas, tenía que entender, incluso sin que ella hablara.

¡Hoy iba a suceder algo! No pensar 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7… De nada servía. Había una vez un chico ciego que… ¿Ciego por qué? No, él no era ciego. Hasta la vista la tenía muy bien. Ahora sabía por qué Dios, pudiendo tanto, inventaba personas lisiadas, ciegas, malas. Sólo por distracción. ¿Mientras esperaba? No, Dios nunca necesita esperar. ¿Qué es lo que hace entonces? Está ahí, aunque todavía creyera en Él (yo no creía en Dios, me bañaba justo después del almuerzo, no usaba el uniforme del colegio y había decidido fumar), aunque todavía creyera en fantasmas, no podría hallar gracia en la eternidad. Si fuera Dios, hasta ya habría

olvidado cómo empezó el mundo. Hace ya tanto tiempo y con los siglos por delante… La eternidad no comienza, no termina. Sentía un pequeño vértigo, cuando procuraba imaginarla, y Dios, siempre en todas partes, invisible, sin forma definida. Se rió, acordándose de cuando absorbía ávidamente las historias que le contaban. Se había vuelto muy libre… Pero eso no significaba estar contenta. Y era exactamente lo que la doctora iba a explicar.

De hecho, en los últimos tiempos, Tuda no lo estaba pasando nada bien. Ya sentía una inquietud sin nombre, ya una calma exagerada y repentina. Frecuentemente le daban ganas de llorar, que en general se reducían a las ganas únicamente, como si la crisis se completara en el deseo. Unos días, llena de tedio, irritada y triste. Otros, lánguida como una gata, embriagándose con los menores acontecimientos. Una hoja que caía, un grito de niño, y pensaba: un momento más y no soportaré tanta felicidad. Y realmente no la soportaba, aunque no supiera propiamente en qué consistía esa felicidad. Caía en un llanto sofocado, desahogándose, con la impresión confusa de que se entregaba a no sé quién y no sé de qué forma.

A las lágrimas seguía, acompañando los ojos hinchados, un estado de suave convalecencia, de aquiescencia en todo. Sorprendía a todos con su dulzura y transparencia y, aún más, lograba una levedad de pajarillo. Daba limosnas a todos los pobres, con la gracia de quien arroja flores.

En otras ocasiones, se llenaba de fuerzas. Su mirada se volvía dura como acero, áspera como espinas. Sentía que «podía». Había sido hecha para «liberar».

«Liberar» era una palabra inmensa, llena de misterios y de dolores. ¿Cómo había sido amena hace días, cuando se destinaba a otro papel? ¿Qué otro? Todo era confuso y sólo se expresaba bien con la palabra «libertad» y en los pasos pesados y firmes, en el rostro pesado que adoptaba. En la noche no dormía hasta que los gallos lejanos empezaban a cantar. Propiamente, no pensaba. Soñaba despierta. Imaginaba un futuro en que, audaz y fría, conduciría a una multitud de hombres y mujeres, llenos de fe casi adorándola. Después, a la mitad de la noche, se deslizaba hacia una media inconsciencia, donde todo era bueno, la multitud ya conducida, una ausencia a las clases, un cuarto solamente suyo, muchos hombres amándola. Despertaba con amargura, notando con una alegría reprimida que no se interesaba por el pastel que las hermanas devoraban animalmente, con irritante despreocupación.

Vivía entonces sus días gloriosos. Y llegaban al auge con algún pensamiento

que la exaltaba y la sumergía en un misticismo ardiente: «¡Entraría en un convento! ¡Salvaría a los pobres, sería enfermera!». Se imaginaba vistiendo ya el hábito negro, el rostro pálido, los ojos piadosos y humildes. Las manos, esas manos implacablemente enrojecidas y anchas, emergiendo, blancas y finas, de las mangas largas. O entonces, con el tocado albo, ojeras cavadas por las noches no dormidas, entregando al médico, silenciosa y rápidamente, los instrumentos de la operación. Él la miraría con admiración, incluso simpatía, ¿y quién sabe? Hasta con amor.

Pero imposible que fuera grande en un ambiente como el suyo. La interrumpían con las observaciones más triviales: «¿Tuda, ya te has bañado?». O, si no, la mirada de las personas en casa. Un mirar simple, distraído, completamente ajeno al noble fuego que ardía dentro de ella. ¿Quién podría resistir, pensaba avergonzada, junto a tanta vulgaridad?

Y, además, ¿por qué no «sucedían cosas»? Tragedias, bellas tragedias…

Hasta que descubrió a la doctora. Y, antes de conocerla, ya le pertenecía. De noche, mantenía largas conversaciones imaginarias con la desconocida. De día, le escribía cartas. Hasta que fue llamada: ¡al fin veían que ella era alguien, una incomprendida, una persona extraordinaria!

Hasta el día señalado para la entrevista, Tuda no se incomodó. Vivió en una atmósfera de fiebre y de ansiedad. Una aventura. ¿Comprenden bien? Una aventura.

No tardaría en entrar al consultorio. Va a ser así: ella es alta, tiene el pelo corto, ojos vivos, un busto grande. Un poquito gorda. Pero al mismo tiempo parecida a Diana Cazadora, la de la sala.

Ella sonríe. Yo permanezco seria.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, hija (¿no sería mejor: Buenas tardes, hermana? No, no se usa).

—Vine aquí por exceso de audacia, confiando en la bondad y comprensión de usted. Tengo diecisiete años y creo que ya puedo empezar a vivir.

Dudaba que tuviera tanto valor. Y, en realidad, ¿qué tenía que ver la doctora, viéndolo bien, con ella? Pero no. Sucedería algo. Le daría trabajo, por ejemplo. Podría mandarla a viajar para recoger datos sobre… sobre la mortalidad infantil, supongamos, o sobre los salarios de los hombres del campo. O podría decir:

—Gertrudis, tú tendrás un papel mucho más grande en la vida. Tú harás…

¿Qué? Al final, ¿qué es grande? Todo acaba… No sé, la doctora va a hablar.

De repente… el muchachito se rascó la oreja y dijo, con el tono viejo que las personas se obstinaban en dar atención a los hechos excitantes y nuevos:

—Puede entrar…

Tuda atravesó la sala, sin respirar. Y se encontró delante de la doctora.

Estaba sentada junto a la mesa, rodeada de libros y de papeles. Una extraña, seria, con una vida propia, que Tuda no conocía.

Fingió acomodar la mesa.

—¿Así que…? —dijo después—. Una chica llamada Gertrudis… —se rió—. ¿Por qué se te ocurrió venir a verme, buscas trabajo? —empezó; con el tacto que le había valido el lugar de consejera de la revista.

Menuda, de cabellos negros recogidos en dos caireles sobre la nuca. El carmín pintado que sobrepasaba un poco la línea de los labios en una tentativa de sensualidad. El rostro calmado, las manos inquietas. Tuda tuvo ganas de huir.

Hace muchos años había salido de casa.

La doctora hablaba y hablaba —la voz ligeramente ronca, la mirada vaga—, sobre diversos asuntos. Las últimas películas, las jóvenes modernas, sin orientación, malas lecturas, no sé, muchas cosas. Tuda también hablaba. Había dejado de palpitar, la sala y la doctora adoptaban poco a poco una disposición más comprensible. Tuda le contó algunos secretos sin importancia. A su mamá, por ejemplo, no le gustaba que saliera de noche, alegando el sereno. Necesitaba operarse de la garganta y vivía siempre resfriada. Pero el papá decía que hay males que llegan para bien y que las amígdalas eran una defensa del organismo. Y también, lo que la naturaleza había creado tenía su función.

La doctora jugueteaba con el lápiz.

—Bien, ahora ya te conozco más o menos. ¿En tu carta hablaste de un sobrenombre? Tudes, Tuda.

Tuda se ruborizó. Entonces la extraña le habló de las cartas. No podía oír bien porque quedó atarantada y sentía que el corazón latía exactamente en los oídos. «Edad difícil… Todos lo son… Cuando menos se espera…».

—Esa inquietud, todo lo que sientes es más o menos normal, se te va a pasar. Tú eres inteligente y vas a comprender lo que te voy a explicar. La pubertad acarrea desórdenes y…

No, doctora, qué humillación. Ella ya era demasiado grande para esas cosas, lo que sentía era más bonito e incluso…

—Esto se te va a pasar. Tú no necesitas trabajar ni hacer nada extraordinario. Si quieres —iba a usar el viejo «truco» y se sonrió—, si quieres consíguete un novio. Entonces…

Ella era igual a Amelia, a Lidia, a todo el mundo, ¡a todo el mundo!

La doctora aún hablaba. Tuda seguía muda, obstinadamente muda. Una nube tapó el sol y el consultorio quedó de repente sombrío y húmedo. En un instante volvió a brillar y a moverse la franja de polvillo.

La consejera se impacientó ligeramente. Estaba cansada. Había trabajado tanto…

—¿Así que…? ¿Alguna otra cosa? Habla, habla sin miedo…

Tuda pensaba confusamente: vine a preguntarle qué voy a hacer de mí. Pero no sabía resumir su estado con esa pregunta. Además, temía cometer una excentricidad y aún no se acostumbraba a ser ella misma.

La doctora había inclinado la cabeza hacia un lado y dibujaba pequeños trazos simétricos en una hoja de papel. Después encerraba los trazos en un círculo un poco tortuoso. Como siempre, no lograba mantener la misma actitud por mucho tiempo. Empezaba a flaquear y a dejarse invadir por los propios pensamientos. Lo notó, se irritó y transmitió la irritación a Tuda: «Tanta gente muriendo, tantos “niños sin hogar”, tantos problemas irresolubles (sus problemas) y esa muchacha, con familia, buena vida burguesa, dándose importancia». Vagamente observó que eso contrariaba su tesis individualista: «Cada persona es un mundo, cada persona tiene su propia clave y la de los demás nada resuelve; sólo se mira hacia el mundo ajeno por distracción, por interés, por cualquier otro sentimiento que sobrenada y que no es vital; el “mal de muchos” es un consuelo, pero no es solución». Justamente porque observó que se contradecía y porque se le ocurrió la frase del colega sobre la inconsistencia de las mujeres y porque la consideró injusta, se impacientó aún más, queriendo, con rabia de sí misma, como para castigarse, profundizar en la contradicción. Un minuto más y le diría a la chica: ¿por qué no visitas el cementerio? No obstante, vagamente notó las uñas sucias de Tuda y reflexionó: es muy inquieta todavía como para obtener lecciones del cementerio. Y además se acordaba de su propia época de uñas sucias e imaginó qué desprecio no sentiría por alguien que le hablara entonces del cementerio como de una realidad.

De repente, Tuda sintió que ella no le gustaba a la doctora. Y, así, junto a esa mujer que nada tenía que ver con todas las cosas familiares, en esa sala que nunca había visto y que repentinamente era «un lugar», pensó que estaba soñando. ¿Qué

había venido a hacer ahí? Se preguntó asustada. Todo perdía la realidad en relación con su madre, su casa, su último almuerzo, tan pacífico —y no sólo la confesión como el inexplicable motivo que la había conducido a la doctora—, le habían parecido una mentira, una monstruosa mentira, que ella había inventado gratuitamente, sólo para divertirse… La prueba es que a ella nadie la utilizaba, como una cosa que existe. Decían: «… el vestido de Tuda, las clases de Tuda, las amígdalas de Tuda…», pero no decían: «… la infelicidad de Tuda…». ¡Había caminado tan deprisa con esa mentira! Ahora estaba perdida, no podía volver hacia atrás. Había robado un dulce y no quería comérselo… Pero la doctora la obligaría a masticarlo, a engullirlo, como castigo… Ah, escabullirse del consultorio y andar sola nuevamente, sin la comprensión inútil y humillante de la doctora.

—Mira, Tuda, lo que me agradaría decirte es que tú un día tendrás lo que buscas ahora de una manera tan confusa. Es una especie de calma que viene del conocimiento de sí misma y de los demás. Pero no se puede apresurar la llegada de ese estado. Hay cosas que sólo se aprenden cuando nadie las enseña. Y con la vida es así. Incluso hay más belleza en descubrirla sola, pese al sufrimiento —la doctora sintió un repentino cansancio, tenía la impresión de que la arruga número 3, de la nariz a los labios, se había ahondado. Esa chica le hacía mal y ella quería estar sola de nuevo—. Mira, tengo la certeza de que tú también serás muy feliz. Los sensibles son más felices e infelices, simultáneamente, que los demás. Pero ¡dale tiempo al tiempo! —Cómo era vulgar con facilidad, reflexionó sin amargura —. Ve viviendo…

Sonrió. Y de repente, Tuda sintió ese rostro entrando bien en su alma. No era de la boca ni de los ojos de donde venía ese soplo…, soplo divino. Era como una sombra terriblemente simpática, que vacilaba sobre la doctora. Y, en ese mismo instante, Tuda supo que no era mentira, ¡ah, no! Una alegría, unas ganas de llorar. Ah, se arrodillaría delante de la doctora, escondería el rostro en su regazo, gritaría: ¡es eso lo que tengo, es eso! ¡Sólo lágrimas!

La doctora ya no sonreía. Pensaba. Mirándola, así de perfil, Tuda ya no la entendía. De nuevo era una extraña. Buscó deprisa, a la otra, a la divina.

—¿Por qué usted dijo: «Lo que me agradaría decirte…»? ¿Entonces no es verdad?

La joven era más perspicaz de lo que había pensado. No, no era verdad. La doctora sabía que se puede pasar la vida entera buscando cualquier cosa por detrás de la neblina, sabía también de la perplejidad que trae el conocimiento de

sí misma y de los demás. Sabía que la belleza de descubrir la vida es pequeña para quien busca principalmente la belleza en las cosas. Sí, sabía mucho. Pero estaba cansada del duelo. El consultorio nuevamente vacío. Se sumergiría en el diván, cerraría las ventanas: la reposada oscuridad. Pues si ése era su refugio, tan sólo de ella, donde hasta éste, con su irritante y calma aceptación de felicidad, ¡era un intruso!

Se miraron, y Tuda, decepcionada, sintió que estaba en posición superior a la de la doctora, era más fuerte que ella.

La consejera no había notado que ya se había denunciado con los ojos y enmendó, pensativa, la voz arrastrada:

—¿Yo dije eso? Creo que no… (Viendo bien, ¿qué desea esta chamaca? ¿Quién soy yo para dar consejos? ¿Por qué ella no llamó por teléfono? No, mejor que no llame, estoy cansada. ¡Sí, que me dejen, sobre todo esto!).

Nuevamente todo fluctuaba en el consultorio. No había más que decir. Tuda se levantó con los ojos húmedos.

—Espera —la doctora parecía que meditaba un instante—. Mira, vamos a hacer un convenio: Tú sigue estudiando sin preocuparte mucho por ti. Y cuando cumplas… digamos… veinte años, sí, veinte años, tú regresas aquí… —se animó sinceramente: simpatizaba con la chica, habría que darle tal vez un trabajo que la ocupara y la distrajera, mientras no pasara el periodo de desajuste. Era muy viva, hasta inteligente—. ¿Aceptas? Vamos, Tuda, sé buena niña y concuerda…

¡Sí, de acuerdo, de acuerdo! ¡Todo era posible de nuevo! ¡Ah! Sólo que no podría hablar, decir cuánto concordaba, cuánto se entregaba a la doctora. Porque si hablara, podría llorar, no quería llorar.

—Pero Tuda… —la sombra divina de su rostro—. Tú no necesitas llorar… Vamos, prométeme que serás una mujercita valiente… (Sí, voy a ayudarla. Pero ahora el diván, sí, eso, deprisa, me sumergiré en él).

Tuda enjugó su rostro con las manos.

En la calle, todo era más fácil, seguro y simple. Había caminado aprisa, aprisa. No quería —la desgracia de percibir siempre— acordarse del gesto desganado y cansado con el que la doctora le había dado la mano. E incluso el ligero suspiro… No, no. ¡Qué locura! Pero poco a poco el pensamiento se asentó: había sido una indeseada… Se ruborizó.

Entró en una heladería y compró un barquillo.

Pasaron dos muchachitas con el uniforme del colegio, hablando y riendo fuerte. Miraron a Tuda con la animosidad que las personas sienten unas con otras

y que los jóvenes todavía no disimulan. Tuda estaba sola y fue vencida. Pensó, sin relacionar el pensamiento con la mirada de las chicas: ¿qué tengo que ver con ellas? ¿Quién ha estado junto a la doctora, hablando de cosas misteriosas y profundas?

Y si ellas supieran de la aventura, no entenderían…

De repente, le pareció que después de haber vivido lo de esa tarde, no podría seguir siendo la misma: simplemente estudiando, yendo al cine, paseando con sus amiguitas… Se distanciaría de todos, incluso de la antigua Tuda… Algo se había desencadenado en ella, su propia personalidad que se había afirmado con la certeza de que en el mundo había una correspondiente para ella… Se había sorprendido: se podía entonces hablar de… «de eso» como algo palpable, en la insatisfacción que ella había escondido con vergüenza y miedo… Ahora… Alguien le había removido levemente la niebla misteriosa en la que vivía desde hacía algún tiempo y de repente ésta se solidificaba, formaba un bloc, existía. Le había faltado hasta el momento quién la reconociera para ella misma reconocerse… ¡Todo se transformaba! ¿Cómo? No sabía…

Siguió caminando con los ojos muy abiertos, cada vez más lúcida. Pensaba: antes era de esas que simplemente existen, que se mueven, se casan, tienen hijos. Y de ahora en adelante uno de los elementos constantes de su vida sería Tuda, consciente, vigilante, siempre presente…

Le parecía que su destino se había modificado. Pero ¿cómo? ¡Oh, no se logra pensar con claridad y las palabras conocidas no logran pensar lo que se siente! Un poco orgullosa, deslumbrada, medio decepcionada, se repetía: voy a llevar otra vida, diferente de la de Amelia, de mamá, de papá… Procuraba tener una visión de su nuevo futuro y sólo lograba verse caminando sola sobre amplias planicies desconocidas, los pasos resolutos, los ojos doloridos, caminando, caminando… ¿Hacia dónde?

Ya no se apresuraba hacia su casa. Poseía un secreto, el cual las personas nunca podrían compartir. Y ella misma, pensó, sólo participaría de la vida común con algunas partículas de sí misma, algunas tan sólo, pero no con la nueva Tuda, la Tuda de hoy… ¿Estaría siempre al margen?… —las revelaciones se sucedían rápidas, ascendiendo repentinas e iluminándola como pequeños rayos—. Aislada…

De pronto se sintió deprimida, sin apoyo. Se había quedado, de un momento a otro, sola… Vaciló, desorientada. ¿Dónde está mamá? No, mamá no. ¡Ah, volvería al consultorio, procuraría el soplo divino de la doctora, le pediría que

no la abandonara, porque tenía miedo, miedo!

Pero la doctora vivía una vida propia y —otra revelación— nadie salía totalmente de sí mismo para ayudar… «tan sólo» vuelve a los veinte años… No te presto el vestido, no te presto nada, tú vives pidiendo… ¡No era posible ser comprendida! «La pubertad acarrea desórdenes…». «Esa niña no está nada bien, Juan, te apuesto que las anginas…».

—Oh, perdón, señorita… ¿La lastimé?

Casi perdió el equilibrio con el choque. Quedó atarantada un instante.

—¿Es que no ve? —El hombre tenía dientes blancos, puntiagudos—. No hay de qué… No ha sido nada…

El muchacho se alejó, con una ligera sonrisa en el rostro redondo.

Abriendo los ojos, Tuda percibió la calle llena de sol. La brisa fuerte le dio un escalofrío. Qué sonrisa tan graciosa la del hombre. Lamió lo que quedaba del helado y como nadie la observaba se comió el barquillo (los hombres con las manos sucias hacen los barquillos, Tuda). Frunció las cejas. ¡Diablo! (No digas diablo, Tuda). Diría lo que quisiera, comería todos los barquillos del mundo, haría lo que le viniera en gana.

De repente se acordó: la doctora… No… No. Ni a los veinte años… A los veinte años sería una mujer caminando sobre la planicie desconocida… ¡Una mujer! El poder oculto de esta palabra. Porque viendo bien, pensó, ella… ¡Ella existía! Le acompañó al pensamiento la sensación de que tenía un cuerpo suyo, el cuerpo que el hombre había mirado, un alma suya, el alma que la doctora había sensibilizado. Apretó los labios con firmeza, llena de violencia repentina:

—¡Yo no necesito a la doctora! ¡No necesito de nadie! Siguió caminando, apresurada, palpitante, impetuosa de alegría.

Obsesión

Ahora que ya he vivido mi aventura puedo recordarla con más serenidad. No intentaré hacerme perdonar. Intentaré no acusar. Sucedió, simplemente.

No me acuerdo con nitidez de su inicio. Me transformé independiente de mi conciencia y, cuando abrí los ojos, el veneno circulaba irremediablemente en mi sangre, ya de antiguo en su poder.

Es necesario contar un poco sobre mí, antes de mi contacto con Daniel. Sólo así se conocerá el terreno en que sus simientes fueron arrojadas. Aunque no creo que se pudiera comprender completamente por qué las semillas resultaron en tan tristes frutos.

Siempre fui sosegada y nunca di pruebas de poseer los elementos que Daniel desarrolló en mí. Nací de criaturas sencillas, instruidas en esa sabiduría que se adquiere por la experiencia y se adivina por el sentido común. Vivimos, desde mi infancia hasta mis catorce años, en una buena casa de los suburbios, donde yo estudiaba, jugaba y me movía despreocupadamente bajo la mirada benevolente de mis padres.

Hasta que un día descubrieron a una muchachita, me bajaron lo largo del vestido, me hicieron nuevas prendas de ropa y me consideraron casi lista. Acepté el descubrimiento y sus consecuencias sin gran alboroto, del mismo modo distraído como estudiaba, paseaba, leía y vivía.

Nos mudamos a una casa más próxima a la ciudad, a un barrio cuyo nombre, juntamente con otros detalles posteriores, silenciaré. Allí yo tendría la oportunidad de conocer a muchachos y muchachas, decía mamá. En realidad hice rápidamente algunas amistades, con mi alegría amena y fácil. Me consideraban bonitilla y mi cuerpo fuerte y mi piel clara despertaban simpatía.

En cuanto a mis sueños, en esa edad tan llena de éstos, eran los de una joven cualquiera: casarse, tener hijos y, finalmente, ser feliz, deseo que yo no lo precisaba bien y confusamente lo encuadraba en los finales de las mil novelas que

había leído, sin contagiarme de su romanticismo. Yo tan sólo esperaba que todo saliera bien, aunque nunca me contentara si así sucedía.

A los diecinueve años conocí a Jaime. Nos casamos y alquilamos un apartamento bonito, bien amueblado. Vivimos seis años juntos, sin hijos. Yo era feliz. Si alguien me preguntaba, yo afirmaba, agregando no sin un poco de perplejidad: «¿Y por qué no?».

Jaime fue siempre bueno conmigo. Y, su temperamento poco ardiente, yo lo consideraba de cierto modo una prolongación de mis padres, de mi casa anterior, donde me había acostumbrado a los privilegios de hija única.

Vivía de una manera fácil. Nunca dedicaba un pensamiento más sólido a cualquier asunto. Y, como para preservarme todavía más, no creía totalmente en los libros que leía. Estaban hechos tan sólo para distraer, pensaba yo.

A veces, una melancolía sin causa me oscurecía el rostro, una nostalgia tibia e incomprensible de épocas nunca vividas habitaba en mí. Nada romántica, se alejaba inmediatamente como un sentimiento inútil que no se relaciona con las cosas realmente importantes. ¿Cuáles? No las definía bien y las englobaba en la expresión ambigua «cosas de la vida». Jaime. Yo. Casa. Mamá.

Por otro lado, las personas que me rodeaban se movían tranquilas, la cabeza libre de preocupaciones, en un círculo donde la costumbre hace mucho había ampliado caminos seguros, donde los hechos se explicaban razonablemente por causas visibles y los más extraordinarios se relacionaban, no por misticismo sino por comodidad, a Dios. Los únicos acontecimientos capaces de perturbar sus almas eran el nacimiento, el matrimonio, la muerte y los estados continuos a éstos.

¿O me engaño, y en mi feliz ceguera no sabía ver más profundamente? No lo sé, pero ahora me parece imposible que en la zona oscura de cada hombre, incluso de los pacíficos, no anide la amenaza de otros hombres, más terribles y dolorosos.

Si aquella vaga insatisfacción me llegaba a inquietar, yo, sin saber explicarla y acostumbrada a otorgarles un nombre claro a todas las cosas, no la admitía o la atribuía a indisposiciones físicas. Además, la reunión de los domingos en casa de mis padres, junto con las primas y vecinos, cualquier buen y animado juego me reconquistaban rápidamente y me volvían a colocar en el camino amplio, caminando entre la multitud de ojos cerrados.

Noto ahora que cierta apatía, más que paz, tomaba grises mis actos y mis deseos. Recuerdo que Jaime había dicho una vez, un poco emocionado:

—Si nosotros tuviéramos un hijo…

Respondí, desatenta:

—¿Pa' qué?

Un denso velo me aislaba del mundo y, sin saber, un abismo me distanciaba de mí misma.

Y así seguí hasta que contraje fiebre tifoidea y casi me muero. Mis dos casas se movilizaron y con un trabajo de noches y días me salvaron.

La convalecencia me vino a encontrar flaca y pálida, sin gusto para nada del mundo. Apenas me alimentaba, me irritaba con simples palabras. Pasaba el día recostada sobre la almohada larga de la cama, sin pensar, sin moverme, atada por una anormal y dulce languidez. No afirmo con seguridad que ese estado haya favorecido una influencia más fácil de Daniel. Imagino más bien que forzaba mi flaqueza para conservar a las personas alrededor de mí, como en la fase de la enfermedad. Cuando Jaime llegaba del trabajo, mi aspecto de fragilidad se acentuaba a propósito.

No había planeado asustarlo, pero lo lograba. Y un día, cuando ya hasta había olvidado mi actitud de «convaleciente», me comunicaron que pasaría dos meses en Belo Horizonte, donde el buen clima y el nuevo ambiente me fortificarían. No hubo remedio. Jaime me llevó allá en un tren nocturno. Me consiguió una buena pensión y regresó, dejándome sola, sin nada que hacer, arrojada repentinamente hacia una libertad que no había pedido ni sabía utilizar.

Tal vez haya sido el comienzo. Fuera de mi órbita, lejos de las cosas como nacidas conmigo, me sentí sin apoyo porque, viendo bien, ni las nociones recibidas habían echado raíces en mí, viví yo tan superficialmente. Lo que hasta entonces me había sustentado no eran las convicciones, sino las personas que las poseían. Por primera vez me daban una oportunidad de ver con mis propios ojos. Por primera vez me aislaban conmigo misma. Por las cartas que en aquella época escribí y leídas mucho después, observo que un sentimiento de malestar se había apoderado de mí. En todas ellas me refería al regreso, deseándolo con cierta ansiedad. Eso, no obstante, hasta Daniel.

No puedo, incluso ahora, acordarme del rostro de Daniel. Hablo de esa fisonomía suya de mis primeras impresiones, muy diversa del conjunto al que después me acostumbré. Sólo entonces, desgraciadamente un poco tarde, logré, por la convivencia, comprender y absorber sus rasgos. Pero eran otros… Del primer Daniel nada guardé, más que la huella.

Sé que él sonreía, solamente eso. De vez en cuando, surge para mí un rasgo suyo, aislado, de esos anteriores. Sus dedos curvos y largos, aquellas cejas

separadas, densas. Nada más. Es que él me dominaba de tal forma que, si así lo puedo decir, casi me impedía verlo. Creo realmente que mi angustia posterior se acentuó más ante esa imposibilidad de recomponer su imagen. De manera que yo sólo poseía sus palabras, el recuerdo de su alma, todo lo que no era humano en Daniel. Y en las noches de insomnio, sin poder reconstituirlo mentalmente, ya exhausta por las tentativas inútiles, yo lo veía como una sombra, enorme, de contornos móviles, aplastante y al mismo tiempo distante como una amenaza. Como un pintor que para plasmar el viento fuerte en su tela inclina la copa de los árboles, hace revolotear cabelleras y faldas, yo tan sólo lograba recordarlo transportándome a mí misma, a la de aquel tiempo. Me martirizaba con acusaciones, me despreciaba y, lastimada, herida, lo fijaba en mí vivamente.

Pero es necesario empezar por el principio, poner un poco de orden en esta narrativa…

Daniel vivía en la pensión donde yo me había alojado. Nunca se había dirigido a mí ni yo lo había notado particularmente. Hasta que un día lo oí hablar, cayendo repentinamente en una conversación ajena, aunque sin abandonar aquel aire suyo de distancia, como si hubiera emergido de un sueño denso. Era sobre el trabajo. Que no debería constituir más que un medio de matar el hambre inmediata. Y, divirtiéndose, para escandalizar a los espectadores, agregó: en cualquier momento abandonaría el suyo, lo que ya había hecho varias veces, para vivir como «un buen vagabundo». Un estudiante con gafas, después del primer instante de silencio y de reserva que se formó, le objetó fríamente que, ante todo, trabajar era un deber. «Un deber para con la sociedad». Daniel tuvo un gesto cualquiera, como si no le interesara convencer, y le concedió una frase:

—Alguien ya ha dicho que no hay fundamento para el deber.

Salió de la sala dejando al estudiante indignado. Y a mí, sorprendida y divertida: nunca había oído a nadie rebelarse contra el trabajo, «una obligación tan seria». Lo máximo de sublevación de Jaime o de papá se concretaba únicamente a una forma de lamento, sin importancia. De un modo general, yo nunca me había acordado de que no se pudiera aceptar, escoger, rebelarse… Sobre todo, había percibido, a través de las palabras de Daniel, una falta de interés por lo establecido, por las «cosas de la vida»… Y jamás se me había ocurrido, más que como ligera fantasía, desear que el mundo fuera diferente de lo que era. Me acordé de Jaime, elogiado siempre por el «desempeño de sus funciones», como él contaba, y me sentí, sin saber por qué, más segura.

Después, cuando volví a ver a Daniel, me formalicé con una actitud fría e

inútil, una vez que él apenas me percibía, colocándome así a salvo, al lado de la pensión entera. Sin embargo, examinando a todos a la hora de la cena, sentí vagamente cierta vergüenza en formar parte de aquel grupo amorfo de hombres y mujeres que en un acuerdo tácito se apoyaban y se enfadaban, unidos contra lo que les viniera a perturbar su confort. Comprendí que Daniel los despreciaba y me irrité porque también a mí me aludía.

No estaba acostumbrada a demorarme mucho tiempo en algún pensamiento, y un ligero malestar, como una impaciencia, se apoderó de mí. Desde entonces, sin reflexionar, evitaba a Daniel. Al verlo, imperceptiblemente me ponía en guardia, con los ojos abiertos, vigilantes. Me parece que yo temía que él pronunciara alguna de esas frases suyas, cortantes, porque temía aceptarlas… Forcé mi antipatía, defendiéndome no sé de qué, defendiendo a papá, a mamá, a Jaime y a todos los míos. Pero fue en vano. Daniel era el peligro. Y hacia él yo me encaminaba.

Cierta vez, vagaba por la pensión vacía, a las dos de una tarde lluviosa, hasta que, oyendo voces en la sala de espera, hacia allá me dirigí. Él conversaba con un hombre delgado, vestido de negro. Los dos fumaban, hablando sin prisa, envueltos en sus pensamientos a tal punto que ni me vieron entrar. Iba a retirarme, pero una curiosidad repentina me atrapó y me condujo a un sillón, alejado de los que ellos ocupaban. Finalmente, reflexioné disculpándome, la sala pertenecía a los huéspedes. Procuré no hacer ningún ruido.

En los primeros momentos, para mi sorpresa, nada comprendí de lo que hablaban… Gradualmente distinguí algunas palabras conocidas, entre otras que yo jamás había oído pronunciar: términos de libros. «La universalidad de…», «el sentido abstracto que…». Es necesario saber que yo nunca había participado en conversaciones donde el asunto no versara sobre «cosas» e «historias». Yo misma, con poca imaginación y poca inteligencia, no pensaba más que de acuerdo con mi estrecha realidad.

Sus palabras se deslizaban sobre mí sin penetrarme. Sin embargo, adiviné, singularmente incomodada, que escondían una armonía propia y yo no lograba captar… Intentaba no distraerme para no perder la conversación mágica.

—Las realizaciones matan el deseo —dijo Daniel.

«Las realizaciones matan el deseo, las realizaciones matan el deseo», me repetía yo, un poco deslumbrada. Me perdía de ellos y cuando volvía a poner atención ya otra frase misteriosa y brillante había nacido, perturbándome.

Ahora Daniel hablaba de sí mismo.

—Lo que me interesa sobre todo es sentir, acumular deseos, llenarme de mí mismo. La realización me abre, me deja vacío y saciado.

—No hay saciedad —dijo el otro, entre las bocanadas de su cigarro—. Viene de nuevo la insatisfacción, creando otro deseo que un hombre normal procuraría realizar. Tú justificas tu inutilidad con una teoría cualquiera. «Lo que importa es sentir y no hacer…». Discúlpame. Tú has fracasado y sólo logras afirmarte por medio de la imaginación…

Yo los escuchaba, aterrada. Me sorprendía no sólo la conversación, sino la base en que ésta se apoyaba, cualquier cosa lejos de la verdad de todos los días, pero misteriosamente melódica, tocando, adivinaba, en otras verdades desconocidas para mí. Y me sorprendía también verlos atacarse con palabras poco amables que ofenderían a cualquier otra persona pero que ellos las recibían sin atención, como si… como si no supieran lo que significara la palabra «honor», por ejemplo.

Y, sobre todo, por primera vez yo, hasta entonces profundamente dormida, vislumbraba las ideas.

La inquietud que las primeras conversaciones con Daniel me produjeron nacía como de una certeza de peligro. Un día llegué a explicarle que al pensamiento de ese peligro se relacionaban expresiones leídas en libros con la poca atención que generalmente le concedía a todo y que ahora brillaban en mi memoria: «Fruto del mal»… Cuando Daniel me dijo que yo hablaba de la Biblia, se apoderó de mí el temor de Dios, mezclado, sin embargo, con una curiosidad fuerte y vergonzosa como la de un vicio.

Por todo eso, mi historia es difícil de elucidar, separada de sus elementos. ¿Hasta dónde llegó mi sentimiento por Daniel (uso ese término general por no saber exactamente cuál era su contenido) y dónde empezaba mi despertar hacia el mundo? Todo se entrelazó, confundiéndose dentro de mí y yo no sabría precisar si mi desasosiego era el deseo de Daniel o el ansia de buscar el nuevo mundo descubierto. Porque desperté simultáneamente como mujer y como humana.

Tal vez Daniel haya actuado tan sólo como instrumento, tal vez mi destino fuera justamente lo que seguí, el destino de los que andan sueltos en la tierra, de los que no miden sus acciones por el Bien y por el Mal, tal vez yo, incluso sin él, me descubriera un día, tal vez, incluso sin él, huyera de Jaime y de su tierra. ¿Qué sé yo?

Los escuché, cerca de las dos. Mis ojos fijos me dolían y mis piernas, por la inmovilidad, quedaron adormecidas. Cuando Daniel me miró. Me dijo más tarde

que la carcajada que soltó y que tanto me hirió, a punto de hacerme llorar, había sido causada por la exaltación en que me hallaba desde hacía días y sobre todo por mi lamentable aspecto. Mi boca estúpidamente abierta, «mis ojos tontos, atestiguando mi ingenuidad de animal…». Era así como Daniel hablaba conmigo. Rasguñándome con frases que le salían incoloras y con facilidad, pero que en mí se clavaban, rápidas y agudas, para siempre.

Y de esa manera conocí a Daniel. No recuerdo los detalles que nos aproximaron. Sé tan sólo que fui yo quien lo buscó. Y sé que Daniel se apoderó progresivamente de mí. Él me trataba con indiferencia y —yo me lo imaginaba— jamás se habría inclinado hacia mi persona si no me hubiera hallado curiosa y divertida. Mi actitud de humildad delante de él era mi agradecimiento a su favor… Cómo lo admiraba. Mientras más sufría su desprecio, tanto más lo consideraba superior, tanto más lo separaba de los «otros».

Hoy lo comprendo. Todo le perdono, todo les perdono a los que no saben vincularse, a los que se hacen preguntas. A los que buscan motivos para vivir, como si la vida por sí misma no se justificara.

Conocí más tarde al verdadero Daniel, al enfermo, al que sólo existía, aunque en perpetua claridad, dentro de sí mismo. Cuando se volvía hacia el mundo, ya palpante y apagado, se percibía sin apoyo y, amargo, perplejo, descubría que solamente sabía pensar. De los que poseen la tierra en un segundo, con los ojos cerrados. Ese poder suyo de agotar las cosas antes de tenerlas, esa previsión clara del «después»… Antes de iniciar el primer paso hacia la acción, ya degustaba la saturación y la tristeza que siguen a las victorias…

Y, como compensándose de esa imposibilidad de realizar, él, cuya alma tanto ansiaba expandirse, había inventado otro camino donde su inactividad cupiera, donde pudiera extenderse y justificarse. Realizarse, repetía, he ahí el objetivo más elevado y noble. Realizarse sería abandonar la posesión y la realización de cosas para poseerse a sí mismo, desarrollar sus propios elementos, crecer dentro de sus contornos. Hacer su música y él mismo oírla…

Como si necesitara de ese programa… Todo en él alcanzaba naturalmente lo máximo, no en la objetivación, sino en un estado de capacidad, de exaltación de fuerzas, del que nadie se beneficiaba y que era por todos, además de él, ignorado. Y ese estado era su auge. Se asemejaba a lo que precedería una realización y él ardía por alcanzarlo, sintiéndose, mientras más sufría, más vivo, más castigado, casi satisfecho. Era el dolor de la creación, aunque sin ésta.

Porque cuando todo se diluía, sólo en su memoria quedaba algún vestigio.

Nunca se concedía un largo reposo, a pesar de la esterilidad de esa lucha y por más extenuante que fuera. En breve giraba de nuevo en torno a sí mismo, olfateando sus deseos nacientes, adensándolos hasta elevarlos a un punto de crisis. Cuando lo lograba, vibraba en el odio, en la belleza o en el amor, y se sentía casi pagado.

Todo le servía de partida. Un pájaro que volaba le recordaba tierras desconocidas, hacía respirar su viejo sueño de fuga. De pensamiento a pensamiento, inconscientemente dirigido hacia el mismo fin, llegaba a la noción de su cobardía, revelada no sólo en ese constante deseo de huir, de no unirse a las cosas para no luchar por ellas, como en una incapacidad para realizarlo, ya que lo concebía, despedazando sin piedad el humillante sentido común que le detenía el vuelo. Ese duelo consigo mismo era el reflejo de su esencia, descubría, y por eso continuaría toda su vida… De ahí se tornaba fácil esbozar el futuro, largo, jadeante, torpe, hasta el fin implacable: la muerte. Tan sólo eso y había alcanzado aquello a donde su tendencia lo guiaba: el sufrimiento.

Parece loco. Sin embargo, también Daniel tenía su lógica. Sufrir, para él, el contemplativo, constituía el único medio de vivir intensamente… Y viendo bien, solamente por eso ardía Daniel: por vivir. Únicamente que sus caminos eran extraños.

De tal modo se entregaba al sufrimiento creado y de tal modo éste se tornaba fuerte que él llegaba a olvidar su origen provocado y alimentado. Olvidaba que él mismo lo había forjado, en él se embebía y de él vivía como de una realidad.

A veces la crisis, sin ninguna evasión, tomaba un aspecto tan dolorosamente denso que él, ahondado en ella, agotándola, ansiaba finalmente liberarse. Creaba entonces, para salvarse, un deseo opuesto que la destruyera. Porque en esos momentos temía la locura, se sentía enfermo, lejos de todos los humanos, lejos de ese hombre ideal que sería un sereno ser animalizado, de una inteligencia fácil y confortable. De ese hombre que él nunca alcanzaría, a quien no podía dejar de despreciar, con esa altivez alcanzada por los que sufren. De ese hombre, sin embargo, a quien envidiaba. Cuando su padecimiento se abultaba demasiado, lanzaba los ojos en auxilio hacia ese tipo que, en contraste con su propia miseria, le parecía bello y perfecto, lleno de una simplicidad que para él, Daniel, sería heroica.

Cansado de la tortura, lo buscaba, lo imitaba, en una inesperada sed de paz. Era siempre esta fuerza opuesta que se presentaba a sí mismo cuando alcanzaba el extremo doloroso de su crisis. Se permitía un poco de equilibrio como una tregua,

pero que el tedio invadía. Hasta que, con la voluntad mórbida de sufrir nuevamente, adensaba ese tedio, lo transformaba en angustia.

Vivía en este ciclo. Tal vez hubiera permitido mi aproximación en uno de esos momentos en que necesitaba de la «fuerza opuesta». Yo, me parece que ya lo dije, poseía una buena apariencia de salud, con mis gestos medidos y mi cuerpo recto. Y, ahora lo sé, procuró aplastarme y humillarme tanto porque me envidiaba. Quiso despertarme, porque deseaba que también yo sufriera, como un leproso que secretamente ambiciona transmitir su lepra a los sanos.

Sin embargo, ingenua, en él me ofuscaba exactamente su tortura. Incluso su egoísmo, incluso su maldad lo asemejaban a un dios destronado, a un genio. Y, además, ya lo amaba.

Hoy tengo pena de Daniel. Después de haberme sentido desamparada, sin saber qué hacer de mí, no deseando seguir el mismo pasado de calma y de muerte, y no logrando, el hábito del confort, dominar un futuro diferente, ahora entiendo hasta qué punto Daniel era libre y hasta qué punto era infeliz. Por su pasado —oscuro, lleno de sueños frustrados— no había logrado situarse en el mundo conformado, medio feliz, del promedio. En cuanto al futuro, lo temía demasiado porque conocía bien sus propios límites. Y porque, a pesar de conocerlos, no se había resignado a abandonar aquella ambición enorme, indefinida, que, después ya inhumana, se dirigía más allá de las cosas de la Tierra. Fallando en la realización de lo que se le presentaba a los ojos, se había vuelto hacia lo que nadie, lo adivinaba, podría realizar.

Por extraño que parezca, sufría por lo desconocido, por aquello que, «por una conspiración de la naturaleza», jamás tocaría siquiera un instante con los sentidos, «al menos para saber de su materia, de su color, de su sexo». «De su calificación en el mundo de las perfecciones y de las sensaciones», me dijo una vez, en mi regreso a su compañía. Y el mayor mal que Daniel me hizo fue despertar en mí misma ese deseo que, en todos nosotros, está latente. En algunos despierta y envenena únicamente, como en mi caso y en el de Daniel. A otros conduce a los laboratorios, viajes, experiencias absurdas, a la aventura. A la locura.

Sé ahora algo sobre los que buscan sentir para saberse vivos. Caminé también en ese viaje peligroso, tan pobre para nuestra terrible ansiedad. Y casi siempre decepcionante. Aprendí a hacer que mi alma vibrara y sé que, en cuanto a eso, en lo más profundo del propio ser, se puede permanecer vigilante y frío, tan sólo observando el espectáculo que a sí mismo se ha proporcionado. Y cuántas veces

casi con tedio…

Ahora yo lo comprendería. Pero entonces solamente veía a Daniel sin flaquezas, soberano y distante, que me hipnotizaba. Poco sé sobre el amor. Tan sólo recuerdo que lo temía y lo buscaba.

Hizo que le contara mi vida, a lo cual obedecí, temerosa, con palabras rebuscadas para no parecerle muy estúpida. Porque él no vacilaba en hablar sobre mi falta de inteligencia, con las expresiones más crueles. Le contaba, obediente, pequeños hechos pasados. Él oía, el cigarro en los labios, los ojos distraídos. Y terminaba por decir, con aquel tono únicamente suyo, mezcla de deseo contenido de reír, de cansancio y de desdén benevolente:

—Muy bien, bastante feliz…

Yo me ruborizaba, no sé por qué llena de rabia, herida. Pero nada replicaba.

Un día le hablé sobre Jaime y él dijo:

—Interesante, muy normal.

Sí, las palabras son muy comunes, pero el modo como eran pronunciadas me revolucionaban, me avergonzaban en lo que tenía de más oculto.

—Cristina, ¿tú sabes que vives?

—Cristina, ¿es bueno ser inconsciente?

—Cristina, ¿tú nada quieres, no es eso mismo?

Yo lloraba después, pero volvía a buscarlo, porque empezaba a concordar con él y secretamente esperaba a que se dignara iniciarme en su mundo. Y cómo sabía humillarme. Llegó a extender sus garras a Jaime, a todos mis amigos, amasándolos como algo despreciable. No sé lo que, desde el principio, impidió que me rebelara. No sé. Únicamente me acuerdo de que para su egoísmo era un placer dominar y de que yo fui fácil.

Un día, lo vi animarse repentinamente, como si la inspiración le pareciera feliz y cómica al mismo tiempo:

—Cristina, ¿quieres que yo te despierte?

Y, antes de que pudiera reír, ya me observaba asintiendo con la cabeza, concordando.

Empezaron entonces los paseos extraños y reveladores, aquellos días que dejaron huella en mí para siempre.

Él apenas concedería mirarme, me hacía percibir, si no hubiera resuelto transformarme. Loco como parezca, él repetía varias veces: quería transformarme, «soplar en mi cuerpo un poco de veneno, del buen y terrible veneno»…

Se inició mi educación.

Él hablaba, yo escuchaba. Supe de vidas negras y bellas, supe del sufrimiento y del éxtasis de los «privilegiados por la locura».

—Medita sobre ellos, tú, con tu feliz medio término.

Y yo pensaba. Me horrorizaba el mundo nuevo que la voz persuasiva de Daniel me hacía vislumbrar, a mí, que siempre había sido una oveja quieta. Me horrorizaba, no obstante ya me atraía con la fuerza aspirante de una caída…

—Prepárate para sentir conmigo. Oye este fragmento con la cabeza hacia atrás, los ojos entrecerrados, los labios abiertos…

Yo fingía reír, fingía obedecer por juego, como disculpándome ante los amigos de otrora. Delante de mis propios ojos, por admitir tamaño yugo. Nada, no obstante, era más serio para mí.

Él, impasible, perfeccionándome como para un ritual, insistía, grave:

—Más languidez en la mirada… La nariz más leve, lista para absorber profundamente…

Yo obedecía. Y sobre todo obedecía procurando no contrariarlo en nada, poniéndome en sus manos y pidiendo perdón por no darle más. Y porque nada me pedía, nada de lo que yo ya no dudaría en ofrecerle, caía aún más en la certeza de mi inferioridad y de nuestra distancia.

—Más abandono. Deja que mi voz sea tu pensamiento.

Yo oía: «Para los que yacen encarcelados (no sólo en las prisiones, interrumpía Daniel) las lágrimas forman parte de la experiencia cotidiana; día sin lágrimas es un día en que el corazón está endurecido, no un día en que el corazón está feliz»… «puesto que el secreto de la vida es ofrecer. Esta verdad está contenida en todas las cosas».

Y poco a poco, realmente, yo entendía… Aquella voz lenta terminó por arder en mi alma, revolviéndola profundamente. Había caminado largos años por las grutas y de repente descubría la radiante salida hacia el mar… Sí, le grité una vez apenas respirando, ¡yo sentía! Él únicamente sonrió, aún no estaba contento.

Sin embargo, era la verdad. Yo tan simple y primitiva, que jamás había deseado algo con intensidad. Yo, inconsciente y alegre, «porque poseía un cuerpo alegre»… De repente despertaba: qué vida tan oscura había tenido hasta entonces. Ahora… Ahora yo renacía. Vivamente, en el dolor, en ese dolor que dormía quieto y ciego en el fondo de mí misma.

Me volví nerviosa, agitada, pero inteligente. Los ojos siempre inquietos. Casi no dormía.

Jaime me vino a visitar, a pasar dos días conmigo. Al recibir su telegrama, me puse pálida. Anduve como tonta, pensando en un medio para no dejar que Daniel lo viera. Yo tenía vergüenza de Jaime.

Bajo el pretexto de que deseaba probar un hotel, reservé un cuarto en uno de éstos. Jaime no desconfió del motivo real, como era de esperar. Y eso me aproximó más a Daniel. Ansiaba lejanamente que mi marido reaccionara por mí, que me retirara de aquellas manos locas. Temía no sé qué.

Fueron dos días horribles. Me odiaba porque me avergonzaba de Jaime y, sin embargo, hacía lo posible para esconderme con él en los lugares donde Daniel no nos viera…

Cuando él partió, finalmente, entre aliviada y desamparada, me concedí una hora de descanso, antes de volver con Daniel. Trataba de posponer el peligro, pero nunca se me había ocurrido huir.

Confiaba en que antes de mi partida Daniel me quisiera.

Sin embargo, la noticia de que mi mamá estaba enferma me vino a llamar a Río antes de ese día. Yo debía partir.

Hablé con Daniel.

—Una tarde más y tal vez ya nunca nos veamos —arriesgué temerosa.

Él se rió bajito.

—Ciertamente tú volverás.

Tuve la nítida impresión de que él intentaba sugerirme el regreso como una orden. Me había dicho un día: «Las almas débiles como la tuya son fácilmente llevadas a cualquier locura con tan sólo una mirada por almas fuertes como la mía». Sin embargo, ciega como estaba, me alegré con este pensamiento. Y, olvidando que él mismo ya había afirmado su indiferencia hacia mí, me aferré a esa posibilidad: «Si me sugiere que lo busque un día… ¿No es porque me quiere?».

Le pregunté, intentando sonreír:

—¿Volver? ¿Para qué?

—Tu educación… Todavía no está completa.

Caí dentro de mí misma, en un pesado desaliento que me dejó lasa y vacía por unos momentos. Sí, era forzoso reconocerlo, él jamás se había perturbado siquiera con mi presencia. Pero, de nuevo, aquella frialdad me excitaba, lo engrandecía ante mis ojos. En una de esas exaltaciones repentinas que se habían

vuelto frecuentes en mí, tuve el deseo de arrodillarme cerca de él, rebajarme, adorarlo. Nunca más, nunca más, pensé asustada. Temí asustada. Temí no soportar el dolor de perderlo.

—Daniel —le dije en voz baja.

Él levantó los ojos y, frente a mi rostro angustiado, los entrecerró, analizándome, comprendiéndome. Hubo un largo minuto de silencio. Yo esperaba y temblaba. Sabía que ese instante era el primero realmente vivo entre nosotros, el primero que nos ataba directamente. De repente, aquel momento me separaba de todo mi pasado y en una singular previsión adiviné que éste se destacaría como un punto rojo en el transcurso de mi vida.

Yo esperaba y en la expectativa, con todos los sentidos atentos, desearía inmovilizar todo el universo, temiendo que una hoja se moviera, que alguien nos interrumpiera, que mi respiración, un gesto cualquiera rompieran el hechizo del momento, se desvaneciera y nos hiciera caer nuevamente en la distancia y en lo vacuo de las palabras. La sangre me latía sordamente en las muñecas, en el pecho, en la cabeza. Las manos heladas y húmedas, casi insensibles. Mi ansiedad me ponía en una tensión extrema, como lista para arrojarme a un remolino, como lista para enloquecer. En un pequeño movimiento de Daniel, exploté casi con un grito, como si él me hubiera sacudido con violencia:

—¿Y si yo regresara?

Recibió la frase con desagrado, como siempre en que «mi intensidad de animal lo ofendía». Fijó sus ojos en mí y progresivamente sus rasgos se transformaron. Enrojecí. La constante preocupación de alcanzar sus pensamientos no me había concedido el poder de penetrar en los más importantes, pero había adiestrado mi intuición en cuanto a los menores. Yo sabía que, para que Daniel se apiadara de mí, yo debería mostrarme ridícula. Ni el hambre ni la miseria de alguien lo conmovían más que la falta de estética. Los cabellos sueltos, húmedos de sudor, me caían sobre el rostro enrojecido y el dolor, al que mi fisonomía, durante largos años calmada, aún no se había habituado, debería encorvar mis facciones, impregnarles una nota grotesca. En el momento más grave de mi vida yo me presentaba ridícula, lo decía la mirada de disgusto de Daniel.

Permaneció en silencio. Y, como después de una larga explicación, agregó, con la voz lenta y serena:

—Y además, tú me conoces más de lo que sería necesario para vivir conmigo. Ya he hablado mucho —una pausa. Encendió el cigarro sin prisa. Me miró muy al fondo de los ojos y con una medio sonrisa concluyó—: Yo te odiaría el día en que

nada más tuviera que decírtelo.

Ya había sido bastante pisoteada para no sentirme herida. Era la primera vez, no obstante, que él me rechazaba claramente, a mí, a mi cuerpo, a todo lo que yo poseía y que le ofrecía con los ojos cerrados.

Aterrorizada con mis propias palabras que me arrastraban independientes a mí, proseguí con humildad, intentando agradarlo.

—¿Contestarás al menos mis cartas?

Él tuvo un imperceptible movimiento de impaciencia. Pero me respondió, con la voz controlada, apacible:

—No. Lo cual no impide que tú me escribas.

Antes de retirarme, me besó. Me besó en los labios, sin que mi inquietud se apaciguara. Porque lo hacía por mí. Y mi deseo era que él sintiera placer, que se humanizara, se humillara.

Mamá se alivió con rapidez. Y yo había regresado con Jaime, definitivamente.

Retomé la vida anterior. Sin embargo, me movía como una ciega, en una especie de somnolencia que tan sólo se sacudía de mí mientras le escribía a Daniel. Nunca recibí una palabra suya. Nada más aguardaba. Y seguía escribiendo.

A veces, mi estado se agravaba y cada instante se tornaba doloroso como una pequeña flecha que se clavaba en mi cuerpo. Pensaba en huir, en correr hacia Daniel. Caía en una fiebre de movimientos que en vano procuraba disciplinar en trabajos caseros para no despertar la atención de Jaime y de la criada.

Seguía un estado de lasitud en que sufría menos. Pero, incluso en ese periodo, no me sosegaba completamente. Me escrutaba atenta: «¿Volvería eso?». Me refería a la tortura con palabras vagas, como si de este modo la alejara.

En momentos de mayor lucidez, me acordaba de que él me había dicho un día:

—Es necesario saber sentir, pero también saber cómo dejar de sentir, porque si la experiencia es sublime, se puede volver igualmente peligrosa. Aprende a encantar y a desencantar. Observa, te estoy enseñando algo que es precioso: la magia opuesta al «ábrete, Sésamo». Para que un sentimiento pierda el perfume y deje de intoxicarnos, nada hay mejor que exponerlo al sol.

Había intentado pensar en lo que había sucedido con nitidez y objetividad para reducir mis sentimientos a un esquema, sin perfume, sin entrelineas. Vagamente me parecía una traición. A Daniel, a mí misma. Lo había intentado,

afortunadamente. Simplificando mi historia, en dos o tres palabras, exponiéndola al sol, me parecía realmente irrisoria, pero no me contagiaba la frialdad de mis pensamientos y más bien imaginaba que se trataba del caso de una mujer desconocida con un hombre desconocido. No, éstos nada tenían que ver con la opresión que me aplastaba, con aquella nostalgia dolorosa que me desorbitaba los ojos y aturdía la mente… E incluso, lo había descubierto, temía liberarme. «Eso» había crecido demasiado dentro de mí, me llenaba. Quedaría desamparada si me curara. Al final, ¿qué era lo que ahora sentía, sino un reflejo? Si aboliera a Daniel, sería un espejo blanco.

Me había tornado vibrante, extrañamente sensible. No soportaba más aquellas amenas tardes en familia que anteriormente tanto me habían distraído.

—Hace calor, ¿verdad, Cristina? —decía Jaime.

—Hace dos semanas que estoy intentando esta puntada y no la logro —decía mamá.

Jaime atajaba, desperezándose:

—Imagina, hacer ganchillo con un tiempo de éstos.

—El demonio no es hacer ganchillo, es estarse rompiendo la cabeza para hallar la tal puntada —replicaba papá.

Pausa.

—Mercedes acabará también comprometida con ese muchacho —informaba mamá.

—Incluso fea como es —respondía papá distraído, dándole vuelta a la hoja del periódico.

Pausa.

—El jefazo decidió ahora usar el sistema de envío de la…

Yo disimulaba la angustia e inventaba un pretexto para retirarme por unos momentos. En la habitación mordía el pañuelo, sofocando los gritos de desesperación que amenazaban mi garganta. Caía en la cama, con el rostro hundido en la almohada grande, esperando que algo sucediera y me salvara… Empezaba a odiarlos, a todos. Y deseaba abandonarlos, huir de ese sentimiento que se desarrollaba a cada instante, mezclado a una insoportable piedad de ellos y de mí misma. Como si todos juntos fuéramos víctimas de la misma e irremediable amenaza.

Intentaba reconstituir la imagen de Daniel, rasgo por rasgo. Me parecía que si lo recordara nítidamente tendría una especie de poder sobre él. Retenía la respiración, me estiraba, me apretaba los labios. Un momento… Un momento más

y lo tendría, gesto por gesto… Su figura ya se formaba, nebulosa… Y finalmente, poco a poco, desolada, yo la percibía desvanecerse. Tenía la impresión de que Daniel huía de mí, sonriendo. Sin embargo, su presencia no me abandonaba. Una vez, estando con Jaime, yo la había sentido y me ruboricé. Lo había imaginado que nos miraba, con su sonrisa calmada e irónica:

—Bien, veamos, una pareja feliz…

Me había estremecido de vergüenza y durante varios días apenas lograba soportar la sombra de Jaime. Pensaba en Daniel, con mayor intensidad aún. Frases suyas giraban dentro de mí como un torbellino. Una u otra se destacaba y me perseguía horas y horas. «La única actitud digna de un hombre es la tristeza, la única…».

Lejos de él, empezaba a comprenderlo mejor. Me acordaba de que Daniel no sabía realmente reír. A veces, cuando yo decía algo gracioso y si lo sorprendía distraído, veía su rostro como si se partiera, con una mueca que contrariaba aquellas arrugas nacidas únicamente del dolor y de la meditación. Un aire a un tiempo infantil y cínico, indecente casi, como si él estuviera haciendo algo prohibido, como si estuviera engañando, robándole a alguien.

Yo no soportaba verlo en esos instantes raros. Bajaba la cabeza, vejada, llena de una piedad que me hacía mal. Realmente él no sabía ser feliz. Tal vez nunca se lo hubieran enseñado, ¿quién sabe? Siempre tan solo, desde la adolescencia, tan lejos de cualquier gesto amigo. Hoy, sin odio, sin amor, con indiferencia solamente, de cuánta bondad yo sería capaz.

Pero en aquel tiempo… ¿Lo temía? Sentía tan sólo que él surgiera en cualquier momento, una expresión suya haría que lo siguiera para siempre. Soñaba con ese instante, imaginaba que, a su lado, me liberaría de él. ¿Amor? Deseaba acompañarlo, para estar del lado más fuerte, para que él me preservara, como quien se anida en los brazos del enemigo para estar lejos de sus flechas. Era diferente del amor, lo descubría: yo lo quería como quien tiene sed y desea el agua, sin sentimientos, sin ganas realmente de felicidad.

A veces me concedía otro sueño, sabiéndolo más imposible aún: él me amaría y yo me vengaría, sintiéndome… No, no superior, pero igual a él. Porque, si me quisiera, estaría destruida aquella frialdad suya poderosa, su desdén irónico e inquebrantable que tanto me fascinaba. En cuanto a eso, yo nunca podría ser feliz. Él me perseguía.

Sí, sé que lo repito, qué error, confundo hechos y pensamientos en esta corta narrativa. Sin embargo, incluso así, con qué esfuerzo reúno sus elementos y los

arrojo sobre el papel. Ya dije que no soy inteligente ni culta. Y tan sólo sufrir no basta.

Sin hablar, con los ojos cerrados, hay algo debajo de mi pensamiento, más profundo y más fuerte, que pretende reconstruir lo que pasó y que, en un huidizo instante, lo veo con nitidez. Pero mi cerebro es débil y no logro transformar ese minuto vivo en una reflexión.

Sin embargo, todo es verdad. Y debo reconocer otros sentimientos aún, igualmente verdaderos. Muchas veces, pensando en él, en una transición lenta, me veía sirviéndolo como una esclava. Sí, lo admitía, trémula y asustada: yo, con un pasado estable, convencional, nacida en la civilización, sentía un placer doloroso en imaginarme a sus pies, como esclava… No, no era amor. Me horrorizaba: era el envilecimiento, envilecimiento… Me sorprendía mirándome al espejo buscando en el rostro algún rasgo nuevo, nacido del dolor, de mi vileza, y que pudiera conducir mi razón a los instintos en tumulto que aún yo no quería aceptar. Procuraba aliviar mi alma, mortificándome, susurrando entre los dientes apretados: «Vil… despreciable…». Me respondía, pusilánime: «Pero, dios mío (con letra minúscula como él me había enseñado), yo no soy culpable, yo no soy culpable…». ¿De qué? Yo no lo podía definir. Algo horrible y fuerte crecía dentro de mí, algo que me aterraba. Era tan sólo eso lo que sabía.

Y confusamente, delante de su recuerdo, me encogía, me unía a Jaime, acogiéndolo con cariño hacia mí, en el deseo de protegernos, a ambos, contra él, contra su fuerza, contra su sonrisa. Porque, sabiendo afortunadamente que estaba lejos, lo imaginaba presenciando mis días y sonriendo a algún pensamiento secreto, de esos que yo apenas adivinaba su existencia, sin jamás lograr penetrar el sentido. Procuraba, después de tanto tiempo, más de un año, como para justificarme, a Jaime y nuestra vida burguesa, de tal modo él se había apoderado de mi alma. Aquellas largas charlas en las que yo tan sólo lo oía, aquella llama que se encendía en mis ojos, aquella mirada lenta, pesada de conocimiento, bajo los párpados gruesos, me habían fascinado, habían despertado en mí sentimientos oscuros, el deseo doloroso de profundizar en no sé qué, para alcanzar no sé qué cosa… Y sobre todo habían despertado en mí la sensación de que en mi cuerpo y en mi espíritu palpitaba una vida más profunda y más intensa que la que yo vivía.

De noche, sin dormir, como si hablara con alguien invisible, me decía bajito, vencida: «Concuerdo, concuerdo que mi vida es confortable y mediocre, concuerdo, es pequeño todo lo que tengo». Sentía que meneaba su cabeza benevolente. «¡No puedo, no puedo!», me gritaba a mí misma, abarcando en ese

lamento mi imposibilidad de dejar de quererlo, de continuar en aquel estado, de, principalmente, seguir los caminos grandiosos que él había empezado a mostrarme y donde yo me perdía, minúscula y desamparada.

Había sabido de vidas ardientes, pero había vuelto a mí misma, trivial. Él me había dejado entrever lo sublime y había exigido que también yo me quemara en el fuego sagrado. Yo me debatía sin fuerzas. Todo lo que yo había aprendido con Daniel me hacía ver únicamente la pequeñez de mi vida cotidiana y maldecirla. Mi educación no había terminado, él bien lo había dicho.

Me sentía sin apoyo, intentaba evadirme con lágrimas.

No obstante, mi actitud frente al sufrimiento era aún de perplejidad.

¿Cómo tuve fuerzas para destruir todo lo que había sido, para herir a Jaime, tornar infelices a papá y a mamá, ya viejos y cansados?

En el periodo que antecedió a mi resolución, como en los que preceden a la muerte, en ciertas enfermedades, tuve momentos de tregua.

En aquel día, Dora, una amiga, había venido a mi casa para ver si me distraía de unos dolores de cabeza, que yo ponía como pretexto para abandonarme libremente a la melancolía, sin que me inquietara. Fue una frase suya, si mal no recuerdo, la que me precipitó hacia Daniel por otros caminos.

—Querida, tú necesitas oír hablar a Armando sobre música. Tú dirías que él habla del platillo más sabroso del mundo o de la mujer más «no sé qué». Con una versatilidad, como si masticara cada notita y tirara los huesos…

Pensé en Daniel, que, por lo contrario, todo lo inmaterializaba. Incluso en su único beso, yo había imaginado recibirlo sin labios. Me estremecí: no empobrecería su memoria. Pero otro pensamiento continuó lúcido e imperturbable: él decía que el cuerpo era un accesorio. No, no. Un día había mirado con repugnancia y censura mi blusa que palpitaba después de la carrera para tomar el autobús. Repugnancia, ¡no! Él me había dicho, continuaba el otro pensamiento frío: «Tú comes chocolate como si fuera la cosa más importante del mundo. Tú tienes un gusto horrible por las cosas». Él comía como quien arruga un pedazo de papel.

Repentinamente, tuve conciencia de que mucha gente se reiría de Daniel, con una de esas risas orgullosas y ambiguas que los hombres se lanzan unos a otros. Tal vez yo misma lo despreciara si no estuviera enfermo… Ante ese pensamiento, algo se rebeló dentro de mí, extrañamente: Daniel…

Me sentía repentinamente exhausta, ya sin fuerzas para seguir. Cuando sonó el teléfono. Es Jaime, pensé. Era como si yo huyera de Daniel… Ah, un apoyo.

Contesté, ávida.

—¿Sí, Jaime?

—¿Cómo sabías que era yo? —habló su voz gangosa y risueña.

Como si me hubieran echado agua fresca en el rostro. Jaime. Mis nervios se relajaron. Jaime, tú existes. Eres real. Tus manos son fuertes, me aceptan. A ti también te gusta el chocolate.

—¿Vas a tardar?

—No, hija. Llamaba para saber si quieres algo de la ciudad.

Luché todavía un instante para no analizar su frase distraída. Porque últimamente todo lo comparaba a lo que de bello y profundo me había dicho Daniel. Y apenas me sosegaba, cuando concordaba con el Daniel invisible: sí, él es trivial, mediocremente, increíblemente feliz…

—No quiero nada. Pero vente ya, ¿vale? (Ya, querido, antes de que Daniel venga, antes de que yo cambie, ¡ya!). ¡Bueno! ¡Bueno! Escucha, si quieres traer algo, compra bombones… chocolate… Sí. Sí. Hasta luego.

Cuando Dora se despidió, me puse frente al espejo y me arreglé como hace meses no lo hacía. Pero la ansiedad me quitaba la paciencia, me dejaba los ojos brillantes, los movimientos rápidos. Sería una prueba, la prueba final.

Cuando él apareció, cesó de repente mi inquietud. Sí, pensé profundamente aliviada, estaba calmada, casi feliz: Daniel no había surgido. Él notó el cambio en el peinado, las uñas. Me besó despreocupado. Le agarré las manos, las pasé por mis mejillas, por la cabeza.

—¿Qué tienes, Cristina? ¿Qué te sucede?

No respondí, pero miles de campanillas repicaron dentro de mí. Mi pensamiento vibró como un grito agudo: «Sólo eso, sólo eso, ¡me voy a liberar! ¡Soy libre!».

Nos sentamos en el sofá. Y en el silencio de la sala, sentí paz. Nada pensaba y me apoyaba en Jaime con serenidad.

—¿No podríamos quedarnos así la vida entera?

Él se rió. Alisó mis manos.

—¿Sabes? Me gustas más sin el barniz en las uñas…

—Concedido el pedido, mi señor.

—Pero no fue un pedido: fue una orden…

Después de nuevo el silencio, venteándome los oídos, los ojos, quitándome las fuerzas. Estaba bien, suavemente bien. Él pasó las manos sobre mis cabellos.

Entonces, como si una lanza me hubiera traspasado la espalda, me enderecé

repentinamente en el sofá, abrí los ojos, los fijé, dilatados, en el aire…

—¿Qué pasa? —me preguntó Jaime inquieto.

Sus cabellos… Sí, sí, pensé con una ligera sonrisa de triunfo, sus cabellos eran negros… Los ojos… Un momento… Los ojos… ¿Negros también?

Esa misma noche, decidí irme.

Y, de repente, no pensé más en el asunto, estuve despreocupada, le hice agradable la velada a Jaime. Me acosté serena y dormí hasta el día siguiente, como no lo había hecho hacía mucho.

Esperé a que Jaime se fuera al trabajo. Mandé a la criada a su casa, de descanso. Acomodé en una pequeña maleta lo esencial.

Antes de salir, sin embargo, se volatilizó repentinamente mi serenidad. Movimientos inútiles, repetidos, pensamientos rápidos y atropellados. Me parecía que Daniel estaba junto a mí, su presencia era casi palpable: «Estos ojos tuyos dibujados en la superficie del rostro, con un pincel fino, poca tinta. Minuciosos, claros, incapaces de hacer bien o mal…».

En una inspiración súbita, decidí dejarle una nota a Jaime, una nota que lo hiriera como Daniel lo habría herido. Que lo dejara perturbado, aplastado. Y, únicamente con el orgullo de mostrarle a Daniel que yo era «fuerte», sin ningún remordimiento, la escribí deliberadamente, intentando hacerme sentir lejana e intangible: «Me voy. Estoy cansada de vivir contigo. Si no logras comprenderme, por lo menos confía en mí: te digo que merezco ser perdonada. Si fueras más inteligente, te lo diría: no me juzgues, no perdones, nadie es capaz de hacerlo. Sin embargo, para tu paz, perdóname».

Ocupé silenciosamente mi lugar junto a Daniel.

Gradualmente me apoderé de su vida diaria, lo sustituí, como una enfermera, en sus movimientos. Cuidé sus libros, su ropa, volví más claro su ambiente.

Él no me lo agradecía. Lo aceptaba simplemente, como aceptaba mi compañía.

En cuanto a mí, desde el instante en que al bajar del tren me aproximé a Daniel sin ser repelida, mi actitud fue una solamente. Ni de alegría por él ni de remordimientos por Jaime. Ni propiamente de alivio. Era como si volviera a mi fuente. Como si anteriormente me hubieran cortado de una roca, nacida a la vida

como mujer, y después retornara a mi verdadera matriz, como un último suspiro, con los ojos cerrados, serena, inmovilizándome para la eternidad.

No reflexionaba sobre la situación, pero cuando la analizaba alguna vez, era siempre del mismo modo: vivo con él y es todo. Permanecía junto al poderoso, al que *sabía*, eso me bastaba.

¿Por qué no duró siempre aquella muerte ideal? Un poco de clarividencia, en ciertos momentos, me advertía de que la paz sólo podría ser pasajera. Adivinaba que no siempre me bastaría vivir a Daniel. Y profundizaba más en la existencia, concediéndome treguas, aplazando el momento en que yo misma buscaría la vida, para *descubrirla* sola, por medio de mi propio sufrimiento.

Mientras tanto lo asistía únicamente y reposaba.

Los días transcurrían, los meses caían unos sobre otros.

El hábito se instaló en mi existencia y, ya guiada por éste, me ocupaba minuto a minuto de Daniel. Ya no lo oía trémula, exaltada, como anteriormente. Yo había entrado en él. Nada me sorprendía ya.

Nunca sonreía, no había aprendido de la alegría. Sin embargo, no me alejaría de su vida ni para ser feliz. Yo no lo era, pero tampoco era infeliz. De tal modo yo me había incorporado a la situación que de ésta no recibía más estímulos y sensaciones que me permitieran vocalizarla.

Tan sólo un temor perturbaba mi extraña paz: que Daniel mandara que me fuera. A veces, cosiendo silenciosamente su ropa a su lado, presentía que él iba a hablar. Abandonaba la costura sobre el regazo, empalidecía y esperaba su orden:

—Te puedes ir.

Y cuando, finalmente, lo oía decir cualquier cosa o reírse de mí por algún motivo, volvía a tomar la tela y continuaba el trabajo, con los dedos trémulos por algunos instantes.

El fin, sin embargo, estaba próximo.

Un día que salí temprano, por un accidente que hubo en una de las carreteras, me demoré demasiado fuera de casa. Cuando volví al cuarto, lo encontré irritado, con los ojos fijos en cualquier punto, mudo a mis buenas noches. Aún no había cenado y como yo, llena de remordimientos, le pidiera que comiera algo, guardó un largo silencio a propósito y finalmente informó, escrutando con cierto placer mi inquietud: tampoco había almorzado. Corrí a preparar café, mientras él conservaba el mismo aire gruñón, un poco infantil, observando de soslayo mis

movimientos apresurados al preparar la mesa.

De repente abrí los ojos, sorprendida. Por primera vez descubría que ¡Daniel me necesitaba! Yo me había vuelto necesaria al tirano… Él, lo sabía ahora, no me despediría…

Recuerdo que me detuve con la cafetera en la mano, desorientada. Daniel seguía sombrío, con una queja muda contra mi descuido involuntario. Sonreí, un poco tímida. Entonces… ¿él me necesitaba? No sentía alegría, sino como una desilusión: bien, pensé, terminó mi función. Me asusté sobre aquella reflexión inesperada e involuntaria.

Había ejercido ya mi tiempo como esclava. Tal vez siguiera siéndolo, sin rebelarme, hasta el final de la vida.

Pero servía a un dios… Y Daniel había flaqueado, se había desencantado. ¡Me necesitaba! Repetí mil veces después, con la sensación de haber recibido un bello y enorme regalo, demasiado grande para mis brazos y para mi deseo. Y lo más extraño es que a esta impresión la acompañaba otra, absurdamente nueva y fuerte. Estaba libre, lo descubrí finalmente…

¿Cómo hacerme entender? ¿Por qué de inicio era aquella ciega integración? ¿Y después la casi alegría de la liberación? ¿De qué materia estoy hecha donde se entrelazan pero no se funden los elementos y la base de otras mil vidas? Sigo todos los caminos y ninguno de ellos es todavía el mío. Fui moldeada en tantas estatuas y no me inmovilicé…

De ahí en adelante, sin que lo deliberara, descuidé imperceptiblemente a Daniel. Y ya ahora no aceptaba su dominio. Me resignaba únicamente.

¿Para qué narrar pequeños hechos que demuestren mi progresiva caminata hacia la intolerancia y hacia el odio? Se sabe bien qué poco basta para transformar la atmósfera en que viven dos personas. Un pequeño gesto, una sonrisa se prenden como un anzuelo a uno de los sentimientos que reposan como bolas de estambre en el fondo de las aguas sosegadas y lo llevan a la superficie, lo hacen gritar por encima de los demás.

Seguimos viviendo. Y ahora degustaba, día tras día, el principio mezclado al sabor del triunfo, el poder de mirar de frente hacia el ídolo.

Él percibió mi transformación y, si de inicio se retrajo sorprendido con mi valor, retornó al yugo antiguo con más violencia, listo para no dejarme escapar. Encontraría, no obstante, mi propia violencia. Nos armamos y éramos dos fuerzas.

Apenas respirábamos en el cuarto. Nos movíamos como dentro del peligro, en espera de que éste se concretara y nos cayera encima, por la espalda. Nos

volvimos astutos, procurando mil intenciones en cada palabra proferida. Nos heríamos a cada momento y establecimos la victoria y la derrota. Me tomé cruel. Él se tomó débil, se mostró como realmente era. Había ocasiones en que casi por un pelo no me pedía apoyo, confesando el aislamiento en que mi liberación lo había dejado y que, después de mí, no sabía soportar ya. Yo misma, en un rápido desfallecimiento de fuerzas, a veces deseaba tenderle la mano. Sin embargo, habíamos avanzado demasiado lejos y, orgullosos, no podríamos retroceder. Nos sustentaba, ahora, la lucha. Como un niño enfermo, se mostraba cada vez más caprichoso. Cualquier palabra mía era el comienzo de una ruda discusión. Descubrimos más tarde aún otro recurso: el silencio. Apenas nos hablábamos.

¿Y por qué entonces no nos separábamos, una vez que ningún lazo serio nos ataba? Él no me lo proponía porque se había acostumbrado a mi ayuda e igualmente no lograría vivir ya sin alguien sobre quien ejerciera poder, para quien fuera un rey, dado que no lo era en parte alguna. Y tal vez incluso ya amara mi compañía, él que siempre había sido tan solitario. En cuanto a mí: sentía placer en odiarlo.

Hasta las nuevas relaciones fueron invadidas por la costumbre. (Viví con Daniel cerca de dos años). Ya ahora realmente ni lo odio. Estábamos cansados.

Una vez, luego de una semana de lluvia que nos había aprisionado durante días juntos en el cuarto, agotando hasta el límite nuestros nervios, de una vez se dio la conclusión.

Fue en un atardecer, precozmente sombrío. La lluvia goteaba monótonamente afuera. Poco habíamos hablado durante el día. Daniel, con su rostro blanco sobre la bufanda oscura en el cuello, miraba por la ventana. El agua había empañado los vidrios; sacó el pañuelo y, atentamente, como si de repente el hecho creciera en importancia, se puso a limpiarlos. Los movimientos eran minuciosos y cuidados, traicionando el esfuerzo que le costaba contener la irritación. Yo lo observaba, de pie, junto al sofá. El tictac del reloj latía dentro del cuarto, jadeante.

Entonces, como si continuara una discusión, hablé para mi sorpresa:

—Pero esto no puede seguir…

Se volvió y deparé con sus ojos fríos, tal vez curiosos, ciertamente irónicos. Toda mi rabia se concentró en ese momento y me pesó en el pecho como una piedra.

—¿De qué te ríes? —le pregunté.

Él siguió clavándome la mirada y volvió a limpiar los vidrios de la ventana. De repente se acordó y contestó:

—De ti.

Me asusté. Cómo era osado. Sentí miedo de la audacia con la que me desafiaba. Retorné pausadamente:

—¿Por qué?

Él se inclinó un poco y sus dientes brillaron en medio de la oscuridad. Lo descubrí terriblemente bello, sin que me conmoviera el hallazgo.

—¿Por qué? Ah, porque… Es que tú y yo… indiferentes o con odio… Esta discusión que no se relaciona propiamente con nosotros, que no nos hace vibrar… Una desilusión.

—Pero ¿por qué de mí, entonces? —continué obstinada—. ¿No somos dos?

Limpió una gotita que había escurrido por el parapeto.

—No. Estás sola. Siempre estuviste sola.

¿Sería tan sólo un medio para herirme? Entretanto me sorprendí, me asusté como si hubiera sido robada. Dios mío, entonces… ¿Ninguno de los dos creía ya en aquello que nos ataba?

—¿Tienes miedo de la verdad? Ni sentimos odio el uno por el otro. De esa manera seríamos casi felices. Seres de contenido fuerte. ¿Quieres una prueba? No me matarías, porque después no sentirías ni placer ni dolor. Solamente eso: ¿Pa' qué?

Yo no podía dejar de notar la inteligencia con que él penetraba la verdad. Pero las cosas se precipitaron, ¡cómo se precipitaron!, pensaba.

Se forjó un silencio. El reloj tocó las seis de la tarde. De nuevo el silencio.

Respiré con fuerza, profundamente. Mi voz salió baja y pesada:

—Me voy.

Tuvimos los dos un pequeño movimiento rápido, como si la lucha debiera empezar. Después nos encaramos sorprendidos. ¡Estaba dicho! ¡Estaba dicho!

Repetí triunfante, trémula:

—Me voy, Daniel —me aproximé a la palidez de su fino rostro, los cabellos parecían excesivamente negros—. ¡Daniel —lo sacudí del brazo—, me voy!

Él no se movió. Tuve entonces conciencia de que mi mano agarraba su brazo. Mi frase había abierto tal distancia entre nosotros que yo no soportaba siquiera su contacto. La retiré con un movimiento tan brusco y repentino que el cenicero salió disparado, haciéndose añicos en el suelo.

Me quedé un rato mirando los pedazos. Después levanté la cabeza, repentinamente serenada. También él se había inmovilizado, como fascinado por la rapidez de la escena, olvidado de cualquier máscara. Nos encaramos un

momento, sin cólera, con los ojos desarmados, buscando, llenos ahora de curiosidad casi amiga, el fondo de nuestras almas, nuestro misterio que debería ser el mismo. Desviamos la mirada al mismo tiempo, perturbados.

—Los encarcelados —dijo Daniel intentando darle un tono ligero y desdeñoso a las palabras.

Fue el último instante de simpatía que tuvimos juntos.

Hubo una larguísima pausa, de esas que nos sumergen en la eternidad. Todo se había detenido alrededor de nosotros.

Con un nuevo suspiro, retorné a la vida.

—Me voy.

Él no tuvo ningún gesto.

Me dirigí hacia la puerta y en el umbral me detuve nuevamente. Le veía la espalda, la cabeza oscura levantada, como si mirara hacia al frente. Repetí, con la voz singularmente hueca:

—Me voy, Daniel.

Mi madre había muerto de un ataque al corazón, ocasionado por mi partida. Papá se había refugiado con un tío mío, en el interior del Estado.

Jaime me aceptó de regreso.

Nunca me hizo muchas preguntas. Él deseaba sobre todo la paz. Regresamos a nuestra antigua vida, aunque él nunca más se aproximó completamente a mí. Me adivinaba diferente a él y mi «desliz» lo atemorizaba, lo hacía respetarme.

En cuanto a mí, continúo.

Ya ahora sola. Para siempre sola.

El delirio

El sol está alto y fuerte cuando se levanta. Busca las pantuflas debajo de la cama, palpando con los pies, mientras se abriga en el pijama de franela. El sol empieza a cubrir el ropero, reflejando en el suelo el amplio cuadrado de la ventana.

Siente la cabeza endurecida en la nuca, los movimientos tan difíciles. Los dedos de los pies son cualquier cosa helada, impersonal. Y los maxilares sujetos, cerrados. Va hasta el lavabo, llena las manos de agua, bebe ávidamente y ésta se menea dentro de él como en un frasco vacío. Se moja la cabeza y respira desahogado.

Desde la ventana observa la calle clara y con movimiento. Los chiquillos juegan a las canicas a la puerta de la Confitería Mascote, un carro toca el claxon junto al bar. Las mujeres, con la bolsa en la mano, sudadas, vienen del mercado. Pedazos de nabos y lechugas se mezclan con el polvo de la calle estrecha. Y el sol, puro y cruel, extendido por encima de todo.

Se aleja con disgusto. Vuelve hacia dentro, mira la cama revuelta, tan familiar después de la noche insomne… La Virgen Madre destaca ahora, nítida y dominante, bajo la luz del día. Con las sombras, ella también como un bulto, es más fácil no creer. Va caminando despacio, arrastrando las piernas desganadas, levanta las sábanas, golpea la almohada grande y se mete de nuevo, con un suspiro. Se vuelve tan humilde delante de la calle viva y del sol indiferente… En su cama, en su cuarto, con los ojos cerrados, él es rey.

Se encoge profundamente, como si en el exterior lloviera, lloviera, y aquí unos brazos silenciosos y tibios lo atrajeran y lo transformaran en un niño pequeño, pequeño y muerto. Muerto. Ah, es el delirio… Es el delirio. Una luz muy suave se expande sobre la Tierra como un perfume. La luna se diluye lentamente y un sol-niño se despereza con los brazos traslúcidos… Frescos murmullos de aguas puras que se abandonan a los declives. Un par de alas danza en la atmósfera rosada. Silencio, mis amigos. El día va a nacer.

Un quejido lejano viene subiendo desde el cuerpo de la Tierra… Hay un pájaro que huye, como siempre. Y ésta, jadeante, se rompe de repente con un estruendo, en una amplia herida… ¡Ancha como el océano Atlántico y no como un río loco! Vomita borbotones de barro a cada grito.

Entonces el sol endereza el tronco y surge entero, poderoso, sangriento. Silencio, amigos. Mis grandes y nobles amigos, vais a asistir a una lucha milenaria. Silencio. Shhh…

De la tierra rasgada y negra, surgen uno a uno, ligeros como un soplo de un niño dormido, pequeños seres de luz pura, apenas tocando en el suelo los pies transparentes… Colores lilas flotan en el espacio como mariposas. Delgadas flautas se levantan hacia el cielo y melodías frágiles revientan en el aire como burbujas. Las formas róseas continúan brotando de la tierra herida.

De repente, un nuevo rugido. ¿La Tierra está teniendo hijos? Las formas se disuelven en el aire, asustadas. Las corolas se marchitan y los colores oscurecen. Y la Tierra, con los brazos contraídos de dolor, se abre con nuevas grietas negras. Un fuerte olor a barro triturado se arrastra en una densa humareda.

Un siglo de silencio. Y las luces reaparecen tímidas, todavía trémulas. De las grutas jadeantes y sangrientas nacen otros seres, ininterrumpidamente. El sol desgaja las nubes y salpica un tibio brillo. Las flautas deshilan cantos agudos como suaves carcajadas y las criaturas ensayan una danza ligerísima… Sobre las heridas oscuras pululan flores menudas y olorosas…

La Tierra continuamente agotada se marchita, se marchita en dobleces y arrugas de carne muerta. La alegría de los nacidos está en su auge y el aire es puro sonido. Y la Tierra envejece rápida… Nuevos colores emergen de las desgarraduras profundas. El globo gira ahora lentamente, lentamente, cansado. Muriendo. Un pequeño ser de luz nace todavía, como un suspiro. Y la Tierra se sume.

Sus hijos se asustan… Interrumpen las melodías y las danzas ligeras… Aletean en el aire las alas finas en un zumbido confuso.

Todavía brillan un momento. Después desfallecen exhaustos y, en una ciega línea recta, se sumergen vertiginosamente en el Espacio…

¿De quién fue la victoria? Se yergue un hombre pequeñito, desde la última fila. Dice, con la voz en eco, extrañamente perdida:

—Yo puedo informar quién ganó.

Todos gritan, repentinamente furiosos.

—¡La jaula no se manifiesta! ¡La jaula no se manifiesta!

El hombrecito se intimida; no obstante, continúa:

—¡Pero yo sé! Yo sé: la victoria fue de la Tierra. Fue su venganza, fue la venganza…

Todos lloran. «Fue la venganza» se aproxima, se aproxima, se agiganta cerca de todos los oídos hasta que revienta en un rabioso fragor. Y en el silencio brusco, el espacio está repentinamente gris y muerto.

Abre los ojos. La primera cosa que ve es un pedazo de madera blanca. Mirando hacia delante observa nuevas tablas, todas iguales. Y en medio de todo, colgando, un animal raro que brilla, brilla y mete las uñas largas y centelleantes en sus pupilas, hasta alcanzar la nuca. Es verdad que si baja los párpados, la araña recoge las uñas y se reduce a una mancha roja e inmóvil. Pero es una cuestión de honor. Quien se debe retirar es el monstruo. Grita y apunta:

—¡Salte! ¡Tú eres de oro, pero salte!

La muchacha morena, con vestido claro, se levanta y dice:

—Pobrecito. La luz lo está molestando.

La apaga. Él se siente humillado, profundamente humillado. ¿Entonces? Sería tan fácil explicar que era un foco… Sólo para herirlo. Vuelve la cabeza hacia la pared y empieza a llorar. La muchacha morena da un pequeño grito:

—¡Pero no haga eso, mi bien!

Pasa la mano por su cabeza, la alisa despacio. Mano fresca, pequeña, que va dejando tras de sí una porción donde ya no permanece el pensamiento. Todo estaría bien si las puertas no golpearan tanto. Él dice:

—La Tierra se marchitó, muchacha, se marchitó. Yo ni sabía que dentro de ella hubiera tanta luz…

—Pero ya la he apagado… Vea si puede dormir.

—¿La has apagado? —Procura mirarla a través de la oscuridad—. No, se apagó por sí misma. Ahora tan sólo quisiera saber esto: si la Tierra pudiera haber escogido, ¿se negaría a crear, solamente para no morir?

—Pobre… Está pero con mucha fiebre. Si durmiera, estoy segura de que mejoraba.

—Después se vengó. Porque los seres creados se sentían tan superiores, tan libres, que imaginaron poder pasar sin ella. Pero siempre se venga.

La muchacha morena ahora mezcla sus dedos con sus cabellos húmedos, le revuelve las ideas con movimientos suaves. Él la toma del brazo, recorre sus

dedos por aquellos dedos finos. La palma es blanda. Junto a la uña, un poco áspera. Recarga la boca en su dorso y la va pasando por todos los caminos, minuciosamente, con los ojos muy abiertos en la oscuridad. La mano procura huir. Él la retiene. Ésta permanece. El pulso, fino y tierno, hace tic tic tic. Es una palomita que él ha aprisionado. La palomita está asustada y su corazón hace tic tic tic.

—¿Éste es un momento? —pregunta en voz muy alta—. No, no lo es ya. ¿Y éste? Ahora ya tampoco. Sólo se tiene el momento que viene. El presente ya es pasado. Estira los cadáveres de los momentos muertos encima de la cama. Cúbrelos con una sábana blanca, ponlos en un ataúd de niño. Ellos murieron chiquitos todavía, sin pecado. ¡Yo quiero los momentos adultos!… Muchacha, aproxímate, yo quiero confiarte un secreto: muchacha, ¿qué es lo que hago? Ayúdame, que mi tierra se está marchitando… ¿Después qué va a ser de mi luz?

El cuarto está tan oscuro. ¿Dónde está la Virgen Madre que la tía le metió en la maleta, antes de venirse? ¿Dónde está? Siente al principio algo moviéndose junto a él. Entonces en su boca enjuta dos labios frescos se posan levemente, después con más firmeza. Ahora sus ojos ya no queman. Ahora sus sienes dejan de latir porque dos mariposas húmedas flotan sobre ellas. Vuelan enseguida.

Él se siente bien, con mucho, mucho sueño…

—Muchacha…

Se duerme.

Está ahora en la terraza de la habitación de doña Marta, la que da hacia el huerto grande. Lo llevaron para allá, lo sentaron sobre una silla de descanso de mimbre, con una manta enrollada en los pies. A pesar de haber sido cargado como un bebé, se cansó. Piensa que incluso un incendio no lo haría levantarse ahora. Doña Marta se seca las manos con el delantal.

—Entonces, joven, ¿cómo sigue de sus piernas? La pensión es mía, tengo el gusto de que usted viva aquí. Pero, negocio aparte, yo le aconsejaría volver al Norte. Únicamente su familia cuidaría de su reposo, de la hora exacta para dormir y comer… Al doctor no le gustó cuando le conté que usted se quedaba con la luz encendida hasta la madrugada, leyendo y escribiendo… No es debido a la electricidad, pero, válgame Dios, eso no es vida de gente…

Él apenas pone atención. No puede pensar mucho, la cabeza queda hueca de repente. Los ojos se sumen, cansados.

Doña Marta guiña un ojo.

—Mi ahijada ha venido a hacerle otra pequeña visita…

La muchacha entra. Él la mira. Ella se confunde, se ruboriza. ¿Qué ha habido, entonces? El siente en las manos el toque de una piel medio áspera. En la cabeza… En los labios… La mira fijamente. ¿Qué sucedió? Su corazón se acelera, late con fuerza. La muchacha sonríe. Permanecen callados y se sienten bien.

Su presencia fue como una suave sacudida. Ahora ya la melancolía lo abandona y, más ligero, tiene el placer de estirarse sobre la silla. Estira las piernas, aparta la manta. Ya no hace frío y la cabeza no está tan vacía. Es verdad que también siente la fatiga que lo sujeta al asiento, blandamente, en la misma posición. Pero se abandona a ésta voluptuosamente, observando con benevolencia ese deseo confuso de respirar mucho, muy fuerte, de descubrirse al sol, de tomar la mano de la muchacha.

Hace tanto tiempo no se observa, nada se concede… Está joven, viéndolo bien, está joven… Sonríe, de pura alegría, casi infantil. Algo suave brota del pecho en ondas concéntricas y se esparce por todo el cuerpo como ondas musicales. Y el buen cansancio… Le sonríe a la muchacha, la mira reconocido, la desea ligeramente. ¿Por qué no? Una aventura, sí… Doña Marta tiene razón. Su cuerpo también reclama sus derechos…

—¿Tú me hiciste antes otra visita? —arriesga.

Ella dice que sí. Se comprenden. Sonríen.

El respira más profundamente, contento consigo mismo. Pregunta animado:

—¿Te acuerdas de cuando el hombrecito de la última fila se levantó y dijo: «Lo sé… y…»?

Se detiene asustado. ¿Qué está diciendo? Frases locas que se escaparon, sin raíces… ¿Entonces? Los dos se quedan serios. Ella, ahora retraída, dice cortésmente, con frialdad:

—No se asuste. Usted tuvo mucha fiebre, deliró… Es natural que no se acuerde del delirio… ni de otra cosa.

Él depara en ella desilusionado.

—Ah, el delirio. Disculpa, al final uno no sabe lo que sucedió realmente y lo que fue mentira…

Ella ahora es una extraña. Fracaso. La mira por detrás, observa su perfil común, delicado.

Pero esa desgana en el cuerpo… El calor.

—Pues yo me acuerdo de todo —dice de repente, resuelto a intentar la aventura de cualquier manera.

Ella se perturba, enrojece de nuevo.

—¿Cómo…?

—Sí —dice más calmado y repentinamente casi con indiferencia—. Me acuerdo de todo.

Ella sonríe. Apenas sabe, piensa él, cuánto significa esta sonrisa: una ayuda para que él entre por un camino más cómodo, en el que se permita más… Doña Marta tal vez tenga razón y, con la suavidad de la convalecencia, concuerda con ella. Sí, piensa un poco reluctante, ser más humano, despreocuparse, vivir. Corresponde a la mirada de la muchacha.

Sin embargo, no experimenta un alivio especial después de la resolución de seguir una vida más fácil. Al contrario, siente una ligera impaciencia, unas ganas de esquivarse como si lo estuvieran empujando. Invoca un pensamiento poderoso que lo haga posar sosegado sobre la idea de modificarse: otra enfermedad de éstas y tal vez quede inutilizado.

Continúa, no obstante, inquieto, con una fatiga previa por lo que seguirá. Busca el paisaje, insatisfecho de repente, sin saber por qué. La terraza se llena de sombras. ¿Dónde está el sol? Todo se ha oscurecido, hace frío. Hay un momento en que siente la oscuridad incluso dentro de él, un vago deseo de diluirse, de desaparecer. No desea pensar, no puede pensar. Sobre todo, no decidir nada mientras tanto. Pospone, cobarde. Aún está enfermo.

La terraza da hacia la arboleda densa. A media luz, los árboles se balancean y gimen como viejecitas resignadas. Ah, se sumirá en la silla infinitamente, sus piernas se irán a deshacer, nada quedará de él…

El sol reaparece. Sale lentamente por detrás de la nube y surge entero, poderoso, sangriento… Salpica su brillo sobre el bosquecito. Y ahora su susurro es el canto suavísimo de una flauta transparente, levantada hacia el cielo…

Se endereza sobre la silla, un poco sorprendido, deslumbrado. Pensamientos de alborozo se entrecruzan de repente en su cabeza… Sí, ¿por qué no? Incluso el hecho de que la muchacha morena… ¿Todo el delirio le surge ante los ojos? Como un cuadro… Sí, sí… Se anima. Pero qué material poético encierra… «La Tierra está teniendo hijos». ¿Y la danza de los seres sobre las heridas abiertas? El calor le vuelve al cuerpo en leves ondas.

—Hazme un favor —dice ávidamente—, llama a doña Marta…

Ella viene.

—¿Me quiere traer un cuaderno que está encima de mi mesa? Y un lápiz también…

—Pero… Usted no puede trabajar ahora… Apenas se levantó de la cama… Está flaco, pálido, parece que le chuparon toda la sangre de adentro…

Él se detiene, de repente pensativo. Y principalmente si ella supiera el esfuerzo que le costaba escribir… Cuando empezaba, todas sus fibras se erizaban, irritadas y magníficas. Y mientras cubría el papel con letras nerviosas, mientras no sentía que éstas eran su prolongación, no cesaba, extenuándose hasta el fin… «La Tierra, los brazos contraídos de dolor…». Sí, su cabeza ya se siente dolorida, pesada. Pero podría contener su luz, ¿para preservarse?

Sonríe con una sonrisa triste, una nadita de orgullo tal vez, pidiendo disculpas a doña Marta. A la muchacha, por la aventura frustrada. A sí mismo, sobre todo.

—No, la Tierra no puede escoger —concluye ambiguamente—. Pero después se venga.

Doña Marta menea la cabeza. Va a traer papel y lápiz.

La fuga

Empezó a quedar oscuro y ella tuvo miedo. La lluvia caía sin tregua y las aceras brillaban húmedas a la luz de las lámparas. Pasaban personas con paraguas, impermeable, muy apresuradas, los rostros cansados. Los automóviles se deslizaban por el asfalto mojado y uno que otro claxon tocaba suavemente.

Quiso sentarse en una banca del jardín, porque en verdad no sentía la lluvia y no le importaba el frío. Realmente sólo un poco de miedo, porque aún no había decidido el camino que iba a tomar. La banca sería un punto de reposo. Pero los transeúntes la miraban con extrañeza y ella proseguía en la marcha.

Estaba cansada. Pensaba siempre: «¿Pero qué va a suceder ahora?». Si permaneciera caminando. No era la solución. ¿Volver a casa? No. Temía que alguna fuerza la empujara hacia el punto de partida. Atontada como estaba, cerró los ojos e imaginó un gran torbellino saliendo de la Casa Elvira, aspirándola violentamente y volviéndola a colocar junto a la ventana, libro en mano, restableciendo la escena diaria. Se asustó. Esperó un momento en el que nadie pasaba para decir con todas sus fuerzas: «Tú no regresarás». Se apaciguó.

Ahora que había decidido irse todo renacía. Si no estuviera tan confusa, le gustaría infinitamente lo que había pensado en dos horas: «Bien, las cosas todavía existen». Sí, extraordinario el descubrimiento, simplemente. Desde hace doce años estaba casada y tres horas de libertad la restituían casi entera a sí misma: La primera cosa que haría era ver si las cosas todavía existían. Si representara en un escenario esa misma tragedia, se palparía, se pellizcaría para saberse despierta. Lo que tenía menos ganas de hacer, no obstante, era representar.

No había, sin embargo, solamente alegría dentro de ella. También un poco de miedo y doce años.

Atravesó el paseo y se recargó en el muro costero, para mirar el mar. La lluvia continuaba. Había tomado el ómnibus en Tijuca y se había bajado en la Gloria. Ya había caminado más allá del Morro de la Viuda.

El mar se revolvía fuerte y, cuando las olas rompían junto a las piedras, la espuma salada la salpicaba toda. Permaneció un momento pensando si ese tramo sería hondo, porque se tornaba imposible adivinar: las aguas oscuras, sombrías, podrían tanto estar a unos centímetros de la arena como esconder el infinito. Decidió intentar de nuevo ese juego, ahora que estaba libre. Bastaba mirar con lentitud hacia dentro del agua y pensar que aquel mundo no tenía fin. Era como si se estuviera ahogando y nunca encontrara el fondo del mar con los pies. Una angustia pesada. Pero, entonces, ¿por qué la buscaba?

La historia de no encontrar el fondo del mar era antigua, venía desde pequeña. En el capítulo de la fuerza de gravedad, en la escuela primaria, había inventado a un hombre con una enfermedad graciosa. Con él, la fuerza de gravedad no hacía efecto… Entonces él caía hacia fuera de la Tierra y permanecía cayendo siempre, porque ésta no sabía darle un destino. ¿Caía dónde? Después lo resolvía: seguía cayendo, cayendo y se acostumbraba, llegaba a comer cayendo, a dormir cayendo, a vivir cayendo, hasta morir. ¿Y continuaría cayendo? Pero en ese momento el recuerdo del hombre no la angustiaba y, por el contrario, le traía un sabor de libertad que desde hacía doce años no sentía. Porque su marido tenía una propiedad singular: bastaba su presencia para que los menores movimientos de su pensamiento quedaran paralizados. Al principio, eso le había traído cierta tranquilidad, pues acostumbraba a cansarse pensando en cosas inútiles, a pesar de ser divertidas.

Ahora la lluvia ha parado. Sólo hace frío pero está muy agradable. No volveré a casa. Ah, sí, eso es infinitamente consolador. ¿Él quedará sorprendido? Sí, doce años pesan como kilos de plomo. Los días se derriten, se funden y forman un solo bloque, una gran ancla. Y la persona está perdida. Su mirada adquiere una forma de pozo hondo. El agua oscura y silenciosa. Sus gestos se tornan blancos y ella tan sólo tiene un miedo en la vida: que algo venga a transformarla. Vive tras una ventana, mirando a través de los vidrios la estación de lluvias que cubre la del sol, después vuelve el verano y las lluvias de nuevo. Los deseos son fantasmas que se diluyen apenas se enciende la lámpara del buen sentido. ¿Por qué los maridos representan el buen sentido? El suyo es particularmente firme, bueno, nunca yerra. De esas personas que usan únicamente una marca de lápiz y repiten de memoria lo que está escrito en la suela de los zapatos. Usted puede preguntarle sin temor cuál es el horario de los trenes, el periódico de mayor circulación, e incluso en qué región del globo los chavales se reproducen con mayor rapidez.

Ella se ríe. Ahora puede reír… Yo comía cayendo, dormía cayendo, vivía cayendo. Voy a buscar un lugar donde poner los pies…

Halló tan gracioso ese pensamiento que se inclinó sobre el muro y se puso a reír. Un hombre gordo se paró a cierta distancia, mirándola. ¿Qué es lo que hago? Tal vez acercarme y decirle: «Hijo mío, está lloviendo». No. «Hijo mío, yo era una mujer casada y soy ahora una mujer». Se puso a caminar y olvidó al hombre gordo.

Abre la boca y siente el aire fresco que la inunda. ¿Por qué esperó tanto tiempo para esa renovación? Sólo hoy, después de doce siglos. Había salido de la ducha fría, se había vestido con ropa ligera, había tomado un libro. Pero hoy era diferente de todas las tardes de los días de todos los años. Hacía calor y estaba sofocada. Abrió todas las ventanas y las puertas. Pero no: el aire estaba ahí, inmóvil, grave, pesado. Nada de brisa y el cielo bajo, las nubes oscuras, densas.

¿Cómo fue que sucedió eso? Al principio tan sólo el malestar y el calor. Después algo dentro de ella empezó a crecer. De repente, con movimientos pesados, minuciosos, arrancó la ropa del cuerpo, la destrozó, la rasgó en largas tiras. El aire se cerraba en torno a ella, la apretaba. Entonces un fuerte estruendo sacudió la casa. Casi al mismo tiempo, caían gruesas gotas de agua, tibias y espaciadas.

Permaneció inmóvil en medio de la habitación, jadeante. La lluvia aumentaba. Oía su tamborilear en el cobertizo de lámina del jardín y el grito de la criada recogiendo la ropa. Ahora era como un diluvio. Un viento fresco circulaba por la casa, alisaba su rostro caliente. Entonces, quedó más calmada. Se vistió, juntó todo el dinero que había en casa y se fue.

Ahora tiene hambre. Hace doce años que no siente hambre. Entrará en un restaurante. El pan está recién hecho, la sopa caliente. Pedirá café, un café oloroso y fuerte. Ah, cómo todo es bonito y tiene encanto. El cuarto del hotel tiene un aire extranjero, la almohada grande es suave, perfumada la ropa limpia. Y cuando la oscuridad domine el aposento, una luna enorme surgirá, después de esa lluvia, una luna fresca y serena. Y ella dormirá cubierta con el resplandor lunar…

Amanecerá. Tendrá la mañana libre para comprar lo necesario para el viaje, porque el navío sale a las dos de la tarde. El mar está quieto, casi sin olas. El cielo de un azul violento, clamoroso. El navío se aleja rápidamente… Y en breve el silencio. Las aguas cantan en el casco, con suavidad, cadencia… En torno, las gaviotas aletean, blancas espumas huidas del mar. Sí, ¡todo eso!

Pero ella no tiene suficiente dinero para viajar. Los pasajes son tan caros. Y

toda esa lluvia que agarró le dejó un frío agudo por dentro. Bien podría ir a un hotel. Eso es verdad. Pero los hoteles de Río no son adecuados para una señora sin compañía, salvo los de primera clase. Y en éstos puede tal vez encontrar a algún conocido del marido, lo que ciertamente le perjudicaría los negocios.

Sí, todo esto es mentira. ¿Cuál es la verdad? Doce años pesan como kilos de plomo y los días se cierran en torno al cuerpo de uno y aprietan cada vez más. Regreso a casa. No puedo tener rabia de mí, porque estoy cansada. Y realmente todo está sucediendo, yo nada estoy provocando. Son doce años.

Entra a la casa. Es tarde y su marido está leyendo en la cama. Le digo que Rosita estuvo enferma. ¿No recibiste su recado avisando de que sólo volvería ya de noche? No, dice él.

Toma un vaso de leche caliente porque no tiene hambre. Viste un pijama de franela azul, con puntitos blancos, muy suave realmente. Le pide al marido que apague la luz. Él la besa en el rostro y le dice que lo despierte a la siete en punto. Ella lo promete, él apaga la luz.

De entre los árboles, sube una luz grande y pura.

Permanece con los ojos abiertos durante un rato. Después enjuga las lágrimas con la sábana, cierra los ojos y se acomoda en la cama. Siente la luz de la luna que la cubre lentamente.

Dentro del silencio de la noche, el navío se aleja cada vez más.

Dos borrachos más

Me sorprendí. ¿No abusaba de mi buena voluntad? ¿Por qué mantenía él un aire de tan denso misterio? Podía contar sus secretos sin temor a cualquier juicio. Mi estado de embriaguez me inclinaba especialmente a la benevolencia y, además, viéndolo bien, él no pasaba de ser un extraño cualquiera… ¿Por qué no hablaba de su vida con la objetividad con que había pedido una jarra de cerveza de barril al camarero?

Me negaba a concederle el derecho de tener un alma propia, llena de prejuicios y de amor a sí mismo. Un derrotado de ésos, con la inteligencia suficiente para saber que era un derrotado, no debería tener claroscuros, como yo, que podía contar mi vida desde la época en que mis abuelos aún no se conocían. Yo poseía el derecho de tener pudor y de no revelarme. Estaba consciente, sabía que reía, que sufría, había leído obras sobre el budismo, harían un epitafio sobre mi tumba cuando muriera. Y me emborrachaba no puramente, sino con un objetivo: yo era alguien.

Pero ese hombre que jamás saldría de su estrecho círculo, ni bastante feo, ni bastante guapo, el mentón fugitivo, tan importante como un perro trotando: ¿qué pretendía con su arrogante silencio? ¿No lo había interrogado varias veces? Él me ofendía. Un instante más y no soportaría su insolencia, haciéndole ver que debería agradecer mi aproximación, porque de lo contrario yo nunca sabría de su existencia. Sin embargo, persistía en su mutismo, sin siquiera emocionarse con la oportunidad de vivir.

Aquella noche yo ya había bebido bastante. Andaba de bar en bar, hasta que, excesivamente feliz, temí excederme: me sentía muy bien conmigo mismo. Procuré un medio de derramarme un poco, antes de que me vertiera completamente.

Marqué el teléfono y esperé, respirando apenas con impaciencia:

—¡Bueno, Emma!

—¡Oh, mi bien, a esta hora!

Colgué. ¿Era mentira? El tono era verdadero, la energía, la belleza, el amor, aquella ansia de dar mi exceso eran verdaderos. Sólo era mentira la frase imaginada tan sin esfuerzo.

Sin embargo, no estaba contento todavía. Emma tenía una vaga idea de que yo era diferente y adeudaba en esa cuenta todo lo que de extraño yo pudiera hacer. De tal modo rae aceptaba, que me quedaba solo cuando estábamos juntos. Y en aquel momento evitaba precisamente la soledad, que sería una bebida demasiado fuerte.

Caminé por las calles, pensando: escogeré a alguien que nunca haya imaginado ser digno de mí.

Busqué a un hombre o a una mujer. Pero nadie me agradaba particularmente. Todos parecían bastarse, girar dentro de sus propios pensamientos. Nadie me necesitaba.

Hasta que lo vi. Igual a todos. Pero tan igual a todos que formaban un tipo. Éste, decidí, éste.

Y… ¡helo ahí! Embriagado a costa de mi dinero y… silencioso, como si nada me debiera…

Nos movíamos lentamente, las palabras escasas: vagas, sueltas, bajo la luz débil del bar que prolongaba los rostros en sombras. Alrededor de nosotros, algunas personas jugaban, bebían, conversaban, con un tono más fuerte. El letargo debilitaba, sin cintilaciones. Tal vez por eso a él le costara tanto hablar. Pero algo me decía que él no estaba tan embriagado y que silenciaba simplemente por no reconocer mi superioridad.

Yo bebía despacio, con los codos sobre la mesa, escrutándolo. En cuanto al otro: se había abandonado en la silla, con los pies estirados, alcanzando los míos, los brazos aflojados sobre la mesa.

—¿Entonces? —le dije impaciente.

Él pareció despertar, miró hacia los lados y se recuperó:

—Entonces… entonces… nada.

—¡Pero usted me estaba hablando sobre su hijo!…

Él me miró un instante. Después sonrió:

—Ah, sí. Pues es que, él está mal.

—¿Qué es lo que tiene?

—Anginas, el farmacéutico dice que anginas.

—¿Con quién está el niño?

—Con la mamá.

—¿Y usted no se queda con ella?

—¿Pa’ qué?

—Dios mío… Por lo menos para sufrir juntos… ¿Usted está casado con la muchacha?

—No, no estoy casado, no.

—¡Qué desgracia! —dije yo, aunque sin saber en qué consistía ésta propiamente—. Necesitamos hacer algo. Imagínese si su hijo muere, ella se queda solita…

Él no se emocionaba.

—Imagínela con los ojos ardientes, junto a la criatura. El niño agonizando, muriendo. Muere. Su cabecita está torcida, sus ojos abiertos, fijos en la pared, obstinadamente. Todo está en silencio y la muchacha no sabe qué hacer. El niño murió y de repente quedó abandonada. Cae sobre la cama, llorando, rasgando la ropa: «¡Mi hijo, mi pobre hijo! ¡Es la muerte, es la muerte!». Los ratones de la casa se asustan y empiezan a correr por el cuarto. Suben por el rostro del niño, todavía caliente, roen su boquita. La mujer da un grito y se desmaya, durante dos horas. Los ratones también visitan su cuerpo, alegres, rápidos, con los dientitos royendo aquí y allá.

Estaba tan inmerso en la descripción que me había olvidado del hombre. Lo miré de repente y me causó sorpresa su boca abierta, el mentón recargado en el pecho, oyendo.

Sonríe triunfante.

—Ella se despierta del desmayo y no sabe dónde está. Mira de un lado a otro, se levanta y los ratones huyen. Entonces le causa sorpresa el niño muerto. Esta vez no llora. Se sienta en una silla, junto a la camita y ahí se queda sin pensar, sin moverse. A los vecinos les extraña la falta de noticias, le tocan la puerta. Ella atiende a todos con mucha delicadeza y dice: «Él está mejor». Los vecinos entran y ven que él ha muerto. Temen que ella aún no lo sepa y la preparan para la conmoción, diciendo: «¿Quién sabe si sea bueno llamar al farmacéutico?». Ella responde: «¿Pa’ qué? Pues ya se murió». Entonces todos se quedan tristes e intentan llorar. Dicen: «Es necesario pensar en el entierro». Ella contesta: «¿Pa’ qué? Pues ya se murió». Dicen: «Vamos a llamar a un padre». Ella responde: «¿Pa’ qué? Pues ya se murió». Los vecinos se asustan y piensan que ella está loca. No saben qué hacer. Y como nada tienen que ver con la historia se van a dormir. O tal vez ocurra así: que el niño se muera y ella sea como usted, hueco de

sentimientos, y no le dé mucha importancia. Prácticamente de ataraxia, sin saberlo. ¿O usted no sabe lo que es ataraxia?

Con la cabeza recargada sobre los brazos, él no se movía. Por un instante me asusté. ¿Y si estuviera muerto? Lo sacudí con fuerzas y él levantó la cabeza, apenas logrando fijar la mirada en mí con los ojos soñolientos. Se había dormido. Lo miré enojado.

—Ah, entonces…

—¿Qué? —Sacó un palillo del palillero y se lo metió en la boca, despacio, completamente borracho.

Solté una carcajada.

—¿Usted está loco? ¡Pues si no comió nada!…

La escena me pareció tan cómica que me desternillé de la risa. Las lágrimas afloraron a mis ojos y escurrían por el rostro. Algunas personas se volvieron hacia donde yo estaba. Ya no tenía más ganas de reír y, sin embargo, seguía. Pensaba ya en otra cosa y, sin embargo, reía sin parar. De repente me detuve.

—¿Usted está bromeando conmigo? ¿Piensa que voy a abandonarlo, así, pacíficamente? ¿Dejarlo que siga un camino fácil, después de haberse topado conmigo? Ah, nunca. Si fuera necesario, haré confesiones. Le contaré tantas cosas… Pero tal vez usted no comprenda: somos diferentes. Sufro, en mí los sentimientos están solidificados, diferenciados, ya nacen con rótulo, conscientes de sí mismos. En cuanto a usted… Una nebulosa de hombre. Tal vez su bisnieto ya logre sufrir más… Eso no importa, no obstante: mientras más difícil es la tarea, es más atractiva, como dijo Emma antes de nuestro compromiso. Por eso voy a arrojar el anzuelo dentro de usted. Tal vez se prenda al germen de su bisnieto que sufre. ¿Quién sabe?

—Sí —dijo él.

Me recargué sobre la mesa, buscándolo con furia:

—Escúcheme, mi amigo, la luna está alta en el cielo. ¿Usted no tiene miedo? El desamparo que viene de la naturaleza. Esa luz, piense bien, esa luz de la Luna más blanca que el rostro de un muerto, tan distante y silenciosa, esa luz asistió a los gritos de los primeros monstruos sobre la Tierra, veló sobre las aguas apaciguadas de los diluvios y de las crecientes, iluminó siglos de noches y se apagó en seculares madrugadas… Piense, mi amigo, ese resplandor de la Luna será el mismo espectro tranquilo cuando ya no existan las señales de sus nietos y sus bisnietos. Humíllese delante de él. Usted apareció un instante y él está siempre. ¿No sufre, mi amigo? Yo… yo por mí, no soporto. Me duele aquí, en

medio del corazón, tener que morir un día y, miles de siglos después, confundido en humus, sin ojos para el resto de la eternidad, yo, YO, sin ojos para el resto de la eternidad… y la Luna indiferente y triunfante, con sus manos pálidas extendidas sobre nuevos hombres, nuevas cosas, otros seres. ¡Y yo muerto! —respiré profundamente—. Piense, mi amigo. Ahora mismo está sobre el cementerio también. El cementerio, allí donde duermen todos los que fueron y nunca más serán. Allí, donde el menor susurro eriza a un vivo de terror y donde la tranquilidad de las estrellas amordaza nuestros gritos y aterroriza nuestros ojos. Allí, donde no se tienen lágrimas ni pensamientos que expresen la profunda miseria de acabar.

Me recargué sobre la mesa, escondí el rostro en las manos y lloré. Decía bajito:

—¡No quiero morir! No quiero morir…

Él, el hombre, movía el palillo entre los dientes.

—Pero si usted no comió nada —insistí, enjugándome los ojos.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—¿Mande?

—Pero, Dios mío, ¿mande qué?

—Ah…

—¿Usted no tiene vergüenza?

—¿Yo?

—Oiga, voy a decirle más: yo quería morir vivo, bajando a mi propia tumba y cerrarla yo mismo, con un golpe seco. Y después enloquecer de dolor en la oscuridad de la tierra. Pero no la inconsciencia.

Él seguía con el palillo en la boca.

Después fue muy bueno porque el vino se estaba mezclando. Tomé también un palillo y lo aseguré entre los dedos como si fuera a fumarlo.

—Yo lo hacía de pequeño. Y el placer era más grande que el actual, cuando fumo realmente.

—Está claro.

—Está claro nada… No le estoy pidiendo su aprobación.

Las palabras vagas, las frases arrastradas sin significado… Tan bien, tan suave… ¿O era el sueño?

De repente, él se sacó el palillo de la boca, los ojos parpadeando, los labios trémulos como si fuera a llorar, dijo:

Un día menos

Yo temo que la muerte llegue. ¿Muerte?

¿Será que alguna vez los días tan largos terminen?

Así divago con el pensamiento, calmada, quieta. ¿Será que la muerte es un engaño? ¿Un truco de la vida? ¿Es persecución?

Y así es.

El día había empezado a las cuatro de la mañana, siempre había despertado temprano, encontrando inmediatamente en la pequeña despensa un termo lleno de café. Tomó una taza tibia y ahí iba a dejarla para que Augusta la lavara, cuando se acordó de que la vieja Augusta había pedido permiso por un mes para ver a su hijo.

Tuvo flojera del largo día que seguiría: ningún compromiso, ningún deber, ni alegría ni tristeza. Se sentó, pues, con la bata más vieja, ya que nunca esperaba visitas. Pero estar tan mal vestida —con ropa aún de la fallecida madre— no le agradaba. Se levantó y se puso un pijama de seda con bolitas azules y blancas que Augusta le había regalado en su último cumpleaños. Eso realmente mejoraba. Y mejoró aún más cuando se sentó en el sillón recién tapizado de morado (gusto de Augusta) y encendió su primer cigarro del día. Era un cigarro de marca cara, de ese humo rubio, cigarrillo estrecho y largo, cualidad social de una persona que no era por acaso ella. Además, por mero acaso, no era muchas cosas. Y por mero acaso ya había nacido.

¿Y luego?

Luego.

Luego.

Pues entonces.

Así mismo.

¿No es así?

Entonces, pues entonces se reveló repentinamente: entonces, pues entonces es

así mismo. Augusta le había contado que habría mejoría luego. Así mismo ya bastaba de así era.

Se acordó del periódico que recibía por suscripción a la puerta de la entrada. Allá fue medio animada, nunca se sabe lo que se va a leer, si el ministro de Indochina se va a matar o el amante amenazado por el papá de la novia acaba casándose.

Pero ahí no estaba el diario: el diantre del vecino enemigo ya debería habérselo llevado. Era una lucha constante la de ver quién llegaba primero al periódico que, sin embargo, tenía claramente impreso su nombre: Margarita Flores. Además de la dirección. Siempre que distraídamente veía su nombre escrito se acordaba de su apellido en la escuela primaria: Margarita Flores de Entierro. ¿Por qué a alguien no se le ocurría apellidarla Margarita Flores del Jardín? Es que las cosas simplemente no estaban de su lado. Pensó en una bobada: hasta su pequeña cara estaba de lado. En esquina. Ni pensaba si era bonita o fea. Ella era sencilla.

Luego.

Luego no tenía problemas de dinero.

Luego había teléfono. ¿La llamaría a alguien? Pero siempre que llamaba por teléfono tenía la impresión nítida de que estaba siendo inoportuna. Por ejemplo: interrumpiendo un abrazo sexual. O entonces era inoportuna por falta de tema.

¿Y si alguien la llamara? Iría a tener que contener el temblor de la voz alegre porque alguien finalmente la llamaba. Supuso lo siguiente:

—Ring, ring, ring.

—¿Diga, sí?

—¿Está Margarita Flores del Jardín?

Frente a la voz masculina tan suave, respondería:

—¡Margarita Flores de los Bosques Floridos!

Y la voz cantante la invitaría a tomar un té por la tarde en la confitería Colombo. Recordó a tiempo que hoy en día un hombre no invitaba para tomar té con rebanadas de pan tostado, sino para una bebida. Lo que ya complicaría las cosas: para una bebida seguramente se debería ir vestida de una manera más audaz, más misteriosa, más personal, más… Ella no era muy personal. Lo que la disgustaba un poco, no mucho.

Y, además, el teléfono no sonó.

Luego. Estaba lo que veía cuando se veía al espejo. Rara vez se veía en el espejo, como si ya se conociera mucho. Y ella comía mucho. Estaba gorda y su

gordura era extremadamente pálida y flácida.

Después decidió acomodar el cajón de las braguitas y los sostenes: ella era exactamente del tipo que ordenaba los cajones de las braguitas y los sostenes, se sentía bien con la delicada tarea. Y si fuera casada, el marido tendría en perfecto orden la hilera de corbatas, según la graduación de color, o según… Según cualquier cosa. Pues siempre hay algo por lo cual uno se guía y se arregla. En cuanto a ella misma, se guiaba por el hecho de no estar casada, de tener la misma empleada desde que había nacido, de ser una mujer de treinta años de edad, usar poco lápiz de labios, ropa pálida… ¿y qué más? Evitó deprisa el «qué más», pues con esa pregunta caería en un sentimiento muy egoísta e ingrato: se sentiría sola, lo que era pecado porque quien tiene a Dios nunca está solo. Tenía a Dios, ¿pues no era la única cosa que tenía? Excepto Augusta.

Entonces se metió en el baño, lo cual le dio tanto placer que no pudo impedir pensar cómo serían otros placeres corpóreos. Ser virgen, a los treinta años, no tenía sentido, a menos que fuera para ser violada por un marginado. Al acabar el baño y los pensamientos, talco, talco, mucho talco. Y cuántos y cuántos desodorantes: dudaba que alguien en Río de Janeiro oliera más que ella. Tal vez fuera la menos inodora de todas las criaturas. Y del baño salió tarareando a su manera un ligero minueto.

Luego.

Luego vio con gran satisfacción, en el reloj de la cocina, que ya eran las once de la mañana… Cómo había pasado el tiempo aprisa desde las cuatro de la madrugada. Qué dádiva era el tiempo que pasaba. Mientras calentaba la gallina blanquecina con mucha piel de la cena, encendió la radio y sintonizó a un hombre en medio de un pensamiento: «Flauta y guitarra»…, dijo el hombre, y de repente ella no aguantó y apagó la radio. Como si «flauta y guitarra» fueran en realidad su secreto, ambicionado e inalcanzable modo de ser. Tuvo valor y dijo bajito: flauta y guitarra.

Apagada la radio y sobre todo el pensamiento, las habitaciones cayeron en un silencio: como si alguien en alguna parte acabara de morir y… Pero afortunadamente estaba el ruido de la sartén calentando los pedazos de la gallina que, quién sabe, tomarían algún color y sabor. Se puso a comer. Pero luego percibió su error: habiendo sacado la gallina del refrigerador y al calentarla tan sólo un poco, había partes en que la grasa estaba gelatinosa y fría, y otras que estaban quemadas y demasiado tostadas.

Sí.

¿Y el postre? Recalentó un poco del café del desayuno y lo endulzó con la amarga sacarina para jamás engordar. Su orgullo sería verse casi como una hebrita.

Luego.

Recordó para compensar que había millones de personas con hambre, en su tierra y en otras tierras. Iría a sentir un malestar todas las veces que comiera.

Luego.

¡Luego! ¿Cómo había olvidado la televisión? Ah, sin Augusta ella se olvidaba de todo. La encendió toda esperanzada. Pero a esa hora sólo daban películas antiguas del oeste con muchísimos anuncios de cebollas, kótex, grosellas que deberían ser buenas pero que engordaban. Permaneció mirando. Decidió encender un cigarro. Eso mejoraría todo, pues haría de ella un cuadro para una exposición: *Mujer fumando frente a la televisión*. Sólo después de mucho rato percibió que ni siquiera miraba la televisión y lo único que hacía era estar gastando electricidad. Apagó el botón con alivio.

Luego.

¿Luego?

Después decidió leer revistas viejas, hace mucho tiempo que no lo hacía. Estaban amontonadas en la habitación de la mamá, desde su muerte. Pero eran demasiado anticuadas, algunas de la época de soltera de mamá, la moda era otra, todos los hombres tenían bigote, anuncios de faja para afinar la cintura. Y sobre todo, todos los hombres usaban bigote. Las cerró, de nuevo sin valor para tirarlas, pues habían pertenecido a su madre.

Luego.

Sí, ¿y después?

Después fue a hervir agua para tomar un té, mientras ella no olvidaba que el teléfono no sonaba. Si al menos tuviera compañeros de trabajo, pero no tenía trabajo: la pensión del papá y de la mamá suplía sus pocas necesidades. Además de que no tenía letra bonita y pensaba que sin tener letra bonita no aceptaban solicitantes.

Tomó el té hirviendo, masticando pequeñas rebanadas secas de pan tostado que le arañaban las encías. Mejorarían con un poco de mantequilla. Pero, claro, la mantequilla engordaba, además de aumentar el colesterol, cualquiera que fuera el significado de esta palabra moderna.

Cuando estaba partiendo con los dientes la tercera rebanada —ella acostumbraba a contar las cosas, por una especie de manía de orden, al fin inocua

y hasta divertida—, cuando se iba a comer la tercera rebanada…

¡SUCEDIÓ! Lo juro, se dijo ella, juro que oí sonar el teléfono. Escupió en el mantel el pedazo de la tercera rebanada y, para no dar a entender que era una precipitada o una necesitada, lo dejó sonar cuatro veces, y cada vez era un dolor agudo en el corazón, pues podrían colgar pensando que no había nadie en casa. Ante ese pensamiento terrorífico se precipitó de repente en esa misma cuarta llamada y logró decir con una voz muy negligente:

—Diga…

—Si me hace el favor —dijo la voz femenina que debía de tener más de ochenta años a juzgar por la ronquera arrastrada—, ¿por favor, puede llamar al aparato —nadie decía ya «aparato»— a Flavia? Mi nombre es Constanza.

—Madame Constanza, siento informarle que en esta casa no vive nadie con el nombre de Flavia, sé que Flavia es un nombre muy romántico, pero aquí no hay ninguna, ¿qué es lo que puedo hacer? —dijo con cierta desesperación a causa de la voz de comando de madame Constanza.

—Pero ¿ésa no es la calle General Isidro?

Eso empeoró la cuestión.

—Sí, claro, pero ¿qué número de teléfono marcó? ¿Que qué? ¿El mío? Pero le aseguro que vivo aquí desde hace exactamente treinta años, cuando nací, y ¡nunca ha habido en esta casa ninguna joven llamada Flavia!

—Joven, para nada, Flavia es un año mayor que yo y si se quita los años, ¡eso es problema de ella!

—Tal vez no se quite los años, quién sabe, madame Constanza.

—Que se los quita, eso que ni qué, pero ¡por lo menos hágame el favor de decirle que atienda rápidamente al aparato y ya!

—Yo… yo… yo estaba intentando decirle que nuestra familia fue la primera y única que ha habitado en esta casa y le aseguro, lo juro por Dios, que nunca ha vivido aquí ninguna señora Flavia, y no estoy diciendo que la señora Flavia no exista, pero aquí, señora mía, aquí no e-x-i-s-t-e…

—Deje de ser grosera, ¡qué ladina! Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Margarita Flores del Jardín.

—¿Por qué? ¿Hay flores en el jardín?

—¡Ja, ja, ja, usted tiene buen humor! No, no hay flores en el jardín pero es que mi nombre es florido.

—¿Y eso sirve de algo?

Silencio.

—En fin, ¿sirve o no sirve?

—Es que no sé responder porque nunca antes había pensado en eso. Sólo sé responder cosas que ya he pensado.

—Entonces haga un pequeño esfuerzo y conciba en su mente el nombre de Flavia y verá que sabrá responder.

—Me lo estoy figurando, me lo estoy figurando… ¡Ah, lo encontré! ¡El nombre de mi criada es Augusta!

—Pero, criatura de Dios, estoy perdiendo la paciencia, no es la criada a la que quiero, es a ¡Fla-via!

—No quiero parecer grosera, pero mi mamá decía siempre que las personas insistentes son maleducadas, ¡disculpe!

—¿Maleducada? ¿Yo? ¿Criada en París y Londres? ¿Usted sabe al menos inglés o francés, sólo para practicar un poco?

—Únicamente hablo la lengua de Brasil, mi señora, y creo que ya es tiempo de que cuelgue porque a esta hora mi té debe estar helado.

—¿Té a las tres de la tarde? Bien se ve que usted no tiene la mínima clase, y yo pensando que usted podría haber estudiado en Inglaterra y que sabría por lo menos a qué hora se toma el té.

—El té es porque yo no tenía nada que hacer… Madame Constanza. Y ahora le imploro en nombre de Dios que no me torture más, le imploro de rodillas que cuelgue el teléfono para acabar de tomarme mi té brasileño.

—Sí, pero no necesita lloriquear por eso, doña Flores, mi única y pura intención era hablar con Flavia para invitarla a un jueguito de bridge. ¡Ah! ¡Tengo una idea! Ya que Flavia salió, ¿por qué usted no viene a mi casa para unas supuestas cartas a dinero bajo? ¿Eh? ¿Cómo lo ve? ¿No se siente tentada? ¿Y qué piensa para distraer a una señora de edad avanzada?

—Dios mío, no sé jugar ningún juego.

—Pero ¡cómo no!

—Eso mismo. No sé.

—¿Y a qué se debe esa falla en su educación?

—Mi papá era estricto: en su casa no tenían el vicio de la baraja.

—Su papá, su mamá y Augusta, pues muy anticuados, si me permite decir y creo que…

—¡No! ¡No le permito decir! Y la que va a colgar el teléfono soy yo, con su

permiso.

Enjugando sus ojos, se sintió por un instante aliviada y tuvo una idea tan nueva que ni parecía de ella: parecía demoniaca como las ideas de la madame… Era desconectar la bocina de donde colgaba para que, si madame Constanza fuera constante como su nombre, no volviera a marcar para llamar a la desgraciada Flavia. Se sonó la nariz. ¡Ah, si no tuviera buenas costumbres, lo que no le diría a la tal Constanza! Hasta ya estaba arrepentida de lo que no le habría dicho por tener buenas costumbres.

Sí, el té estaba helado.

Y con el sabor concentrado de la sacarina. La tercera rebanadita escupida en el mantel de la mesa. La tarde echada a perder. ¿O era el día echado a perder? ¿O la vida echada a perder? Nunca se había detenido para pensar si era o no feliz. Entonces, en vez de té, se comió un plátano un poco ácido.

Luego.

Luego. Después eran las cuatro.

Luego las cinco.

Seis.

Las siete: ¡hora de cenar!

Le gustaría comer otra cosa y no la gallina de ayer, pero había aprendido a no desperdiciar la comida. Se comió un muslo reseco con rebanaditas de pan tostado. A decir verdad, no tenía hambre. Sólo a veces se animaba con Augusta porque hablaban, hablaban y comían, ¡ah, comían fuera de la dieta y no engordaban! Pero Augusta iba a estar ausente un mes. Un mes es una vida.

Las ocho de la noche. Ya se podía acostar. Se cepilló los dientes durante mucho tiempo, pensativa. Se puso un camisón rasgado de algodón medio desgastado, de esos agradables, de los hechos aún por la mamá. Y se metió a la cama, bajo las mantas.

Con los ojos abiertos.

Con los ojos abiertos.

Con los ojos abiertos.

Fue entonces cuando pensó en los frascos de píldoras contra el insomnio que habían pertenecido a su madre. Se acordó de su papá: cuidado, Leontina, con la dosis, una dosis más y puede ser fatal. Yo, respondía Leontina, no quiero abandonar esta buena vida tan pronto, y tan sólo me tomo dos pildoritas, las suficientes para tener un sueño tranquilo y despertar toda color de rosa para mi maridito.

Eso, pensó Margarita de las Flores en el Jardín, dormir un buen sueñito y despertar color de rosa. Fue a la habitación de la mamá, abrió un cajón del lado izquierdo de la gran cama matrimonial y encontró realmente tres frascos llenos de chochitos. Iba a tomarse dos píldoras para amanecer color de rosa. No tenía ninguna mala intención. Fue a traer una jarra y un vaso. Destapó uno de los frascos: sacó dos pequeñas píldoras. Tenían un sabor a moho y azúcar. No tenía en sí la menor mala intención. Pero nadie en el mundo sabrá. Y ahora para siempre no se sabrá juzgar si fue por desequilibrio o, en fin, por un gran equilibrio: vaso tras vaso engulló todas las píldoras de los tres grandes frascos. Pero en el segundo frasco pensó por primera vez en la vida: «Yo». Y no era un simple ensayo: era en verdad un estreno. Toda ella finalmente se estrenaba. Y justamente antes de que se terminaran, ya sentía una cosa en las piernas, tan buena como nunca antes lo había sentido. Ella ni sabía que era domingo. No tuvo fuerzas para llegar a su propia habitación: se dejó caer de lado en la cama donde la habían engendrado. Era un día menos. Vagamente pensó: si al menos Augusta hubiera dejado lista una tarta de frambuesa.

La bella y la bestia o La herida demasiado grande

Comienza:

Bien, entonces salió del salón de belleza por el ascensor del hotel Copacabana Palace. El chófer no estaba ahí. Miró el reloj: eran las cuatro de la tarde. Y de repente se acordó: le había dicho al «señor» José que la viniera a recoger a las cinco, no habiendo calculado que no se arreglaría las uñas de los pies ni de las manos, solamente masaje. ¿Qué debía hacer? ¿Tomar un taxi? Pero tenía consigo un billete de quinientos cruceiros y el taxista no tendría cambio. Había traído dinero porque el marido le había dicho que nunca se debe andar sin nada. Se le ocurrió volver al salón de belleza y pedir dinero. Pero… —pero era una tarde de mayo y el aire fresco era una flor abierta con su perfume—. De esta manera pensó que era maravilloso e inusitado permanecer de pie en la calle, con el viento que movía sus cabellos. No se acordaba de cuándo había sido la última vez que había estado sola consigo misma. Tal vez nunca. Siempre estaba ella con otros, y en esos otros ella se reflejaba y los otros se reflejaban en ella. Nada era… era puro —pensó sin entenderse—. Cuando se vio al espejo —la piel trigueña por los baños de sol hacía resaltar las flores doradas cerca del rostro en los cabellos negros—, se contuvo para exclamar un «¡Ah!» —pues ella era una entre cincuenta millones de unidades de gente bonita—. Nunca hubo —en todo el pasado del mundo— alguien que fuera como ella. Y después, en tres trillones de trillones de años, no habría una chica exactamente como ella.

«¡Yo soy una llama encendida! ¡Y doy brillo y resplandor a toda esa oscuridad!».

Este momento era único, y ella tendría durante la vida miles de momentos únicos. Hasta sudó frío en la frente, por serle dado tanto y tomado ávidamente por ella.

«La belleza puede llevar a la especie de locura que es la pasión». Pensó: «Estoy casada, tengo tres hijos, estoy segura».

Ella tenía un nombre para preservar: era Carla de Sousa y Santos. Eran importantes el «de» y el «y»: señalaban la clase y cuatrocientos años de abolengo carioca. Vivía en las manadas de mujeres y hombres que, sí, que simplemente «podían». ¿Podían qué? Bien, simplemente podían. Y para colmo, viscosos, pues el «podía» de ellos estaba bien aceitado en las máquinas que funcionaban sin el ruido de metal oxidado, Ella, que era una potencia. Una generación de energía eléctrica. Ella, que para descansar usaba los viñedos de su granja. Poseía tradiciones podridas pero de pie. Y como no había ningún nuevo criterio para sustentar las vagas y grandes esperanzas, la pesada tradición aún estaba en vigor. ¿Tradición de qué? De nada, si se quisiera indagar. Tenía a su favor tan sólo el hecho de que los habitantes tenían un largo linaje tras de sí, lo que, a pesar del linaje plebeyo, bastaba para darles una cierta pose de dignidad.

Pensó de esa manera, hecha un lío. «Ella que, siendo mujer, lo que le parecía gracioso ser o no ser, sabía que, si fuera hombre, naturalmente sería banquero, cosa normal que sucediera en los “de ella”, es decir, de su clase social, a la cual el marido, no obstante, había llegado por el mucho trabajo y lo clasificaba de *self-made man* mientras que ella no era una *self-made woman*». Al final del largo pensamiento, le pareció que, que no había pensado en nada.

Un hombre sin una pierna, apoyándose en una muleta, se paró delante de ella y le dijo:

—Señorita, ¿me da una moneda para comer?

«¡¡¡Auxilio!!!», se gritó a sí misma al ver la enorme herida en la pierna del hombre. «Dios, ayúdame», dijo bajito.

Estaba expuesta a ese hombre. Estaba completamente expuesta. Si se hubiera puesto de acuerdo con el «señor» José sobre la salida en la avenida Atlántica, el hotel donde quedaba el salón de belleza, no permitiría que «esa gente» se aproximara. Pero en la avenida Copacabana todo era posible: personas de toda clase. Por lo menos de clase diferente a la de ella. «¿De la de ella?». «¿Qué clase de ella era para ser “de la de ella”?».

Ella, los otros. Pero, pero la muerte no nos separa, pensó de repente y su rostro tomó el aire de una mascarilla de belleza y no de belleza de gente: su cara por un momento se endureció.

Pensamiento del mendigo: «Esta doña con la cara pintada y con estrellitas doradas en la cabeza, o no me da o me da muy poco». Se le ocurrió entonces, un poco cansado: «… o me dará casi nada».

Ella estaba espantada: como prácticamente no andaba por la calle —iba en

coche de puerta a puerta—, llegó a pensar: ¿él me va a matar? Estaba atarantada y preguntó:

—¿Cuánto es lo que se acostumbra a dar?

—Lo que la persona pueda dar y quiera dar —respondió el mendigo sorprendidísimo.

Ella, que no pagaba el salón de belleza, el gerente de éste mandaba cada mes su cuenta a la secretaria de su marido. «Marido». Ella pensó: ¿El marido qué haría con el mendigo? Sabía que: nada. Ellos no hacen nada. Y ella: ella era «ellos» también. ¿Todo lo que pueda dar? Podía darle el banco del marido, podía darle su departamento, su casa de campo, sus joyas…

Pero algo que era la avaricia de todo el mundo, preguntó:

—¿Quinientos cruceiros es suficiente? Es todo lo que traigo.

El mendigo la miró espantado.

—¿Se está burlando de mí, señorita?

—¿¿Yo?? No, para nada, yo traigo en verdad los quinientos en la bolsa…

La abrió, sacó el billete y se lo entregó humildemente al hombre, casi pidiéndole disculpas.

El hombre se quedó perplejo.

Y después riendo, mostrando las encías casi vacías:

—Mire —dijo él—, o usted es muy buena o no está bien de la cabeza… Pero, acepto, no vaya a decir después que la robé, nadie me va a creer. Era mejor haberme dado cambio.

—Yo no traigo cambio, sólo tengo este billete de quinientos.

El hombre pareció asustarse, dijo algo casi incomprensible a causa de la mala dicción por sus pocos dientes.

Mientras tanto, en su cabeza pensaba: comida, comida, buena comida, dinero, dinero.

La cabeza de ella estaba llena de alegría, júbilo, festejo. ¿Festejando qué? ¿Festejando la herida ajena? Una cosa los unía: ambos tenían la vocación por el dinero. El mendigo gastaba todo lo que tenía, mientras el marido de Carla, banquero, coleccionaba dinero. Su medio de vida era la Bolsa de Valores, e inflación, y lucro. El medio de vida del mendigo era la redonda herida abierta. Y, para colmo, debía de tener miedo en quedar curado, adivinó ella, porque, si quedara bien, no tendría qué comer, eso lo sabía Carla: «El que no tiene buen empleo después de cierta edad…». Si fuera joven, podría ser pintor de paredes. Como no lo era, invertía en la herida grande en carne viva y purulenta. No, la

vida no era bella.

Ella se recargó en la pared y decidió deliberadamente pensar. Era diferente porque no tenía el hábito y ella no sabía que pensamiento era visión y comprensión y que nadie podía intimarse así: ¡piense! Bien. Pero suele suceder que decidir es un obstáculo. Entonces se puso a mirar hacia dentro de sí y realmente empezaron a acontecer. Sólo que tenía los pensamientos más tontos. Así: ¿este mendigo sabe inglés? ¿Este mendigo ya ha comido caviar, bebiendo champaña? Eran pensamientos tontos porque claramente sabía que el mendigo no hablaba inglés, ni había probado el caviar ni la champaña. Pero no se pudo impedir el ver nacer en ella otro pensamiento absurdo: ¿él ya ha practicado deportes de invierno en Suiza?

Entonces se desesperó. Se desesperó tanto que le llegó el pensamiento hecho de tan sólo dos palabras: «Justicia Social».

¡Que mueran todos los ricos! Sería la solución, pensó alegre. Pero ¿quién les daría dinero a los pobres?

De repente, de repente todo paró. Los ómnibus pararon, los coches pararon, los relojes pararon, las personas en la calle se inmovilizaron, sólo su corazón latía, ¿y para qué?

De repente vio que no sabía dirigir el mundo. Era una incapaz, con los cabellos negros y las uñas largas y rojas. Ella era eso: como una fotografía en color fuera de foco. Hacía todos los días la lista de lo que necesitaba o de lo que quería hacer al día siguiente: era de ese modo como se había relacionado con el tiempo vacío. Simplemente ella no tenía qué hacer. Hacían todo por ella. Hasta incluso los dos hijos: pues bien, había sido el marido quien había determinado que tendrían dos…

«Se tiene que echarle ganas para triunfar en la vida», le había dicho el abuelo muerto. ¿Sería ella, por casualidad, «triunfadora»? Si triunfar fuera estar en plena tarde clara en la calle, con la cara embadurnada de maquillaje y lentejuelas doradas… ¿Era eso triunfar? Qué paciencia tenía que tener consigo misma. Qué paciencia tenía que tener para salvar su propia vida pequeña. ¿Salvarla de qué? ¿Del juicio? Pero ¿quién juzgaba? Sintió la boca completamente seca y la garganta con fuego: exactamente como cuando tenía que someterse a los exámenes escolares. ¡Y no había agua! ¿Sabes lo que es eso, no haber agua?

Quiso pensar en otra cosa y olvidar el difícil momento presente. Entonces

recordó frases de un libro póstumo de Eça de Queirós que había estudiado en la secundaria: «El lago de Tiberíades resplandeció transparente, cubierto de silencio, más azul que el cielo, todo orlado con prados floridos, con densos vergeles, con rocas de pórfido, y con albos terrenos por entre los palmares, bajo el vuelo de las tórtolas».

Lo sabía de memoria porque, cuando adolescente, era muy sensible a palabras y porque deseaba para sí misma el destino de resplandor del lago de Tiberíades.

Tuvo unas ganas inesperadamente asesinas: ¡las de matar a todos los mendigos del mundo! Solamente para que ella, después de la matanza, pudiera disfrutar en paz su extraordinario bienestar.

No. El mundo no susurraba.

¡¡¡El mundo gri-ta-ba!!! Por la boca desdentada de este hombre.

La joven señora del banquero pensó que no iba a soportar la falta de afabilidad que le arrojaban en el rostro tan bien maquillado.

¿Y la fiesta? Qué diría en la fiesta, cuando bailara, qué le diría al compañero que la tendría entre sus brazos… Lo siguiente: mire, el mendigo también tiene sexo, dijo que tenía once hijos. Él no va a reuniones sociales, él no sale en las columnas del Ibrahim, o del Zózimo, él tiene hambre de pan y no de pasteles, él en verdad sólo debería comer papilla de harina de trigo o mandioca, pues no tiene dientes para masticar carne… «¿Carne?». Recordó vagamente que la cocinera le había dicho que el «filete miñón» había subido de precio. Sí. ¿Cómo podría ella bailar? Sólo si fuera una danza loca y macabra de mendigos.

No, ella no era una mujer de desvanecimientos o melindres ni se iba a desmayar o sentirse mal. Como algunas de sus «compañeritas» de sociedad. Sonrió un poco al pensar en términos de «compañeritas». ¿Compañeras de qué? ¿De vestirse bien? ¿De dar cenas para treinta o cuarenta personas?

Ella misma, aprovechando el jardín en el verano que se extinguía, había ofrecido una recepción, ¿para cuántos invitados? No, no quería pensar en eso, se acordó (¿por qué sin el mismo placer?) de las mesas esparcidas sobre el césped, a la luz de las velas… «¿Luz de las velas?». Pensó, ¿pero estoy loca? ¿He caído en un esquema? ¿En un esquema de gente rica?

«Antes de casarse era de clase media, secretaria del banquero con quien se había casado y ahora: ahora luz de velas. Yo estoy jugando a vivir», pensó, «la vida no es eso».

«La belleza puede ser una gran amenaza». La extrema gracia se confundió con una perplejidad y una honda melancolía. «La belleza asusta». «Si yo no fuera tan bonita habría tenido otro destino», pensó, arreglándose las flores doradas sobre los negrísimos cabellos.

Ella, una vez, había visto a una amiga totalmente con el corazón sufrido y dolido, y loco por una fuerte pasión. Entonces no había querido nunca experimentarla. Siempre había tenido miedo de las cosas demasiado bellas o demasiado horribles: es que no sabía en sí cómo responderles y si respondería, si fuera igualmente bella o igualmente horrible.

Estaba asustada como cuando había visto la sonrisa de la Mona Lisa, ahí, a la mano en el Louvre. Cómo se había asustado con el hombre de la herida o con la herida del hombre.

Tuvo ganas de gritarle al mundo: «¡Yo no soy mala! ¡Soy un producto de no sé qué, cómo saber de esta miseria del alma!».

Para cambiar de sentimiento —puesto que ella no los aguantaba y le daban ganas de, por desesperación, de dar un puntapié violento en la herida del mendigo—, para cambiar de sentimientos pensó: éste es mi segundo matrimonio, es decir, el marido anterior estaba vivo.

Ahora entendía por qué se había casado desde la primera vez y estaba en subasta: ¿quién da más?, ¿quién da más? Entonces está vendida. Sí, se había casado por primera vez con el hombre que «daba más», lo había aceptado porque él era rico y estaba un poco por encima del nivel social de ella. Se había vendido. ¿Y el segundo marido? Su matrimonio estaba terminando, él con dos amantes… y ella soportando todo porque una ruptura sería escandalosa: su nombre era demasiado citado en las columnas sociales. ¿Y volvería ella a su nombre de soltera? Hasta acostumbrarse a su nombre de soltera, iba a tardar mucho. Además, pensó riéndose de sí misma, además, ella aceptaba al segundo porque le daba un gran prestigio. ¿Se había vendido a las columnas sociales? Sí. Descubría eso ahora. Si hubiera para ella un tercer matrimonio —pues era bonita y rica—, si lo hubiera, ¿con quién se casaría? Empezó a reír un poco histéricamente porque había pensado: el tercer marido era el mendigo.

De repente le preguntó al mendigo:

—¿Usted habla inglés?

El hombre ni siquiera sabía lo que ella le había preguntado. Pero obligado a responder, pues la mujer ya lo había comprado con tanto dinero, salió con una evasiva:

—Sí, claro. ¿Pues no estoy hablando ahora mismo con usted? ¿Por qué? ¿Usted es sorda? Entonces voy a gritar: HABLO.

Espantada por los grandes gritos del hombre, empezó a sudar frío. Tomaba plena conciencia de que hasta ahora había fingido que no existían quienes pasan hambre y no hablan ninguna lengua y que había multitudes anónimas mendigando para sobrevivir. Ella lo sabía, sí. Pero había desviado la cabeza y se había tapado los ojos. Todos, pero todos: saben y fingen que no saben. E incluso si no fingieran, iban a tener un malestar. ¿Cómo no lo tendrían? No, ni eso tendrían.

Ella era…

¿A fin de cuentas quién era ella?

Sin comentarios, sobre todo porque la pregunta duró un instante de segundo: pregunta y respuesta no habían sido pensamientos de la cabeza, eran del cuerpo.

Yo soy el diablo, pensó, recordando lo que había aprendido en su infancia. Y el mendigo es Jesús. Pero, lo que él quiere no es dinero, es amor, ese hombre se perdió de la humanidad como yo también me perdí.

Quiso forzarse a entender el mundo y sólo logró acordarse de fragmentos por los amigos del marido: «Estas plantas no serán suficientes». ¿Qué plantas, santo Dios? ¿Las del ministro Gallardo? ¿Tendría plantas? «La energía eléctrica… ¿hidroeléctrica?».

Y la magia esencial de vivir, ¿dónde estaba ahora? ¿En qué rincón del mundo? ¿En el hombre sentado en la esquina?

¿El resorte del mundo es el dinero? Se hizo ella la pregunta. Pero quiso fingir que no era. Se sintió tan, tan rica que tuvo un malestar.

Pensamiento del mendigo: «Esta mujer está loca o robó el dinero porque millonaria no puede ser», millonaria era para él tan sólo una palabra e incluso si en esa mujer él quisiera encarnar una millonaria, no podría porque: gente, ¿dónde se ha visto a una millonaria quedarse parada en la calle? Entonces pensó: ella es de esas vagabundas que le cobran caro a los clientes y ¿seguramente está cumpliendo una promesa?

Después.

Después.

Silencio.

Pero de repente ese pensamiento a gritos:

—¿Cómo nunca había descubierto que también yo soy una mendiga? Nunca pedí limosna pero mendigo el amor de mi marido que tiene dos amantes, mendigo por el amor de Dios que me consideren bonita, alegre y aceptable, y la ropa de mi

alma está harapienta…

«Hay cosas que nos igualan», pensó, buscando desesperadamente otro punto de igualdad. Llegó de repente la respuesta: eran iguales porque habían nacido y ambos morirían. Eran, pues, hermanos.

Tuvo ganas de decir: mire, hombre, yo también soy una pobre miserable, la única diferencia es que soy rica. Yo… pensó con ferocidad, yo estoy cerca de desmoralizar el dinero, amenazando el crédito de mi marido en la plaza. Estoy lista para, de un momento a otro, sentarme en la orilla de la banqueta. Nacer fue mi peor desgracia. Habiendo ya pagado ese maldito acontecimiento, me siento con derecho a todo.

Tenía miedo. Pero de repente dio un gran salto en su vida: valerosamente se sentó en el suelo.

«¡Vas a ver que ella es una comunista!», medio pensó el mendigo. «Y como comunista tendría derecho a sus joyas, sus apartamentos, su riqueza y hasta sus perfumes».

Nunca más sería la misma persona. No era que jamás hubiera visto a un mendigo. Pero esto incluso ocurría en la hora equivocada, como un empujón que la hiciera derramar vino tinto en su blanco vestido de encaje. De repente sabía: este mendigo estaba hecho de la misma materia que ella. Simplemente eso. El «porqué» es lo que era diferente. En el plan físico ellos eran iguales. En cuanto a ella, tenía una cultura mediana, y él no parecía saber de nada, ni siquiera quién era el presidente de Brasil. Ella, no obstante, tenía una capacidad aguda para comprender. ¿Sería que había estado hasta ahora con la inteligencia taponada? Pero si ella hace poco que había estado hasta ahora en contacto con una herida que pedía dinero para comer, ¿empezó a pensar únicamente en dinero? Dinero que siempre había sido fácil para ella. Y la herida, ella nunca la había visto tan de cerca…

—Señora, ¿se está sintiendo mal?

—No estoy mal… pero no estoy bien, no sé…

Pensó: el cuerpo es una cosa que cuando está enfermo uno lo carga. El mendigo se carga a sí mismo.

—Hoy en el baile usted se recupera y todo vuelve a la normalidad —dijo José.

Realmente en el baile, ella reverdecería sus elementos de atracción y todo

volvería a ser normal.

Se sentó en el asiento del coche con aire acondicionado, echando, antes de partir, una última mirada a ese compañero de hora y media. Le parecía difícil despedirse de él, él era ahora el «yo» *alter ego*, él formaba parte de su vida para siempre. Adiós. Estaba soñadora, distraída, con los labios entreabiertos, como si hubiera, al borde de ellos, una palabra. Por un motivo que ella no sabría explicar: él era verdaderamente ella misma. Y así, cuando el chófer encendió la radio, oyó que el bacalao producía nueve mil óvulos por año. No supo deducir nada con esa frase, ella que estaba necesitando un destino. Se acordó de que cuando era adolescente había buscado un destino y había escogido cantar. Como parte de su educación, fácilmente le habían conseguido un buen profesor. Pero cantaba mal, ella misma lo sabía y su padre, amante de la ópera, había fingido no notar que ella cantaba mal. Pero hubo un momento en el que ella empezó a llorar. El profesor perplejo le había preguntado qué tenía.

—Es que, es que yo tengo miedo de, de, de, de cantar bien…

Pero tú cantas muy mal, le había dicho el profesor.

—También tengo miedo, tengo miedo también de cantar mucho, mucho, mucho peor todavía. ¡Maaaal, demasiado mal! —Ella lloraba y nunca más tuvo otra clase de canto. Esa historia de buscar el arte para entender tan sólo le había sucedido una vez, después se sumergió en un olvido que únicamente ahora, a los treinta y cinco años de edad, a través de la herida, necesitaba o cantar muy mal o cantar muy bien. Estaba desorientada. Hace cuánto tiempo no oía la llamada música clásica porque ésta podría sacarla del sueño automático en el que vivía. Yo, yo estoy jugando a vivir. El mes próximo iría a Nueva York y descubrió que esa ida era como una nueva mentira, como una perplejidad. Tener una herida en la pierna: es una realidad. Y todo en su vida, desde cuando hubo nacido, todo en su vida había sido suave como el brinco de un gato.

(En el coche andando)

De repente pensó: ni me acordé de preguntarle cuál era su nombre.

CLARICE LISPECTOR (Chechelnik, 1920 - Río de Janeiro, 1977). Narradora brasileña, nacida en Ucrania. Cuando era pequeña, se trasladó con su familia a Recife. Después se instaló en Río de Janeiro, donde estudió Derecho. Estuvo en Nápoles, trabajando en el hospital de la Fuerza Expedicionaria Brasileña, y después en Suiza y Estados Unidos. Su primera novela, *Cerca del corazón salvaje* (1944), la hizo merecedora del premio Graça Aranha. Después de publicar *La manzana en la oscuridad* (1961), despertó el interés de la crítica literaria, que la situó, junto con João Guimarães Rosa, en el centro de la ficción de vanguardia. En su obra se descubre un uso intenso de la metáfora, atmósfera íntima y ruptura con la peripecia basada en hechos, principalmente en *La pasión según G. H.* (1964) y *Aprendizaje o El libro de los placeres* (1969).

De su vasta producción literaria, merecen recordarse además las novelas *Agua viva* (1973), *La hora de la estrella* (1977) y *Un soplo de vida* (1978, póstuma), así como los libros de cuentos *Lazos de familia* (1960), *La Legión Extranjera* (1964), *¿Dónde estuviste de noche?* (1964, traducido también como *Silencio*) y *La bella y la bestia* (1979, póstuma).

Notas

[1] Mamífero carnívoro, pequeño, originario de Brasil. *(N. de la T.)*

** La traductora usa la palabra «cuatí», variante rioplatense de «coatí» (del guaraní *coatí*, «nariz alargada»): pequeño mamífero omnívoro americano (género *Nasua*), que en la actualidad habita desde el sur de Estados Unidos hasta el noroeste de Uruguay. *(N. del E. digital)* <<

[2] Fruto del machichero, planta de la familia de las cucurbitáceas. *(N. del T.)* <<

[3] Neologismo de la autora en el original. *(N. del T.)* <<

[4] Conocida fábrica brasileña de bebidas, especialmente de cerveza. *(N. del T.)* <<

[5] Barrio de Río de Janeiro. *(N. del T.)* <<

[6] Barrio de Río de Janeiro. *(N. del T.)* <<

[7] Árbol frutal del Brasil. *(N. del T.)* <<

[8] *Nortista* en el original: de los Estados brasileños del Norte. *(N. del T.)* <<

[9] Hombres que suelen actuar en grupo en distintas faenas, no siempre legales. *(N. de la T.)* <<

[10] Juego de palabras entre el apellido y la acepción de la palabra, llagas. *(N. de la T.)* <<

[11] Come, preciosa, te hace bien. *(N. de la T.)* <<

[12] En el original, *mãe de santo*, sacerdotisa de un culto afrobrasileño. *(N. de la T.)* <<

[13] Maleficio. *(N. de la T.)* <<

[14] Pájaro del Brasil. *(N. de la T.)*

** Extrañamente, la traductora confunde los «coatíes» *(véase Nota 1)*. *(N. del E. digital)* <<

[15] *Doña Flor y sus dos maridos* es el título de una novela de Jorge Amado. *(N. de la T.)* <<

[16] En el original *minhoca*; significa gusano. *(N. de la T.)* <<

[17] Éste es el título del cuento en portugués: «As Maniganças de Dona Frozina». *(N. de la T.)* <<

[18] Especie de mono. *(N. de la T.)*

** Conocido en muchos países como «mono tití» (platirrino). *(N. del E. digital)*

<<